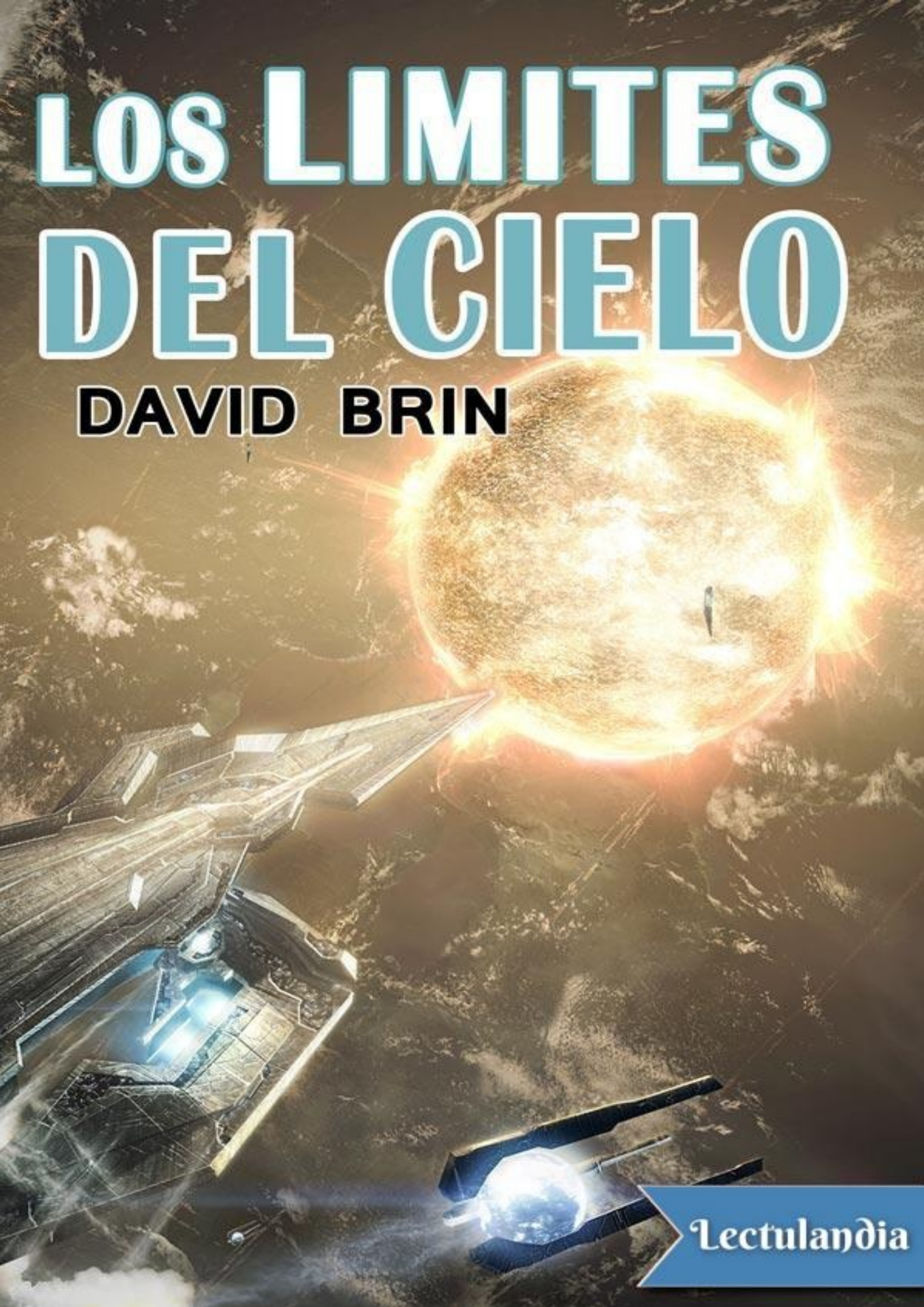


LOS LIMITES DEL CIELO

DAVID BRIN



Lectulandia

La sexta y última novela de la saga «La elevación de los pupilos».

UNA espiral representa los mundos en barbecho, la lenta y laboriosa lucha donde la vida comienza su duro y largo ascenso. Emergiendo de esa fecundidad, nuevas razas alcanzan la madurez para la Elevación.

El cruel enemigo que los ha perseguido implacablemente por fin ha llegado. Ahora los fugitivos ciudadanos de Jijo —humanos y extraterrestres— se enfrentan a su última batalla. La única esperanza de los jijoanos es la nave terrestre Streaker, tripulada por neodelfines y comandada por una humana sin experiencia.

Pero no solo el futuro de Jijo está en juego. El Streaker lleva en su bodega antiguos artefactos que pueden revelar el secreto de los Progenitores, aquellos que trajeron la vida inteligente a las Cinco Galaxias. Muchos creen que una antigua profecía se cumple: el inicio de una era de cambios violentos que pueden terminar con la Civilización Galáctica. Mientras una docena de estrellas enanas se encuentran al borde de la explosión, la supervivencia de la vida inteligente del universo recae en la más remota de las esperanzas: las antiguas razas pueden al fin aceptar la unidad de todos los niveles de conciencia.

Lectulandia

David Brin

Los límites del cielo

La elevación de los pupilos - 6

ePub r1.0

Cowinsaint 13.10.13

Título original: *Heaven's Reach*
David Brin, 1998
Traducción: Carlos Gardini
Diseño de portada: Cowinsaint

Editor digital: Cowinsaint
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Terren Jacob Brin,
explorador infatigable y obra culminante de nuestra trilogía

PRESENTACIÓN

Dicen que hay que saber esperar, aunque muy posiblemente sólo algunas veces esperar merece la pena. En el caso que ahora nos ocupa, muy pocas veces una serie de novelas llega a una culminación tan espectacular e irresistible como LOS LÍMITES DEL CIELO, la novela de David Brin que hoy presentamos.

Con su serie de la Elevación de los Pupilos iniciada en 1980, o con esas obras independientes complejas y sugerentes como EL CARTERO (1985, NOVA, número 105, con el título MENSAJERO DEL FUTURO), TIERRA (1990, NOVA éxito, número 6) o TIEMPOS DE GLORIA (1993, NOVA éxito, número 9), David Brin ocupa ya un lugar privilegiado en el seno de la narrativa especulativa moderna. Considerado por los lectores de la influyente revista Locus como el autor favorito y más prometedor de entre los que empezaron a publicar durante los años ochenta, Brin es capaz de abordar las especulaciones más arriesgadas y sugerentes con una habilidad narrativa excepcional.

En los últimos años, David Brin no ha traicionado el alto nivel de exigencia que su propia producción anterior le impone, y sus últimos proyectos están claramente a la altura de esas expectativas. Junto a su fundamental y definitiva participación en la Segunda Trilogía de la Fundación, Brin ha vuelto a la más famosa de sus obras, la que le mereció los primeros éxitos y empezó a generar la fama de que hoy goza como brillante narrador: la serie de la Elevación de los Pupilos.

En esa serie se parte de la idea de que las especies inteligentes de la Tierra (los seres humanos junto con los neochimpancés y los neodelfines genéticamente modificados para aumentar su inteligencia) resultan ser un caso excepcional en la civilización galáctica. Ocurre que la Tierra parece haber logrado la sofisticación tecnológica y el viaje espacial sin haber recibido la ayuda de una especie superior. El conjunto de la civilización de las Cinco Galaxias se basa precisamente en que las especies avanzadas tutelan el ascenso o «elevación» de sus «pupilos», nuevas especies que, ayudadas de sus mentores, acceden a la cultura galáctica gracias a la educación tutelada y a la ingeniería genética.

Así pues, los terrestres parecen ser los únicos que han encontrado por sí mismos el camino a las estrellas, en el marco de un amplio y vasto universo donde, desde los ignotos y misteriosos Progenitores, todas las especies que han alcanzado el viaje estelar lo han hecho tuteladas por otras razas alienígenas superiores.

En NAVEGANTE SOLAR (1980, NOVA éxito, número 2) se narra la expedición del Navegante, un primer viaje trascendental en la historia de la humanidad, que ha de suponer un duro aprendizaje para llegar a desconfiar de los ambiguos vecinos galácticos tras contactar con misteriosas vidas en la fotosfera del Sol.

Con los adecuados elementos de misterio y ciencia, la primera novela de Brin

mostraba ya la especial habilidad del autor para narrar todo tipo de aventuras y episodios de acción con personajes que pronto se hacen entrañables para el lector.

Pero el éxito y la fama de Brin llegaron de forma espectacular con *MAREA ESTELAR* (1983, Acervo), cuando el *Streaker*, una nave espacial tripulada por terrestres (siete humanos, un neochimpancé y varios neodelfines), realiza un importante descubrimiento en el espacio. Comandada por primera vez en la historia por un delfín, la tripulación del *Streaker* parece haberse acercado en demasía al secreto de la desconocida historia de la legendaria y mítica especie de los Progenitores, la primera que llevó la sabiduría y el conocimiento a las estrellas. La nave se verá obligada a posarse en un mundo acuático por culpa de una avería, mientras el resto de las especies sentientes galácticas luchan para apoderarse del secreto obtenido por el *Streaker*. Los mayores premios de la ciencia ficción mundial (Hugo, Nébula y Locus) avalan esta exitosa novela de David Brin que sorprendió a todos por su novedad y, lo que es mucho más importante, por la gran fuerza narrativa de un autor por entonces casi desconocido.

Con *LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS* (1987, Acervo), Brin cerraba la primera trilogía de la que, a partir de entonces, ha sido llamada la serie de la Elevación de los Pupilos. En este caso, los lectores asistimos emocionados y maravillados a las difíciles relaciones de los terrestres con las demás especies galácticas, algunas amistosas y otras no tanto... Esta vez, en el planeta Garth, los neochimpancés son la especie pupila que debe defenderse de la agresión de los gugrus, una especie avanzada con apariencia de aves. Finalmente surgirá una nueva e inesperada especie pupila, también originaria de la Tierra. *LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS* obtuvo el premio Hugo y el Locus tras haber sido, también, finalista del premio Nébula.

El conjunto ofrecía entonces, con esa primera trilogía ya terminada, un inteligente y elaborado esquema que guarda todo el sabor de la más clásica ciencia ficción modernizada al estilo narrativo de lo ya exigible en los años ochenta.

Afortunadamente, tras otros proyectos no menos interesantes, David Brin ha decidido volver al universo de ficción de la Elevación de los Pupilos. Lo ha hecho con una nueva y ambiciosa trilogía que se inicia con *ARRECIFE BRILLANTE* (1995, NOVA, número 103), para continuar con *LA COSTA DEL INFINITO* (1996, NOVA, número 127) y finalizar con *LOS LÍMITES DEL CIELO* (1998, NOVA, número 131).

Tal y como se narra en *ARRECIFE BRILLANTE*, al inicio de la segunda trilogía, Jijo es un planeta prohibido, un mundo que se recupera lentamente de un grave desastre ecológico y para el que, un millón de años atrás, los buyurs decretaron que quedara cerrado a la colonización y al contacto interestelar.

En ese largo período de aislamiento, Jijo ha alcanzado una compleja paz social intercultural, basada en la tolerancia y el respeto mutuo entre las siete especies que lo

han poblado: los bípedos hoons, que han servido como adustos y oficiosos burócratas de la cultura galáctica; los qheuens, conforma de cangrejo con cinco patas y pinzas; los urs, parecidos a centauros; los g'Keks, dotados de ruedas impulsadas biomagnéticamente; los traekis, con sus múltiples personalidades en difícil equilibrio; los glávvers, que han involucionado hasta un estado de pre-sapiencia y, los últimos en arribar, los humanos de la Tierra, quienes aportan la tecnología que permite el florecimiento de una nueva civilización.

Siempre bajo el temor del inevitable Día del Juicio, cuando las Cinco Galaxias descubran esa colonia ilegal y prohibida, ocurre algo imprevisto: una nave estelar aterriza cerca del lugar más sagrado para los pobladores de Jijo. La mayor aventura a escala galáctica está servida.

Si ARRECIFE BRILLANTE obligaba a una demorada presentación de la compleja sociedad de Jijo, un mundo donde diversas razas cooperan solidariamente, Brin se atreve en LA COSTA DEL INFINITO a recuperar la historia de los neodelfines tripulantes del Streaker de MAREA ESTELAR e incorporarla a la nueva trilogía. Resulta que también el Streaker, la nave terrestre tripulada por neodelfines y poseedora de un secreto que anhelan todas las razas de las Cinco Galaxias, ha elegido Jijo para esconderse. Perseguidos por rothens y traekis modificados en ominosos jophurs, los tripulantes del Streaker se convertirán en aliados de los inesperados defensores de Jijo.

Y esa magna aventura concluye de forma espectacular en el último volumen de esta nueva trilogía, la novela que hoy presentamos con el título LOS LÍMITES DEL CIELO (1998, NOVA, número 131), cuando algunos pobladores de Jijo y la gente del Streaker abordan un atropellado viaje a través de los lugares más exóticos en el universo de ficción que Brin esta construyendo con sorprendentes civilizaciones de respiradores de hidrógeno, de máquinas, de memes, de seres trascendentes y, en general, con toda la amplia parafernalia de los temas más habituales en la ciencia ficción mas clásica, sólo que modernizados y completados con el toque especial de un brillante y ameno novelista como es David Brin.

Debo decir que no soy amante de trilogías ni de largas series, y que suelo preferir novedades en cada una de las novelas que leo. Pero a veces, incluso las series más largas y complejas pueden leerse desordenadamente. Es el caso de la serie clásica de la Elevación de los Pupilos, pues cada novela puede leerse de forma independiente. Por ejemplo, NAVEGANTE SOLAR, la primera entrega de la trilogía, no se publicó en España hasta unos diez años después del éxito de MAREA ESTELAR que, teóricamente, le sigue. Y nadie tuvo problemas.

En esta segunda trilogía las cosas no son iguales. Hay en las tres novelas una continuidad de personajes, de la misma forma que hay una continuidad con los personajes de MAREA ESTELAR que vuelven a adquirir aquí un papel ya no sólo de

referencia, sino de protagonismo definitivo. Pero cada novela, y muy en particular esta tercera, da en su inicio numerosas pistas que permiten al lector situarse en el contexto general de la gran aventura y el papel que en ella juegan cada uno de los personajes principales.

Por si ello no fuera suficiente, cada libro incluye al final un completo glosario de razas, personajes y conceptos que, leído en primer lugar, sitúa de nuevo al lector en el contexto de forma más que suficiente para abordar la lectura de cada libro.

En mi opinión 'tanto ARRECIFE BRILLANTE como LA COSTA DEL INFINITO no son otra cosa que la puesta en situación para la sorprendente novela que es LOS LÍMITES DEL CIELO, una muestra de la imaginación más desbordante y poderosa puesta al servicio de una fascinante aventura en torno al problemático destino de la humanidad en el contexto de una compleja civilización galáctica. Ideas como el espacio E y sus «aláforas», la problemática evolución de la geometría del universo, los distintos «órdenes» de la vida intergaláctica no limitada sólo a los respiradores de oxígeno como nosotros, componen, junto a un largo etcétera que sería ocioso desgranar aquí, un panorama complejo e imaginativo como sólo puede proporcionar la mejor ciencia ficción.

ARRECIFE BRILLANTE, la obligada presentación del planeta Jijo y sus diversas razas, es, con mucho, el volumen de la trilogía en donde la narración me ha resultado más lenta y apagada, al menos según los estándares a los que Brin nos tiene acostumbrados. Me atrevo a decir esto porque existen otras opiniones totalmente opuestas a la mía, como la de la selecta e influyente revista británica Interzone que proclama que «ARRECIFE BRILLANTE es exuberante, sentimental, llena de suspense, accesible, deliciosa y francamente magnífica». Yo prefiero aplicar estos calificativos al conjunto de la trilogía, de la que destaco en especial los dos últimos volúmenes.

Tal vez reencontrarme con la tripulación del Streaker en LA COSTA DEL INFINITO fue el elemento que me «obligó» a seguir, casi sin solución de continuidad, del segundo al tercer volumen de la trilogía y así lo propongo al lector español. A las aventuras de los humanos hijos del papelerero Nelo (Lark, Sara y Dwer) y los jóvenes de diversas razas que desean emular a Mark Twain y sus personajes (Alvin, Pinzón, Hucky Ur-ronn) se unen en los dos últimos volúmenes de la trilogía las peripecias de viejos personajes conocidos en la aventura del Streaker cuya singladura aborda de nuevo el espacio en LOS LÍMITES DEL CIELO.

En cualquier caso, como ya he dicho, sugiero la lectura previa del glosario final (razas y nomenclatura) antes de entrar de lleno en la historia de este o de cualquiera de los volúmenes de esta segunda trilogía de la Elevación de los Pupilos. La memoria humana es limitada y la complejidad de personajes y razas espaciales que Brin ha puesto en juego en esta segunda trilogía, concebida como una magna novela coral,

constituye un buen desafío al lector.

Brin es hoy el gran autor de éxito capaz de combinar la más brillante especulación intelectual, los personajes más sorprendentes y la acción más dinámica. La serie de la Elevación de los Pupilos nos ofrece un panorama galáctico de vértigo, repleto de maravillas y sabiduría, de perspicacia y aventura donde se nos revelan tanto esos misterios profundos que yacen en el corazón del universo como el problemático papel del ser humano en el concierto galáctico.

Les emplazo para muy pronto a una nueva cita con David Brin. Se trata del brillante colofón que ha concebido para concluir la segunda trilogía de la FUNDACIÓN de Asimov. Una serie que, a finales de siglo, ha logrado incorporar la moderna manera de escribir ciencia ficción (que representan por derecho propio Gregory Benford, Greg Bear y David Brin) a la mítica aventura de la psichistoria que Isaac Asimov concibiera allá por los años cuarenta. Tras las interesantes especulaciones de Benford y Bear, David Brin cierra la nueva trilogía de la FUNDACIÓN de la manera más espectacular posible, siempre respetuoso con la semilla sembrada por el Buen Doctor. Pero de todo ello hablaremos con detalle en la presentación de EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN (1999, prevista en NOVA, número 136) a la que les remito, y, tal vez, con el mismo Brin en persona si, como es posible, se convierte en el conferenciante invitado a la entrega del Premio UPC de ciencia ficción de 1999, prevista para el miércoles 29 de noviembre de 2000, y de la que también les hablaré con mayor detalle en futuras presentaciones.

De momento métanse en la piel de nuestros personajes para asistir a una de las más imaginativas aventuras de la moderna ciencia ficción. Vale la pena. Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

PERSONAJES

AKEAKEMAI: Tripulante delfín del Streaker.

ALVIN: Apodo humano de Hph-wayuo, un hoon adolescente de la aldea de Wuphon.

ANTIGUOS: Nombre genérico dado a las razas «retiradas» del Mundo Fractal.

ASX: Miembro del Consejo de Sabios Supremos de Jijo, representante de la raza traeki.

BASKIN, GILLIAN: Agente del Terrágeno y médica, capitana de la nave de investigación Streaker. Al mando desde el desastre de Kithrup.

KREIDEIKI: Delfín, ex capitán de la nave delfín Streaker. Perdido en Kithrup hace años, con otros miembros de la tripulación, con sólo un «esquife» para abrirse paso por las Cinco Galaxias.

DOR-HINUF: Joven hoon, hija de Twaphu-anuph.

DWER: Hijo del papelero Nelo Koolhan, rastreador principal de la Comuna de las Seis Razas.

EMERSON D'ANITE: Ingeniero humano, ex integrante de la dotación de la nave Streaker del Terrágeno, hasta que se estrelló en Jijo.

EWASX: Pila de anillos jophurs creada a partir del viejo sabio Asx, por la imposición de un nuevo anillo maestro.

GILLIAN: Ver Baskin.

HARRY HARMS: Neochimpancé, explorador del Instituto de Navegación.

HUCK: Apodo humano de una huérfana g'Kek criada en Wuphon. La mejor amiga de Alvin.

HUPHU: Mascota noor de Alvin.

KAA: Piloto delfín del Streaker. Antes llamado «Kaa el Afortunado».

KARKAETT: Delfín, tripulante de la sala de máquinas del Streaker.

KEEPÍRU: Ex piloto jefe del Streaker, perdido en Kithrup.

KIWEI HA'AOULIN: Mercader synthia.

LARK: Hijastro de Nelo Koolhan, naturalista, joven sabio de la Comuna, y hereje.

LING: Bióloga danik (hereje humana).

MAKANEE: Cirujana delfín del Streaker. Se quedó en Jijo para cuidar de los tripulantes del Streaker que sufrían regresión mental.

NISS: Ordenador pseudosapiente prestado al Streaker por el servicio de inteligencia tymbrimi.

ORLEY, THOMAS: Agente del Terrágeno genéticamente modificado del Streaker, perdido en Kithrup.

PEEPOE: Genetista y enfermera delfín del Streaker. Secuestrada en Jijo.

PHWHOON-DAU: Sabio supremo hoon.

PIES DE BARRO: Noor salvaje, bautizado así por Dwer Koolhan.

PINZÓN: Amigo qheuen rojo de Alvin, que fabricó el batiscafo «Sueño de Wuphon» con un tronco de árbol.

PRITY: Neochimpancé; criada de Sara, hábil en imágenes matemáticas.

RANN: Jefe de los humanos danik.

RETY: Irruptora humana que huyó de su banda salvaje de los Cerros Grises.

RO-KENN: «Señor» rothen cuyos seguidores humanos incluían a Rann, Ling, Besh y Kunn.

SARA: Hija del papelero Nelo Koolhan, hermana de Dwer y Lark, matemática y lingüista.

SUESSI, HANNES: Ingeniero humano del Streaker, cibernético modificado por los Antiguos.

TAINE: Sabio y estudioso humano que cortejó a Sara Koolhan.

TSH'T: Oficial delfín, cuarta en la cadena de mando del Streaker, que ahora comparte el mando con Gillian Baskin.

TWAPHU-ANUPH: Hoon funcionario de aduanas en la base Kazzkark.

TYUG: Alquimista traeki de la forja del Monte Guenn, asistente vital de Uriel la herrera.

URIEL: Maestra herrera urs de la forja del Monte Guenn.

UR-RONN: Amiga de Alvin y miembro de la expedición del «Sueño de Wuphon». Sobrina de Uriel.

WER'Q'QUINN: Jefe de Harry Harms en el Instituto de Navegación.

YI: Macho urs expulsado de su marsupio por su ex compañera. Luego «casado» con la muchacha irruptora Rety.

PRIMERA PARTE

LAS CINCO GALAXIAS

¿Qué emblemas adornan las elegantes proas de nuestras naves? ¿Cuántas espirales giran en la proa de cada gran nave, simbolizando nuestros enlaces? ¿Cuántos eslabones forman nuestra unión?

UNA espiral representa los mundos en barbecho, la lenta y laboriosa lucha donde la vida comienza su duro y largo ascenso. Emergiendo de esa fecundidad, nuevas razas alcanzan la madurez para la Elevación.

DOS espirales representan a los seres que viajan briosamente entre las estrellas en veloces naves, primero como pupilos, luego como instructores, comerciando, luchando y debatiendo. En nuestro ascenso, todos oímos la llamada de mareas seductoras.

TRES espirales representan a los gráciles y serenos Antiguos, que abandonan las naves estelares para consagrarse a la contemplación. Cansados del viaje, se enclaustran para perfeccionarse. Se preparan para enfrentarse al final clarificador.

CUATRO espirales representan a los Trascendentes, tan majestuosos que no los percibimos. ¡Pero existen! Sus planes abarcan todo el espacio y el tiempo.

CINCO espirales representan las galaxias, grandes vorágines de luz radiante, nuestras luces en un cosmos estéril, rodeadas por enigmático silencio. Brillan y giran, nutriendo eternamente los muchos órdenes de la vida.

Al menos, eso nos aseguran.

HARRY

Las alarmas cantan diversas melodías.

Algunas aullan, arrancándote de un reposo semejante a la muerte. Otras hacen palpar tus venas con adrenalina. A bordo de toda nave espacial hay sirenas y chicharras que anuncian colisiones, filtraciones de vacío y otras muchas clases de muerte inminente.

Pero la alarma que sobresaltaba a Harry Harms no era así. Su chirrido escalofriante raspaba los nervios.

No hay prisa, parecía murmurar. Puedo esperar. Pero ni siquiera pienses en volverte a dormir.

Harry rodó, parpadeó, miró la consola que tenía junto a la almohada. Símbolos relucientes reclamaban su atención. Pero las partes de su cerebro que manipulaban la lectura no estaban diseñadas a la perfección, y requerían un poco de calentamiento.

—¿Eh...? ¿Qué...? —murmuró.

La somnolencia se adhería a su cuerpo, aún agotado después de una larga y solitaria guardia. ¿Cuántos días habían pasado desde que se había tumbado en el catre, jurando renunciar a su puesto en cuanto terminara esa misión?

Se había dormido pronto, pero sin obtener reposo. En el Espacio E los sueños siempre turbaban su descanso.

De hecho, soñar era parte del trabajo.

En estado REM, Harry visitaba frecuentemente las estepas de Horst, donde un horizonte polvoriento había sido su paisaje constante en la infancia. Un mundo desolado donde oscuros y ondulantes nubarrones acechaban sin compartir su humedad con el suelo cuarteado. Harry despertaba de esas visiones con la boca reseca, muerto de sed.

Otros sueños presentaban la Tierra, un bullicioso planeta-ciudad, lleno de altos humanos; sus rascacielos y su exuberante verdor se le habían grabado en la memoria tras una breve visita, siglos atrás, en otra vida.

También había pesadillas acerca de naves, grandes naves de combate y arcas de invasión parecidas a lunas, reluciendo a la luz de las estrellas o enfundadas en el fulgor oscuro de sus terribles campos. Fragatas espectrales, majestuosas y aterradoras.

Éstas eran las imágenes oníricas más *normales*, cuando su mente tenía espacio entre apariciones mucho más extrañas. Los pensamientos nocturnos de Harry estaban llenos de sinuosas aláforas que murmuraban en la exótica semilógica del Espacio E. Ni siquiera su habitación protegida era impermeable a los tentáculos de la contrarrealidad que penetraban los mamparos e invadían sus sueños. No era de

extrañar que despertara desorientado al oír la rechinante alarma.

Harry miró las letras fulgurantes, que se retorcían como jeroglíficos vivientes, gesticulando en la gramática ideogramática del idioma galáctico número siete. Concentrándose, tradujo el mensaje al inglés de sus pensamientos más íntimos.

—Espléndido —comentó con voz seca.

Aparentemente, la nave patrulla había vuelto a encallar.

—Realmente espléndido.

La alarma se volvió más insistente. Harry saltó de la cama y aterrizó descalzo en las heladas láminas de la cubierta, tiritando.

—Y dicen que tengo talento para este trabajo.

Lo cual significaba, en otras palabras, que estaba loco de remate.

Superando su modorra, trepó por una escalerilla a la plataforma de observación, una cámara hexagonal de diez metros de diámetro con un tablero de control en el centro. El aturdido Harry se las apañó para no activar ningún armamento ni expulsar la atmósfera de la estación al Espacio E, hasta hallar el interruptor indicado. El ruido enloquecedor cesó de golpe.

—Ah —suspiró, y casi volvió a dormirse, de pie detrás del asiento acolchado.

Pero si volvía el sueño, quizás empezara a soñar de nuevo.

Nunca entendí Hamlet hasta que me destinaron aquí. Me imagino que Shakespeare debió haber entrevistado el Espacio E antes de escribir esa perorata... «ser o no ser, tal vez soñar». O el viejo Will debía saber que hay cosas peores que la muerte.

Rascándose el vientre, Harry estudió el tablero de estado. No había luces rojas. La estación parecía estar funcionando. No había filtraciones de realidad importantes. Suspiró y se acomodó en el asiento.

—Modalidad monitor. Informar sobre estado de la estación.

La pantalla holográfica se encendió, proyectando una M flotante azul en tipografía sans serif. Una voz melodiosa brotó de la letra giratoria.

—Modalidad monitor. Estado de la estación, integridad nominal. El supervisor Harry Harms ha atendido una alarma a las 4.48:5, hora subjetiva interna...

—Yo soy Harry Harms. Dime algo que no sepa. Por ejemplo, a qué viene esa alarma, peluca de calvo mal peinada...

Un estornudo interrumpió los insultos de Harry. Se restregó los ojos con la hirsuta muñeca.

—La alarma indicaba la interrupción de nuestra ronda por el hiperespacio Nivel E —continuó el monitor, impertérrito—. Al parecer la estación se ha empantanado en una región de anomalías.

—Quieres decir que hemos encallado en un arrecife. Ya lo sabía. ¿Pero qué clase de...? Bah, olvídalo. Lo veré yo mismo.

Harry se dirigió a una de las seis persianas que rodeaban la cámara hexagonal y metió un dedo entre dos listones, entreabriéndolos. Titubeó, apoyó un ojo para mirar.

La estación parecía tener su forma normal. Gracias a Ifni, no parecía una ballena, una medusa ni una mancha amorfa. A veces este continuo surtía efectos grotescos, incluso fatales, sobre los objetos físicos.

La cámara de control aún se encaramaba como una cúpula de cristal sobre un esferoide blanco y achatado, brindando un panorama de trescientos sesenta grados de una región vasta y metafórica: un reino incierto y peligroso, pero rara vez monótono.

Irregulares montañas negras cabeceaban a lo lejos, como témpanos de ébano, atravesando majestuosamente lo que parecía un infinito mar de hierba morada. El «cielo» tenía un matiz azul rojizo que sólo podía verse en el Nivel E. Tenía agujeros.

Hasta ahora, todo bien.

Harry entreabrió más los listones para ver el primer plano, y parpadeó de sorpresa. La estación descansaba sobre una reluciente superficie parda. Una gruesa capa de gigantescas estrellas de mar amarillas se extendía en un kilómetro a la redonda.

Al menos ésa fue su primera impresión. Harry se dirigió a otras persianas y miró de nuevo. Había más «estrellas de mar» en ese costado, desperdigadas al azar, pero formaban una capa tan gruesa que no resultaba fácil de atravesar.

—Maldición.

Sabía por experiencia que sería inútil tratar de sobrevolar esas cosas. Si representaban obstáculos bidimensionales, había que superarlos de modo bidimensional. Así funcionaba la lógica alafórica en esta zona del Espacio E.

Harry regresó al tablero de mando y apretó un botón. Todas las persianas se retrajeron, revelando una vista panorámica. Montañas y hierba morada a lo lejos, un lustre pardo en las inmediaciones.

La estación estaba totalmente rodeada por estrellas de mar. Estrellas de mar amarillas por doquier.

Harry sintió un escalofrío. La mayoría de esos monstruos biliosos tenían seis brazos, aunque algunos tenían cinco o siete. No parecían moverse. Eso, al menos, era un alivio. Harry odiaba las aláforas ambulatorias.

—¡Modalidad piloto! —ordenó.

Con un crujido tenue, la flotante M en tipografía helvética fue reemplazada por una amarillenta P cursiva.

—A la orden, persona comandante. ¿Qué rumbo, Henry?

—Me llamo Harry —gruñó Harry. El tono vivaz que usaba la modalidad piloto podía ser cordial en inglés, pero resultaba imbécil en galáctico siete. Pero la otra posibilidad era reemplazarlo por un chip programado con un chillón gal-dos. Un dialecto gubru, para colmo. Aún no estaba tan desesperado.

—Prepárate para una trayectoria plana de cuarenta y dos grados respecto de la nave —le dijo al programa—. Despacio.

—Lo que digas, jefe. Adaptando parámetros de interfaz.

Harry regresó a la ventana. La estación desarrolló cuatro enormes ruedas que llevaban enormes llantas con gruesas marcas. Pronto comenzaron a girar. Un gemido chillón, como la fricción de una mano contra una superficie jabonosa, penetró los gruesos paneles de cristal.

Como había temido, las llantas tenían poca tracción en la lustrosa superficie parda. Aun así, se abstuvo de cancelar las medidas adoptadas por el piloto. Era mejor ver qué sucedía primero.

Poco a poco cobraron impulso. La estación se aproximó a la primera estrella de mar.

Harry sintió dudas.

—Tal vez deba buscar ésta primero. Quizá tengan la imagen en algún catálogo.

Tiempo atrás, cuando lo habían nombrado primer recluta voluntario de la Tierra para el departamento de exploraciones del Instituto de Navegación —con el idealismo entusiasta de alguien que acababa de completar su entrenamiento—, consultaba los registros cada vez que el Espacio E presentaba un nuevo y exótico simbolismo. La civilización galáctica de razas respiradoras de oxígeno había explorado, catalogado y mensurado ese continuo extravagante durante quinientos millones de años. La cantidad de información contenida aun en su diminuta unidad de la Biblioteca excedía la suma del conocimiento humano anterior al contacto con los extraterrestres.

Un cúmulo impresionante, pero casi inservible. Quizás él no supiera entenderse con el gestor de referencias de la Biblioteca. O quizás el problema estuviera en descender de simios terrícolas. Lo cierto es que pronto se habituó a confiar en su instinto durante las misiones en el Espacio E.

Esa técnica tenía una desventaja. Cuando las cosas salen mal sólo puedes culparte a ti mismo.

Harry notó que estaba encorvado. Se enderezó y entrelazó las manos para no rascarse. Pero tenía que expresar su nerviosismo, así que se estiró los pulgares. Un tymbrimi que conocía le había comentado que muchos de la especie de Harry tenían esa costumbre, tal vez un síntoma del largo y duro proceso de Elevación.

Las llantas delanteras llegaron a la primera estrella de mar. No había manera de sortear esos objetos. Tenía que trepar sobre ellos.

Harry contuvo el aliento, pero el contacto no produjo ninguna reacción. El obstáculo siguió en su sitio: seis franjas chatas y amarillas, con motas pardas, extendiéndose desde una nudosa joroba central. El primer conjunto de llantas patinó, y la estación montó sobre la franja amarilla, impulsada por las ruedas traseras.

La estación se ladeó ligeramente. Harry murmuró de ansiedad, sintiendo un hormigueo de reconocimiento. Quizás «estrella de mar» no fuera la mejor analogía. Pero esas cosas parecían muy familiares.

El ángulo aumentó. Las ruedas traseras giraron con un gemido, hasta que también ellas llegaron a la franja amarilla.

—¡No! —exclamó Harry, reconociéndolas de pronto—. ¡Atrás! Son plát...

Demasiado tarde. Las llantas traseras chillaron mientras resbaladizas franjas amarillas volaban bajo la plataforma, liberando súbitamente la tracción. Harry dio una voltereta, chocó contra el techo y se deslizó por la pared, gritando mientras la plataforma rodaba, patinaba y volvía a rodar, hasta caer con un estampido estremecedor. Apoyándose en un mamparo, Harry aferró una baranda con los dedos de los pies, hasta que al fin cesaron los saltos.

—Ay, mi cabeza —gimió, levantándose.

Al menos había caído en buena posición. Caminó hacia la consola y leyó la pantalla principal. La estación había sufrido pocos daños, gracias a Ifni. Pero Harry debía de haber postergado la limpieza durante mucho tiempo, pues bolas de polvo le cubrían ahora la pelambre de la cabeza a los pies. Se sacudió, y el polvo le hizo estornudar.

Las persianas se habían cerrado automáticamente en cuanto empezó el tumulto, protegiéndole los ojos de aláforas potencialmente peligrosas.

—¡Abrir persianas! —ordenó. Tal vez la acción violenta hubiera desencadenado un cambio de fases local, haciendo desaparecer esos desagradables obstáculos. Ya había ocurrido antes.

No tuvo esa suerte, comprendió al mirar por las ventanas. El paisaje no había cambiado notablemente. El mismo azul rojizo, un cielo de queso Gruyere sobre pampas color malva, con montañas negras y biliosas cabeceando a lo lejos. Y una lustrosa meseta donde aún estaba encallada la nave de exploración, rodeada por formas amarillas de múltiples brazos.

—Cáscaras de plátano —murmuró—. Malditas cáscaras de plátano.

Estas estaciones sólo eran tripuladas por un observador porque las aláforas se ponían más raras si las percibía más de una mente al mismo tiempo. Los «objetos» que veía eran imágenes que su propia mente proyectaba sobre una realidad que ningún cerebro viviente podía sondear. Una realidad que mutaba y se transformaba bajo la influencia de sus pensamientos y percepciones.

Todo eso estaba bien, en teoría. Ya debía de estar acostumbrado. Pero lo que más molestaba a Harry en la aláfora del plátano era que parecía gratuitamente personal. Como otros de su especie, Harry detestaba los estereotipos.

Suspiró, rascándose el costado.

—¿Todos los sistemas están estables?

—Todo estable, comandante Harold —respondió el piloto—. Estamos atascados, pero no corremos peligro.

Examinó la vasta extensión que había más allá de la meseta. La visibilidad era excelente. Los agujeros del cielo eran totalmente nítidos. Se le ocurrió una idea.

—¿De veras tenemos que desplazarnos de inmediato? Podemos observar las rutas de tránsito desde aquí, hasta que nuestro reloj de crucero se agote, ¿verdad?

—Correcto. Por el momento, ningún tráfico ilícito puede pasar por nuestra zona de observación sin ser detectado.

—Aja. Bien... —Harry bostezó—. Creo que volveré a la cama. Presiento que necesitaré mi lucidez para salir de este atolladero.

—Muy bien. Buenas noches, empleador observador Harms. Felices sueños.

—No lo creo —murmuró Harry en inglés mientras abandonaba la cubierta de observación—. ¡Y cierra esas condenadas persianas! ¿Tengo que pensar en todo? ¡No respondas a eso! Tan sólo... olvídalo.

Aun cerradas, las persianas no detenían toda la filtración. Arquetipos fluctuantes se deslizaban entre los listones, como ávidos de invadirle la mente durante el estado REM, explotando sus sueños como parásitos.

Era inevitable. Cuando Harry obtuvo su primer ascenso al Espacio E, el jefe local de patrulleros del Instituto de Navegación le advirtió que la sensibilidad a las imágenes alafóricas era parte vital del trabajo. Agitando un brazo delgado con articulaciones múltiples, ese funcionario galáctico confesó su sorpresa, en gal-seis con acento nahalli, ante las aptitudes de Harry.

—Escépticos éramos, cuando nos contaron que tu raza podía tener rasgos útiles para nosotros. Rechazar nuestras dudas, esto has logrado, observador Harms. Ahora te promovemos a estatus pleno. Primero de tu clase en recibir ese honor.

Harry suspiró mientras se cubría con la manta, tentado por la dulce estupidez de la autocompasión.

¡Vaya honor!

Pero no podía quejarse. Ya se lo habían advertido. Y esto no era Horst. Al menos había escapado de las secas y monótonas estepas.

De todos modos, sólo los lunáticos vivían mucho tiempo bajo la ilusión de que el cosmos estaba destinado a su comodidad.

Había muchas historias conflictivas acerca de quién había diseñado este loco universo, miles de millones de años atrás. Pero aun antes de pensar en consagrar su vida al instituto, o de haber oído hablar del Espacio E, Harry había llegado a una conclusión acerca de la metateología.

A pesar de su poder y su gloria, el Creador no debía ser una persona muy sensata.

Al menos, no tan sensata como un neochimpancé.

SARA

Hay un símbolo.

Designa un ámbito donde coinciden tres estados de la materia: dos que son fluidos, y un tercero que es duro como coral.

En ese ámbito se puede formar una especie de espuma, una espuma peligrosa y engañosa, detenida por mareas fatídicas.

Nadie entra voluntariamente en esa turbulencia.

Pero a veces una fuerza llamada desesperación impulsa a los más o menos prudentes a dirigirse hacia filosos arrecifes.

Una forma esbelta roza el borde de una estrella mastodóntica. Como una oruga, con hileras de garras que se clavan en el espacio-tiempo, la nave avanza contra una cruda tormenta.

Llamas difusas lamen el abollado casco de antiguo cerametal, añadiendo nuevas capas a un extraño revestimiento de hollín. Lenguas de fuego de plasma intentan penetrar, y son desviadas por campos ondulantes.

Con el tiempo, sin embargo, el calor se abrirá paso.

En el centro de la nave gira una rueda angosta. Filas de ventanas pasan mientras rota el delgado anillo. Sin luz interior, la mayoría de los opacos paneles sólo reflejan el fuego estelar.

Un brillante rectángulo de color artificial se presenta a la vista.

Un panel para mirar en dos direcciones. Un universo externo, y uno interno.

Observando ese vórtice, Sara reflexionó en voz alta.

—Mis criminales ancestros atravesaron el infierno con sus naves-furtivas, camino a Jijo, cubriendo sus huellas con el hálito de Izmunuti.

Evaluando las fuerzas que operaban a tan poca distancia, pasó los dedos por la superficie de cristal que la resguardaba de ese calor abrasador. Una parte de ella —la matemática— podía comprender la física de una estrella cuyo radio era mayor que la órbita anual de su mundo natal. Una gigante roja, en su hinchada etapa final, lanzando átomos recién cocinados en el núcleo hacia el negro espacio.

El conocimiento abstracto estaba bien. Pero Sara también sentía un escalofrío supersticioso, producto de su crianza como salvaje irruptora en un mundo bárbaro. La nave Streaker podía ser una presa desesperada que huía de un colosal cazador que la superaba varias veces en tamaño, pero la nave tripulada por delfines aún era deífica para Sara, pues contenía más masa que todas las moradas de madera de la Cuesta. En sus sueños más descabellados, cuando vivía en una casa arbórea junto a un gruñón molino de agua, nunca se había imaginado que el destino pudiera llevarla en

semejante viaje por el borde de una estrella infernal.

Y menos Izmunuti, cuyo nombre mismo era temible. Para las Seis Razas que se ocultaban con temor en Jijo, representaba el camino descendente. Una puerta que se abría en un solo sentido, hacia el exilio.

Durante dos mil años, los emigrantes habían rozado esa estrella gigantesca para buscar refugio en Jijo. Primero la raza rodante de los g'Keks, evadiendo frenéticamente el genocidio, luego los traekis, gentiles anillos de cera que huían de sus tiránicos primos, seguidos por los qheuens, hoons, urs y humanos; habían colonizado una estrecha comarca entre las montañas de los Linderos y una costa lamida por el oleaje. Cada oleada de recién llegados abandonaba sus naves estelares, ordenadores y otros ingenios de alta tecnología, arrojando sus máquinas deíficas en el mar, en el profundo sumidero de Jijo. Rompiendo con su pasado, los seis clanes de ex señores de las estrellas del cielo se emularon a una vida rústica, renunciando al ciclo para siempre.

Hasta que la Civilización de las Cinco Galaxias tropezó con la comunidad de renegados.

Ese día tenía que llegar, tarde o temprano; los Rollos Sagrados lo anunciaban. Ninguna banda de intrusos podía permanecer oculta para siempre. Y menos en un cosmos que había sido catalogado durante más de mil millones de años, donde era común que los planetas como Jijo se declarasen en barbecho y se apartaran para el reposo y la restauración. Aun así, los sabios de la Comuna de Jijo habían esperado disponer de más tiempo.

Tiempo para que las razas exiliadas se preparasen y purificasen. Para que buscaran la redención. Para que olvidaran los terrores galácticos que los habían convertido en renegados.

Los Rollos prevían que augustos magistrados del Instituto Galáctico de Migraciones aterrizarían para juzgar a los descendientes de los intrusos. En cambio, las naves que habían llegado a Jijo ese año aciago llevaban varios tipos de renegados. Primero ladrones de genes, luego oportunistas despiadados y al fin una banda de refugiados terrícolas aún más infortunados que los antepasados de Sara.

Yo soñaba con viajar en una nave estelar, pensó, escrutando la tormenta de plasma. Pero ninguna de mis fantasías era así: despedirme de mi mundo, mis maestros, mi padre y mis hermanos, huir con delfines por una noche feroz, perseguida por un acorazado lleno de airados jophurs.

Primos pisciformes de los humanos, perseguidos por el espacio por ególatras primos de los traekis.

La coincidencia superaba su imaginación.

Palabras ánglicas interrumpieron sus reflexiones en una voz que Sara siempre encontraba ofensivamente irónica.

—He terminado de calcular el tensor hiperespacial, oh sabia. Parece que tenías razón en tu estimación anterior. El misterioso haz que surgió de Jijo tiempo atrás hizo algo más que causar trastornos en esta estrella gigante. También desencadenó un cambio de estado en un nexo fósil que yacía latente a medio mictaar.

Sara tradujo mentalmente a los términos más familiares que había aprendido en los textos arcaicos que la habían educado.

Medio mictaar. En el espacio plano, eso equivalía aproximadamente a un vigésimo de año-luz. Muy cerca, en verdad.

—Conque el haz reactivó un viejo punto de transferencia. —Sara cabeceó—. Lo sabía.

—Tu acierto sería más admirable si yo comprendiera tus métodos. Los humanos son célebres por tener golpes de suerte.

Sara dejó de mirar el furibundo espectáculo del exterior. La oficina que le habían dado —más amplia que la sala de recepción de un criadero qheuen— parecía un palacio, con dispositivos lujosos que ella sólo había visto descritos en libros anticuados. Había pertenecido a un hombre llamado Ignacio Metz, experto en la Elevación genética de los delfines, muerto durante uno de los aciagos encuentros del Streaker, un verdadero científico, no un primitivo con pretensiones académicas, como Sara. Sin embargo ahí estaba, intimidada, pero orgullosa de ser la primera jijoana en siglos que regresaba al espacio.

Una sinuosa mancha azul se acercó desde la consola del escritorio, una forma lánguida y ondulante que le resultaba tan insolente como la voz con que hablaba.

—Tu matemática lobezna no parece apropiada para la tarea de predecir efectos tan profundos en el continuo. ¿Por qué no admites que tuviste una corazonada?

Sara se mordió el labio. No le daría a la máquina Niss la satisfacción de una respuesta colérica.

—Muéstrame el tensor —ordenó sin inmutarse—. Y un diagrama... un gráfico que incluya los tres pozos de gravedad.

La criatura holográfica logró implicar sarcasmo con una dócil reverencia.

—Como desees.

Una imagen cúbica de dos metros por lado se activó frente a Sara, mucho más vívida que los chatos e inmóviles diagramas de papel a los que estaba acostumbrada.

Una masa reluciente rodaba en el centro, representando Izmunuti, una bola de fuego que palpitaba con el color de la furia. Los zarcillos de su sangrienta corona ondulaban como el cabello de Medusa, llegando más allá de los límites de cualquier sistema solar normal. Pero esas sedosas hebras se ahogaban prontamente bajo una nueva perturbación. Durante los últimos minutos, la estrella había sufrido un inusitado arranque de furia. Tormentas ciclónicas arrojaban chorros de denso plasma, embudos semejantes a tornados que llegaban a gran distancia en el espacio.

Y tendremos que atravesar una de las peores partes, pensó.

Qué extraño que esta violenta conmoción se hubiera originado en una mole de piedra psi, en el primitivo Jijo. Sin embargo, estaba segura de que la causa era el Huevo Sagrado.

Ya medio sumergido en esa turbulencia, un punto verde se lanzaba hacia Izmunuti a velocidad frenética, apuntando a un pasaje estrecho, su órbita hiperbólica señalada por una línea que se curvaba alrededor de la estrella. En una dirección, ese rastro conducía hasta Jijo, donde dos agotadores días atrás el Streaker había iniciado su fuga, buscando la libertad en medio de una multitud de viejas y ruinosas naves, pilas de chatarra que habían emergido del mar para lanzarse a una última, gloriosa y aullante carrera por el espacio.

Uno por uno, los señuelos habían fallado o caído, o el enemigo los había capturado con sus ingeniosas cajas; ahora sólo quedaba el Streaker, dirigiéndose hacia el breve refugio de la tormentosa Izmunuti.

En cuanto a la otra dirección... Las lecturas de instrumentos enviadas por la dotación del puente ayudaban a la máquina Niss a calcular el probable rumbo. Al parecer Gillian Baskin había ordenado un cambio de curso, aprovechando la honda gravitatoria de la estrella para disparar el Streaker hacia el noreste galáctico.

Sara tragó saliva. Ella había propuesto ese destino, pero ya no estaba tan segura.

—El nuevo punto T no parece muy estable —comentó, siguiendo la trayectoria planeada de la nave hasta la esquina superior izquierda de la unidad holográfica, donde una ceñida trama de líneas rizadas atravesaba como un embudo una zona vacía del espacio interestelar.

Siguiendo su mirada, el monitor realzó esa sección. Filas de símbolos relucientes describían la matriz hiperespacial local.

Ella había predicho esta maravilla, el nuevo despertar de algo viejo. Algo maravilloso. Por un rato, lo había considerado el milagro que necesitaban. Un regalo del Huevo Sagrado. El modo de escapar de una trampa terrible.

Pero al estudiar los análisis, Sara llegó a la conclusión de que el cosmos no era tan servicial.

—Hay tubos de conexión que llevan a otras localidades del espacio-tiempo. Pero parecen... escasos.

—¿Qué se puede esperar de un nexo que sólo tiene unas horas? ¿Un nexo que sólo recientemente fue activado por una fuerza incomprensible para nosotros? —Al cabo de una pausa, la unidad Niss continuó—: La mayoría de las hebras de transferencia que salen de este nexo todavía está en el orden de una anchura de Planck. Algunas rutas prometedoras parecen estar afianzándose y quizá sean navegables dentro de semanas. Desde luego, eso no nos servirá de mucho.

Sara asintió. El acorazado jophur no daría tanto tiempo al Streaker. El poderoso

Polkjhy ya había abandonado los señuelos capturados para concentrar su atención en el Streaker, y bañaba a la nave con sus sensores de largo alcance.

¿Entonces qué espera lograr Gillian Baskin al dirigirse hacia una...? —parpadeó, comprendiendo—. Ah, ya veo.

Sara retrocedió y la imagen recobró su tamaño normal. A dos metros, en el rincón opuesto, pulcras curvas mostraban los patrones espaciales de otro punto de transferencia. El punto conocido y de confianza que las naves-furtivas habían usado para llegar a Izmunuti durante los dos últimos milenios. El único modo rápido de entrar o salir de esa región de la Galaxia Cuatro.

Pero no siempre. En un tiempo, cuando Jijo era un centro del comercio y la civilización bajo los poderosos buyurs, el tráfico atravesaba dos nexos hiperdimensionales. Uno de ellos se clausuró cuando pusieron Jijo en barbecho, medio millón de años atrás, poco después de la partida de los buyurs.

Sara y su mentor, el sabio Purofsky, tenían una sospecha. Que esa clausura no era un accidente.

—Coincidimos —dijo la máquina Niss—. Gillian Baskin se propone conducir a los jophurs a una trampa suicida.

Sara miró otra parte de la imagen, buscando al enemigo. Lo encontró a varios radios estelares de Izmunuti, un fulgor amarillo que representaba al cazador, un coloso jophur cuya tripulación codiciaba la nave terrícola y sus secretos. Tras abandonar los señuelos, el Polkjhy se dirigía hacia el punto T normal, confiando en interceptar al Streaker.

Sólo ahora la repentina reactivación de otro portal debía haber llamado la atención de los anillos gigantes que comandaban la gran nave de guerra. El fulgor amarillo viró bruscamente, mientras el Polkjhy perdía impulso, procurando alcanzar al Streaker más allá de las llamas de Izmunuti, en la nueva puerta del espacio-tiempo.

Una puerta que no está lista para el uso, pensó Sara. Pero los jophurs también debían de tener instrumentos capaces de leer los flujos de probabilidad. Debían de comprender que sería peligroso zambullirse en un punto de transferencia recién nacido.

Pero ¿podían los comandantes del Polkjhy darse el lujo de desechar esa posibilidad? El Streaker era pequeño y maniobrable, y lo conducían delfines que tenían fama de contarse entre los mejores pilotos de las Cinco Galaxias.

Y los terrícolas estaban desesperados.

Los jophurs supondrán que sabemos algo que ellos ignoran acerca de este punto de transferencia. Desde su punto de vista, es como si lo hubiéramos activado con un gesto de nuestras manos... o aletas. Si vamos hacia él, debe de ser porque conocemos un tubo o hebra al que podemos sujetarnos para un viaje seguro. Tienen que perseguirnos o correr el riesgo de perder el Streaker para siempre.

Sara cabeceó.

—Gillian y los delfines... se están sacrificando por Jijo.

El holograma Niss pareció asentir.

—Parece ser la mejor opción entre varias opciones desdichadas. Si giramos para combatir, los únicos resultados probables son la captura o la muerte, y para colmo la pérdida de la civilización jijoana. Después de obtener los secretos del Streaker, los jophurs enviarán un parte a su clan y se tomarán tiempo para organizar un programa sistemático para Jijo, aniquilando a los g'Keks, luego convirtiendo el planeta en un criadero, desarrollando nuevos tipos de humanos, traekis y hoons acordes con sus perversas necesidades. Al obligar a la Polkjhy a seguirnos al nuevo punto de transferencia, la doctora Baskin impide que un informe sobre las Seis Razas llegue a las Cinco Galaxias. Los exiliados podrán seguir disfrutando por un tiempo de la sordidez de su planeta, siguiendo vagas nociones de redención a través de las lodosas generaciones.

Era típico que la máquina Niss transformara un gesto noble en una excusa para el insulto. Sara sacudió la cabeza. El plan de Gillian era tan grandioso como conmovedor.

También significaba que ella tenía las horas contadas.

—Qué desperdicio —suspiró la máquina Niss—. Esta nave y su tripulación parecen haber hecho el descubrimiento de la época, y ahora puede perderse.

Las cosas se habían precipitado tanto desde el despegue que Sara aún no entendía la causa de tanta efervescencia. ¿Qué había hecho la tripulación del Streaker para provocar la ira de algunos de los grandes poderes del universo conocido?

—Todo comenzó cuando el capitán Creideiki llevó a esta nave a un lugar improbable, en busca de reliquias o anomalías que la Gran Biblioteca había pasado por alto —explicó la inteligencia artificial—. Era un cúmulo globular de poca profundidad, sin planetas ni singularidades. Creideiki nunca reveló sus razones para escoger ese sitio. Pero su corazonada permitió que el Streaker encontrara una gran flota de naves abandonadas que vagaban en majestuoso silencio por el espacio. Las muestras y los holos de esta flota misteriosa sugerían posibles respuestas para el misterio más antiguo de nuestra civilización.

»Claro que nuestros hallazgos debieron de ser abiertamente compartidos por los institutos de la Civilización de las Cinco Galaxias, en nombre de todas las criaturas que respiran oxígeno. Habrían mejorado el prestigio de vuestro frágil y empobrecido Clan Terrícola, así como de los exasperantes tymbrimi. Las demás razas y alianzas también los habrían compartido, obteniendo nuevas perspectivas sobre los orígenes de nuestra cultura de mil millones de años. Lamentablemente, poderosos clanes interpretaron el mensaje inicial del Streaker como el cumplimiento de una funesta profecía. Entendieron que la noticia presagiaba un tiempo fatídico de convulsiones,

donde cualquiera que modificara nuestro descubrimiento obtendría una ventaja decisiva. Al sur del Cúmulo Superficial, el Streaker no encontró una cálida bienvenida sino flotas de combate al acecho, ansiosas de apoderarse de secretos antes que llegáramos a terreno neutral. Varias veces nos arrinconaron, y escapamos sólo porque las hordas de fanáticos lucharon salvajemente entre sí por el derecho de captura. Ay, esa compensación parece ausente en la situación actual.

Ni había que mencionarlo. Los jophurs podían perseguir al Streaker a gusto, sin amenaza de interferencia. Estaban en una región desierta y prohibida para el resto de la civilización.

—¿El pobre Emerson fue herido durante una de esas batallas espaciales?

Sara estaba preocupada por su amigo, el silencioso viajero de las estrellas cuyas misteriosas lesiones ella había tratado en su casa arbórea, antes de llevarlo en un épico viaje por Jijo, hasta que se reunió con sus compañeros.

—No. El ingeniero D'Anite fue capturado por miembros de la Casta Retirada, en un sitio que llamamos el Mundo Fractal. Ese hecho...

La mancha azul dejó de girar. Titubeando unos segundos, tembló antes de continuar.

—¡El oficial de detección comunica una novedad! Un fenómeno hasta ahora disimulado por las llamas de Izmunuti.

La imagen cimbró. Enjambres de puntos anaranjados chispearon entre los filamentos y las huracanadas protuberancias de la turbulenta atmósfera de Izmunuti.

Sara se inclinó hacia adelante.

—¿Qué son?

—Objetos condensados. Objetos móviles artificiales con impulso propio. En otras palabras, naves estelares.

Sara quedó boquiabierta.

—¡Ifni, deben de ser cientos! ¿Cómo pudimos pasarlas por alto?

—Oh gran sabia —respondió la máquina Niss a la defensiva—, normalmente no enviamos haces de sondeo a través de la corona de una gigante roja en busca de naves. Nuestra atención estaba en otra parte. Además, esas naves sólo empezaron a usar sus motores gravíticos hace unos instantes, aplicando la fuerza gravitemporal para escapar de las nuevas tormentas solares.

Sara miraba con asombro. Sintió un asomo de esperanza.

—¿Podrían estas naves ayudarnos?

La Niss hizo otra pausa, consultando instrumentos remotos.

—Parece dudoso, oh sabia. Poco les importarán nuestras luchas. Estos seres pertenecen a otro orden de la pirámide de la vida, totalmente aparte del vuestro... aunque podríamos considerarlos primos lejanos míos.

Sara sacudió la cabeza, confundida.

—¡Máquinas! —exclamó al fin.

Incluso los renegados de Jijo podían recitar los Ocho Órdenes de la Sapiencia, donde los respiradores de oxígeno eran sólo uno de los más prósperos. Entre los demás órdenes, los Rollos Sagrados de Jijo mencionaban misteriosos seres sintéticos que se diseñaban y construían unos a otros en las honduras del espacio, pues no necesitaban suelo para apoyarse ni viento para respirar.

—Sin duda están aquí por cuestiones que no nos conciernen. Lo más probable es que los mecanoides eludan el contacto con nosotros por cautela.

La voz hizo una pausa.

—Están entrando nuevos datos. Parece que la flota tiene dificultades con esas nuevas tempestades. Quizás algunos mecaniformes necesiten más ayuda que nosotros.

Sara señaló uno de los puntos anaranjados.

—¡Muéstramelo!

Usando datos de sensores de largo alcance, la unidad enfocó el interior de la imagen. Filamentos estelares giratorios parecieron rodear a Sara mientras su punto de vista se zambullía en el lugar escogido, una de las naves mecanoides, que empezó a perfilarse contra un trasfondo de gas iracundo.

Llevando la magnificación al máximo, el borroso realce mostró una reluciente forma trapezoidal, casi un espejo que reflejaba al sesgo el fuego solar. El perfil del mecanoide se afinó mientras giraba para escapar del penacho de iones calientes que se elevaba desde las encrespadas zonas de convección de Izmunuti. El software de monitoreo compensó la perspectiva mientras columnas de números estimaban las medidas reales de la nave, un cuadrado cuyos bordes tenían cientos de kilómetros de longitud, con una tercera dimensión que era cada vez más pequeña.

El espacio parecía ondear bajo la nave mecaniforme. A pesar de su inexperiencia, Sara reconoció los efectos deformantes de un campo gravitemporal. Modesto, según la imagen. Quizá suficiente para velocidades interplanetarias, pero no para escapar de la devastación que trepaba hacia ella. Sara sólo pudo observar con impotente compasión mientras el mecanoide luchaba en vano.

La primera onda de choque partió el borroso objeto por la mitad y lo deshizo en jirones que pronto se convirtieron en un enjambre de serpentinas rutilantes.

Esta no es la única víctima. Observa cómo el destino alcanza a otros rezagados.

La imagen volvió a su escala anterior. Mientras Sara observaba, más chispas anaranjadas fueron alcanzadas por olas de plasma denso y agudo. Otros seguían trepando, luchando para escapar de la turbulencia.

—Sean quienes fueren, espero que escapen —murmuró Sara.

Parecía extraño que las naves mecanoides fueran menos resistentes que el Streaker, cuyos campos protectores podían soportar una inmersión de varios minutos

en la cromoesfera de la estrella roja, con tormenta o sin ella.

—Si no pueden resistir un chorro de plasma, serán inútiles contra las armas jophurs.

La decepción era amarga después de la breve esperanza. Era evidente que no podía esperar ayuda de esas naves.

Sara notó que sus peripecias del último año seguían un patrón: había abandonado su polvoriento estudio para enfrentarse a alienígenas, librar batallas, montar legendarios caballos, sumergirse en el mar y sumarse a una frenética fuga a bordo de una nave estelar. El universo parecía empeñado en revelar maravillas que apenas atinaba a comprender: estrellas gigantes, puntos de transferencia, ordenadores parlantes, bibliotecas universales... y ahora atisbos de otro orden de vida. Un phylum misterioso, totalmente aparte de la vasta Civilización de las Cinco Galaxias. Semejantes prodigios estaban muy lejos de su vieja vida de intelectual salvaje en un mundo rústico.

Sin embargo, era obvio que el cosmos sólo planeaba ofrecerle un atisbo.

Echa un vistazo, parecía decir. Pero no puedes tocar. Tus horas están contadas.

Sara miró con tristeza cómo los puntos anaranjados huían desesperadamente de los tornados de calor estelar. Más rezagados fueron arrasados por la creciente tormenta, y sus frágiles luces se extinguieron como rescoldos.

Gillian y los delfines parecen creer que podremos atravesar ese infierno. Pero esas chispas que se apagaban minaban la confianza de Sara. ¿No se suponía que las máquinas eran más fuertes que la carne?

Estaba por preguntárselo a la máquina Niss cuando la imagen cambió una vez más. Izmunuti fluctuó y, cuando la imagen volvió a formarse, había aparecido algo nuevo. Bajo las chispas anaranjadas tres formas chispeantes se elevaban con gracia parsimoniosa, irradiando un púrpura imperial mientras iban desde las llamas hacia la trayectoria del Streaker.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Más mecanoides?

—No —respondió la máquina Niss, con un tono casi reverente—. Parece ser algo totalmente distinto. Creo que son... —El holograma se deshilachó en formas irregulares, como carámbanos nerviosos—. Creo que son zang.

Sara sintió un escalofrío. Ese nombre inspiraba un temor legendario. En Jijo sólo se pronunciaba con un susurro.

—¿Pero cómo...? ¿Qué pueden estar haciendo...?

Antes de que ella terminara la pregunta, la máquina Niss habló de nuevo.

—Perdón por interrumpir, Sara. Nuestra capitana, la doctora Gillian Baskin, ha convocado a una reunión urgente del consejo de a bordo para evaluar estas circunstancias. Estás invitada a asistir. ¿Deseas que presente tus excusas?

Sara ya corría hacia la salida.

—¡Ni se te ocurra! —gritó por encima del hombro mientras la puerta se plegaba para dejarla pasar.

El pasillo se curvaba en ambas direcciones, como un segmento de espacio-tiempo torturado, elevándose a lo lejos de un modo que Sara siempre encontraba inquietante. No obstante, esta vez corrió.

GILLIAN

La tumultuosa estrella roja le hacía pensar en Venus, y eso le hacía pensar en Tom. Todo le hacía pensar en Tom. Al cabo de dos años, su ausencia aún era una herida que la instaba a buscar su calor todas las noches. De día, seguía esperando que su voz enérgica le ayudara a afrontar las preocupaciones. Y todas esas malditas decisiones.

¿No es típico de un héroe morir salvando el mundo?

Para eso están los héroes, señaló una vocecilla.

Sí, respondió ella. Pero el mundo sigue andando, ¿verdad? Y siempre necesita que lo salven.

Desde que el universo los había separado en Kithrup, Gillian se decía que Tom no podía estar muerto. Yo lo sé, se decía muchas veces, convenciéndose a fuerza de voluntad. A través de galaxias y megaparsex, podría saberlo si él no estuviera. Tom debe de estar en alguna parte, con Creideiki, ICAI y los demás que tuvimos que abandonar. Halla el modo de regresar a casa... o al menos a mí.

Esa certidumbre le ayudó a sobrellevar la carga durante el primer año de fuga del Streaker, pero los últimos meses de crisis constante habían minado su confianza.

Luego, sin darse cuenta, empezó a pensar en Tom en pasado.

Él amaba Venus, pensó, mirando el furibundo paisaje. Por cierto, la atmósfera de Izmunuti era brillante, mientras que perpetuas lluvias de ácido enturbiaban ese mundo hermano de la Tierra. Pero ambos cielos compartían ciertos rasgos. Un calor despiadado, tormentas implacables, escasa humedad.

Ambos provocaban extremos de esperanza y desesperación.

Vio a Tom en su traje espacial, extendiendo los brazos hacia el Pináculo de Afrodita, señalando las áridas tierras bajas. El relámpago bailaba alrededor de una falange de estructuras titánicas que se extendían hasta el deforme horizonte —un sombrío coloso tras otro—, vastos dispositivos consagrados a la tarea de modificar Venus. Transformar el infierno, un paso por vez.

—¿No es imponente? —había preguntado Tom—. Esta empresa demuestra que nuestra especie es capaz de pensar con mucha antelación.

Aun con la tecnología galáctica prestada, la tarea llevaría más tiempo del transcurrido desde que los humanos conocían la escritura o la agricultura. Pasarían diez mil años hasta que los mares rodaran sobre esas planicies calcinadas. Era un proyecto osado para meros lobeznos, sobre todo cuando los corredores de apuestas sa'ents y kloornaps daban al Clan Terrícola pocas probabilidades de sobrevivir más de un siglo o dos.

—Tenemos que demostrar al universo que tenemos confianza en nosotros mismos —añadió Tom—. De lo contrario, ¿quién creará en nosotros?

Las palabras sonaban bien. Nobles y elocuentes. En ese momento, Tom casi convenció a Gillian.

Pero las cosas cambiaban.

Medio año atrás, durante la breve estancia del Streaker en el Mundo Fractal, Gillian había oído rumores acerca del Sitio de la Tierra, que ocurría en la lejana Galaxia Dos. En las agencias de apuestas sa'ents muchos apostaban a que los humanos se extinguirían en meros años o jaduras, no en siglos.

En retrospectiva, el proyecto de terraformación de Venus parecía irrelevante.

Nos habría ido mejor como granjeros, a Tom y a mí. O como maestros. O ayudando a colonizar Calafia. Nunca debimos escuchar a Jacob Demwa y Creideiki. Esta misión sólo ha traído desgracias para todos.

Incluidos los pobres colonos de Jijo, seis razas exiliadas que merecían la oportunidad de encontrar su propio destino. Buscando refugio en ese mundo prohibido, el Streaker había llevado el desastre a las tribus de Jijo.

Parecía existir una sola manera de reparar el daño.

¿Podremos arrastrar a los jophurs al nuevo punto de transferencia? Kaa debe seguir una trayectoria convincente, como si detectara una hebra perfecta. Una senda milagrosa que conduce a la salvación. Si lo hacemos bien, esos grasientos anillos tendrán que seguirnos. No tenías opción.

La salvación de Jijo justificaba esa elección, pues no parecía haber manera de llevar el cargamento del Streaker a la Tierra. Y había otra razón, amarga y vengativa.

Al menos nuestros enemigos caerán con nosotros.

Algunos dicen que la muerte inminente clarifica la mente, pero en Gillian sólo provocaba remordimientos.

Espero que Creideiki y Tom no estén muy defraudados conmigo, reflexionó en la puerta de la sala de conferencias. Hice todo lo posible.

El consejo de la nave había cambiado desde que Gillian aceptó a regañadientes el mando que Creideiki poseía en tiempos más felices. En el extremo de la larga mesa, la última oficial delfín sobreviviente, la teniente Tsh't, manejaba con pericia una unidad de seis patas que llevaba su lustrosa forma gris al mismo nicho que Takkata Jim ocupaba antes de morir cerca de Kithrup.

Tsh't saludó al jefe de máquinas humano, aunque ni siquiera la madre de Hannes Suessi lo reconocería ahora, con tantas partes del cuerpo reemplazadas por componentes cibernético, y una cúpula plateada en vez de cabeza. Gran parte de esa superficie reluciente estaba cubierta por calcomanías para motocicletas anteriores al Contacto, un toque irreverente que agradaba a la tripulación. Al menos alguien había conservado el buen humor durante años de crisis ininterrumpida.

Gillian lamentaba la ausencia de un miembro del consejo, su amiga y colega Makanee, que se había quedado en Jijo con varias docenas de delfines, los que

sufrían de fiebre de regresión o no eran esenciales para el intento de fuga. Los delfines habían fundado una séptima colonia ilegal en ese mundo en barbecho, otro secreto que valía la pena defender con la vida de los que quedaban a bordo.

Secretos. Hay otros enigmas, menos fáciles de proteger.

Gillian evocó los objetos acumulados en su oficina, algunos dignos de un rescate principesco. El mero indicio de su existencia había conmocionado las Cinco Galaxias.

Ante todo había una momia, apodada Herbie. Un cadáver alienígena; un antiguo que su enigmática sonrisa podía deberse a una broma formulada mil millones de años atrás. Otras reliquias eran igualmente complicadas o temibles. Los problemas habían seguido al Streaker desde que su tripulación comenzó a recoger objetos que no comprendía.

«Artículos del destino»: así los había llamado un Antiguo, cuando visitaron el Mundo Fractal.

Tal vez, sea adecuado. Esos irritantes tesoros quedarán reducidos a la anchura de un protón cuando nos zambullamos en el nuevo punto de transferencia.

Al menos tendría la satisfacción de ver cómo cambiaba la expresión de Herbie en el último momento, cuando los confines de la realidad los trituraran desde diez dimensiones.

Un holo de Izmunuti ocupaba una pared de la sala, una extensión de nubes arremolinadas más ancha que la órbita de la Tierra, palpitando y cambiando mientras la máquina Niss transmitía los últimos datos en galáctico siete, con acento tymbrimi.

—El acorazado jophur ha expulsado los últimos señuelos que capturó, dejándolos a la deriva en el espacio. Liberado de ese peso, el Polkjhy es más ágil, y dirige su temible mole hacia el nuevo punto de transferencia. Intenta llegar antes que el Streaker al nexo renacido.

—¿Pueden lograrlo? —preguntó Gillian en inglés.

El holograma Niss giró pensativamente.

—Parece improbable, a menos que usen un peligroso motor probabilístico, lo cual no es típico de los jophurs. Perdieron mucho tiempo lanzándose hacia el viejo punto T. La difícil maniobra que efectuamos frente a Izmunuti nos ayudará a llegar los primeros... aunque no sirva de nada.

Gillian ignoró el sarcasmo de la máquina. La mayor parte de la tripulación parecía estar de acuerdo con su decisión. Careciendo de otras opciones, la muerte era más soportable si uno arrastraba a un enemigo.

La situación jophur parecía estable, así que cambió de tema.

—¿Qué sabes sobre las otras naves?

—¿Las dos misteriosas flotas que detectamos recientemente en la atmósfera de Izmunuti? Después de consultar archivos tácticos, llego a la conclusión de que debían

de operar en conjunto. No hay otra explicación para su estrecha proximidad, mientras huyen juntas de inesperadas tormentas de plasma.

Con voz grave y áspera, Hannes Suessi objetó desde su cúpula de plata:

—¿Una cooperación entre mecanoides y respiradores de hidrógeno? Eso parece extraño.

La mancha giratoria imitó un cabeceo.

—En efecto. Los diversos órdenes de la vida rara vez interactúan. Pero de acuerdo con nuestra unidad capturada de la Biblioteca, a veces ocurre, sobre todo cuando algún proyecto vital requiere el talento de dos o más órdenes.

El más reciente miembro del consejo silbó pidiendo atención. Kaa, piloto principal, no usaba una unidad ambulatoria, pues en cualquier momento tendría que volver precipitadamente a su puesto. El joven delfín comentó, desde un túnel lleno de líquido que atravesaba una pared a un lado de la mesa:

¿Qué propósito,
bajo lunas tironeadas por mareas,
explicará tales anomalías?

Kaa enfatizó la frase con un coletazo que hizo burbujear el agua. Gillian tradujo el poema para Sara Koolhan, que no sabía trinario.

—Kaa pregunta qué proyecto justificaría el riesgo de zambullirse en una estrella. Sara respondió con un cabeceo ávido.

—Quizá tenga una respuesta parcial. —La joven jijoana acarició un cubo negro, la máquina algorítmica personal que Gillian le había prestado cuando subió a bordo—. Desde que avistamos esas extrañas naves me he preguntado qué rasgo de Izmunuti podría atraer aquí a gente de un sistema distante. Por ejemplo, mis propios antepasados, después de atravesar el punto T regular, rozaron la atmósfera exterior de esta estrella gigante. Todas las naves-furtivas de Jijo usaron el mismo método para cubrir sus huellas.

Nosotros también pensamos lo mismo, pensó Gillian, deprimida. Pero debo de haber hecho algo mal, pues los rothens pudieron seguirnos, descubriendo nuestro escondrijo y el de las Seis Razas.

Gillian notó que la teniente Tsh't la miraba. ¿Un reproche por meter al Streaker en este brete? El ojo de la oficial la escrutó un largo instante, luego se desvió.

—Según esta unidad instructora, la hinchada atmósfera de las estrellas como Izmunuti arroja inmensas cantidades de átomos pesados. El carbono abunda, y se condensa en cualquier objeto sólido que pase por las cercanías. Todas las naves de nuestros antepasados llegaron ennegrecidas por ese material. La Streaker puede ser la primera que intente hacerlo dos veces... para llegar y para irse. Apuesto a que ese

material os causa algunos problemas.

—¡Ya lo creo! —tronó la voz amplificada de Suessi. Hannes había procurado deshacerse del revestimiento de carbono—. Ese material es pesado, tiene propiedades exóticas y ha erosionado las antenas probabilísticas.

Sara asintió.

—¿Pero no sería posible que alguien utilice ese material? ¿Cuál sería el mejor modo de acumularlo?

Acarició el cubo negro, transfiriendo datos a la pantalla principal. Aunque hacía pocos días que Sara estaba a bordo, se estaba adaptando a la comodidad de las herramientas modernas.

Un rectángulo semejante a un espejo apareció ante el consejo, reflejando feroces protuberancias en una superficie ancha y plana.

—Quizá yo sea una irruptora ignorante —comentó Sara—. Pero parece que uno podría acopiar átomos de un viento estelar usando algo con una vasta superficie y poca masa inicial. Ese vehículo quizá ni tuviera que gastar energía al partir, si viajara bajo la presión de ondas de luz.

—¡Una vela solar! —murmuró la teniente Tsh't.

—¿Así la llamáis? Imaginemos máquinas que llegan por el punto de transferencia como objetos compactos, caen hacia Izmunuti, despliegan esas velas y regresan al punto T, acumulando capas de este carbono molecularmente singular y otros materiales. Los gastos de energía por tonelada de ganancia serían mínimos.

El holograma Niss se adelantó.

—Tu hipótesis sugiere una técnica económica de recolección de recursos, siempre que los mecanoides no necesiten hacer más de una transferencia hiperespacial, a la ida o a la vuelta. Hay alternativas baratas en las regiones industrializadas de las Cinco Galaxias, pero aquí, en la Galaxia Cuatro, la industria actual es mínima o inexistente, debido a la reciente migración... —la máquina Niss hizo una pausa—. Los mecanoides serían contratistas ideales para esta tarea de recolección, pues crearían modelos específicos para hacer el trabajo rápidamente, con masa mínima. Ello explica por qué sus motores y escudos parecen débiles frente a las tormentas. No tenían margen para lo inesperado.

Gillian vio que sólo quedaba la mitad de las chispas anaranjadas, luchando para huir de la gravedad de Izmunuti antes que más chorros de plasma las alcanzaran. Los tres puntos rojos ya habían trepado hacia el convoy mecanoide, ascendiendo con grácil facilidad.

—¿Qué hay de los zang? —preguntó.

—Sospecho que son los empleadores de los mecanoides. Nuestra Biblioteca dice que los grupos zang a veces contratan máquinas para servicios especiales. Los grandes clanes de respiradores de oxígeno también lo hacen en ocasiones.

—Bien, parece que han frustrado sus planes —comentó Suessi—. Esta vez no podrán llevar mucho cargamento.

El delfín que estaba en el túnel lleno de agua lanzó ásperos silbidos. No era trinario, sino los chasquidos que emite un cetáceo cuando reflexiona profundamente. Gillian aún se sentía culpable por haberle pedido a Kaa que la acompañara en esta misión, pues había tenido que abandonar en Jijo a su amante en peligro. Pero el Streaker necesitaba un piloto de primera para esta estratagema desesperada.

—Estoy de acuerdo —concluyó la máquina Niss—. Los zang estarán de pésimo humor después de este revés.

—¿Porque han sufrido una pérdida económica? —preguntó Tsh't.

—No sólo eso. Según la Biblioteca, los hidros detestan las sorpresas. Tienen un metabolismo más lento que los oxis. Lo imprevisible les desagrada visceralmente. Desde luego, esta actitud es extraña para una entidad como yo, programada por los tymbrimi para buscar la novedad. Sin sorpresas, ¿cómo sabríamos que existe un mundo objetivo? Bien se podría presumir que el universo entero es una gran simul...

—Un momento —interrumpió Gillian, antes que la máquina Niss se perdiera en devaneos filosóficos—. A todos nos enseñan a eludir a los zang como peligrosos, dejando el contacto a los expertos de los Grandes Institutos.

—Así es.

—¿Y ahora dices que pueden estar especialmente irritados?

El holograma Niss se tensó.

—Después de pasar tres años contigo, doctora Baskin, y familiarizarme con tus tonos de voz y tus patrones mentales, esta pregunta me provoca inquietud. ¿Se justifica mi aprensión? ¿Te parece atractiva la idea de que los zang estén de mal humor?

Gillian guardó silencio, pero sonrió enigmáticamente.

HARRY

Cinco años terrícolas habían pasado en su reloj personal desde que dio ese paso irrevocable, uniéndose a voluntarios de cincuenta razas alienígenas, repitiendo laboriosamente las frases políglotas de un juramento escrito millones de años atrás por una especie ya extinguida. Al unirse al cuerpo de Observadores, Harry no sólo cambió su vida, sino que abandonó su linaje genético. Ya no debía lealtad a su planeta natal sino a una austera burocracia que era antigua cuando sus lejanos antepasados correteaban en las junglas triásicas, ocultándose de los dinosaurios.

Durante el entrenamiento le sorprendió que muchos estudiantes le hicieran preguntas sobre el Clan Terrícola, cuyas luchas eran la última holonovela interestelar. ¿Esa nueva banda de «lobeznos» desprotegidos se pondría a la altura de la civilización estelar a tiempo para escapar del destino normal de los advenedizos? A pesar de la escasa importancia de la Tierra, esto causaba muchas especulaciones y apuestas.

¿Qué se sentía —preguntaban sus compañeros— al tener instructores como los humanos, que se habían enseñado a sí mismos artes tan importantes como el lenguaje, el vuelo espacial y la eugenesia? Como neo-chimpace, Harry era inferior en jerarquía a cualquier otro ciudadano de la base, pero era una celebridad que se ganaba la hostilidad de algunos, la admiración de otros y la curiosidad de casi todos.

Lo cierto es que no sabía mucho sobre la Civilización de los Terrágenos, habiendo pasado sólo un año entre los parlanchines neochimpancés de la Tierra antes de abandonar la universidad para inscribirse en el Instituto de Navegación. Siempre había vivido en el exilio.

Había nacido en el espacio, a bordo de una nave exploradora de los terrágenos. Sus vagos recuerdos del Pelenor eran de un brumoso paraíso perdido, lleno de comodidades de alta tecnología y lugares cálidos para jugar. Los tripulantes — oficiales humanos, neochimpancés y neodelfines, además de un consejero arbóreo kanten— le parecían dioses que realizaban sus tareas con fervor, salvo cuando él necesitaba mimos, cosquillas o volteretas en el aire.

Pero un día funesto sus padres decidieron desembarcar para estudiar a las extrañas tribus humanas de una desolada colonia, en el mundo de Horst. Así finalizó el papel de Harry en el memorable viaje del Pelenor, y comenzó su apasionado resentimiento.

Los paisajes estelares y los motores zumbones se convirtieron en un recuerdo borroso e idealizado. Durante su infancia en ese mundo polvoriento, la idea del viaje espacial se volvió más mágica. Cuando Harry se fue de Horst, se asombró de las áridas tinieblas que separaban los raros oasis estelares.

Yo lo recordaba de otra manera, pensó durante el viaje a la Tierra. Claro que su

recuerdo era la fantasía de un bebé impresionable. En la universidad le enseñaron que las impresiones subjetivas son indignas de confianza, distorsiones nacidas de una mente crédula.

Aun así, no podía aplacar la sed. La ambición de buscar el paraíso en otras versiones de la realidad.

Los plátanos lo tuvieron atrapado durante días.

Si la aláfora hubiera sido menos personal, Harry se habría esmerado más. Pero la imagen estaba explícitamente destinada a ser ignorada. Después de la primera conmoción, cuando la estación casi se hundió, decidió esperar antes de enfrentarse de nuevo al arrecife.

De todos modos, no era mal sitio de observación. En una sinergia entre este extraño continuo y su propia mente, la región local se manifestaba como una meseta alta que se erguía sobre un vasto y ondulante mar de zarcillos rojos. Negras montañas cabeceaban todavía a lo lejos, aunque algunos de los «agujeros» de ese cielo azul rojizo se convirtieron en hoyuelos, como si la cúpula celeste hubiera decidido derretirse o ablandarse.

También había formas de vida, en general criaturas del orden memético. Formas que ondulaban, reptaban o titilaban frente a la plataforma octogonal de Harry, pastando y cazando, o bien fusionándose o sufriendo extrañas transformaciones. En los demás planos dimensionales, los memes sólo podían existir como parásitos, en el cerebro o procesador mental de un ser físico. Pero en el Espacio E estaban sueltos, en un reino de ideas palpables.

—Tu imaginación te equipa para cumplir los deberes de un explorador —explicó Wer'Q'quinn durante el entrenamiento de Harry—. Pero no sucumbas a la tentación del solipsismo, creyendo que puedes hacer que algo ocurra en el Espacio E sólo con desearlo. El Espacio E puede ser fatal, si eres obstinado o imprudente.

Harry nunca lo puso en duda. Observando los memiformes que se deslizaban por la estepa morada, pasaba el tiempo preguntándose qué conceptos contenían. Quizá ninguna de esas criaturas fuera sapiente, pues la verdadera inteligencia era rara en cualquier nivel de la realidad. No obstante, cada uno de los memes que pasaba delante de él manifestaba un pensamiento, no restringido por un cerebro orgánico ni electrónico, una idea autónoma de estructura tan compleja como los órganos y el código genético de Harry.

La que estaba allí, brincando como un antílope de doce patas... ¿era una abstracción vagamente relacionada con la libertad? Cuando una criatura volante de bordes dentados bajó para cazarla, Harry se preguntó si el cazador era una versión intrincada de la apetencia. ¿O sólo trataba de encajar lo complejo e inefable en categorías simples, para satisfacer las necesidades estructurales de una mente apenas sapiente?

Bien, la trivialización está en la «naturaleza humana». Hacer estereotipos. Pretender que puedes expresar lo inexpressable.

Los organismos meméticos eran fascinantes, pero en ocasiones otra cosa aparecía ante su puesto de observación, exigiendo una atención mayor.

Siempre podía distinguir a un intruso. Los forasteros se movían desmañadamente, como si sus formas alafóricas fueran torpes disfraces. Con frecuencia se aproximaban memes depredadores, buscando una sabrosa comida conceptual, sólo para retirarse ante el sabor punzante de la materia sólida. Naves con casco de metal o formas de vida orgánica. Intrusos de otra provincia de la realidad, que no se detenían a mirar, sino que se alejaban deprisa de las montañas flotantes para buscar refugio en ese cielo lleno de agujeros.

Harry agradecía estos momentos en que se ganaba la paga. Hablando con claridad, le describía cada intruso a su compañero, el ordenador de la estación, que estaba bajo sus pies, protegido de los efectos hostiles del Espacio E. En el cuartel general, los expertos estudiarían su testimonio para distinguir qué clase de nave había pasado ante los ojos de Harry, y adonde se dirigía. Entretanto, él y el ordenador colaboraban para hacer la mejor conjetura posible.

—Los archivos de memoria de a bordo conocen este dibujo —dijo la M flotante cuando Harry describió a un intruso particularmente exótico que se desplazaba sobre pedúnculos rígidos y brillosos, como una explosión solar ambulante—. Parece ser un miembro del orden cuántico de la sapiencia.

—¿De veras? —Harry se apretó contra el vidrio. El objeto parecía tan frágil como una plumosa espora zilm, llevada por el viento a los confines de Horst. Delicados tallos se desprendían y vaporizaban mientras esa cosa (¿era una nave o una criatura?) se elevaba hacia un agujero del cielo que estaba cerca del horizonte.

—Nunca he visto un cuantal tan grande. ¿Qué hace aquí? Creí que no les gustaba el Espacio E.

—Recuerda cómo os sentís los orgánicos en el vacío... os encogéis y perecéis si no estáis rodeados por capas de tecnología protectora. De igual modo, las subjetividades fluctuantes de este ámbito ponen en peligro a otras especies de vida. El Espacio E es aún más desagradable para los cuantales que para los miembros del Orden Maquinal.

—¿Entonces qué hace ahí?

—Ignoro qué misión urgente lo impulsa. La mayoría de los cuantales residen en los intersticios espumosos del cosmos, fuera de la vista de otras variantes de la vida... como las bacterias de tu mundo natal, que viven en la roca. El contacto explícito con el orden cuántico sólo fue establecido por expertos del Instituto de Bibliotecas hace menos de cien millones de años. Sugiero que no lo mires fijamente, explorador Harms. El cuantal ya experimenta dificultades. No las compliques con una

descortesía.

Harry hizo una mueca.

—Ah, claro. ¡El principio de incertidumbre! —Desvió los ojos. Su tarea en el Espacio E era mirar, pero si miraba demasiado podía causar daño.

De todos modos, su auténtica función era buscar intrusos menos exóticos.

La mayoría de los avistamientos eran de respiradores de hidrógeno, fáciles de identificar porque sus naves globulares parecían iguales en cualquier continuo. Los integrantes de ese orden gustaban de tomar atajos por el Espacio E en su camino de un mundo joviano al otro, aunque los niveles A y B fueran más eficientes, y los puntos de transferencia mucho más rápidos.

En las raras ocasiones en que Harry detectaba a un respirador de oxígeno —un miembro de la poderosa Civilización de las Cinco Galaxias— ninguno se aproximaba a su puesto de vigía.

Con razón contrataron a un mero chimpancé para este trabajo. Incluso los delincuentes que intentan entrar furtivamente en una zona en barbecho serían idiotas si usaran el espacio alafónico como puerta trasera. Y yo soy el tonto que lo vigila.

Aun así, era mejor que las secas y ventosas estepas de Horst.

Cualquier cosa era mejor que Horst.

Él y sus padres eran los únicos miembros de su especie en el planeta, lo cual significó que el largo proceso de adquirir el lenguaje, ya difícil para los neochimpancés jóvenes, se le dificultó doblemente. Con Marko y Felicity absortos en sus investigaciones, Harry tenía que practicar con picaros niños probshers que se burlaban de sus largos brazos velludos y su tartamudeo. Con sus caras pintarrajeadas y su mal genio, no mostraban la digna paciencia que le habían enseñado a esperar de la raza mayor. Cuando aprendió cuan diferentes eran los humanos de Horst, ya no importaba. Juró irse no sólo de Horst sino de la sociedad de los terrágenos. En busca de lo extraño y lo desconocido.

Años después, Harry comprendió que una ambición similar impulsaba a sus padres. En su ira juvenil, había despreciado sus peticiones de paciencia, sus torpes muestras de afecto, incluso su bendición de despedida.

Pero el remordimiento era sólo una pátina, y el perdón una abstracción civilizada, desprovista de emoción.

Otros recuerdos todavía le tensaban las venas de emoción. El aullido de los lobos nocturnos botbianos más allá de los lagos secos, bajo lunas doradas. Aferrarse las rodillas junto a una fogata mientras un chamán probsher recitaba cuentos exóticos, fábulas que Marko y Felicity estudiaban como venerables leyendas, aunque estas tribus habían recorrido Horst durante menos de seis generaciones.

¡Su propia raza sapiente no era mucho más antigua! Sólo habían pasado unos siglos desde que los seres humanos iniciaron sus experimentos genéticos con los

chimpancés.

¿Quién les daba el derecho?

No se necesitaba autorización. Los galácticos habían observado la misma conducta durante millones de años. Cada «generación» de viajeros estelares engendraba la siguiente en un expansivo efecto llamado Elevación.

En general, los humanos eran mejores amos que la mayoría... y él prefería ser sapiente a no serlo.

Si decidió alejarse del Clan Terrícola, no fue por rencor sino por distanciamiento. Los desvaríos de los místicos probshers le importaban tan poco como las desesperadas maniobras del Consejo de los Terrágenos contra las fuerzas destructivas de un universo aplastante. Era como comparar las chispas de una fogata con las estrellas del firmamento. A primera vista parecían similares. ¿Pero qué importaba otra ceniza incandescente en la gran escala de las cosas?

¿Al cosmos le importaba si los humanos o los chimpancés sobrevivían?

Esta idea lo obsesionaba aun en la universidad. Los lazos naturales de Harry se estiraron hasta romperse uno por uno. Sólo quedaba el nebuloso deseo de buscar algo duradero. Algo que mereciera durar.

Uniéndose a Wer'Q'quinn y el Instituto de Navegación encontró algo duradero, y no lamentaba su decisión.

Aun así, años después le asombraba que sus sueños siguieran regresando al mundo desolado de su juventud. Horst se burlaba de sus recuerdos. El viento en la hierba seca. Olores penetrantes que le clavaban las garras en las fosas nasales. Imágenes que el chamán pintaba en la mente, como trazos de arena multicolor, cayendo en su sitio para decir venado, bestia intrusa, cazador.

Aun como funcionario de la civilización galáctica, representando el orden oxi en un exótico plano de la realidad donde las aláforas titilaban en cada ventana como rechazadas imágenes de Dalí, Harry seguía viendo embudos de calor chispeante que se elevaban desde humosas fogatas, buscando en vano la unión con las altivas estrellas.

LARK

—¡Por allá no! —gritó Ling.

Su grito detuvo a Lark.

—Pero estoy seguro de que éste es el mejor modo de regresar a nuestro nido. — Lark señaló un corredor opaco y curvo de grises paredes de cerámica. Fuertes olores llegaban desde cada ramificación de la laberíntica nave jophur. Ésta tenía los claros sabores verde y refugio.

—Te creo —convino Ling—. Por eso no debemos ir allí. Por si todavía nos siguen.

Ya no parecía una diosa estelar, con el cabello corto y la tez sucia de hollín. Vestida sólo con un residuo harapiento de su brillante uniforme, Ling parecía más salvaje que los nativos jijoanos que antes despreciaba. En un entablillado de tela llevaba un toroide rojo que rezumaba líquido como una salchicha herida.

Lark comprendió. Desde que habían tratado de sabotear la cámara de control del acorazado, los gigantescos jophurs y sus robots los habían perseguido por la vasta nave. Los humanos fugitivos no debían conducir a los perseguidores al único sitio que les ofrecía refugio y alimento.

—¿Adónde, entonces? —Lark odiaba estar al descubierto. Empuñaba su única arma, un tubo circular morado. Más grande y saludable que el rojo, era su único recurso para trasponer las puertas cerradas y burlar a guardianes desprevenidos.

Ling conocía las naves estelares mucho mejor que él. Pero esta gigantesca nave de guerra era diferente. Miró un túnel sombrío, un pozo rizado que parecía más orgánico que artificial.

—Sólo escoge una dirección. Deprisa, alguien viene.

Con una mirada nostálgica hacia su «nido», Lark le cogió la mano y avanzó en ángulo recto por otro pasadizo.

Las paredes relucían con una pátina aceitosa, y cada pasaje o portal emitía su propio aroma, compensando en parte la falta de inscripciones. Aunque era sólo un primitivo irruptor, Lark conocía a los traekis. Estos primos de los jophurs tenían otra personalidad, pero compartían muchos rasgos físicos. Como nativo jijoano, podía detectar muchos matices en el idioma aromático de la nave.

A pesar de la curvatura de los pasillos, empezaba a tener una imagen mental de la enorme nave, un esferoide achatado, erizado de armamentos e impulsado por motores tan potentes que distorsionaban el espacio de diversas maneras. El volumen restante era un laberinto de talleres, laboratorios y cámaras enigmáticas que desconcertaban incluso a Ling, con su conocimiento de las estrellas. Desde que habían escapado del centro de mando jophur, habían avanzado hacia adentro, regresando al pequeño Edén donde se habían escondido después de escapar de su celda.

El lugar donde por primera vez habían hecho el amor.

Sólo ahora las grasientas pilas de anillos habían cerrado los tubos de descenso axiales, cortando el fácil acceso al núcleo norte-sur del Polkjhy.

—Eso atenta contra la eficiencia de la nave —le había explicado Ling, con cierta satisfacción—. No pueden desplazar tripulantes para ciertas tareas. Todavía les causamos daño, Lark, mientras estamos libres.

Él valoraba este afán de ver el aspecto positivo de la situación. Aunque el futuro pareciera desalentador, Lark se alegraba de compartir con ella el mayor tiempo posible.

Mirando hacia atrás, Ling le cogió el brazo. Unos susurros sugerían que sus perseguidores se acercaban. Entonces Lark también oyó. En dirección contraria, cerca del siguiente recodo.

—¡Estamos atrapados! —exclamó Ling.

Lark corrió hacia la puerta más próxima. La fuerte pestilencia le recordó los días de mercado en su hogar, cuando los criadores traekis llevaban sus toroides para vender.

Apuntó el anillo morado contra una placa aromática y la criatura disparó un chorro de niebla. Vamos, haz lo tuyo, urgió en silencio.

Su única esperanza radicaba en este regalo del ex sabio traeki, Asx, que había logrado liberarse de la represión mental de un anillo maestro jophur el tiempo suficiente para generar dos anillos nuevos. Los fugitivos humanos ignoraban para qué servía el rojo, el que estaba herido, pero el morado les había permitido mantenerse libres varios días, desde que el acorazado despegó de Jijo en su frenética carrera por el espacio exterior.

Claro que sabíamos que no duraría.

El cerrojo aceptó el código químico con un chasquido, y el portal se abrió. Corrieron entre humaredas acres hasta una cámara sombría, dividida por tabiques de vidrio. Lark no había tenido tiempo de ordenar sus impresiones cuando en el corredor de atrás resonaron gritos humanos y pisadas.

—¡Alto! ¿Sois tan estúpidos para no comprender que estáis empeorando las cosas? Salid, antes de que empiecen a usar...

La puerta se cerró, silenciando las amenazas del ex comandante de Ling. Lark apoyó al traeki morado contra la placa sensora interior, donde rezumó aromas de confusión, sustancias químicas destinadas a alterar el código de la cerradura. Por experiencia, sabía que sus perseguidores tardarían medio midura en pasar, a menos que usaran herramientas cortantes.

¿Para qué molestarse? Saben que estamos atrapados adentro.

Le resultaba especialmente irritante que lo arrinconara Rann. El tercer prisionero humano se había unido a los jophurs, tal vez esperando a cambio la liberación de sus

amos rothens, congelados en Jijo. Lark no tenía alternativa, pues el anillo morado no surtiría el menor efecto en el gran guerrero danik.

Volviéndose, Lark vio que las paredes de vidrio —que se extendían del piso al techo— eran gigantescos depósitos que albergaban hileras de criaturas movedizas.

¡Toroides traekis diminutos!

Tubos claros llevaban un material pardo y pegajoso a cada nicho.

Papilla refinada. Alimento para bebés. ¡Estamos en su guardería!

En sí mismo, ningún anillo traeki era inteligente. En el mundo donde habían evolucionado, deslizándose por fétidos pantanos como carroñeros semejantes a gusanos, nunca eran gran cosa como individuos. Sólo cuando los traekis comenzaron a formar pilas especializadas surgieron como clase singular de vida presapiente, madura para su adopción y Elevación por parte de sus instructores poas, semejantes a babosas.

Aquí es donde la tripulación del Polkjhy cría clases especiales de anillos, equipados con los talentos necesarios para ser nuevos miembros del equipo.

Una reproducción dirigida. Sin duda algunos de esos toroides pulsátiles eran anillos maestros, diseñados milenios atrás para transformar a los plácidos y contemplativos traekis en amenazadores jophurs.

Lark brincó cuando un grito humano resonó en los pasillos. Con el pulso acelerado, echó a correr, llamando a Ling.

La voz de ella rebotó en las paredes de cristal.

—¡Deprisa! ¡Me tienen acorralada!

Lark dobló alrededor de una pared y la encontró, retrocediendo hacia un nicho ante dos enormes operarios jophurs. El personal de la guardería, comprendió Lark. Cada pila ahusada consistía en treinta toroides sinuosos de dos metros de anchura en el fondo y con un peso de una tonelada. Sus cerosos flancos relucían con una vitalidad desbordante que uno nunca veía en los traekis de Jijo, irradiando símbolos relampagueantes. Poros de síntesis química exhalaban pestilencias de color mientras zarcillos manipuladores se extendían hacia Ling.

Ella se movió ágilmente, saltando de izquierda a derecha. Buscando una apertura o algo que sirviera como arma. No había pánico en sus ojos, ni delató a Lark con su alivio de verle.

Los sensores visuales jophurs miraban en todas direcciones al mismo tiempo. Pero esa ventaja tenía un inconveniente: reacción lenta. La primera pila aún se dirigía hacia su víctima cuando Lark apareció desde atrás. El obsequio de Asx le disparó un chorro de espuma, alcanzando un órgano semejante a una gema que pronto se enturbió con un espasmo.

Toda la pila tembló y se quedó tiesa. Lark encaró al otro enemigo.

Un férreo tentáculo le cogió el brazo derecho. Olió un odioso aroma de triunfo

mientras el segundo jophur lo atraía, curvando los tentáculos y empezando a apretar.

El anillo morado tembló en la mano de Lark, pero la espuma química no podía dar en el blanco desde este ángulo imposible. El toroide maestro manipuló sus tubos menores con una malicia e intensidad que Lark nunca había visto en los serenos traekis de Jijo. La sofocación le arrancó un grito de dolor.

Oyó un estrépito ensordecedor mientras una lluvia de astillas húmedas le caía en la espalda.

El jophur ululó agudamente. Alguien gritó una advertencia con los silbidos crepitantes del galáctico dos.

Deja ir al humano/debes hacerlo.

De lo contrario otros pequeños/¡perecerán!

La presión que Lark sentía en las costillas se alivió justo cuando parecía a punto de desmayarse. Su captor se meció con incertidumbre. Mirando con ojos turbios, Lark vio que astillas de cristal cubrían la gran pila, y había humedad por todas partes. Vio a Ling, agazapada a varios metros con una barra de metal, blandiéndola amenazadoramente frente a otra vitrina. Ignoraba dónde había encontrado esa herramienta, pero el piso ya estaba cubierto de anillos bebés que habían caído violentamente de una de las torres de nutrición. Algunos agitaban aletas o patas inconclusas. Los anillos maestros enanos movían sensores neurales, buscando otros toroides para dominar.

Lark notó que el operario temblaba de vacilación.

Los ruidos de la puerta indicaban que los tripulantes del Polkjhy ya estaban trabajando para abrirla. Era evidente que los dos fugitivos humanos no irían a ninguna parte.

El jophur se decidió. Soltó a Lark. Él logró mantenerse en pie, sosteniéndose sobre rodillas débiles, alzando débilmente el toroide morado para disparar contra los sensores de feromonas. En pocos instantes, el segundo operario se unió al primero en su sopor.

Cielos, pensó Lark. Si éste era un tierno niño, detestaría toparme con uno de sus guerreros.

Ling le aferró el brazo para sostenerlo.

—Vamos —urgió—. No hay tiempo para descansar. Tenemos mucho que hacer.

—¿De qué estás hablando? —quiso preguntar Lark, aunque la pregunta fue sólo un suspiro. Ling aún lo sostenía.

—Creo que sé cómo salir de aquí —insistió—. Pero la salida es bastante estrecha.

Tal como había predicho, la bodega de carga era diminuta. Aun encogiéndose todo lo posible, Lark apenas cabía dentro. El anillo morado se contorsionaba entre el hueco que quedaba entre sus costillas y una pared.

—Creo que tú deberías ir primero —se quejó Lark.

Ling tecleó órdenes en un complejo teclado junto al pequeño vehículo de provisiones.

—¿Acaso sabes cómo programar estas cosas? —preguntó ella. Tenía razón, pero a Lark no le gustaban sus intenciones—. Además, vamos a un lugar desconocido. ¿Nuestro mejor guerrero no debería encabezar la marcha?

Ling le tomaba el pelo. Quien fuera primero vencería la oposición usando el anillo morado, o de lo contrario fracasaría. La fuerza física era casi inútil contra un robot o un jophur adulto.

Lark miró hacia la puerta de la guardería, donde el fulgor rojo de un soplete abría un tajo curvo. Al parecer, Rann y los jophurs habían desistido de descifrar el código y habían decidido usar la fuerza bruta.

—¿Me sigues?

Por toda respuesta, ella se inclinó para besarlo: una vez en la frente, como bendición, y otra apasionadamente, en la boca.

—¿Te gusta esa promesa? —preguntó, mezclando su aliento con el de él.

Mientras Ling retrocedía, una escotilla transparente cubrió el pequeño vehículo, construido para transportar equipo y muestras entre las estaciones de trabajo de la nave jophur. Existía una tosca versión de este sistema en Biblos, el archivo jijoano, donde los libros de papel y los mensajes viajaban entre las bibliotecas en angostos tubos de bu.

—¡Oye! —exclamó él—. ¿Adónde me...?

Un ruido y un relámpago interrumpieron su pregunta e hicieron girar a Ling. El soplete aceleraba su ritmo, como si el enemigo intuyera la necesidad de darse prisa. Para horror de Lark, el arco iba por más de la mitad.

—¡Déjame salir! —exclamó—. ¡Cambiaremos de lugar!

Ling sacudió la cabeza mientras seguía programando la consola.

—No hay alternativa. Prepárate. Esto dolerá.

Antes de que Lark pudiera protestar por segunda vez, el tramo de pared cayó con estrépito. Chispas ondulantes y denso humo llenaron la entrada. Pronto entrarían los guerreros jophurs, y Ling ni siquiera tenía un arma.

Lark golpeó el panel mientras varias cosas ocurrían en rápida sucesión.

Ling se arrodilló en el piso, donde veintenas de anillos traekis aún se contorsionaban en medio de las astillas de cristal. Ella vació su cabestrillo, dejando que el segundo regalo de Asx —el toroide rojo herido— se mezclara con los demás.

Una silueta alta atravesó la humareda. Sin duda era Rann, jefe de la tribu danik de renegados humanos fieles a los señores rothens.

Ling se puso de pie. Miró a Lark por encima del hombro. Lark golpeaba la escotilla, gimiendo de frustración y temor por ella.

Ella buscó con calma el teclado.

—¡No! ¡Déjame salir! Yo...

La aceleración lo sorprendió. Su cuerpo encorvado chocó contra la pared del pequeño vehículo.

La cara de Ling desapareció en un borrón mientras él volaba hacia ni sabía dónde.

DWER

¿De veras se han ido?

Dwer se agachó junto a una antigua ventana. Miró el reluciente paisaje estelar, sintiendo el frío procedente del espacio exterior, que estaba a sólo un dedo de distancia.

—No veo rastro de ellos —le confesó a Rety—. ¿Hay alguno de tu lado?

Su compañera, una joven de catorce años, con la cara llena de cicatrices y un cabello greñado, se apoyó en un panel del extremo opuesto de la polvorienta cámara, antaño la sala de control de una lustrosa nave, ahora apenas una ruina mugrienta.

—No hay nada, a menos que cuentes los fragmentos que siguen cayendo de este herrumbrado cascajo.

Golpeó el mamparo más próximo. Hilillos de polvo cayeron de las grietas de prehistóricas paredes de metal.

Los propietarios originales de la nave debían de tener una forma extraña, pues las ventanas llegaban a las rodillas de un humano en pie, mientras que los instrumentos corroídos se alzaban sobre altas columnas desperdigadas por la sala oblonga. La raza que había pilotado esa nave la había abandonado como chatarra, más de medio millón de años atrás, en una gran pila de cascos abandonados en el Sumidero del mar de Jijo.

La inmersión en agua helada sin duda tenía efectos de preservación. Aun así, la tripulación del Streaker había logrado un milagro, reviviendo varias de esas ruinas para un último viaje. El comentario de Rety parecía injusto, dadas las circunstancias.

Aquí adentro hay aire, pensó Dwer. Y una máquina que escupe una pasta comestible... hasta cierto punto. Mantenemos la muerte a raya. Por el momento.

La situación no era precisamente afortunada. Pero después de las peripecias de los últimos días, Dwer consideraba que la duración de su vida y su salud era causa de grata sorpresa, no de queja despechada.

Claro que Rety veía las cosas de otro modo. Su joven vida había sido mucho más dura que la suya, a fin de cuentas.

—Huelo cada rincón de esta vieja nave —gorjeó una vocecilla, hablando ánglico con un acento sibilante y una nota de triunfo—. No hay rastros de monstruos de metal. ¡Ninguno! ¡Los hemos ahuyentado!

El que hablaba trotó por la sala de control sobre cuatro cascos en miniatura, un cuadrúpedo con dos delgados brazos centauroides y un pescuezo sinuoso.

Irguiendo la cabeza con orgullo, el pequeño Yi se acercó a Rety y se metió en su morral. Los dos se llamaban «marido y mujer», una unión entre especies que tenía cierto sentido para otro jijoano pero habría pasmado a cualquier ciudadano de la Civilización de las Cinco Galaxias. El verborrágico macho urs y la sucia adolescente humana formaban una pareja singular.

Dwer sacudió la cabeza.

—Esos robots no se fueron por nuestro temible aspecto. Estábamos escondidos en un armario, muertos de miedo, ¿recuerdas? —Se encogió de hombros—. Apuesto a que no inspeccionaron la nave porque vieron de inmediato que era un casco vacío.

Hannes Suessi y su astuta cuadrilla de delfines habían resucitado cien antiguas naves del cementerio submarino para proteger la fuga del Streaker, dando a los terrícolas una pequeña oportunidad frente al poderoso acorazado jophur. La presencia de Dwer a bordo de uno de los señuelos derivaba de una serie de accidentes. (Se suponía que en ese instante estaba descendiendo en un globo de aire caliente en los Cerros Grises de Jijo, cumpliendo una vieja obligación, no internándose en la negrura a tanta distancia de los parajes agrestes que tan bien conocía.)

¡Pero Rety había planeado estar aquí! Dwer comprendía ahora que su perverso cerebro debía de haber trabajado durante semanas en un plan para secuestrar una nave estelar.

—¡Los anillos nos han liberado para irse a cazar delfines! Sabía que pasaría esto —celebró Rety—. Ahora sólo tenemos que dirigirnos a las Cinco Galaxias. Ir hacia un sitio con mucho tráfico, detener una nave comercial y llegar a un trato. Este cascajo debe valer algo. Recuérdalo, Dwer. Conocerme fue lo mejor que te ha pasado. Me lo agradecerás cuando seas un dios de las estrellas, viviendo la gran vida durante trescientos años.

Ese entusiasmo le hizo sonreír. ¡Rety se olvidaba fácilmente de sus problemas inmediatos! Los tres eran jijoanos primitivos. Aprender a pilotar una nave espacial habría sido una tarea difícil para los brillantes hermanos de Dwer —Lark o Sara—, que eran sabios de la Comuna de las Seis Razas. ¡Y yo soy un mero guardabosque! Mi talento para seguir bestias no me ayudará a navegar de una estrella a otra.

En cuanto a Rety, criada por una tribu de irruptores salvajes, hasta unos meses atrás ni siquiera sabía leer.

—¡Oye, maestro! —dijo Rety—. ¡Muéstranos dónde estamos!

Había cuatro cajas grises atornilladas al suelo, enlazadas por cables a una antigua columna de control. Los delfines habían dejado tres de ellas, programadas para guiar la nave durante la maniobra de escape. La última era un «asesor» portátil, una máquina parlante, entregada a Rety por la tripulación del Streaker. Ella le había mostrado a Dwer ese juguete antes de que llegaran los robots jophurs.

—Los sensores pasivos están operando a sólo el siete por ciento de su rendimiento —respondió la unidad—. Los sensores activos están discapacitados. Por estos motivos, esta representación será sumamente imprecisa.

Una figura apareció entre Rety y Dwer, una de esas mágicas holoimágenes que se movían y tenían una textura sólida. En una esquina inferior mostraba una esfera ardiente. La gran Izmunuti, comprendió Dwer con un temblor supersticioso. Un

punto amarillo en el centro representaba su nave. Varios otros puntos amarillos relucían en las cercanías, dirigiéndose lentamente hacia el extremo superior derecho.

Los jophurs se han deshecho de todos los señuelos capturados. Supongo que ya saben dónde está el Streaker.

Pensó en Gillian Baskin, tan triste y tan hermosa, abrumada por responsabilidades que él jamás podría comprender. Durante el breve período que había pasado a bordo de la nave terrícola, él había tenido la impresión de que ella no esperaba sobrellevar esa carga mucho tiempo más.

¿Entonces a qué venía todo esto? Si la fuga no tenía esperanzas, ¿por qué Gillian sometía a su desdichada tripulación a ese esfuerzo?

—Mira el acorazado jophur —dijo el maestro de Rety. Un punto borroso apareció en la esquina superior derecha, moviéndose hacia la izquierda, desandando su camino en un ángulo cerrado, hacia Izmunuti—. Ha cambiado drásticamente el curso, moviéndose a su máxima pseudovelocidad nivel C.

—¿Ves el Streaker? —preguntó Dwer.

—No. Pero a juzgar por el ángulo de persecución del Polkjhy, la nave terrícola puede estar oculta por la gigante roja.

Rety estaba sentada en el piso junto a él. Sus ojos brillaban a la luz del holograma.

—Olvídate de los terrícolas —ordenó—. ¡Muéstranos hacia dónde nos dirigimos!

La imagen cambió; Izmunuti y la nave jophur se perdieron de vista. Una mancha deshilachada oscilaba en la parte superior. Hileras de símbolos y números mostraban datos que podrían haber significado algo para su hermana pero que sólo intimidaban a Dwer.

—Ése es el... punto de transferencia, ¿verdad? —preguntó Rety en un jadeo—. El agujero que nos llevará a las Cinco Galaxias...

—Es un agujero, en cierto sentido. Pero este punto de transferencia no sirve como enlace directo para salir de la Galaxia Cuatro, la galaxia donde estamos, hacia ninguna de las demás. Para lograr eso debemos seguir hebras de transición que conduzcan a otros nexos hiperespaciales. Mucho más grandes, capaces de saltos mucho más largos.

—¿Quieres decir que hemos de saltar de una hebra a otra varias veces? —preguntó Dwer, comparando la travesía con un viaje en canoa a través de una cordillera.

—Tu metáfora es limitadamente apropiada. Según los datos de navegación recientes, se puede alcanzar una ruta que conduzca de esta galaxia a regiones más pobladas siguiendo una serie de cinco transferencias, o, mejor dicho, tres transferencias más dos saltos largos a través del hiperespacio de Nivel A, o dos difíciles transferencias más un salto de Nivel A y tres cruces de Nivel B, o...

—Está bien —dijo Rety, batiendo palmas para silenciar a la máquina—. Ahora sólo quiero saber si podremos llegar a ese punto.

La máquina reflexionó.

—Soy una unidad didáctica, no un navegante estelar. Sólo puedo decir que nuestro pseudoimpulso de Nivel C parece adecuado para llegar a la periferia del nexo. La potencia restante de esta nave puede ser suficiente para dirigirse entonces hacia una de las hebras de transferencia más simples.

Rety no tuvo que hablar. Su expresión satisfecha era elocuente. Todo salía de acuerdo con su retorcido plan.

Pero Dwer no se dejaba engañar.

Ella será brillante, pensó. Pero también está más loca que una araña reductora.

Lo había sabido desde que los dos habían estado a punto de morir juntos en los Linderos, atrapados en las garras de una loca criatura llamada Única-en-su-Especie. La temeridad de Rety había rayado en la demencia. Sobrevive, pensó Dwer, sólo porque Ifni favorece a los locos con dados especiales. Ignoraba qué era un punto de transferencia, pero sonaba más peligroso que tocar la cara de un ruoul con un gusano fétor.

Bien, suspiró Dwer. No podía hacer nada al respecto. Como rastreador, sabía cuándo sentarse con paciencia y dejar que la naturaleza siguiera su curso.

—Lo que digas, Rety. Pero apaga esa maldita cosa. Muéstrame de nuevo esa máquina de alimentos. Quizá podamos enseñarle a darnos algo mejor que esa pasta grasienta.

HARRY

Configuró la estación para que se pareciera a un arácnido marciano, un cuerpo negro y oval apoyado sobre patas esbeltas. Todo formaba parte del plan de Harry para enfrentarse al problema de esas molestas cáscaras de plátano.

Después de reflexionar, y de consultar el archivo de referencias simbólicas, decidió que esas cosas amarillas debían de ser representaciones alafóricas de torsiones temporales en pequeña escala, cada cual girando sobre sí misma en varias dimensiones subespaciales. Al principio presentaban poca resistencia, pero poco a poco uno se atascaba en un campo resbaladizo y repulsivo que lo enviaba velozmente de vuelta al punto de origen.

Si esta teoría era acertada, había tenido suerte de sobrevivir a su primer tropezón con esos objetos malignos. Otro mal paso podría ser mucho más... terminante.

Como el vuelo parecía ser meméticamente insostenible en esta parte del Nivel E, la morfología arácnida era la mejor idea, ofreciendo un modo imaginativo de sortear el peligro, con patas zancudas para pasar de un lugar estable al siguiente. Sería arriesgado, sin embargo, así que demoró el intento varios días, esperando que el arrecife de anomalías sufriera otro cambio de fase. En cualquier momento, las irritantes «cáscaras» podían evaporarse o convertirse en un insulto menos letal. Mientras él tuviera una buena vista de su zona de observación, parecía mejor sentarse a esperar.

Sabía por qué un terrícola de clase inferior obtenía este puesto. Wer'Q'quinn había dicho que los resultados de los tests de Harry mostraban una conjunción ideal de cinismo y originalidad, haciéndole adecuado para la función de vigía en el espacio alafórico. Pero en verdad el Nivel E tenía pocas atracciones para la mayoría de los respiradores de oxígeno. En el mejor de los casos, los grandes clanes de la Civilización de las Cinco Galaxias lo consideraban una rareza pintoresca. Peligrosa e imprevisible. A diferencia de los niveles A, B y C, ofrecía pocos atajos para soslayar los inmensos desiertos del espacio normal. Cualquiera que llevara prisa —o amara la supervivencia— escogía puntos de transferencia, hiperimpulso o túneles cuánticos blandos, en vez de afrontar un ámbito donde imperaba la inconstante subjetividad.

Desde luego, los respiradores de oxígeno constituían el más impulsivo y frenético de los ocho órdenes de la vida. Harry anotaba cada vez que avistaba hidros, cuantales, memoides y otros tipos exóticos, con su extraña despreocupación por el paso del tiempo. No lo consideran un enemigo, como hacemos nosotros los oxis.

Sus jefes del Instituto de Navegación ansiaban poseer datos sobre esas extrañas idas y venidas, aunque él no entendía por qué. Los órdenes de la sapiencia rara vez interactuaban, y bien podían ocupar universos separados.

De todos modos, uno podía ocultar muchas cosas en este ámbito exótico, y por

eso algunos oxis lo visitaban. En ocasiones alguna facción o alianza trataba de enviar una flota de combate por el Espacio E, afrontando inconvenientes con tal de coger a sus rivales por sorpresa. O bien los delincuentes esperaban seguir una senda secreta por ese reino traicionero. Harry estaba entrenado para buscar irruptores, cazadores de genes, ladrones sintac y otros que trataban de burlar las estrictas reglas de la migración y la Elevación. Reglas que hasta ahora impedían que el cosmos conocido se disolviera en caos y ruina.

No se hacía ilusiones acerca de su situación. Harry sabía que su trabajo era una misión peligrosa y tediosa que los grandes institutos encomendaban a los pupilos inferiores de un clan sin importancia. Pero se tomaba en serio el juramento que había prestado ante Wer'Q'quinn y el Instituto de Navegación. Se proponía demostrar a los escépticos lo que un neochimpancé podía hacer.

Esa determinación fue puesta a prueba cuando se levantó de su próximo descanso para mirar por las persianas, parpadeando con aturdida sorpresa ante una incesante fila de riscos verdes e irregulares que habían surgido mientras dormía. Con sus ondulaciones sinusoidales, evocaban el espinazo sumergido de una gigantesca y perezosa serpiente de mar que parecía estirarse hasta el horizonte, bloqueando su visión de la llanura morada.

Con esta lentitud podían pasar varios pseudodías hasta que Harry tuviera la vista despejada. Miró un rato la sinuosa serpiente, preguntándose qué combinación de la realidad y sus propios procesos mentales podía haber invocado semejante cosa. Si era un memoide —otra abstracción autónoma y viviente—, era tan enorme como para abarcar la mayoría de las más modestas idealizaciones animadas que pacían en las cercanías.

Cuando un concepto crece tanto, ¿se torna parte del paisaje? ¿Se fusionará con los cimientos del Nivel E? ¿Esta «idea» incidirá en todo el cosmos?

Una cosa era segura: no podía vigilar su zona de observación con semejante mole en el camino.

Lamentablemente, las malditas cáscaras de plátano aún rodeaban su estación con un mortífero campo minado alafórico. Pero obviamente había llegado el momento de ponerse en marcha.

La estación se bamboleó cuando intentó controlar las patas manualmente. Su alta torre desafiaba los límites de la verticalidad en esta región, donde el vuelo estaba prohibido por las leyes físicas locales. La estructura trastabilló tres veces, hasta que Harry adquirió práctica.

No tuvo más opción que encomendar la supervisión al ordenador. La «modalidad piloto» a menudo era inservible en el Nivel E, donde las máquinas podían ser sordas y ciegas a las aláforas que tenían enfrente.

—Bien, allá vamos —murmuró, haciendo avanzar cautamente la plataforma, alzando una pata de araña para esquivar una «cáscara» amarilla y marrón y apoyándola en el mejor terreno visible. Probando su firmeza, desplazó el centro de gravedad de la estación, trasladando más peso hacia adelante, hasta que le pareció seguro probar con otra.

El proceso se parecía al ajedrez. Había que pensar por lo menos media docena de jugadas de antemano, pues no era posible retroceder. El concepto de «reversible» no significaba nada en este continuo, donde la muerte podía cobrar los atributos de una criatura física y la entropía era sólo otro depredador que rondaba en una savana de ideas.

Se transformó en un ejercicio lento, tenso, tedioso y exigente.

Harry llegó a odiar el símbolo de la cáscara de plátano aún más que antes. Usó este odio para reforzar la concentración, avanzando lentamente entre esos amarillos emblemas de lo resbaloso, sabiendo que un mal paso podía enviar su nave de exploración hacia una colorida destrucción.

Notó que en cierto modo las cáscaras intuían su odio. Sus límites parecían encogerse un poco y solidificarse bajo su mirada.

—En este trabajo no se necesitan observadores desapasionados —le había explicado Wer'Q'quinn cuando Harry se inscribió en el cuerpo de observadores de Kazzkark—. Podríamos elegir muchos otros de mente más disciplinada. Más distantes, más cautos, y en muchos sentidos más inteligentes. Esos voluntarios se necesitan en otra parte. En el Nivel E, lo mejor es alguien como tú.

—Vaya, gracias —había respondido Harry—. ¿Entonces no quieres que sea escéptico cuando estoy en una misión?

El líder de escuadrón bajó su enorme cabeza de gusano. Susurrantes segmentos articularon palabras en rechinante galáctico cinco.

—Sólo los que empiezan con escepticismo pueden abrirse a la verdadera aventura —continuó Wer'Q'quinn—. Pero hay muchos tipos de escepticismo. El tuyo es cáustico, visceral. Te tomas las cosas apecho, joven terrícola, como si el cosmos tuviera un interés particular en incomodarte. En la mayoría de los planos de la realidad, es un flagrante error de orgullo solipsista. Pero en el Nivel E puede ser el único modo apropiado de tratar con un cosmos pintoresco.

Harry salió de esa entrevista con sentimientos ambiguos, como si hubiera recibido los peores insultos y las mayores alabanzas de su vida. El efecto fue infundirle mayor determinación que nunca.

Tal vez era lo que se proponía Wer'Q'quinn.

Te odio, pensó frente a esas ridículas y ofensivas cáscaras amarillas. En un nivel podían ser torsiones neutras del espacio, descritas con frías ecuaciones. Pero parecían provocarlo con esa apariencia, despertando una repugnancia que Harry aprovechó,

sorteando las trampas como si cada éxito humillara a un enemigo real.

Sudaba, sentía calor. Un olor almizclado llenó la cúpula mientras cada tensa hora sucedía a la otra.

Al fin, con un ágil brinco, dejó atrás el último obstáculo, lanzando un suspiro, sintiéndose cansado, maloliente y victorioso. Quizás en algún nivel las aláforas del arrecife supieran que habían perdido, pues las «cáscaras» dejaron de ser estrellas de mar amarillas y pardas para cobrar otra forma, con rizos y pinchos...

Harry no esperó para ver en qué se transformarían. Ordenó al programa piloto que saliera de allí a toda prisa.

Tardó un rato en dejar atrás el verde «monstruo marino», atravesando un hueco entre dos espirales ondulantes. Harry se puso nervioso mientras miraba partes de ese colosal torso conceptual. Pero al fin pudo dirigirse a territorio abierto. Cruzó la planicie morada dirigiéndose al punto de observación más prometedor, una loma parda de apariencia estable, demasiado árida y prosaica para atraer memoides hambrientos. Un lugar donde podría instalarse para vigilar su zona en paz. La loma estaba a cierta distancia, a varios miduras de duración subjetiva. Entretanto, la meseta circundante parecía plácida. Los pocos seres alafóricos que veía se apartaban rápidamente del camino. La mayoría de los me-mes predatorios rechazaban el olor simplista del metal y otros materiales duros procedentes de otros niveles de la realidad.

Harry pensó que era seguro bajar a darse una ducha. Luego, mientras se peinaba la pelambre, pidió una comida al autochef. Pensó en dormir una siesta, pero descubrió que estaba demasiado excitado. El sueño, en tales condiciones, estaría lleno de pesadillas que no le permitirían descansar. Sería más prudente supervisar la marcha de la nave. La modalidad piloto no podía fijarse en todo.

La decisión resultó afortunada. Al regresar arriba, vio que la nave estaba más cerca de su destino de lo que él esperaba. Avanzamos rápidamente. Ya estamos en la mitad de la ladera, pensó, mirando desde cada ventana. Éste sería un puesto de vigilancia ideal.

Varios instrumentos de la consola chillaron de golpe. Mirando las lecturas, Harry vio que tenía delante un objeto de materia sólida, sobre la cima. No parecía ser de los demás órdenes sapientes, sino que mostraba todos los indicios sospechosos que estaba entrenado para buscar en una nave de las Cinco Galaxias.

Oxis, comprendió. ¡Te tengo!

Sintió emoción mientras revisaba sus sistemas de armamentos. Para esto se había entrenado. Un encuentro con su propia clase de vida, en un ámbito del espacio que no correspondía a los seres proto-plasmáticos. Le deleitaba la perspectiva de detenerse a inspeccionar una nave de algún clan pomposo como los soros o los tandus. Quizá les fastidiara la humillación de ser sorprendidos y multados por un mero chimpancé del

lobezno Clan Terrícola.

No estás aquí para pelear, se recordó Harry mientras los armamentos de la estación indicaban que estaban a punto. Tu misión es observar e informar.

Aun así era un agente de la ley, con poder para interrogar a los oxis que pasaran por allí. En todo caso, era prudente preparar las armas. Muchos exploradores desaparecían en sus misiones en el Espacio E. El ataque de una pandilla de delincuentes podía ser prosaico, en comparación con una idea depredadora y autónoma... pero era igualmente mortal.

El intruso no se mueve, observó Harry, un poco sorprendido. Sólo está allí, más allá de la cresta. Quizá tenga un desperfecto, o algún problema. O bien...

Entre sus preocupaciones estaba el temor a una emboscada. Tal vez esa nave estuviera al acecho. Pero los sensores de Harry estaban diseñados expresamente para el Espacio E, mientras que los intrusos quizá sólo tuvieran los instrumentos generales de una nave estelar. Era muy probable que aún no le hubieran detectado.

Quizá los coja por sorpresa.

Pero sintió dudas a medida que pasaban los duras y la pseudodistancia se acortaba. Este continuo ponía nerviosos a casi todos los oxis. Los predisponía a disparar. La sorpresa podía ser un factor sobrevalorado. Demasiado tarde, recordó que la estación aún tenía forma de arácnido. Avanzaba con pasos gigantes sobre sus patas delgadas. El diseño ofrecía una buena visión de las inmediaciones, pero lo exponía a un fuego mortífero si se producía un enfrentamiento.

Bien, ya es demasiado tarde para cambiar, así que allá vamos.

Mientras trepaba la loma metafórica, Harry activó el transpondedor de reconocimiento, irradiando referencias simbólicas a su estatus oficial, representante de un instituto de la cultura galáctica.

El intruso entró en su línea de visión, llenando un panel de proa: una forma chata y oblonga, semejante a un escarabajo blindado, con garras temibles. Esas filosas pinzas giraron hacia Harry. Delgados instrumentos ondearon como antenas sobre el frente del escarabajo, lanzando agresivas respuestas simbólicas. Esas manchas de sentido corpóreo atravesaron rápidamente la distancia que separaba ambas naves. Cuando la primera chocó contra el panel de proa sonó como una bofetada resonante, que se transformó en un grito que llenó la cámara.

—¡RÍNDETE, TERRÍCOLA! ¡LA RESISTENCIA ES INÚTIL! ¡CAPITULA O MUERE!

Harry parpadeó. Miró fijamente dos o tres duras, la mano sobre el panel de armamentos, mientras nuevas amenazas chocaban contra la ventana en rápida sucesión.

—¡PROSTÉRNATE Y SOMÉTETE! ¡PREPÁRATE PARA ENCONTRAR A TU CREADOR! ¡BÁJATE LOS PANTALONES! ¡PIDE SOCORRO! ¡DESISTE, EN

NOMBRE DE LA LEY!

Harry gruñó.

Debe de ser Zasusazu, mi relevo. ¿Ya es la hora?

¿Pero quién otro acecharía en una loma del Nivel E, al descampado, salvo otro loco recluta de Wer'Q'quinn?

Nuevos clichés chocaron contra la ventana, sacudiendo la cúpula, hasta que él contraatacó con andanadas de maldiciones terrícolas, satisfaciendo el apetito de su colega por pintorescas invectivas lobeznas.

—¡Ríete mientras puedes, jeta de rana! ¡Chúpate ésa, bola de mugre! ¡Queso podrido! —Se echó a reír, en parte por alivio, en parte porque la obsesión de Zasusazu parecía ridícula.

Bien, todos los que trabajan para Wer'Q'quinn son un poco raros, pensó Harry, tratando de ser comprensivo. Zasusazu no es tan malo. Al menos le gustan las sorpresas.

Después de intercambiar informes con Zasusazu y dejarlo a cargo del reino de las ideas, Harry quedó intrigado por su propia reacción ante el relevo. Había sido una misión fatigosa y se merecía un descanso. Pero a pesar de la frustración, el peligro y la soledad del Espacio E, siempre lo defraudaba llegar al final. Regresar a casa.

¿A casa? Tal vez el problema estaba en esa palabra.

Reflexionó sobre el término como si fuera una criatura conceptual que recorría la planicie morada.

No se refiere a Horst, pues odié cada minuto que pasé allí. Ni a la Tierra, donde pasé sólo un año, solo y confundido. ¿La base de Kazzkark puede ser mi «casa», cuando ni siquiera hay otros de mi especie? ¿El Instituto de Navegación cumple ese papel, ahora que le he ofrecido la misma lealtad que otros consagran a su especie y su patria?

Harry comprendió que no sabía cómo definir la palabra.

Todos los hitos y puntos de referencia de superficie habían cambiado desde que había partido de Kazzkark. Aun así, la ruta era familiar. No temía perderse.

Harry no se sorprendió cuando el cielo azul rojizo descendió gradualmente para encontrarse con el «suelo», como una pared descendente. Pasó a pilotaje manual. Cautelosamente metió la estación en una conveniente perforación del cielo.

SARA

Los sabios dicen que la resignación trae cierta paz. Cuando renuncias a las luchas de la vida. Cuando abandonas la esperanza.

Por primera vez, Sara entendía esa antigua enseñanza, mientras Gillian Baskin decidía entre la vida y la muerte.

Nadie dudaba de que la rubia agente del Terrágeno tenía el derecho y el deber de tomar esa decisión, en nombre de ella y de todos los demás. Ni los delfines, ni Hannes Suessi, ni la máquina Niss. Emerson, el mudo amigo de Sara, parecía estar de acuerdo, aunque ella se preguntaba hasta qué punto el ex ingeniero comprendía esas locas luces de la holoimagen, que centelleaban frenéticamente cerca de las llamas de Izmunuti.

Incluso los jóvenes de Puerto de Wuphon —Alvin, Huck, Ur-ronn y Pinzón— aceptaban la autoridad de la comandante. Si Gillian consideraba mejor lanzarse hacia un punto T inmaduro —con tal de llevar al enemigo a una trampa, en un intento de salvar Jijo— pocos ocupantes de esa maltrecha nave se opondrían a su decisión. Al menos pondría fin a incesantes problemas.

Estábamos resignados. Yo estaba en paz, y también la doctora Baskin. Pero ahora las cosas no son tan sencillas. Ella ve otra posibilidad... y es dolorosa como el infierno.

Sara encontraba confusas la mayoría de las actividades de la tripulación, tanto en el puente lleno de agua como en la seca sala de planificación, donde los delfines se desplazaban en unidades ambulatorias con ruedas o seis patas.

Los conocimientos de Sara acerca de la tecnología galáctica, adquiridos mediante la exigua colección de libros de papel de Jijo, tenían dos siglos de atraso. A pesar de eso, sus supuestos teóricos funcionaban asombrosamente bien cuando se trataba de aprehender las condiciones del espacio-tiempo local. Pero estaba totalmente desconcertada por el modo en que los tripulantes se enfrentaban a las cuestiones prácticas, despachando informes por cables conectados con el cerebro, o enviándose paquetes de información consistentes en fragmentos autónomos de luz semiinteligente. Cuando los delfines hablaban en voz alta, usaban una jerga de chasquidos y gritos que no se parecía a ninguna lengua galáctica estándar. Pero nada sorprendió tanto a Sara como cuando la doctora Baskin la invitó a presenciar un intento de obtener información de una unidad capturada de la Biblioteca Galáctica.

El gran cubo estaba en su propia cámara, aureolado por una niebla helada, un lado cubierto por un signo de rayos en espiral que era famoso aun entre las tribus salvajes de Jijo. Dentro de sus doce bordes y seis planos limítrofes se hallaba un cúmulo de conocimientos tan vasto que compararlo con la biblioteca de Biblos era como

comparar un mar con una lágrima.

Gillian Baskin se aproximó a la unidad arropada en un fantasmagórico manto de ilusión, su silueta humana oculta por la imagen informática de una monstruosa criatura llamada «thennanio». Observando desde las sombras, Sara parpadeó aprensivamente mientras la otra mujer usaba esta estratagema, hablando un dialecto gutural de galáctico seis, haciendo preguntas urgentes sobre las enigmáticas criaturas llamadas zang.

El tema no fue bien recibido.

—No conviene mezclar los órdenes de la vida —recitó la gélida voz del cubo, en lo que Sara tomó por una advertencia ritual—. El contacto prudente puede lograrse en las honduras del Cuenco Majestuoso, donde los que nacieron separados pueden combinarse sin peligro. Pero aquí, en el negro vacío, donde el espacio es chato y los rayos de luz siguen trayectorias rectas, las razas jóvenes no deben mezclarse con otros órdenes. En este ámbito externo, se comportan como gases hostiles. La confraternidad puede llevar a la conflagración.

Impresionada por el tono ominoso del cubo, Sara pensó que ese lenguaje alusivo evocaba los Rollos Sagrados que los devotos leían en voz alta en ciertos festivos, allá en Jijo. Ese carácter abstruso era típico de muchas obras sagradas que había consultado en la biblioteca de Biblos, heredadas de la larga noche de aislamiento de la Tierra. Esos volúmenes antiguos, diversos en muchos sentidos, compartían ese rasgo de alegórica oscuridad.

En la ciencia —en la ciencia real— siempre había una manera de afinar una buena pregunta, allanando el camino de la verdad. Quizá la naturaleza no diera respuestas explícitas, pero era fácil ver si alguien trataba de irse por la tangente. La ambigüedad mística, ampulosa y grandilocuente provocaba escalofríos, pero en definitiva era una mera evasión.

Ah, pero los antiguos terrícolas, y los primeros sabios jijoanos, tenían una excusa. La ignorancia. La vaguedad y la parábola son naturales entre personas que no conocen otro camino. Pero no lo esperaba de la Biblioteca Galáctica.

Desde temprana edad, Sara había soñado con consultar una unidad como ésta para plantearle los acertijos que la intrigaban, zambulléndose en nubes de conocimiento destilado, acumulado por los grandes pensadores de un millón de razas a lo largo de mil millones de años. Ahora se sentía como Dorothy, engañada por un charlatán en la cámara de Oz.

El conocimiento debía de estar allí, compactado en profundos rincones de ese cubo helado. Pero la Biblioteca no estaba dispuesta a compartirlo, ni siquiera con la identidad asumida por la doctora Baskin, el guerrero de un noble clan.

—Gr-tuthuph-mani Lhochesh, zangish torgh mph —exigió Gillian, con su máscara de almirante thennanio—. ¡Manik-hophtupf mph!

En el oído de Sara un botón tradujo el excéntrico dialecto.

—Entendemos que los zangs, por naturaleza, son enemigos de la sorpresa —dijo la doctora Baskin—. Dime cómo reaccionan cuando una brusca conmoción es seguida por otras.

La Biblioteca no fue mucho más servicial.

—El término zang se refiere a un subconjunto de formas respiradoras de hidrógeno... la variante que la oxivida suele encontrarse con mayor frecuencia en el espacio abierto. La gran mayoría de los hidros rara vez abandona las densas tormentas de sus pesados mundos...

La conferencia continuó, refiriendo información que Sara habitualmente habría hallado fascinante. Pero el tiempo escaseaba. Debían tomar una decisión crucial en menos de un día.

¿Debía el Streaker continuar su viaje hacia el punto de transferencia resucitado? Después de permanecer en letargo durante medio millón de años —desde que la Galaxia Cuatro se declaró en barbecho para la vida sapiente— quizá no estuviera maduro para atravesarlo sin peligro. Aun así, su desconcertante renacimiento ofrecía al Streaker una sombría oportunidad.

La solución de Sansón. Caer con nuestros enemigos.

Pero ahora el destino brindaba otra interesante posibilidad. La presencia de máquinas y naves zang aún carecía de explicación. Esa flota recolectora parecía débil, y las imprevistas tormentas de Izmunuti la habían desperdigado. Sin embargo... ¿podrían ayudarnos a derrotar a los jophurs sin que nos costara la vida?

Las órdenes del Consejo de los Terrágenos establecían claramente la prioridad de Gillian. Esta nave llevaba tesoros, reliquias de gran importancia que podían desestabilizar las Cinco Galaxias, sobre todo si eran capturadas por un clan de fanáticos. La pobre Tierra no podía darse el lujo de ser responsable de que una alianza de fanáticos obtuviera ventajas sobre las demás. No había fórmula más segura para la aniquilación de la Tierra. Era preferible que la nave se perdiera con su cargamento antes de que un grupo malévolo como los jophurs obtuviera el monopolio. Sobre todo si se aproximaba el profetizado Tiempo de Cambios.

Pero quizás el Streaker pudiera entregar su cargamento a las autoridades pertinentes. Idealmente, eso forzaría a los Grandes Institutos y los clanes «moderados» a abandonar su vacilación y hacerles responsables. Hasta ahora, la persecución implacable y el desmoronamiento de la ley habían impedido ese paso. Las fuerzas neutrales se mostraban cobardes o renuentes a ayudar al Streaker a salir de su ocultamiento. Pero si hacían las cosas bien, el éxito podía brindar al Clan Terrícola un triunfo de proporciones épicas.

Lamentablemente, estos días que pasaban no equipaban mejor a Gillian para su decisión. Escuchando con frustración la seca perorata de la Biblioteca, al fin

interrumpió.

—¡No tienes que repetirme que los zangs odian las sorpresas! ¡Quiero consejos prácticos! ¿Eso significa que dispararán sin contemplaciones si nos acercamos? ¿O nos darán la oportunidad de hablar? ¡Necesito protocolos de contacto!

La unidad de la Biblioteca aún parecía empeñada en ser imprecisa, o bien en brindar detalles inservibles. De pie en un sitio donde el disfraz thenniano no le bloqueaba la vista, Sara observó cómo el rostro de Gillian se arrugaba de tensa preocupación.

Hay otra fuente, pensó. A bordo hay alguien más que puede ayudarnos con los zangs.

Antes había titubeado en mencionar esa posibilidad. A fin de cuentas, su «fuente» no era de fiar. Seres caídos cuyos ancestros se habían alejado de la sapiencia y carecían de todo conocimiento sobre los dilemas espaciales. Pero ahora, mientras pasaban preciosos duras y crecía la frustración de Gillian, Sara supo que debía intervenir.

Si la Gran Biblioteca no puede ayudarnos, quizá debamos recurrir a una leyenda improbable.

DIARIO DE ALVIN

Desde que nos unimos voluntariamente a los terrícolas en su desesperada misión, la he comparado con nuestro viaje a bordo de un submarino de fabricación casera, una pequeña excursión estival que terminó llevando a cuatro niños de la Comuna al fondo del mar, y desde ahí a las estrellas.

Nuestro Sueño de Wuphon era sólo un tronco ahuecado con trompa de vidrio, con tamaño apenas suficiente para que entraran una urs, un hoon, un qheuen y una g'Kek, siempre que nos turnáramos para respirar. En cambio, el Streaker es tan amplio que podríamos meter adentro todos los khutas de Puerto de Wuphon. Tiene comodidades que jamás imaginé, aun después de pasarme la juventud leyendo montones de novelas terrícolas sobre el viaje estelar.

Aun así, los dos viajes tienen similitudes.

En cada caso, decidimos correr el riesgo, sumergiéndonos en un abismo sin luz para enfrentar prodigios inesperados.

En ambas expediciones, mis amigos y yo cumplíamos diferentes funciones.

Y a bordo del Streaker, tal como en el Sueño de Wuphon, a mí me tocó la peor tarea.

Guardián de animales. Eso soy.

Ur-ronn puede seguir su pasión por la maquinaria, ayudando al equipo de Suessi.

Pinzón ayuda a la tripulación del puente. Se lo pasa bomba mientras viaja de las partes secas a las acuosas de la nave, haciendo crujir las pinzas con típico entusiasmo qheuen.

Huck hace girar dichosamente sus ruedas. Puede jugar a la espía, moviendo sus cuatro ojos para provocar a los prisioneros jophurs en su celda, enfadándolos con el espectáculo de una g'Kek viva, haciéndoles revelar más información de la que darían por otros medios. El método de la interrogación por despecho, lo llamo yo.

Los tres colaboran con los delfines, ayudando de modo importante. Aunque a todos nos vuelen pronto en pedazos, al menos Huck y los demás lograron hacer cosas interesantes.

¿Y yo? Estoy atascado en la bodega, cuidando de veinte glavers chillones y un par de noors pendencieros, con tanta capacidad coloquial como una larva qheuen.

Según la máquina Niss, uno de estos noors tendría que hablar muy bien. No es un noor, en verdad, sino un tytlal. Pertenece a una raza estelar pero parece un noor, huele como un noor y es travieso como un noor. Los tytlals se las apañaron para esconderse en Jijo todos estos años, sin que los reconociéramos. Una séptima raza de irruptores —colonos ilegales— que se beneficiaron de nuestra Comuna pero nunca se tomaron la molestia de unirse formalmente.

Admito que eso requiere cierta astucia. Pero Pies de Barro actúa igual que mi mascota noor, Huphu. Remolonea, se come todo lo que no está bajo llave, se lame la piel negra y lustrosa hasta las zarpas descoloridas que le dan su nombre.

Todos se creen que soy experto en seducir a los noors, sólo porque los marineros hoons los contratan para ayudar en nuestros veleros, donde se trepan hábilmente a los mástiles y las jarcias, y trabajan a cambio de golosinas. Pero yo digo que eso demuestra cuan fácil es engañar a un hoon. Mil años. Todo ese tiempo trabajamos con estas ágiles criaturas, y nunca nos dimos cuenta.

Ahora esperan que yo logre que Pies de Barro hable una vez más. Seguro. Y este diario terminará por ser publicado cuando lleguemos a la Tierra, y ganará el premio Sheldon.

Huphu y Pies de Barro aún se miran con cara de pocos amigos, siseando celosamente, algo que no es inusitado en dos noors que aún no han medido sus fuerzas. Entretanto, trato de mantener cómodos a mis demás animales.

Nunca vimos muchos glávvers en mi ciudad natal, en la costa volcánica de la Cuesta. Les gusta escarbar en la basura y los troncos podridos en busca de bichos apetitosos, pero esas cosas no abundan en el Streaker.

La doctora Baskin llegó a un trato con Uriel la Herrera, cambiando este pequeño grupo por varios tripulantes que se quedaron para formar una colonia de delfines en Jijo. No parece un cambio justo. Mirando a los glávvers que maullan y forcejean en un rincón de la bodega, no me imagino a sus antepasados como poderosos navegantes de las estrellas. Esos abultados ojos de camaleón —que giran solos, buscando insectos en la estéril bodega de metal— no contienen rastros de luz sapiente. Según los Rollos Sagrados de Jijo, eso hace que estos cuadrúpedos de piel opalina sean seres sagrados. Han logrado la aspiración más alta de toda raza irruptora: alcanzar la simplicidad mediante la Senda de la Redención.

Renovados, purgados del pecado ancestral, se enfrentan al universo con renacida inocencia, listos para un nuevo comienzo. Así dicen los sabios.

Perdón por no sentirme deslumbrado. Yo tengo que limpiar a estas criaturas pestilentes. Si alguna raza instructora alguna vez adopta la honorable tarea de Elevar nuevamente a los glávvers, será mejor que primero los domestique.

A primera vista, nadie creería que estas sabandijas mugrientas tienen mucho en común con los meticulosos noors. Pero ambos se alegran cuando hincho mi saco laríngeo y gutureo una grave canción. Desde que surgieron mis vertebroides adultos, he adquirido una resonancia profunda que me enorgullece. Me ayuda a mantener calmadas a estas criaturas cuando el Streaker realiza una maniobra súbita y sus campos de gravedad oscilan.

Trato de no pensar en el rumbo actual de la nave, que avanza a increíble

velocidad, zambulléndose en las llamas de una estrella gigante.

Afortunadamente, puedo guturear mientras corrijo y actualizo mi diario en un dispositivo de instrucción y escritura que me dio la doctora Baskin. Me he acostumbrado a trabajar con letras que flotan delante de mí en vez de permanecer fijas en una página entintada. Es cómodo manejar mi trabajo con las manos o con la voz, moviendo o empujando frases. Aun así, sería mejor que la máquina no insistiera en corregir mi gramática y sintaxis. Quizá no sea humano, pero soy uno de los mejores expertos de Jijo en la lengua ánglica, y no necesito que un ordenador listillo me diga que mi dialecto es «arcaico». Si alguna vez se publica mi diario en un mundo civilizado, estoy seguro de que mi estilo colonial tendrá su encanto, semejante a la añeja atracción de las obras de Defoe y Swift.

Me frustra saber que mis amigos están en plena acción y yo debo quedarme aquí abajo, mirando paredes vacías, con bestias torpes por compañía. Sé que así permito que un integrante de la escasa tripulación del Streaker haga tareas importantes. Pero a veces me deprimó.

—¿Qué te pasa? —rugí, al ver que Pies de Barro miraba las líneas flotantes de mi diario—. ¿Quieres leerlo?

Moví el autoescriba para que las palabras flotantes nadaran hacia la lustrosa criatura.

—Si los tytlals son tan sesudos, tal vez sepas adonde debo dirigir mi historia, ¿eh?

Pies de Barro miró los símbolos. Su expresión me provocó un cosquilleo de intriga.

¿Cuánta memoria conserva este clan secreto de supernoors? ¿Cuándo fundaron los tymbrimis una colonia clandestina de sus pupilos en Jijo? Debió ser antes de que llegáramos los hoons. Tal vez sean anteriores a los g'Keks.

Había oído muchas leyendas sobre los inteligentes tymbrimis, una raza estelar con quienes los conservadores galácticos no simpatizaban, por su carácter travieso. El mismo rasgo los hizo amigos de los terrícolas, cuando ese ingenuo clan entró a trompicones en las rutas estelares. La ignorancia puede ser fatal en este universo peligroso, y la Tierra pronto habría sufrido el típico destino de los lobeznos de no ser por el patrocinio y los consejos de los tymbrimis.

Sólo que ahora la crisis conmociona las Cinco Galaxias. Poderosas alianzas se vengan de ofensas pasadas. Es posible que la Tierra y sus amigos hayan agotado su suerte.

Aun antes de conocer a los humanos, los tymbrimis deben de haber sabido que llegaría un día en que sus enemigos se unirían contra ellos. Deben de haber sentido la tentación de guardar un pequeño grupo en un lugar recluso, antes que la guerra, el accidente o la traición extinguieran su principal raza.

¿Pensaron en seguir la senda de los irruptores?

No soy experto, pero por lo que he leído parece improbable que los tymbrimis se resignaran a vivir una apacible vida bucólica en un mundo provinciano como Jijo. Los humanos apenas lo consiguieron, y son mucho más pragmáticos.

Pero si los tymbrimis no podían ocultarse como irruptores, no era demasiado tarde para sus amados pupilos. Los tytlals aún eran poco conocidos. Todavía estaban cerca de sus raíces animales. Una pequeña reserva genética podía involucionar y refugiarse en el lejano Jijo. Tenía sentido, lamentablemente. Incluida la idea de una raza dentro de una raza, un grupo de noors no involucionados, ocultos entre ellos. Guardianes que estuvieran alerta al peligro... o la oportunidad.

Observando a Pies de Barro, recordé historias narradas por Dwer Koolhan durante su breve estancia a bordo de esta nave, cuando el Streaker se ocultó bajo el mar de Jijo, acerca de cómo este animal salvaje insistía en husmear y entrometerse, siguiendo a Dwer por medio continente. Siempre misterioso, exasperante e inservible. La conducta parecía combinar la impertinencia noor con un período de atención digno de un hoon.

Una inteligente ironía parecía dominar el rostro carnívoro de Pies de Barro mientras escudriñaba mis más recientes líneas de prosa, las reflexiones sobre la naturaleza tytlal que acabo de escribir. Contrajo el rostro en una expresión que confundí con interés. Casi podía imaginar cómo sus chillidos se convertían en lenguaje elocuente: un comentario sarcástico o un brutal rechazo de mi torpe estilo.

Luego, con un abrupto despliegue de energía, Pies de Barro saltó sobre la muchedumbre de palabras flotantes, moviéndolas a izquierda y derecha con ágiles zarpas, rasgando frases, torciendo a golpes párrafos enteros hasta que el campo g del Streaker lo hizo aterrizar en cubierta. Giró de inmediato con deleite de cazador y se preparó para otra embestida.

—¡No guardes esos cambios! —le grité de prisa al autoescriba—. ¡Que el texto sea intangible!

Mi orden restó satisfacción al segundo brinco de Pies de Barro. Despojadas de su aparente solidez, las palabras de mi diario eran ahora meros hologramas, inmunes al contacto físico. Lanzó furibundos zarpazos en vano, atravesando símbolos fantasmales, ladrando de decepción.

Poco después, sin embargo, se encaramó de nuevo sobre mi hombro derecho, mientras Huphu lo miraba con cara de pocos amigos desde el izquierdo. Ambos se acicalaron un rato, y luego se pusieron a raspar mi garganta, pidiendo un gutureo.

—No me engañáis por un dura —murmuré.

Pero no quedaba mucho que hacer excepto reparar el daño, terminar esta anotación y darles lo que querían.

Estaba haciendo eso —cantando para dos noors y un rebaño de glavers

hipnotizados— cuando la máquina Niss irrumpió con un mensaje.

Aún no sé por qué esa maliciosa mente robótica sigue interrumpiendo sin preámbulos ni saludos, a pesar de mi queja de que es irritante para un hoon. Y ese tornado de líneas retorcidas me lastima los ojos. Por Ifni, ya es difícil habituarse a la idea de los ordenadores parlantes, aunque había leído sobre ellos en clásicos de Nagata y Ecklar. ¿Será que la Niss tiene algún parentesco con Pies de Barro? Alguna conexión por el lado de los tymbrimis, diría yo. Ambos comparten un exasperante desdén por la cortesía.

—Traigo un mensaje del puente —anunció la forma giratoria—. Aunque no creo que sirva de mucho, quieren la presencia de un par de las criaturas que estás cuidando. Debes llevarlas de inmediato. Un tripulante ya viene a reemplazarte aquí.

Dejando a Huphu en cubierta, me acomodé a Pies de Barro en un brazo, de modo que no pudiera zafarse. Parecía estar cómodo, pero preferí no correr riesgos. Lo último que necesitaba era que echara a correr cuando íbamos al puente, causando estragos en la cocina, u ocultándose en algún almacén hasta que el Streaker volara en pedazos.

—¿No me dirás de qué se trata? —pregunté.

Las líneas abstractas parecieron encogerse de hombros.

—Por alguna razón, la doctora Baskin y la sabia Sara Koolhan creen que la bestia puede hablar, en el momento oportuno, para ayudarnos a tratar con alienígenas potencialmente hostiles.

Lancé una risotada.

—¡Vaya esperanza! Este condenado tytlal hablará cuando se le antoje, y entretanto el universo puede irse al infierno, por lo que a él le importa.

Las líneas se contrajeron.

—No me refiero al tytlal, Alvin. Por favor, deja a ese bribón y escúchame.

—Pero... —Sacudí la cabeza al estilo humano, confundido—. ¿Entonces quién...?

El holograma se inclinó hacia la pared, tratando de señalar.

—Debes llevar un par de éstos.

Miré la muchedumbre de cretinos de ojos saltones. Maullando, husmeando en sus repugnantes excrementos... «bendecidos» con el sagrado olvido, inmunes a las preocupaciones. Así que esta apresurada anotación termina con una nota de sorpresa. Quieren que lleve glavers al puente.

LARK

Rodó por corredores sinuosos como intestinos, huyendo por la vasta nave, deteniéndose en ocasiones para apoyar la cabeza contra un mamparo y sollozar. Viscosas señales odoríferas jophurs se mezclaban con su olor.

Debí haberme quedado con ella.

El cuerpo sucio de Lark, todavía pegajoso con los jugos de esa espantosa guardería, seguía moviéndose a pesar de la fatiga y el hambre, impulsado por ocasionales ruidos de persecución. Pero su mente parecía empantanada. El remordimiento atentaba contra su lucidez. Trató de superar esta depresión y encontrar un modo de luchar.

Tienes que pensar. ¡Ling cuenta contigo!

Lark ni siquiera sabía dónde buscar a su amante. Su imagen mental del Polkjhy era un borrón de pasajes enmarañados que enlazaban cámaras de forma exótica, más caótico que el complejo interior de un dique qheuen. Y aunque encontrara un modo de regresar al sector de prisioneros, la bóveda de donde él y Ling habían escapado unos días atrás, el lugar debía tener triple guardia: anillos jophurs, robots y el alto renegado humano.

Rann me estará esperando. Sabe exactamente lo que pienso... que quiero ir a rescatar a Ling.

Lark no era un hombre de acción como su hermano Dwer. La incertidumbre lo paralizaba. Era demasiado hábil para evaluar los puntos débiles y los defectos de cada plan.

Mientras esté libre, Ling puede tener esperanzas. No tengo derecho a echarlo todo a perder por caer en una trampa. Ante todo, debo encontrar un sitio para descansar, quizás encontrar algo de comer, y luego trazar un plan.

Usando el anillo morado como llave universal, Lark inspeccionó varias habitaciones de su meandroso rumbo, con la esperanza de encontrar una herramienta o información que pudiera usar contra el enemigo. Algunos compartimientos estaban vacíos. Otros eran ocupados por tripulantes jophurs, pero éstos prestaban poca atención a una puerta que se abría o cerraba. Como sus primos traekis de Jijo, los jophurs solían concentrarse en sus tareas, y eran lentos para reaccionar ante las interrupciones.

Sólo una vez Lark no logró escurrirse a tiempo.

Estaba inspeccionando un laboratorio lleno de tubos transparentes y curvos llenos de vapores hirvientes. De pronto una pila de anillos le cerró el paso. Acababa de alejarse de una consola de instrumentos, y todos los toroides sensores estaban activos. Volutas flatulentas salían de la parte superior del jophur, indignado de ver un intruso humano. Toroides grasientos formaron dibujos de luz y oscuridad, expresando rabia y

sorpresa.

Si se hubiera detenido a pensar, Lark nunca habría tenido el coraje de embestir esa masa temible, apuntando su única arma más allá de los tentáculos. Los tentáculos procuraron rodearlo.

Los anillos maestros dan ambición y decisión a los jophurs, recordó un rincón libresco de su mente. Pero, gracias a Ifni, en otros sentidos son como los traekis. Sus lentos nervios nunca fueron probados por los carnívoros en una sabana.

Pero los jophurs tenían otras ventajas. Sensores palpitantes le cogieron el cuello y los brazos, mientras jugos soporíferos saltaban del palpitante toroide que tenía en las manos, el regalo póstumo del gentil Asx.

Esta vez la ahusada y enorme torre no reaccionó. Sus tentáculos se cerraron, estrujando a Lark contra flancos relucientes y aceitosos.

Sintió que el anillo morado se flexionaba y emitía tres chorros más, con un olor fétido que le hizo arder los ojos y la garganta, hasta que la presión del pecho le cortó la respiración.

Quizás esta treta ya no dé resultado. Quizás haya corrido el rumor y hayan distribuido antídotos...

De pronto, el grasiento titán tembló. Aflojó su abrazo y se derrumbó, exhalando un suspiro y olores rancios. Lark casi se ahogó cuando recobró el aliento. Liberándose del apretón, Lark se alejó a tumbos, aspirando aire fresco.

Están mejorando. Cada vez que el anillo morado engaña a uno, comparten información y antídotos. Ni siquiera Asx podía prever todos los códigos aromáticos posibles de los jophurs.

La gran pila parecía quieta, pero Lark temía que hubiera enviado una alarma. Rápidamente buscó otros operarios en la cámara. Pero la criatura estaba sola.

Lark estaba por regresar al corredor, pero se detuvo al ver que la consola del jophur seguía activa. Vio holoimágenes fluctuantes, sintonizadas en bandas espectrales que para sus ojos resultaban turbias. Aun así, se aproximó a una con curiosidad, luego con creciente euforia.

¡Es un mapa! Reconoció la forma achatada de la nave, con un corte que exponía el laberíntico interior. Giraba lentamente, cambiando de color.

Ojalá supiera más sobre tecnología galáctica. Antes que la expedición rothen-danik llegara a Jijo, los ordenadores eran objetos legendarios sobre los que uno leía en volúmenes polvorientos del archivo de Biblos. Aun ahora, los veía en parte a través de dos siglos de miedo y superstición. Incluso la sofisticada Ling tendría problemas con esta unidad, diseñada para el uso jophur. Así que Lark optó por no tocar botones ni placas sensoras.

Pero a veces se puede aprender mucho mediante la observación.

Esta caja brillante... Sé que estoy en este sector de la nave. ¿Se referirá a esta

sala?

Los símbolos estaban en eficiente galáctico dos, aunque la jerga técnica era difícil de descifrar. Aun así, logró localizar el sector de seguridad donde los habían encerrado a Ling y a él cuando los capturaron en Jijo. Una franja azul se extendía desde esa zona hacia el «norte» por el eje principal de la nave, llenando una cubierta por vez.

Un patrón de búsqueda. Me han arrinconado en un volumen cada vez más pequeño... devolviéndome a la sala de control. Alejándome de Ling.

Por su lento y metódico progreso, estimó que los robots cazadores llegarían a esta cámara en menos de un midura. Aunque era una perspectiva temible, Lark se sintió mucho mejor sabiendo dónde estaba. Eso también le daba tiempo para buscar un defecto en la estrategia jophur, estudiando el mapa.

Si los retortijones del hambre no me obnubilan primero. Lamentablemente, los perseguidores también lo alejaban del único lugar donde sabía que un humano podía encontrar comida.

Lark se detuvo a contemplar el jophur caído. Bueno, hay otra posibilidad. Pero no estaba tan hambriento para eso ahora.

Mirando el laboratorio encontró un fregadero con un grifo. Ling había dicho que era una constante en casi toda nave oxi. El líquido estaba destilado hasta alcanzar una pureza casi absoluta, así que sabía raro. Pero Lark bebió ávidamente, tratando de enjuagarse los sabores de la nave antes de investigar nuevamente las pantallas de datos.

Aparte del mapa, la mayoría de las imágenes eran enigmáticas: gráficos vibrantes o incomprensibles cascadas de color chillón. Salvo una que mostraba un campo negro, constelado de puntos de luz.

Ling y yo vimos algo como esto en el centro de mando jophur. Ella dijo que era un mapa estelar que mostraba nuestra posición en el espacio, y lo que sucede alrededor.

Lark aún se sentía incómodo al imaginarse viajando a múltiplos de la velocidad de la luz por un vacío sin aire. A diferencia de Sara, nunca había soñado con irse de Jijo, donde su trabajo era estudiar la fauna y la flora de un dañado mundo. Sólo la guerra y el caos podían haberlo alejado de allí. Sólo su creciente pasión por Ling compensaba la pérdida y su alejamiento.

Y ahora la había perdido. Era como una amputación.

Mirando la imagen —un paisaje negro mechado de motas chispeantes— se sintió absolutamente abrumado por las escalas de distancia, donde el vasto Jijo se perdería como una mota de polvo.

Un punto brillaba en el centro. El acorazado jophur, comprendió. Y esa gran esfera de la izquierda debía de ser una estrella. Pero sin su cosmopolita amiga para

intentarlo, Lark era incapaz de descifrar otros objetos de color que se movían en el medio. Los símbolos de gal-dos centelleaban, pero él carecía de experiencia para interpretarlos.

El frustrado Lark estaba por alejarse cuando reparó en algo.

Ese punto grande, cerca de la estrella... parece dirigirse hacia nosotros. Me pregunto si será amigable.

EMERSON

Nada era más natural o familiar que mirar un mapa espacial. Era como mirarse la cara en el espejo.

Más familiar aún, pues Emerson acababa de pasar un pasmado año en un mundo primitivo, mirando boquiabierto su reflejo en toscas láminas de metal bruñido, preguntándose quién era esa persona que lo miraba, con un agujero encima de una oreja y ese aire absorto en los ojos. Aun su propio nombre era un misterio hasta unas semanas atrás, cuando algunos retazos de su pasado empezaron a unirse...

Recuerdos desperdigados de la maravillosa Tierra, y una juventud dedicada a prepararse, con una solemne firmeza que asombraba a sus padres, a la reluciente atracción de cinco galaxias.

Su vida como ingeniero, con el privilegio de recibir el mejor entrenamiento, aprendiendo a hacer que las naves estelares se zambulleran entre misteriosos pliegues de espacio-tiempo.

La atracción de la aventura, un viaje profundo con el famoso capitán Creideiki, una oferta que no podía rehusar aunque supiera que conduciría a las fauces del Hades.

Emerson recobró todo eso y mucho más cuando aprendió a combatir el dolor salvaje que mantenía prisionera su memoria.

Pero no recobró la mejor parte: el rico y matizado poder del habla, el río de palabras que lubricaba cada pensamiento sutil y llevaba el conocimiento en gráciles embarcaciones sintácticas. Sin el habla, su mente era un desierto devastado por una agnosia tan profunda como la herida del lado izquierdo de su cerebro.

Al menos ahora comprendía que su mutilación era deliberada, un acto tan maligno que no lograba entender sus alcances ni la escala de venganza necesaria para compensarlo.

Entonces, del modo más imprevisto, volvió a suceder. Una mezcla de sensación y emoción activó una palanca interior, liberando un chorro repentino. Sintió un envolvente torbellino de sonidos blandos, ecos que le acariciaban la piel en vez de los oídos.

*Con cada giro
del cicloide,
en dimensiones
sin fin,
llega el rodar
de esos cuboides:
muchos lados,
un sinfín de caras.*

*Siempre injustos... nunca agradables.
Míralos girar,
tan caprichosos,
blancos y manchados,
siempre cargados.
Pero tú, desesperado,
procuras jugar,
ansiando una arriesgada venganza:
¡castigar a los altaneros! Oh dados de Ifni...*

Emerson sonrió mientras la oda trinaría usaba circuitos de su maltrecho cerebro que ni siquiera los malignos Antiguos habían tocado con sus escalpelos. Como la melodía gruñona de un Gran Soñador, resonaba entera, con matices de sabiduría cetácea.

Pero sabía que esta promesa era muy débil. No le daba bases para la esperanza. ¡Como si alguna vez el universo pudiera darle la oportunidad de vengarse! La vida nunca era tan satisfactoria. Y menos para los débiles, los acosados y los perseguidos.

Aun así, Emerson agradeció el don de esa extraña poesía. Aunque no era una lengua de ingenieros, el trinario era excelente para comunicar ironía.

Observó por una ancha ventana de cristal mientras los neodelfines iban de aquí para allá, atravesando el puente del Streaker con potentes coletazos, dejando estelas de burbujeante agua hiperoxigenada. Otros delfines ocupaban los puestos de control, con las lustrosas cabezas insertadas en aerodomos mientras los cables neurales enlazaban sus grandes cerebros con ordenadores e instrumentos distantes.

El panel de cristal vibraba contra sus dedos, resonando con chasquidos de sonar y borbotones de información. La música de la habilidad cooperativa. Una eufonía de trabajo. Éstos eran los mejores integrantes de una tripulación selecta. La élite de los Tursiops amicus. Eran la flor y nata del programa de Elevación de la Tierra, reclutados y entrenados por el difunto capitán Creideiki para ser pilotos incomparables.

Tsh't, la teniente delfín, manejaba vivazmente las decisiones de rutina y comunicaba órdenes a la tripulación del puente. Junto a ella, Kaa, jefe de timoneles, estaba rodeado de cables, la mandíbula angosta abierta y los hundidos ojos cerrados. Kaa agitaba las aletas mientras conducía la nave estelar como una extensión de su propio cuerpo. Treinta millones de años de instinto ayudaban a Kaa: una intuición acumulada desde que sus lejanos antepasados abandonaron el suelo por un reino líquido de tres dimensiones.

Detrás de Emerson, la sala de navegación estaba igualmente activa. Aquí los delfines se movían en unidades ambulatorias, máquinas que les ofrecían agilidad en

terreno seco, haciéndolos parecer aún más voluminosos junto a un par de delgados bípedos. Y esos dos seres humanos llevaban la voz cantante, dirigiendo esta furiosa actividad. Dos mujeres cuyas vidas habían sido muy diferentes, hasta que las circunstancias las reunieron.

Las dos mujeres que Emerson amaba, aunque no podía decírselo.

Ruidos palpitantes cambiaban de modulación mientras la nave frenaba su zambullida hiperbólica, clavando zarpas para no ser arrastrada por una estrella gigante, cambiando de rumbo en otra de las osadas decisiones de Gillian Baskin.

Emerson había pagado un alto precio por una de las corazonadas de Gillian, en ese lugar enorme e intrincado llamado Mundo Fractal, un ámbito de carámbanos niveos cuyas ramificaciones más pequeñas eran más anchas que un planeta. Pero no le guardaba rencor por ese error. ¿Quién sino Gillian podía haber mantenido al Streaker libre durante tres años, eludiendo las flotas de una docena de alianzas fanáticas? Sólo lamentaba que su sacrificio hubiera sido en vano.

Emerson quería colaborar. Ir abajo, hacia uno de esos motores zumbones, y ayudar a Hannes Suessi a extraer más pseudovelocidad de los esforzados gravistátos. Pero su lesión era grave. Su córtex desgarrado no podía interpretar los símbolos de las pantallas, y el instinto y el tacto tenían sus limitaciones. Sus camaradas habían sido amables, ofreciéndole tareas redundantes, pero pronto comprendió que era mejor apartarse del camino.

De todos modos, Sara y Gillian se proponían algo. La tensión llenaba la sala de navegación mientras ambas mujeres discutían con la imagen giratoria de la máquina Niss.

Sus líneas espirales se tensaron. Obviamente se aproximaba un momento dramático.

Emerson se limitó a mirar mientras un mapa representaba la audaz maniobra del Streaker, que rozaba la gigantesca Izmunuti, acariciando los huracanes de calor ionizado que castigaban los tensos escudos, cambiando el curso para trepar hacia un cúmulo de luces fluctuantes.

Un convoy de naves... o cosas que actuaban como naves, desplazándose por el cosmos guiadas por mentes pensantes.

Oyó que Sara pronunciaba crispadamente un término en gal-seis. Un término que sólo se pronunciaba con reverencia.

Zang.

A pesar de su lesión, Emerson supo qué consejo recibía Gillian de la joven matemática jjoana. Tiritó. Era el mayor riesgo que el Streaker podía afrontar. Aun zambullirse en el gznate de un punto de transferencia renacido habría sido mejor. Su cerebro mutilado reaccionó. Preciosa como una joya, una palabra relucía con desaliento.

Desesperación.

La táctica del Streaker no pasó inadvertida mucho tiempo.

Los jophurs —a sólo veinte paktaars— comenzaron a girar de inmediato, perdiendo pseudovelocidad para interceptar el nuevo curso de la nave terrícola.

Otros se aproximaban más.

Los destellos azules representaban frágiles máquinas cosechadoras. Emerson había visto imágenes gráficas y reconocía las sedosas velas. Las tormentas solares ya habían consumido la mitad del infortunado convoy. El resto recogía luz frenéticamente, huyendo con motores inadecuados, luchando para encontrar refugio en el punto de transferencia más viejo.

Entre esas chispas frágiles, cuatro puntos amarillos y brillantes aceleraban con tenacidad para ayudar a los mecanoides en peligro. Pero el repentino giro del Streaker alteró la situación.

Dos chispas amarillas continuaron la tarea de rescate, pasando de una cosechadora a la otra, arrebatando una reluciente unidad a las crecientes llamas y dejando que la ancha vela ardiera.

Un tercer punto amarillo se lanzó hacia la nave jophur.

La última giró hacia el Streaker.

En la sala de navegación todos interrumpieron sus tareas cuando un crujido estridente irrumpió por los altavoces. Aunque Emerson había perdido el dominio de sus centros de lenguaje normales, sus oídos funcionaban bien, y distinguió de inmediato que no se parecía a ninguna lengua galáctica —ni lobezna— que él conociera.

Era un ruido belicoso, nervioso, iracundo.

El holograma Niss tiritaba con cada tableteo de ese sonido rechinante. Los delfines agitaban las aletas, lanzando gemidos. Sara se cubrió las orejas y cerró los ojos.

Pero Gillian Baskin habló con calma, serenando a sus compañeros con voz severa. Joviales risas de delfín llenaron la cámara. Sara sonrió, bajando las manos, y aun la máquina Niss enderezó su urdimbre de líneas irregulares.

Emerson se moría de curiosidad por saber qué había dicho Gillian, conteniendo el pánico de sus compañeros con oportuno humor. Pero sólo distinguía sonidos que eran tan ajenos como los enviados por otro orden de vida.

La máquina Niss emitía sus propios jadeos. Emerson sospechó que intentaba comunicarse con el punto amarillo. Mejor dicho, con lo que el punto representaba, uno de esos legendarios globos semifluidos que servían como «naves» para poderosos y crípticos respiradores de hidrógeno. Recordó que le habían advertido reiteradamente, durante su entrenamiento, que evitara todo contacto con los imprevisibles zangs. Incluso los tymbrimis contenían su osado temperamento cuando

enfrentaban esos mortíferos enigmas. Si estos zangs consideraban el Streaker como una amenaza —o si eran quisquillosos—, la oportunidad de supervivencia era prácticamente nula. Los fragmentos de la nave terrícola pronto se sumarían a los cocinados átomos de la hirviente atmósfera de Izmunuti.

Sondas de largo alcance mostraron pronto el rostro de lo desconocido. Una imagen osciló en la mayor magnificación, refractada por nudos rizados de tormentoso calor plasmático, revelando un objeto esférico de flancos ondulantes. El efecto recordaba menos una pompa de jabón que un fragmento de grasa trémula, rodeada por una densa bruma de evaporación.

Un pequeño bulto se extendió hacia afuera, se separó, flotó un instante a lo largo.

El bulto estalló.

Desde esa actínica bola de fuego, una aguja de luz ardiente se dirigió hacia el Streaker.

Las alarmas enviaron advertencias al puente y la sala de navegación. El mapa espacial reveló una línea delgada que partía del punto amarillo para atravesar una distancia ancha como la órbita de la Tierra. Como arma, no se parecía a ninguna que Emerson conociera.

Se preparó para la aniquilación, pero recobró el aliento cuando el rayo destructivo pasó frente a la proa del Streaker.

La teniente Tsh't comentó ácidamente:

En disparos de advertencia,
los actos son más elocuentes
que las palabras.

Ese fue extraordinario.

Mientras Emerson procuraba entender su haikú trinario, la puerta de la sala de navegación se abrió y entraron tres figuras. Una era un bípedo hirsuto, casi tan alto como un delfín era largo, con una espalda nudosa y pliegues de piel escamosa bajo la barbilla. Lo seguían dos formas pálidas y desmañadas, que iban encorvadas como protochimpancés, con grandes cabezas redondas y ojos de camaleón que trataban de mirar hacia todas partes al mismo tiempo. Emerson había visto hoons y glávets, así que no les dio mayor importancia. Todos miraban a Gillian y Sara, que intercambiaban susurros en medio de la tensión.

No se dio orden de virar. Sara apretaba los labios, y Emerson comprendió. A estas alturas, la suerte estaba echada. Ya no podían ir al segundo punto de transferencia. No llegarían a ese dudoso refugio antes que los jophurs. Y el Streaker no podía huir hacia el espacio profundo, ni probar suerte en uno de los muchos niveles del hiperespacio. Los motores del acorazado —los mejores que podía pagar un clan rico— vencerían al

pobre Streaker en una persecución prolongada.

Los zangs no tenían por qué destruir la nave terrícola. Sólo tenían que ignorarla, dejando que esos sucios respiradores de oxígeno resolvieran sus propias pependencias.

Eso pudo haber sucedido, o bien la nave globular pudo liquidarlos con otra andanada. Pero sucedió otra cosa, sorprendiendo a Emerson por completo.

El holograma Niss se materializó cerca del alto hoon —se llamaba Alvin, recordó Emerson— y descendió hacia los desconcertados glavers. Maullando con inquietud animal, se alejaron de esa maraña de curvas en espiral, hasta que la Niss emitió un ruido ensordecedor. El mismo que había salido por los altavoces minutos atrás.

Parpadeando, los glavers empezaron a mecerse por reflejo. Emerson hubiera jurado que estaban tan sorprendidos como él, y doblemente asustados. Pero el ruido debía de tener algún atractivo, pues pronto comenzaron a responder con gritos, al principio indecisos, luego más enérgicos.

La tripulación quedó sorprendida. El maestro de armas —un corpulento delfín de flancos moteados— se dirigió hacia las bestias con su unidad ambulatoria, dispuesto a despejar la sala. Pero Gillian dio una contraorden, mirando con cautivado interés.

Sara batió las palmas, soltando una exclamación satisfecha, como si hubiera esperado esto.

En la cara del joven hoon, la sorpresa se trocó en comprensión. Un sonido rodante escapó del saco laríngeo de Alvin. Emerson distinguió una frase —«la leyenda»— pero no entendió el significado. Concentrándose, casi logró captar un sentido antes de que se perdiera en medio de los nuevos aullidos de los altavoces. Nuevas amenazas de los zangs, oponiéndose al rápido avance del Streaker.

El gran globo palpitaba amenazadoramente. Otra mole líquida empezó a desprenderse del cuerpo principal, mayor que la primera, reluciendo con airado calor. Los gláveres chillaron más. Parecían diferentes de los que había visto en Jijo, que siempre se portaban como bestias gruñonas. Y Emerson vio algo más. Una luz. Un conocimiento. La impresión de una tarea largamente postergada, realizada al fin.

El globo zang onduló. Sus amenazas se confundieron con la algarabía gláver en un turbulento *pas de deux*. Entretanto, el nuevo capullo se desprendió del flanco, palpitando con ira apenas contenida.

Quizás éste no fuera un disparo de advertencia.

RETY

—Supongo que estos puntos de transferencia son más complicados de lo que creí.

Rety decía estas palabras para apaciguarlo. Una rara confesión. Pero Dwer no la dejaría escapar tan fácilmente.

—No puedo creer que pensaras que un par de salvajes podían ir zumbando por el cielo como dioses estelares. ¿Éste era tu plan? ¿Apoderarte de una nave en ruinas, que todavía gotea algas del Gran Sumidero, y caer en un agujero del espacio?

Rety contuvo su cólera habitual. Era verdad que no había invitado a Dwer a reunirse con ella en esta nave secuestrada. Y él tampoco ofrecía ninguna idea brillante sobre qué hacer con esa inservible mole de un millón de años.

Pero entendía por qué estaba alterado. Con la muerte a un paso, era natural que el habitante de la Cuesta se pusiera un poco nervioso.

—Cuando Besh y Rann hablaron de ello, parecía sencillo. Sólo apuntas la nave para zambullirte...

—Sí —resopló Dwer—, tú lo has dicho, Rety. ¿Apuntar a un punto de transferencia? ¿Alguna vez pensaste cuántas generaciones tardaron nuestros ancestros en aprenderlo? Nosotros sólo tenemos un par de miduras.

Esta vez Rety no tuvo que responder. El pequeño Yi asomó su largo pescuezo por el morral, mordiendo el brazo de Dwer.

—¡Oye! —gritó Dwer, retrocediendo.

—¿Ves? —le reprochó el pequeño urs—, inútil mordernos entre nosotros. Usemos midura para estudiar. O sólo nos quejaremos hasta morir.

Dwer se frotó la mordedura, fulminando al pequeño urs con la mirada. Pero los dientes de Yi no le habían roto la piel. Cualquier humano jijoano sabía bastante sobre mordeduras urs como para reconocer una mera advertencia.

—De acuerdo —le murmuró a Rety—. Tú eres la aprendiz de diosa estelar. Pídele a ese listo ordenador que nos salve.

Rety suspiró. En su mundo agreste, Dwer siempre era el que aportaba soluciones astutas a cada problema. Lo prefería así, no intimidado por el mero hecho de estar atrapado en un ataúd de metal, lanzándose hacia una muerte aplastante. Espero que esto no signifique que deba cuidarlo durante todo nuestro viaje hasta un mundo civilizado. Cuando todos estemos instalados, con bonitos apartamentos y máquinas esclavas que hagan lo que queremos, sin duda estará en deuda conmigo.

Rety se agachó ante la caja negra que Gillian le había dado a bordo del Streaker, una unidad de enseñanza programada para niños humanos. Cumplía bien su función, enseñar conceptos elementales sobre la sociedad moderna a una niña salvaje del provinciano Jijo. Para su sorpresa, incluso había aprendido a leer y escribir. Pero enseñarles a pilotar una nave estelar, bien... eso era harina de otro costal.

—Tutor —dijo.

Un pequeño holograma cúbico apareció encima de la caja, mostrando una fruncida cara masculina, con bigote y alegre sonrisa.

—¡Hola de nuevo! ¿Siempre de buen ánimo? ¿Has probado alguno de esos juegos que te enseñé? Recuerda, es importante mantenerse ocupada y pensar positivamente hasta que llegue la ayuda.

Rety quiso pegarle con el pie, pero atravesó la cara sin tocar nada sólido.

—Oye, te dije que nadie vendrá a ayudarnos, aunque hayas enviado una llamada de emergencia, cosa que dudo, pues los delfines sólo repararon las partes que necesitaban para que este cascajo volara.

El holograma frunció los labios reprobatoriamente.

—Eso no excusa el pesimismo. Recuerda, cuando estamos en apuros es mejor buscar modos de convertir la adversidad en oportunidad. ¿Por qué no...?

—¿Por qué no volvemos a hablar de cómo puedo controlar esta chatarra? —interrumpió Rety—. Ya te pedí lecciones sobre cómo guiarla por el punto T. ¡Sigamos con eso!

El tutor frunció el ceño.

—Como traté de explicarte antes, Rety, esta nave no está en condiciones de intentar una transferencia interespacial. Los sistemas de navegación son mínimos, e incapaces de sondear los nexos para pedir información sobre el estado de las hebras. El motor no arranca bien y sólo parece capaz de operar con pleno impulso. Tal vez no ande la próxima vez que lo encendamos. El ordenador supervisor está degradado a mentalidad nivel seis. Eso está debajo de lo que normalmente se necesita para calcular trayectorias hiperespaciales. Por todas estas razones, el intento de cruzar el punto de transferencia es simplemente imposible.

—¡Pero no hay otro sitio adonde ir! La nave jophur nos arrastraba cuando nos soltó. Ya dijiste que no tenemos potencia para alejarnos, así que no perdemos nada con el intento.

El tutor sacudió la cabeza.

—La sensatez dice que cualquier maniobra que intentemos ahora sólo haría más difícil que vuestros amigos/parientes/padres os encontraran...

Rety estalló.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que nadie vendrá a por nosotros? Nadie sabe que estamos aquí. A nadie le importaría, si lo supiera. Y nadie podría llegar aquí si le importara.

La unidad didáctica quedó perpleja. Su mirada simulada se volvió hacia Dwer, que parecía más adulto con su barba de una semana. Eso irritó aún más a Rety.

—¿Es verdad que no contamos con ayuda? —preguntó el tutor.

Dwer asintió. Aunque él también había pasado tiempo a bordo del Streaker, no le

resultaba fácil hablar con un fantasma.

—Pues bien —respondió el tutor—. Supongo que entonces sólo queda una cosa por hacer.

Rety suspiró aliviada. Al fin ese armatoste empezaba a ponerse práctico.

—Debo retirarme a trabajar y hablar con el ordenador de la nave, sin importar su estado. No estoy diseñado ni programado para este tipo de trabajo, pero es de suma importancia hacer el intento.

—¡Eso es! —murmuró Rety.

—Debemos tratar de hallar el modo de dar más potencia a los sistemas de comunicaciones, e irradiar un mensaje de auxilio más fuerte.

Rety se puso de pie.

—¿Qué? ¿No me oíste, pila de excrementos de gláver? Acabo de decir...

—No os preocupéis mientras desaparezco. Tratad de ser valientes. Volveré en cuanto pueda.

El cubo se desvaneció mientras Rety temblaba de furia.

Dwer se echó a reír, resoplando como una urs. Como no había sucedido nada gracioso, ella supuso que era por despecho. O quizás esto fuera otro ejemplo de esa cosa llamada ironía que la gente mencionaba cuando buscaba una excusa para sus actos estúpidos.

Si no cierras el pico, Dwer, verás lo que es ironía, cuando te machaque la cabeza.

Pero él era más fuerte y más grande... y le había salvado el pellejo por lo menos tres veces en los últimos meses. Así que Rety se limitó a apretar los puños, esperando a que él dejara de reír y se enjugara las lágrimas de los ojos.

El tutor guardó silencio largo rato, sin darles ninguna pista sobre el manejo de la nave.

Había controles improvisados, puestos por los delfines del Streaker cuando resucitaron esa antigua nave buyur en el fondo del mar de Jijo. Cajas misteriosas se unían por cables a los circuitos de control, programados para enviarla al cielo junto con un enjambre de señuelos resucitados, confundiendo los instrumentos jophurs y enmascarando el intento de fuga del Streaker.

Pero como los delfines no esperaban polizones, los controles eran mínimos. Sin el tutor, era imposible lograr que la nave se desviara de su curso actual.

A falta de mejor ocupación, Rety y Dwer fueron a proa y miraron por las ventanas, picadas por medio millón de años de inmersión en el Gran Sumidero. Juntos trataron de localizar el misterioso «agujero giratorio del espacio» que las razas caídas de Jijo aún evocaban en sagas acerca de los días ancestrales, el potente portal por donde pasaba cada nave-furtiva cuando llevaba una nueva oleada de refugiados a un mundo prohibido de una galaxia en barbecho.

Al principio Rety no veía nada especial en el reluciente paisaje estelar. Luego

Dwer señaló.

—Por allá. ¿Ves? La Rana está distorsionada.

Rety se había criado en medio de una tribu primitiva, ocultándose en un paraje agreste sin siquiera las rudimentarias comodidades del hogar de Dwer, la Cuesta. Viviendo en toscas chozas, con sólo hogueras para ahuyentar el frío y la oscuridad, había visto las constelaciones del cielo casi todas las noches de su vida. Pero mientras sus primos inventaban historias de cazadores acerca de esos dibujos titilantes, ella sólo les veía utilidad práctica como referencias, pues un día podrían orientarla para escapar de ese clan desgraciado.

Dwer, por su parte, era jefe de exploradores de la Comuna de Jijo, entrenado para conocer todos los caprichos del cielo, de donde las Seis razas siempre esperaban que llegaran la condenación y el juicio. Lo notaría si algo estuviera fuera de lugar.

—No veo... —Ella miró hacia donde él le indicaba—. ¡Ah! Algunas estrellas están compactadas en un círculo y...

—Y no hay nada adentro —concluyó él—. Nada en absoluto.

Miraron un rato en silencio. Rety no podía dejar de comparar esa negrura con las fauces de un depredador, dispuestas a engullir la nave y su contenido.

—Las estrellas parecen borronearse alrededor —añadió ella.

Dwer asintió, gutureando como un hoon.

—Hrrrm. Mi hermana decía que esto era como una torsión en el universo, donde el espacio se ovilla en nudos.

Rety resopló.

—El espacio está vacío, tonto. Aprendí eso cuando vivía con los daniks, en su estación subterránea. No hay nada que distorsionar.

—Bien. Entonces explícame dónde estamos por caer.

El pequeño Yi se irguió para hablar.

—Ningún problema en explicar, gran muchacho hombre. ¿Qué es la vida? Es ir de un agujero a otro. Es mejor así. ¡Entrar! Yi olerá buen refugio para nosotros. Buen refugio acogedor es felicidad.

Dwer miró con mal humor al macho urs, pero Rety sonrió y acarició la cabeza de Yi.

—Dile, esposo. Patinaremos por esa cosa lisa como un skink y saldremos al brazo principal de la Galaxia Uno, donde las luces son brillantes y las naves más abundantes que garrapatas en un lomo de liger. Donde las estrellas están tan cerca que chismorrear entre sí, y todos son tan ricos que usan ordenadores para contar sus ordenadores. Esas gentes nos necesitan, Dwer. Son blandengues, mientras que nosotros somos recios, osados y aventureros. Aceptaremos trabajos que son demasiado rudos para los dioses estelares... y nos pagarán más de lo que vale la Comuna de Jijo. Pronto viviremos a lo grande, recuérdalo. Bendecirás el día que me

conociste.

Dwer la miró sorprendido. Sonrió contra su voluntad, esta vez sin ironía.

—Francamente, Rety, preferiría ir a casa y cumplir ciertas promesas que hice. Pero supongo que eso es improbable ahora, así que... —Miró el círculo oscuro. Había crecido a ojos vistas—. Quizá tengas razón. Trataremos de sacar el mejor partido de esta situación.

Ella notó que él estaba fingiendo. Dwer pensaba que pronto serían despedazados por fuerzas que podrían demoler todo Jijo en instantes.

Él debería tener más fe, pensó. Algo surgirá. Siempre es así.

Sin nada mejor que hacer, contaron los duras que pasaban, comentando el extraño modo en que las estrellas se estiraban y borroneaban alrededor del borde de esa monstruosidad.

Su tamaño se duplicó, llenando un cuarto de la ventana cuando el tutor de Rety reapareció encima de la caja negra. La diminuta cara tenía un aire triunfal.

—¡Éxito! —exclamó.

Rety parpadeó.

—¿Quieres decir que encontraste un modo de controlar este cascajo?

—¡Mejor aún! ¡Logré obtener más potencia y ancho de banda en el sistema de comunicaciones!

—¿Y? —preguntó Dwer.

—¡Y al fin obtuve una respuesta!

Los dos humanos se miraron, confundidos. Rety maldijo.

—No habrás vuelto a atraer a esos malditos jophurs, ¿verdad?

Eso podría ayudar a la tripulación del Streaker, pero no tenía interés en retomar su papel de carnada. Rety prefería arriesgarse a cruzar el punto de transferencia a ser capturada por esas pilas de anillos apestosos.

—El acorazado está fuera de nuestro alcance efectivo, pues cae hacia la gigante roja, donde otras potentes naves se traban en una actividad energética que no sé distinguir muy bien. Los salvadores a que me refiero son totalmente diferentes.

El tutor hizo una pausa.

—Continúa —urgió Dwer.

—Los sensores activos no funcionaban al principio, pero al fin los puse en línea. Entonces detecté varias naves en las cercanías, volando hacia el punto de transferencia igual como hacemos nosotros. Al cabo de ciertos esfuerzos logré llamar la atención de la más cercana, que cambió su rumbo para dirigirse hacia aquí.

Rety y Dwer casi tropezaron entre sí mientras corrían hacia las ventanas. Miraron un rato pero Rety, a pesar de las indicaciones del tutor, no veía nada salvo el gran sol rojo. Aun a esta larga distancia, lucía más grande que su pulgar a un brazo de distancia. Y las furiosas tormentas se extendían aún más, con tentáculos turbulentos.

Dwer señaló.

—¡Allá! A tres puntos de Izmunuti y dos puntos a la izquierda. No puedes dejar de verlo.

Rety trató de mirar hacia donde él señalaba, pero le costaba distinguirlo. El brillo de los astros era cegador.

Algunos cambiaron levemente, moviéndose al unísono como una bandada. Primero se desviaron a la izquierda, luego a la derecha, pero siempre juntos, como si un sector del cielo se deslizara, incapaz de quedarse quieto.

Al fin Rety comprendió: las estrellas móviles estaban dentro de una zona con forma de cuadrado ladeado.

—No son estrellas —murmuró.

—Son reflejos —dijo Dwer—. Como en un espejo. ¿Pero cómo?

El tutor parecía más feliz al explicar algo básico.

—La imagen que veis es causada por un potente reflector y recolector de energía. En galáctico siete el término es ntove tunicun. En la tradición terrícola, una vela solar. El método es usado principalmente por sapientes que perciben el tiempo como un factor de menos importancia que para los respiradores de oxígeno. Pero en este momento están usando un motor gravítico suplementario para acelerar, huyendo de un caos inesperado en este sistema estelar. A estas pseudovelocidades, la nave podrá recogerlos y aun así situarse para un encuentro óptimo con el punto de transferencia.

Dwer alzó ambas manos.

—¡Oye! ¿Estás diciendo que las criaturas que pilotan esa cosa no respiran oxígeno? ¿Quieres decir que ni siquiera forman parte de la...?

—¿La Civilización de las Cinco Galaxias? Pues no. Son máquinas, con su propia cultura del viaje estelar, muy diferentes de mí y de los robots de los jophurs. Sus costumbres son extrañas. Aun así, parecen muy dispuestas a llevarnos consigo por el punto de transferencia. Es una situación mucho mejor de la que afrontábamos hace un rato.

Rety miraba la «vela» con inquietud. Pronto distinguió un reluciente nido de formas complejas en el centro de la superficie espejada. Mientras el punto T crecía en un flanco y la nave en el otro, no podía ahuyentar la sensación de que estaba atrapada entre un abrupto precipicio y un depredador.

—Esta cosa... —empezó a preguntar, con la boca seca—. Esa cosa que viene a salvarnos. ¿Sabes qué estaba haciendo aquí, antes de que estallara Izmunuti?

—No es fácil comprender otros órdenes de la vida —explicó el tutor—. Pero en este caso la respuesta es sencilla. Es un dispositivo llamado cosechador/rescatador. Dichas máquinas acopian materia prima que se usa en diversos proyectos de ingeniería o construcción. Debían de estar usando la vela para recoger átomos de metal del viento solar, cuando estalló la tormenta. Pero dada la oportunidad, un

cosechador recogerá el material que necesita de cualquier otra fuente...

La voz artificial se interrumpió mientras la cara del tutor se petrificaba. La pausa duró varios duras.

—Cualquier otra fuente... —Dwer repitió la frase en un murmullo—. ¿Como una nave abandonada, que fuera a la deriva por el espacio?

Rety sintió aturdimiento. El tutor no dijo «Epa». No era necesario. Los dos jóvenes humanos observaron pinzas, grapas y hojas filosas que se desplegaban mientras fuertes campos capturaban su nave, arrastrándola hacia un oscuro boquete en el centro de una extensión de luz difusa.

LARK

Algo estaba pasando.

La cubierta vibraba. Golpes sordos penetraban por las esponjosas paredes, intrigándolo al principio.

Lark recordó la primera vez que había oído esos sonidos, poco después que Ling y él fueron capturados, cuando las Seis Razas de Jijo sorprendieron a sus torturadores y atacaron este acorazado con toscos cohetes.

Había visto por un monitor troncos de árbol llenos de explosivos que surcaban el cielo de la Cuesta como espíritus vengativos, cientos de ellos, hechos a mano por los mejores artesanos de las Seis Razas y enviados en una misión de venganza. Recordó haber rezado para que algunos de los proyectiles hicieran impacto, que terminaran su vida junto con los odiosos invasores jophurs a bordo de la cruel nave.

Luego vino ese rumor sordo.

Fuego defensivo, así había identificado Ling ese sonido mientras respondían las armas jophurs. Uno por uno, los misiles de los nativos se habían evaporado sin dar en el blanco, y Lark tuvo que resignarse a permanecer con vida.

Esta vez, el ritmo de los temblores sacudía la nave a diez veces esa velocidad.

Suena bastante frenético. Me pregunto contra quiénes están luchando estas pilas grasientas.

Sus perseguidores no le dieron tiempo para averiguarlo. Al margen de lo que sucediera en el espacio, los robots cazadores proseguían su implacable y sistemática búsqueda por corredores sinuosos, bloqueando cada intento de eludirlos, arrinconándolo constantemente al norte del eje de la nave.

Jadeantes soldados jophurs acompañaban la cuadrilla, operando en grupos de tres o más. En varias ocasiones oyó también una voz humana que gritaba sugerencias para ayudar a atrapar a uno de su propia especie.

Rann.

Lark tenía pocas opciones. Con la participación del traidor, no se atrevía a probar suerte con el anillo morado, cuya utilidad quizá ya hubiera terminado de todos modos. Así que regresó al lugar donde Ling y él habían realizado su breve intento de sabotaje, arrojando una pequeña bomba en el centro nervioso jophur, luego huyendo entre nubes de humo, corriendo y riendo mientras jugaban a espías, usando el anillo morado para ir a todas partes, retando al enemigo a atraparlos.

No siempre había sido tan divertido. Sólo parecía gracioso en contraste con la actual desdicha de Lark. Una travesura. Daría cualquier cosa por volver a ese momento. Aun reptando como un gusano en una nave alienígena, había sido feliz con Ling a su lado.

Debía de haber pasado más de un día desde que había descansado. La comida se

convirtió en un vago recuerdo, y ya no tenía ocio para explorar las cámaras, sólo la tensa cautela de una presa que luchaba desesperadamente para postergar lo inevitable.

Las misteriosas vibraciones se intensificaron, puntuadas por otros ruidos que reverberaban a lo lejos. La intensidad de los olores jophurs se enriqueció con nuevos códigos aromáticos, penetrando por el sistema de ventilación. Algunos le resultaban indescifrables, pero el temor y la repulsión eran casi idénticos a las versiones traekis que él conocía de Jijo.

Algo contrariaba a la tripulación.

Sensaciones de mareo le anunciaron cambios en la gravedad artificial de la nave. El piso parecía ladearse y perder presión contra las plantas de sus pies. El zumbido de los motores crecía en agudeza e intensidad. Lark sintió la tentación de internarse en una cámara para activar una pantalla, tan sólo para averiguar qué pasaba. Pero cada cabina podía ser una trampa mientras sus perseguidores estuvieran tan cerca.

Pocos duras después, un cosquilleo en la nuca le advirtió que se acercaban robots: esa especial sensibilidad a sus campos de suspensión lo había salvado más de una vez. El aroma de los soldados jophurs reforzó su decisión.

¡Hacia el otro lado, deprisa!

A pesar de su fatiga, se apresuró, tratando de llegar a una rampa que conducía al próximo nivel. Con cada avance hacia el norte la extensión de su dominio se estrechaba, dejándole menos opciones. Pronto lo encerrarían en un rincón sin escapatoria...

Lark rodeó un recodo. Frenó abruptamente, con un gruñido de sorpresa.

A pocos metros, Rann gritó. El alto guerrero danik habló por un brazaletes dorado que llevaba en la muñeca:

—¡Tengo al hijo de perra!

Lark giró sobre los talones y huyó hacia el único túnel que parecía libre de enemigos. A sus espaldas, Rann pasó a gal-dos, más útil que los juramentos ánglicos para comunicarse con los jophurs.

—Venid a este lugar, con urgencia. ¡Cerca está la presa!

Lark pensó en detenerse. Encontrar un recoveco para ocultarse y emboscar a Rann. Mejor enfrentarse al traidor a solas, y quizá dañarlo, que terminar frente a una manada de jophurs con sus robots, que serían invulnerables a sus puños.

Pero optó por prolongar su libertad unos instantes, siguiendo el único camino de escape restante, un corredor angosto que quizá no llevara a ninguna parte.

Oyó gritos exultantes, y supo que estaba acorralado cuando vio el callejón sin salida a cuarenta metros.

Se detuvo junto a una puerta cerrada, usando sus manos trémulas para apoyar el anillo morado en la cerradura. El anillo exhaló una niebla suave, pero el toroide estaba cansado, o bien los comandantes jophurs habían aprendido la lección: la puerta

no se abrió.

Rann se acercó con un grito de satisfacción. Pero el danik esperó a los demás antes de aproximarse más. Durante varios días los dos se miraron con odio. Rann sonrió cuando un jophur y dos robots se le sumaron. Empezaron a avanzar.

De pronto, del otro lado de Lark, llegó una reverberación grave y un creciente calor. Dio media vuelta, alejándose del mamparo donde terminaba el corredor. La pared empezó a relucir y ondular. Gotas de metal derretido brotaron de los bordes de un óvalo brillante, obligándole a alzar las manos para protegerse los ojos. Se sofocó con un olor que recordaba por sus visitas al laboratorio de la Liga de Demoledores de Villa Tarek: gas de sulfuro de hidrógeno.

Mientras el óvalo se derrumbaba, vio otro sinuoso corredor bañado por una luz siniestra. Giró para huir, pero una oleada de vapores calientes le pegó en la espalda, tumbándolo. Cayó en la cubierta mientras un torrente de aire candente pasaba sobre él, volando hacia Rann y sus compañeros.

Por un instante, el aturdimiento dominó a Lark. No recibía ninguna información, salvo dolor... y el dato de que aún estaba con vida. Cuando logró abrir los ojos, pestañeó incrédulamente.

Sus perseguidores huían por el corredor donde instantes atrás marchaban confiadamente para capturarlo. Rann miraba hacia atrás aterrado, y los guerreros jophurs retrocedían. Sólo dos robots permanecían en la intersección, en postura defensiva, pero sin disparar, como si no desearan hacerlo.

Lark sabía que debía alegrarse de que algo hubiera puesto en fuga a sus enemigos, pero se negaba a dar la vuelta para ver quién había llegado. Sé que esto no me gustará, pensó.

El olor a huevo podrido era abrumador, y una luz tenue llenaba el corredor desde arriba y desde atrás, junto con un susurro vago.

Armándose de coraje, Lark se levantó con el brazo derecho escaldado y se tendió de espaldas.

A pocos pasos del boquete que habían abierto en el mamparo, había una bola reluciente de tres metros de diámetro, que apenas podía filtrar en el corredor. Aunque tenía el color del bronce, el intruso palpitaba como líquido al avanzar, parecía más un saco lleno de líquido que un globo. Lark recordó las células vivientes que acostumbraba mirar por su amado microscopio, cuando él y otros sabios tenían tiempo para buscar el conocimiento, dedicándose a una primitiva ciencia en la Cuesta.

Una célula, pero mucho mayor que él. Viva.

Sin embargo, Lark lo supo de inmediato...

Esta forma de vida no se parece a ninguna que conozca.

La cosa avanzó con ruidos húmedos, le cubrió el pie, trepó sobre él, lo

inmovilizó, propagó un helado aturdimiento por sus huesos.

SEGUNDA PARTE

LOS ÓRDENES DE LA VIDA

Durante milenios —desde que partieron los benditos Progenitores— algunas razas contemplativas, respiradoras de oxígeno, se han preguntado acerca de la «plenitud».

Si la vida es tan común y efervescente en las Cinco Galaxias, se preguntan, ¿no deberíamos ver sus señales en otras partes?

Los astrónomos han contado setecientos mil millones de galaxias más: elípticas, ovaladas y otros vastos conglomerados de estrellas, algunos más grandes que nuestra Galaxia Uno.

Parece desafiar toda lógica que la nuestra sea el único nexo donde ha surgido la sapiencia.

¡Qué derroche de potencial si así fuera!

Desde luego, no todos comparten esta opinión. Entre las muchas alianzas sociorreligiosas que constituyen nuestra civilización, algunos sostienen que debemos ser únicos, pues cualquier otra situación sería una afrenta para la insuperable grandeza de los Progenitores.

Otros perciben esos miles de millones de galaxias como moradas celestiales adonde van los augustos Trascendentes tras completar el largo proceso de perfeccionarse en esta fase de la realidad.

Muchos han tratado de rasgar el velo con instrumentos científicos, tales como grandes telescopios destinados a estudiar a nuestros callados vecinos. De hecho, se han encontrado algunas anomalías. Por ejemplo, varios objetivos emiten pulsaciones rítmicas de gran complejidad. Otras galaxias parecen agotadas, como si una conflagración reciente las hubiera desgarrado, destruyendo todos los sistemas planetarios al mismo tiempo.

No obstante, los ambiguos datos siempre permiten diversas interpretaciones, la Gran Biblioteca está llena de discusiones que han durado milenios.

¿Existen otros grupos galácticos ligados por puntos de transferencia hiperespacial, tal como la nuestra tiene grandes arcos en espiral a pesar de grandes

reparaciones en el chato espacio-tiempo? Nuestros mejores cálculos y modelos no nos brindan respuestas definitivas.

En ocasiones una raza joven se impacienta y trata de plantear estas preguntas a los Antiguos, esas especies sabias que han renunciado a sus naves estelares para desarrollar su alma dentro del Abrazo de las Mareas, pasando al siguiente orden de la vida.

Según su estado de ánimo, los Antiguos ignoran estas solicitudes o responden de manera frustrante.

Estamos solos, respondió una comunidad de venerables.

No, no lo estamos, replicó una segunda. Otras galaxias similares a la nuestra rebosan de especies sabias que se turnan para Elevarse unas a otras como un deber sagrado, y luego se concentran en los deberes de la trascendencia, tal como nosotros ahora.

Un cúmulo de Antiguos sostenía, en cambio, que la mayoría de los universos isla son colonizados súbitamente por la primera raza que alcanza el vuelo espacial. Estas primeras razas pasan luego a llenar todos los sistemas estelares, aniquilando o esclavizando a las formas biológicas predominantes. Tales galaxias son pobres en diversidad o perspicacia, habiendo carecido de la sabiduría que nuestros benditos Progenitores demostraron al iniciar la gran cadena de la Elevación.

Error, declaró otra comunidad de venerables desde su hábitat, acurrucada entre mareas de contemplación. El propósito común que vemos en tales galaxias sólo significa que ya han evolucionado hacia la unidad. Un estado superior donde todos los seres sabios participan en una gran supermente.

Al fin quedó claro que estas interpretaciones conflictivas debían significar una de dos cosas.

O bien los Antiguos no tienen la menor idea de lo que dicen, o bien...

O bien el conjunto de sus variadas respuestas compone un sermón. Una lección elemental.

¡Las demás galaxias no nos conciernen! Eso es lo que nos enseñan. Debemos regresar a las tareas adecuadas para las razas jóvenes: luchar, aprender, Elevar, competir, reuniendo experiencia y fuerza para la próxima fase.

Los que sobrevivan a las pruebas conocerán la respuesta, cuando al fin enfrentemos la brillante luz del Gran Escarificador.

HARRY

Parecía que el Espacio E no era el único ámbito donde las ideas tenían vida propia. A su regreso, Harry notó que la base Kazzkark hervía de habladurías. Extraños rumores merodeaban como parásitos hambrientos, saltando de un nervioso ser al otro, medrando en una atmósfera de contagiosa angustia.

Guiando su nave hacia el polo norte del planeta, Harry atracó en una dársena reservada para el Instituto de Navegación y apagó el motor con alivio. Sólo quería dormir varios días sin tener que soportar sueños agotadores. Pero en cuanto desembarcó e inició los protocolos de reentrada, se encontró sumergido en una vorágine de chismes.

—Se dice que la Alianza de los Abdicadores se ha dividido en varias facciones heréticas que luchan entre sí —murmuró un representante comercial tourmuj que estaba frente a Harry en Migraciones, parloteando en galáctico cuatro—. Y se dice que la Liga de Clanes Neutrales Prudentes ha comenzado a movilizarse, combinando sus flotas al mando de los pargis.

Harry miró al tourmouj, un ser enclenque y cetrino que parecía todo codos y rodillas, antes de responder en el mismo idioma.

—¿Pero quién lo dice? ¿En qué medio? ¿Con qué veracidad?

—¡Sin la menor veracidad! —exclamó un diplomático oulomin cuyos tentáculos tenían tapas de colores para impedir la emisión inadvertida de polen. Deslizándose detrás de Harry, el oulomin expresó desdén por el tourmuj con chorros de saliva naranja que pasaron cerca del cuello de Harry—. Sé de buena fuente que los eminentes y respetados pargis, disgustados con el caos actual, intentan retirarse de la liga y de los asuntos galácticos en general. Esa noble raza pronto pasará a un santo retiro, sumándose a sus instructores ancestrales en el afortunado reino de las mareas. Sólo un tonto involucionado creería lo contrario.

No era la clase de expresión que Harry asociaba con «diplomacia». El tourmuj reaccionó airadamente, desplegando sus largas patas y varios conjuntos de brazos, de modo que su nudosa cabeza chocó contra el techo. Con una mueca de dolor, el representante comercial se marchó, perdiendo su lugar en la fila.

Ah, ya entiendo, pensó Harry, mirando al ser que tenía detrás, que sin duda comprendía bien la psicología de otras especies. Pero no intentes lo mismo conmigo. No me moveré de aquí aunque me llames tío de un delfín.

El diplomático pareció entenderlo y se limitó a agitar dos tentáculos en un gesto universal de buena voluntad, mientras ambos avanzaban.

Harry extrajo su placa de datos y acarició las perillas de mando, buscando acceso a la unidad local de la Biblioteca Galáctica. Era una rama excelente, pues Kazzkark albergaba la jefatura local de varios institutos importantes. Pero el catálogo maestro

no sabía nada sobre un cisma entre los Abdicadores. Más aún, según las fuentes oficiales, los influyentes pargis aún participaban en los consejos galácticos, pidiendo paz y contención, urgiendo a todas las alianzas a retirar sus flotas y zanjar la crisis mediante la mediación en vez de la guerra.

¿Ambos se equivocaban, entonces? En tiempos normales, Harry no habría dudado del catálogo maestro. En la Civilización de las Cinco Galaxias se decía que nada sucedía de veras mientras no se asentara en la Gran Biblioteca. Un planeta podía explotar ante tus ojos, pero no era un hecho certificado sin el emblema de la espiral en la esquina de una pantalla.

Pero estos tiempos no eran «normales».

Mientras lo atendían en la aduana, Harry oyó que una comerciante talpu'ur de semillas se quejaba ante un peregrino guldingar de los muchos cambios de hebra que había tenido que soportar durante el cruce desde la Galaxia Tres. A Harry le costaba seguir el dialecto de la talpu'ur —una frotación sincopada de sus alas vestigiales—, pero parecía que varios puntos de transferencia tradicionales habían modificado sus patrones de oscilación, perdiendo coherencia o quedando fuera de línea.

El aracnoide guldingar respondió en el mismo lenguaje rítmico, hablando por un dispositivo mecánico amarrado a una pata.

—Estas explicaciones parecen dudosas. En realidad, son excusas de los grandes poderes, mientras todos intentan capturar y monopolizar valiosos enlaces hiperespaciales con intenciones estratégicas.

Harry frunció el ceño. Sintió un hormigueo de preocupación. Si algo sucedía con los puntos T, era de interés vital para el Instituto de Navegación. Una vez más, consultó la Biblioteca pero encontró poca información, sólo consejos y advertencias rutinarias acerca de desvíos en ciertas rutas.

Sin duda Wer'Q'quinn me pondrá al corriente. Esa vieja serpiente debe de saber lo que está pasando.

Un tema sobre el que Harry deseaba asesorarse, aunque nadie lo mencionaba en sus chismes, era el Sitio de la Tierra. Semanas atrás, cuando había partido para patrullar el Espacio E, el cerco se estaba cerrando sobre la Tierra y las Colonias de Canaán. A pesar de la ayuda de los tymbrimis y los thennanios, las flotas de combate de varias alianzas fanáticas habían interrumpido sus riñas por un tiempo, uniéndose para apretar el cerco, eliminando el comercio y las comunicaciones con el mundo de los antepasados de Harry.

Pensó en ello, pero se abstuvo de hacer preguntas a la Biblioteca sobre ese tema. Dada la situación política —y dado que él estaba a prueba—, no sería prudente demostrar excesivo interés en su viejo clan. Se supone que eso ya no me preocupa. Ahora mi hogar es Navegación.

Después de pasar por la aduana, su siguiente obstáculo era desagradablemente

familiar: un alto hoon de cara agria que llevaba la lustrosa túnica de un funcionario mayor. Con una insignia magistral del Instituto de Migraciones en un hombro, el inspector Twaphu-anuph cogió una placa de datos mientras los lectores inspeccionaban la nave de Harry. Cada vez que Harry regresaba de una misión tenía que soportar que los negros y malhumorados ojos de este bípedo escrutaran el biomanifiesto de su nave en busca de cargamento genético ilegal, mientras gutureaba desdeñosamente con su saco laríngeo.

Harry se sorprendió cuando el burócrata habló en tono cordial.

—Noto que acabas de regresar del Espacio E —murmuró el inspector en gal-siete, el dialecto espacial preferido por los terrícolas—. Hrrrm. Bienvenido a casa. Confío en que hayas tenido un viaje grato e interesante.

Harry parpadeó, asombrado por esa afable informalidad. ¿Qué ha pasado con sus sarcasmos habituales? se preguntó.

Era normal que la gente de Migraciones fuera presuntuosa; su instituto supervisaba cuestiones de importancia cósmica, tales como dónde podían fundar colonias los respiradores de oxígeno, y qué oximundos debían permanecer en barbecho, a salvo de manos sapientes. En cambio, la organización de Harry era una «prima menor», semejante a los viejos guardias costeros de los mares de la Tierra: inspeccionaban rutas de hiperenlace, monitoreaban el estado del espacio-tiempo, custodiaban las rutas comerciales.

—El Espacio E es un ámbito de sorpresas —respondió Harry cautamente—. Pero mi misión anduvo tan bien como podía esperarse. Gracias por preguntar.

Un pequeño y velludo rousit —un pupilo de los hoons— se movió junto a su amo, apuntando a Harry con un grabador, poniéndolo cada vez más nervioso. El inspector se acercó, continuando con sus preguntas.

—Claro que pregunto sólo por curiosidad personal, pero ¿quisieras explicarme el asunto? ¿Has visto memoides especialmente grandes mientras patrullabas el Espacio E? Hrrrm. Quizás una entidad conceptual capaz de extenderse más allá de su continuo natal... hacia otros niveles de la realidad.

Harry adoptó una instintiva cautela. Como muchas razas oxis, los hoons no soportaban las condiciones ambiguas del Espacio E ni sus aláforas. No era de extrañar, dada su célebre falta de humor e imaginación.

¿Pero por qué este repentino interés?

Esta situación requería una combinación de adulación con evasiva. Harry recurrió a la vieja táctica del *Sí, bwana*.

—Es sabido que los organismos memoides pueblan el Espacio E como lapas de vacío infestando un carguero lento —dijo, pasando al gal-seis—. Pero «oh entidad instructora mayor» sólo vi aquellas criaturas que mi pobre cerebro, elevado a medias, me permitió percibir subjetivamente. Sin duda esas impresiones eran demasiado

burdas para interesar a un ser exaltado como tú...

Harry esperaba que el funcionario no captara su socarronería. Teóricamente, todos los que juraban lealtad a los Grandes Institutos debían dejar de lado las viejas lealtades y prejuicios. Pero desde el desastre de NuDawn, todos sabían cómo se sentían los hoonos frente a los advenedizos del Clan Terrícola. Como neochimpancé —una raza pupila recién surgida, instruida por los humanos—, Harry sólo esperaba esnobismo de Twaphu-anuph.

—Tal vez tengas razón en ello «oh precoz pero prometedor infante» —respondió el hoon—. Aun así, permanezco «vagamente» interesado en tus observaciones. ¿Puedes haber avistado memoides «excepcionalmente grandes o complejos» viajando en «estrecha» compañía de formas de vida trascendentes?

La placa de datos del inspector apuntaba hacia otro lado, pero su brillo se reflejó en lustrosas escamas pectorales, irradiando matices azules de aprobación. La inspección de Harry y su nave estaba completa. Ya no había excusas legales para retenerlo.

Pasó al ánglico, la lengua de los lobeznos.

—Te diré lo que haré, Twaphu-anuph. Te haré un favor e iniciaré una indagación oficial sobre ese asunto... en tu nombre, desde luego.

Harry apuntó su propia placa y tomó una huella de identidad antes de que el inspector pudiera oponerse.

—¡No será necesario! Sólo preguntaba informalmente, con la intención de...

Harry disfrutó de su interrupción.

—Oh, no hace falta agradecérmelo. Todos hemos jurado cooperación mutua, a fin de cuentas. Así que pediré el descuento de costumbre entre institutos y te enviaré el informe a la jefatura de Migraciones. ¿Te parece bien?

Antes de que el desconcertado hoon pudiera responder, Harry continuó:

—¡De acuerdo! Entonces, según los protocolos de entrada, y con tu exaltada venia, creo que seguiré mi camino.

El pequeño rousit se apartó del camino mientras Harry seguía adelante, desafiando en silencio la barrera. Ésta se corrió al costado, permitiéndole entrar en las avenidas de Kazzkark.

Quizá fuera una perversión, pero a Harry le gustaba vivir en una época de peligro y cambio.

Durante media rotación galáctica —millones de años— esta piedra errante y ahuecada había sido un puesto somnoliento de los funcionarios galácticos, que usaban apenas una fracción de los pozos prehistóricos que una raza extinguida había cavado en cientos de kilómetros de roca esponjosa. En sólo quince kaduras, desde que Harry había sido destinado aquí, el planeta se transformó. Las catacumbas que habían guardado silencio desde la época ch'th'turn volvieron a zumbiar mientras

nuevos visitantes llegaban cada día. En un par de años terrícolas había surgido una ciudad cosmopolita donde cada cavidad y corredor ofrecía variedad para los sentidos, una rica muestra de la cultura oxi.

Vaya coincidencia, pensó irónicamente Harry. Es como si todo esto hubiera estado esperando mi llegada a Kazzkark.

Claro que la verdad era un poco distinta. Él era uno de los sapientes libres menos importantes que recorrían esos antiguos pasadizos.

La gente caminaba, correteaba, patinaba, reptaba, trotaba... Allí se usaba toda forma de locomoción que a uno se le ocurriera. Los que eran demasiado frágiles para permanecer de pie en media gravedad terrícola andaban en gráciles carros, algunos tan sofisticados como naves espaciales en miniatura. Harry incluso llegó a ver una docena de miembros de una especie de brazos largos que parecían gibones —con garras moradas, puestas de arriba abajo—, brincando desde barras y ganaderas del techo. Quiso burlarse de esas piruetas, pero era probable que esa raza ya pilotara naves estelares cuando los humanos vivían en cavernas. Los galácticos rara vez tenían lo que él consideraba sentido del humor.

Poco tiempo atrás, la mayoría de los habitantes de Kazzkark vestían uniformes de los Institutos de Migraciones, Navegación, Guerra o la Gran Biblioteca. Ahora los que iban vestidos de librea constituían una pequeña minoría, perdida en medio de una muchedumbre. El resto usaba atuendos sumamente variados, desde trajes ambientales hasta túnicas formales cuyas runas describían la genealogía racial y los patronímicos; incluso había seres que andaban descaradamente desnudos, o con sólo un paño de restricción excretoria, revelando casi toda su piel, escamas, plumas o torg.

Cuando Harry entró en el servicio, la mayoría de los galácticos no diferenciaba un neochimpancé de un diván, tan oscura e irrelevante era la pequeña familia de la Tierra. Pero eso había cambiado últimamente. Algunos se volvían para mirar a Harry. Otros se codeaban para señalarlo y murmurar, indicio seguro de que la crisis del Streaker no se había resuelto mientras él estaba fuera. El Clan Terrícola estaba ganando un renombre que no había buscado.

Una venerable expresión galáctica resumía el problema: Considera peligroso llamar la atención de los poderosos.

Aun así, era fácil extraviarse en la multitud mientras regresaba a la jefatura, cautivado por el crecimiento de la actividad desde que él se había marchado.

Usando su placa para explorar los datos de inmigración, Harry averiguó que muchos de estos sofotes eran emisarios y delegados comerciales, enviados por su raza, alianza o corporación para buscar alguna ventaja mientras las rutinas de la civilización se disolvían en una época de crecientes aprensiones. El caos brindaba oportunidades, así que los agentes y apoderados maniobraban, practicando antiguos juegos de espionaje. Se hacían y rompían pactos. Se ofrecían sobornos y se

traicionaban lealtades en gambitos tan elaborados que las intrigas cortesanas de los Médici parecían juegos de niños. Clanes pequeños que incidían poco en la política galáctica o el resultado de los conflictos merodeaban procurando hacerse útiles para grandes potencias como los kleshs, los soros o los jophurs, que a su vez gastaban pródigamente, buscando una ventaja sobre sus enemigos.

Con la circulación de tanta riqueza, florecía una economía al servicio de los representantes y espías. Casi un millón de sofotes libres y máquinas servidoras satisfacían las necesidades bióticas de los visitantes, desde diversas preferencias atmosféricas hasta alimentos y drogas exóticas.

Por suerte los chimpancés tuvimos que renunciar a parte de nuestro sentido del olfato, usando ese tejido cerebral para la sapiencia, pensó Harry mientras recorría la Gran Vía, una avenida comercial que se estiraba de polo a polo cerca de la superficie de Kazzkark; cada varios kilómetros los domos interrumpían el techo rocoso para mostrar deslumbrantes vistas de un brazo en espiral de la Galaxia Cinco. Ese pasaje era un corredor fantasmal cuando él llegó de su entrenamiento en Central. Ahora las tiendas y restaurantes llenaban cada nicho, exhalando una pestilencia orgánica tan fuerte que cualquier especie encontraría algo tóxico en el aire. La mayoría de los visitantes se sometían a tratamientos antialérgicos para preparar sus sistemas inmunológicos antes de dejar la cuarentena. Y aun así, muchos recorrían la Gran Vía usando respiradores.

La experiencia era vertiginosa para Harry. Cada pocos metros nuevos aromas asaltaban sus fosas nasales. Algunos provocaban oleadas de deleite o hambre abrumadora. Otros lo llevaban al borde de la náusea.

Me recuerda Nueva York, pensó, recordando su breve estancia en la Tierra.

Sus oídos también estaban al borde de la sobrecarga sensorial. Las lenguas galácticas estándar se hablaban en un sinfín de dialectos, según el modo en que cada raza emitía las señales. El sonido era el portador más frecuente de mensajes, y los zumbidos, chasquidos y graznidos de varios cientos de especies hacían palpar la Gran Vía con oleadas de intriga. Los que preferían los gestos visuales empeoraban las cosas con sus ondulaciones, danzas o relampagueos, que Harry encontraba tan bellos como intimidatorios.

Y también está la comunicación psi.

Reglas estrictas limitaban el uso del «espectro vivido» en lugares cerrados. Atentos detectores capturaban a los infractores más flagrantes. Aun así, Harry pensaba que parte de su tensión surgía de un fondo general de ruido psíquico.

Afortunadamente, la mayoría de los neochimpancés eran sordos a los mensajes psi. Los mismos rasgos que lo convertían en buen observador del Espacio E lo mantenían relativamente inmune a la cacofonía de vibraciones mentales que llenaban Kazzkark.

Muchos «restaurantes» eran sitios de reunión clandestina donde se realizaban conferencias informales, a veces entre clanes estelares retenidos como enemigos bajo los edictos del Instituto de Guerra Civilizada. Harry vio a una altiva soro, con su aspecto de lagarto, acompañada por una comitiva de pupilos pilas y pahas, deslizándose en un establecimiento cuyo propietario apagó de inmediato el letrero de «disponible» pero dejó la puerta entornada, como si esperase un cliente más.

Habría sido interesante quedarse para ver quién entraba después para parlamentar con la matriarca soro, pero Harry vio por lo menos una docena de remolones que ya estaban haciendo eso, fingiendo que leían infoplacas o muestras de vendedores ambulantes mientras vigilaban la entrada.

Harry recordó el torpe esfuerzo del inspector hoon para averiguar qué sucedía en el Espacio E. Al decaer la confianza en los Institutos, todos ansiaban buscar información suplementaria, con la esperanza de obtener una ventaja.

No podía correr el riesgo de que lo confundieran con un espía. Y menos en uniforme. Los otros servicios podían estar dando indicios de tensión, perdiendo su aplomo y profesionalismo, pero Navegación tenía una reputación impecable.

Atravesando una activa intersección, Harry vio un par de comerciantes synthios con aire de mapuches, cuya afinidad con el arte y la cultura terrícolas era conocida. Estaban lejos, pero al verlos se distrajo y tropezó con la forma agazapada e hirsuta de un xatinni.

Demonios, pensó, mientras la cara de ocelote giraba hacia él con una mueca de odio. Sin perder tiempo, Harry agachó la cabeza y cruzó los brazos en la postura de un pupilo arrepentido, retrocediendo mientras la criatura lanzaba una andanada de insultos en gal-cuatro.

—¡Explicar esta insolente interrupción! ¡Humillarte y disculparte con servil sinceridad! ¡Incluir esta afrenta en la larga lista de deudas acumuladas por tu clan de indignos...!

Los xatinnis no eran muy poderosos y en general se ensañaban con los terrícolas por la razón más vieja entre los prepotentes de todas partes: porque podían.

—¡Presentarse en tres miduras en mi apartamento para nuevas recriminaciones, en el siguiente domicilio! Cuarenta y siete por cincuenta y dos, Corredor del...

Afortunadamente, en ese momento un aparatoso vriiilh llegó al galope por la avenida, graznando disculpas rituales mientras apartaba a los que se interponían en sus mastodónticas zancadas de dos metros. El xatinni se retiró con un gruñido airado mientras el vriiilh pasaba entre ambos.

Harry aprovechó la interrupción para internarse en la muchedumbre.

Hasta pronto, gatito, pensó, deseando que pudiera enviar un insulto psi mientras escapaba. En vez de humillarse, habría preferido asestarle un puñetazo en la boca, y quizás arrancarle algunas extremidades sobrantes para mejorarle la aerodinámica.

Espero que volvamos a encontrarnos, en un callejón oscuro y sin testigos.

El dominio de sí era la primera exigencia del Consejo de los terrágenos para permitir que un neochimpancé buscara ocupación en el cosmos. El pequeño y débil Clan Terrícola no podía permitirse incidentes.

¿Y de qué nos ha servido? Les dieron a los delfines su propia nave estelar, y mira lo que hicieron esos listos pececillos. Desencadenaron la peor crisis en millones de años.

A decir verdad, Harry les tenía un poquitín de envidia.

Aparte de los que iban a Kazzkark por asuntos oficiales, las calles y los edificios albergaban una población cambiante de otras personas, refugiados de lugares atacados por el creciente caos, oportunistas, altruistas y místicos.

Últimamente abundaban los místicos.

En la mayoría de los mundos, las cuestiones filosóficas o religiosas se comentaban con languidez, con argumentaciones que se prolongaban durante generaciones y que la raza instructora legaba a sus pupilos. Pero aquí y ahora, Harry detectaba un frenesí en los discursos de los misioneros que se habían instalado bajo el Domo Sesenta y Siete. Bajo el fulgor de cúmulos estelares y nebulosas, los enviados de las sectas más conocidas ofrecían una antigua sabiduría desde pabellones perfumados, entre ellos los Herederos, los Expectantes, los Trascendentalistas y los Abdicadores, sin mostrar indicios de fragmentación mientras predicadores de túnica roja de una docena de especies acuciaban a los peatones con su interpretación ortodoxa de la Voluntad de los Progenitores.

Harry sabía que había muchos aspectos de la civilización galáctica que él no entendería nunca, por mucho que se esforzara. Por ejemplo, ¿cómo podían las grandes alianzas de razas sapientes reñir durante milenios por minúsculas diferencias de dogma?

No estaba solo en su confusión. Muchas de las grandes mentes de la Tierra vacilaban ante ciertos interrogantes: por ejemplo, si la Raza Primigenia había iniciado el ciclo de Elevación dos mil millones de años atrás como manifestación de una ley física predeterminada, o como propiedad emergente de todos los sistemas autoorganizativos en un universo pseudovolitivo. Harry sólo entendía que la mayoría de las disputas se centraba en cómo la oxivida alcanzaba la sapiencia, y cuál sería su destino definitivo con la evolución del cosmos.

—No vale la pena matar a nadie por eso —resoplaba—. Ni hacerse matar.

Pero los humanos no podían alegar una inocencia total. Habían matado a muchos miembros de su especie por diferencias aún más insignificantes y abstrusas durante el largo aislamiento de la Tierra antes del Contacto. Antes de llevar la luz a la especie de Harry.

—Vaya, esto es nuevo —reflexionó, deteniéndose en el extremo del domo.

Más allá de los lustrosos pabellones de las sectas principales habían abierto un pasillo que presentaba misioneros más harapientos, que predicaban desde recintos con cortinas y nichos de piedra, o incluso vagaban por la Vía, proclamando creencias heterodoxas.

—¡Idos de este lugar! —chilló un pee'oot de cara agria, con cuello en espiral y ojos saltones—. Para vosotros sólo un lugar ofrece resguardo ante las turbulencias venideras. ¡Es la fuente donde empezasteis!

Harry tuvo que decodificar el credo herético de ese gal-tres lleno de inflexiones. El uso del caso colectivo-responsivo significaba que el pee'oot se refería a la salvación de las especies, no de los individuos. Aun la herejía tenía sus límites.

¿Está diciendo que cada raza debería regresar a su mundo natal? ¿La bola de barro donde sus ancestros presapientes evolucionaron y fueron adoptados por algún instructor para la Elevación?

¿O el predicador se refería a algo más alegórico?

Tal vez quiere decir que cada cadena de Elevación debe buscar el conocimiento de su propio patrimonio, distinto del de los demás. Eso exigiría disolver los Institutos y dejar que cada clan de oxivida siga su propio camino.

Claro que Harry no estaba equipado para discernir las sutilezas de la teología galáctica, ni le importaba. De todos modos, el próximo fanático resultó más interesante.

Era un jovial evangelista komahd, con un torso inferior con forma de trípode, pero con tronco y brazos humanoides. Su cabeza de lagarto presentaba una ancha boca que parecía dividida por una sonrisa eterna, mientras sus largas pestañas hacían su cara casi seductora. Una única y gorda pata trasera marcaba un ritmo parsimonioso mientras el komahd recitaba en gal-seis. Su huraña perorata desmentía esos rasgos engañosamente alegres.

—Todas nuestras «actuales, lamentables» disgregaciones sociales tienen sus raíces en una «despreciable y nefasta» confabulación de los enemigos de todos los respiradores de oxígeno.

»Ved cómo nuestras grandes potencias y alianzas se desangran, derrochando su poderío, luchando en busca de «vagos» indicios y pistas de un «posible, aunque improbable» retorno de los «extinguidos» Progenitores.

»Esto sólo puede servir a los intereses de los inescrutables y hostiles respiradores de hidrógeno. Celosos de nuestra «ágil» velocidad y «elevados» metabolismos, hace milenios que nos temen y traman planes «largos, lentos, viles». Ahora, al fin, están preparados. ¡Ved cómo los «malvados» hidros maniobran «malignamente» buscando nuestro final «colectivo»!

»¿Quién no recuerda que recientemente tuvimos que ceder una de las Cinco Galaxias? Hace sólo medio millón de años, la «totalidad de la» Galaxia Cuatro fue

declarada en barbecho, y vaciada de toda cultura oxi «que viajara por las estrellas». Nunca antes el Instituto de Migraciones aceptó semejante «traicionera» cesión de territorio, cuyas repercusiones «en la recolonización» aún se sienten.

»Nos dicen que los hidros abandonaron «a cambio» la Galaxia Cinco, pero «a diario» oímos informes de extraños avistamientos y perturbaciones en el espacio normal que sólo pueden ser obra de los «pérfidos» zang.

»¿Qué hay de los «disgregados» puntos de transferencia? ¿Qué hay de los «vastos» tramos del hiperespacio «A y B» que ahora se vuelven lentos e inservibles? ¿Por qué los «grandes pero sospechosamente silenciosos» Institutos no nos dicen la verdad?»

El komahd terminó apuntando un dedo demasiado humano hacia Harry, quien en su uniforme parecía un conveniente representante del Instituto de Navegación. Sonrojándose, Harry retrocedió rápidamente.

Qué lástima. Empezaba a ponerse interesante. Al menos alguien se queja del estúpido modo en que actúan los soros y otros poderes. Y el mensaje del komahd era sobre el futuro, en vez de sucumbir a esa obsesión constante con el pasado. Está bien, es un poco paranoico. Pero si más sofotes le creyeran, aliviarían la supresión sobre la Tierra y darían a esos pobres delfines la oportunidad de volver a casa.

A Harry le resultaba irónico que los librepensadores komahd sintieran disgusto por los terrícolas. Por su parte, Harry les tenía simpatía, y además olían bastante bien. Era una lástima que la admiración no fuera recíproca. Un revuelo le hizo dar la vuelta, a tiempo para sumarse a una multitud que se dirigía deprisa a la pared más cercana. Harry sintió un escalofrío cuando vio lo que venía. Un escuadrón de veinte temibles guerreros tandus, semejantes a mantis, desarmado pero equipado con sus mortíferas y filosas zarpas, desfilaba por el bulevar, y sus vainas oculares casi rozaban el techo corrugado. Todos se apartaban a su paso. Nadie discutía sobre el derecho de paso con un tandu, y ningún buhonero trataba de venderles mercancías.

Antes de partir en su última misión, Harry había visto cómo un tandu le arrancaba la cabeza de una dentellada a un obstinado paha que se había negado a cederle el paso. Casi de inmediato, el líder del grupo había reprendido al atacante destrozando a su hermano. Con ese acto se cumplía una justicia elemental, impidiendo la intervención de las autoridades. Aun así, la lección era clara para todos.

No os metáis con nosotros.

El asunto no se investigó. Incluso los comandantes del paha tuvieron que admitir que su bravuconería era suicida.

A Harry se le aceleró el pulso hasta que el aterrador escuadrón entró en una avenida lateral y se perdió de vista.

Será mejor que no curioseé más, pensó, de pronto deprimido por los gritos de la multitud. Wer'Q'quinn escupirá bilis si no presento pronto el informe sobre mi

misión.

También quería preguntarle a la vieja serpiente cosas que había visto y oído desde su aterrizaje: hoons interesados en el Espacio E, puntos T que fallaban, predicadores komahd que declaraban...

Se sobresaltó cuando una mano huesuda más grande que su antebrazo le apesó el hombro. Dedos blandos y delgados que terminaban en ventosas lo aferraron con firmeza.

Al girar, se topó con un alto bípedo cubierto con una túnica plateada que debía de pesar media tonelada métrica. Su cabeza parecía la proa de una nave marítima, pero donde un barco antiguo habría tenido un solo ojo pintado en cada lado, esta criatura tenía dos pares, uno encima del otro. Una mandíbula chata se extendía debajo, semejante al espolón de una trirreme griega.

Es un skiano, recordó Harry, gracias a sus lecciones del entrenamiento. No había esperado toparse con esta raza en la calle, y menos que uno se le aproximara personalmente.

¿Qué he hecho ahora?, se preguntó, disponiéndose a sufrir otra experiencia humillante. Al menos este rascacielos ambulante no puede acusarme de taparle la luz.

En uno de los anchos hombros del skiano se posaba un ave colorida que parecía un loro terrícola.

—Te pido perdón por sobresaltarte, hermano —se disculpó melosamente el gigante. Hablaba por un dispositivo vódor que sostenía en la otra manaza. La boca no se movía ni emitía ningún sonido. En cambio, una luz tenue relampagueaba en el par de ojos inferiores. El vódor traducía esto a un sonido audible—. Me parecía que andabas perdido.

Harry sacudió la cabeza.

—Me disculpo por contradecirte, instructor mayor. Tu preocupación conforta a este mísero pupilo. Pero sé adonde voy. Con mi agradecimiento, continuaré mi...

El ave interrumpió con un graznido despectivo.

—¡Idiota! ¡Necio! No me refiero a tu cuerpo sino a tu alma. ¡Tu alma! ¡Tu alma!

Sólo entonces Harry comprendió que hablaban en inglés, la lengua lobezna natal. Miró de nuevo el ave.

Dados los estrictos requerimientos del vuelo, las aves emplumadas tenían aproximadamente formas similares, sin importar en qué mundo se originaran. Aun así, en este caso no había error posible. Era un loro. Un verdadero loro, como los que cantaban canciones de piratas, con lo cual el skiano parecía más extraño que antes.

Está mal el número de ojos, pensó Harry. Tendrías que estar usando un parche sobre uno... o sobre tres. Y deberías tener pata de palo y garfio en vez de mano...

—De veras, mi buen simio —continuó la voz zumbona del vódor, coincidiendo con el ave parlante—. Lo que corre peligro es tu alma. ¿Te has tomado tiempo para

pensar en su salvación?

Harry parpadeó. Nunca había oído hablar de un misionero skiano, y menos uno que predicara en inglés usando como accesorio un ave terrícola que se pasara de lista.

—Estás hablando de mí.

—Sí, de ti.

Harry pestañeó incrédulamente.

—¿De mí... personalmente?

El loro pedorreó con la boca, pero los ojos del skiano parecían emitir un destello satisfecho. Los sonidos de la máquina eran alegres.

—¡Al fin, alguien que entiende rápidamente la idea! Pero en verdad no debería sorprenderme que alguien de tu noble linaje comprenda.

—¿Noble linaje? —repitió Harry. Nunca lo habían acusado de eso.

—Por cierto. ¡Eres de la Tierra! ¡El bendito hogar de Moisés, Jesús, Buda, Mahoma, Tipler y Weimberg-Chang! ¡La morada donde los lobeznos alcanzaron la sapiencia en un claro ejemplo de concepción virginal, sin intervención de ninguna otra raza de pecadores galácticos, sino como don immaculado del cosmos mismo!

Harry retrocedió pasmado. Pero el skiano continuó.

—El mundo donde nació una idea que cambiará el universo para siempre. ¡Una idea que tú, querido hermano, debes ayudarnos a compartir!

El corpulento evangelista se inclinó hacia Harry, proyectando intenso fervor con el sonido y la luz de sus ojos.

—¡La idea de un Dios que ama a cada persona! Que no se fija en tu raza o tu clan, u otra ampulosa abstracción, sino en toda entidad que sea consciente y capaz de mejorarse. El Creador de Todo, que promete el Júbilo cuando nos unamos a Él en el Punto Omega. El que ofrece la salvación, no colectivamente, sino a cada alma individual.

Harry sólo pudo parpadear, atónito, mientras una extraña paralización le cerraba el cerebro y la garganta.

—¡Amén! —chilló el loro—. ¡Amén y aleluya!

DIARIO DE ALVIN

Por una vez tuve la mejor vista de lo que sucedía. Mis compañeros —Ur-ronn, Huck y Pinzón— estaban en otras partes de la nave donde tenían que conformarse con lo que veían en los monitores. Pero yo estaba a poca distancia de la doctora Baskin, compartiendo la perspectiva de la comandante mientras escapábamos de Izmunuti.

Todo sucedió ante mis ojos.

Oficialmente, yo estaba en la sala de navegación para encargarme de los malolientes glávvers. Pero esa tarea sólo consistía en darles cápsulas sintéticas que llevaba en un morral, y limpiarlos cuando se ensuciaban. Aparte de eso, observaba, escuchaba y me preguntaba cómo describiría todo en mi diario. Nada en mi experiencia —ni mi crianza en un puerto pesquero hoon ni la lectura de libros del pasado humano— me había preparado para lo que sucedió durante esos minutos de peligro y cambio.

Me inspiré un poco en Sara Koolhan. Ella es otra irruptora, una nativa de Jijo como yo, descendiente de colonos criminales. Como yo, ella nunca había visto una nave estelar ni un ordenador antes de este año. Aun así, ellos escuchaban las sugerencias de la joven humana. Los que estaban al mando buscaban su consejo. No parecía perdida cuando hablaban de «límites de circunferencia de hebra» y «capas cuánticas de realidad». (Mi pequeño autoescriba se encarga de la ortografía, por si alguno se lo pregunta.) De todos modos, si una conciudadana de la Cuesta puede manejar estas cosas extrañas, yo también puedo.

Ah, pero Sara era una sabia y una hechicera en nuestro mundo, así que estoy de vuelta donde empecé, tratando de narrar los actos de dioses estelares y describir paisajes mucho más extraños de los que vimos en el Sumidero, usando un idioma que apenas entiendo.

En Jijo usamos el inglés para comentar problemas técnicos, pues la mayoría de los libros de la Gran Edición estaba en esa lengua. Pero a bordo del Streaker es diferente. Cuando los detalles científicos deben ser precisos, usan el gal-siete o el gal-dos, con signos que me resultan incomprensibles, lo cual demuestra hasta qué punto han involucionado nuestros dialectos jijoanos.

El chachareo de los glávvers era algo totalmente distinto. No se parecía a ninguna lengua que yo conociera. Realzado y adornado por la máquina Niss, ese ruido surcaba el cielo mientras una aterradora nave zang se lanzaba hacia el Streaker con el propósito de desparramar nuestros átomos por la turbulenta atmósfera de la estrella gigante.

Y si ese globo dorado sólo alardeaba —si viraba en el último momento y nos

dejaba pasar—, entonces nos enfrentaríamos a otra fuerza mortífera. El acorazado jophur que había perseguido al Streaker desde Jijo se proponía ahora impedir que llegáramos a la única salida que ofrecía este sistema tormentoso.

Sin dudarle, Gillian Baskin nos había encaminado hacia una legión de demonios.

Y los glávvers gañían y gemían mientras pasaban tensos duras.

Hasta que al fin los respiradores de hidrógeno respondieron.

La ronca algarabía se intensificó. Sara golpeó la mesa de navegación con euforia.

—¡Conque la leyenda es cierta!

De acuerdo, yo también tendría que haber conocido la historia. Admito que pasé demasiado tiempo de mi infancia devorando antiguas novelas terrícolas en vez de obras de mis eruditos jijoanos. Especialmente la compilación de mitos y sagas orales que constituían nuestro patrimonio cultural antes que los humanos se unieran a las Seis Razas y nos devolvieran el alfabetismo.

Al parecer, la primera generación de refugiados glávvers que vino a nuestro mundo hablaba con los g'Keks que ya estaban allí, y les contó algo sobre sus motivos para huir de la Civilización de las Cinco Galaxias. Siglos antes de que su especie recorriera la Senda de la Redención, los glávvers explicaron los motivos de su autoexilio.

Parece que tenían un talento que les daba cierta importancia entre los clanes estelares. En tiempos antiguos, se contaban entre las pocas razas con capacidad para conversar con los respiradores de hidrógeno. Eso les permitió enriquecerse, sirviendo como intermediarios en complejas transacciones, hasta que se volvieron arrogantes y descuidados. Algo que no es aconsejable cuando se trata con los zangs.

Un día se les acabó la suerte. Tal vez fueron infidentes, o aceptaron un soborno, o dejaron de pagar una deuda. Lo cierto es que las consecuencias parecían bastante siniestras.

En compensación, los zangs exigieron lo único que les quedaba a los glávvers.

Ellos mismos.

Al menos, así refirió Sara la leyenda a Gillian y los demás, hablando sin aliento mientras el tiempo transcurría y los glávvers aullaban y nos aproximábamos a ese amenazador leviatán del espacio.

Asociando todo lo que sucedía, comprendí que los glávvers no estaban hablando con los zangs. A fin de cuentas, habían llegado a la redención y ahora son seres presapientes, casi privados del habla.

Pero los zangs son memoriosos, y nuestros glávvers parecían saber instintivamente —tal vez en algún nivel programado genéticamente— cómo articular una frase significativa. Una frase interesante para sus antiguos acreedores.

¡Somos nosotros! ¡Estamos aquí! ¡Somos nosotros!

Después de esta identificación ululante, la máquina Niss sólo tuvo que añadir un

simple requerimiento: Tened la amabilidad de quitarnos de encima a esos bastardos jophurs. Ayudadnos a salir de aquí.

Pasaron momentos de angustia. Mis vértebras castañeteaban mientras los zangs se aproximaban. Me puse nervioso como una urs en una playa, jugando al escondite con las olas.

En el último momento, nuestro atacante viró abruptamente. Un chirrido sacudió los altavoces. La Niss tardó varios duras en consultar la Biblioteca para ofrecernos una traducción admisible.

Venid con nosotros. Ya.

Así, nuestra perdición se convirtió en escolta, mostrándonos el camino. Liberando al Streaker del furibundo caos de Izmunuti.

Ocupamos nuestro lugar en la caravana mientras la nave zang reunía a las restantes máquinas cosechadoras, huyendo hacia el viejo punto de transferencia.

Entretanto, una de sus naves acompañantes se volvió para enfrentarse a nuestros perseguidores.

Los sensores de larga distancia describieron un enfrentamiento entre titanes omnipotentes.

El enfrentamiento era pasmoso de ver, aun a una distancia que lo hacía borroso. Escuché mientras la teniente Tsh't le describía la acción a Sara.

—Ésossss son misilesss de fuego infernalll —explicó la oficial delfín mientras el acorazado jophur aceleraba, disparando puntos brillantes contra su nuevo adversario.

Los anillos de cera están realmente empecinados en capturar a los delfines, pensé, si están dispuestos a luchar contra ese monstruo para llegar al Streaker.

La nave zang, una forma trémula y gelatinosa, era mayor que la jophur. Una vez creí entrever figuras como sombras que se movían en su interior, como nubes o como enormes criaturas vivientes nadando en un fluido opaco.

Algunos trozos del cuerpo principal se desprendieron como gotas cayendo de una copa de grasa en una parrilla caliente. No volaban con la gracia relampagueante de los misiles jophurs. Parecían más macizos. E implacables.

Cada gota se hinchó como un globo, interponiendo su superficie expansiva entre las dos naves. Los proyectiles jophurs maniobraron ágilmente, procurando sortear los obstáculos, pero casi todos fueron atrapados por las burbujas, desencadenando brillantes explosiones.

Desde su unidad ambulatoria, observando la lucha con un frío ojo gris, Tsh't comentó:

—Losss zangs arrojan partesss de su sustancia para deffenderse. Hassta ahora no han realizado una acción ofensssiva.

Recuerdo haber pensado esperanzadamente que esto significaba que los hidros eran apacibles, menos proclives a la violencia salvaje de lo que dicen las sagas. Quizá

sólo se propusieran demorar a los jophurs el tiempo suficiente para que nosotros escapáramos.

Luego recapacité.

Digamos que esta ayuda de los respiradores de hidrógeno permite que el Streaker escape. Eso es magnífico para los terrícolas, y quizá para las Cinco Galaxias, pero aun así Jijo queda en un brete. Los jophurs podrán llamar refuerzos y hacer lo que quieran con la gente de la Cuesta. Exterminar a los g'Keks. Transformar a los traekis. Quemar el archivo de Biblos y convertir la Cuesta en una granja genética, modificando las demás razas para que sean dóciles pupilos.

El plan anterior de Gillian, atraer al acorazado hacia un doble suicidio, habría causado mi propia muerte y la de todos a bordo, pero mi mundo natal habría quedado a salvo.

Era un duro dilema. Sentí resentimiento por esa mujer cuya decisión me salvaba la vida.

También cambié de opinión acerca de los zangs.

¿Qué estáis esperando? ¡Disparad!

Los jophurs eran oxis como yo, parientes lejanos que compartían parte del mismo ADN que se había difundido por las galaxias durante una era primordial, antes de que surgieran los Progenitores para iniciar la cadena de Elevación. No obstante, en ese momento deseaba que los aniquilaran auténticos alienígenas. Seres de un extraño e incomprensible orden de vida.

Vamos, zangs. ¡Freíd esas feas pilas de anillos!

Pero las cosas seguían igual mientras decrecía la distancia entre los dos gigantes. El glóbulo se desgastaba para detener los misiles y las mortíferas descargas del gran acorazado. Aun así, algunos rayos y proyectiles pasaron, chocando violentamente contra el globo. Chorros de material viscoso se derramaron en el trasfondo oscuro, chisporroteando al arder. La nave zang ondulaba convulsivamente. Aun así, seguía embistiendo mientras los glávbers parloteaban, como si alentaran a los hidros.

—Punto de inssserción aproximádosse —anunció la voz amplificada de un delfín. El sonido burbujeante indicaba que el delfín respiraba agua cargada de oxígeno, así que debía de venir del puente—. Todoss loss tripulantesss, prepararse para transsición. Kaa dice que nuestross guíasss están actuando extrañamente. Están escogiendo un enfffoque poco convencional, así que essto puede ponerse duro.

Gillian y Sara aferraron sus asientos. Los delfines de la sala de navegación estiraron y magnetizaron sus unidades ambulatorias, adhiriéndose al piso. Pero los glavers y yo poco podíamos hacer, salvo mirar con ojos desencajados. En el visor de proa, vi que el paisaje estelar era interrumpido por una torsión de negrura. Líneas generadas por ordenador convergían mientras las cifras y letras hacían que Sara murmurase de entusiasmo.

Observé la nave que teníamos delante, el primer glóbulo zang, palpitando ávidamente mientras se lanzaba en un ángulo empinado hacia la torsión...

Entonces cayó en una dirección imposible de describir. Una dirección cuya existencia yo desconocía hasta el momento.

Miré la pantalla de popa. Mostraba la otra nave hidro partiéndose bajo las repetidas descargas, mientras el acorazado jophur disparaba desesperadamente armas de corto alcance. Los dos mastodontes volaban cerca, a igual velocidad, siempre siguiéndonos.

Un martilleo frenético desgarró la nave zang, partiéndola en varias manchas.

Por un instante creí que todo había terminado.

Creí que los jophurs habían vencido.

Pero dos de esas manchas se rizaron como zarcillos vivientes y cubrieron el reluciente casco de metal. Se adhirieron a la superficie, extendiéndose viscosamente.

A pesar de la distancia y la bruma, tuve la sensación de que algo penetraba.

La imagen desapareció.

Giré hacia la pantalla principal. La transición había comenzado.

KAA

Conducir una nave a través de las tensas geometrías de un punto de transferencia era todo un arte. Ninguna máquina ni algoritmo lógico podía realizar esa hazaña por sí sola.

En parte había que valerse de corazonadas, sabiendo cuándo liberar los campos de adhesión de determinada hebra y escoger el momento adecuado para efectuar un salto —que duraba segundos y milenios a la vez— a través de un vacío más profundo que el vacío, y luego aferrarse a otra delgada discontinuidad (sin tocar su mortífero borde) y cabalgar hacia la meta.

Aun un punto T bien criado era una vorágine. Una maraña de espaguetis palpitantes que curvaba la trama cósmica a través de dimensiones múltiples y a veces parciales.

Un laberinto de filamentos que eran imperfecciones deslumbrantes.

Rajaduras en el espejo de la creación.

Para los que sabían usarlas, las rutilantes hebras ofrecían una gran ventaja. Un modo seguro de viajar de una galaxia a otra, mucho más velozmente que usando el hiperespacio.

Pero para los tontos y los desatentos, el premio era un final rápido y explosivo.

Los saltos por las hebras eran la parte del vuelo espacial favorita de Kaa. Había en ellos algo que coincidía con ambos aspectos de la naturaleza de los neodelfines.

Las nuevas capas cerebrales, añadidas por los genetistas humanos, le permitían encarar cada hebra como un fallo en la métrica cuántica, un residuo de cuando el universo se enfrió a partir de un caldo supercalentado que se inflaba, congelándose como una torta de muchas capas para formar los diversos niveles del espacio real y el hiperespacio. Esa condensación dejó defectos —bordes y fracturas— donde las leyes físicas se alteraban y los atajos eran posibles. Podía evaluar todo esto con los procesos mentales disciplinados que el capitán Creideiki llamaba «mente de ingeniero».

Entretanto, en paralelo, Kaa captaba texturas y visiones con órganos más antiguos sepultados en la hondura de su cráneo. Antiguos trozos de materia gris se sintonizaban para escuchar, oyendo la estructura turbulenta de una corriente, o juzgando los ritmos cicloides de una onda. Los instrumentos sondeaban la densa maraña de límites topológicos; fósiles, brindándole datos que llegaban como imágenes de sonar. Casi por intuición, detectaba cuándo una hebra de transferencia estaba por desplegarse y qué cordel vecino debía aferrar, enviando el Streaker por una nueva senda hacia su próximo objetivo.

Thomas Orley había comparado este proceso con «saltar de una montaña rusa a

otra en medio de una tormenta».

Creideiki lo había expresado de otra manera.

La convergente naturaleza
comienza y termina, vive y muere,
donde la marea encuentra playa y cielo...

Aun en los primeros días de la expedición —cuando el capitán aún estaba con ellos y el brillante piloto Keepiru se encargaba de las operaciones engorrosas—, todos convenían en que no había nada comparable a atravesar un punto T con Kaa en el timón, un desborde de osadas y jactanciosas maniobras que nunca parecían salir mal. Una vez, cuando una serie de providenciales saltos le permitió romper un récord de un millón de años, realizando el cruce de Tanith a Calafia en cinco mic-taars y cuarto, los tripulantes le dieron un apodo especial.

Afortunado.

En trinario, la frase-palabra significaba mucho más que en inglés. Connotaba un favor especial en el mar de la fortuna, el profundo reino del azar donde Ifni arrojaba sus dados y antiguos soñadores entonaban canciones que eran viejas antes que nacieran las estrellas.

Era un gran honor. Pero algunos dicen que esos títulos son difíciles de conservar.

Él empezó a perder el suyo durante el fiasco de Oakka, ese espantoso y verde mundo de traición, y después las cosas fueron rápidamente cuesta abajo. Cuando el Streaker huyó a la turbia pila de chatarra que había en el mar de Jijo, pocos lo llamaban Kaa el Afortunado.

Luego, en cuestión de días, el destino le arrojó los mejores dados, y también los más crueles. Encontró el amor, y lo perdió rápidamente cuando el deber lo separó de sus sentimientos, enviándolo a parsecs de Peepoe con cada minuto que pasaba.

En el momento en que más me necesitaba.

Así que disfrutaba poco de este vuelo por un laberinto de hebras rutilantes. Sólo un ceñudo profesionalismo lo sostenía.

Kaa había aprendido a no confiar en la suerte.

Detrás de él, la sala de control llena de agua parecía siniestramente silenciosa. Sin abrir los ojos ni romper la concentración, Kaa sabía que los otros neodelfines contenían tensamente sus chasquidos reflejos, para no perturbarlo.

Tenían motivo para estar nerviosos. Esta transferencia no era como otras.

El motivo relucía delante del Streaker: un vasto objeto que por momentos Kaa percibía como una medusa gigante, luego como un titánico calamar, con tentáculos más grandes que naves estelares. Su fluido perfil, transformado por las sinuosas entrañas del punto T, le daba escalofríos. El instinto le aconsejaba alejarse, cortar las

antenas y brincar por cualquier hebra, sin importar adonde condujera, para eludir esa forma espantosa.

Pero es nuestra guía. Y si intentáramos alejarnos, sin duda los zangs nos matarían.

Kaa oyó gritos que venían de la cámara seca contigua, la sala de navegación. Reconoció el gemido de los glávvers, esas criaturas involucionadas de Jijo que habían regresado voluntariamente a la presapiencia animal. Eso sólo bastaba para darle escalofríos, aun sin esa exótica afinidad que esas bestias de ojos saltones tenían con un orden de vida totalmente diferente. Ese entendimiento ofrecía al Streaker un modo de escapar de los jophurs, ¿pero a qué precio?

Nos salvamos de un enemigo mortal, reflexionó, sólo para encarar a otro que es temido en toda la civilización galáctica.

Esos dilemas se estaban volviendo rutinarios para la tripulación de delfines. Todo el universo parecía consistir en saltos de la sartén al fuego.

Se están preparando, pensó Kaa cuando una suave palpitación recorrió los tentáculos del calamar que tenía delante. En otras dos ocasiones, esto había precedido una maniobra de salto, y él había necesitado toda su destreza para seguirlos sin estrellar el Streaker contra una singularidad vecina. Los hidros usaban un estilo de viaje diferente, siguiendo líneas más similares al tiempo que al espacio, activando ondas de microcausalidad que causaban náuseas a todos los que estaban a bordo. El método zang no era más eficiente. Cada desgarradora maniobra —y batiente reflejo neural— hacía que Kaa quisiera regresar para efectuarla de modo más sensato.

Podría llegar en la mitad del tiempo, pensó, resentido con el calamar, si tan sólo me dijeras adonde vamos.

Era cierto que las resonancias habían cambiado desde que él había usado ese punto T, cuando el Streaker huyó del temible Mundo Fractal, en la desesperada apuesta de Gillian, la «senda de los irruptores», buscando un refugio en el lejano Jijo. Cuando ese segundo nexo de singularidad volvió a abrirse cerca de Izmunuti, debía de haber afectado éste. Aun así, tenía que haber un modo más fácil de llegar adonde querían ir los zangs...

Las imágenes de sonar cobraron precisión. Vio un brillante racimo de hebras, un nudo gordiano sin hilachas de tipo espacial.

Ese embrollo tiene que ser el objetivo de los hidros, malditos sean.

Aun así, escuchando la descripción de sonar, creyó detectar algo acerca de ese embrollo.

Creo saber qué hebra cogerán.

Kaa se concentró. Esto era importante para él. No sólo estaban en juego el deber y la supervivencia. O la reputación que los pilotos neodelfines habían comenzado a adquirir en las Cinco Galaxias. Ni siquiera le importaba recobrar su apodo.

Sólo una cosa le importaba. Cumplir su misión. Llevar a Gillian Baskin y su

cargamento a destino. Y luego regresar a Jijo. A Peepoe.

Aunque eso significara que nunca pilotaría de nuevo. Activó una alarma para prevenir a los demás.

¡Allá vamos!

El «calamar» se estiró, preparándose para el salto final.

DIARIO DE ALVIN

Me cuesta describir un solo instante del tiempo que pasamos dentro del punto T. Se me ocurren comparaciones. Los fuegos de artificio del Día de los Fundadores. Un hábil artesano urs arrojando chispeante polvo demoledor durante un espectáculo de magia, o...

Desiste, Alvin.

Lo único que recuerdo de ese viaje vertiginoso es un borrón de cintas deslumbrantes que ondeaban en todas las pantallas. Mientras Sara Koolhan gritaba extasiada, viendo que sus amadas matemáticas cobraban vida ante sus ojos, la más experimentada Gillian Baskin gruñía con sorprendida consternación, un sonido que me preocupaba.

Los campos de gravedad temblaban y fluían. Volaban chispas de los bancos de instrumentos. Los tripulantes neodelfines acudían en sus unidades ambulatorias, apagando las partes calientes con gas inerte. Este novato del viaje espacial sospeché que esta travesía no era típica.

Me sentía demasiado mal para darme cuenta de nada. Tan sólo extendí los brazos en un amplio círculo para que los glávets pudieran acurrucarse allí, maullando patéticos. Pero el aullido de los motores del Streaker frenaba todos mis intentos de guturear para tranquilizarlos. Sin duda fueron los peores momentos de mi vida, aun comparados con ese momento espantoso en que mis amigos y yo nos caímos del borde de un peñasco submarino en nuestro estropeado Sueño de Wuphon, con agua helada empapándome la cara mientras nos precipitábamos en el frío infierno del Sumidero.

En un punto un delfín gritó «¡Allá vamos!» y las cosas empeoraron rápidamente. Mi segunda tripa chocó contra mi corazón. Y mientras todo sonido cesaba a mi alrededor, noté que no podía respirar.

Por un largo instante fue como estar envuelto en algodón, como si viera el universo desde el extremo de un túnel, o desde el fondo de un profundo pozo.

Y súbitamente volví. El cosmos era un enjambre. Un gran peso pareció elevar mis vértebras, permitiéndome inhalar ásperamente.

Los hoons jijoanos amamos nuestros buques, pensé, luchando contra oleadas de náusea. Nunca nos mareamos en el mar. Pero nuestros antepasados de las estrellas debían vomitar continuamente, si tenían que viajar así. Con razón las leyendas dicen que eran tan gruñones.

Mirando arriba, vi que Gillian y Sara ya estaban de pie, dirigiéndose hacia la gran pantalla. Tsh't y los delfines se aproximaron a las humanas para mirar por sobre sus hombros.

Temblando, me levanté para reunirme con ellos. En la pantalla principal, los

ondeantes colores se disipaban rápidamente. Los rugientes motores del Streaker pasaron a un suave murmullo mientras las ondas se separaban como pliegues de una cortina, revelando...

Estrellas.

Vi extrañas constelaciones.

Estrellas que están a incalculable distancia de las que conozco.

¿Cómo debe sentirse uno cuando un sueño largamente acariciado se concreta?

Alvin, estás muy lejos de casa.

Mientras admiraba esa maravilla, el Streaker giró lentamente. El brillante paisaje desfiló ante nuestros ojos —cúmulos, nebulosas y brazos en espiral cuya luz no llegaría a Jijo en miles o millones de años— hasta que al fin vimos nuestra escolta, la enorme nave zang.

Y el lugar adonde nos llevaba.

Un jadeo estremeció la sala de navegación, mientras cada terrícola expresaba la misma emoción al mismo tiempo.

—Oh, no —gruñó la teniente Tsh't—. ¡N-no puede ser!

La doctora Gillian Baskin suspiró.

—¡No lo creo! ¿Tantas desgracias... sólo para terminar aquí?

Una imagen que al principio yo apenas podía describir empezaba a llenar la pantalla de proa. Una estructura, casi negra como el espacio. Sólo cuando Gillian ordenó un realce de imagen destacó contra el fondo, reluciendo con un profundo matiz ambarino.

Era una esfera erizada de espinas, como esos abrojos que se pegan a la pelambre de la pierna cuando uno los pisa. Pensé que era otra nave estelar gigantesca.

Luego comprendí que aún nos desplazábamos a gran velocidad, pero su tamaño aparente cambiaba muy despacio.

Debía de ser realmente enorme, comprendí, mirándola con nuevos ojos. ¡Aún más grande que la nave zang!

Ese glóbulo amarillento navegaba junto al Streaker, palpitando de un modo que me ponía nervioso. Ruidos ásperos nos atacaron de nuevo por los altavoces, haciendo que los glávvers movieran la cabeza, revolviendo los ojos bulbosos y gimiendo.

—Dicen que debemos seguirlos —tradujo la máquina Niss.

La teniente Tsh't tartamudeó.

—¿V-volvemos al punto de transferencia? P-podríamos girar rápidamente y sumergirnos de nuevo. Kaa puede...

Gillian sacudió la cabeza.

—Los zangs no nos dejarían avanzar dos metros.

Encorvó los hombros en una expresión humana de consternación que ningún hoon podía imitar. Era evidente que ese lugar era un paisaje familiar que ningún

tripulante del Streaker quería visitar de nuevo.

Miré a Sara Koolhan. Por primera vez, parecía tan confundida como yo. Parpadeó, incapaz de aprehender la inmensidad de esa cosa.

El único humano varón presente hizo un sonido extraño. El mudo, Emerson D'Anite. Había estado muy retraído durante el viaje desde Izmunuti, estudiando silenciosamente los extraños colores del espacio T, como si significaran más que las palabras de su propia especie.

Mirando esa enorme esfera, manifestaba el mismo asombro que sus compañeros, y una emoción intensa torció sus rasgos mutilados. Sara se le acercó, cogiéndole el brazo y hablando suavemente.

Recuerdo que pensé: Si este lugar causó a los terrícolas tanta desesperación que les hizo huir a Jijo, no me sorprende que les disguste estar de vuelta.

Una voz conocida exclamó detrás de mí, con pasmado deleite:

—¡Súper!

Huck había entrado en la sala de navegación, dirigiendo sus cuatro ágiles ojos g'Kek hacia la gran pantalla.

—Esa cosa es sensacional. ¿Qué es?

Otra cara conocida llegó a la puerta. Una cabeza urs asomó sobre un largo y sinuoso cuello, frunciendo el único belfo ante el desagradable olor del miedo terrícola.

Llegando de otra dirección, un qheuen rojo pasó con su mole blindada junto a Ur-ronn. Pinzón movió su cúpula visual y agitó las pinzas con entusiasmo.

Debí de haberlo esperado. No estaban invitados, pero si mis amigos comparten algo, a pesar de las diferencias entre especies, es el instinto para oler problemas y lanzarse sobre ellos.

—¡Oye, patas peludas! —exclamó Huck, clavándome dos ojos en el flanco mientras con el otro par procuraba mirar por encima de la multitud—. Hazte útil, gordinflón. Ábreme paso entre estos pescados para que pueda ver.

Esperé que los delfines estuvieran demasiado ocupados para reparar en su impertinencia. En vez de molestar a la tripulación, me agaché y cogí los ejes de Huck, gruñendo mientras la levantaba sobre la multitud para que viera mejor. (Una joven g'Kek no pesa demasiado, aunque en ese momento mi espalda aún estaba sanando. Me ardía cada vez que ella se contoneaba de entusiasmo.)

—¿Qué es esa cosa? —repetió Huck, señalando la enorme esfera.

La teniente Tsh't irguió la lustrosa cabeza, apuntando un ojo oscuro a mi amiga g'Kek.

—Esss un lugar donde nossotros, los pescados, sufrimos mucho, antes de visitar vuestro mundo.

Si yo hubiera sido humano, me habrían ardido las orejas de vergüenza. Siendo

hoon, mi saco laríngeo gutureó una disculpa. Pero Huck continuó sin notarlo.

—¡Demonios, qué grande!

La teniente lanzó un soplo de risa por su orificio nasal.

—Ya lo creo. El casco alberga un volumen de treinta astrones, o un billonésimo de un pársec cúbico.

Los ojos de Huck expresaron indiferencia.

—¿Sí? Lo que digas. Te diré qué me recuerda. Parece el blindaje espinoso de una almeja del desierto.

—Las apariencias engañan, joven jijoana —respondió Tsh't—. Ese casco es tan blando que se puede cortar con una cuchara de madera. Si te acercaras y exhalaras sobre ella, el fragmento tocado por tu aliento herviría. Su densidad media es como una nube en una tormenta de nieve.

No parece demasiado amenazadora, reflexioné. Entonces vi la expresión de sorpresa de Sara Koolhan. Nuestra sabia humana frunció el ceño mientras miraba los paneles de datos y la pantalla principal, y luego a Tsh't.

—El infrarrojo... los perfiles de reemisión... No me estarás diciendo que esa cosa realmente contiene...

Calló, sin poder terminar. La oficial delfín rió.

—Claro que sí. Una estrella reside en el corazón de esa blanda construcción, ese engañoso copo de nieve venenosa. Bienvenidos, amigos jijoanos. Bienvenidos al Mundo Fractal.

LARK

No sentía frío, aunque era lógico que lo sintiera.

Una bruma pegajosa rodeaba a Lark mientras las membranas lo apretaban por todas partes, haciéndole encorvar el cuerpo, con las rodillas sobre la barbilla.

Se sentía como si lo hubieran devuelto al vientre materno.

Pronto reparó en otra similitud.

Ya no respiraba.

Tenía los labios sellados y gruesos tapones le llenaban las fosas nasales. La rítmica expansión del pecho, el suave suspiro del dulce aire; estas constantes del trasfondo de la vida... ¡se habían ido!

Al darse cuenta, sintió pánico. Una bruma roja lo cegó. Aunque su cuerpo se negaba, se obligó a tratar de inhalar. Fue en vano.

Trató de imponerse sobre su perezoso diafragma y su costillar. Su espalda se arqueó con el esfuerzo, hasta que al fin una tenue bocanada de gas se deslizó por un tapón, tal vez sólo unas moléculas.

Contenía un aire maloliente.

Lark se contorsionó en súbitos paroxismos. Pataleó convulsivamente mientras trataba de vomitar en el turbio entorno.

Por suerte, sus entrañas estaban vacías. Había comido poco durante días. Una sensación algodonosa le envolvió las extremidades como una droga, llenándolas de tranquilizador aturdimiento mientras el espasmo pasaba, dejándole un gusto desagradable en la boca.

Había aprendido una valiosa lección.

La próxima vez que te encuentres en posición fetal, dentro de una bolsa apestosa y sin ganas de respirar, acepta la insinuación. No fuerces las cosas.

Lark se tomó el pulso y verificó que al menos su corazón funcionaba. La persistente picazón en la nariz —un hedor familiar y desagradable— bastaba para comprobar que la vida continuaba, a pesar del dolor.

Volviéndose para mirar, notó que su saco era sólo uno de los muchos que flotaban en un volumen más grande. A través de la oscura niebla distinguió otros sacos membranosos. La mayoría albergaba cónicos jophurs, ahusadas pilas de anillos grasientos que palpitaban mientras sus segmentos basales empujaban en vano, sin ninguna superficie sólida para la tracción. Algunos de esos seres parecían enteros, pero era evidente que habían dividido otros en pilas más pequeñas, e incluso en anillos individuales.

Cables nudosos como los tentáculos palpitantes de una araña reductora salían de cada celda, incluida la suya. De hecho, una penetraba la pared transparente, enroscándose en la pierna izquierda de Lark y terminando en el interior del muslo,

debajo de la entrepierna.

Sintió una segunda oleada de pánico, y la combatió valiéndose de su mejor arma, sus conocimientos científicos. Jijo podía ser un mundo atrasado que carecía de los recursos intelectuales de las Cinco Galaxias, pero las páginas de los libros de papel aún podían formar mentes.

Usa lo que sabes. ¡Resuélvelo!

De acuerdo.

Ante todo, el cable que le entraba en la pierna parecía dirigirse a la arteria femoral. Tal vez se alimentaba de él, como una sanguijuela del espacio en un pintoresco relato de ciencia ficción pre-Contacto. Pero esa imagen aterradora parecía tan tonta que Lark sospechó que la verdad era diferente.

Soporte vital. Estoy flotando en una atmósfera venenosa, así que no me dejan respirar, comer ni beber. Ellos deben de estar enviando oxígeno y nutrientes directamente a mi sangre.

Ellos. Quienes fueran.

En cuanto a los sacos, Lark era biólogo de campo, así que reconocía las bolsas para muestras. Aunque no podía reír, un sentido de justicia irónica lo ayudó a poner la situación en perspectiva. Había encerrado suficientes criaturas indefensas en su carrera de naturalista, estudiando las complejas interrelaciones de las especies vivientes de Jijo.

Si la naturaleza establecía un karma por esos actos, los pecados de Lark merecerían un purgatorio personal que se parecería a esto.

Procuró ver a través de la niebla, esperando no encontrar a Ling entre los cautivos. Aun así, sintió un aguijonazo de soledad al verificar que ella no estaba a la vista.

Quizás haya escapado de Rann y los jophurs cuando estos monstruos amarillos invadieron el Polkjhy. Si logró llegar al Núcleo Vital, quizás haya podido trepar al follaje de la jungla para estar a salvo en nuestro antiguo nido. Por un tiempo, al menos.

Vio paredes más allá de la bruma, estimando que esta cámara era más grande que el árbol de reunión de su aldea natal. Por ciertos adornos visibles y unidades de datos montadas en la pared, notó que aún estaba en el acorazado jophur, pero los invasores se habían apropiado de este sector, llenándolo con su atmósfera irrespirable.

Eso sería una clave. Ese aroma espantoso. Tan tóxico que no se podía inhalar. Pero la aturdida mente de Lark no llegó a ninguna conclusión inmediata. Para un jijoano —aunque lo considerasen un «científico»— el espacio era un vasto reino de prodigios terribles.

¿Han capturado toda la nave?

Parecía extraño, dado el poder de los dioses estelares jophurs, pero Lark

encontraba un consuelo abstracto en esa posibilidad. Esos primos de los traekis sólo habían traído problemas a las Seis Razas de Jijo, especialmente a los pobres g'Keks. Lo mejor que podía pasarle a su mundo natal era que el Polkjhy nunca llegara a casa para informar lo que había encontrado en un oscuro rincón de la Galaxia Cuatro.

Aun así, esta situación no podía alegrarlo, ni hacerle sentir gratitud por sus nuevos captosres.

Tardó un rato, pero al fin Lark comprendió que algunos de ellos estaban cerca.

Al principio confundió las trémulas formas con jirones de niebla más densos que lo normal. Pero estos retazos permanecían compactos y autónomos, a pesar de su contorno fluido. Los comparó con la espuma de la superficie de un lago, o bien con nubarrones que bogaban majestuosamente entre nubes pequeñas. Varios de esos cuerpos amorfos se apiñaron alrededor de otros sacos, inspeccionando al prisionero jophur.

¿Inspeccionando? ¿Por qué piensas eso? ¿Ves algún ojo? ¿U órganos sensoriales de algún tipo?

Los globos flotantes se movían lánguidamente, extendiendo sinuosos brazos o pseudópodos provisorios para desplazarse. No parecía haber órganos ni estructuras permanentes dentro de su piel traslúcida, sino un movimiento rítmico de subunidades gelatinosas que se fusionaban o dividían con evasiva complejidad.

Evocó otra criatura semejante a una ameba, el invasor que había irrumpido por el mamparo de la nave, ahuyentando a Rann y los demás perseguidores. Ése había parecido mirar a Lark, antes de adelantarse para engullirlo.

¿Qué serían? ¿Ling mencionó alguna vez algo parecido? No recuerdo...

De inmediato Lark supo dónde había encontrado ese olor pestilente. En Biblos... el Salón de la Ciencia... en una parte del Gran Archivo donde habían quitado los anaqueles para instalar un laboratorio de química, donde un pequeño grupo de sabios procuraba recrear antiguos secretos, con la financiación y el subsidio del Gremio de Demoledores.

Trataban de recobrar antiguas destrezas, e incluso de aprender cosas nuevas. El gremio debía de estar lleno de herejes como Sara. Admiradores del «progreso».

Nunca pensé antes en ello, pero la Cuesta estaba llena de renegados aún más raros que los míos. Con el tiempo habríamos tenido un cisma religioso, incluso una guerra civil, si los dioses no hubieran llovido del cielo este año.

Pensó en Harullen y Uthen, sus quitinosos amigos, abatidos por la traición alienígena. También pensó en Dwer y Sara, esperando que estuvieran a salvo en casa. Tan sólo para protegerlos a ellos volaría esta enorme nave, si eso significaba que Jijo podía permanecer en su bendito anonimato.

Las amargas reflexiones de Lark pasaron del melancólico pasado al críptico presente y el dudoso futuro.

El tiempo pasó, aunque él no tenía modo de medirlo salvo contando las palpitaciones de su corazón. Al cabo de un rato sintió tedio, pero siguió haciéndolo, para ocuparse en algo.

Sulfuro de hidrógeno... esas criaturas han de ser zangs.

¡Estoy vivo! Deben considerarme interesante en algún sentido.

Lark pensaba aprovechar ese interés, a toda costa.

DIARIO DE ALVIN

Bienvenidos, amigos jjoanos. Bienvenidos al Mundo Fractal.

Esa línea habría sido magnífica para poner fin a esta nota de mi diario.

Ese momento tuvo un perturbador dramatismo. Noté el trágico abatimiento de la tripulación del Streaker, que había huido hasta las infernales honduras de Jijo, y perdido muchos camaradas, sólo para terminar en el mismo sitio que les había causado tanto dolor.

Pero lo que sucedió a continuación hizo que todo eso palidciera, como una sombra triturada por relámpagos.

—Quizá ssea otra estructura Criswell —sugirió Akeakemai, uno de los técnicos delfines, llamando desde el puente—. A fin de cuentasss, hay millones de ellas, tan sólo en esta galaxia.

Pero esa esperanza se disipó en cuanto Tsh't confirmó las configuraciones estelares.

—Además, ¿cuántasss probabilidades hay de que haya otro Criswell tan cerca de un punto de transferencia? La mayoría se encuentra en remotos cúmulos globulares. No, nuestros amigos zangs nos han traído de vuelta por alguna razón... ojalá se vaporicen y ardan por ello.

Los cuatro chicos de Wuphon nos reunimos en un extremo de la sala de navegación para comparar nuestras perspectivas. Ur-ronn se comunicó con sus amigos de la sala de máquinas. Su jadeo urs se intensificó cuando se entusiasmó explicando lo que había aprendido sobre la esfera erizada de espinas.

—Es hueca, con un radio tres veces tan ancho como la órbita de Jijo, y su centro es una fequeña estrella enana roja. Es irregular forque eso crea la mayor suferficie fara irradiar calor hacia el esfacio. Y en el interior también es así, donde la suferficie desigual recibe todos los rayos de luz de la estrella.

—En realidad, una esfera simple conseguiría eso —explicó la máquina Niss con tono profesoral. Apareció una imagen pictórica que mostraba un casco hueco alrededor de un punto carmesí—. Algunos terrícolas profetizaron estas cosas antes del Contacto, llamándolas...

—¡Esferas Dyson! —exclamó Huck.

Todos la miramos. Ella agitó varios pedúnculos visuales en un gesto de indiferencia.

—Vamos, tíos. Recordad la ciencia ficción clásica.

Los hoons piensan mucho más lentamente que los g'Keks, pero al fin asentí.

—Hrrrm, sí. Recuerdo haberlas visto mencionadas en novelas de... Shaw y Alien. Pero la idea parecía demasiado antojadiza para tomarla en serio...

Me interrumpí. Desde luego: ver para creer.

—Y estaba por explicar —continuó la Niss con cierta altanería— que el concepto de esfera Dyson pasaba por alto un requerimiento geométrico esencial en un recinto estelar. Permitidme ilustrarlo.

Una nueva imagen reemplazó la esfera lisa por una esfera cubierta de espinas, como un coral-erizo recogido por un pesquero. La imagen se dividió ante nuestros ojos, exponiendo un ancho vacío central donde brillaba la diminuta estrella. Sólo que ahora también había una multitud de protuberancias filosas que iban hacia adentro, entrecruzándose como ramas en un exuberante bosque tropical.

—Los terrícolas posteriores lo llaman estructura Criswell. Las espinas crean una forma fractal, de dimensión aproximada de dos coma cuatro. El interior tiene más pliegues, pues el propósito es aumentar la superficie total y obtener mayor exposición a la luz solar, aunque llegue en ángulo.

—¿Por qué? —preguntó Pinzón.

—Para aumentar la cantidad de ventanas, por cierto —respondió la Niss, como si eso lo explicara todo—. La energía es aquí la principal limitación. Este pequeño sol irradia de diez a treinta ergs por segundo. Al capturarla toda, y conceder a cada habitante un generoso megavatio de energía, esta morada puede servir apropiadamente a una población que supera los cien billones de seres sapientes. Usando menos energía per cápita, soportaría a más de diez trillones.

Todos miramos atónitos. Esta vez ni siquiera Huck dijo una palabra.

Me esforcé para digerir esas cifras con mis lentos pensamientos.

Digámoslo así. Si cada ciudadano de las Seis Razas de Jijo transformara cada célula de su cuerpo en un ser sapiente entero, el total aún sería inferior a la cantidad que describía la Niss. Excedía la cuenta de cada estrella y planeta con vida en las Cinco Galaxias.

Resolví esto después, por cierto. En ese momento, mi aturdido cerebro sólo me permitía mirar boquiabierto.

Ur-ronn fue la primera en recobrase.

—Farece un gran... afiñamiento —sugirió.

—En realidad, los niveles de población están restringidos por la energía y la superficie que da hacia el sol. En cambio, el volumen para el espacio de viviendas no constituye una limitación grave. Las viviendas serían bastante espaciosas. Cada entidad soberana podría tener un cuarto privado mayor que todo el volcán que los jjoanos llaman monte Guenn.

Pinzón tartamudeó por los cinco conductos de sus patas, resumiendo mi propia reacción.

—¿L-l-la g-gente c-construyó est-t-ta c-cosa p-para vivir?

El holograma Niss se rizó en una abstracción giratoria de líneas que expresaban diversión.

—Estos habitantes considerarían el término «gente» ofensivamente peyorativo, mi joven bárbaro. De hecho, la mayoría de ellos están clasificados como entidades superiores a ti y a mí. Las colonias fractales suelen albergar miembros del Orden Retirado de la Vida. En este lugar, y en mil millones de estructuras similares, desperdigadas en las Cinco Galaxias, las razas mayores viven sus años en relativa paz, libres de la algarabía y las disputas de los clanes jóvenes.

Un delfín resopló despectivamente, aunque en ese momento yo no captaba la amarga ironía de las palabras de la máquina Niss.

Sara Koolhan se unió a nuestro grupo.

—¿Pero de qué está hecha? —preguntó la joven sabia—. ¿Qué materiales podría soportar algo tan enorme?

La imagen pictórica se concentró en un pequeño segmento de un reborde. Desde un arco circular, formas irregulares se proyectaban hacia la estrella o se alejaban de ella, dividiéndose en ramas y subramas, hasta que uno perdía de vista las más pequeñas. Cámaras facetadas llenaban cada volumen cerrado.

—La superficie interior está construida principalmente de carbono hilado, cosechado de diversas fuentes, como la estrella misma. Reactores de fusión de hidrógeno-helio produjeron más, durante millones de años. El carbono puede soportar la luz directa del sol. Más aún, es resistente a la tensión centrífuga. Las partes externas de esta gran estructura, por lo demás, se encuentran en condiciones dinámicas subkeplerianas. Como sufren un tirón hacia adentro, deben ser resistentes contra la compresión. Gran parte de este vasto panal consiste pues en hidrógeno metálico con estabilización de campo, el elemento más abundante del cosmos, mezclado con un polimorfo de cerámica-carbono. Este material de construcción fue extraído de la estrella hace mucho tiempo por inducción magnética; se le sacó un décimo de su masa general, junto con oxígeno y otros componentes necesarios para la vida protoplasmática. Esta extracción tuvo el beneficio adicional de permitir que el sol ardiera de modo más lento y previsible. La capa externa de la estructura Criswell es tan fría que irradia calor a una temperatura que está apenas por encima del trasfondo universal.

En ese momento fue como si mis oídos se desconectaran. Calculo que la Niss pensará que lo que decía tenía sentido. Pero aun cuando mis amigos y yo escuchamos grabaciones de esa conferencia, consultando el autoescriba una palabra por vez, sólo Ur-ronn afirmó que entendía algo de esa explicación.

Realmente habíamos llegado al reino de los dioses.

Me alejé, pues nadie planteaba la pregunta que más me obsesionaba, que no tenía nada que ver con los detalles técnicos.

¡Quería saber por qué!

Si ese objeto monstruoso estaba destinado a albergar millones de millones de

ocupantes, ¿quién vivía allí? ¿Por qué reunir tantos seres en una gigantesca bola de nieve alrededor de una pequeña estrella, en una morada tan blanda y fría que yo podía derretir partes con mi aliento?

Todo ese hidrógeno me dejaba intrigado. ¿Los zangs vivían aquí?

Ante todo, ¿qué había sucedido para que la gente del Streaker tuviera tanto miedo de este lugar?

Noté que Gillian Baskin miraba dos grandes pantallas. Una mostraba el Mundo Fractal en la luz real, un vasto disco de negrura. Una boca irregular que devoraba constelaciones enteras.

La otra pantalla mostraba el mismo panorama en «corrimiento al infrarrojo», y semejaba una maza medieval con pinchos, reluciendo con el color de la sangre hoon. Era cada vez más grande, y giraba más despacio a medida que el Streaker surcaba la noche, aproximándose en ángulo. Me pregunté cuántos ojos nos miraban desde esas frías ventanas, observándonos con una experiencia que se remontaba a miles de miles de años. En el mejor de los casos, esas mentes considerarían que mi especie era una forma larval. En el peor, nos considerarían insectos.

Nuestra escolta, la nave zang, comenzó a escupir objetos más pequeños por el flanco, las máquinas cosechadoras que había logrado rescatar del caos de Izmunuti, con sus arrugadas velas. Éstas formaron una espiral delante de nosotros, acercándose en órbita hacia la vasta esfera, como si llevaran prisa.

Pensé que era un privilegio presenciar cuatro de los grandes órdenes de la vida en acción al mismo tiempo. Respiradores de hidrógeno, inteligencias maquinales, oxicriaturas como yo y el phylum «retirado», seres que construían en una escala tan vasta que no les importaba usar una estrella como lumbre. Como nativo de Jijo, sabía que mi tribu era tosca en comparación con la augusta Civilización de las Cinco Galaxias. Pero ahora comprendía que aun los Grandes Institutos Galácticos serían meros hormigueros para los que estaban a más altura en la pirámide evolutiva.

Me gustaría saber dónde eso me deja a mí.

El varón humano se reunió con la doctora Baskin ante las pantallas gemelas, compartiendo con ella una mirada que debía comunicar más que las palabras.

—¿Tú también lo sientes, Emerson? —murmuró ella—. Hay algo diferente. Tengo la carne de gallina.

El mudo se frotó la cabeza herida, y de pronto sonrió y se puso a silbar una melodía pegadiza. Yo no reconocí la canción, pero Gillian se echó a reír.

—Sí, la vida está llena de cambios, ya lo creo. Y más vale que seamos optimistas. Tal vez los Antiguos hayan crecido un poco desde que nos fuimos. —Su amarga sonrisa insinuaba que no lo creía—. O quizás otra cosa los distrajo como para que se olvidaran de nosotros.

Yo ansiaba acercarme para pedirle explicaciones, pero parecía grosero

interrumpirlos en ese estado de ánimo. Me callé la boca y observé cómo los robots cosechadores giraban y desaparecían más allá del borde del Mundo Fractal.

Poco después una voz preocupada habló por el interfono. Era Olelo, el oficial de detección, llamando desde el puente.

—Hace un tiempo detectamos una elevada presencia de gases y partículas en todo el sistema —informó el delfín—. Ahora estamos viendo reflejos de partículas mayores, adelante, además de flujos iónicos característicos del viento solar.

La doctora Baskin quedó desconcertada.

—¿Reflejos? ¿De qué? ¿De luz estelar?

Hubo una breve pausa.

—No, doctora. Los perfiles espectrales coinciden con la iluminación directa de una enana cercana, clase M8.

Emerson D'Anite y yo nos miramos intrigados. Ninguno de los dos entendía una palabra, él por culpa de su lesión y yo por mi origen salvaje. Pero la información debía de significar mucho para la doctora Gillian.

—Directa... pero eso sólo puede significar... —Abrió los ojos con una mezcla de miedo y comprensión—. Oh cielos...

El rugido de la alarma la interrumpió. Todos callaron en la sala de navegación. La imagen de la pantalla principal se concentró en el trayecto del Streaker, hasta el borde de la gran esfera que ahora rotaba ante nosotros.

Huck extendió todos sus pedúnculos oculares y susurró un juramento.

¡Ifni!

Los neodelfines se hamacaron nerviosamente en sus unidades ambulatorias. Ur-ronn hizo sonar los cascos mientras Pinzón tartamudeaba asombrado.

Yo no tenía ningún comentario, pero por reflejo empecé a gurgurear para calmar a los nerviosos glávvers. Como de costumbre, quizá yo fuera el último en comprender lo que tenía delante.

Una melladura interrumpía el contorno irregular de la esfera.

Una ancha serpentina de luz rojiza, dirigiéndose hacia las estrellas.

Una dispersión de mil destellos y puntos luminosos, como chispas de una casa en llamas.

Nuestra sabia jijoana, Sara Koolhan, se adelantó.

—La esfera... está rasgada.

Olelo volvió a hablar desde el puente.

—Confirmado. Tenemos una brecha en la estructura Criswell. Es un gran boquete, por lo menos de un astrón de anchura. Aún no puedo confirmarlo, pero creo...

Hubo otra larga pausa. Nadie habló una palabra ni se atrevió siquiera a respirar mientras esperábamos.

—Sí, verificado —continuó Olelo—. El colapso se confirma. Algo le sucedió a este lugar... y todavía continúa.

GILLIAN

Un panorama de muerte la fascinaba.

—Te garantizo una cosa —observó el holograma giratorio—. Cuando los terrícolas viajan por el universo, dejan su impronta.

Gillian no respondió a la máquina Niss. Si guardaba silencio, pensaba, todo se iría.

Pero el tornado de líneas movedizas se le acercó, hablándole en su lengua natal.

—Dos millones de siglos. Ése es el tiempo que, según la Biblioteca, existió esta estructura, girando serenamente en la galaxia, un refugio de paz. Hasta que un día llegaron unos lobeznos para una breve visita.

Gillian quiso pegarle, pero su mano atravesó el holograma. La imagen abstracta siguió girando. Las delgadas líneas le arrojaban reflejos fantasmagóricos en el rostro. Claro que la Niss tenía razón. El Streaker sufría una maldición, y llevaba la ruina adondequiera que iba. Sólo que aquí el infortunio alcanzaba una magnitud inconcebible.

Los instrumentos detectaban síntomas de devastación mientras el Streaker, escoltado por el glóbulo zang, entraba en una brecha de la imponente estructura fractal, bañada en una luz rojiza que escapaba de su encierro por primera vez en millones de años. Una tormenta de átomos y partículas salía por el mismo agujero, tan densa que en cierto punto la palabra «vacío» dejaba de ser pertinente. Los instrumentos indicaban una presión enorme que frenaba levemente el avance de la nave.

Había escombros más grandes. Kaa pilotó hábilmente para eludirlos. Algunos eran grandes cuñas que revelaban habitaciones hexagonales del tamaño de asteroides. Mientras caía, cada fragmento se evaporaba dejando relucientes colas de polvo e iones. Miles de esos cometas artificiales alumbraban la ancha abertura, una cavidad tan vasta que la Tierra necesitaría un mes de su órbita para cruzarla.

—Aunque a regañadientes, doctora Baskin, reconozco mi asombro —concluyó la Niss—. Felicitaciones.

Un grupo de neodelfines se abrió paso entre los pasajeros con sus unidades ambulatorias. La sala de navegación se llenó mientras el personal desocupado se acercaba a mirar el espectáculo. Pero un vacío rodeaba a Gillian, como un foso que nadie se atreviera a cruzar, salvo la sarcástica máquina tymbrimi. Nadie se sentía feliz. Este lugar había causado gran dolor a la tripulación, pero los estragos que contemplaban eran demasiado inmensos, demasiado abrumadores para celebraciones. Y no habría sido justo. Sólo algunas facciones de Antiguos eran responsables de la traición que había provocado la fuga del Streaker, mientras otras facciones le

ayudaban a escabullirse. ¿Miles de millones debían perecer por la codicia de unos pocos?

Tómalo con calma, pensó Gillian. No hay pruebas de que este desastre se relacione con nosotros. Podría ser algo que no tiene nada que ver.

Pero parecía improbable. La mera coincidencia reclamaba otra explicación.

Recordó cómo había terminado su visita anterior: una ojeada breve durante la fuga del Streaker.

Vimos estallidos de violencia mientras alguien nos abría una puerta y nos dejaba ir hacia el punto de transferencia. Vi un par de ramas fractales dañadas, y algunas ventanas rotas, mientras las sectas se lanzaban sobre la nave de Emerson, capturándolo e impidiendo que nos siguiera.

El amigo de Gillian pagó un alto precio por este valeroso acto, sufriendo una cruel tortura antes de ser transportado misteriosamente a Jijo. El mudo ex ingeniero nunca pudo dar explicaciones.

En medio de la culpa de abandonarlo, y nuestra prisa para huir de aquí, ¿quién habría adivinado que los Antiguos seguirían luchando después de que escapamos? ¿Por qué? ¿De qué serviría un apocalipsis, después de que nos fuimos con nuestro cargamento maldito?

Pero había sucedido algo espantoso. El testimonio era elocuente.

Serpentinas de plasma y penachos de polvo rojizo, junto con un sinfín de sombras negras que seguían a trozos de escombros, algunos más grandes que una luna, pero todos frágiles como copos de nieve.

Reflexionó sobre la causa: los tesoros que llevaba el Streaker, como Herbie, la antigua momia que reposaba en su estudio como el cuervo de Poe o el fantasma de Banquo. Trofeos codiciados por poderes fanáticos que ansiaban capturar y monopolizar sus secretos, obteniendo ciertas ventajas en un Tiempo de Cambios.

Era imperativo impedirlo. El Consejo de los Terrágenos había impartido órdenes claras, primero a Creideiki y luego a Gillian, cuando asumió el mando. Los descubrimientos del Streaker se debían compartir abiertamente, según la antigua costumbre galáctica. Potentes razas y alianzas podían violar esa regla básica y creer que se saldrían con la suya, pero el frágil Clan Terrícola no se atrevía a demostrar parcialidad.

En una época de caos creciente, los débiles y solitarios no tenían más refugio que la ley. Los humanos y sus pupilos tenían que conservar la fe en las instituciones galácticas. De lo contrario podían perderlo todo. Lamentablemente, la búsqueda de un poder neutral que se encargara de las reliquias había sido inútil.

No era que no lo hubieran intentado. Cuando los Grandes Institutos los traicionaron en Oakka, Gillian tuvo una idea que en ese momento le pareció inspirada.

¿Por qué no apelar a una instancia más alta?

Decidió traer las reliquias aquí, a una ciudadela de especies que se habían alejado de las mezquinas obsesiones mundanas que acosaban a la Civilización de las Cinco Galaxias. En uno de los legendarios Mundos Fractales, los acuciados terrícolas podrían encontrar la desapasionada intercesión de seres reverenciados que aplacarían la locura de los clanes más jóvenes. Estos respetados sapientes se responsabilizarían de esta carga, liberarían al Streaker de sus tesoros y obligarían a las pendencieras alianzas a compartirlo.

Entonces los fatigados delfines podrían regresar a casa.

Y yo podría buscar a Tom, dondequiera hayan ido él, Creideiki y los demás desde Kithrup.

Ésa había sido su teoría, su esperanza.

Lamentablemente los Antiguos resultaron ser tan timoratos, feroces y traicioneros como esos primos más jóvenes que aún vivían entre estrellas calientes.

Es como si nuestra nave llevara una contagiosa peste del pasado. Dondequiera que vamos los seres racionales empiezan a actuar como si hubieran enloquecido.

Los monitores se concentraron en el borde de la gran herida, revelando un caparazón de miles de kilómetros de grosor, sin contar los erizos internos y externos. Una niebla tupida cubría la tragedia, pero no podía enmascarar un chisporroteo de convulsiones continuas. Los segmentos estructurales temblaban ante la mirada de Gillian. Las ramas fractales se quebraban y giraban por el espacio, chocando con otras, desencadenando nuevas reacciones en cadena.

Las enormes espinas del lado del sol relucían de un modo que provocaba evocaciones.

Ventanas. Cuando llegamos aquí, después de que abrieron una puerta para dejarnos pasar, lo primero que noté fue que gran parte de la cara interior parecía estar hecha de vidrio. Y debajo de esos inmensos paneles...

Cerró los ojos, recordando que el telescopio había revelado que cada ramificación era un mundo autónomo. En algunos brillaban luces urbanas, o palacios que flotaban sobre mareas ondulantes, o llanuras de arena chispeante. Se necesitarían muchos millones de tierras aplanadas para cubrir tanta superficie, y eso ni siquiera alcanzaría a expresar la diversidad. Ella se podría haber pasado años magnificando un habitat tras otro y encontrar siempre algo nuevo o distinto.

Era el lugar más majestuoso y bello que Gillian había visto.

Ahora se despedazaba ante sus ojos.

Esa bruma, comprendió aterrada. No consiste sólo en restos estructurales y gas sublimado. Es gente. Sus muebles, mascotas, ropas, plantas y álbumes familiares... O los equivalentes de estas cosas entre los Antiguos.

¿Qué humano podía adivinar los deseos, intereses y obsesiones que tenían

importancia para una especie que largo tiempo atrás había visto todo lo que había que ver en las Cinco Galaxias, y que había hecho todo lo que había que hacer?

Por abstrusas u oscuras que fueran estas esperanzas, se estaban disolviendo rápidamente. Durante el breve tránsito del Streaker por esa enorme herida habían perecido más seres sapientes de los que había en la Tierra.

Trató de olvidar este pensamiento. Personalizar esa tragedia era condenarse a la locura.

—¿Alguien trata de detener esto? —preguntó con voz ronca.

La máquina Niss hizo una pausa antes de responder.

—Algunos lo intentan. Mira sus esfuerzos.

El monitor se enfocó adelante mientras el Streaker llegaba al vasto espacio interior del habitat.

Igual que la última vez, Gillian tuvo la sensación de haber entrado en una vasta cámara de estalactitas corrugadas y sombras inconmensurables. Aunque las partes más alejadas de la bóveda estaban a cientos de millones de kilómetros, podía distinguir detalles. El sistema visual monitoreaba sus ojos para seguir el cono de su atención, realzando y amplificando lo que ella miraba.

Adelante, como una lámpara reluciente en el centro de una basílica, una estrella enana arrojaba su tibio fulgor. El disco visible era más opaco y rojizo que el tipo de sol derrochador que iluminaba mundos primitivos como la Tierra. Al eliminar las capas exteriores para obtener material de construcción, los constructores habían creado una lumbre perfecta cuyo combustible duraría cien mil millones de años. Mirar directamente el disco no causaba dolor físico. Pero su piel de plasma, plácida durante su primera visita, ahora parecía cubierta por lívidas magulladuras. Puntos deslumbrantes estallaban mientras residuos del tamaño de planetas caían a la vibrante superficie.

Aun así, Gillian pronto comprendió que esas colisiones eran excepcionales. La mayoría de los fragmentos eran interceptados y consumidos por angostos haces de energía azul, mucho antes que llegaran a la fotosfera solar.

—Claro que cuando logran pulverizar los escombros —explicó la Niss— esa masa desciende como gas, y al fin se une al sol del cual fue separada tiempo atrás. Las resonancias termonucleares y atmosféricas de la estrella sufrirán un efecto adverso. Aun así, reduce el número de impactos grandes, y en consecuencia muchos estallidos actínicos.

—Conque el sistema de mantenimiento funciona —comentó Gillian con esperanza.

—Sí, provisionalmente. Algunas partes del sistema se están descalabrando.

El monitor se puso borroso al concentrarse en un cuadrante de la esfera Criswell donde uno de los rayos azules se dedicaba a una tarea menos altruista, abriendo un

tajo en el paisaje irregular, cortando ramas fractales, destrozando ventanas y provocando grandes chorros de vapor.

Gillian lanzó un juramento y retrocedió.

—¡Por Dios! ¡Es genocidio!

—Hemos aprendido una triste lección durante esta expedición —concedió la máquina Niss—. Una que debería interesar a mis creadores tymbrimis, si alguna vez tenemos la oportunidad de comunicarla. Cuando una raza respiradora de oxígeno se retira de los asuntos galácticos para buscar reposo en uno de estos vastos armazones, no siempre abandona los prejuicios y lealtades de la juventud. Aunque muchos buscan la iluminación, o las intuiciones necesarias para la trascendencia, otros aún son propensos a la tentación, o permanecen fieles a las alianzas de antaño.

En otras palabras, Gillian había sido ingenua al esperar distanciamiento e imparcialidad por parte de las especies que vivían aquí. Algunos eran instructores, o tatarainstructores, de los perseguidores de los terrícolas.

Miró horrorizada mientras una facción utilizaba un arma defensiva, destinada a proteger toda la colonia, contra un baluarte opositor.

—Por Ifni, ¿qué les impide hacernos lo mismo?

—Doctora Baskin, no tengo la menor idea —admitió la Niss—. Tal vez los lugareños están demasiado ocupados con sus luchas para reparar en nuestra llegada. O quizá sea por nuestros acompañantes.

Una pantalla mostraba la gran nave zang, que flotaba a noventa kilómetros, vibrando mientras ese viento polvoriento acariciaba sus flancos semilíquidos. Nubes de objetos menores ondulaban en las cercanías. Algunas eran entidades maquinales. Otras eran porciones vivientes de la gigantesca nave, desprendidas para realizar otras tareas y luego reintegrarse.

—He confirmado mi conjetura anterior. Los seres de hidrógeno están coordinando los esfuerzos de los robots cosechadores y otros seres maquinales para ayudar a reparar y estabilizar el Mundo Fractal.

Gillian asintió.

—Por eso estaban en Izmunuti. Para buscar material de construcción. Es una buena fuente de carbono, a sólo un punto T de distancia.

—En condiciones normales, sí. Hasta que estallaron tormentas imprevisibles, precipitadas por esa onda psi de Jijo. Los cosechadores que vimos allí eran sólo una pequeña parte de los que participan en esta gran campaña.

—Es un contrato de reparación, entonces. Un trato comercial.

—Supongo que sí. Como los respiradores de oxígeno han evacuado la Galaxia Cuatro, sería lógico que los Antiguos buscaran ayuda en la fuente disponible más próxima. ¿Confirmo estas suposiciones indagando el nexos de datos del Mundo Fractal?

—¡No hagas eso! No quiero llamar la atención. Si nadie ha reparado en nosotros, dejémoslo así.

—¿Puedo señalar que algunos grupos del orden retirado no eran hostiles? Sin su asistencia nunca habríamos escapado de la captura la primera vez. Tal vez esos grupos deseen ayudarnos de nuevo si establecemos contacto.

Gillian se negó con firmeza.

—Todavía me preocupa que los jophurs nos estén pisando los talones. Arreglemos nuestra situación con los zangs y larguémonos de aquí. ¿Has tenido noticias de ellos?

Sara Koolhan pensaba que los respiradores de hidrógeno tenían una antigua reclamación sobre la raza gláver, una deuda que se pagaría ahora que los gláveres habían recobrado la inocencia presapiente. Pero aun así, ¿cómo se realizaría la transacción? ¿Era adecuado o moral que la tripulación del Streaker entregara a otra especie oxi sin una aprobación formal de los institutos correspondientes? ¿Estarían a salvo esas criaturas en una nave construida para soportar una química de la vida totalmente diferente?

Más aún, ¿dejarían los zangs que el Streaker se fuera? Según los esquemáticos relatos de la Biblioteca, los hidros poseían el concepto del honor y la obligación, pero su lógica era retorcida. Quizá recompensaran a los terrícolas, o quizá los despedazaran para liberarse de una molestia residual.

Al menos no nos arrastraron aquí para juzgarnos, como me temía. No nos han entregado a los Antiguos. Aún no.

La voz de la conciencia reprendió a Gillian. Mientras ella pensaba en salvar su pequeña nave, menos de cien vidas, naciones enteras perecían a cada momento a su alrededor.

Una razón más para no permitir que la Niss se comunicara con la red del Mundo Fractal. Necesitaba mantener esta calamidad en lo abstracto. Un colorido espectáculo de efectos especiales. Una vasta colisión de fuerzas impersonales. En ese momento, cualquier confirmación de la cantidad de víctimas la empujaría a la desesperación.

No es culpa nuestra. Vinimos aquí buscando ayuda dentro de la ley. Dentro de nuestros derechos. Es verdad que el Streaker traía maldiciones del Cúmulo Superficial ¿Pero cómo podíamos saber que la locura afectaría a los eminentes y los sabios? ¡No es culpa nuestra!

TSH'T

Era el momento perfecto, mientras todos los demás estaban entretenidos con el espectáculo. El Streaker permanecería inmóvil por un tiempo, así que Tsh't no tendría que estar a disposición de la doctora Baskin, fingiendo que compartía el mando cuando todos sabían quién daba las órdenes.

Muchos tripulantes ignoraban la oportunidad de descansar cuando terminaba el turno, encontrando excusas para permanecer cerca. Miraban con ojos pasmados el derrumbe del Mundo Fractal, preguntándose con rápidos chasquidos si los frenéticos esfuerzos de miles de robots contratados salvarían el habitat gigante. Al cabo de un par de horas, hubo que ordenar que algunos curiosos bajaran a descansar. Pero cuando terminó su guardia, Tsh't pronto aprovechó la excusa para marcharse.

Quizá fuera su única oportunidad de bajar para verificar sus sospechas.

Sé que Gillian metió a alguien a bordo, pensó. En esa aldea jijoana, donde los hoons pilotan toscas naves, aunque no saben nadar. Era una noche tormentosa, y yo discutía cuestiones técnicas con esa herrera urs. Pero conozco a Akeakemai. Es servil, y haría cualquier cosa que le pidiera Gillian. El oculta algo. Alguien entró de contrabando cuando yo no miraba.

A Tsh't le disgustaba ignorar estas cosas. Se suponía que era la confidente de Gillian y que compartía el mando. Esta muestra de desconfianza la perturbaba. Sobre todo porque la merecía.

No he visto indicios de que me hayan asociado con los humanos muertos.

No obstante, Tsh't se preocupaba mientras atravesaba un corredor con su unidad ambulatoria. El lugar parecía desierto, desgastado después de tres años de fuga.

Aunque es posible que Gillian captara algo con su talento psi. Quizá sospeche que la muerte de Kunn y Jass no fue un doble suicidio.

Tsh't luchó para reprimir esa turbadora imagen de los dos cadáveres humanos. Sofocó un temblor nervioso en los nervios dorsales, que le hacía tiritar la piel húmeda y agitar las aletas traseras en la hamaca amortiguadora de la unidad ambulatoria.

¡Cómo ansiaba nadar! Pero habían descargado casi toda el agua para facilitar la frenética fuga del Streaker. Con su pesado revestimiento de carbono de Izmunuti, la nave necesitaba toda su agilidad, así que casi todas las zonas de residencia y recreación estaban secas. Pronto habría largas filas en la enfermería, cuando los neodelfines se quejaran de erupciones en la piel y dolor en las costillas. Después de pasar tanto tiempo encima de máquinas vibrantes, aun los cojines de campo creaban la sensación de que uno había encallado en una playa ripiosa.

Ahora la doctora Makanee se ha ido, junto con tres enfermeros. Se ha quedado para cuidar de los colonos de Jijo, y yo debo encargarme de estirar los medicamentos y atender las inevitables quejas. De algún modo hay que mantener la moral. Eso es lo

que la poderosa doctora Baskin deja a mi cargo, todos los detalles molestos de dirigir una nave y una tripulación, mientras ella reflexiona sobre vastos problemas de política y destino, conduciéndonos a través de las Cinco Galaxias, probando esto y aquello, huyendo de un desastre al otro.

Esta amargura no carecía de afecto. Tsh't amaba de veras a Gillian, cuya destreza para liberar al Streaker de problemas había resultado tan impresionante como su capacidad para encontrarlos. Y Tsh't no sentía resentimiento por sus instructores humanos. Sin sus torpes y bien intencionados esfuerzos en ingeniería genética, la raza Tursiops quizá nunca habría dado el paso que los había llevado de ser animales inocentes a prometedores viajeros estelares. Tsh't no habría visto el Arco Estelar, ni el Arco de Hércules, ni el Cúmulo Superficial.

La cultura terrágena otorgaba a los neodelfines más derechos de los que muchos pupilos recibían en la Civilización de las Cinco Galaxias. La mayoría de los pupilos pasaban cien milenios sirviendo a sus instructores. Teniendo en cuenta las circunstancias, los humanos lo estaban haciendo tan bien como podían.

Pero hay límites de lo que se puede esperar de los lobeznos, pensó, entrando en una doble cámara de presión para llegar a la rueda seca del Streaker.

Un episodio reciente lo demostraba. Horas después de llegar al Mundo Fractal, Gillian Baskin había decidido averiguar si eran prisioneros o huéspedes. Mientras los zangs estaban ocupados supervisando un enjambre de máquinas que hacían reparaciones, había ordenado a Kaa que activara discretamente los motores del Streaker, deslizando la nave por la abertura hacia un invitante destello de luz estelar.

Los zangs abandonaron sus tareas y enviaron robots asistentes que se apresuraron a cortar la fuga de los terrícolas.

Cubierto con varios metros de hollín estelar, el Streaker no podía dejar atrás el glóbulo gigante. Gillian obedeció, volviendo al inmenso habitat. Luego ordenó un cese de actividades. Salvo por la guardia, todos debían descansar. La nave zang volvió a trabajar, sin rencor manifiesto. Pero Tsh't entendía que se había reforzado una lección duramente aprendida.

Los humanos eran sapientes desde hacía sólo unos milenios. Más tiempo que los delfines, pero un mero pestañeo en la historia de la vida en el universo. No es su culpa si son torpes e ignorantes. Eso sólo significa que necesitan ayuda. Aunque sean demasiado tercos para pedirla.

Un ascensor la llevó al borde de la rueda centrífuga, donde las habitaciones bordeaban un largo pasillo que se curvaba en ambas direcciones. Ese gran aro rodeaba el centro del Streaker y podía crear peso en aquellas ocasiones en que la tripulación necesitaba apagar la gravedad del piso por alguna razón, por ejemplo, si estaban haciendo detecciones con sensores en el espacio profundo, o evadiendo flotas de perseguidores, ocultándose en un cinturón de asteroides. Pero había una

desventaja. Cuando tenían que aterrizar en la superficie de un planeta, como sucedió en Kithrup, Oakka y Jijo, la mayoría de las habitaciones de la rueda seca resultaban inaccesibles.

Salvo para un bípedo que supiera trepar.

Tsh't se dirigió a la oficina de la doctora Baskin, donde las capas de dispositivos de seguridad custodiaban el tesoro de Creideiki, las reliquias que habían provocado tantos pesares. Esta parte de la rueda seca siempre era el «fondo» cuando el Streaker estaba en tierra. Los delfines usaban los cuartos y talleres cercanos, pero era imposible llegar a los del lado opuesto y la tripulación ni siquiera los tenía en cuenta.

Allí es donde ocultaría algo, si yo fuera Gillian.

La rueda estaba girando, así que Tsh't no tuvo problemas para recorrer su ancha circunferencia, dejando atrás laboratorios antes usados por científicos como Ignacio Metz, Dennie Sudman y el geólogo neochimpancé Charles Dart. Irguió la mandíbula para escuchar, como si esperase oír los pasos fantasmales del brillante guardiamarina calafío Toshio Iwashika... o el andar confiado del perdido Tom Orley.

Pero se habían ido. Todos ellos, junto con Creideiki y Hikahi. Muertos, o bien abandonados en el ponzoñoso Kithrup, que era lo mismo que estar muerto.

Eran los mejores de nosotros, y los perdimos antes que nuestras penurias comenzaran de veras. ¿Cuántas cosas habrían sido diferentes si el capitán y los demás aún estuvieran a bordo? En cambio el mando recayó en Gillian y en mí... una médica y la teniente más joven de la nave, que nunca se imaginaron que tendrían que sobrellevar semejante carga.

Tsh't sentía fatiga. Durante los descansos proyectaba su canción de sonar hacia el Sueño de las Ballenas, rogando que alguien aliviara el peso de la responsabilidad.

El Streaker está en un atolladero. ¡Todo el clan terrícola lo está! Gillian tenía razón en una cosa. Necesitamos ayuda y asesoramiento. Pero no la obtendremos de los alienígenas. Ni de los Grandes Institutos, ni de los Antiguos. Ella ha olvidado una de las grandes verdades de la vida, conocida por casi todos los humanos y delfines desde la infancia. Cuando estás en problemas, debes acudir a tus familiares.

Usando su conexión neural, Tsh't se comunicó con el sistema de mantenimiento y pidió un análisis de contaminantes atmosféricos en cada habitación de la sección de la rueda seca que estuviera frente a la oficina de la doctora Baskin, el sector que quedaba «arriba» cuando el Streaker reposaba en la superficie de un planeta. La parte que los delfines ignorarían, aunque estuviera accesible.

Aja. Tal como pensaba. Un elevado perfil de bióxido de carbono, más varias cetonas, un toque de metano y un extraño par de alcoholes. Indicios seguros de la respiración de una forma de vida oxi, aunque no terrícola. Y todo se centra... aquí.

Se detuvo ante una puerta con la etiqueta MATERIALES ORGÁNICOS PELIGROSOS, y se rió de la pequeña broma de Gillian.

Con un chispazo de volición, extendió el brazo de su arnés de herramientas, procurando taladrar la puerta cerca de la jamba, donde un orificio no se notaría enseguida. Sólo se oía ese leve zumbido. La herramienta penetró y vaporizó, aspirando los restos mientras avanzaba.

Tsh't pensó que estaba agravando su delito. Su historial de traición. Todo comenzó la última vez que el Streaker visitó el Mundo Fractal, cuando todos se enteraron de que los Antiguos los defraudarían. Al bajar la moral de la tripulación, Tsh't decidió que era hora de actuar por su cuenta. De enviar un mensaje, de comunicarse con la única fuente cuya ayuda sería de confianza.

Afortunadamente, el Mundo Fractal tenía conexiones postales comerciales. Aun mientras Gillian se enfrentaba a crecientes amenazas e imprecaciones de varias facciones del Orden Retirado, para Tsh't resultó relativamente sencillo enviar un mensaje secreto, programado para brincar por las Cinco Galaxias, borrando paranoicamente sus propios rastros y reencauzándolo aleatoriamente antes de dirigirlo a su destino final, una cápsula de tiempo cuyas coordenadas ella había memorizado en su juventud. Una cápsula sintonizada para responder a una sola especie del universo.

Entonces Gillian ya había decidido escapar de la estructura Criswell y probar la «opción irruptora», esconderse en la prohibida Galaxia Cuatro, más allá de una rugiente estrella gigante, y refugiarse en un mundo proscrito llamado Jijo.

Para Tsh't resultó fácil concertar una cita clandestina.

El taladro pasó del otro lado. Tsh't replegó el brazo e insertó en el orificio un comunicador de fibra que reptó como una cobra dentro de la habitación sellada.

Miró a izquierda y derecha hasta ver una esquelética figura bípeda, sentada en un banco ante una mesilla.

La criatura irguió la cabeza, como si oyera algo. Giró, y Tsh't lanzó un jadeo.

Una cara oblicua y angosta, con una mandíbula saliente sin barbilla, y grandes dientes desnudos.

Tenía ojos turbadoramente humanos, y los entornó al ver la sonda espía.

Movió rápidamente la cabeza y arqueó los hombros para bloquearle la vista. Tsh't vio que ambos brazos buscaban a tientas una caja, una unidad de biosoporte destinada a mantener animales pequeños tomados de un ecosistema. Diestras manos sacaron algo sinuoso. No entendió lo que sucedía, pero parecía que el bípedo estuviera comiendo una criatura escurridiza, o abrazándola.

Los hombros se relajaron, los brazos cayeron a los costados del alto ser mientras se levantaba y giraba grácilmente.

Su cara estaba transformada. Ahora parecía más noble que un humano. Más gentil que un tymbrimi. Más paciente y comprensivo que un dios.

Vaya, vaya. Es él. El mismo.

El rostro del rothen tembló mientras se acomodaba su máscara simbiótica, una criatura viviente destinada a convertirse en parte de sus rasgos, dibujándole bonitos pómulos, barbilla regia, labios que cubrían los dientes y una tierna y grácil sonrisa.

El Misionero.

Tsh't recordaba su visita a la Tierra, mucho tiempo atrás, cuando ella era pequeña y apenas podía hablar. Lo recordó predicando en una gruta submarina frente a una pequeña congregación de delfines conversos.

—El universo es un lugar solitario —había dicho entonces—. Pero no tan peligroso como parece. El actual gobierno de la Tierra puede consistir en darwinistas e incrédulos, pero eso no importa. Recordad, a pesar de la propaganda de los que predicán el orgullo lobezno, que no estáis solos. Nosotros, que trabajamos secretamente en los genes de la humanidad, guiándola hacia un gran destino, aún nos aferramos a ese sueño. El mismo objetivo glorioso. Aún actuamos entre bastidores, protegiendo, preservando, preparándonos para El Día. Y como amamos a nuestros pupilos humanos, también os amamos a vosotros. Pues el nuestro es un clan especial, con un futuro más esplendoroso que ningún otro. Los delfines cumplirán una función importante cuando llegue el momento. Sobre todo aquellos que escojan el modo danik.

Había sido extraño pertenecer a una secta exclusiva, conociendo una gran verdad tranquilizadora. La constitución de los Terrágenos les prometía libertad religiosa, pero no querían arriesgarse al ridículo. La mayoría de los delfines creía el mito de que los humanos habían alcanzado la sapiencia sin intervención externa. Una noción absurda, pero demasiado arraigada para que los disidentes la combatieran abiertamente.

Aun entre los humanos y los chimps, donde las creencias danikenitas eran más comunes, había debates entre sectas conflictivas. Muchos creían que otros seres habían Elevado al Homo sapiens. Varias razas galácticas se consideraban «más probables» que los oscuros y sigilosos rothens.

Así que Tsh't se había callado, en la escuela, en el entrenamiento y en sus primeras misiones. Se abstuvo de actuar durante los desastres de Morgran, Kithrup y Oakka. Hasta que comprendió que los humanos no estaban a la altura de la tarea. Gillian Baskin era una de las mejores, y no podía hacer más.

Era hora de buscar ayuda en una rama más alta del árbol genealógico.

Los rothens sabrían qué hacer.

Ahora sus emociones eran complejas y conflictivas. Había ido allí sin saber qué esperar.

Sabía lo del simbiote. Los jijoanos vieron un rothen desenmascarado. Está en todos los informes. Aun así, ver ese rostro desnudo con mis propios ojos...

Había sido un shock ver los rasgos de Ro-kenn. Aun así, Tsh't sentía el calor de

esa sonrisa tranquilizadora que había conocido en su infancia.

Entiendo que necesite una máscara. No es necesariamente deshonesto si le ayuda a hacer mejor su trabajo de guiar a los terrícolas hacia su destino. Lo que cuenta es lo que está dentro.

—¿Y bien? —dijo Ro-kenn, avanzando hacia la puerta. Unió ambas manos. Sus largos brazos sobresalían de las mangas de una bata hecha para un humano alto. Los sabios de Jijo debían haberlo enviado en secreto. Lo habían capturado en el Valle del Festival, quizás el único sobreviviente de una expedición humana y rothen que se había topado con los ataques de las Seis Razas y luego de la nave jophur.

Todo se unió en el corazón de Tsh't. Esa añoranza que llevaba desde la infancia. La frustración de tres años horribles. La culpa de haber actuado contra los deseos de Gillian. La culpa aún mayor de asesinar a dos humanos, aunque fuera en aras de una causa más grande.

Había ido allí para encarar a Ro-kenn. Para exigir una explicación.

El mensaje que envié, sintonizado para ser recibido por una mente rothen, mencionaba el destino elegido por Gillian. Tendrías que haber ido a Jijo en secreto, para ayudarnos. Para rescatarnos. Ahora dicen que perseguiste a los irruptores, incluidos los colonos humanos. Dicen que tu gente vendió Jijo a los jophurs por poco dinero. Dicen que sois estafadores, que convertís a los terrícolas crédulos para usarlos como cómplices y ladrones. Uno de los hombres que maté, el piloto Kunn... Lo hice para proteger nuestro secreto. Pero cómo puedo estar segura...

No pudo decir nada de esto. No podía pronunciar las palabras.

En cambio, todas las corrientes que la recorrían se combinaron súbitamente en una confluencia emocional. La desesperación, que la había dominado tanto tiempo, se resquebrajó ante su única enemiga verdadera.

La esperanza.

Tsh't tuvo que respirar hondamente para encontrar la voluntad de hablar.

—Maestro... he venido a confesar algo.

Una expresión de sorpresa cruzó la cara del rothen, y su mejilla izquierda tembló. Luego sonrió cálidamente y habló con voz profunda y gentil.

—Adelante, hija de los mares cálidos. Aquí estoy. Tómate tu tiempo y escucharé. Ten la certeza de que la redención consiste en contarle todo.

LARK

Me pregunto cuanto tiempo he estado aquí ¿Existe algún modo de saber si fueron horas, días o meses? Si entienden mi química corporal como para mantenerme con vida, estos seres podrían encender y apagar mi conciencia como una lámpara. Podrían modificar mi modo de percibir la duración, con sólo ajustar mi metabolismo.

Eso también parecía ser una pista. Lark ansiaba comparar sus observaciones con las de otros.

Así lo hacía con Ling cuando eran cautos adversarios, luego aliados, y al fin amantes. La extrañaba terriblemente. Su cálida piel y su rico aroma, pero sobre todo su lúcida mente, su imprevisible ingenio. Ahora daría cualquier cosa por hablar con ella.

Yo debía encontrar un modo de rescatarla de Rann y los jophurs. Ahora sólo puedo urdir fantasías sobre Ling abriéndose paso a tiros por esa pared, con láseres en ambas manos, rescatándome de esta espantosa bóveda para que podamos volar juntos en un...

La atractiva ensoñación se disolvió cuando notó que algo había cambiado. Sentía un cosquilleo en la espalda, la sensación de ser observado. Movi6 la cabeza y se estremeci6.

Una cosa viscosa flotaba cerca de la membrana. Era esferoide pero tenia protuberancias que ondulaban rítmicamente, como si poseyera vida e intención. Soplaban jirones de niebla amarilla, pero conservaba la posición con pedúnculos diminutos, tan numerosos como pelos en la pata de un hoon.

Cilios, pens6 Lark, reconociendo una forma de locomoción usada por organismos minúsculos que se podían ver con un microscopio. Ignoraba que hubiera macroentidades de ese tamaño que los usaran. Como biólogo, le parecía muy extraño.

Pero la curiosidad se convirti6 en asombro cuando la criatura succion6 los cilios y cobró forma de cilindro. Las depresiones de ambos extremos se profundizaron, penetrando a lo largo hasta encontrarse y formar un tubo hueco que comenzaba a flexionarse longitudinalmente. Chorros de fluido amarillo se comprimieron y salieron por un orificio, impulsando a la bestia alrededor de la celda transparente de Lark.

Lo rode6 tres veces de esta manera. Lark tuvo la impresión de que lo examinaba desde todos los ángulos.

Eso no es gas ni vapor normal, pens6. Pero tampoco parece líquido.

Sospech6 que el medio se relacionaba con la flexibilidad de la criatura, con su habilidad para pasar de los cilios a la propulsión de chorro.

Dondequiera haya evolucionado, el entorno debe de ser más extraño que cualquier cosa sobre la que yo haya leído en los archivos. Salvo...

Lark abri6 los ojos al comprender, tanto que sus párpados rozaron unas tazas

pequeñas que los cubrían. Hasta ese momento no había reparado en las cubiertas protectoras, pero cuando su gesto dejó pasar algunas moléculas ásperas, lo pagó con ardientes lágrimas y profundos gemidos laríngeos. Pero eso no interrumpió el rápido flujo de sus pensamientos.

¡Respiradores de hidrógeno! Los antiguos rollos dicen que son uno de los grandes órdenes de la vida. Comparten las Cinco Galaxias con los oxis, pero están totalmente separados de nuestra civilización. Se atienen a sus mundos e intereses y nosotros a los nuestros.

Claro que eso era una simplificación. Aun en los pocos textos de Biblos que mencionaban la hidrovida, era claro que el peligro rondaba cada encuentro entre los dos patrimonios moleculares. El evitar esos contactos era una importante tarea del Instituto de Migraciones, cuyas normas habitacionales estaban destinadas a proteger los mundos en barbecho, pero también a reducir el espacio común donde pudiera haber encuentros accidentales.

Jijo está en la Galaxia Cuatro. Salvo por las naves oficiales de los Institutos, no debe de haber ninguna en este momento. Por ese motivo Jijo era atractivo para los irruptores.

Aún no veía bien con un ojo. Miró con el otro mientras el hidro se detenía y recobraba la forma esférica.

¿Estoy viendo el equivalente de un policía? ¿O un funcionario de migraciones?

Una cavidad se formó bajo la superficie de la criatura. Escaparon burbujas, reluciendo con una extraña tensión de superficie. Lark pensó en alguien que pedorreara bajo el agua, pero bien podía ser una elocuente disertación sobre sutilezas del derecho cósmico.

Tal vez está preguntándome qué hago aquí. Pidiéndome el pasaporte y el visado. Pidiendo mi alegato o preguntándome si quiero una venda para los ojos.

La cavidad seguía creciendo mientras la criatura se extendía hacia Lark. Dentro de la cavidad distinguió objetos flotantes que parecían versiones en miniatura de la entidad más grande. Ocuparon varias posiciones en el vacío y comenzaron a cambiar, adquiriendo nuevas formas y colores.

Caramba...

Una adoptó un matiz azul más profundo que el cielo de Jijo. Dejó de ondular y pareció endurecerse, formando una estructura simétrica con protuberancias y ampollas y un emblema minúsculo, una insignia con rayos en espiral cerca de la parte superior del esferoide. Lark reconoció una convincente representación del acorazado jophur.

Entiendo. Comunicación por señas e imágenes. Y ese otro glóbulo... ¿será una nave hidro?

La conjetura quedó confirmada cuando vio una confrontación entre dos leviatanes

del espacio, todo dentro de un espacio no mayor que el nudo del extremo superior de un traeki. Lark observaba fascinado mientras la nave jophur disparaba contra el glóbulo amarillo. Al principio sus proyectiles eran desviados por enjambres de frágiles globos. Al fin algunos daban en el blanco, castigando despiadadamente al enemigo, hasta que la nave hidro se deshacía en pedazos que flameaban como estandartes harapientos. Pero algunos de ellos lograban adherirse al casco metálico del Polkjhy.

Conque así nos abordaron. Jamás había tenido noticias de semejante tipo de combate.

La cáscara azul se expandió, y Lark vio que la lucha continuaba en el interior. Amarillentas cabezas de playa se extendían desde varios puntos de inserción; los intrusos avanzaban rápidamente al principio, luego se topaban con creciente resistencia. Lark vio pequeños destellos que correteaban cerca del frente, quizá representando a los jophurs y sus feroces robots de combate.

A veces esas chispas caían en una mancha amarilla. En vez de ser extinguidas, eran barridas hacia puntos de recolección de la retaguardia.

Cautivos. Prisioneros de guerra.

Cuando lo mismo le pasó a otro punto, Lark sintió una abrupta picazón en el muslo.

¡Ése soy yo!

También comprendió algo más.

No se comunican conmigo visualmente. ¡Hay un componente químico! Parte de mi comprensión viene de mirar la demostración, pero también envían significados por el tubo nutriente, directamente a mi sangre.

Esto podría haberle causado náusea y repulsión, pero en cambio sintió una extraña calma. Otro efecto de la inducción molecular, sin duda. Como biólogo, estaba fascinado.

Los hidros deben de tener más de mil millones de años de experiencia en sus tratos con los oxis. Aún existe un abismo entre los órdenes de la vida, pues de lo contrario me hablarían directamente, en palabras audibles. Pero sin duda han aprendido trucos.

Eso le daba una nueva perspectiva. Se había pasado su vida profesional cautivado por la gran diversidad de los pocos millones de especies respiradoras de oxígeno que prevalecían en una parte de un solo planeta. Ahora entendía que había seres para quienes la diferencia entre un jophur y un humano debía de ser insignificante.

¿Alguna vez habrán visto un terrícola? Lo dudo. Sin embargo saben manejarme.

Lark sintió humildad, y se preguntó si era una reacción impuesta o sugerida desde fuera.

No importa. Lo importante es que quieren que aprenda. Les interesa mantenerme

con vida, y hacerme entender. Por el momento, no me molesta en absoluto.

EMERSON

Aunque ya no fuera ingeniero, sabía apreciar una buena obra.

Con una vista excelente del vasto proyecto de reparaciones —desde su burbuja de observación, detrás del puente del Streaker—, Emerson podía ver casi toda esa construcción abovedada, desde la estrella central hasta la laceración que deformaba la majestuosa esfera, exponiendo una ancha franja de estrellas. A pesar de los frenéticos esfuerzos de las grandes máquinas, un sinfín de escombros caía por el boquete, una lluvia de polvo, vapor y radiantes cometas.

La herida de la esfera le recordaba su propia mutilación, producida en ese mismo lugar.

Temblando, Emerson alzó la mano hacia las inmediaciones de su oreja izquierda. Una criatura viscosa tiritó ante el contacto, el simbionte rewq que había traído de Jijo. Junto con los ungüentos provistos por un farmacéutico traeki, el rewq le había permitido sobrevivir a una lesión que de otro modo lo habría dejado muerto o como un vegetal. La diminuta criatura dejó de apretar un vaso sanguíneo y se corrió al costado, dejando que Emerson acariciara el tejido cicatricial que rodeaba un agujero de su cabeza. No era una herida accidental, sino una mutilación deliberada.

Y se la habían hecho aquí, un año atrás.

Aquí... había abordado un pequeño caza, dispuesto a sacrificarse para proteger la desesperada fuga del Streaker.

Aquí... partió en la pequeña nave, gritando airadamente contra esas facciones hostiles cuyas exigencias y extorsiones desmentían su reputación de sabia neutralidad, y gritando de alegría cuando intervino otra camarilla de los Antiguos, abriendo una puerta en la gran cáscara para permitir que escaparan Gillian y los demás.

Aquí... la euforia se disipó cuando su nave fue capturada por láminas de fuerza que pronto la disolvieron, arrastrándolo a un terrible cautiverio.

Emerson no recordaba con claridad lo que seguía. Sus captores usaron un potente condicionamiento que reprimía los recuerdos. Durante la mayor parte del año anterior había errado en una niebla amnésica, interrumpida por arrebatos de quemante dolor cuando intentaba recordar.

Derrotar esa programación había sido su mayor victoria. Ahora Emerson volvía a ser dueño de su mente, o lo que quedaba de ella. Una angustia refleja aún trataba de desviar sus pensamientos, impidiéndole rescatar más recuerdos, pero había aprendido a resistirse, desdeñando el dolor. Emerson sabía que cada aguijonazo significaba que estaba poniendo otra pieza en su sitio, frustrando el propósito de sus captores.

Pero ignoraba cuál era ese propósito.

Privado de partes importantes de su cerebro, Emerson no podía expresar en

palabras los sentimientos irónicos que lo asaltaban mientras miraba el Mundo Fractal desde su pequeña burbuja. Aunque estaba mudo, sus emociones eran sutiles y complejas.

Por ejemplo, habría sido lógico sentir satisfacción ante los estragos que sufría ese lugar. Mientras enjambres de robots atravesaban la herida de la esfera, tratando de reparar el borde descascarado, era lógico que él deseara que fracasaran. Se sentiría vengado si sus torturadores eran aplastados, si sus esperanzas y logros caían como cenizas en un sol liberado.

Pero había otra cosa en su interior, más antigua y más fuerte que la ira.

El amor por cierta belleza.

La gracia del artificio.

La gloria de algo bien hecho.

Aún recordaba el día —siglos atrás— en que el Streaker entró por primera vez en este reducto del Orden Retirado, con ingenuas esperanzas que pronto serían traicionadas. Deslumbrados por ese esplendor, Karkaett, Hannes Suessi y él habían discutido apasionadamente sobre la función de este habitat titánico: burlar la erosión del tiempo, domar la prodigalidad de una estrella. Parecía el paraíso de un ingeniero.

¡Y aún sentía lo mismo! Incluso ovacionó a los robots obreros. Para vengarse de sus torturadores le bastaría con sobrevivir. Mientras el Streaker navegara en libertad, la frustración llenaría esos fríos ojos que lo habían observado mientras crueles instrumentos hendían su mente, buscando secretos que no poseía.

Emerson tiritó. ¿Por qué los Antiguos no lo habían matado cuando terminaron de recorrer su cerebro? En cambio, lo mutilaron y arrojaron su cuerpo trémulo al espacio, para que aterrizara en Jijo.

Parecía demasiada molestia. Extrañamente, esta atención especial reforzaba la autoestima de Emerson.

Así que estaba dispuesto a ser magnánimo. Admiró los mecanismos de reparación mientras usaban carretes de fibra de carbono del tamaño de lunas para hilar redes que sujetaban y sostenían vacilantes espinas fractales, hechas de frágil nieve y más anchas que un planeta. Aplaudió a los robots remolcadores que formaban enjambres para desviar enormes ruinas e impedir colisiones que habrían causado una devastación indescriptible. Emerson no pensaba en los seres sapientes que vivían bajo esas chispeantes ventanas. Tal vez fuera la falta de palabras, pero para él el Mundo Fractal era menos un habitat que una criatura consciente y herida que luchaba por sobrevivir.

Usó un terminal de bolsillo para obtener primeros planos. Incapaz de dar órdenes por voz o por teclado, encontraba cómodo ese pequeño ordenador. Lo obligaba a usar un lenguaje gestual que se debía haber desarrollado en la Tierra para discapacitados afásicos, una mezcla de ademanes y parpadeos que transmitían su voluntad. Sin duda era mejor que los torpes gruñidos que usaba en Jijo, cuando sus intentos de

comunicación con Sara a menudo los llevaban a llorar de frustración.

Aun así, recordaba esos meses con afecto. El mundo irruptor era bello, y la colonia ilegal de seis razas aliadas lo había conmovido con su pesimismo extrañamente feliz. Por esa razón, y por Sara, deseaba hacer algo por los jjoanos.

En verdad, deseaba hacer algo por cualquiera: Gillian, el Streaker, las hordas de perseverantes robots que trabajaban para salvar una estructura construida cuando los dinosaurios recorrían la Tierra. Careciendo de trabajo útil, no le quedaba más remedio que presenciar el gran drama que se desarrollaba afuera.

Emerson odiaba ser un espectador. Apretó las manos. Hubiera preferido usarlas.

Con una rápida serie de pestaños, puso en pantalla la sala de navegación, donde Gillian estaba reunida con Sara y los jóvenes de Wuphon. Se les unió una pila de anillos humeantes y cerosos, Tyug, el alquimista traeki de la forja de Monte Guenn, que completaba una selección de representantes de las Seis Razas de Jijo. En medio de la animada discusión, vio a la joven centauroide urs llamada Ur-ronn, que señalaba al pequeño grupo de glávvers que maullaban y se relamían en las cercanías. Seres cuyos antepasados habían recorrido las estrellas, pero que desde entonces habían reclamado la inocencia, el método prescrito para obtener una segunda oportunidad.

Emerson ignoraba por qué, pero parecía que esas criaturas involucionadas tenían que ver con la enorme y viscosa nave que escoltaba al Streaker.

Sintió orgullo cuando su mente formó una palabra: zang.

Salvo para impedir la partida del Streaker, el gran glóbulo parecía indiferente al principio, y se concentraba en la tarea de reparación, dirigiendo operarios mecánicos para tejer vastas redes de fibra negra que cubrían grietas de la gran estructura. Pero al cabo de un día, los zangs tuvieron que prestar atención cuando misteriosos objetos se aproximaron a la nave terrícola desde varias zonas del edificio.

Los zangs echaron a esos fisgones, manteniendo una barrera alrededor del Streaker, pero no parecían interesados en responder a los mensajes de Gillian.

Emerson recordó uno de los datos conocidos acerca de los respiradores de hidrógeno: tenían otro modo de encarar el tiempo. Obviamente, los zangs entendían que su asunto con el Streaker podía esperar.

Escuchó mientras Gillian consultaba a los nativos de Jijo, tratando de trazar un plan.

—¿Y si enviamos los glávvers en una lanzadera? ¿Sería satisfactorio para los zangs? Y los glávvers, ¿estarían a salvo? Supongamos que la respuesta a ambas preguntas sea afirmativa. ¿Qué dice el derecho galáctico en una situación como ésta? ¿Debemos pedir un recibo a los zangs?

En ese torrente de palabras, sólo «zang» tenía un sentido concreto para él. El resto era borroso. Aun así, para Emerson la resonancia de la voz de Gillian era música.

Siempre había sentido una pasión secreta por la doctora Gillian Baskin, aun

cuando su esposo Thomas Orley vivía a bordo del Streaker, esa clase de enamoramiento inofensivo que un hombre adulto podía dominar con discreción. La vida no era justa, pero al menos estaba cerca de ella.

Pero ese enamoramiento comenzó a afectar su juicio cuando Tom desapareció heroicamente en Kithrup. Emerson empezó a correr riesgos, tratando de emular a Orley. Tratando de demostrar que era un sustituto digno.

Un intento necio, pero natural. Y rindió sus frutos en Oakka, donde los sicarios de la Biblioteca y el Instituto de Migraciones traicionaron su juramento e intentaron capturar el cargamento del Streaker para beneficiar a sus clanes originales con exclusión del resto de la civilización. Emerson hizo una arriesgada apuesta, y su audacia le permitió obtener una victoria, otra breve liberación que permitió que el Streaker escapara y siguiera luchando.

Pero aquí...

Sacudió la cabeza. Al mirar grabaciones filmadas en el Streaker, Emerson comprendió que su sacrificio en la nave exploradora thennania no había significado mucho. La vía de escape del Streaker había comenzado a abrirse mientras él atacaba, ignorando la petición de Gillian de que regresara. Habría ido a Jijo de todos modos, y más cómodamente, si se hubiera quedado a bordo y no hubiera caído en garras de los Antiguos.

Mirando el desgarrado Mundo Fractal, se concentró en esa vasta tarea de reconstrucción. Los números y ecuaciones ya no eran fiables, pero aún tenía instinto de ingeniero, y se emocionaba mientras las máquinas reforzaban vastas construcciones de hielo y carbono. Nunca había presenciado una cooperación en tal escala entre hidros, oxis y máquinas.

Ese pensamiento hacía del cosmos un lugar más grato.

El tiempo pasó. Emerson ya no pensaba en minutos y horas —o duras y miduras— sino en desiguales intervalos subjetivos pautados por el hambre, la sed y otras necesidades corporales. Aun así, comenzaba a sentir una tensa expectación.

Una persistente sensación de que algo estaba mal.

Por un tiempo le costó precisarla. Los delfines del puente no parecían preocupados. Todo estaba en calma. Las pantallas no mostraban ninguna amenaza.

En la sala de navegación, la reunión se disolvió; la gente ocupaba sus puestos de trabajo o miraba esa pasmosa vista. Nadie parecía alarmado.

Emerson comunicó a su pequeña holounidad el deseo de registrar los sensores de la nave, inspeccionando el casco y las inmediaciones. Lo hizo dos veces, y esa aprensión iba y venía en oleadas. Pero no lograba precisar nada.

Pidiendo un primer plano de Gillian, vio que ella también parecía incómoda, como si un pensamiento la carcomiera por debajo de la conciencia. Tenía delante una holoimagen. Emerson vio que estaba examinando la zona que rodeaba la cola del

Streaker.

Con un gruñido y un gesto, Emerson ordenó que su punto de vista fuera trasladado allí. Mientras la cámara recorría el casco externo, con su densa capa de hollín estelar, sintió un creciente alivio. Si Gillian también examinaba esto, quizá no fuera sólo su imaginación. Más aún, ella tenía buen instinto. Si hubiera una amenaza grave ya habría actuado.

Empezaba a sentirse mejor cuando la holoimagen presentó las rebabas probabilísticas de popa.

Ésa fue su primera pista.

Sentirse mejor.

Irónicamente, esto aumentó su inquietud.

En Jijo —desde que había despertado, delirando, en la casa de Sara, con el cuerpo quemado y el cerebro paralizado— siempre había un placer más agradable que los demás. Más que el bálsamo de secreciones de los farmacéuticos traekis. Más que la satisfacción de la salud mejorada, o de sentir que su cuerpo recobraba las fuerzas. Más que las maravillosas vistas, sonidos y olores de Jijo. Incluso más que la afectuosa compañía de Sara. Un júbilo incomparable.

Lo sentía cada vez que cesaba el dolor.

Cada vez que el condicionamiento de su córtex lo dejaba en paz, la abrupta ausencia de sufrimiento era como un éxtasis.

Sucedía cada vez que él dejaba de hacer algo que no debía. Como recordar. Todo intento de recordar era castigado con el tormento. Pero la recompensa era más efectiva al principio. Una satisfacción que venía de no intentarlo más.

Ahora Emerson intuía una similitud.

Oh, no era tan intensa. Las recompensas y aversiones se manifestaban en un nivel más sutil. De hecho, nunca lo habría notado de no ser por la larga batalla que había librado en Jijo, aprendiendo a repeler el dolor con obstinación, a enfrentarse a él como una presa que se vuelve contra el perseguidor. Era una lección dura, pero la había aprendido.

Allí... no... pensó, formando laboriosamente las palabras, una por vez, para reafirmar una determinación. Retrocede... Era como combatir contra un fuerte viento, o nadar corriente arriba. Cada vez que la holoimagen se dirigía a la proa, sentía algo extraño. Como si la sola idea de que existiera esa parte del Streaker fuera extravagante, como tratar de visualizar una quinta dimensión.

Más aún, también parecía afectar a los ordenadores. Los instrumentos vacilaban. Cuando dejó atrás el primer conjunto de antenas la cámara se ladeaba, dirigiéndose nuevamente a popa.

Emerson lanzó un torrente de maldiciones. Enérgicas y expresivas, con la fluidez que antes tenía todo el lenguaje, antes que lo hiriesen. Como las canciones y como

algunos poemas, los expletivos eran disparados desde una parte del cerebro no tocada por los Antiguos. El borbotón de invectivas surtió un efecto tranquilizador y esclarecedor. Emerson decidió dejar las herramientas e imágenes artificiales y apretó la cara contra la ventana de la burbuja, hecha de un material claro y fuerte que los mejores técnicos de la Tierra no podían imitar. Miró la proa del Streaker. Era como tratar de ver más allá de un punto ciego. Pero se concentró, combatiendo la aversión con todas las técnicas que había adquirido en Jijo.

Al fin distinguió destellos de movimiento en la negrura.

Reparando en su afán de ver, el rewo se deslizó hacia abajo, cubriéndole los ojos con su cuerpo viscoso, traduciendo, amplificando, modificando los colores hasta que él gruñó de sorprendida satisfacción.

Había enjambres de objetos alrededor de la proa. Robots o pequeñas naves. Convergían en una parte del Streaker que todos parecían haber olvidado.

Emerson vio una minúscula erupción. Destellos de llama actínica.

No perdió tiempo en maldecir. A gatas, salió de la cúpula de observación, construida por una raza más pequeña que los humanos, que había poseído esta nave mucho antes de que se vendiera a un pobre clan de lobeznos ignorantes, recién salidos de un aislamiento tan profundo que se preguntaban si vivían solos en el universo.

No tenía manera de comunicar su descubrimiento. No podía usar palabras por un interfono. Si iba a la sala de navegación, aferraba los hombros de Gillian y la obligaba a mirar a proa, quizás ella reaccionara. ¿Pero cuánto tardaría?

Peor aún, ¿no la pondría en peligro? El medio que usaban para arrojar este hechizo guardaba similitudes con su condicionamiento, y Emerson reconocía cierto carácter implacable. Los responsables podían notar que Gillian cobraba conciencia y aplastarla sin piedad a través de su talento psi.

No podía exponerla a ese peligro.

¿Sara? ¿Prity? Eran sus queridas amigas. Lo mismo se aplicaba a los demás tripulantes. Y tenía poco tiempo para hacerse entender.

A veces uno mismo tenía que hacer las cosas.

Emerson corrió. Se lanzó hacia el cavernoso hangar del morro del Streaker. Las naves pequeñas que llenaban los embarcaderos cuando partieron de la Tierra habían desaparecido. La chalupa y el esquife se habían perdido con Orley y los demás en Kithrup. Antes de eso, el bote del capitán había estallado en el Cúmulo Superficial, el primer precio por reclamar el tesoro de Creideiki.

Ahora los embarcaderos albergaban naves exploradoras thennianas tomadas de una vieja nave que la tripulación había rescatado. Abordarla le resultó familiar. Lo había hecho antes: encender interruptores, mover un timón fabricado para brazos mucho más grandes, activar mecanismos para deslizarse por un raíl hacia el tubo que

lo expulsaría...

Emerson desechó todo recuerdo de esa última vez, pues de lo contrario perdería el coraje. Se concentró en las perillas y pantallas cuyos símbolos ya no podía leer, esperando que los viejos hábitos, la destreza y la suerte de Ifni impidieran que perdiera el control en cuanto traspusiera las puertas.

Una canción estalló en su mente —un himno de pilotos que hablaba de internarse en la profunda negrura—, pero apretó las mandíbulas para silenciarla. Estaba demasiado ocupado para emitir sonidos.

Si hubiera podido pensar frases claras, Emerson se habría preguntado qué intentaba lograr o cómo podría detener a los atacantes. La nave exploradora tenía armamentos, pero un año atrás él no había demostrado mucha habilidad. Ahora ni siquiera podía leer los controles.

Aun así, podría armar un alboroto. Desconcertar a los atacantes. Romper el velo de ilusión y alertar a la tripulación del peligro.

¿Qué peligro?

No importaba. Emerson sabía que su cerebro ya no estaba equipado para resolver problemas complejos. Aunque sólo consiguiera llamar la atención de los zangs —atrayendo su ira protectora sobre los intrusos—, eso sería suficiente.

El mutilado Mundo Fractal giraba ante él mientras la cámara de presión se cerraba y él activaba los impulsores, moviéndose hacia los intrusos. Las ondas de aversión se intensificaron cuando se acercó. Dolor y placer, repulsión y fascinación, estas y otras sensaciones lo invadieron, recompensando a Emerson cada vez que sus ojos o pensamientos se alejaban de la actividad de adelante, castigando cada esfuerzo de concentración. Sin la experiencia de Jijo, nunca se habría sobrepuesto a esa combinación. Pero Emerson había adquirido un nuevo hábito. Buscar el dolor, como un niño apretando un diente flojo, atraído por las palpitaciones, tanteando hasta que lo viejo cedía el lugar a lo nuevo.

El *rewq* ayudaba. Intuyendo su necesidad, recorría varios espectros cromáticos, transmitiendo imágenes fluctuantes que al fin cobraron una forma precisa.

Máquinas.

Una docena de siluetas esqueléticas se habían adherido al morro del Streaker. Correteaban como insectos sobre una bestia indefensa. Si el objetivo fuera la simple destrucción, ya todo habría terminado. Sin duda tenían un propósito más complejo.

Reconoció la llama de un soplete. O bien procuraban entrar en la nave para abordarla...

O bien se proponían cortar algo. Una muestra, quizá. ¿Pero de qué?

Emerson evocó una imagen mental del Streaker, una imagen donde su afasia no fuera un obstáculo. El recuerdo no tenía palabras, era casi táctil, después de años de amar esa nave de maneras en que un hombre no podía amar una mujer, supervisando

tantos aspectos de su transformación en algo singular, el orgullo del Clan Terrícola.

Recordó lo que había debajo de esa llama.

Un símbolo. El emblema de las naves de las razas estelares que respiraban oxígeno.

La espiral de la Civilización de las Cinco Galaxias.

La incongruencia lo paralizó. Se preguntó si sería otro truco que distorsionaba sus percepciones, haciéndole creer que ése era el blanco. Parecía demasiado esfuerzo para borrar la insignia de proa del Streaker.

De todos modos, las máquinas tenían más problemas de los que esperaban. La capa de carbono que cubría la nave había resistido todos los esfuerzos de Hannes Suessi y los delfines. Al aproximarse, Emerson vio que habían avanzado muy poco, exponiendo un fragmento del casco.

Casi se rió de la consternación de los alienígenas.

Entonces miró más allá.

Vio más máquinas. Un oscuro enjambre contra el trasfondo de estrellas. Refuerzos, sin duda, que acudían a acelerar la tarea.

Era tiempo de actuar. Emerson buscó la consola de armamentos, escogiendo los rayos menos potentes para no dañar el Streaker por error.

Allá vamos, pensó. Espero que esto dé resultado.

Tan concentrado estaba en apuntar, en ajustar la mirilla, que no notó lo que había sucedido en su mente lisiada.

Había usado dos frases claras, una detrás de la otra, expresando cabalmente su amargura y su esperanza.

GILLIAN

La comprensión estalló como un chisporroteo. Lanzó una orden estridente.

—¡Alerta de seguridad!

Las bocinas resonaron en los corredores de la nave y los delfines corrieron a sus puestos de combate. El zumbido de las máquinas se agudizó mientras la gente de Suessi aumentaba la potencia de los escudos y los sistemas de armamentos.

—¡Niss, infórmame!

El holograma giratorio habló deprisa, sin su ironía de costumbre.

—Parece que nos han sometido a un ataque psi y ciber combinado, con el propósito de distraer a los defensores del Streaker, tanto orgánicos como maquinales. El hecho de que tú y yo reaccionáramos simultáneamente sugiere que la fuente emisora ha sido abruptamente destruida o degradada. Las indicaciones preliminares sugieren que usaron una sofisticada entidad lógica cuyo nivel memético era por lo menos de clase...

—¿Cuál es el peligro actual? —interrumpió Gillian.

—No detecto impulsos de ataque inmediatos ni tampoco macro-armas apuntadas contra esta nave. Pero varios autómatas cercanos muestran niveles de potencia latentes que se podrían volver peligrosos a poca distancia. Hasta ahora, parece que se conforman con dispararse entre sí.

Ella avanzó hacia la pantalla que mostraba la proa, lo opuesto de la región que había inspeccionado antes, sospechando una amenaza desconocida. Su corazón se aceleró al ver cuan cerca había estado el peligro. Todo se habría perdido si los intrusos no se hubieran puesto a luchar entre sí. Formas aracnoides se atacaban con filosos relámpagos, arrojando sombras de batalla incómodamente cercanas.

—¿Dónde demonios están los zangs? —murmuró Gillian sin aliento.

En el espacio donde habían estado los hidros, sus instrumentos no mostraban indicios del gran glóbulo, sólo una perturbadora nube de iones a la deriva.

Tal vez sólo sea la descarga de sus motores, cuando partieron para realizar una tarea. Quizá regresen en cualquier momento.

No se atrevía a pensar en la otra posibilidad: que un arma hubiera borrado a los zangs de esta ecuación. Un arma tan potente como para dejar apenas una estela de átomos turbulentos.

De cualquier modo, el ataque psi nos impidió notar que nuestros custodios se habían ido. Alguien se tomó mucho trabajo para asegurarse de que estaríamos quietos por un rato.

Sintió la vibración de los motores mientras Kaa retrocedía, alejándose del combate. Pero poco después el confuso conflicto los siguió, como amarrado al Streaker por cuerdas invisibles.

—¿Tienes idea de quiénes...?

—Ninguno de los combatientes se ha identificado.

—¿Entonces qué intentaban...?

—Parece que un grupo intentaba robar el archivo WOM del Streaker.

—¿El archivo...?

La pregunta se le atoró en el gáznate. Cerró la boca al comprender.

Por ley, cada nave galáctica debía llevar un «observador», un dispositivo que registraba pasivamente los rasgos salientes de su travesía. Algunas unidades eran sofisticadas. Otras —como las que podía costearse un clan pobre— eran toscos ingenios minerales, sólo capaces de registrar la posición de la nave e identificar naves cercanas. Pero todas caían en la categoría de «memoria de escritura solamente», WOM, destinadas a almacenar conocimientos pero no a ser leídos, al menos no en el presente. Con el tiempo, todas irían a los infinitos archivos de la Gran Biblioteca, donde serían estudiadas por gentes de una época posterior, cuando las pasiones del presente fueran sólo de interés histórico.

Comprendió el porqué del ataque.

—Los antiguos... deben de haber encontrado los códigos que les permiten leer nuestro WOM. ¡Les indicaría dónde estuvo el Streaker!

—Permitiéndoles reconstruir nuestro viaje y encontrar el Cúmulo Superficial.

Gillian reaccionó ambiguamente. Se sentía vejada por estos seres que le manipulaban la mente y querían robarle sus tesoros. Una información que su tripulación había custodiado tanto tiempo, y por la que Tom y Creideiki habían dado la vida. Por otra parte, resolverían muchos problemas si los ladrones se salían con la suya. Una facción tendría el secreto y quizá lo usara para prevalecer en la próxima era. Proliferarían las batallas y confabulaciones, quizá dejando que la Tierra y sus colonias regresaran a los remolinos laterales de la historia, olvidados y quizá seguros por un tiempo.

—Me sorprende que nadie lo haya intentado antes —comentó, mirando atentamente la minibatalla que seguía al Streaker por el interior del Mundo Fractal.

—En verdad, tratar de apropiarse del observador de nuestra proa parece una treta lógica. Sospecho que nuestros enemigos anteriores carecían de medios para leer un WOM codificado.

En tal caso, eso hablaba bien de la neutralidad del Instituto de Bibliotecas, pues ni siquiera los clanes y alianzas más ricos podían romper los sellos. Gillian sintió curiosidad. ¿Las traiciones de Oakka habrían sido una anomalía? Sería típico de la mala suerte del Streaker toparse con traidores excepcionales. Quizá los funcionarios del instituto fueran más honorables en otras partes.

En tal caso, se preguntó, ¿deberíamos intentarlo de nuevo? ¿Dirigirnos a Tanith y tratar de entregarnos a las autoridades una vez más?

Entretanto, la Niss giraba pensativamente. La entidad diseñada por los tymbrimis se aplanó en una turbulencia chata antes de volver a hablar.

—Debe haberles llevado gran parte del año pasado. Habrán usado su influencia como miembros antiguos del Orden Retirado para tener acceso a las claves. De hecho...

La malla de líneas giratorias se apretó, revelando tensión.

—De hecho, esto plantea una pregunta sobre nuestro milagroso escape de este lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Creímos recibir el apoyo de miembros altruistas del Orden Retirado, que nos ayudaban benévolamente a escapar de nuestros perseguidores en nombre de la justicia. ¡Pero recuerda cuan fácil fue! Especialmente el modo en que encontramos referencias que conducían a la Senda de los Irruptores...

—¡Fácil! ¡Tuve que exprimir nuestra Biblioteca como si les sacara agua a las piedras! Fue...

—Fue fácil. Lo veo ahora, retrospectivamente. Debimos de ser infectados por un meme parasitario menor que comunicó la atractiva idea de huir a Jijo. Un refugio cercano con una sola entrada y una sola salida. Un refugio cuya única salida nos traería de vuelta aquí.

Gillian parpadeó, entendiendo adonde apuntaba la máquina.

Si una facción deseaba apropiarse del WOM del Streaker, pero sabía que tardaría un tiempo en obtener el código, no podía permitir que los lobeznos fugitivos estuvieran libres hasta entonces. Otro podía arrebatarse el trofeo.

¿Qué mejor modo de salvaguardar la unidad de memoria que enviarla a un escondrijo donde sería protegida por la destreza y el instinto de sobrevivientes veteranos? Los tripulantes de la nave.

—Si no hubiéramos vuelto, sin duda habrían enviado algo a Jijo para hacernos volver. El plan se caracteriza por una paciencia y una confianza propias del Orden Retirado. Pero esta incapacidad para adueñarse del objeto deseado muestra que ese plan falló. No todo sale como esperaban. Esta facción aún tiene enemigos. Más aún, mira cuánto ha decaído su poder en estas condiciones calamitosas.

«Calamitosas» era la palabra apropiada. Mientras Gillian observaba, la lucha parecía ondular en torno de ellos. Los sensores tácticos indicaban señales de conflagración que se difundían hacia el borde de la averiada estructura Criswell.

—Si esto sigue así —reflexionó—, alguien se hartará y usará uno de esos enormes rayos desintegradores. Quizá contra nosotros. Será mejor que pensemos en largarnos de aquí.

—Doctora Baskin, mientras hablábamos no he pensado en otra cosa. Por ejemplo, he tratado de llamar a nuestro captor y protector, la nave zang, pero en vano.

Debemos atenernos a la hipótesis de que la han destruido.

Gillian asintió, habiendo llegado a la misma conclusión.

—Bien, si no viene ayuda, no tiene caso esperarla. —Se dirigió hacia el interfono—. ¡Kaa! A toda máquina. ¡Tratemos de llegar al punto T!

El piloto accedió con un chasquido de asentimiento.

Arrinconados por oreas,
el lomo contra el filoso coral...
¡miradles comer plancton!

Mientras el Streaker iniciaba su retirada, la tormenta de la batalla arreciaba. Los detectores mostraban aún más máquinas atacando de todas partes, pero empezaba a abrirse una brecha.

La Niss volvió a interrumpir.

—Doctora Baskin, algo más me llama la atención, y sé que te interesará. Observa, por favor.

La pantalla principal mostró una esquina del enconado combate, un poco más pequeño que otras batallas que el Streaker había presenciado, aunque la cercanía hacía que los relámpagos y explosiones fueran más deslumbrantes. Rápidos atisbos revelaban que la mayoría de los combatientes eran máquinas, pues carecían de cabinas para proteger tripulantes de protoplasma. Las facciones de razas «retiradas» preferían luchar mediante intermediarios, usando operarios mecánicos en vez de arriesgar el pellejo.

Un objeto se destacó, con un perfil más rechoncho que el de los demás. Gillian reconoció el contorno de una nave exploradora thennania.

—¡Por Ifni! —suspiró—. ¿Lo ha hecho otra vez?

—Si te refieres al ingeniero Emerson d'Anite, te puedo informar que los registros internos no muestran que esté a bordo de esta nave. Sospecho que está ahí afuera, disparando frenéticamente, errándole a casi todo. Los seres orgánicos no deberían trabarse en combate con los mecánicos. No es vuestro fuerte.

—Lo tendré en cuenta —murmuró Gillian, sin saber qué hacer a continuación.

EMERSON

Cuando comprendió que no le acertaba a nada —y que nadie respondía a sus disparos—, Emerson apagó los controles de armamentos. Al parecer nadie le daba mucha importancia. Era irritante que lo ignorasen, pero al menos ninguna facción parecía empeñada en vengar a los robots que había liquidado con sus primeras descargas, desatando este furor.

El combate se intensificaba. Era imposible entender esa confusa batalla entre máquinas.

Pero pronto comprendió que sucedía otra cosa. Algo más importante y personal que lo que sucedía afuera.

Olas de confusión barrieron la mente de Emerson.

No había nada insólito en eso. A estas alturas estaba acostumbrado a la confusión. Pero este tipo de desorientación era excepcional. Era como atisbar a través de oscuras nubes de delirio. Como si hasta entonces todo hubiera sido parte de un sueño vivido lleno de lógica perversa. Como un niño afiebrado, hacía tiempo que no comprendía claramente lo que sucedía a su alrededor. Pero súbitamente la luz parecía perforar la bruma, limando borrosas asperezas.

Como una insinuación, o un aroma pasajero, duró un instante y desapareció.

Sospechó un truco. Otra distracción psi...

Pero la luz tenía que haber sido algo más. La alegría que provocaba era demasiado intensa. La sensación de pérdida demasiado devastadora cuando se esfumó.

De repente volvió, mucho más fuerte que antes.

Algo precioso que no había valorado del todo hasta que se lo arrebataron.

Puedo pensar. ¡De nuevo puedo pensar con palabras!

¡No sólo palabras, sino frases, párrafos!

Estoy pilotando una nave thennania. El Streaker está detrás de mí... más allá, y, en casi todo el cielo, veo el arco cortado del Mundo Fractal...

Una oleada de comprensión lo inundó. Cosas que había visto en Jijo y después. Conceptos que se le escapaban porque no podía expresarlos sólo con imágenes y sentimientos; necesitaba la sutileza del lenguaje abstracto para fijarlos en una telaraña de símbolos.

Sintió tristeza al pensar en todas las cosas que había querido decirle a Sara durante su largo viaje por la Cuesta. Y a Gillian, cuando regresó al Streaker como un tullido. Dos clases de amor que no había podido expresar, ni comprender, hasta ahora.

¿Cómo es posible? Mi cerebro... ¡destruyeron mis centros de lenguaje!

Por alguna razón, cuando los Antiguos terminaron de interrogarlo habían decidido dejarlo con vida, pero mudo. Encontraron el medio para hacerlo leyendo sus

recuerdos del pobre Creideiki. Imitaron la misma lesión, y la mutilación lo había dejado medio muerto, un hombre inutilizado.

Había deducido todo esto en Jijo, aun sin expresarlo en palabras. Pero la respuesta nunca era satisfactoria. No explicaba la lógica brutal de semejante acto.

Entonces comprendió.

Una voz. Una voz que había olvidado.

Una voz que asoció con ojos helados e imperturbables.

—Imprecisión. No destruimos aquellas partes de tu cerebro orgánico.

TOMAMOS/COGIMOS/'EXPROPIAMOS ALGUNOS GRAMOS DE TEJIDO PARA USARLOS EN UN GRAN OBJETIVO. NUESTRA NECESIDAD ERA MAYOR QUE LA TUYA.

Esa afirmación insultante casi le hizo aullar de rabia. Sólo su disciplina le permitió formar una respuesta mediante caminos que no había usado en mucho tiempo. Su voz sonaba torpe, con una extraña vibración nasal.

—¡Canallas! ¡Me mutilasteis para que nunca pudiera contar lo que hicisteis!

Un matiz de irónica altanería acompañó la respuesta.

—Éso FUE SÓLO UN BENEFICIO LATERAL. DE HECHO, DESEÁBAMOS/NECESITÁBAMOS lo fino mismo. A decir verdad, nos parecía mucho más valioso que tú, COMO ENTIDAD INTEGRAL... HABRÍA SIDO MEJOR QUE PERTENECIERAS A UNA ESPECIE LEVEMENTE DISTINTA. PERO TENÍAMOS POSESIÓN FÍSICA DE UN SOLO TERRÍCOLA, ASÍ QUE SE ORDENÓ QUE TÚ FUERAS NUESTRO DONANTE.

La explicación lo dejó más confundido que antes.

—¿Y cómo puedo hablar ahora?

—ES UNA CUESTIÓN DE ENLACE Y PROXIMIDAD. DEJAMOS RESONANCIAS CUÁNTICAS QUE CUBREN LA CAVIDAD DE TU CEREBRO, DONDE ANTES RESIDÍA EL TEJIDO EXTIRPADO. Éstas tienen conexiones causales con otras resonancias que revisten LA MUESTRA QUE TOMAMOS. Si ESTÁS CERCA, EN LAS CIRCUNSTANCIAS ADECUADAS, LAS VIEJAS SENDAS NEURALES PUEDEN RECOBRAR SU VIEJA FUNCIÓN.

Emerson parpadeó. Miró el oscuro cielo donde estallaban silenciosas explosiones.

—Sí, LA CÁPSULA ESTÁ CERCA. TE LA HA ACERCADO UN OPERARIO MAQUINAL, UNO QUE PARECE INOCUO Y NO LLAMA LA ATENCIÓN DE LAS FACCIÓNES QUE BATALLAN ALREDEDOR de ti. De hecho, puede acercarse más. El tejido podría volver A SER TUYO, CON CIERTAS CONDICIONES.

Quería gritar contra sus ex captores, declarando que no tenían derecho a regatear con él por algo que le habían robado. Pero no les interesaría ese criterio lobezno de justicia. De todos modos, la mente de Emerson se aceleraba, cubriendo gran cantidad

de territorio en paralelo, usando tanto las viejas sendas lógicas como las nuevas técnicas que había adquirido durante el exilio.

—¿Si os ayudo recobraré mis centros de lenguaje? ¿Qué ha sucedido? ¿Vuestro plan fracasó?

—Algunos de los nuestros aún confían en ese plan. Aunque fue siempre una apuesta, un intento de sobornar a alguien que está/estaba lejos de aquí. Pero ahora, contra toda expectativa, vuelves a estar cerca de nosotros. Presenta OTRA OPORTUNIDAD PARA EL ÉXITO.

—Oh, no veo el momento de oír esto —comentó Emerson, aunque ya sabía que los Antiguos no entendían el sarcasmo.

—El concepto debería ser bastante comprensible para tu nivel de existencia. Si te apresuras, puedes volver a abordar la nave terrícola y encontrar/recobrar INFORMACIÓN QUE DESEAMOS. SEGUIRÍA UNA SIMPLE TRANSACCIÓN, Y AQUELLO QUE MÁS DESEAS SERÍA TUYO.

Emerson se contuvo, negándose a expresar en palabras algunos pensamientos.

Esas palabras, aun subvocalizadas, atravesarían un trozo de proto-plasma que estaba allá afuera, llevado por una máquina entre rayos candentes y minas explosivas. Un fragmento de él mismo que otros podían indagar a gusto.

—Conque queréis hacer un trato. Pero hace un año pensabais que no necesitaríais más mi inservible cuerpo. ¿Por qué me enviasteis a Jijo? ¿Por qué estoy vivo?

La voz pareció resignarse a brindar una explicación.

—Hay condiciones limítrofes para la función ondulatoria en el universo, LO CUAL AFECTA TENDENCIAS QUE SE PROPAGAN EN TODAS LAS DIRECCIONES. TU EXISTENCIA FÍSICA EN UN TIEMPO FUTURO ES UNA DE ESTAS CONDICIONES LIMÍTROFES. NUESTROS ACTOS DEBEN SER COMPATIBLES CON DATOS CONOCIDOS. NO OBSTANTE, EXISTEN IMPRECISIONES EN EL DESLIZAMIENTO Y JUEGO DE LAS TENDENCIAS. LOS CÁLCULOS NUMÉRICOS MOSTRARON QUE ERA MENESTER PONERTE CERCA DE TUS PARES, VIVO, EN CIERTO TIEMPO Y LUGAR, PARA QUE LAS CUENTAS SE EQUILIBRARAN. PONER TU CUERPO EN JIJO, AL ALCANCE DE TUS COLEGAS, PARECÍA ADECUADO.

Se quedó pasmado ante el poderío y la impiedad implícitos en esa afirmación.

—¿Y por eso soporté ese viaje infernal?

La voz no respondió, como si se tratara de una pregunta retórica.

Emerson miró las pantallas de la nave. Ahora las letras y signos tenían sentido, indicando la creciente celeridad y distancia del Streaker. Obviamente Gillian se dirigía de nuevo a las estrellas.

—Correcto. Sólo tienes unos duras para actuar. Si no abordas tu nave y aceptas nuestro ofrecimiento, deberemos destruir la nave terrícola con todos sus ocupantes.

Emerson rió.

—¡Siempre que vuestros enemigos os dejen! Estuvieron a punto de adueñarse del WOM del Streaker, antes de que interviniera vuestra facción. Tal vez vuestros planes no les convenzan. Además, soy una importante condición limítrofe, ¿verdad? Tenéis que ayudarme a llegar al futuro, junto con mis amigos, o todo ese armazón de causas y efectos se desintegrará.

—Las exigencias de causalidad no son tan estrictas como insinúas, humano. NO ABUSES DE TU CUESTIONABLE PODER, NI NOS PROVOQUES CON TU IRREVERENCIA.

Emerson rió.

—¿Y qué haréis? ¿Castigarme? ¿Infligirme dolor?

Su provocación fue respondida con un silencio, pero notó que había surtido efecto. El desprecio era un arma frágil, pero los Antiguos no estaban acostumbrados a él. Las palabras eran hirientes.

Por otra parte, los Antiguos sabían que Emerson tenía pocas opciones. No podía quedarse atrás, si podía evitarlo. Sus manos decidieron por él, acelerando la nave exploradora para seguir al Streaker, aunque sentía un espanto creciente.

¿Qué sucedería cuando se alejara del robot que llevaba ese fragmento de él mismo? ¿Lo seguiría? ¿Permanecería en las inmediaciones para que él pudiera seguir pensando?

Cuando la voz habló de nuevo, parecía fría y distante.

—Ahora te daremos un código que usarás para comunicarte con nosotros, si estás dispuesto a aceptar nuestro ofrecimiento.

Una serie de colores llenó la mente de Emerson, una secuencia simple que se grabó en su memoria. No podría olvidarla aunque quisiera.

Sus ex captores ofrecieron un comentario de despedida.

—Obviamente, subestimamos tu nivel de sapiencia al creer que un simple condicionamiento por aversión serviría para dominarte. Felicitaciones por tu tenacidad y flexibilidad. Confiamos, empero, en la efectividad de nuestra inducción final.

La voz se interrumpió, aunque Emerson aún no había terminado con ellos.

—Os diré lo que podéis hacer con vuestro maldito ofrecimiento, engendros de un moho retardado. Id a buscar redención en vuestros conductos, comedores de excrementos, lamedores de mugre, puñeteros...

Emerson recitó sus invectivas mientras seguía al Streaker, dejando atrás a los combatientes que se destruían entre sí con zarpas y rayos, pero sin tocarlo. Maldecía sin cesar, disfrutando del torrente de insultos y de la pronunciación de las palabras. Cada nueva obscenidad representaba una victoria.

Los insultos eran su piedra de toque. Llenando la pequeña cabina con ásperos

ruidos, se aferraba al lenguaje, negándose a que la distancia o el enemigo se lo arrebataran.

Pronto notó que el Streaker reducía la velocidad, demorando su huida para que él lo alcanzara. Ese acto de lealtad lo alentó mientras se abría el túnel de embarque, ofreciendo un bienvenido fulgor. Pero Emerson siguió vociferando su opinión de los Antiguos, de sus antepasados, su carácter y su probable destino en la gran pirámide de la existencia.

Sólo cuando terminó de engancharse en el haz de guía del Streaker, Emerson hizo una pausa para recordar algo.

Los insultos no contaban.

Aun en Jijo podía hacerlo. Como el canto y el dibujo, las obscenidades no usaban la parte de su cerebro que le habían robado.

Emerson trató de decir otra cosa, de describir la batalla, el cielo lleno de escombros o su propio temor, y falló.

Hurgó desesperadamente en su cerebro atormentado, buscando una aptitud que parecía fluida y natural instantes antes, una destreza de toda la vida que esos canallas le habían arrebatado, y que había vuelto por un tiempo demasiado breve.

Fue como tratar de extender un miembro amputado. El fantasma aún estaba ahí. Una sombra de volición. Los significados le llenaban la mente, junto con la disposición para actuar, para producir oraciones. Hablar.

Pero algún elemento clave había vuelto a desaparecer, y con él todas las cosas que esperaba decirle a Sara. A Gillian.

Emerson se derrumbó en ese asiento construido para un piloto mucho más grande, una criatura de gran fuerza física, respetada en toda la Civilización de las Cinco Galaxias. Apartó los brazos de los enormes controles y apoyó la barbilla en el pecho mientras las lágrimas le empañaban los ojos. Se sentía indefenso como un niño. Como un lobeño ignorante.

Hasta entonces, Emerson se había creído familiarizado con la pérdida.

Ahora sabía que siempre se podía caer más.

GILLIAN

La teniente Tsh't informó desde el puente, creando burbujas turbulentas mientras daba coletazos en el oxiagua.

—El ingeniero D'Anite está de vuelta a bordo. ¿Volvemos a acelerar?

Gillian sintió que la indecisión la arañaba como una bestia.

—¿Los sensores han registrado algún rastro de los zangs?

El holograma Niss expresó su preocupación con líneas tensas.

—Los respiradores de hidrógeno pueden estar destruidos, junto con su nave. Pero aunque los zangs estén ocupados en otras partes, algunos de esos combatientes se unirán para impedir nuestra partida.

—Desconocemos sus motivos, e incluso cuántos grupos...

—Con una evaluación de sus patrones tácticos, cuento por lo menos cinco grupos. Sus fuerzas son robots del tipo soldado cipayo, que reciben instrucciones de varios sectores del Mundo Fractal, trabajando para asociaciones locales del Orden Retirado.

La Niss hizo una pausa y continuó.

—Me retracto. Percibo SEIS patrones de combate. Uno está empeñado en abrir una vía de escape para nosotros. Parece que tenemos aliados entre los combatientes.

—Así pareció la última vez —respondió Gillian—. Esos aliados... ¿son tan fuertes como para protegernos?

—Lo dudo. El momento crucial llegará cuando atravesemos la parte más angosta de la brecha que se ha abierto en el Mundo Fractal. Cualquier grupo podría destruirnos en ese punto, usando los rayos defensivos que vimos antes.

Qué alentador, pensó Gillian mientras el Streaker volvía a entrar en ese corredor lleno de restos vaporizados y cometas artificiales. Sólo que esta vez una chispa de batalla también seguía a la nave terrícola como una marejada.

Gillian ordenó a Kaa que pasara a medio millón de kilómetros de un borde de esa herida, entre las ruinas y las sombras de esas torres frágiles y titánicas.

—Tal vez alguien lo piense dos veces antes de dispararnos con esas armas, si estamos cerca de la estructura.

Desde allí podían distinguir algunas de las máquinas que procuraban reparar el edificio Criswell, usando redes de carbono. Éstas eran máquinas autónomas y sapientes, operarios contratados, no esclavos.

Aun así, la mayoría de los carretes de provisiones parecían vacíos.

Se están quedando sin materia prima, pensó Gillian. Todos sus esfuerzos pueden fracasar si esto continúa, sobre todo si las facciones de Antiguos se pelean en vez de ayudarse.

El feliz grito de un delfín estalló a espaldas de Gillian. Giró y vio que Emerson d'Anite entraba en la sala de navegación con aire deprimido.

—Bien, he aquí a nuestro héroe... —comenzó Gillian. Pero Sara Koolhan pasó junto a ella con una exclamación de alegría, para abrazar a su amigo. La neochimpancé, Prity, brincaba entre ambos. Se reunieron delfines alrededor, chasqueando alborotadamente mientras sus unidades ambulatorias chirriaban y siseaban. Los jóvenes jijoanos, Alvin y sus amigos, palmearon la espalda de Emerson, estrechándole la mano y diciéndole que era maravilloso.

Aunque esas palabras no tuvieran sentido para él, el aire de aprobación pareció animarlo un poco. Miró a Gillian, y ella le sonrió. Entonces intervino la Niss.

—Se aproximan dos nuevos enjambres, doctora Baskin.

Ella se volvió.

—¿Más robots cipayos?

—No, y eso me preocupa. Estos recién llegados son criaturas más temibles, Gillian. Son contratistas independientes. Miembros autónomos del orden maquinal.

—¡Muéstramelos!

Los recién llegados se acercaban en grupos de una docena desde direcciones opuestas; uno aparecía como un cúmulo de puntos rojos, el otro verde. Cada grupo atravesaba majestuosamente la zona de batalla. Respetando su jerarquía, los robots combatientes no disparaban contra los recién llegados, sino que les cedían el paso.

Esto va mal, pensó Gillian mientras las chispas verdes entraban en alcance visual. Los líderes parecían gigantes erizos de mar, con un décimo de la longitud del Streaker, aunque la mayor parte eran apéndices que se contorsionaban mientras el mecanismo volaba hacia la cola del Streaker.

—Impacto en treinta segundos —dijo Tsh't desde el puente—. ¿Abrimos fuego?

—¡Negativo! —gritó Gillian—. Nadie nos ha atacado con un rayo o arma de partículas, y no seré yo quien empiece. Veamos qué quieren.

Un enjambre se acercó a la popa del Streaker. Varios mees se engraparon al casco. Pronto los rodeó un fulgor palpitante.

—¡Están disolviendo la nave! —exclamó la Niss—. La tasa de eliminación de materia supera las treinta toneladas por segundo... y va en aumento. ¡Debemos combatirlos!

Tsh't comunicó que una torreta láser encañonaba a una de las máquinas, pero Gillian canceló la orden de disparar.

—¡No hagas nada hasta que lo ordene! Akeakemai, enfoca esas máquinas que todavía flotan allí, detrás de las que aterrizaron.

Era difícil ver a través de la niebla que se estaba formando, pero Gillian creyó distinguir un enorme cilindro. Una forma de aro.

—¡Es un carrete! Como los que usan para tejer redes de reparación. Pronto, análisis espectral del material extraído. ¿Es carbono puro?

Una breve pausa. Cuando la Niss volvió a hablar, su tono era más sumiso.

—Carbono, en efecto.

—¿Con qué pureza?

—Muy puro. Los vapores no contienen metal del casco. ¿Cómo lo supiste?

Gillian aún sentía un nudo en la garganta, pero parte del pánico se había disipado.

—A esos tíos grandes no les importan las rencillas entre oxis acalorados. Tienen trabajo que hacer y se están quedando sin materia prima. Su mejor filón de carbono sufrió trastornos cuando los jijoanos desataron esa tormenta en Izmunuti. Pero nosotros llevamos capas del mismo material que buscan los veleros cosechadores. Este equipo debió de detectar que pasábamos y envió máquinas para buscar más para las reparaciones.

—Confirmado —dijo la Niss—. Mientras se desplazan por el casco, tejen fibra de policarbono con el material evaporado, dejando intacto el fuselaje.

Hannes Suessi llamó con entusiasmo desde la sala de máquinas, encantado de saber que las máquinas eliminaban rápidamente un revestimiento que los había frustrado durante meses.

—A esta velocidad, perderemos varios megatones en un santiamén —añadió—. Tendremos mayor agilidad.

El segundo enjambre —los puntos rojos— llegó al morro del Streaker. Otro grupo de enormes mecanismos se posó en la proa. Estos visitantes no demostraban interés en la zona que rodeaba el símbolo de la espiral.

Gillian cabeceó.

—Supongo que limpiarán ambos extremos. Roguemos que el casco quede intacto. Si nuestra suerte ha cambiado, la presencia de estas máquinas impedirá que los demás nos disparen hasta que estemos cerca del punto T.

La Niss giró pensativamente.

—Claro que hay otro peligro. Si en el Mundo Fractal ya no hay ley ni consenso, nada impide a las facciones «retiradas» ponerse en contacto con sus primos más jóvenes, por hiperonda o descenso temporal.

—En otras palabras, en cualquier momento podrían aparecer flotas de soros, jophurs o tandus. Sensacional. —Gillian suspiró—. Otra razón para largarse...

El holograma giratorio se hinchó en una expresión de sorpresa.

—Algo ha cambiado —anunció la Niss—. El grupo de proa... no está haciendo lo mismo que el de popa.

Gillian avanzó un paso.

—¡Muéstramelo!

Al principio la escena se veía similar. Varias máquinas de patas largas se adherían al casco cubierto de hollín, regando la negra superficie con rayos brillantes. Pero esta vez no había una bruma lechosa derramándose en los colectores. Del extremo trasero de las máquinas no salían torrentes de fibra oscura para enroscarse en los enormes

carretes. En cambio, algo extraño sucedía con el revestimiento que había cubierto el Streaker en la atmósfera de Izmunuti. Una pátina irisada se condensaba detrás de los mees mientras marchaban en espiral a lo largo del casco.

Nadie habló en varios minutos. Esta conducta era tan inesperada e inexplicable que Gillian no supo cómo reaccionar.

—No están llevándose el carbono. Están...

—Transformándolo —convino la Niss.

Al fin llamó Suessi. La imagen cibernética del jefe de máquinas apareció en una pantalla secundaria. Aunque ahora su cabeza era una cúpula espejada, los gestos indicaron a Gillian que el anciano tenía una teoría.

—El hollín de Izmunuti... las fases que se condensaron sobre el casco eran casi todas de carbono, sí, pero una gran parte consistía en esferas Buckminster Fuller. También había muchos estados diamantinos de Penrose. Ese material tenía propiedades bastante extrañas, como descubrimos cuando intentamos cortarlo, en Jijo. Muchas impurezas le dan características de superconductor de alta temperatura, más un coeficiente alterado de fricción...

—¡Hannes! —interrumpió Gillian—. ¡Al grano, por favor!

La cúpula plateada asintió.

—He analizado la superficie que dejan estas nuevas máquinas. El revestimiento es mucho más uniforme que el hollín estelar en bruto. Los estados Buckminster Fuller se entrelazan de maneras que nunca he visto. Yo diría que las propiedades que observamos antes se realzarán en muchos órdenes de magnitud.

—Sensacional —murmuró un delfín—. ¡Ahora será aún más difícil de eliminar!

Gillian sacudió la cabeza.

—¿Pero qué se proponen? ¿Encerrarnos?

En tal caso, aún quedaba tiempo para evacuar la nave, enviando a la tripulación a las cámaras de presión de popa. Tal vez hallaran refugio entre las máquinas del primer grupo.

—Nuestra torreta láser de proa tiene una línea de fuego despejada —anunció Tsh't.

Gillian movió la mano derecha, deteniendo toda acción.

Entonces habló uno de los chicos de Jijo. La pequeña g'Kek que se hacía llamar Huck era una buena vigía, pues podía mirar las cuatro pantallas al mismo tiempo con sus ojos móviles.

—Vaya —comentó—, parece que nuestros nuevos visitantes también comenzarán a pelear.

Señaló naves de apoyo de ambos grupos que se aproximaban. Energías crepitantes indicaron el inicio de un enfrentamiento. Los sensores indicaban que muchas máquinas de guerra menores se retiraban de esta confrontación.

Nos usarán como campo de batalla. ¿Las cosas podrían empeorar más?

Gillian sabía que era un error decirlo así. Uno no debía tentar a Ifni, la diosa de la suerte, que siempre podía modificar el destino.

El holograma Niss osciló con voz grave y resignada.

—Ahora nos analizan desde el Mundo Fractal. Los que controlan los grandes rayos desintegradores nos están encañonando. Quizá pronto sigamos el camino de los difuntos zangs.

—¡Correrán el riesgo de acertarle al habitat en su parte más vulnerable!

—Al parecer algunos consideran que el riesgo vale la pena, con tal de intimidarnos. Si no lo consiguen, destruirán lo que no pueden obtener.

Gillian había visto en acción esos haces aniquiladores. Podían vaporizar el Streaker en segundos.

LARK

Era un infierno, pero para un biólogo podía ser el paraíso. Aunque su cuerpo estaba encerrado en un saco de plástico maloliente, la mente de Lark aprendía lecciones que expandían su provinciana visión del panorama de la vida.

Se hizo experto en una nueva forma de comunicación, imágenes visuales cargadas de connotaciones que llegaban por un tubo a su corriente sanguínea. Un lenguaje de hormonas y péptidos que alteraban el ánimo. Y funcionaba en ambos sentidos. Cuando Lark entendía algo, no tenía que hablar ni cabecear. El mero acto de comprender surtía efectos metabólicos satisfactorios —un estallido de endorfinas— que su maestro alienígena pronto detectaba. La confusión o la frustración también provocaban rápidos cambios. El maestro globular volvía a revisar su exposición hasta que Lark comprendía.

Era una forma de estudio pasivo extrañamente activa.

¿Podría considerarse una forma de telepatía?, se preguntó.

Aun así, el método parecía lento y tosco. Como lecciones visuales, se parecían mucho a espectáculos de marionetas. Fragmentos del instructor se desprendían del cuerpo principal para flotar dentro de una cavidad, formando modelos vivientes o marionetas que representaban una pequeña escena. Las mismas imágenes se habrían presentado más rápida y vividamente usando una de las pantallas de ordenador que le había visto usar a Ling, en Jijo y la nave jophur.

De un modo u otro, Lark al fin comprendió por qué sus captores usaban este método.

Es fundamental para la diferencia de perspectiva entre los hidros y los oxis.

A primera vista, ambos mundos parecían totalmente disímiles.

Aunque ambas biología se basaban en moléculas de carbono, una usaba la química reactiva de las atmósferas oxidizantes, donde el agua líquida servía como solvente indispensable. Esta clase de vida requería temperaturas y presiones excepcionales. Normalmente surgía en las delgadas pátinas de mar y aire que revestían mundos semejantes a la Tierra. Aventurándose más allá de estos pequeños oasis, la oxivida debía portar esas mismas y raras condiciones al espacio.

Los entornos «reductores» eran más abundantes, e incluían cuerpos planetarios gigantescos y fríos como Júpiter, Saturno, Urano o Titán, e incluso los helados cometas. Algunos de estos mundos estaban empapados en hidrógeno, mientras que otros presentaban metano, amoníaco o cianógeno. Pero la mayoría compartía un rasgo común: enormes y tupidas atmósferas y turbulentas capas convectoras, como los vibrantes estratos de un sol. El calor que brindaba vida a menudo fluía hacia arriba, desde un tórrido núcleo planetario. A veces no había «superficie» sólida.

En consecuencia, la mayoría de los hidros eran hijos de un cielo vasto y

tumultuoso. El arriba y el abajo eran dimensiones ilimitadas, casi iguales a las otras dos. El viaje no consistía en volar desafiando la gravedad o batiendo alas, sino en ajustar la flotación y propulsarse por neblinas tan densas que la presión era como el fondo del mar de la Tierra.

En ese ámbito, el tamaño tenía sus ventajas. Las criaturas grandes se desplazaban con lánguida gracia, buscando comida orgánica. Sólo un gigante podía liberarse de las fuertes corrientes para no precipitarse a abismos aplastantes y abrasadores. Algunos hidroseres alcanzaban tal tamaño que se podían avistar desde el espacio, semejantes a nubes titánicas y autónomas.

Y ahí era donde la química orgánica —la «asistente de diseño»— habría dejado las cosas, de no ser por otro participante.

El «crítico».

La evolución.

Inevitablemente, la lógica de la reproducción y la ventaja cobraba arraigo en los mundos reductores, al igual que en los mundos oxidizantes como la Tierra, aunque de otra manera.

La oxivida contaba con que el agua líquida llevara a cabo la compleja química coloidal de las proteínas y aminoácidos. Pero el exceso de agua diluiría esos mismos procesos, volviéndolos inservibles. Aun en el cálido mar, esto significaba forjar paquetes compactos —células— del tamaño adecuado para desarrollar la maquinaria de la vida. Durante dos mil millones de años, el límite del logro biológico en la Tierra primitiva había consistido en diseminar por el océano organismos unicelulares, que absorbían la luz solar y se devoraban entre sí mientras mejoraban lentamente sus técnicas moleculares.

Hasta que un día una célula consumió a otra y le dejó seguir viviendo. Un primitivo eucariote absorbió una alga verdosa y le brindó un hogar, cambiando una vivienda segura por los azúcares producidos por la fotosíntesis. Este acto de colaboración dio a este equipo una ventaja esencial en la competencia con otras células.

Y no era la única empresa conjunta. Pronto las células se combinaron en mayor cantidad, fusionándose, formando asociaciones provisionales o permanentes para obtener ventajas sobre otros equipos, florecieron organismos complejos, y la evolución se aceleró.

Algunos lo llaman la cadena alimentaria, o la Danza de la Vida. La he visto representada en Jijo, en muchos subentornos y ecosistemas. Las plantas usan la fotosíntesis para almacenar energía alimenticia en los carbohidratos. Los herbívoros comen plantas. Los carnívoros comen herbívoros, completando el ciclo cuando devuelven su propia sustancia al suelo, cuando defecan o mueren. Parece una máquina bien afinada, con cada parte dependiendo de las demás, pero abundan las

paradojas. Todo lo que al principio parece cooperación se basa en la competencia. Y casi todos los actos de competencia forman parte de un sistema más grande y saludable, como si la cooperación fuera inherente.

Claro que esto era una simplificación. A veces el equilibrio se dislocaba, por algún cambio ambiental, o cuando una especie componente escapaba de los controles naturales que la restringían. Como un cáncer, podía exacerbar la competencia al extremo de aniquilar la red ecológica que le había permitido prosperar.

Aun así, el patrón básico era casi siempre el mismo en millones de mundos fecundos. Tomar sacos compactos de agua envuelta en proteínas. Proveer luz solar y minerales. Hacerles competir en una rivalidad de vida o muerte. Con el tiempo, surgían alianzas mayores y más complejas. Grupos cooperativos que formaban órganos, cuerpos, manadas, rebaños, tribus, naciones, sociedades planetarias. Y todo conducía a la tumultuosa pero asombrosa Civilización de las Cinco Galaxias.

La vida basada en hidrógeno tenía similitudes, pero había una variación decisiva.

En los mundos jovianos, el tamaño aparecía desde el principio. Seres sencillos de gran extensión se desplazaban por cielos tan vastos como para devorar varios cientos de Jijos. La evolución hacía que dichas criaturas mejorasen, aunque más despacio y a temperaturas más bajas. El cambio no siempre se producía mediante la reproducción y la herencia. Con más frecuencia, una parte de una enorme bestia descubría accidentalmente un nuevo truco o conducta química. Esa parte se extendía lateralmente, consumiendo y reemplazando la carne contigua, y gradualmente modificaba toda la entidad.

La muerte aún formaba parte del proceso, pero no igual que en la Tierra.

Para nosotros, la muerte es absoluta. Un individuo puede tener prole o no, pero de un modo u otro la extinción personal lo acecha toda la vida, y a la larga triunfa, por mucho que luche o que innove. Para los hidros, todo es turbio y cualitativo. Sin esas líneas claras, la muerte es relativa. Mientras una transformación ocurra lentamente y sin tropiezos, les causa el mismo temor que yo siento al cortarme el pelo.

En vez de basarse en una cooperación entre células diminutas, la vida en los mundos jovianos era grande desde el principio. No dependía tanto de la cooperación-competencia. Yo y otro eran conceptos conocidos, pero la distinción tenía menos importancia que entre los oxis.

¿Entonces cómo os organizáis?, se preguntó Lark en un momento, al borde de la frustración. ¿Cómo reconocéis objetos, metas, oponentes e ideas?

El maestro de Lark no podía leerle la mente, ni percibir sus preguntas como frases separadas, pero obviamente algún sentido ingresaba en su corriente sanguínea, secretado por el cerebro de Lark cuando hacía una pregunta. Era un proceso más lento e ineficaz que el lenguaje, y suponía muchas alteraciones. Pero Lark no iba a marcharse de allí. Había tiempo.

Palpitaron objetos dentro de la cavidad, recortándose del cuerpo principal, cruzando el espacio abierto para volver a fusionarse o recombinarse con la entidad mayor. Durante un tiempo, Lark había observado que esas formas pequeñas adoptaban formas sutiles que lo educaban con sus representaciones. Ahora, de pronto, comprendió la verdad profunda que había debajo de todo.

Estos pequeños subyoes. Ellos son...

Un latido ondulante penetró en su muslo, recorriéndole la pierna y ascendiendo al torso. Era una sensación singular, y Lark comprendió que le habían puesto un nombre.

Un nombre que no podía repetir en voz alta en ningún idioma, ni siquiera en sus pensamientos, así que lo tradujo lo mejor que pudo.

Ayudantes.

En sus entornos nativos, los hidroseres no buscaban aprendizaje o realización en el exterior. Si una enorme bestia se topaba con otra podía terminar en combate, en depredación o en relación apacible, pero rara vez en compañía permanente. Los vastos vientos de un cielo joviano pronto desperdigaban a todos los conocidos. Una nueva visita era casi imposible.

Pero el crecimiento requiere desafío. Así, cuando buscaban conversación, evaluación o comprensión se volcaban hacia adentro.

Contenido por inmensas membranas, el núcleo de un hidroser natural era un oasis de calma en medio de tormentas inmensas. Podía modelar cámaras protectoras, y pequeñas subunidades florecían para flotar libremente un tiempo, relacionándose de muchas maneras con otras. Como los pensamientos y las fantasías de un humano, estos ayudantes se congregaban, conversaban o chocaban, elaborando diversas posibilidades para el bien de la totalidad.

Simulacros.

Lark miró la criatura globular que flotaba a poca distancia de la membrana. Le había parecido autónoma, pero ahora sabía que el hidro era un mero «ayudante» de algo más grande, quizá la enorme nave que se había sacrificado bajo el fuego jophur para penetrar en este lugar.

Lark recordó algo que había leído en un raro texto de galactoxenología, acerca de un tipo de hidrovida llamada zang: Su gran pasión consiste en simular el mundo, el universo, pero no mediante la matemática o la informática. Lo hacen forjando réplicas vivientes, modelos, remedos, dentro de su propio cuerpo.

Extrañamente, parecía familiar.

Como el modo en que los humanos exploramos posibilidades futuras con la imaginación.

Pero había más.

Como iniciamos la vida como pequeños sacos de agua —como células—, los oxis

debemos ascender desde abajo, mediante una compleja danza de competencia y cooperación donde nos autoimpulsamos, construyendo coaliciones y sociedades, deviniendo gradualmente criaturas capaces de dirigir el proceso, mediante la Elevación. A pesar de sus defectos, nuestra civilización galáctica es la culminación de todo eso.

Desde muchos, uno.

Los hidros lo hacen de otra manera. Son grandes al comienzo, pero la soledad los obliga a subdividirse, a buscar la diversidad en su interior.

Desde uno, muchos.

Esta comprensión le causó un vertiginoso placer. Ver las similitudes y las diferencias de otro orden de la vida era un don que nunca había soñado con recibir, algo que excedía su capacidad de pedir o anticipar.

Ansiaba compartirlo, decírselo todo a Ling, y oír sus apasionados comentarios...

Sintió una tristeza tan súbita como el placer de instantes atrás. Ambas emociones se mezclaron y la mezcla le inundó las venas, impulsada por su acelerado corazón. Poco después llegó al tubo de la pierna, y luego...

La entidad instructora tembló. El glóbulo tiritaba como evaluando las sustancias químicas despedidas por el cuerpo de Lark durante esta epifanía, cuando todo se aclaró.

Cien cavidades diminutas se abrieron en su cuerpo bulboso. En cada una de ellas brotaron e interactuaron criaturas microscópicas, fusionándose, brincando y dividiéndose frenéticamente. Lark miraba fascinado cómo el zang «pensaba» delante de él. En la práctica, era complejo y vertiginosamente rápido.

La hirviente conmoción terminó tan pronto como había empezado. Las pequeñas aberturas se diluyeron y los minúsculos subagentes fueron reabsorbidos por el cuerpo principal. El maestro de Lark palpitó...

Sintió que otra onda estimulante le penetraba la pierna, una calidez que se difundió rápidamente por sus vísceras y arterias, un modo de comunicación tan íntimo que trascendía el pudor. Simplemente existía.

Apreciación.

Así interpretó Lark, al menos, la onda molecular, esperando que no fuera una expresión de deseos.

La apreciación es bienvenida. La apreciación es recíproca.

Poco después perdió la conciencia. Un súbito sopor le indicó que sus huéspedes querían que durmiera, y durmió.

Recobró la conciencia de modo igualmente súbito. Ignoraba cuánto tiempo había pasado, pero notó que lo habían trasladado.

Ya no lo rodeaba una cámara llena de prisioneros y neblinas tóxicas. Su capullo transparente estaba en una habitación más pequeña, y también había otros cambios.

Las membranas que lo rodeaban se habían encogido para ceñirse a su cuerpo, como ropa abolsada. Lark notó que estaba de pie. Tal vez lo habían llevado caminando, haciendo que su cuerpo se moviera como una marioneta. Era una idea desagradable, pero la libertad para estirarse en vez de estar en posición fetal era compensación de sobra.

Aún no podía respirar, y el catéter del muslo aún lo alimentaba, pero el entorno parecía menos brumoso y no había esa sensación de frío. Poco a poco movió los pies para girar.

Un zang revoloteaba en las cercanías, aunque no pudo diferenciar si era su maestro. Tal vez no. Este se parecía al glóbulo guerrero que había encontrado en los corredores del Polkjhy, el ser que había irrumpido por una pared, había espantado a Rann y lo había capturado. Mirando atentamente, pudo ver algunas de las adaptaciones necesarias para proteger a los hidros en un cáustico ámbito de oxígeno. Lo cubrían gruesas capas protectoras, y conservaba la forma esférica, ideal para reducir la exposición al mínimo.

Conque ambos llevamos un traje. Vestidos para encontrarnos a medio camino. Sólo que yo todavía estoy sujeto por un cordón umbilical y vosotros podéis apagarme como una luz, cuando queréis.

Lark miró más allá del zang y vio algo que le había pasado por alto.

Una ventana que daba al exterior.

Tratando de no tropezar, se aproximó, ansiando ver las estrellas. Sería su primera visión directa del espacio desde que Ling y él quedaron atrapados en la nave jophur cuando despegó de Jijo.

Pero no miró las extrañas constelaciones sino algo mucho más extraño: un objeto que flotaba contra la negrura, parecido a una espinosa anémona de jardín jijoana, aunque de increíble tamaño. Tuvo la impresión de que ese objeto era grande como Jijo, o más.

Pronto distinguió algo más. El objeto oscuro estaba averiado. Relucían chispas en la luz rojiza que se derramaba por el tajo irregular de un hemisferio.

El Polkjhy parecía dirigirse hacia ese boquete a gran velocidad.

Antes el zang parecía haber dicho que no habían logrado capturar la nave. Quizá se hayan quedado sin recursos. Por las simulaciones gráficas, parecía que los jophurs aún dominaban los motores, las armas y el soporte vital. Quizá se dirijan a un sitio donde puedan obtener ayuda para liberarse de plagas como los zangs y yo. O bien creen que aquí encontrarán la presa que mencionó Rann, la nave terrícola que todos buscaban.

Lark miró al glóbulo guerrero. ¿Lo había llevado allí con el propósito de

mostrarle esta escena? Quizá los zangs hubieran deducido que no era amigo de los jophurs. Quizá quisieran una alianza. En tal caso, accedería con gusto... pero con una condición.

Debéis ayudarme a encontrar y liberar a Ling. Dadnos un bote salvavidas, u otra manera de escapar de aquí, para volver a Jijo o ir a un sitio seguro. Si lo hacéis, seré vuestro sabueso, y oleré y cazaré a mi propia especie.

Lark era irónico, desde luego. Sólo podía pensar en los jophurs como su propia «especie» si los comparaba con los hidros. Pero quizá la ironía fuera demasiado sutil para que los zangs la detectaran analizando su sangre.

Si vamos a ser socios, necesitaremos mejores comunicaciones.

Miró al glóbulo esperando una respuesta, o comprensión. En cambio, pareció brincar con agitación y sorpresa. Ondas de excitación nerviosa entraron en el cuerpo de Lark por el catéter.

¿Qué es? ¿Qué está pasando?

Girando, buscó una razón. Miró de nuevo a través de la ventana.

Oh, Ifni...

El acorazado se aproximaba a la esfera corrugada, dirigiéndose hacia el boquete. Lark notó que parecía hueca, y entrevió una llama redonda y compacta en su interior. No sabía cómo interpretar la escena, ni qué era la llama. Pero algo le llamó la atención.

Un borde de la ancha cavidad era sacudido por explosiones. Las gigantescas espinas se quebraban y caían en cámara lenta, disolviéndose mientras el boquete se ensanchaba.

Agujas de luz generadas en el interior de la gran estructura parecían provocar la mayoría de esos estragos. Una docena de rayos convergían en un punto, una mota, cerca del borde de la gran fisura, creando un hiriente resplandor. Los rebotes causaban la mayoría de los daños.

La mota escapaba, eludiendo los rayos mientras atravesaba la brecha a gran velocidad. Cuando un rayo la alcanzaba, la chispa relucía tan intensamente que Lark tenía que parpadear para cubrirse los ojos.

¿Qué es? ¿Qué está pasando ahí fuera?

Una vez más, se sintió como el salvaje ignorante que era. La sabiduría estaba cerca: sin duda el zang entendía esas extrañas visiones. Pero necesitaría varios miduras de pacientes espectáculos de marionetas para explicarle aun los aspectos más sencillos.

Una vibración abrupta sacudió el piso. Los amos del Polkjhy hacían algo. Reconoció el ritmo desgarrador de los armamentos. Pronto, un doble puñado de objetos relucientes se alejó de la nave, trazando un arco en el espacio, lanzándose a fantástica velocidad hacia la esfera averiada.

¿Son misiles?

Lark recordó que la Comuna de Jijo había sorprendido a los jophurs al atacar esta misma nave con toscos cohetes químicos. Presentía que esos dardos brillantes eran mucho más mortíferos.

Al principio pensó que las armas se sumaban al ataque contra la mota brillante. Pero su fulgor siguió de largo, lanzándose hacia el origen de uno de los rayos.

Otro enjambre de connotaciones emocionales atravesó el cuerpo de Lark. Esta vez fue fácil interpretar el comentario crítico del zang.

Apresurado. Imprudente. Contraproducente.

Sus maestros no aprobaban la acción jophur. Pero nada podía hacerse. Los misiles ya habían penetrado en la gran cavidad.

A falta de otra ocupación, Lark miró y esperó nerviosamente.

Poco después, los brillantes haces se apagaron uno por uno.

La mota reluciente aún volaba hacia el espacio profundo, y el Polkjhy se lanzó a interceptarla.

EWASX

Calma, anillos míos.

Cultivad, os urjo, la serena reflexión.

Acariciad la cera.

Respetad la sabiduría de nuestro líder capitán.

ES VERDAD, esa augusta pila no las tiene todas consigo últimamente. Algunos de sus anillos sufrieron heridas cuando las alimañas terrícolas infiltraron nuestro centro de mando, usando una tosca bomba para intentar un artero sabotaje.

ES VERDAD, una plaga mucho peor ha expulsado a nuestra orgullosa tripulación de varias cubiertas, obligándonos a abandonar y poner en cuarentena partes de nuestra querida Polkjhy.

ES VERDAD, los anillos de mando de nuestro líder han exhalado olores y aromas extraños, obligando a algunos anillos sacerdotales a exhalar un vaho de amotinamiento que fomentaba vapores revoltosos en la tripulación.

NO OBSTANTE, tened por seguro que yo/nosotros permanecemos leales a nuestro comandante. ¿Acaso esta pila de anillos mal encajados no fue unida como un experimento, diseñada e implementada a petición de nuestro líder capitán? Si otro jefe se hace cargo, el nuevo líder podría ordenar mi/nuestro rápido desmantelamiento.

ANILLOS MÍOS, ALGUNOS DE VOSOTROS NO PARECÉIS PROPIAMENTE EXASPERADOS POR ESA PERSPECTIVA.

Por tanto, como vuestro amado toroide maestro, permitidme recordaros (con descargas de dolor/afecto eléctrico) que un jophur no es la misma clase de ser que componíais en el primitivo Jijo, cuando juntos constituíais al sabio traeki, Asx.

Yo/nosotros/vosotros somos mucho más grandes.

Desde que intervinieron los gráciles oalies, rescatando nuestra raza de su plácida modestia, el clan jophur ha alcanzado poder y prominencia entre las razas rivales de la Civilización de las Cinco Galaxias. No es un destino que se pueda abandonar a la ligera. Y menos cuando signos y portentos auguran un inminente Tiempo de Cambios. Con cada jadura que pasa, es evidente que la fortuna puede cambiar, obsequiándonos las pistas/claves/coordenadas/reliquias que llevan en la nave lobezna de los delfines.

¡DE AHÍ MI/NUUESTRO ACUERDO CON LA DECISIÓN DEL LÍDER CAPITÁN!

Que la pila sacerdotal perore acerca de la ley y el decoro. ¿Debemos resignarnos a que incineren a los terrícolas? ¿Después de todo lo que hemos pasado, persiguiéndolos por vastos horizontes y cinco niveles de hiperespacio, con nuestra presa/trofeo a la vista, debemos permitir que asustadizos miembros del Orden Retirado destruyan el mayor tesoro del cosmos conocido?

ES VERDAD, no tenemos respaldo legal en la Galaxia Cuatro, ningún derecho formal a disparar misiles contra el refugio fractal. ¡Pero es su propia culpa! La nave terrícola y su contenido son de interés legítimo para nuestro orden de vida, siendo descendientes de los Progenitores que aún recorreremos las rutas estelares. Los retirados deberían ocuparse de sus propios asuntos, sumiéndose en pensamientos profundos y filosofías abstrusas, preparando sus linajes genéticos para la Trascendencia, no inmiscuyéndose en asuntos que ya no les incumben.

Uno por uno, nuestros proyectiles de superluz aciertan en sus blancos del habitat.

Uno por uno, los rayos desintegradores se apagan.

¡MIRAD! El último se extingue, y la nave terrícola aún acelera bajo su propia potencia.

¡Éxito!

Ahora los lobeznos se lanzan con alarmada celeridad al punto de transferencia, esperando escapar de esta trampa hacia algún ignoto santuario lejano.

Pero su esperanza es vana.

Estamos aquí, en buena posición para atacar.

{¿Pero cómo es posible?}

Nuestra segunda pila cognoscitiva hace esta pregunta, exhalando vapor de curiosidad.

En verdad, yo/nosotros nos alegramos de que los terrícolas sobrevivan a esos rayos terribles y destructores. ¿Pero cómo es posible? ¿No deberían haber sido vaporizados en cuanto fueron atacados por los haces voraces?

La misma pregunta viaja en tonos apagados entre las pilas jophurs responsables de la evaluación táctica.

Sombras pastel de atribulada preocupación relampaguean en anillos emisores de luz, mientras una bruma de preocupación ondea sobre esa porción del centro de mando. Los toroides especializados se recalientan interactuando con ordenadores, procurando resolver este enigma.

¿Cómo sobrevivió la nave terrícola al feroz ataque?

¿Es otro insidioso truco lobezno?

¿Y todavía reciben protección de los entrometidos zangs, en violación de la regla básica de que cada orden de vida debe meterse en sus propios asuntos?

¿Los respiradores de hidrógeno están dispuestos a provocar un Armagedón por asuntos que no les interesan ni comprenden?

Ahora la pila sacerdotal mayor osa retar abiertamente a nuestro líder capitán.

Avanzando en su anillo de patas, ese ilustre/sagrado ser compuesto inclina su pico oratorio en un círculo de indignada acusación.

—¡ESTO ES INTOLERABLE! AL LANZAR ESOS MISILES, TÚ/NOSOTROS HEMOS PERDIDO TODO AFECTO QUE LA COLONIA DE RETIRADOS

PUDIERA SENTIR POR NUESTRA RAZA, CLAN Y ALIANZA.

El líder capitán, tal vez intuyendo una situación precaria, replica con tono más calmo, exhalando aromas de dulce confianza.

—Pocas repercusiones habrá. Falta legal no hemos cometido, pues quienes lanzaban los rayos eran renegados, según los códigos de su propio orden de vida. Actuamos para proteger un tesoro buscado por toda CIVILIZACIÓN RESPIRADORA DE OXÍGENO.

Muchas pilas exhalan su acuerdo. Pero la pila sacerdotal no está de ánimo conciliatorio.

—¿POCAS REPERCUSIONES? LAS EXPLOSIONES AÚN SACUDEN EL HABITAT DONDE CAYERON NUESTROS MISILES. ¡LA GRAN ESTRUCTURA CORRE PELIGRO!

Una cuestión grave, sin duda. Pueden sobrevenir pleitos legales que se arrastrarán por los tribunales durante miles o millones de años. No obstante, nuestro glorioso comandante exhala aromas tranquilizadores.

—El tejido social y físico de este habitat ya estaba rasgado por la mera presencia de terrícolas patógenos. Que todas las pilas lo tengan en cuenta: nuestra biblioteca de a bordo ha bajado datos demográficos de este macro-hábitat. Observad que la mayoría de sus habitantes ya ha partido. Algunos huyeron a otros retiros, lejos de las peligrosas olas de pasión de las razas más jóvenes. Otros han escogido abandonar el retiro. Se unen a nuestro ORDEN DE VIDA, BUSCANDO COMPAÑÍA ENTRE SUS EX PUPILOS, VOLVIÉNDOSE NUEVAMENTE ACTIVOS EN EL FLUJO-TORBELLINO DE LA CIVILIZACIÓN DE LAS CINCO GALAXIAS. UNA TERCERA PORCIÓN DE REFUGIADOS SE HA MUDADO. PARTEN ANTES DE TIEMPO HACIA LOS REINOS TRASCENDENTES.

Un reverente silencio saluda la declaración de nuestro comandante. Dentro de esta pila, entre mis/nuestros anillos, hay breve unanimidad. Desde el toroide maestro hasta el más humilde y grasiento residuo del viejo Asx, hay acuerdo en una cosa: para yo/nosotros/vosotros es un privilegio vivir en estos tiempos, participar en estos portentos, ver/observar/conocer acontecimientos que serán leyenda en el lejano porvenir.

—Así como la cáscara vacía de un huevo de outut —continúa nuestro líder capitán—, este habitat es menos importante de lo que parece. Algunos BILLONES PERMANECEN EN ESOS TORTURADOS SECTORES. NO NOS PREOCUPEMOS MÁS, PUES, POR SU DESTINO. TODA COMPENSACIÓN QUE SE NOS EXIJA SE PAGARÁ SIN ESFUERZO CON NUESTRA RECOMPENSA, CUANDO CAPTUREMOS LA NAVE TERRÍCOLA Y LA SELLEMOS CON CERA JOPHUR.

Los seguidores del líder capitán ovacionan, emitiendo nubes de aroma alegre. No

obstante, mi/nuestra aportación a la aclamación es débil y poco entusiasta. Algunos de vosotros, anillos míos, tiernos y compasivos como un traeki, os preocupáis por la suerte de esos pocos «billones».

La pila sacerdotal mantiene su condena.

—¡CUÁNTA NECEDAD! ¿HABÉIS OLVIDADO NUESTRAS DIFICULTADES? AQUÍ ESPERÁBAMOS ENCONTRAR AYUDA PARA LIBERAR AL POLKJHY DE SUS PLAGAS HUMANA Y ZANG. ¡AHORA JAMÁS RECIBIREMOS SEMEJANTE SOCORRO!

Nuestro líder capitán sisea, irguiéndose en la tarima de mando, perdiendo la paciencia. Los subalternos retroceden consternados.

—Esa situación está bajo control. La plaga zang está aislada. Mientras SE SOSTENGA LA CUARENTENA, NUESTRA PRIORIDAD ES CAPTURAR LA NAVE TERRÍCOLA.

Otros pueden impresionarse, pero la pila sacerdotal no se deja intimidar por los gritos ni los gestos físicos. En cambio, esa reverenciada pila se acerca aún más.

—¿Y QUÉ HAY DE LAS COMUNICACIONES? HABÍAMOS PLANEADO USAR EL HIPERCORREO LOCAL PARA COMUNICARNOS CON NUESTRO CLAN/ALIANZA. AHORA ESOS SERVICIOS ESTÁN ARRUINADOS. ¿CÓMO INFORMAREMOS A LOS SUPERIORES ACERCA DE NUESTROS DESCUBRIMIENTOS/OPORTUNIDADES EN JIJO? ¿CÓMO BUSCAREMOS AYUDA PARA PERSEGUIR A LOS TERRÍCOLAS?

Pilas de anillos subordinados se alejan de esta confrontación entre augustas pilas que ahora se rozan con sus magníficos y grasientos toroides. Vapores densos y compulsivos chocan y giran alrededor de ellos, llevando confusión a todo jophur menor que sea abofeteado por la corriente. Irguiéndose, cada augusto señor trata de imponerse sobre el otro.

Desde un punto de vista privilegiado, a poca distancia, yo/nosotros percibimos que el líder capitán usa un apéndice para extraer un arma oculta. Temblores nerviosos recorren nuestro núcleo grasiento.

ANILLOS MÍOS, ¿DISPARARÁ?

De pronto, el tenso cuadro se interrumpe. Signos y palabras del oficial táctico sobrevuelan el acre hedor como un viento helado, recordándonos nuestro propósito.

—¡La nave terrícola está a nuestro alcance! Pronto pasará cerca, dirigiéndose al nexo de transferencia. La intercepción/oportunidad alcanzará su punto óptimo en noventa duras.

Como dos volcanes enfrentados que no se deciden a hacer erupción, nuestros grandes señores retroceden. Sus pilas se apaciguan y dejan de exhalar vapores de odio.

No es preciso decir ciertas cosas. Si ahora tenemos éxito, ninguna recompensa se

negará a estos tripulantes ni a sus líderes. Ningún indulto será negado.

Los sensores indican que el espacio está lleno de escombros. También se ven naves que despegan del habitat, procurando escapar hacia el punto de transferencia local.

Cautelosamente, buscamos amenazas entre estas señales, naves de guerra u otras entidades que pudieran interferir, como los glóbulos zangs, la última vez que los terrícolas parecían a nuestro alcance. Escrutamos cada nave, pero ninguna está en posición favorable ni tiene potencia suficiente como para interponerse.

Y los lobeznos no intentan ocultarse entre estos refugiados, usándolos como señuelos. La treta no funcionaría como en Jijo, pues los hemos tenido a la vista desde que se apagaron los rayos desintegradores. Obviamente, lo saben también, pues su único objetivo parece ser acelerar. Dejarnos atrás. Encontrar refugio en el punto de transferencia.

Para llegar allí, deben pasar frente a nosotros. No parecen tener muchos factores a su favor.

Sin embargo (señala nuestro segundo anillo cognoscitivo), durante tres años los lobeznos y sus pupilos han sido escurridizos. Siempre dispuestos a utilizar estrategias dignas de los tymbimis, han frustrado los esfuerzos de las grandes alianzas militares. Ahora cunde el rumor de que las lentas fuerzas de la moderación comienzan a alzarse en varios sitios de las Cinco Galaxias. Si eso sucede —si los terrícolas manipulan una demora tras otra—, es imposible saber qué harán los pargis y otros espectadores cautos.

Sí, anillos míos. Nuestra cera desborda de preocupaciones. ¿Pero eso no acrecentará nuestra gloria, cuando los jophurs triunfemos donde otros fracasaron?

La Polkjhy lanza un ultimátum, similar al que los terrícolas recibieron antes, cuando los buscábamos con haces y bombas bajo las aguas de Jijo.

Rendíos y entregad vuestros tesoros. A cambio, nuestra poderosa alianza salvaguardará la Tierra. La tripulación de delfines será encerrada, pero sólo por mil años de sueño congelado. Al vencer ese plazo, serán libres en una nueva y reformada Civilización de las Cinco Galaxias.

Una vez más, la única respuesta es un insolente silencio.

Preparamos las armas.

—La dinámica de la nave terrícola está degradada —explica una pila táctica—. Todavía lleva un exceso de masa, contaminación del casco adquirida por la exposición al hollín de la gigante roja.

El Polkjhy también pasó por esa niebla contaminante. Pero los terrícolas sólo pueden pagar naves rudimentarias, mientras que la nuestra es superior y está equipada para despedir átomos indeseados.

{¿De veras?} {¿Entonces cómo pudieron abordarnos los zang?}

¡SILENCIO, ANILLOS MÍOS!

Envío descargas eléctricas de coerción por mis tentáculos de control, instando a nuestro segundo anillo cognoscitivo a meterse en sus propios asuntos.

La nave, a pesar de su degradación, se desplaza ágilmente y parece estar bien pilotada. Nuestro primer disparo de advertencia yerra por mucha distancia, y no es tomado en serio.

Entretanto, las pilas tácticas se preguntan cómo sobrevive esa nave.

Una facción alega que el ataque que presenciamos —rayos desintegradores de escala planetaria convergiendo en una nave diminuta— tiene que haber sido una treta. Un gárrulo espectáculo de luces, destinado a aparentar que los terrícolas estaban condenados, a persuadir a otros atacantes de replegarse mientras ellos aceleraban. Esta asombrosa sugerencia es la opinión de la mayoría de nuestros tácticos, aunque así nuestro ataque misilístico parece necio en retrospectiva.

{Detrás de nosotros, el gran habitat aún tiembla con esos impactos y otras heridas que se infligió a sí mismo.}

Esta explicación parece evidente por el hecho de que la nave aún resiste. Pero una minoría aconseja cautela. Podemos haber visto algo real. Un acontecimiento alarmante.

Nuestro segundo disparo de advertencia es más preciso. Pasa a media nave de distancia del morro de nuestra presa.

—Hay una diferencia que nos preocupa.

Así anuncia una pila cuyo deber es monitorear la situación del enemigo.

—El blanco resuena extrañamente. Su perfil de hipervelocidad no es el mismo que tenía cerca de la gigante roja, y hay reflejos insólitos en el Casco.

A petición de nuestro líder capitán, se realizan sondeos profundos, confirmando que la presa es del mismo tipo y modelo. Las emanaciones de los motores son idénticas. Los detectores psi buscan filtraciones en los escudos, y huelen una reveladora espora terrícola.

Luego, en magnificación alta, yo/nosotros vemos al fin el casco...

¡Cómo brilla, anillos míos!

Ya no está negro como el espacio, sino que reluce con una perfección que sólo vemos en naves recién salidas de los astilleros.

Una perfección mayor, pues cuando refleja la luz de las estrellas, cada imagen parece más brillante que la original.

¿Qué significa esto?

Nuestra pila sacerdotal exhala humo.

—DESPUÉS DE TODO LO QUE HEMOS PASADO, Y TODO LO QUE HEMOS VISTO, SÓLO UN ZOPENCO SIN REMEDIO NO ESPERARÍA

NUEVAS TRETAS/HAZAÑAS/MILAGROS. SÓLO UNA PILA MAL GESTADA/MAL ARTICULADA NO HABRÍA PEDIDO AYUDA.

Nuestro líder capitán tiembla, posándose cautamente en la tarima de mando. Su tope exhala chorros de humo de preocupación.

Al fin, imponiendo rigidez a sus anillos, el augusto comandante ordena una descarga de un décimo de potencia, destinada a restar capacidad de vuelo a la nave terrícola.

Entonando una canción de batalla, el Polkjhy ataca, lanzando rayos de fuerza formidable, destinados a cercenar tres rebabas probabilísticas de nuestra presa. Feroces energías atraviesan la brecha que separa ambas naves y dan en el blanco.

NO HAGÁIS PREGUNTAS, ANILLOS MÍOS. SÓLO HACED LO QUE DIGO.
Id despacio, sigilosamente, hacia la puerta.

Eso es. Pisad con cuidado, sin ruido indebido. No proyectéis sombras-colores. No exhaléis vapor de angustia.

Ahora, mientras el resto de la tripulación está distraída por el drama/tragedia, vámonos en silencio, como el humilde traeki que yo/nosotros fuimos.

Respondiendo a nuestra clave aromática, la escotilla se abre, permitiéndonos salir de la sala de mando. Con sensores oculares vueltos hacia atrás, yo/nosotros vemos que nuestros camaradas jophurs se debaten en una niebla de toxinas de miedo/angustia.

La peor humareda se eleva de un charco de cera y grasa ardiente, los llameantes residuos de nuestro ex líder capitán.

Las pilas sacerdotales no tenían mucha opción. Cuando falló nuestro rayo —sus energías disipadas y absorbidas por la nueva piel de la nave terrícola—, el cambio de mando/administración fue inevitable.

Tan inevitable como la difusión de la métrica espacial en un universo en expansión.

Claro que la persecución no ha terminado. Nuestra posición es favorable. La nave terrícola no puede evadirnos y nosotros podemos mantener el contacto dondequiera que vaya. El Polkjhy tiene una amplia rama de la Biblioteca Galáctica. Hurgaremos en su sabia memoria y sin duda encontraremos la treta que utilizaron, y la desventaja que nos ayudará a neutralizarla.

Ah, anillos míos, eso le servirá de poco a esta pila mestiza de partes mal ensambladas.

Mientras el Polkjhy sigue en piloto automático —aproximándose a la nave terrícola mientras ambos nos lanzamos hacia el punto de transferencia—, el realineamiento del poder ejecutivo comienza con las pilas que demostraron mal criterio al permanecer excesivamente leales a nuestro ex comandante. En algunos casos, sólo habrá remoción y nuevo nombramiento. En otros, habrá reemplazo del

toroide maestro.

Pero el pobre Ewasx fue la inspirada invención del viejo líder capitán. En el mejor de los casos, nuestros anillos serán conservados como repuestos para soldados heridos en la lucha contra los zang. En el peor, serán reducidos.

Ahora agradezco las destrezas primitivas que adquiristeis como irruptor/salvaje/traeki. Vuestros movimientos son admirablemente sigilosos, anillos míos. Sin duda, sabéis ocultaros mejor que un jophur.

Mientras la escotilla se cierra, buscamos rápidamente un refugio tranquilo donde podamos contemplar la cera y reflexionar sobre el dilema de la supervivencia.

DIARIO DE ALVIN

—Os acostumbraréis a estas cosas al cabo de un tiempo.

Estas palabras, dichas por Gillian Baskin, aún resuenan en mis vértebras mientras escribo algunas impresiones apresuradas de nuestros últimos momentos cerca del Mundo Fractal.

Será mejor que me apesure. Ya siento el aumento de la presión en mis nervios hoons mientras el Streaker se zambulle en los «límites de dominio» que se rizan dentro de un punto de transferencia. Pronto esta náusea espantosa me impedirá trabajar. Así que trataré de describir rápidamente las cosas terribles que he presenciado.

Lo más extraño de todo fue la voz de la doctora Baskin, llena de una profunda resignación que parecía más propia de un jijoano que de una diosa estelar. Como uno de nuestros sabios leyendo, en los Rollos Sagrados, un pasaje que profetizara inevitables tribulaciones. En sus labios, lo imposible parecía estremecedoramente viable.

—Os acostumbraréis a estas cosas...

Mientras los campos de transferencia se cierran en derredor —mientras la náusea me causa escalofríos en toda la piel— sólo puedo esperar que eso nunca ocurra.

Lo dijo hace menos de un midura, mientras miraba lo que habíamos logrado.

Un logro que no buscábamos.

Un desastre que ocurrió sólo porque estábamos allí.

Los que recorrían la sala de navegación observaban dos vistas del Mundo Fractal, presentadas en pantallas gigantescas, ambas totalmente diferentes, y ambas oficialmente «ciertas».

Siendo un salvaje de Jijo que obtuvo sus impresiones del vuelo espacial leyendo libros terrícolas del siglo veintidós, anterior al Contacto, las cosas me resultaban confusas. Muchos de esos textos daban por sentado que el viaje más rápido que la luz era imposible. O bien, en las novelas del espacio, los autores daban la velocidad ultralumínica por sentada. De un modo u otro, los hechos eran simples, pasaban cuando pasaban, y cada causa era seguida por sus efectos.

¡Pero la pantalla de mi izquierda mostraba que el tiempo retrocedía!

Mi autoescriba me lo explicó, y espero transmitirlo con exactitud. Parece que cada microsegundo, mientras el Streaker regresaba al espacio normal desde el Nivel C, los fotones chocaban contra el telescopio de popa, brindando una imagen de la enorme estructura Criswell que se empequeñecía a medida que huíamos. Las imágenes también eran más viejas a medida que dejábamos atrás sucesivas oleadas de

luz. Según la enrevesada lógica de Einstein, estábamos retrocediendo en el tiempo.

Miré fascinado mientras el habitat recobraba la salud ante mis ojos. Las zonas dañadas se reconstruían. La espantosa herida se cerraba. Y las chispas indicaban naves de refugiados que aparentemente iban a casa.

El espectáculo afectó de distinto modo a cada uno de mis amigos.

Huck se echó a reír. Ur-ronn relinchó tristemente, y Pinzón no dejaba de lanzar exclamaciones de asombro.

No podía culparlos. La secuencia era tan conmovedora como hilarante.

A la derecha, Sara y Gillian observaban otras imágenes, detectadas por hiperonda cada vez que entrábamos en el Nivel C. Aquí mi impresión era de turbadora simultaneidad. Esta pantalla parecía revelar lo que sucedía ahora en el Mundo Fractal. El tiempo parecía adelantarse, y veíamos las consecuencias de nuestra fuga.

Los efectos de cada causa.

Claro que las cosas son mucho más complicadas. Esa imagen oscilaba, por ejemplo, como el borrador de un relato inconcluso.

Sara me lo explicó de este modo:

—Los fotones llevan verdades lentas, Alvin, mientras que las rápidas hiperondas llevan probabilidades.

Así que esta imagen representaba sólo el panorama más probable. Siempre quedaba la posibilidad de que no fuera cierto. Quizá las cosas no sucedieran de ese modo.

Por Dios, Ifni y el Huevo. Todavía ruego que así sea.

Lo que vimos a través de la estática fue una estremecedora historia de rápido deterioro.

Más de una laceración mutilaba ahora la gran esfera. Su frágil piel se desprendía de varias heridas nuevas. Esas nuevas fisuras se difundían, ramificándose a ojos vistas, y cada cual derramaba luz solar del color de la sangre urs.

Cientos de rizos se habían desprendido, rodando a medida que más fragmentos caían hacia el espacio. Más vale ni pensar cómo serían las cosas en el interior de ese gran almacén. Un millón de ventanas del tamaño de Jijo se astillaban, exponiendo bosques, estepas y mares al vacío.

La pantalla de hiperonda se actualizaba convulsivamente, a veces como si rastreara o revisara una imagen anterior. De un momento al otro, una devastación que había estado en un sitio se desplazaba súbitamente a otro. Ningún detalle parecía fijo ni determinado. Pero la tendencia era la misma.

Sentí zarpas en la espalda cuando el pequeño Huphu y Pies de Barro, el tytlal, se treparon a mis hombros, frotándose contra mí, pidiendo una canción para ahuyentar la melancolía. En parte por aturdimiento, respondí con la versión familiar de la Endecha del Tránsito Inadvertido, un gutureo tan antiguo que quizá sea anterior a la

Elevación de los hoons y se haya originado antes que nuestros cerebros pudieran aprehender todo el potencial de la desesperación.

Conmovida por esa grave resonancia, la doctora Baskin miró mi vibrante saco laríngeo. Me han dicho que los humanos que viajan por las estrellas no simpatizan con los hoons, pero Sara Koolhan le susurró al oído y Gillian cabeceó aprobatoriamente.

Obviamente comprendía.

Pocos duras después, cuando concluí, el holograma Niss se manifestó, caracoleando en el aire.

—Kaa informa que estamos a diez minutos de la inserción T.

La doctora Baskin asintió.

—¿Hay cambios en las inmediaciones?

Su asistente digital pareció girar despreocupadamente.

—Nos sigue una multitud de naves diversas —dijo—. Algunas son robóticas, una mayoría alberga refugiados que respiran oxígeno, llevando emblemas de salvoconducto del Orden Retirado. Y todos ellos se mantienen a prudente distancia del acorazado jobbur. —La Niss hizo una pausa antes de continuar—. ¿Estás segura de que deseas fijar rumbo a Tanith?

La mujer se encogió de hombros.

—Escucho otras sugerencias. Parece que lo hemos intentado todo, y eso incluye ocultarse en el rincón más oscuro del universo... sin intención de ofender, Alvin.

—No me ofende —respondí, pues su descripción de Jijo era indudablemente cierta—. ¿Qué es Tanith?

—Es un planeta —respondió la máquina Niss— donde existe una jefatura de sector del Instituto de la Biblioteca. El más cercano a la Tierra. El capitán Creideiki se proponía llevar nuestros descubrimientos a ese sitio, pero fuimos víctimas de una cascada de violencia y traición. A falta de otras opciones, la doctora Baskin cree que debemos retomar el plan original.

—Pero creí que ya habíais intentado rendiros a los Institutos. En ese lugar llamado Wakka...

—Oakka. En efecto, hace dos años eludimos la persecución de despiadadas flotas para realizar ese intento. Pero la locura que barría nuestra civilización nos precedió allí también. Monjes de las cofradías monásticas y burocráticas traicionaron sus juramentos de neutralidad y prefirieron responder a antiguas lealtades. En parte motivados por antiguas rencillas, o bien por las enormes recompensas que varias alianzas fanáticas ofrecían por la captura del Streaker, intentaron capturarnos para entregarnos a sus parientes.

—Entonces los Institutos no eran dignos de confianza. ¿Qué ha cambiado ahora?

La doctora Baskin señaló una pantalla más pequeña.

—Eso ha cambiado, Alvin.

Señaló el acorazado jophur. La enorme nave se nos pegaba como un mal olor, siguiéndonos de cerca desde que su primer ataque falló. Aun con Kaa al timón, los delfines consideraban improbable que la perdiéramos. Sería más fácil deshacerse de nuestra sombra en un día soleado.

—Nuestras órdenes son claras. En ninguna circunstancia podemos permitir que una facción se apropie de nuestros datos.

—¿Entonces iremos a uno de los puertos más activos de Galaxia Dos? —preguntó la Niss, dubitativa o sarcásticamente.

Pero la doctora Baskin no se inmutó.

—¿No es nuestra mejor oportunidad? Dirigirnos a un lugar atestado, con mucho tráfico y naves de tamaño suficiente para enfrentarse a ese acorazado. Además, existe la posibilidad de que Oakka fuera una excepción. Una anomalía. Quizá los funcionarios de Tanith recuerden su juramento.

La Niss expresó su duda con un sonido descortés.

—Lo dudo mucho. Aunque la mera sorpresa podría provocar la acción de la cauta mayoría de clanes galácticos, que hasta ahora se han mantenido al margen, petrificados por la indecisión.

—Ése ha sido nuestro sueño. Y podría suceder, si suficientes sinthios, pargis y sus aliados tienen naves en la zona. ¿Por qué no intercederían, en respaldo de la tradición y el derecho?

—Tu optimismo es uno de tus mayores encantos, doctora Baskin —dijo la máquina Niss—. Crees que los moderados pueden tomar una decisión rápida, cuando el compromiso puede exponerlos a un peligro mortal.

»Es claro para todos que se aproxima un Tiempo de Cambios. Están pensando en la supervivencia de su raza. La justicia para los lobeznos no será su prioridad. Lo más probable es que nuestra brusca aparición provoque un combate entre todos sobre Tanith, haciendo que Kithrup parezca una mera escaramuza. Recordarás que las flotas que sitian la Tierra están a dos saltos de Tanith. En menos de un día estándar podrían converger...

—¿Abandonando el sitio de la Tierra? Pues eso valdría la pena.

El holograma Niss tensó sus líneas giratorias.

—Aún no afrontamos el meollo de la cuestión, doctora Baskin. Nuestro destino importa poco. Los jophurs no nos dejarán llegar a Tanith. Puedes estar segura.

Sara Koolhan habló por primera vez.

—¿Pueden detenernos? Lo intentaron una vez y fracasaron.

—Ay, sabia Koolhan, nuestra aparente invulnerabilidad no puede durar —dijo la Niss—. Cogimos a los jophurs por sorpresa, pero ahora están examinando su base de datos, buscando el defecto de nuestra maravillosa armadura.

Se referían al reluciente manto que ahora cubría el casco del Streaker.

Como ignorante jijoano, yo no sabía por qué el revestimiento era tan especial, aunque recuerdo vividamente el momento en que enjambres de máquinas lo sellaron, figuras oscuras que luchaban enigmáticamente por nuestro destino, sin molestarse en buscar el consentimiento de un cargamento de lobeznos e irruptores.

Los últimos en enfrentarse fueron dos conjuntos de gigantescos robots de reparaciones.

Los de la popa trataban de obtener carbono del casco del Streaker, y el otro equipo transformaba el hollín estelar en una capa que relucía como el vidrioso Flujo Espectral.

Ambos grupos intercambiaron relámpagos. Impulsos de directivas meméticas, definió la Niss esos estallidos, aconsejándonos que no mirásemos, pues nuestro cerebro podía contagiarse.

En cuestión de duras, el enfrentamiento terminó sin que ninguna máquina sufriera daños. Pero un grupo debía haber cambiado abruptamente de parecer.

De pronto unidos en sus propósitos, ambos equipos de robots se pusieron a trabajar, completando la transformación del Streaker justo a tiempo, antes que golpeará el primer rayo desintegrador.

—¿Quién dice que hay un defecto? —preguntó la doctora Baskin—. Somos invulnerables, al menos para rayos de largo alcance.

Ahora parecía confiada, pero recuerdo que Gillian, Sara, Tsh't y los demás se sorprendieron de estar vivos cuando se inició el ataque. Sólo el ingeniero tullido, Emerson d'Anite, asintió con un gruñido, como si lo hubiera esperado.

—No hay defensas perfectas —replicó la Niss—. Cada armamento está registrado y archivado en la Gran Biblioteca. Si una técnica parece sorprendente o milagrosa, puede ser porque fue abandonada tiempo atrás por buenos motivos. Una vez que los jophurs descubran esos motivos, nuestro nuevo escudo pasará a ser una desventaja.

A los humanos y delfines les disgustaba esta lógica, y no diré que a mí me agradaba. ¿Pero quién podía refutarla? Aun los irruptores sabemos una de las perogrulladas básicas de la vida en las Cinco Galaxias...

Si algo no figura en la Biblioteca, es casi ciertamente imposible.

Aun así, nunca olvidaré esa ocasión, cuando los robots terminaron su tarea y se marcharon, dejando la maltrecha nave tan brillante como una joya. El Streaker giró para huir por el gran boquete del Mundo Fractal, y de pronto grandes lanzas de luz destructiva lo bañaron desde varias direcciones al mismo tiempo. Las alarmas rugieron y cada rayo energético parecía empujarnos con fuerza titánica.

Pero no ardimos. En cambio, nos rodeaba un extraño ruido, como el gruñido de un leviatán submarino. Huck replegó todos los ojos. Pinzón recogió las cinco patas, y Ur-ronn contrajo el largo pescuezo, lanzando un aullido urs.

Todos los instrumentos enloquecieron... ¡pero no ardimos!

Pronto la tripulación estuvo de acuerdo con la evaluación inicial de Hannes Suessi, quien decretó que los rayos desintegradores debían de ser falsos.

Una vistosa demostración, destinada a ahuyentar a nuestros enemigos y dejarnos escapar. Ninguna otra respuesta explicaba nuestra supervivencia. Es decir, hasta que los jophurs nos atacaron poco después, y sus abrasadores rayos también desaparecieron con el mismo gruñido misterioso.

Entonces comprendimos.

Alguien nos había hecho un favor, y no sabíamos a quién agradecerlo. Ni si esa bendición encubría algún futuro infortunio.

Una voz llamó por el interfono.

—Inserción de transferencia... treinta segundos.

Los de la sala de navegación miraron la pantalla de proa, una maraña tenebrosa, la primera de una serie que nos llevaría lejos de la Galaxia Cuatro, hacia reinos distantes que mis amigos y yo sólo habíamos oído nombrar en leyendas y relatos sobre los dioses. Pero mi digestión hoon ya anticipaba la náusea. Recuerdo haber pensado cuánto mejor me sentiría a bordo del transporte de escoria de mi padre, tensando drizas y gutureando con la feliz tripulación, con el cálido viento de Jijo en la cara y la espuma salobre cantando en las velas.

Ante la pantalla hiperonda descubrí a otra persona menos interesada en el sitio adonde íbamos que el lugar que dejábamos. Emerson, el ingeniero, que llevaba un rewq sobre los ojos y me saludó con una sonrisa.

Respondí agitando el saco laríngeo.

La borrosa imagen del Mundo Fractal titilaba como un huevo del tamaño de un sistema solar, a punto de engendrar una criatura joven, caliente y feroz.

Una roja luz solar atravesaba los agujeros y fisuras, mientras chispas crueles hablaban de vastas explosiones que sacudían toda la estructura, haciendo ondular la atormentada esfera.

Emerson suspiró, y me sorprendió con una sencilla frase en inglés que expresaba un pensamiento notable.

—Bien... fácil de ganar... fácil de perder...

Pies de Barro parloteaba en mi hombro mientras los motores del Streaker aceleraban para afrontar la tensión de la transferencia. Pero aún clavábamos los ojos en el desdichado Mundo Fractal.

De pronto la esfera estalló, disgregándose en mil astillas curvas, algunas de las cuales se precipitaron hacia el negro espacio mientras otras caían hacia el interior.

Liberada después de quinientos millones de años de servidumbre, la estrella chisporroteaba como celebrando cada nuevo fragmento de desechos: la sustancia que le habían robado volvía a casa.

Libre de nuevo, lanzó fuegos de artificio contra el firmamento.

Llené mi saco laríngeo y me puse a guturear un trenodio, un réquiem hoon para los que han muerto en el mar, cuyas vértebras cardíacas no se recobrarán nunca.

Las escalofriantes palabras de Gillian Baskin me acechaban: Os acostumbraréis al cabo de un tiempo.

Sacudí la cabeza como un humano.

¿Acostumbrarme a esto? Por Ifni, qué desgracias habrán sufrido los terrícolas para que esto les parezca rutinario.

Pensar que una vez miraba las estrellas con añoranza, y ansiaba aventuras.

Por primera vez comprendí una de las principales lecciones predicadas por los rollos más antiguos de Jijo.

En este universo, el reto más difícil es la supervivencia.

TERCERA PARTE

EL GRAN ESCARIFICADOR

A NUESTROS CLIENTES DE LAS CINCO GALAXIAS

La Agencia de Apuestas Saent ha suspendido provisionalmente la aceptación de apuestas relacionadas con el sitio de la Tierra. Aunque aún predecimos el colapso inminente de las fuerzas aliadas que defienden el mundo natal de los lobeznos, las condiciones han vuelto a ponerse demasiado fluidas como para que nuestras máquinas de predicción dinámica puedan proyectar probabilidades razonables.

Para los que ya participan en una apuesta, las probabilidades siguen fijas en veinte a uno para la conquista del planeta dentro de una órbita solar (tres cuartos de un año tarnith), catorce a uno para la rendición dentro de un cuarto de órbita, cinco a dos a favor de un «lamentable accidente» que puede volver inestable el ecosistema y conducir a la extinción orgánica de las razas lobeznas, quince a dos a favor de que los humanos y sus pupilos sean adoptados por la fuerza por uno de los grandes clanes que ahora sitian el planeta, como los soros, los landiu, los klermaths o los jouourouous.

A pesar de estas probabilidades engañosamente parecidas, varios factores fluctuantes contribuyen a un elevado nivel de incertidumbre:

1) Las traiciones y realineamientos continúan entre los poderosos clanes y alianzas que ahora imponen el sitio. Sus fuerzas combinadas ya habrían derrotado a los defensores humanos, tymbrimis y thennanios si pudieran ponerse de acuerdo en cómo repartir los despojos resultantes. En cambio, cruentas e imprevisibles luchas entre los sitiadores (a veces incitados por astutas maniobras terrícolas) han demorado la aproximación a la Tierra y han vuelto la predicción más difícil que de costumbre.

2) La turbulencia política en las Cinco Galaxias se ha acelerado inusitadamente. Por ejemplo, se ha celebrado finalmente una muy demorada asamblea de la Liga de Razas Moderadas, con un orden del día notablemente escueto: cómo encarar la desmedida ambición demostrada últimamente por las alianzas galácticas más

fanáticas.

Concluidas las formalidades preliminares, es posible que la Liga presente advertencias oficiales al Instituto de Guerra dentro de un año tanith. La formación de su flota de combate coordinada puede comenzar sólo un año después de eso. Además de la Liga, se están organizando varias confederaciones de clanes «moderados». Si esta actividad se sostiene (sin nuevas interferencias de la diplomacia soro), revelaría una celeridad sin precedentes por parte de los sectores moderados de la sociedad oxi. Aun así, llegarán demasiado tarde para salvar la Tierra, pero quizá logren rescatar algunas poblaciones humanas residuales.

3) Hace medio tanith que no hay informes sobre el avistamiento de la tristemente famosa nave estelar tripulada por delfines. Si los fugitivos, contra todas las probabilidades, lograran llevar sus tesoros a un refugio neutral —o bien demostrar que las reliquias son inofensivas—, esta crisis podría resolverse antes de desencadenar una guerra universal en la civilización de razas respiradoras de oxígeno. Por supuesto, esto pondría fin a nuestra actual normativa de aceptar apuestas sólo sobre adelantos en efectivo.

4) El tráfico comercial estelar, ya afectado por la llamada «Crisis Streaker», ha padecido últimamente «condiciones agitadas» en todos los niveles hiperespaciales. Al menos treinta de los más importantes puntos de transferencia han experimentado tensiones en las hebras. Aunque los Institutos lo atribuyen a «tiempo anormal en el hiperespacio», algunos lo perciben como otro presagio de una transición venidera.

5) El crecimiento continuo del fanatismo sociorreligioso —incluido el repentino resurgimiento del interés en el Culto de Ifni— ha surtido un efecto deletéreo en el negocio de los corredores de apuestas de las Cinco Galaxias. Dados los gastos adicionales (defender nuestros asentamientos del ataque de flotas de fanáticos predeterministas), hemos debido aumentar nuestra comisión sobre todas las apuestas.

Ni siquiera la Agencia de Apuestas Saent puede continuar con sus negocios como de costumbre de cara al profetizado Tiempo de Cambios.

HARRY

Epa, pensó. Ésta será difícil.

Harry anuló el ordenador de guía para proteger sus circuitos durante la transición. Las ventanas se cerraron y él se preparó para pasar a otra región del Espacio E. Hacía tiempo que la habían declarado intransitable.

Me lo merezco por presentarme como voluntario. Wer'Q'quinn dice que es una «misión especial». Pero cuanto más avanzo, más parece una misión suicida.

Al principio no parecía pasar nada. Sus instrumentos oficiales eran inútiles o indignos de confianza, así que Harry miraba su improvisado verímetro. Consistía en una pajarita con forma de cisne que temblaba sobre una aguja de metal puro que había sido extraído de la superficie de una estrella de neutrones. Al menos, eso sostenía el buhonero que se lo vendió en el bazar de Kazzkark. Observó nerviosamente el papel plegado que se estiraba y temblaba. Apenas podía imaginar lo que sucedía en el exterior, mientras la objetividad se derretía alrededor de la nave.

Harry se rascó el cuello y el pecho con manos trémulas. El cisne trepidaba como tratando de recordar cómo volar...

Tuvo una súbita sensación de caída. Su estómago dio un vuelco. Sintió golpes y contoneos violentos, como en un barco agitado por un mar borrascoso. Aferró los brazos del asiento. Las correas le mordieron las piernas y los hombros.

Una vibración sacudió la cubierta, el zumbido de un ancla de realidad que se activaba automáticamente. Un sonido enervante, que sólo se producía cuando las medidas de seguridad eran probadas al límite. A veces un ancla no impedía que los vientos de causalidad aleatoria arrojaran la nave contra bancos de probabilidad no reificada, o que transformaran un cuerpo en algo que prefería no ser.

A veces funcionaba.

Ojalá pudiéramos usar cámaras de TV, para ver qué sucede.

Por razones sólo comprensibles para los sabios galácticos, los seres vivientes que entraban en el Espacio E sólo podían comprender los hechos de primera mano, y a su propio riesgo.

Afortunadamente, cuando Harry temía que su última cena estuviera por sumarse a los platos y cubiertos del piso, los bamboleos se aplacaron. En pocos segundos sólo quedó un suave vaivén.

Miró de nuevo el improvisado verímetro. El cisne de papel parecía estable, aunque ambas alas habían adquirido nuevos pliegues que él no recordaba.

Harry se desabrochó cautelosamente y se levantó. Avanzando con las manos extendidas, llegó al cuadrante de proa y levantó una persiana.

Jadeó y saltó hacia atrás, asustado.

La plataforma estaba suspendida, al parecer sin apoyo, sobre un vasto paisaje.

Tragando saliva, echó otro vistazo.

Su punto de vista se mecía a izquierda y derecha, como la perspectiva de un hombre colgado, absorbiendo un vasto y borroso dominio de insondables distancias y tremendas alturas. Torres gigantes, abruptas y simétricas, se distinguían más allá de la bruma que se elevaba de una planicie.

Harry miró sin aliento hasta asegurarse de que la superficie no se acercaba. No había sensación de caída. Algo parecía sostenerlo a esta altitud.

Era hora de averiguar qué era. Caminó por la cubierta de observación, y en el panel trasero vio qué impedía una caída fatal.

La estación colgaba en el extremo de un filamento reluciente que sobresalía de un orificio que él nunca había visto. Pero las conocidas rayas azules sugerían que debía de ser el ancla de realidad, manifestándose de modo bastante conveniente.

En el extremo alto, el ancla parecía enganchada en el borde de un plano que se estiraba a la derecha. A la izquierda, un retazo de cielo abierto se extendía más allá del semiplano. Entrevió otros límites lineales, mucho más altos aún.

Al menos la estación no había cambiado mucho en apariencia física durante el tránsito. Los metafóricos zancos aún colgaban bajo el globo oblongo, ondulando despacio. Algo parecía estar mal con la visión, sin embargo. Harry se frotó los ojos, pero el problema no estaba allí.

Detrás de las ventanas todos los rasgos parecían borrosos. No reconocía las columnas montañosas, por ejemplo, aunque esos objetos grotescos le resultaban familiares y le evocaban recuerdos infantiles.

Este lugar no se parecía a nada que hubiera experimentado desde que las máquinas de perfil de personalidad de Tanith lo habían escogido como primer observador neochimpancé del Instituto de Navegación. Los programas de a bordo no lo ayudarían.

—La región del Espacio E adonde te diriges rara vez es visitada, y por buenas razones —le había dicho Wer'Q'quinn antes de su partida—. Muchos rasgos que los instructores inculcan en sus pupilos mediante la Elevación, para ayudarles a convertirse en viajeros estelares estables, racionales, empeñosos, se convierten en desventajas en un reino donde nada es previsible.

Recordando esto, Harry sacudió la cabeza.

—Bien, no puedo decir que no me avisaron.

Miró a la izquierda y ordenó:

—Modalidad piloto.

La P rotativa se materializó con un estampido blando.

—A tu servicio, Harvey.

—Harry —corrigió por enésima vez, con un suspiro—. No sufro agorafobia, así que puedes abrir las persianas.

La nave obedeció y Harry pestañeó ante la yuxtaposición de colores extraños, aunque la extraña bruma los opacaba.

—Gracias. Ahora dame un análisis para ver si este espacio metafórico nos permite volar.

—Verificando.

Siguió un largo silencio mientras Harry cruzaba los dedos. El vuelo facilitaba el movimiento, sobre todo si colgabas de una soga sobre kilómetros de espacio aparentemente vacío. El motor chasqueó, moviendo unidades impulsoras para ver cuáles funcionarían allí, y cuáles eran inservibles o peligrosas. Al fin la P rotativa llegó a una conclusión.

—Parece que es posible algún tipo de vuelo, pero no lo puedo definir con precisión. Las técnicas alófonas de mi archivo no funcionan. Tendrás que pensar en algo original.

Harry se encogió de hombros. Para eso estaba ahí.

—¿Has localizado nuestra zona de observación?

—Detecto un tubo angosto de espacio normal a poca distancia, en unidades figuradas. Subjetivamente, deberías ver una avenida reluciente «abajo»... hacia el cuarto cuadrante.

Harry fue a la ventana indicada y escrutó las formas borrosas.

—Sí, creo que la veo. —Distinguía una línea tenue y brillante—. Será mejor que nos acerquemos.

—Siempre que encuentres el camino.

—Sí —convino Harry—. Ahí está el problema.

Harry se pasó los dedos por la barbilla y la coronilla, lamentando que hiciera tanto tiempo que no se acicalaba bien. En Horst, donde él y sus atareados padres eran los únicos chimps en todo un planeta, quitarse el polvo del pelaje era una cuestión de higiene personal. Pero cuando estudiaba en la Tierra, Harry aprendió que podía ser una forma de arte sibarita: dejarse acariciar, peinar y cepillar el pelo hasta que los folículos gritaban de placer. Evocando esos días, el tibio contacto físico del acicalamiento era lo que más extrañaba de su propia especie.

Lástima que sus compañeros hablaban demasiado... desde alardes y chismes hasta preguntas personales, cosas que Harry no quería comentar. Su cerrazón resultaba altanera y paternalista para los chimps terrícolas, y Harry los encontraba muy entrometidos. Invariablemente, siempre permanecía fuera, y nunca lograba intimar con sus compañeros.

Harry sabía que estaba postergando las cosas, pero no sabía por dónde empezar.

—Conque te preocupan los rumores sobre desvíos insólitos en el hiperespacio y las perturbaciones en los puntos de transferencia —había dicho Wer'Q'quinn cuando Harry regresó de su misión—. Estos fenómenos están fuera de tu jurisdicción. Pero

ahora una confluencia de factores nos obliga a confiarte la verdad.

—Déjame adivinar —dijo Harry—. Las perturbaciones son tan graves que se pueden observar aun en el Espacio E.

—Una corazonada astuta —concedió Wer'Q'quinn, chasqueando el pico en una puntuación aprobatoria de gal-dos—. Veo que tu reclutamiento no fue una apuesta desesperada, sino una prueba de mi profunda intuición, demostrando mi valor para el Instituto y mi valor para un rápido ascenso. Tu próxima patrulla comienza en uno coma tres días estándar.

Aparte de las sesiones de instrucción, eso le dejaba el tiempo suficiente para un baño y un buen sueño en su cubículo. Había esperado un descanso más prolongado. En el bazar había una masajista foruni cuya comprensión instintiva de los sistemas musculares y óseos de otras especies la volvía experta en aflojar los nudos de la espalda de Harry. Una lástima.

Mientras se peinaba nerviosamente la barbilla, una uña mal cortada se le trabó en un pelo nudoso, haciéndole torcer la cara. Inspeccionó ese rizo.

Es una suerte que el pelo de chimpancé no siga creciendo como en la cara de los varones humanos que no se depilan. En Horst, había visto chamanes probsher cuyas barbas patriarcales se alargaban con los años hasta llegar hasta...

Harry parpadeó, comprendiendo adonde iba su subconsciente.

Giró rápidamente y se apretó contra la ventana trasera, mirando el cable azul que sostenía la estación sobre un abismo. Arriba parecía desaparecer, apuntando a un borde de ese lejano plano horizontal.

—Piloto —dijo—, quiero ver si podemos utilizar la pseudolongitud de nuestra ancla de realidad. ¿Podemos desenrollarla un poco más?

—Ya está en su extensión máxima —fue la respuesta.

Harry maldijo. Le había parecido buena idea...

—Un minuto —murmuró—. No seas demasiado literal. Busca otra manera. Quizá no tengamos más cable para el ancla, pero intenta tironear. Quizá podamos cambiar su longitud. Estirándola, o haciéndola crecer.

Sabía que era impreciso. El pensamiento flexible a veces requería sortear los perfiles borrosos de una idea.

—Lo intentaré y te informaré —respondió el ordenador.

Hubo una serie de zumbidos, y un chirrido cuando la plataforma volvió a caer el tiempo suficiente para que el miedo le estallara en el pecho. Se frenó de golpe, y Harry se golpeó contra el asiento mientras su estómago seguía cayendo.

—¿Y bien? —tartamudeó.

—Las reglas de la topología locales parecen permitir una amplia gama de configuraciones flexibles. En la práctica, esto significa que el cable puede estirarse, ajustándose a cualquier longitud, a casi cualquier velocidad deseada. Felicidades,

comandante Harms. Has descubierto un modo de maniobrar en la vertical subjetiva.

Harry ignoró el sarcasmo, que quizá sólo estuviera en su imaginación. Al menos había sido más fácil escapar de esta trampa que de la meseta de cáscaras de plátano.

Aun así, sólo me sentiré seguro después de aprender las reglas metafóricas que se aplican aquí. Había motivos por los cuales las naves de patrulla rara vez entraban en esa región. Muchas no volvían nunca.

—Inicia el descenso —ordenó—. Despacio.

El semiplano de arriba retrocedió mientras el «suelo» se aproximaba a velocidad constante, recordándole la inexorable naturaleza del destino... o bien un tren que embestía.

Mientras estaba en Kazzkark, había tenido tiempo de averiguar algo sobre el Sitio de la Tierra.

No debía interesarle. Harry había consagrado su vida al monástico Instituto de Navegación, así que debía renunciar a sus lealtades de parentesco o instrucción. Pero pocos sofotes podían renunciar del todo a sus simpatías naturales. Los empleados del instituto buscaban discretamente noticias de su «hogar».

Cuando Harry tuvo una hora libre, fue al bazar, donde un mercader de chismes aceptó sus generosos honorarios y lo llevó a una sala revestida de osmio que contenía un acceso camuflado a la Biblioteca.

No tardó en encontrar el tema, que se había elevado en tres niveles de significación desde la última vez, bajo el encabezado: «Noticias importantes, acontecimientos cuasiactuales.» Las últimas nuevas de la Galaxia Dos eran desastrosas.

Las fuerzas terrícolas y sus nuevos aliados habían tenido que retirarse de las colonias de Canaán, que ahora eran provisionalmente gobernadas por un almirante soro.

Habían invadido el bello mundo de Calafia, colonizado por delfines. Un tercio de esa esfera acuosa fue tomada por un escuadrón mixto encabezado por una facción de los Hermanos de la Noche, mientras que otro grupo de la misma raza de guerreros fanáticos luchaba enconadamente para «liberar» el resto.

La Tierra misma estaba rodeada. Las frágiles fuerzas terrágenas ya habrían caído de no ser por la ayuda de los tymbrimis y los thennanios, y el modo en que sus enemigos seguían fragmentándose y luchando entre sí. Aun así, el fin parecía claro.

En una nota al pie, Harry vio que los temibles tandus habían ocupado el pequeño asentamiento terrícola de Horst.

Sintió escalofríos. Se mencionaba una evacuación, así que quizá Marko y Felicity hubieran podido escapar con los demás antropólogos. Pero Harry lo dudaba. Sus padres eran obsesivos. Sería típico de ellos quedarse, pensando que los invasores no se molestarían con un par de científicos que hacían tareas no militares.

Y aunque todos los técnicos y terraformadores se habían marchado, ¿habían quedado nativos? Tribus humanas que habían convertido su «período de prueba» en una licencia para escapar de los rigores de la sociedad moderna, experimentando con diversas formas sociales, muchas de ellas a imitación de un animal totémico. Algunos grupos seguían el modelo de la colmena matriarcal, como las sociedades de abejas, y otros imitaban las manadas de lobos, o el orgullo del león, o formas matrimoniales que sólo se encontraban en extrañas novelas pre-Contacto. La mayoría de las bandas probsher tenía poco interés en la tecnología y la galactopolítica.

Serían víctimas indefensas de guerreros depredadores como los tandus.

Huyendo del refugio del mercader de chismes, Harry había intentado borrar esas noticias de su mente. Pronto los victoriosos alienígenas se disputarían los restos del caído Clan Terrícola. Mientras el gobierno neutral se disolvía en las Cinco Galaxias, sería fácil extorsionar al Instituto de Elevación, haciéndole declarar que los humanos, chimpancés y delfines estaban libres para la adopción. Nuevos «instructores» se repartirían las tres razas como botín de guerra y las someterían a manipulaciones genéticas y sociales en los próximos cien mil años.

Siempre que no nos extingamos «por accidente» durante la confusión. Había sucedido antes, cada vez que aparecía una raza lobezna, afirmando que había llegado a la sapiencia sin ayuda de otra. Lo asombroso era que el Clan Terrícola hubiera durado tanto.

Al menos los gorilas están a salvo. Los thennanios no son malos amos, suponiendo que uno deba tener un amo. Me pregunto quién se encargará de los chimpancés.

Harry desnudó los dientes en una mueca.

Quizá nos encuentren más problemáticos de lo que esperan.

Durante su nuevo encuentro con Wer'Q'quinn, había hecho una pregunta directa.

—Todas estas anomalías y perturbaciones hiperespaciales... ¿se deben a la guerra por la Tierra?

En vez de reprender a Harry por demostrar interés en su viejo clan, el oficial de Exploraciones agitó amablemente un tentáculo con ventosas.

—Joven colega, es importante recordar que uno de los grandes peligros mentales de la vida sapiente es el egotismo, la tendencia a ver todos los acontecimientos en el contexto de nuestro propio yo o nuestra propia especie. Es natural que percibas el universo como si girase alrededor de los problemas de tu clan anterior, a pesar de su pequeñez e insignificancia. Admito que los hechos recientes pueden dar pie a esa suposición. El descubrimiento de posibles reliquias de los Progenitores, halladas en un lugar secreto por esa tristemente famosa nave de los delfines, precipitó una guerra abierta entre los clanes oxis más belicosos. Las transacciones comerciales se complican mientras algunas alianzas se adueñan de los puntos de transferencia

locales. Sin embargo, te aseguro que los flujos de energía desatados por las batallas han sido demasiado pequeños para afectar los enlaces cósmicos.

—¡Pero la coincidencia en el tiempo!

—Confundes la causa con el efecto. La angustia y furia que ahora provocan los lobeznos se había acumulado durante siglos, antes que los humanos establecieran contacto con nuestra cultura. Desde el episodio de Fututhoon, el miedo ha sostenido una paz precaria, mientras las partes en conflicto se armaban y se preparaban para la próxima fase. Lo lamento por tu gente, pero es un tiempo nefasto para que los inocentes irrumpen en las sendas estelares.

Harry pestañeó y asintió.

—Estás hablando de un Tiempo de Cambios.

—En efecto. Hace un millón de años que el instituto sabe que se aproxima una nueva era de gran peligro y disgregación. Los signos incluyen el aumento de volatilidad en las relaciones entre los órdenes de oxis e hidros, y hubo estallidos de reproducción exponencial espasmódica dentro del Orden Maquinal... infracciones que requirieron brutales medidas de represión. Aun entre los clanes de nuestra Civilización de las Cinco Galaxias hemos visto un ascenso del fervor religioso.

Harry recordó los predicadores que poblaban las avenidas principales de Kazzkark, exponiendo oscuras interpretaciones de antiguas profecías.

—Patrañas supersticiosas —masculló.

Para su sorpresa, Wer'Q'quinn dio su acuerdo con un enfático chasquido del pico.

—Los más vocingleros no siempre son representativos —explicó—. La mayoría de las especies y clanes preferiría vivir y dejar vivir, buscando sus propios caminos de sabiduría y dejando que el destino se tome su tiempo para llegar. ¿A quién le importa si los Progenitores regresarán en forma física, o como encarnaciones espirituales, o se volverán a manifestar en el genoma de una inocente raza presapiente? Mientras las alianzas fanáticas se enfrentan por cuestiones dogmáticas, la mayoría de los respiradores de oxígeno sólo desean seguir progresando en el esclarecimiento de su especie. Con el tiempo se encontrarán todas las respuestas, cuando cada raza se reúna con sus instructores y antepasados retirados... y luego vendrá la trascendencia... después del Abrazo de las Mareas.

Allí está de nuevo, pensó Harry. El supuesto básico de casi todos los credos religiosos galácticos: la salvación se alcanzaba por medio de la especie, no de los seres orgánicos individuales.

Salvo ese misionero skiano, el que tenía el loro en el hombro. Él exponía otro punto de vista. ¡Una auténtica herejía!

—Así pues, joven colega —concluyó Wer'Q'quinn—, trata de imaginar la inquietud que sintieron tanto los fanáticos como los moderados cuando tus desdichados primos delfines emitieron imágenes que parecían mostrar una nave de

los Progenitores flotando en una de las zonas más chatas del espacio-tiempo galáctico. Las implicaciones de esa escena parecían amenazar una creencia fundamental compartida por casi todos los respiradores de oxígeno...

Harry escuchaba con suma atención, pero en ese punto entró un asistente para informar que otro punto T se estaba desmadejando en el sector Gorgol de la Galaxia Cinco. De pronto Wer'Q'quinn no tuvo tiempo para comentarios abstractos con jóvenes subalternos. En medio del revuelo de actividad, Harry fue enviado al Departamento de Exploraciones para terminar sus informes. No pudo preguntarle a la vieja serpiente a qué venía esa extraña observación.

¿Qué creencia fundamental? ¿Por qué el descubrimiento del Streaker ha ofuscado tanto a todo el mundo?

Al fin la plataforma se posó en «tierra».

La superficie era relativamente blanda. Las delgadas patas de la nave resistieron el peso con una flexión.

Todo bien hasta ahora. El suelo no me tragó. Aún no ha aparecido una manada de memes parasitarios, tratando de adueñarse de mi mente o de venderme productos que no están disponibles hace milenios.

Harry odiaba que sucediera eso.

Miró cautelosamente una extensión cubierta de cilindros blandos. Parecían cactus delgados e imprecisos, amontonados hasta el horizonte. Cogió los controles manuales y usó una pata-zanco para tantear un grupo. Cedían fácilmente, y se erguían despacio cuando él se retiraba.

—¿Podemos recobrar nuestra ancla de realidad? —le preguntó al piloto.

—No es necesario. El ancla ha vuelto a su lugar de costumbre.

—¿Entonces qué es eso? —preguntó Harry, señalando el cable azul que aún se elevaba hacia el cielo.

—La metáfora de la sogá se ha convertido en estructura semipermanente. Podemos dejarla allí, si deseas.

Harry miró la sogá, frotándose la barbilla.

—Bien, ofrecería una escapatoria si tenemos que huir deprisa. Consigna esta posición y pongámonos en marcha.

La estación exploradora echó a andar, dando zancadas en la llanura de tubos borrosos. Entretanto, Harry se movía de una ventana a la otra, mirando nerviosamente, preguntándose cómo se manifestaría el poder letal de esta región.

Las esbeltas torres se erguían por doquier en el trasfondo. Algunas parecían tener forma cuadrada, mientras que otras eran rectangulares u ovaladas. Incluso creyó detectar una rígida formalidad en su posición, como si formaran parte de una cuadrícula y estuvieran a distancias fijas. Pronto comprendió que la impresión no se debía a la «bruma» sino a un defecto de la visión. La visión parecía ser un sentido de

corto alcance en esta zona del Espacio E.

Grandioso. Lo único que me faltaba es una ceguera parcial en un sitio donde la realidad puede morderte literalmente.

No debía de faltar mucho para el lugar donde había visto la Avenida. Harry aceleró, mientras esos cactus blandos se inclinaban y enredaban como hierba. Esas «plantas» no oscilaban en la brisa, como las sierroplantas de Horst. Pero le recordaban esa infinita estepa donde cielos polvorientos se encendían cada amanecer como una antorcha difusa que lastimaba los ojos. La clase de comarca que sus antepasados habían desdeñado antes de regresar a los árboles, milenios atrás en la Tierra. Tuvieron la sensatez de dejar los cielos abrasadores y la hierba cortante a sus primos idiotas, primates que carecían de la sensatez de escapar del sol del mediodía y luego pasaron a transformarse en humanos.

Según la Gran Biblioteca, Horst había sido un mundo agradable, con un ecosistema rico y diverso. Pero milenios atrás —antes de que los terrícolas fabricaran naves estelares y se toparan con la cultura galáctica— algo terrible les había sucedido a algunos planetas del sector de Tanith. Por el antiguo Código de los Progenitores, los ecosistemas naturales eran sagrados, pero la Civilización de las Cinco Galaxias sufría lapsos de vez en cuando. En el episodio de Fututhoon, una colonización miope asoló cientos de mundos, sumiéndolos en la aridez.

Previsiblemente, se produjo un vuelco reaccionario hacia el fanatismo. Varias facciones hicieron acusaciones, exigiendo un retorno a la auténtica senda de los Progenitores.

¿Pero cuál auténtica senda? Varios miles de millones de años bastarían para desactualizar los registros mejor llevados. El ruido se filtraba con los milenios, hasta que nada quedaba de la mítica raza que lo había iniciado todo. La especulación sustituía los hechos, el dogma las pruebas. Los moderados procuraban aplacar la hostilidad entre alianzas fanáticas, cuya reacción exagerada ante el caos de Fututhoon ahora prometía otra clase de catástrofe.

Los terrícolas aparecieron en medio de esta delicada situación, ofreciendo al principio una distracción y un alivio cómico con sus extravagancias lobeznas. Ignorantes y mal educados, los humanos y sus pupilos irritaban a los grandes clanes estelares con su sola existencia. Más aún, habiendo Elevado a los chimpancés y los delfines antes del Contacto, había que clasificarlos como «instructores» con derecho a arrendar colonias, por encima de muchas especies más viejas.

«Que se prueben primero en planetas inhóspitos», era el consenso. Si los terrícolas eran capaces de revivir biosferas enfermas después podrían ganar mundos mejores. Así que los humanos y sus clientes se deslomaron en Atlast, Garth y Horst, ganándose un renuente respeto como administradores de planetas.

Pero pagaron un precio.

Un mundo desierto puede cambiarte, pensó Harry, evocando Horst con repentina tristeza. Fue a la cocina, se preparó una comida y la llevó a la cubierta de observación. Comió lentamente mientras recorría esa extensión de tubos deformes, intrigado por la familiaridad.

Volvió a pensar en Kazzkark, donde un alto predicador le había expuesto extrañas herejías. El extraño skiano con un loro en el hombro, que hablaba de la Tierra como un lugar sagrado, cuyo sufrimiento ofrecía salvación al universo.

—¿No ves los paralelismos? Así como Jesús, Alí y el reverendo Feng tuvieron que sufrir el martirio para salvar las almas humanas, así los pecados de todas las formas de vida que respiran oxígeno sólo se pueden purgar mediante el sacrificio de algo precioso, inocente y único. ¡Es decir, tu mundo natal, hermano chimpancé!

Parecía un honor dudoso, y así lo dijo Harry, mientras buscaba cómo escapar en medio de la multitud. Pero el implacable skiano forzó su aparato vódor, de modo que cada relampagueo de sus expresivos ojos enviaba una estruendosa traducción a la cara de Harry.

—Durante mucho tiempo los seres sapientes se han deslumbrado con el pasado, la leyenda de los Progenitores, una mitología que ofrece liberación a las especies, pero nada al individuo. Cada raza mide su progreso en la escala de la Elevación... de pupilo a instructor, y luego un noble retiro en el tierno Abrazo de las Mareas. Pero en el camino, ¿cuántos billones de vidas se sacrifican? Cada una de ellas es singular y preciosa. ¡Cada cual es la manifestación temporal de un alma inmortal!

Harry sabía que el destello ocular era el modo natural de hablar de los skianos. Pero transmitía una turbadora pasión cada vez que el vódor entonaba una frase vibrante.

—¡Piensa en nuestro mundo natal, noble hermano chimpancé! Los humanos son lobeznos que llegaron a la sapiencia sin Elevación. ¿No es una forma de concepción virginal? A pesar de sus humildes orígenes, ¿los terrícolas no irrumpieron en escena en medio de gran entusiasmo y controversia, viendo cosas que no se habían visto, diciendo cosas que nadie se había atrevido a decir? Los terrícolas estáis sufriendo por vuestra singularidad, por el mensaje que fluye desde ese adorable mundo aun mientras enfrenta la inminente crucifixión... un mensaje de esperanza para todos los seres vivientes.

El skiano alzó los brazos al cielo mientras se reunía una multitud de curiosos.

—No temas por tus seres amados, oh hijo de la Tierra. Es cierto que enfrentarán el fuego y la ruina en días venideros. Pero su sacrificio traerá una nueva alborada para todos los sapientes... ¡Sí, incluso los demás órdenes de la vida! Los falsos ídolos que se han alzado para honrar a los míticos Progenitores serán aplastados. El Abrazo de las Mareas será denunciado como una falsa seducción. Todos los corazones se volverán a la fe verdadera y ofrecerán su obediencia al cielo luminoso, morada del

Dios eterno que todo lo ama.

El loro de brillantes plumas agitó las alas y chilló «¡Amén!».

Muchos curiosos se enfadaron al oír que llamaba «míticos» a los Progenitores. Harry se sentía incómodo como centro visible de la atención del predicador. Si esto continuaba, claro que habría mártires. Sólo la augusta reputación general de los skianos parecía mantener a raya a la multitud.

Para calmar las cosas, Harry terminó por aceptar de mala gana una misión del skiano, aceptando ser portador de un mensaje, en el caso improbable de que su próxima expedición lo pusiera en contacto con un ángel del Señor.

Una hora después —tiempo subjetivo de a bordo— una M azul apareció a su izquierda.

—Modalidad monitor operando, capitán Harms —anunció la afectada voz—. Me complace anunciar que la Avenida se aproxima. Se puede observar por el cuadrante de proa.

Harry se levantó.

—¿Dónde? Yo no...

Entonces la vio, y suspiró. Una brillante cinta de luz moteada emergía de la bruma. La Avenida atravesaba el primer plano como una serpiente gigante, surgiendo de las tinieblas de la izquierda y desapareciendo en la oscuridad de la derecha. Le recordó el «monstruo marino» que había visto en su última misión, cerca de la meseta de plátanos. Sólo que ésa era una criatura memética, una idea extravagante, una noción encarnada, y esto era otra cosa.

La Avenida no respetaba las reglas alafóricas del Espacio E. En rigor, consistía en todo lo que no era Espacio E.

Por eso las cámaras la percibían. Los técnicos del Instituto de Navegación habían cargado su nave con paquetes de sensores. Debía colocarlos a lo largo de ese tubo brillante y recobrarlos al regresar a la base. Idealmente, los datos ayudarían a la gente de Wer'Q'quinn a predecir cambios hiperespaciales durante la crisis.

Apretó un botón y sintió un leve temblor cuando se desplegó el primer paquete.

¿Ahora debía girar a la izquierda y empezar a colocar más instrumentos en esa dirección? ¿O a la derecha? No parecía haber motivos para escoger una u otra.

Bien, todavía era un agente de la ley. La otra tarea de Harry era patrullar el Espacio E buscando actividades delictivas.

—Ordenador, ¿detectas señales de que alguien haya pasado últimamente por esta zona?

—Estoy registrando. Los intrusos tendrían que viajar a lo largo de la Avenida para llegar a una intersección con la Galaxia Cuatro. Toda nave grande que atravesara el tubo, o que pasara cerca, dejaría ondulaciones, al margen de su forma alafórica.

La plataforma se aproximó al tubo brillante. Harry había visto la Avenida muchas

veces mientras patrullaba, pero nunca tan cerca. Aquí parecía más angosta, con sólo el doble de la altura de la estación. Sus millones de chispas brillaban en medio de una profunda negrura.

Ese angosto volumen estaba lleno de estrellas, y mucho más. Dentro del cilindro se encontraba todo el universo que Harry conocía: planetas, soles, las cinco galaxias.

Era una rareza topológica que para sus extintos descubridores podía haber parecido un maravilloso modo de burlar las leyes de la relatividad. Sólo se necesitaba una intersección cerca del sistema planetario donde uno estaba, y otra cerca del destino. La técnica de entrar y salir del Espacio E se describía en cualquier delegación de la Biblioteca Galáctica.

Pero el Espacio E era un mundo imprevisible de rarezas metapsicológicas y representaciones absurdas. Mantener la Avenida a la vista hasta llegar a un punto cercano al destino podía implicar un viaje muy largo o muy corto. Las distancias y relaciones cambiaban continuamente.

Si un viajero encontraba un punto de salida seguro, y manejaba bien la transición, podía salir por donde deseaba. Siempre que pudiera salir. Los sofones odiaban el Espacio E por el modo enrevesado en que aquí funcionaba la causalidad. Los incautos podían cancelar su existencia. Los observadores como Harry encontraban irritante regresar de una misión para enterarse de que ya no existían, o nunca habían existido.

Harry no aprobaba el Espacio E, una actitud que el Instituto de Navegación sin duda incluía en su perfil. Pero debían de tener razones para entrenarlo para este deber.

La plataforma empezó a zigzaguear a lo largo de la Avenida, deteniéndose en ocasiones para enfocar sus instrumentos como un perro olfateando una espora. Con paciencia, Harry observó el paso de las nebulosas dentro de ese continuo casi cilíndrico.

Una estrella amarilla y brillante apareció cerca del borde, contra un fondo negro y constelado de estrellas. Daba la impresión de que podía tocarla. Creo que existe una posibilidad de que sea el sol, con la Tierra en las cercanías, una mota en el cosmos. Las probabilidades son de sólo mil millones contra uno.

Al fin la estación se detuvo. La M pareció girar más deprisa.

—Detecto las estelas de tres naves. La primera pasó por aquí hace aproximadamente un año, y la segunda poco después, siguiendo su rastro.

—¿Una persecución? —Esto le interesó. Si la estela había durado tanto tiempo, era testimonio de que la región era poco usada, y quizá de la desesperación de los viajeros que habían pasado por allí.

—¿Qué hay de la tercera nave?

—Es más reciente. De hace sólo unos días subjetivos. Y hay algo más.

Harry se cogió nerviosamente los pulgares.

—¿Sí?

—Por la estela, parece que esta última nave pertenece al Orden Maquinal.

Harry frunció el ceño.

—¿Una máquina? ¿En el Espacio E? ¿Pero cómo podía navegar? ¿O cómo veía adonde...? —Sacudió la cabeza—. ¿Adonde iba?

—A la izquierda figurada... el lugar que miramos ahora.

Harry caminó de un lado a otro. Las órdenes de Wer'Q'quinn eran claras. Debía instalar las cámaras para que mirasen desde el Espacio E hacia continuos más normales, ofreciendo a los técnicos del Instituto de Navegación una nueva perspectiva del flujo de fuerzas que perturbaban las Cinco Galaxias. No obstante, también había jurado indagar las actividades sospechosas...

—¿Tus órdenes, capitán Harmsf?

—¡Síguelas! —barbotó antes que la decisión estuviera clara en su mente.

—Lo siento. No estoy programado...

Harry maldijo.

—Activa la modalidad piloto.

Casi antes que apareciera la P cursiva, señaló:

—¡Por allá! ¡Deprisa! Si nos apresuramos, aún podemos alcanzarlos.

La plataforma osciló, volteándose a la derecha.

—¡A la orden, capitán! ¡Leven anclas! ¡A toda vela!

Harry ni siquiera hizo una mueca. El programa era irritante, aunque nunca a expensas de la función. Incluso los tymbrimis sabían que las bromas tenían un límite, gracias a Ifni. La estación avanzó en un rápido trote de ocho patas por la sabana de cactus borrosos.

A la izquierda se extendía la Avenida, un tubo brillante que contenía todo lo que era real.

SARA

Las cosas se complicaron bastante cuando el Streaker empezó a recorrer las nudosas entrañas del punto de transferencia.

En su cámara contigua, Kaa movía sus musculosas aletas, arrojando una espuma efervescente cuando protestaba.

—¡Está muy atestado aquí!

Sara sabía que no se quejaba del abarrotado puente del Streaker, sino del sinuoso laberinto del exterior de la nave, un dédalo de límites interespaciales filiformes que se rizaban en espiral por todas las dimensiones posibles, como el delirio de un enloquecido diseñador de juegos para parques de diversiones.

El nexos T estaba abarrotado, en efecto. Durante cualquier transferencia normal, uno vislumbraba puntos titilantes entre los nudosos filamentos, y sabía que otras naves efectuaban la misma transición. Pero esta vez era como zambullirse en una jungla enmarañada, con un sinfín de luciérnagas en cada rama y liana.

Los tableros de instrumentos enviaban advertencias amarillas mientras Kaa maniobraba entre las grandes naves que seguían esa angosta senda. Los márgenes eran estrechos, y el piloto delfín pasó tan cerca de otros cruceros que Sara llegó a verlos borrosamente en una pantalla sintonizada en magnificación cero. Las turbulentas estelas sacudían al Streaker, que se aferraba a su preciosa hebra con un gemido de los motores.

Oyó el sorprendido comentario de Gillian.

—¡Es imposible que todas estas naves estén huyendo del Mundo Fractal!

—Obviamente no, doctora Baskin —respondió incisivamente la máquina Niss—. Sólo un millón de naves están usando trayectorias similares a la nuestra, huyendo de la misma catástrofe que nos impulsó a un aterrado éxodo. Esa es apenas una fracción de la población que habitualmente abarrota esta matriz dimensional. Todos los demás entraron desde otras localidades. Los registros de la Biblioteca muestran que este nexos acepta entradas desde por lo menos cien puntos del espacio normal, desperdigados en la Galaxia Cuatro.

Sara quedó asombrada de la cantidad de naves, la mayoría más grandes que el pobre Streaker, todas con gran prisa por llegar a destino.

—Creí que la Galaxia Cuatro estaba desierta.

Siempre la había considerado así, como una vasta rueda galáctica desprovista de vida sapiente. ¿Acaso sus antepasados no habían viajado en naves-furtivas camufladas, eludiendo la cuarentena para instalarse en el prohibido Jijo?

—Desierta, sí. Pero sólo si hablamos de dos de los grandes Órdenes de la Vida, sabía Koolhan, las inteligencias maquinales y los respiradores de oxígeno. El tratado de migraciones no imponía la evacuación a los otros órdenes. Sin embargo, por lo

que presenciamos ahora, no sería rebuscado sugerir que se ha iniciado una evacuación más general.

Sara comprendió.

—Los habitantes del Mundo Fractal...

—Eran oficialmente miembros del Orden Retirado, gozando de las suaves caricias de su sol privado, refinando apaciblemente el espíritu de su raza, preparándose para el próximo paso. Un paso que algunos ahora parecen dispuestos a dar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gillian.

—Será mejor una ilustración visual. Observad, por favor.

Una de las pantallas grandes se activó con una imagen ondulante, muy magnificada: varias docenas de naves de aspecto maltrecho volaban en formación, patinando por el borde rutilante de una hebra de transferencia. Mientras la escena cobraba precisión, Sara notó que el contorno borroso de las naves derivaba de sus maltrechas cubiertas, un caos de espinas y material corrugado. Todo lo contrario del diseño aerodinámico.

Conque también utilizan la geometría fractal de la estructura Criswell en pequeña escala, en sus botes salvavidas, comprendió. Me pregunto hasta dónde llegará. ¿Sus propios cuerpos? ¿Sus células?

La imagen se amplió, mostrando la proa de la primera nave. Allí vieron un símbolo que palpitaba con luz propia, y consistía en varios anillos concéntricos encastrados.

Aun un salvaje jijoano reconocía el emblema del Orden Retirado.

—Ahora mirad lo que ya he observado varias veces. Estos refugiados del Mundo Fractal se están preparando para tomar una decisión importante.

Sara notó que Emerson se aproximaba. El modesto ingeniero le cogió la mano izquierda mientras ambos observaban esa decisiva transición.

La primera nave pareció temblar. Ondas de energía la recorrieron, comenzando en la popa y convergiendo en el símbolo de la proa. Por unos instantes, el resplandor fue tan intenso que Sara tuvo que protegerse los ojos.

El fulgor decreció con igual rapidez. Cuando Sara volvió a mirar el emblema había cambiado. Habían desaparecido los círculos. En cambio se veía una simple unión de dos segmentos cortos que se unían en ángulo, como un triángulo gordo sin base.

—El signo de la unión —murmuró la máquina Niss—. Dos destinos, encontrándose a ciento cuatro grados.

Gillian Baskin cabeceó.

—Ah —fue todo lo que dijo.

Odio que haga eso, pensó Sara. Ahora le tocaba a ella pedir una explicación.

Pero los hechos se aceleraron antes de que pudiera preguntar qué significaba el cambio de emblema. Mientras la cámara se desplazaba, otras naves de refugiados sufrieron transformaciones similares en rápida sucesión, adoptando también el símbolo de dos segmentos. Éstas se separaron de sus compañeras para formar otra flota que comenzó a adelantarse, como ávida de buscar un nuevo destino. En el próximo empalme de hebras, destellaron con descargas probabilísticas y brincaron por la angosta brecha, con destino desconocido.

Los demás refugiados no habían terminado de cambiar y dividirse. De nuevo ondas de luz titilaron en el casco de varias naves, que comenzaron a perder su contorno irregular. Cascos que parecían pilas de erizos parecieron derretirse y fluir para adoptar formas más lisas y uniformes, la disposición simétrica de las rebabas de hiperimpulso usadas por las naves normales en la Civilización de las Cinco Galaxias.

Cada metamorfosis concluía con un estallido deslumbrante en la proa. Sólo que esta vez, cuando el fulgor se desvaneció, Sara vio otro símbolo en vez de los anillos concéntricos, un signo con rayos en espiral, el mismo que el Streaker llevaba en la proa.

—Estos otros, al parecer, no consideran que el espíritu de su raza esté maduro para la trascendencia. Ellos también han optado por abandonar su retiro, pero con el objeto de regresar a la sociedad de los ambiciosos, facciosos y aventureros respiradores de oxígeno. Tal vez entiendan que hay asuntos inconclusos que deben terminar antes de entregarse al Abrazo de las Mareas.

Gillian cabeceó.

—Ese asunto inconcluso podemos ser nosotros. —Se volvió hacia el puente—. ¡Kaa! Asegúrate de permanecer alejado de cualquier nave que lleve el emblema galáctico.

De la inundada sala de mandos llegó un suspiro en trinario, la expresiva y poética lengua de los neodelfines, que Sara apenas comenzaba a aprender. Chillidos y estampidos rítmicos parecían expresar una resignada ironía, y varios de los presentes en la sala de navegación rieron entre dientes.

Sara sólo pudo distinguir una frase:

... salvo la que nos muerde la cola.

Desde luego. Había una nave que llevaba el símbolo en espiral y que no sería fácil dejar atrás. Siguiendo al Streaker como una sombra, a una distancia que muchos navegantes no considerarían segura, el acorazado jophur aparecía en la pantalla de popa. Sin las nuevas capas que revestían el casco del Streaker, Kaa habría recurrido a todos sus trucos, evadiendo al acorazado en una loca carrera entre las nudosas hebras. Pero eso no era posible con tanto peso, pues el Streaker maniobraba con la lentitud de

un carguero de minerales.

Bien, sin el revestimiento nos habríamos freído en cuanto nos atacaron con esos rayos desintegradores, pensó Sara. Y seríamos presa fácil de los jophurs. Así que todo se compensa.

En la pantalla grande, vio que la flota de refugiados se volvía a disolver. Los que habían reclamado el símbolo de la galaxia en espiral comenzaron a alejarse, dispuestos a regresar a los vigorosos objetivos y pasiones de una fase vital más joven.

—En este nexo T hay varias rutas que conducen a las otras cuatro galaxias. Los seres que pilotan estas naves sin duda planean un encuentro con ex compañeros de clan y pupilos.

Gillian resopló.

—Como los abuelos volviendo a casa para vivir con los niños. Me pregunto si los recibirán con gusto.

El holograma giratorio se detuvo con expresión perpleja.

—¿Cómo has dicho?

—No importa. —Gillian sacudió la cabeza—. Así que hemos visto que un asilo de ancianos se despedazaba ante nuestros ojos, y que sus habitantes se dividían en tres. ¿Qué hay de aquéllos? —Señaló las naves irregulares que permanecían en la flota, las que conservaban el emblema original de los círculos concéntricos—. ¿Adonde irán?

La Niss volvió a girar.

—Supuestamente a otra estructura Criswell. Las especies realmente retiradas no pueden vivir largo tiempo en lo que llaman el «reino superficial». Les disgusta el viaje espacial y echan de menos las mareas solares. Prefieren acurrucarse en el fondo de un pozo de gravedad, cerca de una estrella domada. De hecho, en este momento detecto gran cantidad de tráfico de corto alcance... comunicaciones entre naves... preguntando si alguien de la zona conoce otra comunidad fractal que disponga de volumen libre y aislado...

—En otras palabras, quieren averiguar si otros asilos tienen vacantes, recobrar la habitación que han perdido. Entiendo.

—Pero parece que tienen poca suerte. ¡La mayoría de las naves que ahora surcan el nexo, hace la misma pregunta!

—¿Qué? ¿Los que vienen de otros puntos de entrada? ¿También buscan un lugar donde vivir? Pero creí que había decenas de miles de hábitats de retiro, todos tan grandes como para...

—Un momento, por favor. Investigaré esto.

Se hizo silencio mientras la Niss prestaba atención, ciñendo su maraña de líneas giratorias. Cuando volvió a hablar, la voz sintética demostraba asombro.

—Parece, doctora Baskin, que la catástrofe que presenciamos en el Mundo

Fractal no fue un episodio aislado.

Siguió otra larga pausa, como si la Niss creyera necesario verificar una y otra vez lo que había oído.

—Sí —dijo al fin—. Este extraño y trágico hecho está confirmado. Parece que las estructuras Criswell se están desmoronando en toda la Galaxia Cuatro.

A Sara le costaba imaginarlo. La devastación que había presenciado —un gigantesco edificio, morada de trillones, haciendo implosión ante sus ojos— no podía repetirse en otras partes. Sin embargo, ésa era la noticia que cundía entre las naves de refugiados que recorrían las torsiones gordianas del nexo de transferencia.

—Pero creí que toda esa lucha y destrucción sucedían por nuestra causa.

—También yo lo creí, sabia Koolhan. Pero eso puede deberse a que mi creador tymbrimi vertió su egotismo y megalomanía en mi matriz de personalidad. Sin embargo, existe otra interpretación posible de lo que aconteció en el Mundo Fractal. Tal vez hayamos sido como hormigas que correteaban bajo una casa en llamas, convenciéndonos de que sucedía porque nuestra reina se había equivocado al poner el huevo.

Sara comprendió a qué se refería la Niss, y odiaba esa idea. Aunque fuera espantoso ser perseguida por fuerzas poderosas, había un consuelo paranoico. Confirmaba su importancia en el gran esquema de las cosas, sobre todo si seres todopoderosos destrozaban sus grandes obras para atraparla. Pero ahora la Niss implicaba que su sufrimiento en el Mundo Fractal era incidental, un espectáculo lateral, derivado de acontecimientos tan vastos que ella jamás podría entender en su totalidad.

—P-pero... p-pero en ese caso —preguntó el qheuen, Pinzón—, en ese caso... ¿quién destruyó el Mundo Fractal?

Nadie respondió. Nadie tenía una respuesta, aunque Sara había empezado a pensar en una posibilidad. Era tan perturbadora que sólo podía concebirla en forma matemática. Ecuaciones y condiciones limítrofes que podía observar con desapasionamiento. De lo contrario, las implicaciones la conmocionarían tanto que sacudirían su fe en la estabilidad del cosmos.

Tsh't, la teniente delfín, intervino con una nota de pragmatismo.

—Gillian, Kaa informa que nos aproximamos a una conexión que podría llevarnos a la Galaxia Dos. ¿Todavía piensas ir a Tanith?

La mujer rubia se encogió de hombros con fatiga.

—A menos que alguien vea un defecto en mi razonamiento.

La máquina Niss volvió a adoptar un tono sardónico.

—Es fácil ver defectos. Usted desea que vayamos hacia la violencia y el caos, hacia aquella parte del universo donde nuestros enemigos son más numerosos. No, doctora Baskin, no pregunte por los defectos. Pregunte mejor si alguno de nosotros

tiene mejor idea.

Gillian se encogió de hombros.

—Dices que en cualquier momento los jophurs podrían deducir un modo de destruir nuestro nuevo blindaje. Antes de que eso ocurra, debemos hallar refugio en alguna parte. Quizás haya una leve esperanza de que los Institutos...

—Muy bien, pues —interrumpió Tsh't—. Nuestro objetivo es la Galaxia Dos, sector Tanith, mundo de Tanith. Le diré a Kaa que proceda.

Teóricamente, los pupilos no debían interrumpir a sus instructores, pero Tsh't sólo trataba de ser eficiente.

Al mismo tiempo, Sara pensó...

Nos dirigimos a la Tierra. Pronto estaremos tan cerca que el Sol será una estrella visible, a pocos parsecs de distancia, prácticamente a la vuelta de la esquina. Quizá nunca me acerque tanto.

Gillian Baskin respondió con un cabeceo.

—Sí, procedamos.

HARRY

Al cabo de un día subjetivo de marcha tras los intrusos, Harry supo que había un obstáculo adelante.

Surcando una extraña provincia del Espacio E, cumplía su principal tarea, dejando paquetes de instrumentos para Wer'Q'quinn a lo largo de un tubo sinuoso que contenía todo el universo sideral. Todas las galaxias que conocía —incluidas las complejas conexiones hiperdimensionales llamadas puntos de transferencia— estaban dentro de la Avenida. Al mirar, Harry obtenía una perspectiva distorsionada de las constelaciones, las nebulosas, los brazos en espiral. Era desconcertante saber que el interior del tubo albergaba un dominio mucho más vasto que el restringido reino de metáforas que lo rodeaban.

Pero estaba acostumbrado a vivir en un universo cuyas complicaciones excedían la capacidad de su pobre cerebro.

Mientras realizaba la tarea encomendada por Wer'Q'quinn, Harry se desplazaba a la máxima velocidad prudencial, siguiendo la espora dejada por los visitantes previos de este dominio exótico.

Algo en esa huella despertaba su suspicacia.

Me mantendré agazapado hasta que expire el plazo de Wer'Q'quinn, luego recogeré las cámaras y me iré de aquí antes de que esta zona de metarrealidad vuelva a transmutarse, derritiéndose alrededor de mi nave y llevándome consigo.

Tan peligrosa y flexible era la zona local de formas siniestras y lógica retorcida que aun las criaturas meméticas —el orden de vida natural del Espacio E— eran escasas y escurridizas, como si las ideas encarnadas encontraran la región tan desagradable como él. Harry sólo vio algunas nociones sencillas pastando en la pradera de cactus. La mayoría de los conceptos móviles no parecía más compleja que la proposición declarativa Yo soy.

Como si al universo le importara.

Su ágil nave iba a buen ritmo mientras seguía la senda de los intrusos. Los objetos de materia real dejaban signos detectables en el Espacio E. Los objetos físicos que osaban invadir este reino de abstracciones reificadas despedían residuos diminutos. Esos vestigios podían ser bocanadas de atmósfera, exhaladas por un sistema de soporte vital, o grumos de metal de seis o siete átomos de anchura.

La espora estaba más caliente.

Me pregunto por qué vinieron por aquí, pensó. La huella más vieja tenía un año, si podía confiar en su medidor de duración subjetiva, estimando la tasa a que decaían aquí los protones, convirtiendo su masa en microscópicas proposiciones declarativas. Por los perfiles de dispersión, notó que la nave que tenía delante —la primera en

pasar— no era más grande que su estación móvil. Debían de estar muy desesperados... o totalmente perdidos.

La segunda espora no era mucho más joven, y venía de una nave más grande, aunque de menor tamaño que una corbeta. Evidentemente perseguía con saña a la primera.

Tomando muestras de moléculas, Harry verificó que ambas naves pertenecían a su propio orden vital. Naves galácticas que llevaban criaturas oxis: activas, enérgicas, ambiciosas y potencialmente violentas.

La tercera lo confundió por un tiempo. Había llegado recientemente, quizá sólo días atrás. Una verdadera nube de átomos aún se agitaba en su estela. Las sondas de muestreo sobresalían de la estación como antenas de un insecto, revelando perfiles metalocerámicos como los asociados con la vida mee.

Como acólito de los Institutos, Harry siempre estaba atento a la conducta sospechosa de las entidades maquinales. A pesar de las precauciones que habían formado parte de la programación mee durante miles de millones de años, aún eran propensos a espasmos de reproducción desenfrenada, utilizando cualquier materia prima, haciendo copias de sí mismos a ritmo exponencial.

Este problema, en rigor, era típico de todos los órdenes, pues la proliferación oportunista era un rasgo universal de todo lo que se llamara «vida». Los respiradores de oxígeno habían perpetrado sus propios holocaustos ecológicos en las Cinco Galaxias, superpoblando y agotando planetas a un ritmo frenético. De ahí las leyes migratorias que ponían grandes zonas galácticas en barbecho. Pero la reproducción maquinal podía ser especialmente rápida y voraz, y con frecuencia comenzaba en rincones oscuros donde nadie estaba mirando. Una vez, una oleada de replicadores autónomos había cobrado tanto ímpetu como para capturar y agotar cada planetoide de la Galaxia Tres en el breve período de diez millones de años, convirtiendo cada gramo en un autómatas que luego se puso a desmantelar planetas. La calamidad continuó hasta que intervino una coalición de otros órdenes de vida.

Y las máquinas no eran la única preocupación de Harry. En estas ocasiones, cuando la civilización de los oxis estaba distraída por luchas internas, era importante estar alerta para que la cultura rival de los hidros no obtuviera ventajas.

Pero los rastros que Harry recogía parecían más raros que peligrosos. La abundante cantidad de residuos metálicos sugería que este mee estaba averiado. Y había otras anomalías. Sus sensores olían aminoácidos y otros detritos orgánicos. Tal vez pequeños grupos de oxivida acompañaran a la nave mee. ¿Como cargamento? A veces los mees usaban componentes biológicos, que resistían los rayos cósmicos mejor que los delicados circuitos lógicos.

Al cabo de un midura tuvo que detenerse para poner otro paquete de sensores, alineándolo con cuidado para que las cámaras mirasen hacia la Avenida, acopiando

datos para los técnicos del Instituto de Navegación. Harry esperaba que fueran valiosos.

Claro que su jefe ya recibía muchas mediciones desde sondas que rodeaban los puntos de transferencia y los niveles hiperespaciales A, B y C. Y normalmente los viajeros presentaban informes sobre las condiciones que encontraban en sus travesías. Parecía extraño enviar a Harry a recoger información en esta fuente tan caprichosa. ¿Pero quién era él para juzgar?

Estoy en el fondo del tótem. Debo hacer bien mi trabajo, y no tratar de ser más listo que mi jefe.

Por las instrucciones, Harry sabía que los medidores revelaban un incremento de tensión en casi todas las rutas navegables de las Cinco Galaxias. Las pinchaduras y los desvíos se habían vuelto rutinarios y el comercio empezaba a verse afectado. No obstante, cuando Wer'Q'quinn interrogó a altos funcionarios del Instituto de Navegación, le respondieron con frases tranquilizadoras.

Estos hechos no son inesperados.

Se han tomado medidas para encarar estos fenómenos.

Los agentes de su nivel no deben preocuparse por las causas ni los efectos de largo plazo.

Cumpla las tareas asignadas. Proteja la navegación. Salvaguarde al público. Siga proporcionando datos. Ante todo, combata el pánico. Aliente la confianza de los civiles.

Mantenga su equipo preparado.

Cancele todas las licencias.

No era un memorándum inspirador. Hasta Wer'Q'quinn parecía perturbado, aunque no era fácil interpretar el humor de un calamar ambulante.

Harry aún estaba intrigado por su misión.

Tal vez Wer'Q'quinn no consultó a sus jefes para este viaje. Tal vez me envió para echar un vistazo desde una perspectiva con la que ningún superior podrá inmiscuirse.

Harry apreciaba la confianza de su supervisor, pero también le preocupaba lo que implicaba.

¿Todo se está desmoronando? Quizás el skiano tenga razón. Si esto es el fin del mundo, ¿qué se puede hacer sino examinar la propia alma?

Un midura antes de partir en esta misión, con precipitación y sentimientos ambiguos, había aceptado una invitación del skiano para visitar su pequeña congregación de conversos. Entrando en un pequeño almacén de uno de los barrios más baratos de Kazzkark, descubrió una variada selección de adeptos.

Había un par de synthios robustos —criaturas tradicionalmente afectas a las costumbres y a los conceptos terrícolas— junto con varios pequeños wazoons, un pring de ojos saltones, tres por'n'aths, un ru-guggl rayado y...

Harry recordó su sorpresa y consternación al ver a los aterradores hermanos de la Noche. Con sus brazos musculosos y sus caras de tiburón, los Hermanos eran famosos por sus intensos pero veleidosos impulsos religiosos. Seguían fanáticamente un credo hasta que aparecía otro. Aun así, le llamó la atención verlos en un ámbito tan gregario, junto a seres que no tenían la menor relación con su raza o clan.

Los variados fieles se habían reunido ante un símbolo que Harry hallaba tan pintoresco como inquietante, una holoimagen de la Tierra, mundo natal de los neochimpancés, aureolada con rayos cruciformes. Mientras el holograma giraba, el planeta parecía hincharse y estallar, entregando su propia sustancia a los brillantes rayos, realzando el don de la iluminación con un acto de autosacrificio.

Poco después, el mundo reaparecía en una hazaña de milagrosa resurrección, reiniciando el ciclo.

—Nos enseñan que el objetivo de la vida es la perfección —declaró el skiano, hablando primero en un centelleante dialecto de galáctico dos, con destellos de su par inferior de ojos, luego casi simultáneamente en audible gal-siete por un vódor que sostenía en la mano—. Esto es verdad, sin duda. Trasciende los límites de orden o clase. Una vez que se alcanza la sapiencia, la vida debe consistir en algo más que la prolongación del yo o los genes. Hace mucho tiempo, los Progenitores enseñaron que nuestro mayor propósito era buscar un propósito. Para que la existencia tenga sentido, necesitamos un objetivo, un blanco adonde apuntar el proyectil de nuestras vidas. ¿Pero qué es perfectible en el universo? No la materia, que decae, y al fin reduce aun los mayores artefactos y monumentos a un leve fulgor de radiación térmica. Todo organismo individual envejece y muere. Algunos recuerdos se pueden copiar o registrar, pero el mejoramiento se detiene. Aun el cosmos que percibimos con los sentidos parece condenado a la entropía y el caos. Sólo las especies parecen mejorar con el tiempo. La ciega evolución allana el camino en mil mundos, escogiendo y probando un sinfín de animales hasta que surgen preciosas formas presapientes. Éstas entran luego en un bendito círculo de adopción y Elevación, recibiendo la guía de quienes las precedieron, acelerando su refinamiento con el tiempo.

»Hasta ahora, las enseñanzas de los Progenitores eran buenas y sabias. Significaban que los mundos serían conservados y santificados. Garantizaban la preservación del potencial, y la sabiduría se legaba en un incesante ciclo de nutrición. ¿Y cuando una especie más vieja ha enseñado todo lo que puede, alcanzando altos niveles de intuición y perspicacia? Entonces llega su propio turno de reanudar el automejoramiento, retirándose de los viajes espaciales, buscando la perfección racial dentro del amoroso Abrazo de las Mareas. Se dice que los Progenitores siguieron ese

camino, esperando dar la bienvenida a cada linaje genético que alcanzara la trascendencia.

El skiano unió las manos con ventosas, inclinándose hacia la congregación.

—¿Pero es el único camino de perfección? Esa perspectiva de la salvación, centrada en las especies, parece fría y remota, sobre todo hoy, cuando puede quedar muy poco tiempo. Demasiado poco para que las razas jóvenes se refinan a la antigua. Además, ¿dónde queda el individuo? Sí, es satisfactorio saber que nuestra vida ha ayudado a la próxima generación a ser un poco mejor que la nuestra, y acercar a nuestros herederos a la plenitud. ¿Pero no hay recompensa para los buenos, los honorables, los devotos y los amables en esta vida? ¿No hay continuidad ni trascendencia para el yo? En verdad, amigos y compadres, estoy aquí para anunciar que esa recompensa existe. Nos llega desde el lugar mas improbable. Un mundo pequeño y extraño donde los lobeznos alcanzaron la sapiencia virginalmente, al cabo de un largo esfuerzo de Auto-elevación, con sólo canciones de ballenas para atemperar su silencio solitario. Eso... y una confortante promesa revelada por el Dios único y verdadero. Una promesa tan bella como atroz. Una promesa que el mundo llamado Tierra pronto cumplirá, mientras sufre el martirio por todos nuestros pecados. Sí, por cada ser sapiente y solitario. Una promesa de salvación y vida eterna.

Tras desplegar los instrumentos, Harry tenía tiempo de ocio antes de recobrarlos, así que se puso a buscar de nuevo a los intrusos.

Los tres habían seguido cerca de la Avenida, una sabia precaución, pues las naves estelares convencionales no estaban construidas para navegar en el Espacio E. Así podían regresar al universo real si surgían problemas en el imperio de los memes.

Claro que «zambullirse» en la Avenida tenía sus peligros. Por ejemplo, uno podía emerger en una de las Cinco Galaxias, con cada átomo en la posición correcta respecto de sus vecinos, pero separado por metros en vez de angstroms, dando al cuerpo el volumen de una estrella y la densidad de un vacío enrarecido.

Y aunque la nave y la tripulación mantuvieran la cohesión física, uno podía terminar lejos de cualquier faro o punto T, perdido y varado.

En comparación, la nave de Harry era una bestia resistente, flexible y mucho más capacitada para estos viajes antojadizos. Diseñada para el Espacio E, y pilotada por un observador viviente y entrenado, podía encontrar muchos puntos más seguros de entrada y salida que la Avenida.

De las naves que seguía, le preocupaba ante todo la entidad maquinal, casi lástima.

Es muy vulnerable aquí. El pobre mee está avanzando casi a ciegas.

Harry aceleró ansioso de saber por qué esa entidad invadía el Espacio E, siguiendo la espora de dos naves oxis. Pronto detectó rastros digitales, señal segura de que ordenadores de alto nivel operaban más allá de la bruma, en forma continua y

sin protección.

Es como si esa cosa les transmitiera a todos los memes carnívoros su vecindario. ¡Hola, bestezuelas! ¡Venid a comerme!

Harry escrutó la bruma y distinguió un acantilado abrupto y blancuzco, cubierto de manchas rojas y simétricas. La barrera se elevaba, perdiéndose en la niebla a varios metros, y la brillante Avenida parecía dirigirse directamente hacia ella.

Las manchas rojizas formaban filas geométricas, como naves de combate. Harry las miró dubitativamente, hasta que el piloto las llamó decoloraciones bidimensionales. Nada más.

La estación continuó la marcha con sus zancos, y Harry pronto comprendió que había un agujero del tamaño suficiente para la Avenida, con cierto espacio a ambos lados donde cabía la plataforma o una nave estelar pequeña.

—Creo que alguien ha usado armas energéticas —murmuró la modalidad piloto.

Una fuerza desgarradora había ensanchado el agujero. Había fisuras que nacían en la entrada despedazada. Fragmentos de pared yacían entre los cilindros borrosos.

—¡Necios! Su nave era demasiado grande. En vez de buscar una metáfora que les permitiera pasar, se abrieron paso a tiros.

Harry sacudió la cabeza. Era peligroso alterar el Espacio E por la fuerza. Era mucho mejor seguir sus extrañas reglas.

—Al parecer esto ocurrió hace un año, cuando la nave más grande trató de seguir a la más pequeña. ¿Deseas que active la modalidad observador para averiguar qué tipo de armamento usaron?

Harry negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Es evidente que tratamos con idiotas... o fanáticos. De un modo u otro, significa problemas.

Harry escrutó la negrura que rodeaba la Avenida. Sin duda era otro límite de transición. Una vez que entrara, las reglas metafóricas cambiarían de nuevo.

A Wer'Q'quinn no le gustaría. No había garantías de que Harry pudiera desandar el camino una vez que entrara. Se suponía que los paquetes de instrumentos eran prioritarios.

Al cabo de una larga pausa —durante la cual se dedicó a rascarse, al estilo neochimpancé—, se decidió con un gruñido.

—Entramos —ordenó Harry—. ¡Prepárate para modificación simbólica! —se sujetó al asiento de mando—. Cierra las persianas y...

La P cursiva giró a mayor velocidad.

—¡Advertencia! ¡Algo se aproxima!

Harry se irguió y miró en torno. El acantilado ocupaba la mitad de su visión. Del otro lado, el reluciente tubo de la Avenida se estiraba hacia la dirección por donde él había venido, por una pradera de cactus borrosos.

Estirándose ambos pulgares, recordó la primera regla de la supervivencia en el Espacio E. En caso de duda ante un extraño, cállate y averigua qué es, antes de que él averigüe quién eres tú.

—¿Identificación? ¿Puedes decirme de dónde viene?

El programa piloto titubeó sólo un instante.

—Objeto desconocido. Se aproxima desde el interior de la zona de transición.

¡De la oscura caverna que tenía delante! Eso le impediría agazaparse aquí para ocultarse. Harry giró, buscando desesperadamente una idea.

—Necesitamos perdernos de vista —murmuró—. ¿Pero dónde?

—No sé, a menos que volemos. ¿Has encontrado una salida, Harvey?

—¡No, maldito seas!

—El intruso se acerca.

Harry apoyó los puños en los brazos del asiento. Era hora de intentar algo, cualquier cosa.

—¡Vamos a la pared!

La estación respondió con un ágil galope. Metiendo los brazos y las piernas en las mangas de control manual, Harry gritó:

—¡Yo me hago cargo!

Mientras la plataforma llegaba al acantilado, él extrajo dos patas-zancos, plantando sus anchos pies en la lisa superficie.

Contuvo el aliento.

Luego, tan naturalmente como si estuviera diseñada para eso, la estación empezó a trepar por la pared.

DIARIO DE ALVIN

Debo apresurarme con esta nota del diario. No hay tiempo para pulirla ni pedirle al autoescriba que corrija mi gramática o sugiera palabras exquisitas. Ya hemos abordado uno de los botes thennianos del Streaker, y despegaremos en menos de un midura. Tengo que anotar esto deprisa, para dejar un duplicado.

Quiero que Gillian Baskin conserve una copia porque ignoramos si esto dará resultado. Nos envían lejos con la esperanza de que el bote llegue a lugar seguro mientras el Streaker se enfrenta a un peligro que nunca vio antes. Pero las cosas podrían salir al revés. Si algo hemos aprendido durante nuestras aventuras es que nada se puede dar por sentado.

De todos modos, la doctora Baskin me hizo una promesa. Si ella sale bien parada y nosotros no, se encargará de hacer publicar mi diario en la Tierra, o en alguna parte. De ese modo, aunque esté muerto, al menos seré un verdadero autor. La gente leerá lo que escribí dentro de siglos, y quizás en muchos mundos.

Creo que es súper, y casi compensa esta separación, aunque despedirme de los amigos que hicimos a bordo de la nave es casi tan difícil como despedirme de mi familia en Jijo.

Uno de los tripulantes vendrá con nosotros, para pilotar la nave. La doctora Baskin nos dará su mejor piloto, para asegurarse de que lleguemos sanos y salvos.

—Creo que no necesitaremos un gran surfista del espacio allá donde vamos —nos dijo—. Pero vosotros debéis llevar a Kaa, para tener una oportunidad.

Huck se quejó, desde luego, agitando todos sus ojos y protestando con ese tono quejumbroso que sólo un g'Kek adolescente puede lograr a la perfección.

—Nos exilian —gimió—. ¡Justo cuando el Streaker se dirigía a un sitio realmente interesante!

—No es un exilio —respondió Gillian—. Realizaréis una misión peligrosa e importante para la cual los jijoanos estáis bien preparados. Una misión que puede hacer que todo lo que hemos sufrido valga la pena.

Ambas tienen razón. Sin duda nos envían lejos porque somos jóvenes, y Gillian se siente culpable de mantenernos a bordo cuando hay peligro a cada dura. Desea que los cuatro —sobre todo Huck— lleguemos cuanto antes a un lugar seguro.

Por otra parte, creo que no se separaría de Kaa si no fuera por razones importantes para su misión. Creo que realmente quiere que atravesemos en secreto las Cinco Galaxias y hagamos contacto con el Consejo de los Terrágenos.

—Antes no podíamos hacerlo —explicó—, con sólo humanos y delfines a bordo. Aunque nos dirigiéramos sigilosamente a un puerto desconocido, habrían reparado en nosotros en cuanto alguien hablara para comprar provisiones o pedir instrucciones. Lamentablemente los terrícolas son demasiado conocidos para ir de incógnito a algún

lado. ¿Pero quién se fijará en una joven urs, un qheuen rojo o un hoon en uno de esos puertos espaciales perdidos? Seréis típicos y harapientos viajeros estelares, vendiendo algunos bits de información que habéis recogido en el camino, con billetes de cuarta clase, camino al sector Tanith por cuestiones personales. Claro que Huck tendrá que permanecer recluida o disfrazada. Quizá debáis embarcarla en un contenedor de animales hasta llegar a un sitio seguro. Los tymbrimis la protegerían. O quizá los thennianos, siempre que acepte un contrato y sus pomposos consejos sobre la campaña de automejoramiento racial. De todos modos, mucho depende de ella como para correr riesgos.

El recordatorio de Gillian silenció las protestas de Huck. Mi amiga tiene una razón importante para permanecer con vida. Es la única g'Kek fuera de Jijo, y como los jophurs podrían aniquilar a todos los g'Keks en aquel planeta, parece que la maternidad, no la aventura, será desde ahora su vocación. Un cambio que le obliga a reflexionar.

—¿Y qué hay de Kaa? —preguntó Ur-ronn—. Será difícil ocultar un gran delfín. ¿Lo guardamos en nuestras maletas?

Ignorando el sarcasmo urs, la doctora Baskin sacudió la cabeza.

—Kaa no os acompañará hasta Tanith. Sería demasiado llamativo. Además le hice una promesa y es hora de respetarla.

Estaba por preguntarle cuál era cuando la teniente Tsh't entró en la sala de navegación para decir que había terminado de cargar las provisiones en el bote.

Mi mascota noor, Huphu, iba sobre mi hombro. Pero su pariente sapiente, el tytlal llamado Pies de Barro, se lamía en una mesa de conferencias, semejante a esa criatura terrícola, la nutria, pero con pelos blancos en el cuello y una expresión de desdeñoso aburrimiento.

—¿Y bien? —le preguntó Gillian a la criatura, que se negaba a hablar desde que habíamos salido de Jijo—. ¿Quieres ir a ver a los tymbrimis e informarles lo que sucede en Jijo? ¿O vendrás con nosotros, más allá de todo lo que nuestro orden de vida normalmente ve?

Al expresarlo de esa manera, creo que Gillian esperaba cierta respuesta del curioso tytlal. Pero no me sorprendió que obtuviera la contraria.

Un tytlal es capaz de morderse la cola con tal de hacer una broma.

Creo que debería anotar cómo llegamos aquí, apresurándonos a cargar un pequeño bote y enviarlo a un lugar adonde supuestamente iría el Streaker.

Parece que Gillian ha recibido una oferta mejor.

Al menos, una que no puede rehusar.

¿Cómo llegamos a esta despedida?

En mi anotación anterior, el Streaker se internaba en las complejas entrañas de un punto de transferencia, a un par de docenas de tiros de flecha de un acorazado jophur

que se nos pegaba como un saltador de la pradera aferrando su último cachorro. Parecía que había una sola manera de liberarnos de nuestro enemigo, dirigirse a uno de los cuarteles generales de los Grandes Institutos, donde habría mucho tráfico y otras naves de guerra. Si todo salía bien, un Instituto podía ordenar un armisticio en un santiamén, y protegernos antes de que una tormenta de fuego pulverizara el Streaker.

Era un plan precario, pero a nadie se le ocurría otro. Y era mejor que permitir que los jophurs capturasen los secretos del Streaker para usarlos contra los demás clanes de las Cinco Galaxias.

Así que ahí estábamos, patinando por una hebra, esquivando el tráfico de refugiados de los cientos de mundos fractales que se estaban desmoronando en la Galaxia Cuatro...

No me preguntéis cómo ni por qué ocurrió eso, porque no tengo idea. Pero al menos una jijoana entendía lo que ocurría. La sabia Sara lo dedujo cuando gran cantidad de esas gigantescas naves cambiaron de forma ante nuestros ojos, así como el símbolo de su proa.

Según entiendo, algunos refugiados estaban buscando nuevos asilos para reanudar sus serenas vidas de contemplación, aunque parece que era difícil encontrar vacantes. Otros decidieron abandonar esa cómoda existencia y regresar a sus viejos primos oxis durante la crisis actual. La doctora Baskin pensó que deberíamos sumarnos a esa muchedumbre y atravesar el abarrotado punto de transferencia que nos llevaría a una zona poblada de las Cinco Galaxias.

Había una tercera opción, escogida por una pequeña minoría, los que se consideraban listos para subir el próximo peldaño en la escalera de la sapiencia, pasando del Orden Retirado a un estado mucho más elevado. Pero no creíamos que ese grupo nos interesara.

¡Qué gran error!

Sucedió cuando nos zambullíamos en el corazón del punto T —una estructura circular y nudosa que Kaa llamaba nexo transgaláctico— que nos enviaría fuera de la Galaxia Cuatro.

Sonaron alarmas. Giramos en otro rizo, y ahí estaba.

Al principio vi una amorfa nube de luz. Pero cuando nos aproximamos, esto cambió. Entreví una tremenda criatura con un sinfín de brazos sinuosos. Esos apéndices llegaban a las hebras convergentes y cogían naves estelares como bayas de una rama.

—Eh... ¿eso es normal? —preguntó Huck innecesariamente, pues nuestros amigos terrícolas, a juzgar por su expresión, nunca habían visto nada semejante.

—¿E-es un d-dios? —tartamudeó Pinzón.

Nadie respondió, ni siquiera la sarcástica máquina Niss. Nos dirigíamos hacia ese

monstruo, y no había manera de escapar a tiempo. Sólo podíamos mirar y contar los duras que pasaban, precipitándonos hacia el resplandor hasta que nos llegó el turno.

La luz inundó el cielo. Un gran brazo radiante bajó hacia nosotros... y de pronto las cosas se empezaron a mover m-u-y-d-e-s-p-a-c-i-o.

Sentí un hormigueo en las vísceras y un aturdimiento en la piel. Mientras el Streaker era arrancado de la hebra de transferencia, sus rugientes motores enmudecieron. Un fulgor blanco que no parecía transmitir calor llenó las pantallas. Paralizado de miedo, me pregunté si seríamos engullidos por un ser hambriento o un desapasionado fenómeno natural. Por supuesto, no había la menor diferencia.

El color de esa luz era tan perfecto, su textura tan resplandeciente, que pronto me convencí de que era muerte pura y destilada.

No sé cuánto duró la transición. Pero al fin el brillo disminuyó y mis sensaciones viscerales se calmaron.

Los motores del Streaker seguían callados, pero el tiempo recobró su ritmo normal. Al fin volvimos a ver con claridad.

Sara aferraba a Emerson, mientras Prity, la chimpancé, los abrazaba a ambos. Urronn estaba acurrucada junto a Huck y Pinzón, mientras que Huphu y Pies de Barro se aferraban con ocho pares de zarpas a mis doloridos hombros.

Todos miramos en torno, asombrados de poder hacerlo.

Las pantallas se encendieron, mostrando que todavía estábamos dentro de las embrolladas entrañas del punto T, sólo que ya no estábamos en contacto con ninguna hebra. Una gran burbuja de espacio real rodeaba el Streaker.

Y no sólo el Streaker. Por todas partes había hileras de naves estelares. La mayoría eran mucho más grandes. Al parecer todas esperaban en silencio.

El holograma Niss despertó. Sus finas líneas parecían tensas y angustiadas.

—Veo sólo un rasgo común entre todas estas naves —dijo—. Cada una de ellas lleva el Signo de la Unidad. El símbolo que consiste en dos segmentos que se unen a ciento cuatro grados. El Emblema de la Trascendencia.

Mirando el fulgor blanco, vimos que clasificaba las naves que arrancaba de las hebras. Algunas, la mayoría, rodeaban la esfera reluciente y eran puestas de nuevo en camino. Éstas se desvanecían rápidamente, como ansiosas de escapar a otras galaxias.

Pero una nave de cada cien era apartada. El fulgor blanco las examinaba atentamente y luego las sumaba a nuestra falange de selectos...

¿Selectos qué? ¿Prisioneros? ¿Muestras? ¿Candidatos? ¿Entremeses?

Para nuestro alivio, esta última idea quedó descartada cuando vimos que una nave cercana palpitaba abruptamente con blando fuego, sufriendo una inversión de la transformación anterior. En instantes, el símbolo de dos segmentos había vuelto a ser un nido de círculos concéntricos. De inmediato esa nave salió de la formación, tambaleando mientras se unía a los refugiados que partían.

—Gallina —diagnosticó Huck, siempre caritativa en su evaluación de los demás.

Esto se repitió varias veces. Pero el fulgor blanco seguía agregando nuevos miembros a nuestras filas.

Emerson d'Anite se puso a calibrar la pantalla de largo alcance, y pronto señaló su descubrimiento: nuestra burbuja de espacio-tiempo local no era la única.

Había por lo menos otra docena de zonas de ensamblaje, quizá muchas más. Algunas contenían naves espaciales fractales, como las vecinas. Otras parecían llenas de formas amarillas gelatinosas, vagamente esféricas, que a veces se fusionaban o separaban como bolas de grasa.

—Zangs —explicó Emerson, orgulloso de poder nombrar en voz alta ese objeto abultado, como si esa sola palabra bastara para despejar nuestra confusión.

—¿Alguien sabe qué hacen aquí? —preguntó la sabia Sara—. ¿Me he perdido algo? ¿Nos han confundido con miembros del orden trascendente de la vida?

La teniente Tsh't irguió su gran cabeza.

—Eso s-sería t-todo un ascenso —comentó irónicamente.

—En verdad —añadió la Niss—. La mayoría de las especies oxis lucha durante cientos de miles de años, consagrándose al comercio, la Elevación, la guerra y el viaje estelar, antes de sentir la llamada y buscar una estrella dócil donde regodearse en el Abrazo de las Mareas. Una vez unida al Orden Retirado, una especie puede demorar otro millón de años en sentirse preparada para el próximo paso.

Ur-ronn hizo una sugerencia.

—¿Consultamos la rama de la Biblioteca que tenemos a bordo?

La Niss tiritó.

—La Biblioteca Galáctica no contiene mucha información sobre el Orden Retirado, pues nuestros mayores suelen afirmar que esos asuntos no nos incumben. En cuanto a lo que sucede después del retiro... bien, aquí nos internamos en cuestiones religiosas. La mayoría de los grandes cultos de las Cinco Galaxias se relaciona con este tema... qué significa la trascendencia para una raza. Muchos creen que los Progenitores fueron los primeros en coger este camino, indicando a los demás que los siguieran cuando pudiesen. Pero...

—Eso no responde a la pregunta de Sara —concluyó Gillian Baskin—. ¿Por qué nos han escogido para reunirnos con estos seres? Me pregunto si...

Calló, notando que Emerson d'Anite reclamaba atención. Se tocaba la nariz y señalaba la ventana que separaba la sala de navegación del puente del Streaker.

Por unos momentos, todos parecieron perplejos. Entonces Tsh't lanzó un chillido de comprensión.

—¡El morro de la nave! ¿Recordáis que una facción de Antiguos y máquinas trabajó en el casco, dándonos un nuevo blindaje? ¿Y si también cambiaron el observador WOM de nuestra proa? Ninguno ha echado un buen vistazo desde que

ocurrió. Quizás el símbolo ya no sea la espiral con rayos, sino...

No terminó. Todos entendieron. Quizás el Streaker ahora llevara un emblema que identificaba a sus ocupantes como algo que no eran.

Algunos lo consideraban plausible, aunque nadie se imaginaba por qué nuestros benefactores querrían hacer semejante cosa. Ni cuáles serían las consecuencias, cuando nos descubrieran.

Gillian Baskin, por lo que vi, no creía en esa teoría. Obviamente tenía otra idea en mente. Quizás otra explicación de por qué estábamos aquí. Quizá yo era el único que estaba tan cerca como para oír la palabra que murmuró con un tono de resignada tristeza.

Escribiré esa palabra, aunque ignoro qué significa.

He aquí lo que dijo:

—Herbie...

Por eso nos despedimos.

Parece que el Streaker ha hallado un refugio, en cierto modo. Al menos el acorazado jophur ya no está a la vista, aunque quién sabe si reaparecerá. De todos modos, la doctora Baskin ha decidido no oponerse a este giro de la rueda del destino, sino seguirlo por un tiempo y ver adonde lleva.

Pero nosotros, los chicos de Wuphon, no iremos. Debemos abordar un viejo bote estelar thenniano, que todavía tiene el símbolo de la espiral en la proa, y viajar con Kaa a un punto seguro de la Galaxia Dos. Será difícil, especialmente la conexión con una hebra de transferencia desde nuestra inmovilidad en esta extraña burbuja de espacio. Y eso será sólo el principio de nuestras dificultades mientras procuramos encontrar un puerto desconocido donde nadie note que regresamos a la Civilización de las Cinco Galaxias.

Una vez allí, si los dados de Ifni ruedan favorablemente, procuraremos actuar como mensajeros de Gillian, entregar su vital información y encontrar algo que hacer con el resto de nuestra vida.

Como Huck, tengo sentimientos ambiguos. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer, salvo intentarlo?

Tsh't ha terminado de cargar nuestras provisiones en la bodega. Kaa está en el asiento del piloto, agitando las aletas y ansioso de partir. Todos hemos recibido abrazos y deseos de buen augurio.

—Enorgulleced a Jijo —nos dijo la sabia Sara.

Lamento que ella no venga, porque así tendríamos su sabiduría, y nuestro grupo contaría con un representante de cada una de las Seis Razas de la Cuesta. Pero si alguien de nuestro pequeño mundo oculto debe ir a ver cómo son las criaturas trascendentes, con la posibilidad de entender, es ella. Supongo que las cosas son como deben ser.

Tyug, el alquimista traeki, exhala un dulce vapor. El aroma aplaca nuestros temores. Me pregunto si un traeki puede sentirse tranquilo al entrar en un universo lleno de jophurs. Yo estoy bien dispuesto a conocer a primos hoons largamente perdidos, parientes lejanos que se han pasado la vida con el poder y las comodidades de los dioses estelares, pero que nunca han leído a Conrad, Ellison o Twain. Pobres diablos.

—Debemos ponerle un nombre a esta cosa —insiste Pinzón, golpeando el piso metálico del bote.

Ur-ronn cabecea.

—Desde luego, sólo uno es adecuado.

Asiento con un gutureo. Miramos a Huck, que agita los ojos gravemente, abrumada por una nueva responsabilidad.

—Que sea Sueño de Wuphon —concede, haciéndolo unánime.

Gillian Baskin espera junto a la escotilla para que le entregue el disco de respaldo de mi autoescriba. Así que ahora debo terminar de dictar esta nota, aunque sea apresurada y no esté pulida.

Si aquí termina mi historia, querido lector, significa que el Streaker llegó a destino y nosotros no. No tengo quejas ni lamentaciones. Sólo recuérdanos, si te place.

Gracias, doctora Baskin. Gracias por la aventura y todo lo demás.

Buena suerte.

Y adiós.

HARRY

Algo le resultaba muy familiar en esa región del Espacio E, desde que había visto la pradera de cactus que se extendía hasta torres angostas que trepaban hacia un plano colgante. Harry sentía un hormigueo desagradable en la nuca, el modo en que un neochimpancé experimenta el *deja vu*. Ahora miraba la misma escena desde otro ángulo vertiginoso, mientras su nave exploradora se aferraba a un gigantesco acantilado en medio de la bruma. Un sinfín de manchas rojizas se repetían simétricamente en la superficie vertical, como huellas dejadas por un ejército de monstruos patizambos.

—Bien —comentó sorprendido—, nunca hice esto antes. ¿Quién habría creído que aquí las reglas dejarían que una gran máquina subiera como una araña en una tela...?

Harry se interrumpió. Se quedó mudo y boquiabierto de asombro.

¡No es posible!

Miró las marcas del acantilado, luego las torres lejanas, casi perdidas en la niebla. Un cambio mental de escala le aclaró todo.

Lo habría entendido antes, salvo por la visión borrosa de este lugar descabellado.

Se sentía cósmicamente estúpido. Gimió en voz alta.

—¡Por las barbas de Cheetah y la hernia de Tarzán! Es una habitación. ¡Una habitación en la casa de alguien!

La conciencia dio foco a esta percepción tardía.

¿La llanura de cactus deshilachados?

¡Alfombra!

¿Las torres altas y angostas?

Patas de muebles. Y ese gran plano de donde caí debía de ser una mesa.

Las manchas del «acantilado» debían de ser empapelado, o algún otro revestimiento de mal gusto. Estando tan cerca, ignoraba si el motivo era terrícola o alienígena.

Esta zona del Espacio E tiene tan pocos visitantes que quizás estuviera en estado puro, no manifestado, cuando caí. Todo este desquicio se debe de haber condensado alrededor de alguna imagen de mi mente subconsciente.

Había pensado en el formato de la estación, equipado con patas largas desde su última misión, comparándolo con una araña. Tal vez ese pensamiento ayudó a precipitar este subcosmos turbadoramente personal.

A menos que lo esté soñando todo, y mi cuerpo esté tendido en un delirio paralizante, aplastado bajo toneladas de desechos donde cayó la estación, un instante después de mi llegada.

De un modo u otro, sólo mostraba por qué la mayoría de los sofotes consideraba

peligrosa esta parte del Espacio E.

Quizás así era como los insectos veían las cosas dentro de una casa. Todo era un borrón. Harry se preguntó si había cuadros en las paredes, un cuenco de fruta en la mesa y un enorme gato ronroneando en un sofá.

Quizá fuera mejor no saberlo, ni forzar al Espacio E a reificar demasiado.

Sólo una cosa arruinaba la impresión de una pintoresca sala de estar: la Avenida, un tubo radiante y sinuoso que surgía de la brumosa distancia, serpeaba por el piso y atravesaba la pared debajo de Harry.

Un lugar llamado Realidad, dominado por la materia y rígidas leyes físicas.

—Detecto vibraciones —anunció la estación— en el punto de conexión-ruptura.

En otras palabras, en la cueva de ratón donde la Avenida se zambullía en otra zona del Espacio E. Tres intrusos habían cogido esa ruta, dejando claras huellas. Una nave pequeña pasó a duras penas, un año atrás, seguida por un perseguidor que ensanchó el camino con imprudentes disparos. Ambos dejaron esporas de oxivida. Una nave más reciente dejó pistas ambiguas antes de ingresar en la estrecha senda.

Y ahora algo venía desde el otro lado.

Harry registró la consola de armamentos y encontró varios paneles encendidos, lo cual significaba que allí podían funcionar, aunque aún ignoraba de qué manera.

—Veamos si podemos hacer de nuevo ese truco —murmuró.

En control manual, fijó el ancla de realidad en la pared adyacente. Luego separó cada pata de la pared, hasta que la nave quedó suspendida sobre el piso.

—¡Descender! —ordenó, haciendo que la soga se estirase y se detuviera a dos naves de distancia de donde la alfombra se tocaba con la pared. La Avenida estaba a la izquierda.

Lo que se aproxima no puede ser mucho más grande que esta estación. Y la mayoría de las naves estelares que visitan el Espacio E no están bien diseñadas para esto. Tengo mis ventajas, incluida la sorpresa.

Parecía lógico. Harry casi logró convencerse.

Pero la lógica era una amiga veleidosa, aun en su universo natal. En el Espacio E, era sólo uno de los tantos juegos que uno podía practicar con símbolos e ideas.

Uno de los muchos modos de engañarse a sí mismo.

—¡Aquí viene! —anunció la modalidad piloto cuando algo asomó del oscuro túnel.

Lucía patético, absurdamente largo y con una anchura que apenas le permitía pasar por el túnel. El intruso consistía en una cadena de segmentos eslabonados sobre patas rígidas y articuladas. Salió rápidamente del oscuro pasaje, viró a un costado, agazapándose junto a la pared mientras los temblores lo recorrían de sección en sección. Mirando desde arriba, Harry pensó en una criatura herida y asustada, agachándose como para recobrar el aliento.

No necesitó activar la modalidad observador para saber que era una máquina. Sus rígidos movimientos la delataban. Además, le costaba cambiar. Al entrar en una nueva región del Espacio E, cualquier otra forma de vida se hubiera flexionado, sufriendo una transición, adaptando su autoimagen, su gestalt, al nuevo ámbito.

En este reino, creer era ser.

Pero por su propia naturaleza, las máquinas eran manifestaciones supremas de las leyes físicas aplicadas. En la Realidad, la coherencia era una fuente de poder. Pero aquí tenía efectos paralizantes. Enfrentada con la necesidad imperiosa de adaptar su forma, una máquina debía evaluar atentamente las nuevas circunstancias, creando un diseño y llevando a cabo cada cambio de acuerdo con un plan.

Enfocando un telescopio, Harry vio que el cuerpo del mee estaba cubierto de objetos móviles más pequeños —robots de reparación y mantenimiento— que trabajaban frenéticamente para alterar su forma y función mediante cortes, movimientos y la adhesión de trozos de materia real.

Entretanto, caían pedazos que se perdían en la alfombra. El sensor atómico de Harry mostró una nube de partículas ondulantes, desechos que en poco tiempo podían atraer memes carroñeros.

Era evidente que esa cosa había sido una nave espacial, un habitante del vacío y la oscuridad. Era asombroso que la máquina pudiera adaptarse a este entorno.

Un sensor anunció lecturas anómalas. Parte de la contaminación consistía en oxígeno, nitrógeno y compuestos orgánicos complejos, indicios de otro orden de vida.

Un minuto.

Harry ya tenía sus sospechas. Ahora estaba seguro.

Ésta era la tercera entidad que había estado rastreando.

—Debe de haber tropezado con algo extraño —reflexionó—. Algo tan temible que le hizo escapar.

La modalidad piloto pronto lo confirmó.

—Detecto presencias que se aproximan al límite de ruptura por el otro lado, siguiendo a éste a gran velocidad.

Harry localizó la fuente de emisiones anormales de gas en una hinchazón cerrada, cerca del medio de esa máquina con forma de oruga. Un habitat. Un contenedor de atmósfera y otros artefactos de soporte vital. Esos destellos vidriosos debían de ser ventanas, aunque el interior estaba demasiado oscuro para ver.

Obviamente la máquina sabía que el tiempo escaseaba. El trabajo de reconfiguración se aceleró, pero el trabajo frenético descompuso a algunos robots, que se recalentaban y caían. La alfombra empezó a ondular, mostrando turbadores signos de hambre. Los átomos eran raros en el Espacio E, y no duraban mucho tiempo. Muchas criaturas meméticas simples encontraban los trozos de materia útiles

como nutrientes, pues infundían cierta realidad a las abstracciones vivientes.

—Treinta duras para el arribo de los recién llegados —anunció la modalidad piloto.

Aunque su trabajo estaba inconcluso, la máquina oruga decidió que no tenía más tiempo y se dirigió deprisa hacia la reluciente Avenida.

Me pregunto por qué no intenta regresar al espacio normal saltando a la Avenida. Claro que podía emerger en cualquier parte, y necesitaría siglos para llegar a una conexión hiperespacial decente, pero las máquinas tienen tiempo de sobra.

Se le ocurrieron otras posibilidades.

Tal vez está demasiado averiada para sobrevivir a la reentrada. O quizá su cargamento orgánico no puede pasarse siglos a la deriva en el espacio.

La torpe máquina sufría graves problemas. Las patas con goznes de metal comenzaron a congelarse, partirse y caerse. Harry pensó en un animal herido luchando con sus últimas fuerzas.

Buscó a los perseguidores. Un estallido de luz los anunció en el túnel. Los filamentos de la alfombra retrocedieron. Apareció la primera criatura.

Parecía una lombriz blindada, con una cabeza reluciente que consistía en láminas brillantes. Una bestia de orificios oscuros y honduras sin aire. Pero esto pronto cambió. En una rápida metamorfosis, la entidad se adaptó al nuevo entorno. Surgieron órganos semejantes a ojos y seudópodos, hasta que se apoyó grácilmente en una miríada de delicadas patas, como un ciempiés.

O un megapiés, pensó Harry.

Sólo una clase de criatura se adaptaba tan rápidamente al Espacio E. Una criatura nativa. Un sofisticado carnívoro memético. Una idea... quizá la idea misma de depredación.

Mientras el primero se transmutaba para adaptarse a las reglas ad hoc de una gigantesca sala de estar, otros aparecieron atrás, miembros de una jauría ansiosa de atacar una presa indefensa.

No es asunto mío, pensó Harry, estirándose ambos pulgares. Mi primer deber es recoger los instrumentos de Wer'Q'quinn. Mi segundo deber es rastrear y disuadir a los intrusos... pero los memes se encargarán de ello.

Pero la indecisión de Harry era alimentada por el recuerdo de la última vez que había escuchado al misionero skiano predicando su credo desde un improvisado pulpito, bajo un holograma giratorio de la Tierra crucificada. Con luces y sonido, el predicador declaraba que cada individuo sapiente debía buscar la liberación de su alma.

—Aunque nuestra secta ha irrumpido recientemente en los bulevares y calles de las Cinco Galaxias, los viejos credos ya nos consideran una amenaza. Tratan de limitar nuestro mensaje con regulaciones y apremios legales, usando medios

inescrupulosos para difamar a nuestros emisarios. Ante todo, sostienen que predicamos el egoísmo. Si los Abdicadores, Expectantes, Trascendentes y otras tradiciones coinciden en algo, es la creencia de que la salvación se debe alcanzar por medio de especies y clanes, perfeccionándose para seguir a nuestros benditos Progenitores hasta el Abrazo de las Mareas. Cada generación debe trabajar abnegadamente para impulsar a sus herederos. Sería terrible, pues, que billones y trillones de individuos comenzaran a pensar en sí mismos. ¿Y si la redención estuviera al alcance de cada ser pensante, mediante la fe en un Dios que está por encima y más allá de todos los niveles conocidos de realidad universal? ¿Y si el Abrazo de las Mareas se pudiera sortear, alcanzando un ultramundo celestial, descrito en las obras sacras de la Tierra? ¿Entonces todos dejarían de buscar el progreso racial, abandonando la posteridad para buscar recompensas espirituales inmediatas?

El skiano hizo relampaguear sus ojos inferiores.

—Hay una respuesta. La respuesta de Buda, Moisés, Jesús y otros grandes profetas que predicaron durante la época de gloriosa soledad de la Tierra. Su respuesta, nuestra respuesta, es que la mayor herramienta de la salvación ha sido siempre la compasión.

Aun días después, Harry seguía pensando en la increíble incongruencia del mensaje del skiano. Mordiéndose el labio, se volvió hacia la P flotante.

—¿Cuántos cazadores hay?

—Los memoides suman cinco —respondió la modalidad piloto—. Dos se han transformado por completo y han reanudado la persecución del intruso mee. Dos todavía están cambiando. Uno permanece dentro del túnel, aguardando su turno.

Vio un par de memes carnívoros que atravesaban la pseudoalfombra impulsados por un millón de zarcillos ondeantes, lanzándose deprisa sobre la decrepita máquina. Dos más terminaron de transformarse mientras Harry caminaba de aquí para allá, lamentando haber asistido a la reunión del skiano.

No sabía qué motivaba su decisión de actuar. Quizás en parte fuera compasión. Pero Harry prefería atribuirlo a otra cosa.

Curiosidad.

Nunca averiguaré qué lleva esa torpe máquina, si la engulle una pandilla de opiniones famélicas.

El quinto memoide emergió e inició su metamorfosis.

Harry soltó un grito de resolución y apretó un botón, liberando el ancla de realidad. La estación cayó con las ocho patas desplegadas como zarpas.

El primer oponente fue presa fácil.

Un memoide está indefenso durante la transición, mientras está reacomodando su marco conceptual en un nuevo entorno. «Haciendo una paráfrasis de sí mismo para un nuevo idioma», como había explicado Wer'Q'quinn durante el entrenamiento de

Harry. En ese lapso su cohesión vacilaba, volviéndolo vulnerable a los puntos de vista externos.

Cuando la estación cayó sobre él y le perforó el espinazo, éste reaccionó deprisa, inyectando algunas nociones críticas.

INTERRUPCIÓN

EXCITACIÓN

DUDA

En el Espacio E, una idea podía sostenerse sin un cerebro que la pensara. Pero sólo si la proposición tenía fuerza suficiente para creer en sí misma. Para un concepto autónomo, la incertidumbre era peor que una toxina, sobre todo en ciertas circunstancias. Este complejo meme vaciló y se disolvió rápidamente, dejando que la alfombra engullera sus proposiciones. Harry quedó libre para ir en busca de sus pares.

Debo actuar como una araña, pensó, preparando la consola de armamentos. Ahora sus ventajas eran el sigilo y la velocidad, además del hecho de que todo su subdominio de Espacio E debía haberse condensado un rato atrás en torno a alguna imagen seminal de su propia mente, quizás el recuerdo infantil de una gigantesca sala de estar.

Acercándose desde atrás a los dos memes siguientes, decidió capturarlos con un rayo enredador. Parecía ideal para el ataque en el Espacio E, pues disparaba una red de silogismos, argumentos lógicos acopiados de boletines de la Gran Biblioteca Galáctica que se remontaban a mil millones de años.

Ahí vamos.

Harry apuntó y disparó.

El arma era contingente: su forma y apariencia variaban según las condiciones locales. En otras zonas del Espacio E, le había visto lanzar haces de luz cáustica, o disparar refutaciones relucientes como bolas de cañón. Aquí, chorros de argumentos destilados formaron una espiral de seda viscosa que cayó sobre el siguiente par de carnívoros meméticos.

Uno de ellos tropezó al instante, liándose las patas en viscosas cuerdas de persuasión antigua, anudándose el torso en filamentos de razonamientos agresivos, cayendo en una bola de confusión y disipándose en vapor.

Su socio tuvo más suerte. Arrinconado por telarañas, el depredador logró detenerse justo a tiempo. Cada vez que una línea de cáustica argumentación hacía contacto, quemándole los flancos, la herida rezumaba refutaciones como anticuerpos.

La criatura movió su mirada metafórica y escupió veneno. Las gotas volaron hacia la estación, explicaciones convincentes destinadas a persuadir a la nave de Harry de no existir más. Podría haber tratado de abatirlas o aplastarlas, o incluso resistir la andanada. Pero Harry ya había elegido otra táctica. Aprovechando su conocimiento de la zona local, hizo que la estación flexionara las ocho patas y

brincara, elevándose sobre los proyectiles y el par de aláforas arrinconadas.

Voló varios segundos, elevándose tanto sobre la alfombra que empezó a preocuparse por el descenso, sobre todo porque parecía peligrosamente cerca de la reluciente Avenida.

¡No estoy preparado para reentrar aquí! Las probabilidades de sobrevivir a una colisión fortuita no eran buenas.

Por suerte, ladeando la estación, logró esquivar el tubo reluciente. Pero el aterrizaje fue brusco y desigual. Harry voló contra un mamparo, dándose un doloroso golpe en el hombro derecho. La cabina se llenó de ruidos crepitantes. Sonó una alarma. Relampaguearon luces rojas.

Pestañeando, regresó al tablero de control, donde vio que dos patas se habían partido y una tercera estaba torcida. Su fiable vehículo cojeaba mientras se erguía para enfrentarse a nuevos desafíos.

Harry, inflamado por la adrenalina, desnudó los dientes en un gruñido de chimpancé.

Tres abajo, y quedan dos, pensó esperanzadamente.

Lamentablemente, la próxima pelea no sería tan fácil.

Uno de los depredadores restantes ya golpeaba a su desdichada presa, arrancando trozos de metal de la gigantesca máquina, desmembrándola con feliz abandono. El otro memoide giró hacia Harry. Se había adaptado por completo a este medio, y ahora parecía un insectoide que uno odiaría encontrar bajo los muebles, con muchas zarpas y aguijones. Harry creyó verle una expresión de salvaje alegría, como si ese adversario fuera la esencia de la agresividad.

Una espuma feroz burbujeó en la boca del memoide y voló hacia Harry.

Apartarse de un salto era imposible, así que trató de oscilar. Pero a pesar de sus desesperados zigzagueos, una de las manchas acertó en la ventana de proa, desparramándose con palpitante viscosidad.

Harry eludió su mirada, pero aun así lo inundaron oleadas de aprensión.

¿Qué demonios hago aquí? Podría estar a salvo en mi cama. Si me hubiera quedado en la Tierra estaría en compañía de amantes o amigos, en vez de venir aquí para morir...

Sintió aguijonazos de remordimiento, aunque sabía que su origen era el ataque alienígena. Afortunadamente, era una emoción difusa, generalizada. El memoide ignoraba qué clase de criatura era él, así que sus pensamientos venenosos todavía no eran específicos. Estos depredadores sofisticados tenían una notable sensibilidad que detectaba rápidamente las flaquezas de sus víctimas.

Harry no pensaba darle la oportunidad. Lanzó otro rayo enredador, y una vez más su estación arrojó telarañas de pegajosas argumentaciones. Su blanco evadió la trampa, quizás adoptando algunos axiomas singulares no relacionados. Las pocas

hilachas que lo tocaron resbalaron, sin poder formular postulados exóticos. El memoide, apenas entorpecido, flexionó el lomo y atacó, embistiendo a tal velocidad que no le permitiría retirarse.

Abrió la boca, y en vez de dientes había filas de tornillos puntiagudos que giraban rápidamente. Era un espectáculo temible y desalentador.

¡Va a abor dame!

Harry apretó el botón *Bengalas de distracción*. Más de una vez le habían salvado el pellejo, creando deslumbrantes despliegues de datos confusos y permitiéndole escapar de monstruos aún mayores.

Pero esta vez el efecto fue decepcionante. Nubes de niebla estallaron ante el depredador, pero éste no redujo la velocidad.

En caso de duda, usa los puños, pensó Harry, activando el minicañón. Estallaron vibraciones mientras balas de alta velocidad volaban hacia el atacante, que retrocedió, bramando y arañando el aire. Pero Harry perdió la esperanza al ver que los impactos no causaban ningún daño. La criatura atajaba los proyectiles, incorporando el material a su matriz basada en la información. Los tornillos giratorios cambiaron de color, pasando del azul al gris metálico.

Harry apagó el arma, maldiciendo. Le había hecho un favor a su enemigo.

La estación apenas se sacudió con el impacto del memoide. Una idea compleja y enrarecida tenía poco peso e ímpetu. Pero las ideas podían desgastar, y ésta lo hacía con decisión, usando esos taladros para penetrar en el casco de la nave.

Harry probó con otros botones y palancas, pero nada funcionaba. Las armas estaban inutilizadas, o bien reformateadas de tal modo que no hacían mella en el adaptable memoide.

En el Espacio E, un objeto hecho únicamente de átomos no podía resistir largo tiempo contra ideas vivientes.

Aparecieron hoyuelos en las paredes, que explotaron hacia adentro mientras eran atravesadas por hojas giratorias cónicas. Momentos después los tornillos cambiaron de forma, convirtiéndose en criaturillas. Ácaros, pensó Harry, sabiendo que aun los insectos y las arañas tenían parásitos. El depredador había concebido un truco excelente, usando la lógica de este subreino contra Harry.

Harry apretó otro botón, destinado a situaciones desesperadas.

La sala de mando se llenó de imágenes holográficas, una multitud de seres que giraba imitando diversas formas de vida oxi, hidro y maquinal. Algunos correteaban. Otros caminaban, rodaban o trotaban, evocando una fiesta pangaláctica y supratemporal de omnirrealidad.

Una docena de ácaros se desplegaron, buscando el núcleo conceptual de la estación, Harry mismo. Las insidiosas criaturas mostraron horribles pinzas, mientras olfateaban a una multitud de sofones de imitación. Una de ellas quiso atacar a un

falso zang, y se arrojó contra un glóbulo amarillo que tiritó al recibir el golpe. El holograma se derrumbó alrededor del acaro, envolviéndolo en una aplastante capa de antimemes. La implosión resultante terminó con un estallido de luz, seguido por una fina polvareda que cayó en cubierta.

Contienen algo de materia real, comprendió Harry. Estas cosas son realmente peligrosas.

Si una lo mordía, no sólo atacaría su mente, sino que también le masticaría el cuerpo.

Dos veces más, los invasores cayeron en la trampa de atacar blancos erróneos y fueron destruidos. Pero Harry notaba que se estaban volviendo más cautos. Poco a poco los ácaros empezaron a ignorar a los hidros y los mees, y comenzaron a concentrarse en los oxis.

Tengo que actuar primero. ¿Pero cómo? ¿Qué hago para salir de este atolladero?

Si alguna vez regresaba a la base, tendría sugerencias para las cuadrillas que mantenían los sistemas de armamentos. Pero por ahora Harry veía una sola esperanza: confundir al memoide original, rompiendo su control sobre los ácaros. Eso también abriría agujeros en el casco de la estación... pero un problema por vez.

No se atrevía a coger controles manuales que lo delatarían, así que llamó a la modalidad piloto.

—¿Sí, Hermán? —respondió la P flotante.

—¡No revolotees cerca de mí! —susurró Harry, apretando los dientes—. Quédate lejos y escucha. Quiero que sacudas la estación, que trates de arrancar a ese maldito alienígena de nuestro casco.

—Eso atentaría contra las pautas de seguridad.

—¡Anuladas! —gruñó Harry—. Protocolos de emergencia. ¡Ya!

La plataforma empezó a moverse. A pesar de las dos patas rotas, el memoide no la entorpecía demasiado, pues su masa total real quizá sólo pesara unos cientos de gramos, aun después de comer las balas de Harry. La cojera incluso ayudó un poco, pues causó un movimiento oscilante mientras la estación se desplazaba de aquí para allá como un ser ebrio.

A pesar de su baja masa inercial, el memoide no las tenía todas consigo. El movimiento era una forma de información. Gimió mientras procuraba aferrarse mejor, intentando mantener el contacto con sus ácaros.

Lamentablemente el zigzaguo también afectaba a Harry, empujándolo de aquí para allá. Los hologramas emulaban automáticamente sus movimientos, pero él sabía que esto pronto lo delataría.

A través de una ventana vio al intruso mecánico, que no tenía por qué meterse en un ámbito donde pensar era existir.

El último depredador lo había desmembrado y ya se abría paso hacia el habitat...

Una sacudida alejó a Harry de esa alarmante escena, arrojándolo contra otra ventana. La que aún estaba revestida con el color del remordimiento.

De acuerdo, lo lamento. ¡Lamento no haber venido aquí con reales armas meméticas! Auténticos venenos cerebrales lobeznos. Ideas agridulces que hipnotizaron a millones, fijándolos en una sola visión de la realidad, endureciendo mentes flexibles.

Harry estaba seguro. Aun estos depredadores locales, tan ágiles en el espacio de las abstracciones, se volverían conceptualmente quebradizos si enfrentaban los seductores razonamientos de Platón, Marx o Ayn Rand, Freud o Santo Tomás, Goebbels o Hub...

La estación frenó bruscamente, interrumpiendo el pensamiento de Harry y arrojándolo contra un armario. Varios ácaros volaron hacia él, impulsados por sus componentes de masa real. Dos chocaron con hologramas y fueron destruidos al instante.

Pero otros dos sobrevivieron para chocar contra la pared. Mientras Harry recobraba el equilibrio notó que lo miraban.

Epa.

Lo tenían arrinconado, de espaldas contra los armarios. Mientras la estación reanudaba sus frenéticos movimientos, los ácaros se aproximaron desde dos lados por la oscilante cubierta, abriendo las fauces y moviendo colas de escorpión.

Harry trató de despejarse. Supuestamente, si practicaba disciplina mental, podía volver el intelecto impermeable a las ideas tóxicas.

Lamentablemente los seres tan disciplinados eran pésimos observadores del Espacio E. Lo habían reclutado por su crédula imaginación, un rasgo que estos parásitos usarían para destruirlo.

—Eh, amigos, ¿no os interesa pensar una idea o dos? —Habló deprisa, sin aliento—. ¿Qué os parece ésta...? Esta frase es una mentira.

Chasquearon las pinzas con ironía.

—Bien, entonces... ¿cómo sabéis que existís?

Desprecio total.

Maldición, funcionaba en viejos programas de televisión.

Desde luego, los memes sofisticados desecharían esos clichés tal como una armadura haría rebotar flechas con punta de pedernal. ¿Pero qué había de un concepto que quizá no conocieran?

—Eh, ¿alguien os ha hablado de algo llamado compasión? Algunos creen que es la ruta más segura hacia la salv...

Los ácaros se preparaban para saltar.

La estación se zarandó de nuevo.

Frente a Harry, un fulgor inundó la ventana, llenando la sala de mando con

torrentes de luz estelar.

Harry suspiró.

—Demonios, que me cuelg...

Antes de que pudiera completar la frase, varias cosas sucedieron al mismo tiempo.

Ambos parásitos brincaron.

El gran meme que se aferraba al casco gritó de consternación.

La estación, girando frenéticamente, chocó de flanco con la Avenida y el gran memoide quedó apretado en el medio, probando el sabor del continuo de la Realidad.

Gritos atormentados llenaron el cerebro de Harry mientras el depredador reventaba, derramando su compleja estructura conceptual en explosiva agonía.

Privado de su padre, uno de los ácaros se despedazó antes de tocarle la garganta. Pero el otro conservó la cohesión el tiempo suficiente para golpearlo por detrás.

Esta vez fue Harry quien gritó. Aulló mientras algo se le metía en el cuerpo. El dolor eliminó todo pensamiento racional, atravesándole las nalgas y la espina dorsal, recorriéndole la carne como un fuego abrasador. Entretanto, remordimientos e incertidumbres atacaban todas sus creencias, todas sus convicciones.

Soles y galaxias se irguieron sobre Harry mientras la estación se inclinaba sobre la Avenida, apoyándose contra la membrana, amenazando con activar una transición de reingreso.

La máquina chillaba, sumándose a su bramido de desesperación.

Todos los memes y hologramas se habían desvanecido. El aire se escapaba de la estación por una docena de orificios. Pero él apenas reparaba en eso. Vacilando entre un reino de ideas vivientes y otro de crudas reglas universales, Harry luchaba para aferrarse a algo. Su esencia. Su yo interior.

Él mismo.

EWASX

Éste no es el mejor escondrijo posible. ¿Por qué lo escogimos, anillos míos? Entre todos los recovecos del gran acorazado, ¿por qué elegimos esta cámara de paredes de vidrio y burbujeantes celdas de incubación?

¿Porque es nuestro «hogar»? ¿El lugar donde comenzamos?

Nuestro segundo toroide cognoscitivo refuta esto, recordándonos que la mayoría de nuestros anillos se originaron en otra parte, en olorosos pozos llenos de deliciosa vegetación putrefacta, en una tosca colonia llamada Lejano Santuario Mojado, en Jijo.

Es verdad. Sólo tres miembros actuales de nuestra pila empezaron aquí, a bordo del Polkjhy, en este criadero esterilizado donde los anillos bebés son alimentados con gotas de nutrientes sintéticos controladas por ordenador. Pero son tres de nuestras partes más importantes, ¿verdad?

Nuestro musculoso toroide de movimiento, con ágiles patas.

Nuestra rosca de olores, que nos hace reconocibles para la tripulación jophur.

Y, por cierto, el precioso anillo maestro. El ingrediente esencial, necesario para transformar traekis tímidamente difusos en jophurs gloriosamente concentrados.

¿No es motivo para la nostalgia? ¿Suficiente para que consideremos que esta cámara oscura es nuestro hogar? (Aunque parece que recientemente sufrió daño y la repararon con precipitación.)

Sí, adelante. Acariciad la cera de la memoria. Recordad cómo eran las cosas en Jijo, antes del cambio. Recordad cómo yo/nosotros aprendimos a comprender formas alienígenas de parentesco, por estrecha asociación con otras cinco razas.

Durante nuestra encarnación anterior, como el amado sabio traeki Asx, yo/nosotros sosteníamos pequeños qheuens y larvas g'Keks en nuestros amables tentáculos, así como bebés hoons y humanos, hamacándolos, o derramando aromáticas canciones de cuna destinadas a provocar sueños felices.

Estos recuerdos están preservados, no derretidos por nuestra violenta transformación en Ewasx. No obstante, estoy confundido.

¿Qué tratáis de decir, anillos míos?

¿Que deberíamos sentir envidia?

¿Que ninguna pila de anillos, traeki o jophur, puede conocer el amor paterno?

Estamos hechos de partes. Fuimos ensamblados. Fabricados, como una máquina. Tal vez por eso otras razas nos odian/envidian tanto.

¿Qué? ¿Que no existe ese odio en Jijo? Ah, pero pensad en el precio que pagasteis por ello. Una vida de brutal ignorancia. Peor aún, condenados a ser plácidos traekis, casi inertes con su falta de ambición. ¿No admitiréis que la vida nunca fue tan vívida cuando formabais parte del dócil Asx?

¿Sí? ¿Lo concedéis?

Bien, quizás estemos progresando.

¿QUÉ? ¿QUÉ ES ESO?

¿Queréis que yo, toroide maestro, confiese algo a mi vez?

Queréis que admita que últimamente también hemos sufrido ciertas desventajas de la conducta obsesiva de los jophurs.

No, no es preciso que acariciéis cera reciente, ni que reproduzcáis esos espantosos hechos que observamos antes de huir de la sala de mando. Los malhumorados y violentos actos de nuestros líderes no eran alentadores. No demuestran gran avance hacia el esclarecimiento.

¿Pero qué opción queda? Los del Polkjhy debemos perseguir la nave de los delfines. Sus secretos pueden arrojar luz en un Tiempo de Cambios que ahora convulsiona las Cinco Galaxias. Si los terrícolas encontraron realmente reliquias de los Progenitores en un cúmulo superficial, ¿qué podría decirnos eso sobre el modo en que la Civilización Galáctica fue administrada durante mil millones de años? ¿Podría implicar que toda nuestra jerarquía religiosa y genética está trastocada?

¿QUÉ HABÉIS DICHO?

Nuestro segundo anillo cognoscitivo pregunta: ¿Y qué importa?

¿Qué importa si las antiguas creencias sobre los Progenitores son erróneas!

¿Qué importa si nos mintieron sobre el Abrazo de las Mareas!

¿Qué importa si otro clan logra capturar el Streaker y leer primero esa información! ¿Por qué un sapiente sensato se preocuparía por cuestiones tan oscuras y triviales?

Titubeo en responder.

La pregunta parece incomprensible... es como preguntar por qué respiramos oxígeno, o metabolizamos la comida, o procreamos, o expresamos lealtad a nuestros parientes y descendientes. ¡Me perturba que yo/nosotros tengamos siquiera tales dudas!

QUIZÁ YO/NOSOTROS NO DEBÍAMOS HUIR DE LA SALA DE MANDO, A FIN DE CUENTAS.

(Buscando refugio en este escondrijo penumbroso/familiar.)

En verdad, nuestro núcleo común hierve con pensamientos frenéticos que cuestionan las creencias jophurs. Más aún, desde que soy un fugitivo, ya no tengo esa fuerza de voluntad que antaño me permitía sofocar estas reflexiones.

TAL VEZ HABRÍA SIDO MEJOR PERMITIR QUE LOS SECUACES DEL

GRAN SACERDOTE NOS DESMANTELARAN PARA USAR NUESTROS REPUESTOS.

Podría haber sido mi mayor servicio al Polkjhy, y al gran clan jophur en general.

La principal ventaja de este refugio es que los sensores de la nave no podrán detectar nuestros rastros corporales, cubiertos por hileras de vitrinas llenas de anillos juveniles de todo tipo. Aquí hay robots que cuidan a los pequeños. Estos esclavos me denunciarían, pero sólo si alguien del puente les preguntara. A menos que se haga una pregunta específica, quizá yo/nosotros podamos permanecer a salvo aquí, emitiendo feromonas de autoridad, impartiendo órdenes a las máquinas, fingiendo que estamos a cargo de este sector.

Hay otro peligro. En ocasiones varias pilas jophurs vienen a la puerta exigiendo componentes.

En general son soldados. Altas y temibles pilas guerreras que muestran heridas y horribles manchas, en su continua lucha para expulsar a los invasores zangs del acorazado. Esa peste infesta un tercio de las cubiertas y zonas del Polkjhy. Recientemente hubo victorias, pero nuestros combatientes muestran el precio, buscando reemplazos para anillos dañados en batalla con los respiradores de hidrógeno.

Afortunadamente, ninguno de su casta parece inclinado a cuestionar mi/nuestra presencia, y en general nos mantenemos ocultos.

Sí, anillos míos, pronto me/nos atraparán y nos enfrentaremos al desmantelamiento. Me pregunto si se molestarán en rescatar alguno de nuestros toroides o nuestras cerosas cuentas de memoria para usarlos en otra parte.

Quizá no.

Durante largos momentos de ocio, yo/nosotros evocamos imágenes visuales odoríferas, cautivados por los acontecimientos donde intervino el Polkjhy desde que murió nuestro líder capitán.

¿Recordáis, anillos míos, cómo nuestra gran nave se lanzó por las tortuosas entrañas del punto de transferencia, siguiendo de cerca a la nave terrícola, con tanta habilidad que nunca pudieron escaparse?

Las pilas del Departamento de Investigaciones informaron que habían hecho progresos en la comprensión de la capa protectora del Streaker, el revestimiento que antes detuvo nuestros rayos. Esa capa parecía invulnerable, pero según nuestra Biblioteca de a bordo la técnica fue abandonada por la mayoría de los galácticos mucho tiempo atrás. Es fácil de burlar, una vez que el oponente sabe cómo. Sólo la sorpresa la hizo efectiva en el Mundo Fractal.

Los bibliotecarios prometieron una pronta solución.

Entretanto, el nexos de transferencia se abarrotó de naves de refugiados, no sólo de la disuelta comunidad de retirados que dejábamos atrás, sino de cientos de otras.

Cada nave migratoria eligió una de tres opciones: permanecer en la Galaxia Cuatro, buscando espacio en otro lugar enclaustrado; cambiar de orden de vida, o bien regresar a la civilización de las Cinco Galaxias. Fue un fascinante honor observar cómo tantos exaltados Antiguos tomaban esta decisión crucial, aunque no afectó nuestra tenaz persecución de los terrícolas.

Fue entonces cuando encontramos al Gran Escarificador.

Una leyenda. Un raro fenómeno del destino.

Una nube de luz que clasificaba las apiñadas naves. Eligiendo algunas, dejando que otras siguieran su rumbo.

¿RECORDÁIS NUESTRA SORPRESA, ANILLOS MÍOS, CUANDO EL ESCARIFICADOR ESCOGIÓ LA NAVE TERRÍCOLA, Y LA DEPOSITÓ SUAVEMENTE ENTRE LAS DESTINADAS A LA TRASCENDENCIA?

El asombro llenó los corredores y cámaras del Polkjhy. ¿Quién lo habría imaginado? Los delfines son la raza sapiente más joven de la Civilización de las Cinco Galaxias. ¡Ninguna entidad cuerda esperaría semejante cosa!

Nuestro nuevo líder capitán cedió ante lo inevitable. Se impartieron órdenes. ¡El Polkjhy debía abandonar la cacería!

Iríamos a la Galaxia Uno, hacia una base jophur, para limpiarnos la peste zang e informar de todo lo que aprendimos. Aun sin la nave terrícola en nuestro poder, podríamos describir su destino, y ese dato sería valioso. Además está Jijo, un excelente premio de consuelo. Cuando revelemos su posición a nuestro clan, ese mundo irruptor será un puesto de avanzada ideal para la experimentación/explotación genética. Una fuente de riquezas para la raza. La destrucción definitiva de los g'Kek, por sí sola, haría que nuestros afanes valieran la pena.

Tal vez el clan se regocije tanto con esos logros que sea piadoso.

Sólo si esta tosca pila híbrida —este Ewasx— si yo/nosotros logramos eludir la captura/desmantelamiento hasta entonces.

Así que la tripulación se regocijó, a pesar del aparente fracaso de nuestra misión central. Aunque el Streaker había escapado, no era culpa nuestra. Habíamos logrado más que ninguna otra nave del espacio conocido. Podíamos regresar a casa.

Sólo entonces ocurrió lo realmente inesperado.

¿Recordáis, anillos míos? ¿O la cera de la sorpresa todavía está demasiado fresca y líquida para condensarse en un recuerdo verdadero?

Nos enfrentamos a nuestro propio turno ante el Escarificador, esperando que nos pusiera rutinariamente, como a tantos otros, en un rápido camino hacia la Galaxia Uno.

Una extraña luz llenó la nave, y yo/nosotros nos sentimos escrutados. Algunos de mis/nuestros anillos —ex partes de Asx— lo compararon con el acto de comulgar con la piedra maravillosa de Jijo, el Huevo Sagrado.

Entonces, para mi/nuestro asombro, el Polkjhy fue arrancado de la hebra de transferencia y puesto en la fila de los escogidos. Aquellos cuyo emblema los destinaba a gran honor e iluminación, en el Abrazo de las Mareas.

Así conocimos la maravillosa gloria de nuestro nuevo estado... y el dolor que aún debíamos soportar.

Lo que nadie podía explicar, desde nuestra pila sacerdotal hasta nuestro guerrero más bajo, era el por qué.

¿Por qué nos escogían para este honor?

Nunca lo buscamos.

No satisface a ninguna pila jophur de esta noble nave.

Yo/nosotros nos corregimos.

UNA PILA EXPERIMENTA SATISFACCIÓN.

¡Algunos de los anillos cognoscitivos que pertenecieron a Asx se regocijan ante la nueva!

Crean que esto significa que el Polkjhy quizá nunca presente informes sobre Jijo. Esa extraña y mestiza sociedad de razas irruptoras podría quedar a salvo, si este acorazado no regresa a casa.

¿Eso creéis/esperáis, anillos míos?

Os disciplinaría con descargas de afectuoso dolor, para extirpar esa deslealtad de nuestro núcleo común, pero...

¡Pero ahora el Escarificador parece haber terminado su tarea! Las flotas que juntó en bolsones de espacio curvo han comenzado a moverse en filas, columnas, regimientos, a deslizarse por hebras recalentadas por la fricción.

Vibraciones y oscilaciones sacuden el Polkjhy con tal fuerza que las sacudidas penetran aun en nuestros potentes campos estabilizadores.

Y ahora, como si eso no fuera suficiente, la secuencia de sorpresas perturbadoras continúa.

Los robots siguen cuidando las incubadoras, donde anillos juveniles de muchas formas, atributos y colores se alimentan con nutrientes destilados, formando componentes que integrarán nuevas pilas jophurs.

Los soldados siguen viniendo para las reparaciones, procurando reemplazar anillos ambulantes, manipuladores de espadas, toroides de síntesis química e incluso anillos maestros mortalmente heridos. Obviamente, la batalla contra los zangs continúa con furia mortal.

Entretanto, en los monitores, yo/nosotros vemos que la Polkjhy emerge en un lejano sistema estelar, parte de un ordenado enjambre de candidatos a la trascendencia, que abarca desde naves estelares convencionales y formas fractales hasta trémulos glóbulos zangs.

Durante varios jaduras, esta flota extravagante usa saltos hiperespaciales Nivel B para cruzar una distancia de varios paktars, sorteando una reluciente nebulosa para llegar al próximo punto de transferencia. Por último el convoy se zambulle en este nexo e inicia otro viaje por las hebras, a lo largo de límites multidimensionales donde el espacio se condensó hace tiempo a partir de la esencia cruda de un universo en expansión.

Mientras continúa esta actividad, yo/nosotros permanecemos en un oscuro rincón del criadero, ocultándonos de mis/nuestros compañeros de tripulación, hasta que lo inesperado nuevamente se abre paso en nuestra aturdida conciencia.

Vemos un nuevo intruso.

Un recién llegado, de pie ante nuestros incrédulos sentidos.

El ser más extraño que yo/nosotros hemos visto jamás.

Llegó hace instantes por un camino poco convencional, el tubo de provisiones. Vino al criadero en un vehículo diseñado para transportar materiales y muestras, no seres sapientes.

Bajando antes que pudiéramos reaccionar, desplegó largas extremidades, revelando una forma con proporciones similares a las del Homo sapiens. En verdad, la cabeza parecía totalmente humana. Y familiar.

Yo/nosotros lo miramos, ¿verdad, anillos míos? Varios de nuestros toroides de memoria-cognición exhalaban vapores de reconocimiento y articularon palabras con nuestro pico oracional compartido.

—¿Lark? ¿De veras eres tú?

La cara mostró esa singular sonrisa humana. Habló como si se dirigiera a un viejo conocido de Jijo.

—Salud, reverendo Asx... ¿o debo decir Ewasx?

Mientras nuestros componentes reñían buscando una respuesta apropiada, otros miraron el cuerpo transformado. La postura bípeda de Lark era similar, con huesos rígidos y articulados. Sólo que ahora una pátina transparente envolvía su carne como un atuendo abolsado, ondeando y palpitando con un ritmo repugnante y semilíquido que provocaba náuseas en mi/nuestro núcleo central. Un bulto grande sobresalía en su espalda como un tumor, o un gran peso que él sobrellevaba sin esfuerzo.

Nuestros anillos de síntesis química detectaron varios hedores espantosos, tales como metano, cianógeno y gas de sulfuro de hidrógeno.

¡Claros hedores de los zangs!

La sorpresa nos hizo responder torpemente.

—Yo/nosotros... no sabemos... qué nombre... se aplica a esta pila... en este momento. La votación al respecto comienza/continúa... sin embargo... bien puede decirse que ciertas partes de yo/nosotros reconocen ciertas... partes... de ti.

Callamos. Ni el ánglico ni el gal-seis parecían apropiados para comunicar los

pertinentes niveles de asombro. Exhalamos feromonas emocionales. Para nuestra sorpresa, la entidad «Lark/zang» respondió de la misma manera.

Mensajes moleculares humearon en su nueva piel, activando una comprensión instantánea en mis/nuestros receptores de los poros.

RECONOCIMIENTO MUTUO INTENCIÓN AMIGABLE VOLUNTAD DE HALLAR SOLUCIÓN

Buscando la fuente de estos mensajes aromáticos, mis/nuestros sensores localizan un bulto toroidal situado cerca del pecho de Lark.

Color morado.

Un anillo traeki, incorporado a la entidad grupal.

Yo/nosotros reconocemos uno de los pequeños anillos que Asx creó en secreto, sin conocimiento del maestro Ewasx, para ayudar a Lark y su compañera humana a escapar de la prisión hace varios jaduras.

Acariciando cera de memoria de ese momento, yo/nosotros reconocemos/evocamos que había otro segundo anillo críptico.

—Dejé el otro aquí —explica Lark, como leyendo mis/nuestros pensamientos—. Estaba herido. Ling lo ocultó en este criadero, para que obtuviera cuidado y alimentación. Es uno de los motivos por los que he regresado. Mis nuevos amigos quieren encontrar el pequeño anillo rojo. Quieren conocer su propósito.

No tiene que explicar quiénes son sus «amigos». Un jophur sabe por instinto —aunque resulte difícil para los seres unitarios— que es posible fusionar, mezclar y armonizar componentes dispares para crear un ser compuesto. En este caso, el monstruo es una amalgama de humano, traeki y zang, una unión aterradora, pero creíble.

—¿Deseas mi/nuestra ayuda para recobrar el anillo rojo? —pregunto.

Lark asiente.

—Sus poderes pueden traer paz a esta vasta nave. —Hace una pausa, como si consultara consigo mismo, luego continúa—. Pero hay algo más. El precio que exigí por colaborar en esta misión. Vamos a rescatar a Ling.

HARRY

Unas voces penetraron en su pesadilla, dejando atrás un delirio de chillidos y dolores.

—Creo que está volviendo en sí —dijo alguien.

Harry pataleó, sacudiendo la cabeza.

Por una eternidad le había parecido que su mente estaba desnuda en el Espacio E, terreno fértil para ser colonizado por memes parasitarios, entidades simbólicas intrincadas y autónomas que no se parecían a nada concebido en la Tierra y lo invadirían para adueñarse de sus incoherentes sueños. Aun ahora, mientras recobraba la conciencia, formas siniestras y exóticas se agolpaban y graznaban.

Logró ahuyentarlas, quizá por fuerza de voluntad, quizá por mera obstinación.

—¿Estás seguro de que debemos dejar que se levante? —preguntó otra voz más aguda—. Mírale los dientes. ¡Podría ser peligroso!

El primer hablante parecía más calmo, a pesar de su incertidumbre.

—Vamos, ya has visto chimpancés. Son nuestros amigos. No podríamos tener más suerte, después de todo lo que hemos pasado.

—¿A esto llamas chimpancé? —replicó la otra voz—. Nunca he pasado tanto tiempo con ellos como tú, ni leído tantos libros, pero te apuesto a que ningún chimpancé tiene esta facha.

Este comentario indujo a Harry a luchar más tenazmente contra el sopor.

¿Qué tiene de malo mi aspecto? ¡Mi cara es mejor que la de un simio lampiño!

Las voces eran humanas. Reconocía las vibraciones, a pesar del extraño acento.

¿Cómo llegaron los humanos al Espacio E?

Un brillo doloroso lo apuñaló cuando trató de abrir los párpados. Lanzó un gruñido, tapándose los ojos con el antebrazo.

—Yo... —sentía la garganta reseca—. Yo quisiera un poco de agua.

La reacción de ambos lo sorprendió. La voz más aguda chilló.

—¡Habla! ¿Lo ves? No puede ser un chimpancé. ¡Golpéalo!

Harry abrió los ojos y vio un mundo de resplandores y sombras imprecisas. Al incorporarse, notó que un par de figuras se alejaba rápidamente. Humanos jóvenes, comprendió. Un hombre y una mujer, sucios y desaliñados.

—¿Por qué habéis dicho que no puedo ser un...? —graznó.

Harry calló de pronto, quedándose inmóvil. Se miró el brazo que tenía delante, su propio brazo. Cubierto de escasa pelambre.

Una pelambre lustrosa y blanca.

Su pelo tenía el color de la escarcha en una mañana de invierno en Horst.

Le palpitaba el pecho. Un dolor agudo le apuñaló la espalda encima de las nalgas, como una mano aturdida o un pie regresando a la vida.

—Cuidado —gritó la joven—. ¡Se está levantando!

Sintiendo pánico, Harry se incorporó, aferrándose el cuerpo, buscando heridas, mutilaciones. Para su gran alivio, todos sus componentes importantes parecían estar en su sitio. Pero revolvía los ojos incontrolablemente, buscando qué otra cosa estaba mal.

Pelaje blanco, pelaje blanco... Lo puedo aceptar, siempre que sea lo único que ha cambiado...

Uno de los humanos reapareció ante su visión. El varón, llevando ropas raídas, con barba de varias semanas. Desconcertado por la angustia y la confusión, Harry apenas pudo gruñir reflexivamente y retroceder.

—Calma, amigo —dijo el joven, tratando de tranquilizarlo—. Pediste agua, y en esta cantimplora hay agua.

Tenía un objeto en la mano. Parecía una calabaza sucia, tapada con un cilindro de madera.

¿Qué es esto?, pensó Harry. ¿Una broma? ¿O más basura mental del Espacio E?

Siempre retrocediendo por la cubierta de su vapuleada estación exploradora, vio por una ventana que la escena exterior había cambiado. La alfombra borrosa era amarilla en vez de beige, y una niebla más espesa lo oscurecía todo salvo un montículo de basura metálica que humeaba al disolverse en los hambrientos filamentos circundantes. Quiso preguntar qué había pasado, cuánto tiempo había estado desmayado, de dónde venían esos humanos, cómo se habían metido en su nave. Tal vez les debiera la vida. Pero era presa de la histeria y le costaba contener los gritos.

Pelaje blanco, pero eso no es todo. Algo más está mal. ¡Esos ácaros me hicieron algo más, lo sé!

Ahora ambos humanos estaban a la vista. La mujer —apenas una muchacha— tenía una fea cicatriz en la cara. Empuñaba una palanca, blandiéndola como un arma. El joven la contuvo, aunque él también parecía desconcertado por la apariencia de Harry.

—No vamos a lastimarte —dijo—. Tú nos salvaste de esos monstruos. Vinimos aquí a reparar tu casco. Mira, yo soy Dwer y ella es Rety. Somos humanos... terrícolas. ¿Puedes decirnos quién y qué eres?

Harry quiso gritar. Preguntarles si eran ciegos. ¿Los instructores no debían reconocer a sus pupilos? Aun con pelaje blanco, un chimpancé era un...

Sintió un cosquilleo detrás. El mamparo le impedía retroceder más, pero la sensación era extraña, como si la pared le rozara una extensión de la espalda.

Mi espalda.

Recordó. Allí era donde lo había atacado un memoide, mordiéndole la carne, llenándole la mente-cuerpo de ondas turbulentas.

—Es decir... parece una especie de pariente —continuó nerviosamente el joven—. Y hace poco hablaste en inglés, así que...

Harry no escuchaba. Con una sensación de espanto, se tocó la espalda con la mano izquierda, acariciando el mamparo y yendo hacia abajo.

Algo se elevó bajo su mano. Lo sentía claramente. Algo que formaba parte de él.

Un tentáculo cubierto de pelo se le posó en la palma. Era natural como rascarse el trasero, o estirarse el pulgar.

Ah, pensó con alivio. Es sólo mi maldita cola.

Se quedó boquiabierto, atónito. Gimió.

Los dos humanos retrocedieron nerviosamente mientras el gemido sufría una metamorfosis, transmutándose como un meme hambriento con mentalidad propia, convirtiéndose en una risotada histérica.

El efecto, una vez que se puso a examinar su reflejo con calma, no era tan malo como había temido. De hecho, el pelaje blanco parecía bastante... bien, carismático.

En cuanto a su nuevo apéndice, Harry ya estaba resignado.

Sin duda tendrá su utilidad, pensó. Aunque prefiero no pensar en la cuenta de la sastrería.

Podría haber sido mucho peor. El parásito memoide agonizaba cuando invadió su cuerpo, pues su progenitor había explotado al establecer contacto con la Realidad Material. Con un jadeo final, debió de aferrarse a un pensamiento fortuito de Harry, usándolo para imponer un rápido cambio de autoimagen. En el Espacio E, el modo de verse podía surtir efectos dramáticos en la apariencia.

Algo era seguro: nunca iría a la Tierra con este aspecto. Sería una humillación insufrible que lo llamaran «mono».

Cuando entré en el Instituto de Navegación, me imaginé que viviría el resto de mi vida lejos de los míos. Ahora pertenezco a Wer'Q'quinn mas que nunca.

A su orden, la estación caminaba ahora a lo largo de la reluciente Avenida, cojeando a la máxima velocidad posible, retomando su vieja senda para recoger los paquetes de instrumentos y terminar la misión antes que otra cosa saliera mal.

Una cosa buena de Wer'Q'quinn. El viejo calamar ni notará mi diferencia de aspecto. A él sólo le importa que se haga el trabajo.

Eso le dejaba un problema más.

Los jóvenes humanos.

Al parecer, Rety y Dwer eran el «cargamento orgánico» de la desdichada entidad maquinal. Su pequeño habitat estaba a punto de ser atacado y destruido por un voraz memerráptor cuando llegó Harry. Para ellos, él era como la proverbial caballería. Un caballero de un libro de cuentos, cabalgando al rescate justo a tiempo.

Luego le devolvieron el favor, cuando el último memoide huyó, hinchado de

átomos robados. Después de persuadir al mee moribundo de usar sus últimos recursos para construir una cámara de presión, abordaron la estación de Harry, salvándolo de la asfixia mientras él permanecía inconsciente en cubierta.

Luego el mee expiró, aportando su masa como fertilizante para ese desierto árido.

—No entendíamos dónde estábamos, ni por qué nos trajo aquí —explicó Dwer, engullendo una triple porción de las raciones de Harry—. La máquina nunca hablaba, aunque parecía entender cuando le hablaba en gal-dos.

Harry observó al joven, fascinado por esa mezcla de salvajismo y caballerosidad. No negaba ser un irruptor, descendiente de colonos ilegales que habían abandonado la tecnología más de dos siglos atrás. Sin embargo sabía leer una docena de idiomas galácticos, y sin duda tenía una idea de la situación.

—Cuando el mee nos llevó a bordo, cerca de la gigante roja, creímos que estábamos perdidos. Los rollos dicen que las máquinas que viven en el espacio profundo pueden ser peligrosas, y a veces enemigas de nuestra clase de vida. Pero ésta nos construyó un refugio, mejoró nuestro aire y reparó el reciclador. Incluso nos preguntó adonde queríamos ir.

—Creí que nunca hablaba —señaló Harry.

Rety, la adolescente con la cicatriz en la mejilla, sacudió la cabeza.

—Uno de sus robots vino a bordo con un trozo de metal donde había palabras talladas. No sé por qué usaba ese método para comunicarse, pues nosotros teníamos una unidad didáctica con la que podíamos hablar. Pero al menos el robot parecía comprender cuando respondíamos.

—¿Y qué le dijisteis?

Ambos humanos respondieron al unísono.

—Le pedí que nos llevara a casa —dijo Dwer.

—Le dije que nos llevara a ver a los tíos importantes —dijo Rety.

Se miraron con hostilidad.

Harry reflexionó largamente antes de cabecear.

—Parecen órdenes incompatibles. Para vosotros o para mí, se requeriría elegir entre dos opciones, o buscar una solución intermedia. Pero dudo que una máquina haga eso. Sospecho que trató de combinar ambos imperativos. Claro que la definición de términos podría diferir de lo que teníais en mente en ese momento.

Los jóvenes humanos parecían confundidos, así que sacudió la cabeza.

—Sólo os puedo asegurar que no regresabais a la colonia irruptora cuando vi vuestro rastro.

Rety cabeceó con satisfacción.

—Pero tampoco ibais a la Tierra, ni a una base de los Grandes Institutos, ni a una de las potencias de las Cinco Galaxias.

—¿Entonces adónde...?

—El mee os estaba llevando, con riesgo para sí mismo, hacia dimensiones y dominios tan oscuros que apenas tienen nombre. Parecía estar siguiendo la estela de dos...

Un campanilleo de alarma interrumpió a Harry. El anuncio de que delante había otro paquete de cámaras.

—Excusadme, por favor —les dijo a los humanos, que parecieron entender que tenía trabajo que hacer. Hasta Rety lo trataba ahora con exagerado respeto, teniendo en cuenta que era miembro de la raza instructora de Harry.

Usó los manipuladores de la estación para recobrar la última sonda y rociarla con un solvente especial para asegurarse de que ningún microbio memético se adhiriera al estuche, antes de almacenarlo. En las cercanías, la Avenida relucía con luz estelar. El reino de los seres materiales y las confiables leyes físicas estaba a pocos metros, pero Harry no tenía intenciones de atravesarlo. Su trayecto sería menos directo, pero más seguro.

Mientras terminaba la tarea, miró a Dwer y Rety, los dos irruptores que había salvado, que a su vez lo habían salvado a él. Eran descendientes del Clan Terrícola, y los humanos eran oficialmente maestros de Elevación de los neochimpancés. Pero legalmente no les debía nada. Más aún, como funcionario de uno de los Grandes Institutos, era su deber arrestar irruptores.

¿Pero de qué serviría? Dudaba que supieran suficiente astrodinámica para revelar dónde se encontraba su colonia oculta, así que nada se podía ganar interrogándolos. Por lo que habían dicho hasta ahora, su colonia era muy inusitada, una apacible combinación de media docena de especies que en la civilización eran enemigas acérrimas. En tiempos normales sería una noticia llamativa. Pero ahora, cuando las Cinco Galaxias estaban alborotadas y las rutas navegables se desmoronaban, lo más probable era que se perdiera en las fisuras de la burocracia de Kazzkark.

De todos modos, le sorprendía que fuera placentero oír voces que hablaran dialectos lobeznos nativos. Aunque siempre había sido un solitario, le alegraba tener la compañía de humanos, que estaban muy cerca de su propia especie.

La cámara se deslizó en su estuche con un estampido. Revisando su anotador, Harry sintió satisfacción. El último. Sé que otros exploradores pensaban que no regresaría, y que en el mejor de los casos fracasaría. ¡No veo el momento de restregarles este triunfo en las narices... y picos, morros y otras probóscides!

Al fin la averiada estación se alejó de la Avenida, dirigiéndose hacia esas esbeltas torres que él reconocía como las patas de enormes sillas metafóricas y una mesa gigante. Su mejor ruta a casa.

Me pregunto cuánto tiempo permanecerá esta zona condensada alrededor de mi punto de vista. ¿Se disolverá en el caos cuando me haya ido? ¿O eso es un síntoma de aquello contra lo cual me advierte Wer'Q'quinn... una idea exagerada de mi propia

importancia?

Harry sabía que no era el primer intruso material que recorría esa zona en tiempos recientes. Antes de su llegada, y antes del desdichado mee, otras dos naves habían pasado, una en persecución de la otra.

¿Es posible que todo esto —miró los vastos muebles y otros adornos de una sala emblemática— haya cobrado forma antes de que yo llegara? No recuerdo conscientemente haber estado en una habitación como ésta, ni siquiera de niño. Tal vez una de las naves que me precedió brindó la imagen seminal.

Le molestaba ignorar por qué el mee había llevado a Dwer y Rety allí.

Combinando dos órdenes: llevar los humanos a «casa» y llevarlos a ver a «los tíos importantes».

Sacudió la cabeza sin entender.

Pero sé que el misionero skiano estará de parabienes cuando vea a tres terrícolas —dos humanos y un neochimpancé— paseando por los bulevares de Kazzkark. ¡Causará sensación!

La pata de una mesa se irguió adelante. Harry esperaba subir por allí hasta su portal, suponiendo que estuviera donde el instinto le decía... Y que la estación aún fuera capaz de trepar. Y que...

La modalidad piloto apareció, una P cursiva rotando en el aire.

—¿Sí? —preguntó Harry.

—Me temo que debo informar que detecto movimientos a la izquierda simbólica de nuestra trayectoria actual. ¡Grandes entidades memoides se aproximan rápidamente a nuestra posición!

Harry gruñó. No quería otro encuentro con el orden local de la vida.

—¿Podemos acelerar?

—Con cierto riesgo moderado, sí. Un veinte por ciento.

—Hazlo, por favor.

La estación avanzó más deprisa, y la cojera se sentía más a cada paso. Harry miró a Rety y Dwer, que reñían como de costumbre, de un modo que le recordaba ciertos matrimonios que había conocido: no podían separarse, pero tampoco ponerse de acuerdo. Decidió no avisarles. Que se crean que el peligro ha terminado, al menos por ahora.

Apostándose cerca de una ventana, Harry escrutó la oscuridad.

Sólo necesitamos unos minutos más. Vamos, canallas memoides. ¡Dejadnos un rato en paz!

Le picaba la espalda, y se iba a rascar con una mano, pero comprendió que su nuevo apéndice era más cómodo. Arqueó la cola para frotar y masajear ese lugar. Era tan natural como sorprendente, cada vez que se movía por voluntad consciente o inconsciente.

Notó que los dos humanos lo miraban. Al fin Dwer tuvo la decencia de sonrojarse.

Envidiadme, pensó Harry, y usó la cola para alisarse el pelo lustroso y marfileño. Pobres humanos. Deben aguantarse esa piel lampiña, y ese trasero desnudo.

Luego no tuvo más tiempo para ocurrencias.

Vio movimiento en medio de la bruma. Varias entidades oscuras.

Enormes, mucho mayores que los ciempiés contra los que había combatido. A través de la niebla, lucían lustrosos y redondos, avanzando por la vasta alfombra como una manada de elefantes.

Luego Harry comprendió que se equivocaba de metáfora. Al aproximarse, reconoció sus rápidos movimientos, sus orejas y narices.

Ratones. Ratones gigantes. Por ifni, lo único que me faltaba.

Tembló de consternación al comprender que habían visto la estación.

—¡Aumenta la velocidad! ¡Tenemos que trepar esa pata antes que nos alcancen!
—le ordenó a la modalidad piloto.

Luces amarillas y rojas centellearon sobre el tablero de mando mientras la estación aceleraba. Una gran columna de madera se elevaba ante ellos, pero Harry notó que también los memes se apresuraban. Formas conceptuales autónomas mucho más sofisticadas y carnívoras de las que nunca había visto. Se salvarían por poco.

Dios, no sé cuánto tiempo podré aguantar esto.

CUARTA PARTE

CANDIDATOS A LA TRASCENDENCIA

NUESTRO UNIVERSO de caminos estelares enlazados —las Cinco Galaxias— abarca incontables jerarquías. Algunas especies son antiguas, experimentadas en los caminos de la sabiduría y el poder. Otras apenas han comenzado a hollar las sendas de la conciencia. Y entre ambas hay innumerables niveles.

ÉSTAS no son condiciones donde la naturaleza produciría justicia. No habría justicia para los débiles a menos que algún código moderase el tosco impulso del poder puro.

CON esta finalidad los Grandes Progenitores nos legaron muchas tradiciones y reglamentos que formalizan las relaciones entre los instructores y sus clientes, o entre los colonos y las criaturas no sapientes que habitan los mundos. A veces estas reglas parecen tan complejas y arbitrarias que nos hacen perder la paciencia. Olvidamos el meollo de la cuestión. Recientemente, un sabio del clan estelar terrícola (un delfín) sugirió que el asunto se encarase, simplemente, en términos de respeto por la cadena alimenticia.

OTRO sabio terrícola (un humano) lo expresó con mayor simpleza aún: lo que él llamaba la «metarregla dorada»:

Trata a los inferiores tal como querrías que te trataran los superiores.

DIARIO DE GILLIAN BASKIN

Ojalá Tom estuviera aquí. Le encantaría esto. El misterio.

El pasmoso esplendor.

A solas en mi oficina, miro por la ventana la rutilante extensión de ylem que rodea el Streaker: la estofa básica de nuestro continuo, el ingrediente elemental a partir del cual se condensaron las diversas capas del hiperespacio, sosteniendo lo que llamamos «vacío».

Es un espectáculo sobrecogedor. Indescriptiblemente bello. Pero mis pensamientos se aceleran. No pueden posarse para apreciar la vista.

Mi único deseo es que Tom pudiera compartir esto conmigo. Casi siento su brazo sobre mi cintura, y su cálida voz instándome a dejar de lado los detalles desagradables, las preocupaciones, los persistentes peligros y dolores que nos acechan.

—Nadie dijo que sería seguro ni fácil ir al espacio. Ni elevarse del limo primordial para enfrentar el firmamento. Quizá seamos simios inteligentes, amor mío, toscos lobeznos hasta el final. Pero algo en nosotros oye una llamada. Tenemos que ir a ver.

Por cierto, tendría razón al decirlo. He tenido el privilegio de presenciar muchas maravillas. No obstante, respondo a su voz fantasmal tal como una madre atareada reprendería a un esposo tan sumido en la filosofía que olvida las tareas ingratas de la vida.

Oh, Tom. Aun en medio de un millón de maravillas, alguien tiene que preocuparse por los detalles. Aquí, a bordo de esta frágil canoa, ese alguien soy yo.

Pasan los días, y el Streaker todavía forma parte de esta notable flota. Una vasta formación de receptáculos móviles —vacilo en llamar «naves» a esas cosas erizadas de espinas, con tamaño de planetas— avanza, a veces por el hiperespacio Nivel A o B, o bien patinando en la hebra de otro punto de transferencia, una inmensa multitud de mastodontes siguiendo rutas cósmicas que no se corresponden con ninguna referencia de nuestros archivos.

¿Debería sorprenderme? ¿Cuántas veces he oído que otros seres sapientes — desde los soros y los pilas hasta los synthios y los kantens— predicán la reverencia por los majestuosos conocimientos de la Biblioteca Galáctica, cuyos documentos abarcan un sinfín de mundos y más de mil millones de años, desde que fue creada por los legendarios Progenitores, hace tanto tiempo?

Las razas más jóvenes pensamos que la Biblioteca debe de ser omnisapiente. Rara vez alguien menciona sus grandes limitaciones.

La Biblioteca sólo sirve a la Civilización de las Cinco Galaxias, la antigua cultura de viajeros oxis a la cual los terrícolas nos unimos hace tres siglos.

Para el pobre Clan Terrícola, eso parecía más que suficiente. Tan compleja y abrumadora es esa sociedad —con sus misteriosas tradiciones, sus alianzas rivales y sus venerados Institutos— que apenas podemos imaginar lo que hay más allá.

Pero más allá hay mucho. Por lo menos otros siete órdenes de vida, medrando paralelamente al nuestro. Órdenes que tienen necesidades y ambiciones muy diferentes, así como su propia sabiduría.

Incluso los curiosos tymbrimis nos aconsejaron evitar el contacto con estos extraños, explicando que es confuso, infructuoso y peligroso.

A lo cual sólo puedo responder, dada mi experiencia reciente: amén.

Todos saben que las razas oxis más antiguas al fin perecen o «se mudan». Tal como ocurre con los individuos, ninguna especie dura para siempre. El ciclo de la Elevación, que está en el núcleo de la sociedad galáctica, se centra en la renovación. Legad el don de la sapiencia, tal como os fue legado.

Siendo nuevos en el juego, ignorantes y desesperadamente pobres, y debiendo cuidar de nuestros pupilos chimpancés y delfines, los humanos nos concentramos en las jugadas iniciales, estudiando las reglas para actuar como instructores responsables y eludir el destino que habitualmente sufren los lobeznos.

Los comienzos son importantes.

No obstante, cada alianza y clan también habla con respeto de aquellos que los precedieron. Aquellos que, como venerados bisabuelos, terminaron sus tareas de crianza y luego volvieron su atención a otras cosas, alcanzando nuevas alturas de madurez y nuevos horizontes.

Cuando huimos de la traición en el mundo de Oakka, decidí no confiar más en los corruptos Institutos y buscar el consejo de seres mayores y más distantes. Seres que habían abandonado el viaje estelar a cambio de una vida contemplativa en el Orden Retirado, enclaustrados alrededor de una estrella roja.

Los hechos del Mundo Fractal pronto nos dieron una lección. Distanciamiento no significa imparcialidad. El Orden Retirado es sólo un asilo para las razas oxis que ya no pueden soportar los rigores del chato espacio-tiempo. Aunque se acurrucan como ermitaños en un pozo de gravedad, tratando de perfeccionar el alma de su raza, eso no los vuelve necesariamente tolerantes ni sabios. Después de nuestros encontronazos con los Antiguos, deseaba regresar a las Cinco Galaxias, y arriesgarme a un nuevo contacto con la civilización oxi.

Pero ahora, contra toda lógica o razón, hemos sido adoptados, gústenos o no, por el Orden Trascendente.

Al menos, eso parece significar el símbolo de nuestra proa. Alguien o algo plantó allí una insignia con forma de V, quizá como pésima broma.

Un emblema que significa altos logros espirituales, y la disposición a abandonar toda preocupación mundana.

En definitiva, significa: Miradnos. Estamos preparados para ser dioses.

Vaya embrollo. Me siento como una chica callejera con un esmoquin robado y una falsa identificación, que logró meterse a hurtadillas en la ceremonia del premio Nobel y ahora se encuentra cerca del podio y debe pronunciar un discurso.

Esta chica callejera sólo desea la oportunidad de escabullirse sin que la vean, antes de que los adultos nos pillen y nos hagan pasar un mal rato.

Escabullirse no será fácil. Un campo de impulso rodea esta enorme flota, llevándonos en medio de esa horda de transportes gigantescos. Y nuestros sistemas de navegación están desquiciados. Ignoramos dónde estamos y adonde vamos.

En un punto, durante el tránsito por el Espacio B, Akeakemai informó que el campo circundante parecía débil. Le hice llevar el Streaker hasta el borde de la flota, con la esperanza de que pudiéramos escurrirnos y regresar al espacio normal durante un salto. Pero cuando nos preparábamos para liberarnos, Olelo movió las aletas con una advertencia. ¡Haces hostiles nos estudiaban desde una nave enemiga!

Pronto vimos al acorazado jophur, abriéndose paso entre la multitud de arcas gigantes.

Antes esa nave parecía omnipotente. Ahora era pequeña en comparación con los demás leviatanes. Su otrora brillante casco estaba manchado, cubierto de ampollas. Aun así, esa tripulación de ególatras anillos tenía suficiente determinación como para seguir al Streaker. Nos atacarían en cuanto abandonáramos la protección del convoy.

Volvimos a perdernos entre los titanes, esperando un momento adecuado.

Quizá los males que afligen a los jophurs terminen por vencerlos.

Quizás el universo obre otro milagro. Quién sabe.

Tal vez alcancemos la trascendencia.

La máquina Niss hurgó en nuestra unidad robada de la Biblioteca, buscando datos sobre la extraña capa que cubría el casco del Streaker, protegiéndolo pero restándole agilidad. Comenzaba como un grueso revestimiento de hollín estelar, amasado en la atmósfera de un sol de carbono. Luego, una misteriosa facción transformó esa capa—como favor, con algún fin misterioso en mente—, creando un reluciente revestimiento que nos salvó la vida.

—Es una forma de blindaje —explicó la Niss—. Ofrece gran protección contra las armas de energía dirigida, como aprendimos dramáticamente en el Mundo Fractal. Buscando antecedentes, descubrí que el método se usaba en las naves de guerra hasta hace doscientos millones de años, cuando se descubrió un defecto fatal que lo volvió obsoleto.

—¿Qué defecto? —pregunté. Naturalmente, algo tan conveniente debía tener su talón de Aquiles.

—Gran parte del hollín de Izmunuti —explicó la Niss— consiste en moléculas que los terrícolas llamáis esferas Buckminster Fuller, esferas de malla abierta que contienen sesenta o más átomos de carbono. Tienen usos industriales, sobre todo si se juntan en láminas o cadenas entrelazadas. Por eso los robots cosechadores visitaban Izmunuti, adquiriendo material en su fútil esfuerzo de reparar el mundo Fractal.

—Ya sabíamos que ese material era fuerte —respondí—. Suessi no pudo limpiarlo. ¡Pero eso no es lo mismo que resistir rayos desintegradores clase ocho!

La Niss explicó que se requería un proceso especial para convertir ese material en bruto en otra forma que tuviera los átomos cautivos suficientes dentro de los recintos Buckminster Fuller.

—Átomos de materia extraña —dijo la Niss.

Confieso que al principio no entendí. Parece que ciertos elementos pueden estar hechos de ingredientes que no son la dosis normal de protones, electrones y neutrones, utilizando variedades insólitas de quarks. Esos átomos deben mantenerse enjaulados, pues de lo contrario se van del espacio normal, saltando al Nivel D, u otro subcontinuo donde se sientan más cómodos.

Era extraño imaginarse al Streaker envuelto en ese material.

Por otra parte, supongo que sería más extraño estar muerta.

Recuerdo que esperaba ser vaporizada cuando atacaron esos fieros rayos. Pero nuestro nuevo blindaje absorbió esa energía, desviando cada erg a otro plano de realidad, disipándolo inofensivamente.

—Parece un buen truco —comenté.

—En efecto, doctora Baskin —respondió la Niss con ironía—. Pero hace varios milenios alguien descubrió cómo inutilizar esta defensa, revirtiendo el flujo. Transformando este maravilloso material en una enorme antena que absorbía energía del hiperespacio... con lo cual freía a la tripulación y todo lo que había adentro.

Por eso nadie en las Cinco Galaxias era tan estúpido como para usar este blindaje. Al principio funcionó, porque tomó a los jophurs por sorpresa. Pero ellos tienen su propia rama de la Biblioteca a bordo del Polkjhy, tan buena como la nuestra. Ya deben haber investigado, preparándose para el próximo encuentro.

¡Tenemos que librarnos de este material de algún modo!

Le encomendé a Hannes Suessi que resolviera este problema. Mientras tanto, no me faltan inconvenientes.

Por lo pronto, los glávvers aullan día y noche.

Antes de partir en el bote de Kaa, Alvin Hauph-Wahyo nos instruyó en el cuidado y alimentación de estos descendientes involucionados de poderosos viajeros estelares. No era muy difícil. Darles de comer larvas falsas y limpiar el corral cada tantos días. Los glávvers parecían obtusos y fáciles de complacer. Pero en cuanto Kaa partió, llevándose a Alvin y sus amigos, estas sucias criaturillas se pusieron a gemir y

fastidiar.

Pregunté a nuestra única nativa de Jijo qué significaba, pero esa conducta desconcertó a Sara. Supongo que se relaciona con la cambiante composición de la enorme flota que nos rodea.

Mientras atravesamos vastas extensiones de espacio e hiperespacio, más naves globulares se unen a la multitud, moviéndose junto a las espinosas arcas del Orden Retirado. Los zangs y otras variedades de hidros ahora constituyen dos tercios de la flota, aunque sus naves suelen ser mucho más pequeñas que las monumentales naves oxis.

Nuestros glávvers deben de sentir la presencia zang. Eso los agita, aunque no sé si de miedo o expectativa.

No son los únicos que están tensos. Después de dejar tantos tripulantes en Jijo, el Streaker parece una nave fantasma. El misterio nos rodea, y una peligrosa incertidumbre nos aguarda.

Aun así, puedo decir sin reservas que los delfines que han quedado a bordo de esta veterana nave realizan sus tareas admirablemente, con total profesionalismo y dedicación. Al cabo de tres años de recortes, la selecta tripulación de Creideiki está reducida al mínimo. Han quedado los que parecen inmunes a la involución y la intimidación mental. Templados en el crisol de muchas penurias, son perlas de la Elevación, tesoros de su especie. Cualquiera de ellos obtendría ilimitados privilegios de procreación, si regresáramos a casa.

Lo cual refuerza la ironía.

Ninguno de los delfines cree que volverá a ver la Tierra.

En cuanto a Sara, pasa mucho tiempo con la silenciosa chimpancé, Prity, usando un pequeño ordenador para dibujar mapas hiperdimensionales y complejas matrices espaciotemporales.

Cuando le pedí a la máquina Niss que explicara lo que estaban haciendo, desdeñó irónicamente el proyecto, llamándolo «¡Patrañas supersticiosas!».

En otras palabras, Sara aún espera completar el trabajo de su maestro, combinando la antigua física matemática terrícola con los modelos informáticos de la ciencia galáctica, tratando de interpretar las extrañas y temibles disgregaciones que hemos visto. Convulsiones que parecen estar perturbando una amplia sección del universo.

—Aún me falta alguna pista —me dijo ella esa mañana, expresando esa frustración y esa euforia vertiginosa que llega con el trabajo intenso en un campo que uno ama. Me pregunto si se relacionará con el Abrazo de las Mareas.

La Niss parece muy dispuesta a despreciar los esfuerzos de Sara porque no tienen correlación en la Gran Biblioteca. Pero a mí me impresionan su iniciativa y su brillantez, aunque todo parezca estar en su contra. Sólo puedo darle mi bendición.

Siempre cerca de Sara —con una expresión distante en los ojos—, el pobre Emerson observa cómo sus modelos fluyen por la holopantalla. A veces entorna los ojos, como tratando de recordar algo que tiene en la punta de la lengua. Tal vez ansía ayudar a Sara. O advertirle algo. O sólo expresarle sus sentimientos.

Su creciente afecto es adorable de ver, aunque no puedo reprimir cierta envidia. Nunca pude corresponder al afecto de Emerson antes de su accidente. Pero siento gran cariño por él. Es muy humano tener sentimientos ambiguos cuando él vuelca su atención hacia otra. La pura verdad es que ahora Sara tiene el único varón humano viril en varios megaparsecs a la redonda. ¿Cómo puedo no sentirme más sola que nunca? Sí, Tom. Intuyo que todavía estás ahí, con Creideiki, surcando oscuros rincones del cosmos. Siento un leve eco de tu esencia, sin duda metiéndose en increíbles problemas. Agitando las cosas aún más. Suponiendo que no sea una expresión de deseos, o un gran autoengaño de mi parte, ¿no sientes también mis pensamientos? ¿No puedes seguirlos, o no quieres? Me siento tan perdida. Tom, por favor, ven a llevarme a casa.

Bien, luego tacharé esos patéticos párrafos anteriores. Al menos tengo la compañía de Herbie.

El buen Herbie, la momia que se encuentra en un rincón de mi oficina, mirándome con ojos vacíos. Humanoide pero inefablemente alienígena. Más viejo que muchas estrellas. Un tesoro de incalculable valor, cuya imagen provocó un pánico mortal entre mil clanes galácticos y poderosas alianzas que infringieron sus propias leyes, persiguiendo al pobre Streaker por el cosmos, tratando de capturar nuestro cargamento antes de que alguien pudiera echarle sus manos, pinzas o garras.

Mis órdenes son claras. Entregar a Herbie —y nuestros demás tesoros— a las «autoridades pertinentes».

En un tiempo pensé que eso significaba la Gran Biblioteca, o el Instituto de Migraciones.

Decepcionados y traicionados por estas instituciones «neutrales», apostamos luego a los Antiguos, y perdimos casi todo.

¿Ahora?

Las autoridades pertinentes.

Ignoro quiénes son. Hasta ahora, he aplazado la mención de una noticia perturbadora. Ya no tiene caso postergarla.

Ayer tuve que arrestar a una querida amiga. Tsh't, mi lugarteniente, tan competente y fiable. La roca donde me apoyé por tanto tiempo.

Me rompe el corazón mirar el monitor de la celda y verla nadar sin arnés en una piscina cerrada, detrás de una puerta con código.

¿Pero qué otra cosa podía hacer?

No había opción, una vez que descubrí sus maniobras secretas.

¿Cómo sucedió esto? ¿Cómo pude haber sido tan ciega a las señales de advertencia? Como cuando esos dos prisioneros danik «se suicidaron» hace un par de meses. Debí haber investigado mejor. Indagar un poco. Pero dejé la investigación a su cargo, tan absorbida estaba por otros asuntos.

Al fin ya no pude ignorar las pruebas. Sobre todo ahora que ayudó a otro prisionero mucho más peligroso a esc...

Tuve que interrumpir esa última nota en mi diario, hace unas horas. (No es que me gustara el tema.)

Algo intervino para distraerme. Un cambio importante en nuestra situación. La máquina Niss interrumpió para decir que el campo de impulso se estaba derrumbando.

La flota perdía velocidad, pasando del Nivel A al B y al C. Los atisbos del espacio normal se estaban prolongando con cada salto. Pronto los sensores de largo alcance mostraron que desacelerábamos dirigiéndonos a un punto azul, al parecer nuestro destino final.

El sensor espectral de Olelo reveló una estrella enana blanca, extremadamente compacta, con un diámetro inferior a un centésimo del sol de la Tierra, consistente en cenizas de fuegos de fusión que entraron en su última etapa de combustión hace milenios. Es una enana muy masiva y vieja, cuyo fulgor viene de una compresión gravitatoria que puede durar veinte mil millones de años más.

Comenzamos a detectar anomalías cercanas, objetos oscuros girando cerca de esa densa estrella. Estructuras macizas, tan grandes como para destacar como sombras negras que chispeaban o relampagueaban, ocultando el disco radiante cada vez que pasaban por la línea de visión. Lo cual hacían con frecuencia. Había muchas de ellas, tan agolpadas que cada circuito llevaba menos de un minuto.

Pronto verificamos que estábamos en órbita de artefactos que se apiñaban muy dentro del pozo de gravedad.

Claro que el concepto era familiar, y me evocaba el Mundo Fractal, abarrotado alrededor de un sol rojo, un santuario contemplativo para los retirados. Este lugar guarda una semejanza con ese vasto habitat. Sólo que aquí las escalas de distancia son cien veces menores. Tremendas cantidades de materia residen en ese pozo rizado, amontonadas en un estrecho embudo de espacio-tiempo condensado.

Quien viva allí no debe valorar demasiado los espacios amplios.

Pertencen a un orden de vida que apetece otras dimensiones. Un apretón que las razas más viejas interpretan como salvación afectuosa.

Reuniéndome con los demás en la sala de navegación, miré cómo esta nueva variación de un viejo tema crecía ante nosotros.

—Hay miles de millones de enanas blancas por galaxia —comentó Akeakemai—. Aunque sólo una pequeña fracción estuviera habitada de este modo, la población de

seres trascendentes sería pasmosa. Y ninguna habría sido detectable desde la Tierra pre-Contacto.

Sara sostenía la mano de Emerson, cuyos ojos escrutaban las naves que nos rodeaban, quizá con temor. Lo comprendí. Todos estábamos esperando algo.

La desaceleración continuó por el espacio normal, mientras la máquina Niss se materializaba para informar. Había terminado de investigar el símbolo de nuestra proa, la V ancha que representaba nuestra falsa afiliación a un orden superior de sapiencia.

—Déjame ver —dije, antes de que el holograma giratorio pudiera explicarme—. El emblema representa la unión de la vida hidro y oxi.

Es una de mis satisfacciones sorprender a esa máquina presuntuosa.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó.

Me encogí de hombros con displicencia, sin confesar que sólo había adivinado.

—Dos segmentos encontrándose en un ángulo de ciento cuatro grados. Eso sólo puede representar los enlaces de una molécula de agua. Hidrógeno y oxígeno, combinándose para formar el ingrediente fundamental de la química de la vida. No es tan misterioso.

—Quizá para ti —replicó la Niss—. Quizá los prejuicios terrícolas no sean tan errados. Pero para mí es desconcertante. Después de todas las advertencias, las reiteradas historias sobre el peligro de los zangs... cuan ilógicos, quisquillosos e inescrutables pueden ser...

Me encogí de hombros.

—Los niños insultan a las niñas, y viceversa. Con frecuencia no se soportan. Al menos, hasta que crecen y empiezan a necesitarse.

Era una analogía simplista, pero la comparación tenía sentido.

El antagonismo oxi-hidro me intrigaba. ¿Cómo, siendo tan diferentes, hostiles e incompatibles, los zangs y sus hermanos se las habían apañado para mantener por tanto tiempo la paz con la Civilización de las Cinco Galaxias? ¿Por qué un bando no había exterminado al otro, en vez de cooperar a regañadientes en complejas hazañas de migración y ecogestión, compartiendo brazos en espiral y rutas espaciales con tan pocos estallidos de violencia?

¿Cómo? Parecía improbable.

A menos que todo estuviera elaborado en un nivel más alto. Un nivel donde ambos órdenes de la vida al fin hubieran madurado para encontrar un terreno común.

Una consumación que brindaría a cada parte lo que le faltaba a la otra.

Aquí estamos, pues, en un lugar de fusión y afianzamiento.

Una unión forjada entre fuertes corrientes gravitatorias, en las honduras del Abrazo de las Mareas.

Parece que nos han invitado.

Sólo queda una pregunta.
¿Porqué?

HARRY

Esperaba que lo acogieran con felicitaciones, quizá del mismo Wer'Q'quinn, o al menos de los asistentes principales del viejo calamar, ávidos de recibir los datos de Harry y tener noticias de su triunfal misión.

Una maldita misión difícil, si había que decir la verdad. Un viaje épico a una de las peores zonas del Espacio E, donde había vencido terribles calamidades y, además, había recogido a una pareja de humanos irruptores.

Preveía aclamaciones, pero en Kazzkark sólo encontró caos.

Todos los embarcaderos del polo norte estaban llenos, excepto algunos reservados para uso oficial. Aproximándose a uno de ellos, Harry tuvo que gritar su código de prioridad y añadir amenazas hasta que un hurraño robot monitor del Instituto de Migraciones desocupó un lugar destinado a naves del Instituto de Navegación.

Más allá de los andamiajes vio miles de naves de refugiados, amarradas de un extremo al otro del planetoide, una confusión de formas sombrías y luces palpitantes.

—¿No es excitante, Dwer? —murmuró Rety, la muchacha de la cicatriz, cuyos ojos centelleaban ante el espectáculo—. ¿No te lo prometí? Quédate conmigo y te llevaré a la civilización. Eso dije. Adiós, hediondo Jijo. Hola, galaxia. Basta de suciedad, hambre, pobreza y aburrimiento.

Harry intercambió una mirada con el otro humano. Ambos salvajes estaban fuera de su elemento. Pero Dwer, a diferencia de Rety, parecía saberlo y miraba alrededor con preocupación.

Tal como me siento yo, pensó Harry. Las naves estelares se apiñaban como troncos de murvva despedazados después de una tormenta de viento en Horst. El caos se agravó desde que me fui... sobre todo si la gente elige este sumidero de Kazzkark como refugio.

Las grapas magnéticas se posaron sobre su estación, que apagó sus motores con un gruñido de alivio. Harry también descargó la tensión que llevaba en la espalda desde su partida, suspirando profundamente.

De nuevo en casa... por así decirlo.

Copiando los datos de Wer'Q'quinn a un disco portátil, condujo a sus huéspedes a la cámara de presión. En tiempos normales, regresando de cualquier otra misión, este par habría causado sensación en la somnolienta base. La noticia del descubrimiento de los irruptores se difundiría rápidamente, y haría famoso al agente que los arrestara.

Harry sentía las contradicciones de una lealtad residual. Los humanos, a fin de cuentas, eran los instructores de su raza. Se suponía que a nadie le importaba, pero no era fácil romper con ciertos hábitos.

Además, Dwer y Rety me salvaron la vida.

Ese conflicto le provocaba sentimientos ambiguos mientras atravesaban el corto túnel de entrada.

Con tanta turbulencia, es posible que mi informe sobre ellos pase inadvertido. Decidió que podría soportarlo.

El Atrio de Ingreso estaba lleno de ruido y conmoción. Una mezcla de razas empujaba y braceaba, ignorando los delicados ritmos y ritos del respeto entre razas y clanes. Reclamaban refugio frente a un cosmos cada vez más amenazador. Con sus credenciales del Instituto, Harry pudo trasponer varias puertas, pasando al frente de la fila con sus dos humanos. Pero tardaron más de un midura en llegar al portal de migraciones y cuarentenas. A lo largo del camino, oyó más rumores sobre las preocupaciones y el pánico que conmovían la Civilización de las Cinco Galaxias.

—Tres de cada cuatro puntos de transferencia del sector Lalingush muestran dislocaciones o recombinaciones catastróficas —siseó un comerciante tunicguppit en gal-siete, intercambiando chismes con un redondo p'ort'l en cuyo pecho sus ojos pestañeaban furiosamente.

El p'ort'l respondió con un bufido, un sonido lleno de armonías multitonales.

—He oído que la mayoría de los puntos de transferencia fueron capturados por alianzas locales que están imponiendo gravámenes ilegales a las naves que intentan entrar o salir. En consecuencia, hay gran cantidad de comerciantes, estudiantes, peregrinos y turistas varados, sin posibilidad de regresar a casa.

Para sorpresa de Harry, los dos humanos no parecían intimidados por la multitud. Rety sonreía con felicidad, acariciando el pescuezo de su «esposo» urs, mientras Dwer miraba la diversidad de formas sapientes, susurrando comentarios al oído de la muchacha, señalando a algunos alienígenas que reconocía —quizá por leyendas contadas alrededor del fuego, en su hogar tribal—, una actitud más cosmopolita de la que Harry hubiera esperado. No obstante, Dwer delataba su nerviosismo por su modo de aferrar su arco y sus flechas bajo un brazo.

Harry había pensado en confiscar esa tosca herramienta. Teóricamente, los prisioneros no debían andar armados. Pero dudaba que aun el burócrata más quisquilloso reconociera esa combinación de ramas, cuerdas y trozos de piedra como un arma.

Hablando de quisquillosos, pensó, llegando al despacho principal.

El agrio funcionario hoon de la última vez estaba de guardia, tan hostil como de costumbre. A pesar del estado de emergencia, Twaphu-a-nuph amenazaba a quienes mostraban la menor irregularidad en la documentación, ignorando las protestas y mandándolos al final de la fila. Parecía agobiado por el exceso de trabajo y la tensión cuando Harry se aproximó al escritorio.

Prepárate para un chasco, burócrata amargado, pensó Harry, disfrutando de la sorpresa que su nueva cola y el color del pelaje darían a Twaphu-anuph.

Para su decepción, el hoon apenas lo miró antes de volver a sus pantallas. Aparentemente la coloración del pelaje no alteraba su visión de un chimpancé terrícola.

—Ah, hrrrm. Conque es el observador Harms, infligiendo una vez más su desagradable semblante simio a mi fatigada percepción —comentó Twaphu-anuph en irónico gal-seis—. Sólo que esta vez, siempre fastidioso, trae a dos de sus mugrientos amos terrícolas. ¿Han venido para llevarte a casa, como un niño que escapó de la escuela?

Harry notó que Rety y Dwer se ponían rígidos. Se apresuró a responder con mayor firmeza que de costumbre.

—Twaphu-anuph, abusas de tus prerrogativas, que no incluyen la de amontonar insultos sobre un colega de los Grandes Institutos. Sin embargo, si nos apruebas de inmediato, me abstendré de presentar una protesta formal.

Tal vez debiera su aplomo a la fatiga de una larga misión. Para su sorpresa, el hoon no continuó con sus befas habituales. Twaphu-anuph extendió una mano gigantesca.

—Muéstreme la identificación de los humanos. Por favor.

—Son especímenes reclamados para observación por el Instituto de Navegación, entrando en Kazzkark bajo mis credenciales. Puedes retratarlos y hacer un bioescrutinio antes de dejarnos pasar. Eso te llevará treinta duras. Las regulaciones no permiten una demora más larga. ¿O debo quejarme ante Wer'Q'quinn?

Sus ojos se encontraron. Twaphu-anuph emitió un sonido grave con el saco laríngeo. Harry sabía que lo insultaba en un dialecto privado. No podía considerarlo un insulto formal, pues no usaba un idioma galáctico oficial, pero varios presentes parecieron entender la incisiva observación y expresaron su acuerdo o su diversión a su manera. Desde la caída de la colonia NuDawn, siglos atrás, los hoons trataban a los miembros del asediado Clan Terrícola con consabida malicia.

Dwer Koolhan se echó a reír, interrumpiendo el hostil gutureo de Twaphu-anuph. El hoon miró sorprendido mientras el humano respondía en inglés, que tampoco era un idioma oficial, aunque muchos sofones lo comprendían.

—¡Vaya, qué buena interrupción! Espera un dura, mientras le explico a este pobre chimpancé lo que acabas de decir sobre su cuerpo, sus antepasados y todo lo demás.

Dwer le guiñó el ojo a Harry y susurró.

—Sonríe y finge que me dices algo para repetírselo a este tonto.

Harry pestañeó.

—¿Crees que intentarás...?

Dwer se irguió, riendo a carcajadas y señalando a Harry. Simuló que quería decirle algo a Twaphu-anuph, pero que la risa se lo impedía.

—El chimpancé dice...

Rety puso una expresión huraña, revolviendo los ojos. Pero Harry sólo podía mirar asombrado mientras Dwer recobraba el aliento, miraba a Twaphu-anuph e imitaba un profundo gutureo hoon.

Los ojos de Dwer relampagueaban mientras le arrojaba un gruñido parecido a un eructo al fastidioso inspector, cuya garganta aleteó de asombro y consternación.

Se hizo un abrupto silencio cuando Dwer recobró el aliento y pasó al inglés.

—¿No te parece listo? Allá donde nació, cualquier chimpancé que dijera algo semejante sería llamado un auténtico...

Harry apretó el brazo de Dwer. El joven era nervudo por ser humano, pero su fuerza no era comparable con la de un chimpancé. Obedientemente, Dwer calló de inmediato, sonriéndole afablemente a la multitud. Nadie había oído guturear a un terrícola. Sin duda era la primera vez para Harry.

Luego, como redondeo, el «esposo» de Rety asomó su cabecita urs del morral, dedicando al hoon un pedorreo desdeñoso que provocó más gritos de sorpresa.

—¡Suficiente! —exclamó Twaphu-anuph, apoyando el puño en un interruptor y abriendo el portal—. ¿Humanos que hablan hoon? ¿Hoons que hablan terrícola? ¿El cosmos se ha vuelto loco? ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

Mientras el burócrata sepultaba la cabeza entre las manos, Harry aferró el brazo de Dwer, hasta que al fin todos salieron a las avenidas cubiertas de Kazzkark, y sólo lo soltó cuando el Atrio de Ingreso quedó atrás.

Miró al irruptor como si lo viera por primera vez. Al fin gruñó con un cabeceo.

—Sólo tengo una pregunta.

—¿Sí? —dijo Dwer.

—¿Puedes enseñarme a hacer lo que hiciste?

Hay modos de presentar un informe que restan importancia a los hechos. Mientras esperaba frente a la oficina de Wer'Q'quinn, Harry modificó su relato de cómo había encontrado a Dwer y Rety en el Espacio E, eliminando la sospecha de que venían de un mundo irruptor. No era necesario ocultar datos. ¿Quién salvo un terrícola reconocería los mocasines hechos a mano y las armas neolíticas de Dwer por lo que eran?

Logró convencerse de que no faltaba a su juramento. En cierto modo.

Les dio instrucciones a ambos.

—Vuestra nave se averió y perdisteis todos los efectos personales antes que la nave mee os recogiera. También habéis sufrido lesiones cerebrales que provocaron una amnesia parcial. Eso os califica para asistencia básica, según la Tradición de Asistencia al Viajero. Quizá suficiente para pagar aire, agua y proteínas hasta que halléis el modo de ganaros el sustento. ¿Entendido?

Mientras Dwer asentía, Rety le murmuró al macho urs:

—¿Has oído, Yi? Lesiones cerebrales. Apuesto a que Dwer puede fingirlo muy

bien.

Su «esposo» respondió lanzándole una dentellada a la mano izquierda, que ella apartó justo a tiempo. La criaturilla se ganó la simpatía de Harry.

—Conozco gente en Ciudad Baja —dijo Harry—. Tal vez puedan encontraros un empleo adecuado. Entretanto, he aquí un chip de datos con información estándar sobre Kazzkark y el sector circundante. —Les entregó una varilla que Rety insertó en su posesión más preciada, un vapuleado ordenador instructor de diseño terrícola—. Estudiad mientras estoy adentro. Cuando termine, os llevaré a un lugar seguro. Pero a cambio quiero vuestra historia... la historia completa, ¿entendéis? Sobre vuestro mundo y todo eso.

Ambos humanos asintieron con un gesto de la cabeza, y Harry pensó que lo hacían en serio.

Un tintineo llenó el aire, una melodía que Harry había aprendido a reconocer mejor que su propio nombre.

Una llamada. El personal de Wer'Q'quinn debía haber terminado de revisar los datos tomados por los instrumentos que habían mirado el cosmos real desde fuera.

Al fin, pensó, poniéndose de pie. Los dos humanos ya estaban absortos en las imágenes de la unidad didáctica, así que se fue sin una palabra. Se dirigió a la oficina de su jefe con creciente entusiasmo. Con este éxito, se había ganado cierta consideración del Instituto de Navegación. Quizá fuera suficiente para que le contaran el gran secreto.

¡Tal vez ahora alguien me cuente qué sucede, por el Purgatorio Probabilístico de Ifni!

Salió de la oficina de Wer'Q'quinn varios minutos después, con cierto aturdimiento.

Había esperado una explicación. Ahora se preguntaba si era tan buena idea.

¿No es siempre así? Los dioses nos advierten que tengamos cuidado con nuestros deseos. A veces se cumplen.

Había noticias buenas, noticias malas y noticias aterradoras.

Ante todo, felicitaciones por haber sobrevivido en un viaje difícil. El cambio de color del pelaje y la adición de un nuevo apéndice corporal parecían relativamente inocuos en comparación con los problemas que habían sufrido otros observadores. Le dieron una generosa recompensa personal, y el Instituto de Navegación no dijo nada más sobre el asunto.

En cuanto a la misión, Wer'Q'quinn no podía estar más complacido. Usando las perspectivas del Espacio E para fisgonear en el universo sideral, las cámaras de Harry habían medido un estiramiento gradual del subvacío. Un proceso que se aproximaba

rápidamente a la ruptura.

Gracias a su osada misión, los expertos de Wer'Q'quinn sabían tanto sobre este proceso como sus augustos superiores de la jefatura del cuadrante.

Ésa era también la mala noticia.

Los superiores debían de saber desde tiempo atrás lo que sucedía. Pero habían postergado la declaración de una emergencia hasta último momento. Aun ahora aplacaban los temores públicos.

—¿Será una conspiración? —le preguntó Harry a Wer'Q'quinn, en un momento.

El ser parecido a un calamar agitó varios tentáculos.

—En tal caso, observador Harms, esta conspiración incluye a las autoridades supremas de todos los institutos, además de la mayoría de las razas más antiguas. De hecho, ahora que tenemos datos recientes, mi personal ha podido obtener mejores referencias en nuestra rama de la Gran Biblioteca, revelando algo tan notable que la noticia nos deja sin aliento.

Harry tragó saliva.

—¿De qué se trata?

—Al parecer, no es la primera vez que suceden acontecimientos de este tipo. Una versión menor de los mismos fenómenos se produjo hace ciento cincuenta millones de años, asociada con la disfunción permanente o provisional del setenta por ciento de los puntos de transferencia. Entonces la sociedad también sufrió una disgregación generalizada y guerras genocidas. La Galaxia Tres sufrió mucho.

—¿Pero cómo se pueden ocultar esas cosas? ¿No se supone que la Biblioteca...?

Wer'Q'quinn desechó la objeción con un gesto, como si fuera ingenua.

—Pocos datos se ocultaron. El ocultamiento fue más sutil. Se enfatizó la significación de ciertos acontecimientos, y se redujo la importancia de otros.

Harry se sintió feliz de que su pelaje ocultara un sonrojo de embarazo. Esto era exactamente lo que él había hecho, ocultando la verdad acerca de Dwer bajo montañas de detalles.

—El caos de esa época siempre se ha atribuido a una guerra entre clanes, la cual resultó ser un síntoma, no la causa —continuó Wer'Q'quinn—. De todos modos, la gente está acostumbrada a considerar los registros históricos más turbios e inciertos cuanto más atrás se va. Esa debe de ser la razón por la cual un acontecimiento mucho más crucial, el Colapso de Gronin, recibe tan poca atención.

—¿El qué?

—El Colapso de Gronin. Perdóname, tú eres un lobezno y tu educación es deficiente. Pero la mayoría de los estudiantes galácticos sabe que los Progenitores regresaron, en forma espiritual, hace doscientos treinta millones de años, para guiar y proteger a los oxis durante una de sus peores crisis. La navegación interestelar se volvió engorrosa. Los conflictos diezaban poblaciones. Sólo algunos clanes

sobrevivieron para renovar el Ciclo de la Elevación con una nueva generación.

—Creo haber oído hablar de ello —dijo Harry—. ¿No se supone que las máquinas y los zangs fueron responsables?

—Una explicación superficial que la mayoría acepta sin averiguar más. Pero en realidad la respuesta era otra. Algo más grandioso... y más temible.

Con lo cual Harry llegó a la tercera noticia, la más alarmante.

—Al parecer, estas convulsiones recientes forman parte de una catástrofe natural cuyas proporciones no se han visto desde el Colapso de Gronin. Y nos enfrentaremos a calamidades mucho peores durante los duras y piduras venideros.

—¿Mucho peores?

Wer'Q'quinn entrelazó varios tentáculos con una firmeza capaz de torcer acero. El viejo sofote, normalmente tan imperturbable como una estrella neutrónica, parecía temblar, como si necesitara una fuerte voluntad para pronunciar las siguientes palabras.

—Parece que nuestra civilización está por perder una galaxia.

Harry llegó a la antesala, aún obnubilado.

Wer'Q'quinn había sugerido que ya tenía una misión para Harry, cuyo ascenso se concretaría mañana, en relación con esos nuevos deberes.

La Tierra sitiada irradió recientemente un mensaje. Una advertencia dirigida a todos los puestos de avanzada de los Institutos. Los funcionarios han tratado de ocultarlo, pero ya circulan rumores acerca de su contenido, y el pánico cunde en varios cuadrantes.

Sonaba fascinante, pero en ese momento el agotamiento de Harry fue evidente aún para su distraído jefe. Su cabeza era un embrollo, y Wer'Q'quinn le ordenó que fuera a casa a descansar.

Al salir, Harry se quedó largo rato pestañeando, preguntándose qué faltaba.

Dwer y Rety, comprendió al fin. Debían esperarme aquí.

Miró a izquierda y derecha.

¡Se habían ido!

Cruzando el portal, se detuvo en la escalinata de la jefatura del Instituto de Navegación, mirando las multitudes, preguntándose adonde habrían huido los humanos. Humanos que nunca habían estado en contacto con los peligros de la cultura galáctica e ignoraban qué riesgos los acechaban entre cien especies temperamentales, muchas de las cuales odiaban a los terrícolas.

SARA

Todo se reducía a una cuestión de lenguaje.

Sólo podemos pensar aquello que nuestra mente puede describir, pensó.

El sistema de dialectos galácticos organizados había ayudado a las razas oxis a comunicarse con un mínimo de malentendidos durante dos mil millones de años, una estructura exquisitamente lógica de semántica, sintaxis, gramática y significado.

Pero ahora comprendía que tenía también el propósito de oscurecer. Una cultura refinada de seres técnicamente avanzados y profundamente inteligentes era disuadida de meditar sobre ciertos temas. Ciertas posibilidades.

Quizás ésta sea la razón por la cual terminan por aniquilar las razas lobeznas, pensó. Están más dispuestas a leer entre líneas. Ver lo que no se debe ver. Lo que no se puede permitir.

Por un panel de cristal, Sara veía enjambres de gigantescos y ahusados hábitats girando velozmente en órbita de una densa estrella. Alineados en la senda radial seguida por los rayos de luz fugitivos, sus puntos internos casi parecían rozar la brillante superficie. Cualquiera que viviera dentro del pozo gravitatorio de la enana blanca experimentaría profundas marejadas que estirarían cada célula viviente.

Precisamente por eso vivían allí.

A diferencia del Mundo Fractal, el mero metal de hidrógeno no podía sobrevivir al resplandor ni las tensiones de este lugar. Hannes Suessi había tratado de explicar qué materiales con refuerzo de campo podían soportar estas fuerzas, pero Sara sentía vértigo ante ese alud de términos extraños. La tecnología, mucho más allá de su educación bárbara, parecía propia de dioses.

Ah, pero la matemática... eso era distinto. Aun en Jijo, con sólo papel y lápiz, había aprendido toda suerte de atajos para describir el sinfín de modos en que el espacio podía plegarse, flexionarse o desgarrarse, métodos analíticos que estaban fuera de la tradición galáctica normal.

Ahora, con la asistencia de algunas máquinas del Streaker, Sara obraba extraños encantamientos. Con palabras y gestos, poblaba el aire con maravillosos gráficos. Volaban tensores bajo sus ojos. Podía manipular transformaciones de Tarski y funciones Takebayashi con enteros transfinitos, encarando problemas que un mero procesador numérico no podía resolver.

Prity, su asistente chimpancé, la ayudaba modelando formas con las manos, trazando contornos que se convertían en ecuaciones.

Ecuaciones que describían un cosmos en tensión.

Ojalá el sabio Purofsky pudiera ver esto, pensó Sara.

Era como si el cálculo y los ordenadores hubieran esperado para lograr juntos sus

potenciales. Unidos bajo su dirección, hacían realidad el sueño de su viejo maestro, demostrando que los antiguos conceptos de Einstein y Lee tenían relevancia, a pesar de todo.

Quizá los expertos de la Tierra ya hubieran logrado lo mismo, abierta o secretamente. Pero Sara tenía la sensación de explorar un territorio virgen. Esos conceptos arrojaban luz sobre el futuro, revelando calamidades inauditas.

Bien, al menos ahora lo sabemos. No somos culpables de lo que ocurrió en el Mundo Fractal. Creo que esto será un consuelo para Gillian.

La doctora Baskin se sentía culpable por haber contribuido a los estragos que habían asolado esa estructura de hielo de hidrógeno, aplastando a miles de millones de habitantes. Pensaba que era consecuencia de la presencia del Streaker, una serpiente corrompiendo el Edén. Pero las pruebas de Sara señalaban inevitables fenómenos naturales, tan impersonales como un terremoto, tan imparables como un huracán.

Con razón tantas arcas de refugiados se sumaron a nuestra caravana. Estas delicadas estructuras Criswell se deben de estar despedazando en las Cinco Galaxias, obligando al Orden Retirado a escoger si desea regresar a la civilización oxi o trascender al siguiente nivel... o bien quedarse donde están, y morir.

Incapaces de abandonar el Abrazo de las Mareas, muchos optaban por permanecer junto a sus soles rojos, mientras el continuo titilaba alrededor, triturando sus frágiles y escarchados hogares.

Mirando la enana blanca, Sara se preguntó si las mismas condiciones afectarían también este atestado ámbito donde agujas chispeantes giraban alrededor de una estrella superdensa. Era un lugar mucho más imponente que el Mundo Fractal. Ocupado por razas antiguas y veneradas que combinaban lo mejor de las culturas hidro y oxi.

Los miembros del Orden Trascendente deben saber lo que se aproxima. Somos hormigas, comparados con estos sabios seres. Tendrán medios para protegerse durante el Tiempo de Cambios.

Era un pensamiento tranquilizador, pero Sara no podía dejar de preocuparse. Le preocupaban los buyurs.

Su anuncio tuvo una serena recepción en la siguiente reunión. Y cuando Sara liberó al Streaker de toda culpa por la tragedia del Mundo Fractal, la doctora Baskin pareció más preocupada por entender qué sucedería a continuación.

—¿Estás diciendo que todos estos trastornos son un resultado natural de la expansión del universo?

—Así es —respondió Sara—. La métrica del espacio-tiempo, incluido el ylem, se estira y debilita, llegando a un punto de fractura. Los límites se quiebran y vuelven a conectarse, como cuando se acumula presión bajo tierra para liberarla en un

terremoto. Las «hebras», o fallos de la matriz original, se pueden eliminar, lo cual transforma los puntos de transferencia en turbulencias inservibles que aíslan sectores, cuadrantes y galaxias enteras.

Baskin sacudió la cabeza.

—La expansión cósmica tiene dieciséis mil millones de años. ¿Por qué todo esto sucede de repente?

—La sencilla respuesta —intervino la máquina Niss— es que estos hechos no son inauditos.

—¿A qué te refieres?

—Estas cosas han sucedido antes. Lo ilustraré con una pregunta, doctora Baskin. ¿Este símbolo significa algo para ti?

Sara miró una imagen que cobraba forma sobre la mesa, una forma compleja con trece rayos en espiral y cuatro óvalos, todo superpuesto.

Gillian parpadeó y frunció la boca con amargura.

—Sabes que sí. Tom lo encontró tallado en esas extrañas naves que descubrimos en el Cúmulo Superficial... la flota fantasma que nos puso en problemas en cuanto la vimos.

Haciendo un gesto cortés con sus líneas, la máquina Niss continuó:

—Entonces recordarás una posibilidad que comentamos... que la flota fantasma representara a emisarios de otra civilización. Una civilización totalmente aparte de nuestras Cinco Galaxias. Tal vez una expedición que había cruzado cientos de megaparsecs para llegar a nosotros desde otro nexo.

La Niss esperó a que Gillian asintiera.

—Bien, ahora puedo refutar esa conjetura. No es cierta. Esas naves pertenecen a nuestro pasado... un pasado en que más de cinco galaxias constituían esta asociación de nexos.

Un tubo lleno de agua corría por una pared de la sala de conferencias, donde Akeakemai movió la ancha cola, causando una tormenta de burbujas. Con la teniente Tsh't arrestada, era el delfín con más autoridad a bordo, un honor que obviamente lo ponía nervioso.

—¿M-m-más? ¿Q-quieres d-decir que en un tiempo había... d-die-cisiete g-galaxias?

—Diecisiete, sí. Varias eran elípticas, y había trece en espiral. Pero parece que un tiempo después hubo once... los documentos no son precisos en cuanto a las fechas... y luego siete... y por último las cinco que conocemos hoy.

Se impuso el silencio. Al fin, aunque su cara de cibernético permanecía lisa como un espejo, Hannes Suessi tartamudeó.

—¿Pero... pero... cómo pudimos ignorar algo tan... tan...?

—¿Tan vasto? ¿Tan significativo y traumático? Creo que tu sorpresa es una pista.

Cada pérdida de ese tipo debió de ser toda una conmoción para la plácida y conservadora sociedad de esos tiempos. Las oleadas de disgregación que la sabia Koolhan acaba de describir debieron de ser aún peores en esos primeros episodios, sembrando estragos inauditos. Los sobrevivientes habrán estado ocupados durante milenios, tratando de recoger los pedazos. Supongamos que espíritus más ancianos y sabios se afianzaron después, tomando control de la Gran Biblioteca durante esos siglos cruciales. No se necesitaría mucho esfuerzo para borrar y adaptar ciertos archivos... o atribuir la culpa del caos a causas más mundanas: los zangs, clanes oxis criminales, una explosión demográfica entre los mees.

—¿Pero cómo podían ocultar la pérdida de galaxias enteras?

—Quizá fue más fácil de lo que parece. La última vez que sucedió en gran escala, el Colapso de Gronin, ni siquiera hubo mención de territorios perdidos, porque el Instituto de Migraciones ya estaba preparado...

Sara se levantó.

—¡Había evacuado!

Se volvió hacia Gillian y los demás.

—Los Trascendentes deben haberlo sabido con antelación, hace doscientos treinta millones de años. Ordenaron el abandono de las dos galaxias que estaban por perder, antes de que se produjera la ruptura. —Miró el espacio—. Ello explica el misterio de la Galaxia Cuatro, por qué declararon esa espiral en barbecho, obligando a todos los viajeros estelares oxis a marcharse. No era por razones de administración ecológica, sino porque sabían que habría otra fractura.

El holograma Niss hizo un gesto de indiferencia, como si ahora todo pareciera obvio. No se disculpó por haber tardado tanto en comprenderlo.

—Es evidente que los órdenes superiores de la vida han confiado en altos funcionarios de los Grandes Institutos, o bien los han manipulado, para que los gobiernos de la civilización oxi hicieran preparativos.

—¡Pero hay tantas cosas que aún no entendemos! —objetó Sara—. ¿Por qué la galaxia en cuestión debe quedar libre de viajeros estelares? ¿Cómo afecta todo esto a los demás órdenes de vida? ¿Por qué...?

—Sin duda nos ayudarás a rasgar esos velos, sabia Koolhan —interrumpió Gillian Baskin—. Entretanto, esta noticia ya es bastante perturbadora. Cuando dijiste que una galaxia estaba por fracturarse, pensé que te referías a la que contiene la Tierra, la Vía Láctea. Eso ayudaría a explicar por qué nuestro planeta permaneció aislado tanto tiempo. Y por qué creamos tanta conmoción cuando establecimos contacto.

—Con todo respeto, doctora Baskin —intervino la Niss con su tono condescendiente—, debes contener tu innata tendencia humana hacia el solipsismo. A pesar de cierto alboroto causado por esta pequeña nave, el universo no gira alrededor

de tu especie.

Sara pensó que el reproche era pedante e injusto, pero Gillian lo aceptó con un cabeceo.

Suessi habló sobre los esfuerzos destinados a liberarse de la vaina transparente de la nave, un blindaje que antes los había protegido contra armas devastadoras pero ahora parecía una mortaja. Había resultado casi fatal dos horas atrás, cuando el Streaker trató de escapar del pozo de gravedad de la enana blanca, escabulléndose del enjambre de «candidatos a la trascendencia». Lamentablemente, el acorazado jophur aguardaba a poca distancia, preparado para lanzar otro tipo de ataque. Emitiendo complejas pulsaciones en una banda de resonancia hiperespacial, el enemigo hizo reaccionar los extraños átomos alojados en la capa externa del Streaker, transformando la palpitante capa en una enorme antena que atraería un flujo energético del Espacio D. Como predijo la Niss, las temperaturas ascendieron pronto. Las láminas de cubierta se calentaban, y no había manera de enfriarlas.

Careciendo de medios para responder, el Streaker ni siquiera podía liberarse de los campos del Polkjhy ni regresar hacia las arcas que caían inexorablemente en la enana blanca. Si el ataque continuaba, los terrícolas tendrían que rendirse, o bien hervir.

De pronto un glóbulo zang se aproximó desde el enjambre, irradiando un código de reconocimiento que hizo aullar a los glávvers jijoanos de la bodega. La Polkjhy se alejó de su presa mientras otras naves se desprendían del gigantesco glóbulo, aproximándose al Streaker.

Los aliviados terrícolas se juntaron con los glóbulos salvadores.

—Creo que es hora de despedirnos de nuestros pequeños amigos —dijo Gillian Baskin.

Los glávvers estaban por encontrar un destino trazado para ellos tiempo atrás.

El pequeño grupo de cuadrúpedos se dirigió de buena gana hacia la cámara de presión, donde Sara se despidió de ellos.

Ojalá que obtengáis la redención que buscaban vuestros ancestros cuando fueron a Jijo. Un objetivo extraño pero honorable. Unir lo que había sido distinto. Franquear el abismo, ayudando a que los oxis y los hidros se fusionen.

Al fin entendía por qué ambas civilizaciones habían podido coexistir tanto tiempo, a pesar de sus enconos durante su fase juvenil del viaje estelar. Eran la una para la otra, como prometidos que sólo descubren las afinidades en la víspera de la boda. Más aún, esta unión explicaba por qué el cosmos conocido no estaba superpoblado de máquinas. Los órdenes hidro y oxi, unidos, eran más que capaces de enfrenar el silicio y el metal, evitando que la sapiencia digital se adueñara de todo trozo de materia en las cinco galaxias enlazadas.

Todo parece tan pulcro, tan perfecto. Hasta romántico, en cierto sentido. Como si

el universo estuviera diseñado con esto en mente.

Mientras los glávvers se iban, llevados por las relucientes burbujas, ella envidió ese papel tan claro. Su obvia importancia. En ese momento, constituían el gran éxito de Jijo, valiosos protagonistas de una empresa irrefutablemente noble, que aportaba su sabia simplicidad para contribuir a una gloriosa fusión.

El Streaker pareció vacío cuando se fueron.

Suessi informó de su fracaso. No podía limpiar el material que cubría el casco con los medios de que disponía.

—Quien puso este revestimiento no sólo nos salvó el pellejo en el Mundo Fractal. También se aseguró de que permaneciéramos con esta caravana todo el camino.

Mientras el Polkjhy acechara, dispuesto a atacar si el Streaker intentaba alejarse, no habría más opción que acompañar la flota de los candidatos, dirigiéndose a esos grandes hábitats con forma de aguja. Akeakemai suspiró un resignado haikú trinario.

¿Estamos preparados o no?
Arrancados de jubilosa ensoñación,
oíd la llamada de las profundidades.

Emerson d'Anite rió, a pesar de su cerebro paralizado. Pero Sara tuvo que consultar su ordenador portátil para hacer una traducción. Aun así, quizá perdiera algunos matices de ese idioma intuitivo:

¿Estoy preparado para ser trascendente?

Sara se preguntó qué significaba eso, pero sólo pudo concebir una imagen de vastos y fríos intelectos en cuerpos híbridos estirados por las mareas, elaborando una intrincada sabiduría que haría que sus amadas ecuaciones parecieran los flagelos de una tosca bacteria. Aunque tales seres encontraran un modo de incorporar a los humanos y los delfines a su mente compuesta, esa perspectiva no la atraía.

De cualquier modo, quizá sólo sea un truco de los Antiguos, como la exploración del cerebro de Emerson, o convertir a Hannes en un cíborg. Una broma que sólo entenderemos cuando llegemos a esas agujas relucientes.

Aceptando el informe de Suessi, la doctora Baskin se concentró en asuntos prácticos.

—¿Qué amenazas físicas nos encontraremos al aproximarnos a la enana blanca?

—Hay una fuerte radiación ultravioleta —respondió S'tat, uno de los ingenieros de Suessi, desde su unidad ambulatoria—. Pero nuestro blindaje parece manejarlo sin p-problemas.

—¿Qué hay de la intensa gravedad? ¿Nuestros relojes se volverán más lentos?

—Ssssí. El campo es tan intenso como para modificar el flujo del t-tiempo —respondió Akeakemai, emitiendo burbujas por su fosa nasal—. En menossss del uno

por ciento.

Gillian asintió.

—¿Y el gradiente gravitatorio?

Sara lo había investigado.

—Aquí las mareas son varias veces más grandes que en el Mundo Fractal. Sentiremos un tirón a lo largo del cuerpo. No creo que sea agradable, aunque dicen que los sapientes mayores lo encuentran irresistiblemente atractivo.

Gillian asintió.

—El famoso Abrazo de las Mareas. Cuanto más avanzada es una especie sapiente, más lo anhela, y al fin no soporta viajar donde el espacio es chato. Por eso vemos pocas formas de vida trascendentes. Con razón se los considera un orden aparte.

—Aparte —convino Suessi—, pero aún dispuesto a inmiscuirse en los asuntos de las razas más jóvenes.

Gillian se encogió de hombros, como diciendo «¿Por qué preocuparse por cosas que no podemos cambiar?»

—Así es la trascendencia. Las especies Elevadas que sobreviven a su adolescencia de viajeros estelares terminan en este lugar, tanto oxis como hidros. Desde todas las galaxias enlazadas, convergen en enanas blancas con el objeto de alcanzar... ¿qué? Niss, ¿lo sabes?

Las líneas giraron en un dibujo laberíntico.

—Tu pregunta es la misma que obsiona a los teólogos, en la cultura «adolescente» que consideramos nuestro hogar. Algunos creen que los seres trascendentes renuevan su juventud en el Abrazo de las Mareas. Otros dicen que los mayores atraviesan un portal místico, siguiendo a los benditos Progenitores a un mundo mejor. Como bien sabes, las diferencias menores en estos detalles pueden ofuscar a muchos clanes irritables, tales como los soros, los tandus...

—¡Ya lo creo! —murmuró Hannes amargamente—. Malditos fanáticos.

—Así piensas tú, y mis creadores tymbrimis, y otros clanes moderados que entienden que los asuntos del Orden Trascendente no nos incumben. Averiguaremos la verdad cuando nos llegue el turno. Pero debo recordarte que los fanáticos que mencionas son poderosos entre las razas que recorren el espacio-tiempo chato en miríadas de naves estelares. Ejercen gran influencia, y actúan más rápidamente que los moderados. Sus flotas han puesto sitio a la Tierra y han perseguido a esta tripulación desde que escapamos del Cúmulo Superficial.

Gillian se inclinó hacia adelante, sus pómulos brillantes a la luz del holograma giratorio.

—Quieres decir algo. Dilo de una vez.

—Quiero decir que esta nave, el Streaker, ha sufrido una terrible persecución

porque representa un peligro y una afrenta para una tradición venerada en las Cinco Galaxias. Las reliquias y datos que transportáis amenazan creencias profundas.

—Ya sabíamos eso —respondió Gillian—. ¿Debo suponer que al fin has deducido el porqué?

La Niss ensanchó su espiral, extendiéndose hasta rozar el rostro de la humana rubia.

—Creo que sí. Parece que vuestro descubrimiento resucita una antigua herejía que se había considerado muerta durante millones de años. Una herejía que sostiene que todo lo que cree nuestra civilización está equivocado.

LARK

En las honduras del acorazado jophur, las cosas habían vuelto a cambiar.

La última vez que Lark había visitado el Núcleo Vital del Polkjhy, el lugar parecía un tupido pero ordenado bosque —una granja en tres dimensiones— que presentaba exuberantes y verdes líneas y columnas de vegetación organizadas sobre un andamiaje de metal para purificar el aire y el agua, eficiente como cualquier otra máquina.

Ahora era una maraña de vegetación, una jungla donde las plantas y autótrofos de mil mundos habían escapado de sus sitios, enroscándose en el andamiaje, mezclándose en un delirio de biogénesis anárquica.

En medio de esa profusión, entrevió animalillos que correteaban, y que sin duda no estaban antes. ¿Habían escapado de un zoológico de laboratorio, en medio del estrépito y confusión de la batalla? ¿O los ordenadores los habían despertado y liberado, en un vano esfuerzo de recobrar el control de un ecosistema en miniatura que se volvía más complejo y agreste con cada midura? Incluso vio organismos carroñeros que parecían anillos jophurs, retorciéndose mientras avanzaban sobre las ramas, buscando materia putrefacta para consumir. Sus colores pálidos expresaban inocencia y simplicidad de propósito. Ninguno parecía ávido de buscar la sofisticación ni de obtener la sapiencia combinándose en anillos.

El nuevo aspecto del Núcleo Vital le parecía una mejora. Él venía de un mundo donde se permitía que la naturaleza encontrara su propio equilibrio, un equilibrio delicado, invariablemente confuso, que funcionaba mejor que cualquier plan. Aunque muchos integrantes de una biosfera fueran enemigos que se valían de garras y dientes para atacar a sus presas, el resultado general parecía la cooperación, dando un papel a cada individuo y cada especie, ayudando a que todo el sistema prosperase.

Como nuestro pequeño grupo de extraños aliados, pensó, reflexionando sobre la curiosa expedición que se había internado en el corazón de la nave jophur. Quizá no nos tengamos confianza, pero a falta de otra opción trabajamos juntos.

Abriéndose paso por la maleza, se detuvo cerca de una liana cargada de melocotones trepadores, populares en más mundos oxis de los que cualquiera podría contar. Lark cogió uno y se lo llevó a la boca, pero tuvo que esperar a que las ondeantes membranas se apartaran, dejándole espacio para darle un buen mordisco a la fruta. Un zumo rojo le humedeció la lengua y los dientes, goteando por su barbilla, atacando las papilas gustativas. Consumió ávidamente varios más. Era su primera comida aceptable en varios días.

El pasajero —un glóbulo zang modificado que extendía su cuerpo sobre Lark como una segunda piel— pareció comprender la queja de Lark. Un tentáculo se presentó ante su ojo izquierdo, y una cavidad se abrió en la masa gelatinosa.

Surgieron diminutos subayudantes, representando un drama microscópico, comunicándose a la manera zang, por simulación.

Lark meneó la cabeza.

—No, no soy ingrato. Comprendo que me has alimentado con tu masa corporal, para que llegáramos hasta aquí. Pero perdóname si prefiero algo que no apeste a huevos podridos, para variar.

Estaba completamente seguro de que sus palabras —vibraciones sónicas en el aire— no significaban nada para el alienígena. Ese tipo de lenguaje, abstracto y estructurado, era tan ajeno a esas burbujas como la noción de caminar sobre extremidades endurecidas por rígidos huesos. Lark imaginaba que la entidad/criatura seguía el movimiento de sus ojos a partir de los puntos que él inconscientemente escogía mirar. El resultado era una tosca telepatía, diferente de cualquiera de la que él tuviera noticias.

Los subayudantes siguieron revoloteando dentro del teatro de la cavidad.

—De acuerdo —respondió—. Lo sé. Tengo que mantenerme en movimiento. No hay mucho tiempo.

Una conmoción turbó el follaje. Lark buscó su mejor arma, el anillo morado que expulsaba sustancias químicas, a veces venciendo a guardias jophurs o robots de combate. Aunque su eficacia había mermado, el toroide aún reducía la cantidad de veces que tenían que luchar, permitiendo este viaje detrás de las líneas enemigas.

Una forma abultada avanzó por la jungla. Ancha en la base, ahusada en la cima, tenía la forma ominosa de un jophur.

O un traeki, se recordó Lark, agazapándose entre las sombras. Aunque la figura se aproximó bastante, aún no sabía definirla. El ser compuesto había sido Asx, un amado sabio traeki, para convertirse en el altivo Ewasx jophur. Ahora no respondía a ninguno de ambos nombres. Su pirámide de aros cerosos ondulaba mientras otros segmentos debatían entre sí. Dentro de esa torre grasienta se realizaban nuevos convenios, y el anillo maestro ya no prevalecía.

En cualquier momento podía optar por ser leal al líder capitán del Polkjhy y denunciar la presencia de Lark. Pero no todavía. Entretanto, continuaba esa extraña sociedad de zang, humano y pila de anillos, una coalición de seres colectivos. Lark decidió llamar X a la confundida criatura, al menos hasta que se decidiera.

Sombras y colores relampaguearon mientras la pila hablaba en galáctico seis.

—Yo/nosotros logramos cumplir la misión de obtener acceso a un terminal de la estación de trabajo del agrónomo. El agrónomo estaba ausente, pues fue asignado a puestos de combate durante la emergencia. Mi/nuestra tarea de descubrir noticias resultó posible de realizar.

—¿Sí? —Lark avanzó un paso—. ¿Averiguaste adónde llevaron a Ling?

Había esperado encontrarla en el Núcleo Vital, cerca del nido donde habían sido

fugazmente felices.

La criatura compuesta tiritó. Docenas de pequeños anillos morados se arrastraban por su carne rugosa, alimentándose de sus secreciones. Para la tripulación del Polkjhy, estos toroides de aspecto inocuo eran portadores de una plaga más terrible que la enfermedad zang.

—No hay informes recientes sobre los otros dos humanos, Ling y Rann. En cuanto a su última posición conocida, yo/nosotros la hemos localizado en un cuadrante de la nave que quedó aislado hace veinte miduras, cuando nuevas incursiones zangs penetraron el casco.

La alusión a estos refuerzos no afectó al pasajero de Lark como él esperaba. El glóbulo tembló, indicando un fuerte deseo de evitar el contacto con los recién llegados hasta que pudieran verlos desde distancia segura.

Conque, pensó Lark, hay facciones, naciones, razas... también entre los hidros. Como nosotros, temen a sus propios parientes más que a los verdaderamente alienígenas. Supongo que no debería sorprenderme.

Durante el largo y sinuoso viaje desde la cámara del criadero, los extraños aliados se habían detenido para mirar imágenes por pantallas terminales, emitidas por los jophurs para mantener informados a sus soldados sobre lo que sucedía en el exterior. Mientras X trataba de describir una enana blanca y explicar lo que se conocía sobre la vida trascendente, los zangs parecían alterados. Los contrariaban las crecientes pruebas de que los órdenes hidro y oxi al fin se fusionaban en una turbulencia de marcas gravitatorias. La noticia parecía molestar al pasajero de Lark.

Esto te tiene tan desconcertado como a mí, ¿verdad?, le preguntó en un momento al zang. Tuvo que repetir la pregunta varias veces. Aún estaba aprendiendo este extraño modo de conversar. Pero al fin, tras una violenta convulsión, la criatura se calmó e indicó su asentimiento.

Aun las entidades hidros debían de tener problemas en sus tratos con los dioses. Parecía ser una ley de la naturaleza.

—¿Pero tienes las coordenadas de Ling? —le preguntó a X.

—Sí. Será posible aproximarse a ese sector, si nos atrevemos.

Lark asintió. Debía persuadir a sus compañeros de que el riesgo valía la pena.

—¿Y el otro asunto que ibas a averiguar?

La pila de toroides grasientos proyectó una serie de sombras, señales de lamentación tan jijoanas que la criatura se pareció más que nunca a Asx. Al hablar, pasó al gal-siete.

—La noticia es mala desde tu perspectiva... y quizá la mía/nuestra. Durante el largo viaje de esta nave, desde el habitat destruido hasta este refugio de razas trascendentes, hubo varios momentos en que el Polkjhy indagó los grupos estelares locales, confirmó su posición y logró disparar cápsulas de mensajes. Es muy probable

que tres de ellas hayan escapado del enjambre para dirigirse hacia sus objetivos en la Civilización de las Cinco Galaxias. En otras palabras, los jophurs han logrado comunicar a su clan todo sobre Jijo: los desdichados g'Keks y los refugiados traekis que por tanto tiempo escaparon del dominio de los anillos maestros, y también los humanos y otras razas aptas para experimentación/manipulación secreta al margen de la ley y otras restricciones.

Lark aflojó los hombros. Sentía tanta congoja que el pasajero zang irradió relampagueos inquisitivos, preocupado por su estado metabólico.

Jijo está perdido, comprendió.

Claro que esta posibilidad siempre había existido. Pero los problemas del Polkjhy le habían hecho esperar que el gran acorazado encontrara un desdichado final antes de informar lo que había descubierto en la Galaxia Cuatro. Por esta razón, Ling y Lark habían abandonado su pequeño nido, esperando sembrar confusión entre sus enemigos.

Debimos quedarnos allí, haciendo el amor y comiendo fruta hasta que nos encontrarán, o hasta que se terminara el universo.

Ahora no le quedaba nada, salvo el deseo de liberar a Ling para pasar con ella el mayor tiempo posible. Y perjudicar al enemigo, si era posible.

Afortunadamente, había un arma a mano. Un regalo del astuto sabio traeki, Asx.

El anillo rojo. El que Ling ocultó en el criadero, antes de que la capturasen. Asx debió programarlo como depredador, para que se reprodujera en las incubadoras, llenando una amplia gama de nichos. Cuando el combate con los invasores zangs llevó a los soldados jophurs a la enfermería, en busca de repuestos, recibieron descendientes de ese anillo original. Una forma mutada de un toroide maestro, con diferencias que sólo un sabio farmacéutico podía haber hallado, aplicando lecciones aprendidas por los traekis durante dos mil años de exilio. Trucos que los sofisticados jophurs jamás habrían encontrado en las sendas del espacio.

Pronto la fortuna de la guerra volvió a cambiar. En vez de derrotar a los hidros, las fuerzas jophurs perdían terreno. Una extraña epidemia afligía a muchos combatientes. Arranques de duda, o pensamiento múltiple al estilo traeki, retaban a quienes antes eran tan egocéntricos y seguros de sí. Algunas pilas sufrían un colapso. Los componentes individuales se separaban y seguían su propio camino. Otros se volvían contemplativos, o catatónicos, o comenzaban a devanear y apestar.

Algunos comenzaron a tener ideas insólitas.

Ojalá hubiéramos propagado la enfermedad cerca del centro de mando, antes de que pudieran reaccionar.

Pero los jophurs eran rápidos, inteligentes y flexibles. Retirándose y estableciendo líneas de cuarentena, lograron conservar el control de las funciones vitales de la nave.

Aunque apenas. El resultado general era el caos en el Polkjhy. Un viajero no podía saber de antemano cómo sería la próxima cubierta o corredor. Debilitados por la lucha, los contendientes se limitaban a retener sus enclaves mientras la anarquía se propagaba por todas las demás partes.

—Un punto adicional merece comentario —continuó X—. Yo/ nosotros recogimos información en el canal de mando. Los informes indican profunda preocupación por parte de la dotación del puente. El líder capitán y la pila sacerdotal han debatido la significación de un mensaje reciente.

—¿Un mensaje?

—Una advertencia, irradiada recientemente por las Cinco Galaxias. Si es verdad, esta alerta es un mal presagio para muchas razas y clanes, pero sobre todo para esta nave y sus diversos ocupantes.

—¿Quién envió la advertencia? —preguntó Lark.

—El mundo natal de tu raza, Lark Koolhan. La sitiada Tierra, rodeada y amenazada por la aniquilación. Al parecer, pensando que tiene poco que perder, el Consejo de los Terrágenos ha difundido una teoría iconoclasta para explicar las recientes alteraciones que asolan las Cinco Galaxias. Una hipótesis planteada por algunos de sus sabios, después de combinar los encantamientos matemáticos lobeznos con la ciencia galáctica. Este concepto es tan radical y perturbador, y tan temibles son sus acusaciones implícitas, que los Grandes Institutos se han apresurado a emitir frenéticas negaciones. Tan frenéticas, en realidad, que los terrícolas han obtenido nueva credibilidad en muchos sectores. La reacción ha sido tan profunda que algunos clanes envían flotas para ayudar a levantar el sitio, mientras que otros desean sumarse al airado genocidio. Las flotas de combate se han decuplicado alrededor de la Tierra.

Lark parpadeó de sorpresa.

—Pero... qué...

Sacudió la cabeza, provocando una nerviosa respuesta de su pasajero globular.

—¿Pero cuál fue la advertencia?

La criatura que él llamaba X exhaló un vapor de color, expresando nerviosa reverencia, al estilo de un traeki jijoano.

—Sostienen que los Grandes Institutos han ocultado un terrible peligro. Que la mayoría de los lazos que unen nuestras Cinco Galaxias pueden disolverse, desencadenando asoladores torbellinos entre los que no estén preparados. Muchas cosas grandes y nobles pueden perderse en la estela de violencia. Más aún, si los terrícolas tienen razón, y no están tramando un engaño desesperado, los que estamos en el Polkjhy corremos más peligro que nadie. Aquí, en este lugar sagrado, donde los seres trascendentes buscan la iluminación en el Abrazo de las Mareas.

DWER

Al principio pensaba que sería fácil buscar a Rety.

¿Cómo podía ocultarse un humano en Kazzkark? Por doquier la gente se volvía para mirar a Dwer con diversos órganos sensoriales. Lo señalaban con brazos y tentáculos, y susurros en una docena de dialectos galácticos lo seguían por cada calle. Al parecer, los terrícolas tenían mala fama.

Aunque en Kazzkark nadie sabía qué clase de bípedo oloroso era Rety, la muchacha llamaría la atención, eso era seguro. Siempre había sido así desde que conocía a la joven irruptora.

Dwer era más discreto. Prefería andar en silencio por ese lugar extravagante y bullicioso, vasto como un desfiladero, pero claustrofóbico como un bosque de bu, con un delgado techo para impedir que el precioso aire volara al espacio. Ese ámbito ya era bastante perturbador sin multitudes de alienígenas que gesticulaban y discutían y se ponían a bisbisear cuando él pasaba.

Siempre odié las multitudes. Pero según Harry Harms, esto es sólo una base diminuta. No puedo imaginarme una auténtica ciudad.

Dwer trataba de no mirar fijamente, en parte porque era impertinente, y para no parecer un palurdo total. Entre los relatos que su madre le leía cuando iba a acostarse, una trama típica hablaba de un rústico inocente que iba a una metrópolis y era desplumado por depredadores urbanos.

Por suerte no tengo mucho que puedan codiciar ni robar, pensó, tratando de ser optimista.

En una intersección, se detuvo a reflexionar.

Si yo fuera Rety, ¿adonde iría?

Esto no habría ocurrido si hubiera estado alerta. Mientras esperaba a Harry en el Instituto de Navegación, Dwer había dejado a Rety para ir al lavabo. Tardó un rato, mientras estudiaba extraños mecanismos diseñados para eliminar los desechos de muchas especies. Al salir, sucio después de estar a punto de sufrir varios accidentes, maldijo al descubrir que Rety se había ido y la puerta conducía a una abarrotada calle.

Harry se enfurecerá, pensó, saliendo con la esperanza de verla. Dwer atinó a ver una forma bípeda que doblaba la esquina y la siguió, pero pronto la perdió de vista en un laberinto de avenidas laterales.

Necesitaba un plan. Evocó las prioridades de Rety.

Primero, irse de Jijo y asegurarse de que nadie la lleve de regreso.

Dwer pensaba que ya lo había logrado, pero quizá Rety temiera que Harry Harms supiera demasiado. Era posible que el chimpancé tuviera información suficiente para deducir la posición de Jijo e insistiera en llevarlos de vuelta. Quizá Rety no quisiera

correr el riesgo.

Segundo, ganarse la vida. Hacerse valiosa para un poderoso y no pasar hambre nunca más.

Eso lo desconcertaba. La muchacha tenía su ordenador didáctico, más los datos sobre Kazzkark que les había dado Harry. ¿Habría trazado un plan mientras Dwer estaba en el lavabo?

Tercero, liberarse de sus cicatrices. Rety siempre había sentido vergüenza de los cardenales que le afeaban un lado de la cara, causados por matones crueles que la habían atormentado en su tribu de los Cerros Grises. Dwer ni se fijaba en ellos. Había visto cosas peores en Jijo. Además, si alguien amaba u odiaba a Rety lo haría por su vigorosa presencia y fuerza de voluntad.

Aun así, ella querría deshacerse de esas cicatrices cuanto antes.

¿Será posible, en Kazzkark? Sin población humana residente, ¿existiría la capacidad para reparar la carne terrícola?

¿Por qué no? Los ordenadores pueden almacenar los conocimientos de muchos operarios calificados. Y la medicina tendría prioridad. Nunca se sabe qué especie visitará un puesto de avanzada, así que conviene estar preparado para todas ellas.

Dwer sabía que su razonamiento partía de escasos datos. Desde su infancia, había oído historias sobre la radiante civilización que sus antepasados habían abandonado. Ahora se sentía deslumbrado por la realidad.

Tal vez debí haber esperado a Harry. Yo conozco a Rety y él conoce Kazzkark. Estaríamos mejor juntos que separados.

Disponiéndose a volver, Dwer tuvo una sensación inquietante. Tardó unos instantes en encontrar una palabra para describirla.

Estoy perdido.

Nunca le había sucedido. Nunca en su casa. Siempre había sentido la atracción del norte, y una especie de mapa interno se desplegaba cada vez que doblaba un recodo o avanzaba un paso. Pero en ese planeta, su cerebro debía carecer de alguna pista necesaria. Dwer ignoraba dónde estaba.

Se quedó cerca de una pared de piedra, tratando de orientarse mientras torrentes de variadas formas de vida pasaban a su lado. Ignorándolas, procuró concentrarse, pero el pánico lo bloqueaba.

Después del Espacio E, pensé que podría adaptarme a cualquier cosa. Seré un irruptor, pero no soy un salvaje. Me crié en medio de otras razas. Pero todo esto...

El ruido, el ajetreo, el olor y la irritante presencia de tantas mentes sabientes — algunas desbordantes de hostilidad hacia su especie— le daban ganas de meterse en un agujero para no salir nunca más.

Dwer ignoraba cuánto habría durado ese aturdimiento. Pero se interrumpió de golpe cuando apareció una figura corpulenta y borrosa, más baja y más redonda que

un humano, con patillas en las mejillas y un pelaje pardo. Un bípedo robusto, vagamente mamífero, exhibía dientes filosos en una sonrisa que Dwer tomó como una amenaza mortífera, hasta que lanzó tonantes saludos en inglés.

—Vaya, vaya. ¡Por mi aliento y mi vida! ¿Un humano? Vaya, vaya. Un humano, en verdad, aquí por estos lares. No tengo este placer desde... antes del tiempo de la crisis, cuando reinaba la paz. ¿Apretón?

La criatura extendió una zarpa carnosa con garras inquietantes. Dwer pestañeó, recordando vagamente una vieja tradición terrícola de tocarse y estrecharse las palmas; se había abandonado tiempo atrás porque disgustaba a la mayoría de los alienígenas. Extendió nerviosamente la mano izquierda, la que extrañaría menos si la criatura se la arrancaba. El «apretón» fue incómodo para ambos, y ambos se sintieron manifiestamente mejor cuando terminó.

—Perdona mi ignorancia —dijo Dwer, tratando de ser formal y respetuoso—. ¿Pero puedes decirme quién o qué...?

Calló mientras la figura redonda se ruborizaba. La piel cetrina se enrojeció bajo la pelambre rayada y parda. Dwer temió haberla ofendido, hasta que la criatura se puso a resoplar rítmicamente, tratando de imitar la risa humana.

—¿Es verdad? ¿No me reconoces? ¿A una Cintia? ¡Entre los mejores amigos que han tenido los humanos! ¡Los mejores! Vaya, vaya. Al menos, hasta esta crisis. Lo admito. La amistad se pone a dura prueba cuando la muerte fluye como luz estelar. Admito esto. Yo, llamada Kiwei Ha'aoulin, lo admito. ¿No me odiarás por admitirlo?

Dwer cabeceó. ¿Una synthia? Sí, los había oído nombrar, y recordaba imágenes de un viejo volumen, cuando Fallon le enseñó un poco de galactoxenología en el archivo de Biblos. La raza era conocida por sus buenas relaciones con la Tierra, en los tiempos en que la nave Tabernáculo huyó a Jijo. Sin embargo, muchas cosas podían haber cambiado desde entonces.

—Es mi turno de disculparme, Kiwei Ha'aoulin —dijo, pronunciando el nombre tan bien como pudo—. Sufrí una lesión cerebral en el espacio profundo. Un accidente donde perdí todas mis pertenencias.

La synthia echó una ojeada a la ropa raída de Dwer antes de fijarse en el arco fabricado por los qheuens y la aljaba con flechas.

—¿Todas tus pertenencias? ¿Entonces este adorable arco protoaborigen no es tuyo? ¿No puedes exhibirlo ni venderlo?

Dwer lo miró unos segundos. Según Harry Harms, ningún galáctico reconocería esos exquisitos implementos de madera tallada, pero la synthia había reconocido el arma, y la codiciaba. Su avidez parecía crepitar en sus tensos músculos.

Una coleccionista, comprendió Dwer. Una aficionada. Había conocido gente así, en Jijo. Su instinto de rastreador y cazador se puso alerta. El comercio, después de todo, seguía muchas leyes de la jungla. Su temor se aplacó, reemplazado por la

confianza.

—Vaya, vaya —dijo, tratando de imitar a la otra—. Tal vez haya exagerado. Admito que logré manotear un par de cosas antes del naufragio. Algunas cosas especiales.

—Tesoros, sin duda —respondió la synthia, mientras ávidos temblores recorrían su espalda arqueada—. Bien, entre los de mi especie soy conocida como aficionada a las cosas terrícolas. Te ayudaría a encontrar un mercado para esas cosas. Podrías pasar de pobre náufrago a un navegante de las estrellas. Podrías comprar un billete para abandonar este mísero lugar y viajar a otra parte.

Sin esperar respuesta, la synthia cogió el brazo de Dwer.

—Vaya, vaya. ¿Porqué no hablamos más? Kiwei Ha'aoulin conoce un muy bonito comedero en las cercanías. ¡Buen alimento! ¡Buena diaria sobre tesoros y noticias de las estrellas! ¿Vienes?

Dwer acarició el arco con la mano derecha. En Jijo era valioso. A pesar de su conducta tonta, Kiwei Ha'aoulin debía tener buen ojo para la calidad. Quién sabía cuánto pagaría una aficionada a las primitivas herramientas terrícolas.

Odiaría separarme de él, pero esto me ayudaría a aprender más, y quizás a encontrar a Rety.

Impulsado por la curiosidad, y también por el hambre, Dwer asintió.

—Acepto tu hospitalidad, Kiwei Ha'aoulin. Vamos a hablar de muchas cosas.

Ignorando las miradas hostiles y los murmullos, acompañó a su nueva amiga, esperando lo mejor.

EMERSON

Mirando desde su cubículo de cristal, observaba el paso de un sinfín de estrellas, así como muchas luces parpadeantes que eran enormes naves. El espacio estaba tan atestado que a simple vista se distinguían cientos de copos de nieve o burbujas con su resplandor líquido. Arcos fractales pasaban frente a formas globulares, descendiendo hacia un objetivo común, un disco blanco rodeado por agujas relucientes que casi rozaban su superficie.

Emerson decidió no mirar hacia allí. El solo pensar en ese destino era tan hiriente como su imagen radiante.

Sabía lo que ocurriría pronto, antes que el Streaker llegara. Había trabajado duramente para prepararse.

Incapaz de hablar, Emerson tenía sólo una comprensión rudimentaria de por qué el Streaker estaba ahí, o de por qué las naves zangs se mezclaban amistosamente con respiradores de oxígeno que normalmente evadían, o a veces combatían. Mientras Gillian y Sara conversaban con ferviente intensidad, él había tratado de distinguir significados entre los sonidos. Pero muchas de sus frases repetidas —como el Abrazo de las Mareas— no suscitaban ninguna respuesta en su mente herida. A menos que se relacionara con esa tendencia de su cuerpo a estirarse en determinada dirección, con los pies apuntados hacia la enana blanca.

Al menos algunas palabras parecían resonar un poco.

—Abrazo —susurró, disfrutando de su sensualidad.

Horas atrás Emerson estaba sentado junto a Sara, que le apoyaba la cabeza en el hombro mientras disfrutaban de un momento de tranquilidad compartida. Acariciarle el cabello se había convertido en el modo normal de ayudarle a aliviar la tensión de su lucha cotidiana, el esfuerzo de Sara para arrancarle la verdad al universo a fuerza de matemática. Era un deber agradable. Él le brindaría con gusto todo lo que ella necesitara.

Excepto lo que ella deseaba esta vez.

Con amables insinuaciones, Sara había sugerido tímidamente su afán de iniciar una nueva intimidad, pero él tuvo que rechazarla. Apartándose, Emerson vio preguntas en sus ojos. El temor de que no la encontrara deseable. El temor de que sus heridas lo hubieran privado de deseos viriles. El temor de que les quedara muy poco tiempo para ser uno. ¿Cómo podía explicarlo? Se necesitaban palabras, oraciones, libros, para justificar el rechazo de un deseo tan natural. Frustrado, hurgó en su memoria en busca de una canción que sirviera, pero no encontró nada. Todo lo que pudo hacer, antes de escapar a su refugio constelado de estrellas, fue tocar la mejilla de Sara y dejar que sus ojos expresaran la sinceridad de su amor.

No había nada de malo con la sexualidad de Emerson. Él ansiaba demostrárselo. Pero no ahora. Se aproximaba una confrontación, y él necesitaba todos sus recursos. Los fuertes deseos animales lo ayudarían a mantener su concentración durante el enfrentamiento, recordándole prioridades que mentes más avanzadas habían olvidado.

Su plan era necesariamente rudimentario, pues era difícil pensar sin palabras. Al visualizar ciertos actos, movimientos corporales, emociones e imágenes tenía una idea general de qué esperar, cómo reaccionar cuando llegara el momento.

Debía ser pronto. Emerson aún entendía un diagrama espacial, y una verdad era evidente a medida que el Streaker descendía en el embudo gravitatorio de la enana blanca. Llegaría un punto de no retorno en que las naves espaciales se apiñarían tanto que ninguna podría escapar valiéndose de la potencia normal de sus motores. Gillian tendría que escabullirse antes, o correr el riesgo de abandonar para siempre el cosmos exterior, el reino de vacío donde medraban las razas jóvenes. Donde relucientes naves surcaban cielos constelados de estrellas.

La misma lógica se aplicaba a la facción secreta de los Antiguos.

Tienen que actuar pronto, o quedarán atrapados.

Emerson se interrumpió, luego retomó cautelosamente ese pensamiento.

O quedarán atrapados con nosotros, entre los habitáts de los Trascendentes, sin poder intervenir más en los asuntos de las Cinco Galaxias.

Gruñó. Aunque esta vez lo esperaba, el súbito regreso del lenguaje lo llenó con una dolorosa mezcla de pena, alegría y temor.

¡Las palabras... las palabras han vuelto!

Esta vez estaba mejor preparado. Durante muchos días había almacenado recuerdos, congelando laboriosamente fragmentos de frases ajenas, con la esperanza de armar el rompecabezas cuando llegara este momento.

Déjame ver. El emblema representa la unión de la vida hidro y oxi.

Esas naves pertenecen a nuestro pasado... un pasado en que más de cinco galaxias constituían esta asociación de nexos.

Supongamos que espíritus más ancianos y sabios se afianzaron después, tomando control de la Gran Biblioteca... para borrar y adaptar ciertos archivos... o atribuir la culpa del caos...

Así es la trascendencia. Las especies Elevadas que sobreviven a su adolescencia de viajeros estelares terminan en este lugar...

El que puso este revestimiento no sólo nos salvó el pellejo en el Mundo Fractal. También se aseguró de que permaneciéramos con esta caravana todo el camino.

Tantas ideas convergiendo de golpe. Era como si a un ciego le hubieran devuelto la vista, presentando nítidos paisajes donde antes había niebla.

No obstante, muchos conceptos también le resultaban familiares. Como si

hubieran esperado pacientemente, predigeridos por porciones intactas de su cerebro, y sólo necesitaran frases claras para que todo cobrara sentido.

Emerson se habría quedado horas así, dejando que las mareas gravitatorias alzaran su cabeza hacia el cielo mientras él combinaba conceptos a partir de los borbotones que inundaban su mente. Pero no se le concedió ese deseo.

Una voz remota y burlona lo interrumpió.

—Notamos que no nos llamas, a pesar de haber recibido un código para usar en cuanto estuvieras dispuesto a responder a nuestra oferta.

Emerson ni se molestó en mirar las luces del exterior. Una nave se debía de haber acercado con sigilo, y sería inútil tratar de localizarla. En cambio, se movió deprisa, saliendo de la cúpula de cristal, deslizándose por esa escalerilla diseñada para otra raza.

—Sentía curiosidad por saber hasta qué punto queríais aquello que pedisteis —replicó en un murmullo.

Aquí el sonido no era el medio de comunicación. En cambio, los Antiguos monitoreaban un fragmento de materia gris que habían mantenido en contacto cuántico con el resto de su cerebro. Cuando se aproximaba, desbordaba con palabras. Palabras de él.

Palabras que ellos podían leer al instante.

—NO TENEMOS POR QUÉ DAR EXPLICACIONES A SERES COMO TÚ. ES SUFICIENTE QUE BUSQUEMOS, Y QUE TÚ PROVEAS.

Trotando por un corredor, Emerson sacó del bolsillo un instrumento hecho a mano, con un indicador luminoso. No había necesitado palabras para construir esa simple herramienta, ni le importaba su significado.

—¿No os estáis quedando sin tiempo? —preguntó a sus torturadores, miembros del Orden Retirado cuyos hogares habían desaparecido durante el derrumbe del Mundo Fractal—. Si esperáis mucho tiempo más, trascenderéis, os guste o no. Los datos que buscáis no os servirán de nada. No habrá modo de transmitirlos a vuestros amigos de las Cinco Galaxias.

Tonos glaciales resonaron en su cabeza.

—HEMOS PASADO MILENIOS CULTIVANDO LA PACIENCIA. APRESURARSE PARA TOMAR ACCIONES DRÁSTICAS ES DESAGRADABLE. HABÍAMOS OLVIDADO CUAN PRONTAMENTE LOS ACTOS SON SEGUIDOS POR SUS EFECTOS.

Emerson dobló un recodo y atravesó una escotilla, guiado por su instrumento.

—Sí, tanta incertidumbre os debe enloquecer. Decidme, ¿qué se siente al estar por obtener acceso al Orden Trascendente, vuestro objetivo durante un millón de años, sólo para perderlo en el último momento, para apoderarse de algunos bytes de datos robados de una mísera nave terrícola? ¿No os sentís tentados de olvidar esas viejas

obsesiones? ¿De ceder al Abrazo de las Mareas?

La respuesta llegó tras una larga pausa, mientras él corría por los pasadizos casi desiertos.

—NO SABES CUAN DIFÍCIL ES CONTENERSE. EL TIRÓN GRAVITATORIO ES VOLUPTUOSO DE UN MODO QUE NINGUNA PALABRA, NINGUNA SENSACIÓN FÍSICA, PUEDE DESCRIBIR.

—Intentadlo —urgió Emerson—. ¿Qué tiene de maravilloso el Abrazo de las Mareas?

—ERES DEMASIADO JOVEN PARA ENTENDERLO. DENTRO DEL ABRAZO SE SIENTE LA UNIÓN CON TODO EL COSMOS. ES CONFORTANTE FILOSÓFICAMENTE, Y TAMBIÉN EN EL NIVEL DE LA FE. ALLÍ HAY SABIDURÍA, Y CONOCIMIENTOS QUE SUPERAN EN MUCHO A LA GRAN BIBLIOTECA, E INCLUSO LO QUE CONOCIMOS EN EL MUNDO FRACTAL.

—¿De veras? ¿Entonces porqué no vais? —su voz vehemente resonaba en las pálidas paredes—. Haced lo que es noble y sabio. Aceptad vuestro diploma. ¡Graduaos, maldición! Devolvedme mi cerebro. La vida que me robasteis. ¡Id a vuestro paraíso con un karma limpio y una conciencia limpia!

Cuando los intrusos respondieron, casi parecía haber una nota de contrición.

—En circunstancias normales tu ruego tendría mérito ético. Pero ahora hay en juego cuestiones más importantes que nos obligan...

Hubo otra pausa.

—Un momento. Detectamos algo en tu tono emocional, en tus modales...

Emerson sintió un extraño cosquilleo, como si le rasparan el lado izquierdo del cerebro. Cuando la voz continuó, el tono era hostil.

—Has aprendido a engañar y distraer. Obviamente ya no es posible escrutar TU MENTE CON SÓLO MONITOREAR PALABRAS Y SIGNOS. LAS COSAS QUE DICES PARECEN ARGUMENTOS, PERO EN REALIDAD ESTÁN DESTINADAS A POSTERGAR. A DEMORAR. ¡Revela lo que ocultas! ¡Revélalo, o experimenta dolor!

Emerson apretó los dientes mientras corría, tratando de no reír a carcajadas ni demostrar su desprecio. Pero algo se reveló mientras los velos de ocultamiento eran perforados con vieja pericia. Aunque los Antiguos no podían extraer datos de su mente reacia, obtuvieron una buena imagen de sus actitudes.

—Percibimos que todas las formas de coerción básica son obsoletas o inadecuadas en tu caso. Has ido más allá del dolor, una lección que muchos retirados tardan siglos en aprender, y ya no buscas aquello que te fue arrebatado. Ninguna inducción ni soborno te hará traicionar a tus amigos ni COMPAÑEROS DE CLAN. NI SIQUIERA HAS INTENTADO ROBAR LOS DATOS QUE TE PEDIMOS. Todo

esto puede ser admirable, sobre todo en un lobezno. En otras circunstancias, NOS HABRÍA COMPLACIDO COMPENSAR TUS MOLESTIAS, Y CONVERSAR MÁS SOBRE LAS VIRTUDES DE LA INCERTIDUMBRE. PERO ESTAS CUESTIONES SON CRUCIALES, Y EL TIEMPO APREMIA. ¡LA INFORMACIÓN DEBE SER NUESTRA!

El instrumento de Emerson indicó una nueva dirección. Arriba. Se detuvo bajo una escotilla abierta. La luz se derramaba desde el interior.

Aún tratando de demorarlos, dijo en voz alta:

—Dejadme adivinar. Teníais un plan alternativo, por si yo no hacía lo que me pedíais.

—CÁLCULOS BASADOS EN ANÁLISIS NEURALES PREVIOS PREDECÍAN SÓLO UNA MODESTA PROBABILIDAD DE QUE COOPERARAS. ¡NO PENSARÁS QUE NOS CONFORMÁBAMOS CON TAN EXIGUA ESPERANZA!

Dejando que la voz siguiera hablando, Emerson se guardó el rastreador en el bolsillo y saltó, aferrando el borde de la escotilla y meciendo las piernas para entrar en un conducto de mantenimiento. Bendiciendo en silencio la baja gravedad, consultó de nuevo su instrumento antes de dirigirse a popa por un tubo lleno de cables.

—Naturalmente, no fuimos tan tontos como para confiar sólo en ti.

Temiendo que los Antiguos estuvieran por interrumpir el contacto, barbotó:

—¡Esperad! Todavía os puedo ayudar. Pero tenéis que entender... a los humanos nos disgusta no estar enterados. ¿No podéis decirme por qué necesitáis los datos del Streaker? ¿Qué hay de especial en esa estúpida flota de antiguas naves que encontramos?

Era el interrogante que había tenido perplejos a los terrícolas fugitivos durante tres largos e infernales años.

Ah, la respuesta superficial era fácil. Cuando Creideiki y Orley irradiaron imágenes del Cúmulo Superficial, desataron cismas religiosos en las Cinco Galaxias. Clanes y alianzas rivales que habían controlado sus rencillas durante siglos enviaron flotas de combate para obtener las muestras del Streaker, sobre todo las coordenadas de la flota en ruinas, antes de que sus rivales pudieran adquirirlas.

Algunos decían que la flota fantasma podía pertenecer a los Progenitores, que regresaban para investigar a sus descendientes al cabo de dos mil millones de años. Pero en tal caso, ¿por qué reaccionar violentamente? ¿No se dirimirían todas las diferencias dogmáticas, una vez que todos conocieran la verdad?

Emerson detectó un titubeo. Luego una leve aprobación, como si la voz esperase que ocurriera algo más. Entretanto, conversaba con un lobezno brillante, como para pasar el tiempo.

—Todo esto tiene que ver con el abrazo de las mareas. El delicioso tirón QUE

TODA RAZA ANTIGUA EMPIEZA A SENTIR DESPUÉS DE PERDER INTERÉS EN ANDAR BRINCANDO EN MANIÁTICAS NAVES ESTELARES. TODOS SENTIMOS LA ATRACCIÓN, Y ABANDONAMOS NUESTRAS ANTIGUAS DIFERENCIAS PARA REUNIRNOS CERCA DE SOLES ROJOS, DONDE NUESTRA MENTE PUEDE CRECER Y PURIFICARSE. LUEGO, DESDE ESOS LUGARES DE RETIRO, MUCHOS SE TRASLADAN A SITIOS COMO ÉSTE, DONDE LOS RESPIRADORES DE OXÍGENO E HIDRÓGENO SE FUSIONAN PACÍFICAMENTE, UNIÉNDOSE EN COMÚN APRECIACIÓN DEL ABRAZO FORTALECEDOR, DEMOSTRANDO QUE HAY UN PLAN EN FUNCIONAMIENTO, MAGNÍFICO Y BELLO...

Emerson oyó un tamborileo adelante, bajó suavemente el detector y se dirigió hacia ese ruido. Sacó de otro bolsillo un instrumento delgado que había robado días atrás de la oficina de Gillian Baskin.

—Pero el lugar adonde las razas combinadas van desde aquí, su destino, siempre ha sido un misterio. Los clanes más jóvenes lo debaten sin cesar, pero LOS SERES TRASCENDENTES NUNCA EXPLICAN LO QUE SUCEDE A CONTINUACIÓN. SÓLO TENEMOS INDICIOS Y EMANACIONES DE...

Concentrándose para ocultar sus pensamientos, Emerson dobló un recodo y vio luz estelar en un panel de cristal. Conocía este lugar. Albergaba el principal láser de comunicaciones, un tubo ancho que ocupaba casi todo el volumen disponible, apuntado por una ancha ventana.

Más allá estaba el revestimiento mágico del Streaker, con un metro de grosor pero totalmente transparente, que cubría toda la nave en una capa que era tan milagrosa como mortífera.

Había alguien en las cercanías, trabajando en un panel abierto. Emerson reconoció la líquida destreza de esas manos, que usaba herramientas para efectuar rápidas modificaciones en el sistema láser. Un brazo era claramente artificial, mientras que vestigios de la cabeza estaban encerradas en una cúpula espejada. Esos componentes cibernético habían salvado la vida del jefe de máquinas en el Mundo Fractal. La generosidad de una facción más amable de los Antiguos. Al menos, eso habían pensado entonces.

Al lado de Suessi había un lector de datos y varias celdas de cristal, suficientes para almacenar todos los descubrimientos del Streaker.

—Hola, Hannes —dijo Emerson.

En cuanto habló, varias cosas sucedieron al mismo tiempo.

Chirriaron servos mientras Suessi giraba, alzando un soplete cuya llama ardía con fulgor cegador. Emerson sospechó que se proponía usarlo. Entretanto la voz interrumpió su explicación con un siseo de sorpresa que atravesó la cabeza de Emerson como una descarga eléctrica. Gritó, aferrándose las sienes. Pero esa reacción

duró sólo un instante. Apretando los dientes, apuntó la pistola de plasma robada.

—¡Basta, o dispararé contra el láser! Sabéis que el dolor no funciona conmigo.

El relámpago cesó al instante.

—Ahora lo creemos, habiendo cometido el tonto error de creer que te dominábamos. Nuestros modelos informáticos subestiman tu astucia primitiva. ¿Es posible que esta capacidad de adaptación se haya afinado durante tu permanencia en el mundo irruptor?

—Las adulaciones no os llevarán a ninguna parte. Pero sí, allí aprendí nuevos modos de pensar. Alguna vez deberíais oírme maldecir. O cantar.

—En otra vida, quizás. Así que dedujiste que tendríamos otro agente. ¿Le pusiste un rastreador, para encontrarlo en cuanto llegáramos?

Emerson asintió.

—Algo como esto parecía probable. La única persona que podíais haber alterado era Hannes.

—Nosotros no alteramos al artífice humano. Quienes lo repararon fueron sinceros, pero luego incorporamos a esa facción, y así obtuvimos los códigos de acceso. Ya que tanto te importa, ten la certeza de que no sufre dolor. Percibió esto sólo como un mal sueño.

—¡Qué considerados! —rugió Emerson.

—NOS CREES CRUELES. SIN EMBARGO, ESTANDO EN JUEGO EL DESTINO DE TANTAS RAZAS Y BILLONES DE SERES, TENÍAMOS MOTIVOS...

—¡Sólo veo que sois cobardes! Os atrae el Abrazo de las Mareas, pero teméis entrar. ¡Teméis que sea un error!

—Un simplismo, pero es verdad. La historia es tan bella, tan perfecta, con los órdenes de vida oxi e hidro combinándose en elegante paz, fusionándose en un glorioso embudo de trascendencia, que ningún candidato cuestiona ese camino, seguido por sus ancestros desde tiempo inmemorial. El abrazo es casi irresistible. Zambullirse en la trascendencia es el máximo acto de confianza. O de fe. ¡He ahí el problema! Para algunos de nosotros, la fe no es suficiente. Hubo una vez una perspectiva minoritaria, una herejía que daba otro nombre al abrazo de las mareas.

Emerson asintió.

—Un sistema de reciclaje. Teméis que esta enana blanca sea como el pozo oceánico de Jijo, el Gran Sumidero. Un modo elegante de deshacerse de lo viejo y dejar sitio para lo nuevo. ¡Sí, eso tiene tanto sentido como un portal místico a una capa superior de realidad!

La presencia alienígena manifestó una profunda tristeza, una temerosa cavilación que parecía conmovedora en una especie tan antigua y culta.

—El descubrimiento realizado por tu nave tripulada por delfines en el cúmulo

superficial... el motivo por el cual causó tanta consternación...

De pronto la voz calló.

Emerson se agachó nerviosamente mientras la cubierta temblaba bajo sus pies. Los temblores se aceleraron, cobrando agudeza e intensidad.

—¡Nos estáis atacando! —acusó—. Toda esa cháchara era sólo para distraerme hasta que...

La voz lo interrumpió.

—ES VERDAD QUE YO ESTABA USANDO UNA TÁCTICA DE DISTRACCIÓN. PERO POR OTRO MOTIVO. LAS DESCARGAS QUE SIENTES SON FRACTURAS EN LA TEXTURA MISMA DEL COSMOS, CONTINUANDO EL MISMO PROCESO QUE DEMOLIÓ NUESTRO HOGAR, QUE LLAMABAS EL MUNDO FRACTAL. ESTAS FRACTURAS SE ESTÁN PROPAGANDO CON CRECIENTE ACELERACIÓN.

—Sara cree...

—La hemos seguido con interés. Parece saber aquello que los trascendentes encubrieron... que el destino parece empeñado en destruir las cinco galaxias enlazadas... las redes que mantienen la civilización.

Era una afirmación asombrosa. Pero la voz había dicho otra cosa que molestaba a Emerson.

—¿Una táctica de distracción? ¿Por qué? Ya he impedido que Hannes...

Soltó un juramento.

—Desde luego. Los Antiguos no dejan nada librado al azar. Tenéis una tercera opción. Otro plan más. ¿Cuál es? ¡Decidme!

—¿De lo contrario qué? ¿Le dispararás a tu amigo? Pudimos hacer que TE ATACARA VARIOS DURAS ATRÁS. CON FUERZA Y VELOCIDAD CÍBORG, TENÍA UNA probabilidad del treinta por ciento de dominarte antes que lo eliminaras. Una apuesta aceptable, a nuestro entender. Sólo que nuestro tercer agente YA HA ABANDONADO VUESTRA NAVE.

—¿Tercer agente?

—Hicimos un trato con una joven lobezna. A cambio de copias del cuaderno DE BITÁCORA DE LA NAVE, LA SACAREMOS DE ESTE LUGAR. DE AQUÍ IRÁ A VER A SUS DIOSES.

Pasando junto al inmóvil Suessi, Emerson se apoyó en la ventana y miró fuera.

El morro del Streaker estaba a la izquierda, donde una de las cámaras de presión estaba libre del revestimiento mágico para permitir la salida. Emerson no podía ver esa abertura. Pero a cien metros avistó una nave rechoncha, una cápsula de escape que se dirigía hacia una zona oscura del espacio.

Una zona oscura que cubría un puñado de estrellas.

El cerebro de Emerson parecía girar. Sus procesos mentales eran mucho más

rápidos que antes de su mutilación. Aun así, tardó instantes en comprender...

—¡La teniente Tsh't! La habéis liberado de la prisión y la ayudasteis a escapar.

—Una simple infección memética en vuestro ordenador de a bordo. Mucho MAYOR FUE EL ESFUERZO FÍSICO DE AYUDARLA A ENTRAR DONDE GILLIAN BASKIN HABÍA ESCONDIDO LOS SECRETOS, TRABAJANDO CON UN SUESSI CONTROLADO PARA ROBARLOS, LUEGO DEJANDO QUE AMBOS AGENTES SACARAN EL MATERIAL A HURTADILLAS POR RUTAS SEPARADAS. Y AHORA, AL FIN, A PESAR DE TU INTERFERENCIA, ESTAMOS A PUNTO DE POSEER LOS DATOS NECESARIOS PARA LLEGAR A DECISIONES CORRECTAS QUE AFECTARÁN MULTITUDES. ESTO NOS PONE DE ÁNIMO GENEROSO PARA RESOLVER TUS MUCHOS INCONVENIENTES. POR RESPETO A TU INGENIO PRIMITIVO, HAGAMOS LAS PACES. AL PARTIR DEJAREMOS ALGO QUE TE ALEGRARÁ RECOBRAR...

La voz calló abruptamente cuando los sacudió otra oleada de temblores. Emerson sintió un hormigueo en la piel y pulsaciones violentas en su sistema digestivo.

Las estrellas ondularon, y la borrosa zona negra que había visto antes comenzó a palpitar, revelando un contorno familiar.

Una nave-furtiva clase Galuphin, identificó. Un diseño galáctico costoso pero convencional.

—¿Qué? —exclamó una voz. Hannes Suessi gruñía, recobrando la conciencia—. ¿Qué hago aquí? ¿Qué sucede?

Emerson tenía preocupaciones más urgentes que poner al corriente a su amigo. Las fluctuaciones espaciales habían desconcertado a los Antiguos. Con su camuflaje destruido, abandonaron todo sigilo y se lanzaron de prisa hacia la cápsula, para recoger a Tsh't y la información que codiciaban. Pero el tumulto que hacía vibrar el casco del Streaker también les causaba problemas.

La flota de «candidatos a la trascendencia» se estaba dispersando. Ondas de métrica comprimida rasgaban sus atestadas filas, empujando una falange de naves contra otra. Emerson vio colisiones y explosiones mientras naves oxis se fusionaban prematuramente con los glóbulos hidros en espasmos de energía pura.

En medio de ese caos, sucedía algo mucho más desconcertante. Al menos desde la perspectiva de Emerson. Su capacidad para el habla iba y venía, por momentos realizada por encima de toda aptitud natural, causando un sinfín de extrañas asociaciones.

La voz estaba ausente, pero él seguía obteniendo impresiones de los Antiguos. Impresiones de profunda preocupación. Temor. Desesperación.

La nave-furtiva se aproximó convulsivamente a la cápsula de Tsh't, luchando contra las caóticas ondas. Mientras accidentes fatales estremecían el cielo —y

muchos perecían a pocos pasos de la trascendencia— los ex torturadores de Emerson procuraban establecer contacto con la teniente delfín.

—Tengo la sensación... de que me han usado —murmuró Suessi, acercándose a la ventana—. Ojalá pudieras hablar, amigo. Me alegraría que alguien me explicara.

Emerson miró a Suessi, luego la sombría nave-furtiva, luego el láser de comunicaciones.

—Hannes... —dijo, pero tuvo que esperar a que otra oleada de fluidez le atravesara la mente. Sabía que cada vez podía ser la última—. Hannes, tenemos que usar el láser de comunicaciones para incinerar esas dos naves.

Suessi quedó sorprendido por ese ataque de elocuencia. Movi6 la cabeza hacia donde señalaba Emerson.

—¿Ésas? ¿Por qué no llamar a la doctora Baskin y usar rayos de Combate...? — El enlace cuántico del centro de habla de Emerson se apagó, dejándolo mudo, incapaz de explicar que el enemigo podía haber discapacitado meméticamente los sistemas de control de fuego de sus armamentos para asegurarse la escapatoria.

Logró articular algunas palabras con pura fuerza de voluntad.

—¡No... tiempo! ¡Hazlo!

Suessi asintió, encogiéndose de hombros.

—¡De acuerdo! Pero tienes que ayudarme. Esta cosa no está hecha para freír naves espaciales.

Pusieron manos a la obra, compartiendo un ritmo familiar para los ingenieros que trabajaban en una emergencia de a bordo, desde la trirreme romana hasta los antiguos submarinos y las primeras naves estelares que los terrícolas habían lanzado hacia la Vía Láctea, con la esperanza de encontrar un universo amigo. Emerson descubrió que la mudez no era un impedimento si dejaba que sus manos y sus ojos trabajaran en armonía. De algún modo conocían las conexiones y ajustes. Cuando Hannes hablaba, sus manos respondían como si entendieran.

Eso le dejó la mente libre para observar con extraño distanciamiento, mientras las alarmas sonaban en los pasillos del Streaker, mandando a la tripulación a sus puestos de combate. Suessi ansiaba unirse con su gente de máquinas, pero su confianza mutua era tan grande que el hombre aceptó la palabra de Emerson de que esto era más importante.

Emerson se sintió doblemente satisfecho de no haber tenido que disparar contra su amigo.

—De acuerdo —anunció Suessi—. Allá va.

El láser palpitó, y la temperatura del aire de la cámara bajó varios grados mientras la energía pulsátil salía al espacio.

La primera andanada erró el blanco, desapareciendo entre los relampagueos de catástrofe que rodeaban al Streaker, cada vez más coloridos y terribles.

Maldiciendo, Emerson tocó varios botones de control para sortear el ordenador y movió el láser con la mano, guiándose sólo por la mirilla.

Entretanto, la nave-furtiva seguía combatiendo contra ráfagas de espacio-tiempo para establecer contacto con la cápsula de Tsh't. El contacto no fue suave. Los paneles del casco se arrugaron en un flanco, pero la robusta cápsula thennania resistió. La superficie de la nave más grande se diluyó para envolver la cápsula y llevarla a su interior.

Tsh't y su cargamento robado estaban en manos de quienes tanto lo deseaban.

Emerson tenía sentimientos ambiguos mientras luchaba para ajustar el láser. Aunque odiaba a los Antiguos por su crueldad —sobre todo por el modo en que lo habían mutilado a él y a otros— también comprendía su razonamiento. Sin palabras, podía imaginar el pánico que los había llevado a actuar así.

En definitiva, después de pasar por la joven y apasionada etapa del viaje estelar, cada raza debía escoger si deseaba descender por un confortante embudo que parecía acoger a las almas que estaban preparadas. Un lugar de unión, donde lo mejor de las culturas hidro y oxi se fusionaba, disponiéndose a seguir adelante.

¿Pero hacia dónde?

La gran mayoría entendía que debía de ser algo más grande y más noble que cualquier cosa de este cosmos. El lugar adonde los Progenitores habían ido tiempo atrás. Pero había otra opinión minoritaria.

En Jijo, Emerson había aprendido algo profundo y duro sobre el ciclo de la vida. Una metáfora que retenía en la mente, aunque hubiera perdido el habla. Una imagen de la parte más profunda del mar. Y una sola palabra. Escoria. Apretó el botón de disparo.

Una vez más, el láser gimió con un quejido más profundo que un gutureo hoon y más combativo que el grito de guerra de una guerrera urs, acompañado por una súbita ola de frío.

Algo estalló en la noche, una chispa de destrucción. El fuego alumbró un extremo de la nave-furtiva, perfilando la popa, que ahora temblaba con devastadoras explosiones.

Las palabras volvieron a la vida de Emerson. La voz regresó a su mente, en tonos que transmitían herida perplejidad.

—¿Sabes lo que has hecho? Una vez en camino, pensábamos mandarte el cilindro. El fragmento de tejido que ansías. Una vez que no lo necesitáramos más, ni a ti. Ahora tu tesoro se perderá, junto con nosotros, mientras caemos en un sol blanco y moribundo...

La nave-furtiva, herida de muerte, ya iniciaba una trayectoria de caída, mientras los motores del Streaker rezongaban para pasar por el otro lado.

—Lo sé —suspiró Emerson. Muchas esperanzas se habían vuelto cenizas cuando

disparó el láser. Sobre todo su sueño de hablar con Sara y decirle lo que había en su corazón. O incluso de aferrar pensamientos que en este momento parecían fluidos y naturales, gratos y fáciles. Pensamientos que volverían a endurecerse en instantes, cuando aquello que le habían robado, y luego devuelto, se perdiera para siempre.

—¿Pero por qué? A tu manera burda, tú entiendes nuestra preocupación. **COMPRENDES NUESTRAS APRENSIONES ACERCA DEL ABRAZO DE LAS MAREAS. INCLUSO SOSPECHAS QUE QUIZÁ TENGAMOS RAZÓN. ¿ERA TAN MALO DARNOS LAS PISTAS QUE NECESITÁBAMOS? ¿CONOCER LA VERDAD SOBRE NUESTRO DESTINO? ¿SABER QUÉ RUMBO ESCOGER?**

La queja era tan conmovedora que Emerson pensó en explicarse, mientras había tiempo.

¿Debía mencionar las órdenes del Consejo de los Terrágenos, según las cuales los secretos del Cúmulo Superficial debían pertenecer a todas las razas... o a ninguna?

Un rincón furibundo de su mente pensó en decir a los alienígenas que era una venganza pírrica, para desquitarse por las cosas que le habían hecho, por muy justificadas que les parecieran. Pero ninguna de esas razones excusaba su acto de homicidio. Mientras el Streaker temblaba bajo intensas oleadas de espacio-tiempo que trepaban entre arcas que chocaban y glóbulos zangs en llamas, descubrió que sólo tenía una respuesta para los Antiguos.

La respuesta correcta.

Una respuesta lógica y totalmente justa.

—Porque no me lo pedisteis —explicó, mientras los enlaces cuánticos comenzaban a apagarse por última vez—. Nunca me dijisteis... por favor.

HARRY

La búsqueda anduvo mal al principio.

Kazzkark era un laberinto de túneles donde los sofones podían desaparecer fácilmente, por elección o por azar. Y las cosas empeoraban mientras la placidez de esta base de los Institutos se disipaba como un recuerdo. Llegaban más refugiados, aun después que el planetoide empezó a temblar en respuesta a las convulsiones del subespacio. Todos perdían la paciencia, y había problemas suficientes para mantener atareados a los robots de policía del Departamento de Seguridad Pública.

Harry no contaba con ayuda para buscar a un par de humanos perdidos.

Obtuvo su primera pista cuando oyó que una synthia hablaba con unos camaradas en un bar de mercaderes del espacio, alardeando de un buen trato que acababa de hacer, adquiriendo algunas reliquias lobeznas para revenderlas a los coleccionistas.

—Cierta culpa experimento, concierne al magro precio que he pagado por artículos genuinos tan maravillosamente confeccionados —comentaba la criatura en galáctico seis—. De su auténtico origen aborígen no tengo dudas. Pruebas abrumadoras encontré, pues programé mi analizador con perfiles arqueológicos apropiados, buscando marcas de herramientas, patrones de uso y rastros de aceite corporal. ¿El resultado? Ausencia absoluta de tecnovestigios u otros indicios de falsificación. Un implemento genuinamente aborígen, desgastado por la primitiva lucha por la supervivencia en circunstancias bárbaras. ¿Cómo? ¿Que queréis ver esta maravillosa adquisición? ¡Desde luego! Aquí está. Mirad las elegantes curvas, la astuta mezcla de materiales animales y vegetales, que revelan una sapiencia no galáctica en toda su gloria. El naufrago humano que poseía estos artefactos... esa lesión cerebral debió erosionar todo sentido del valor. Al recobrase de la amnesia espacial, el pobre lobezno no tendrá sensaciones agradables cuando comprenda cuánto más pudo haber cobrado por este precioso arco, con el cual obtendré pingües ganancias en el círculo de los aficionados. Sobre todo ahora que la principal fuente de tales reliquias, el planeta Tierra, desaparecerá bajo aludes de fuego dentro de pocos jaduras.

Harry no estaba presente donde se dijeron estas palabras. Estaba en medio de Kazzkark, buscando a Rety y Dwer en un campo de refugiados, cuando un astuto programa espía le envió estos jirones de diálogo a su auricular.

Usando su nuevo rango, había ordenado registrar todas las detecciones sónicas del planetoide, analizando un sinfín de conversaciones donde aparecían ciertas infrecuentes palabras clave. Hasta ahora el ordenador sólo había hallado correlaciones triviales. Pero esta vez la synthia recorrió media lista en pocos duras, mencionando todo salvo el nombre de Dwer.

Corriendo por la ciudad, Harry lanzó una llamada prioritaria, pidiendo unidades de apoyo. Quizá fuera el nuevo cometa dorado que llevaba en el collar, o su sensación de urgencia, pero Harry avanzaba en medio de la multitud ignorando la expresión de asombro de criaturas de las clases instructoras.

Cuando llegó, varios robots próctores revoloteaban cerca de un bar que anunciaba diversos toxirrelajantes. Se había reunido una muchedumbre de curiosos.

—La salida trasera está vigilada, mayor Harms —informó un robot—. Los ocupantes no parecen sospechar nada. Algunos acarician armas ocultas, de tipos que estamos equipados para repeler, con una probabilidad de éxito de buena a moderada.

Harry gruñó.

—Preferiría tener una garantía, pero con eso bastará. Permaneced cerca. Que todos os vean cuando entremos.

Estaba tentado de desenfundar su pistola, pero Harry prefería manejar esto con cortesía, si era posible.

—De acuerdo. Vamos.

Había media docena de mercaderes synthios en un reservado, luciendo iguales con su piel pardusca con estrías faciales oscuras. Corpulentos, los hombros y vientres cubiertos por bandoleras. Harry pronto encontró a la que buscaba.

En la mesa había un lustroso arco de hueso y madera tallada con su aljaba. Cuando una mercader quiso tocarlos, Harry se aproximó, preguntando dónde los había conseguido.

Kiwei Ha'aoulin reaccionó con combativo deleite, adoptando una indignada actitud de abogado. Después de escuchar sus quejas durante más de veinte duras —denunciaba a gritos a los «fisgones ilegales y los matones burocráticos»—, Harry le recordó que Kazzkark era propiedad de los Grandes Institutos, y que estaba bajo ley marcial. Quizá quisiera vaciar la bodega de su nave, comparando cada artículo con el manifiesto de carga oficial.

Todo alarde se borró de ese rostro de mapuche. Harry nunca había conocido a un synthio, pero aparecían con frecuencia en los holodramas de la Tierra, donde los personajes synthios eran estereotipados como joviales, entusiastas y egoístas.

La mercader hizo una larga pausa para evaluar la propuesta de Harry, luego pasó a un buen ánglico coloquial.

—Vaya, vaya, mayor. Sólo tenías que pedirlo. Te llevaré adonde vi por última vez a Dwer Koolhan. ¡Sí! Pero te advierto que quizá no parezca el mismo. Siempre que lo encuentres. Pues cuando nos despedimos, estaba haciendo averiguaciones. Haciendo preguntas sobre cirugía cosmética. Como si pensara ocultarse.

Mientras atravesaban juntos el bulevar principal, Harry murmuró en su micrófono

de la mejilla, preguntando si los talleres corporales locales habían realizado alguna tarea personalizada con humanos en ese día y medio, desde que Kiwei Ha'aoulin había visto a Dwer por última vez.

También verificó con la jefatura. Wer'Q'quinn había planeado otra reunión de emergencia con el personal del Instituto de Navegación en cuatro miduras.

Con lo que quedaba del personal. La mayoría de los exploradores y asistentes había partido, recorriendo el cuadrante en urgentes misiones de rescate, requisando naves de todo tamaño para evacuar puestos aislados, instalando boyas para desviar el tráfico de los puntos de transferencia inestables y rastrear el avance del caos por esta parte de las Cinco Galaxias.

Había perturbadores informes sobre estallidos de violencia entre los clanes oxis, o entre diversos órdenes de la vida. En el sector Cocuo-min se había producido una furiosa confrontación entre una recluida cultura hidro y un vasto enjambre de mees, cuya morada del espacio profundo se había deteriorado tanto que muchos mees no registrados comenzaron a migrar hacia un rico territorio que les estaba prohibido por antiguos tratados. Tan frenético y brutal fue el choque resultante que se usaron armas de fuerza inaudita, rasgando paredes que separaban varios niveles del espacio-tiempo, haciendo que vórtices de los hiperniveles A y B se precipitaran en el continuo «normal», sembrando estragos por doquier.

Se comentaba que algunos meméticos actuaban como aliados de uno u otro bando, o aprovechaban la confusión para difundir sus matrices ideogramáticas en nuevos huéspedes, llenando el campo de batalla de alborotadas impresiones sensoriales, alentando ideas que eran demasiado complejas y extravagantes para cualquier mente orgánica o electrónica.

En medio de todo esto, Wer'Q'quinn demoraba la próxima misión de Harry. Demasiado inexperto y poco diplomático para que le confiaran un puesto alto, Harry también era demasiado valioso para desperdiciarlo en una misión inútil.

—Permanece en contacto —insistía Wer'Q'quinn—. Sospecho que pronto necesitaremos tu pericia en el Espacio E.

La mercader synthia se dirigió hacia una calle lateral donde vendían ropa y artículos personales de todo tipo.

—Aquí vi por última vez al humano, despidiéndose mientras aferraba una cartera llena de dinero galáctico, producto de nuestra transacción, ansioso de gastar su nueva fortuna cuanto antes.

—¿Dinero galáctico? —preguntó Harry. Habría sido mejor que le hubieran pagado en créditos o marcos, que se podían rastrear en la Red Comercial—. ¿Cuánto pagaste?

Kiwei Ha'aoulin quiso ser evasiva, alegando privilegio comercial, pero pronto comprendió que era en vano.

—Setenta y cinco semiunidades.

Harry apretó los puños y gruñó:

—¡Setenta y cinco! ¿Por artesanías terrícolas autóctonas y genuinas de una era preindustrial? Vaya, qué inescrupulosa...

Siguió maldiciendo a la synthia, pues la mercader lo esperaba. De lo contrario se habría ofendido. Pero Harry obraba con cautela. No tenía intenciones de informar a Kiwei Ha'aoulin que el arco y las flechas eran mucho más recientes de lo que ella pensaba. Que eran contrabando de una colonia irruptora, tallados por dientes qheuen y templados en una forja urs.

Lo interrumpió un mensaje del ordenador. Al parecer un joven terrícola había visitado recientemente uno de los talleres corporales, y había pagado una operación cosmética en efectivo. Nada sofisticado. Sólo un nuevo crecimiento de carne que la tienda tenía en su archivo panespecies.

—¡Vamos! —le dijo a la synthia. Ella se resistió un instante, pero reparó en los fieros ojos de Harry.

Kiwei Ha'aoulin se encogió de hombros como una terrícola.

—Desde luego, mayor Harms. Vaya, vaya. Estaré eternamente a tu servicio.

Lamentablemente, el taller corporal estaba más allá de la Llanura de la Fe. Para llegar al otro lado, tendrían que abrirse paso en medio de una multitud de misioneros y fanáticos inflamados por el creciente desorden de las Cinco Galaxias.

Mucho había cambiado desde que Harry había visitado la zona, donde predicadores con túnica discurseaban desde elegantes pabellones, proclamando sus antiguos dogmas a la manera antigua, con ritmos tradicionales y pacientes. Como la mayoría de las sectas galácticas procuraban persuadir a razas y clanes enteros, enfatizaban la repetición y la exposición para que otros sapientes se acostumbraran gradualmente a una mejor visión del destino. Los individuos sólo importaban como vehículos para transmitir ideas y propagarlas en su familia y nación.

Esta atmósfera de insistencia apacible había empezado a erosionarse en la última visita de Harry. Ahora, mientras los temblores del subespacio sacudían las paredes de piedra, parecía estar perdiéndose por completo.

Las muchedumbres llenaban los campamentos de varias alianzas filosófico-religiosas, los Herederos, los Inmersores y los Trascendentes. Inmaculados tabiques de tela eran pisoteados mientras los espectadores se lanzaban sobre vociferantes diáconos vestidos con túnicas plateadas, encaramados sobre plataformas elevadas que llegaban al techo. Sus voces amplificadas y traducidas tronaban o centelleaban, transmitiendo estridencia en doce dialectos galácticos, como si la persuasión se pudiera lograr con el mero volumen. Cada bando luchaba tan denodadamente para echar a los demás que Harry sólo distinguía un rugido ensordecedor. Eso no detenía a las multitudes, cuya urgencia hacía crepitar el aire con una sobrecarga de emoción.

Este lugar debe de estar repleto de ondas psi invisibles y signos empáticos, comprendió Harry, feliz de que su talento mental siguiera otro rumbo, dejándolo insensible a estas irritaciones. Un tymbrimi atrapado en esta multitud se quemaría los tentáculos con estas locas vibraciones.

Había otros cambios en la Plaza. Los pelotones de acólitos de los Herederos y los Inmersores llevaban varas, garrotes, cuchillos y otras armas improvisadas, y se miraban con recelo. Más allá de una cortina transparente, Harry creyó ver figuras angulosas, enormes y semejantes a mantis.

Tembló al reconocerlas.

Tandus.

Harry y Kiwei Ha'aoulin pasaron por los pabellones de los Expectantes y los Abdicadores o, mejor dicho, sus restos. Estandartes quemados y rasgados yacían en el suelo, silencioso testimonio de la vehemencia que habían adquirido las antiguas rivalidades. Sus disensos ya no eran pacientes ni tolerantes, ahora que se aproximaba el día de la rendición de cuentas.

Algunos Expectantes cubiertos de hollín —en general guldingars aracnoides y varshities de gruesos cuernos— avanzaban entre las ruinas, protegidos por robots que habían contratado en algún servicio privado de seguridad. Los varhisties, sobre todo, buscaban ávida venganza.

Entretanto, las avenidas laterales estaban llenas de clamores y especulaciones. Una formación de robopolis se dirigía al este a toda velocidad, doblando en las esquinas ante alguna emergencia. Duras después, Harry miró por un callejón y creyó ver carroñeros harapientos desnudando un cadáver entre las sombras.

En la principal vía norte-sur, los predicadores ocupaban pulpitos desvencijados, reclamando atención. Allí estaba el agrio misionero pe-e'oot, estirando su cuello en espiral y sus ojos saltones, parloteando en oscuros dialectos sobre la necesidad de que todas las especies regresaran a sus necesidades básicas.

También estaba el evangelista komahd, que ensanchó su engañosa sonrisa al ver a Harry. Movié enfáticamente la pata trasera.

—¡Allá! —gritó el komahd, señalando con dedos huesudos—. Ved cómo pasa otro terrícola, demostrando así que esta vil peste no será eliminada cuando su mundo natal sea invadido y sometido a la justicia. No, amigos. Ni siquiera aunque la Tierra sea capturada, y su rica reserva genética se divida entre los justos. ¡Pues se han propagado entre nosotros como un virus! ¿No habéis visto hoy abundantes pruebas de su maligna influencia? Aun aquí, en la remota Kazzkark, los lobeznos y sus locos seguidores difunden viles mentiras y calumnias, reviviendo antiguas y egoístas herejías, erosionando nuestra común visión del destino, carcomiendo los fundamentos de la sociedad y describiendo a nuestros venerables ancestros como meros tontos.

Mientras proclamaba su odio por el clan de Harry, el komahd seguía «sonriendo»

y agitando sus seductoras pestañas, creando la errónea impresión de que decía algo diferente. Era notable que la ira del misionero, antes dirigida contra los respiradores de hidrógeno, ahora se concentrara totalmente en el Clan Terrícola.

Era injusto y exagerado, pues todos apostaban a que la Tierra caería en semanas o días, quizás horas. No obstante, los seguidores del komahd parecían peligrosos. Los emblemas de su uniforme del Instituto de Navegación quizá no fueran protección suficiente.

—Espera —murmuró Kiwei Ha'aoulin, mientras Harry le tiraba del brazo—. Los argumentos de este sofote me parecen sumamente convincentes. Su retórica es muy atractiva. ¡Su lógica parece irrefutable!

—Muy gracioso, Kiwei —gruñó Harry—. Vamos. Ya.

Encantada con su ingenio, la synthia gorjeó felizmente. Su gente era entusiasta, pero pragmática ante todo. Como muchas razas de la «mayoría moderada», se interesaba poco en oscuros debates religiosos sobre la naturaleza de la trascendencia, prefiriendo hacer sus negocios y dejar que el destino cuidara de sí mismo. Felizmente habrían compartido el tristemente famoso «tesoro del Streaker», e incluso les habrían pagado a los Terrágenos los honorarios correspondientes por descubrirlo.

Lamentablemente, la mayoría moderada también era famosa por su indecisión. Con el tiempo terminarían sus deliberaciones para salvar la Tierra, aunque para entonces sería demasiado tarde para hacer otra cosa que remover las cenizas.

Harry esperaba que ésta fuera la última de las muchedumbres de fanáticos, pero en cuanto él y Kiwei doblaron otra esquina encontraron el camino totalmente bloqueado por la reunión más numerosa. Había multitudes delante y a ambos lados, llenando una intersección que antes había sido un mercado de venta de suplementos nutrientes orgánicos.

La mezcla de sapientes lo deslumbraba con su variedad, desde los flexibles zitlths hasta un par de aparatosos brmas. Un vistazo revelaba muchas razas que Harry apenas había oído nombrar. En ese verdadero bosque de extremidades, cabezas, torsos y órganos sensoriales extraños, apenas podía distinguir dónde terminaban unas criaturas y dónde empezaban las otras.

El olor era tan denso y complejo que casi le causó un desmayo.

Muchos presentes usaban dispositivos portátiles para monitorear lo que decían los misioneros, quienes desde aquí parecían destellos plateados en un escenario. Otros dirigían sus diversos ojos hacia grandes pantallas, montadas sobre las paredes de piedra, cada cual transmitiendo en un dialecto diferente.

Una parte de la multitud avanzaba, buscando una experiencia directa de lo inefable.

—Extraño —comentó Kiwei Ha'aoulin—. Cuento varias razas que no son proclives al fervor religioso. Y otras cuyos clanes están en profundo conflicto

ideológico entre sí. ¡Mira allá! Un tourmuj Expectante y un Heredero talpu'Urronn, cautivados, lado a lado. Me pregunto qué magia conceptual los tiene tan fascinados.

—¿A quién le importa? —gruñó Harry con impaciencia. Quería llegar a la tienda antes que cerrara, para que el rastro no se enfriara—. ¡Por Ifni! No lograremos pasar.

Estaba por sugerir que doblaran y cogieran un desvío, cuando el sonido de sus maldiciones ánglicas llamó la atención de un ser alto, semejante a un camello, que miró a Harry con ojos negros como el carbón.

Era un j'8lek, cuya nación tenía una larga historia de antipatía por los terrícolas. A Harry le tembló la mano, que buscó consuelo acariciando el arma.

Pero este j'8lek hizo algo inesperado. Después de mirar a Harry varios duras, bajó el largo pescuezo, inclinándose en un gesto de profundo respeto. Aplicando fuerza con sus cuatro poderosas patas, la criatura empujó contra la multitud, abriendo una senda para Harry y su acompañante.

Asombrados, los dos avanzaron, y de nuevo se repitió lo mismo. Una y otra vez, algún curioso reparaba en Harry y se apresuraba a abrirle el paso. Nadie objetaba ni vacilaba. Aun los seres de alto rango de las razas instructoras le cedían el paso grácilmente, como si fuera un igual.

La experiencia era asombrosa para un chimpancé que tenía menos de un metro y medio de altura. Era como si una fuerza dividiera un mar de altos alienígenas, creando un pasaje cuyo final no podía ver. Habría sido un poco perturbador, si todos no parecieran tan amigables.

¡Eso lo hacía totalmente perturbador!

Estaba demasiado sumergido en la multitud para ver algo más que un atisbo ocasional de las grandes pantallas. Pero pronto se oyó la voz del predicador en claro galáctico siete, haciéndole tropezar con súbito reconocimiento.

—Cualquiera puede entender por qué las grandes y poderosas alianzas religiosas se han puesto frenéticas con esta noticia, irradiada recientemente desde el sagrado mundo mártir. Este don enviado a nosotros desde la maravillosa y condenada Tierra.

»¡Un don de verdad!

»Al combinar la ciencia galáctica con su ingeniosa matemática, los lobeznos han descubierto un secreto que altos funcionarios de los Institutos intentaron ocultar durante muchos milenios, un secreto también conocido por majestuosos representantes de los órdenes Retirado y Trascendente: las convulsiones que sacuden las Cinco Galaxias forman parte de un proceso natural. ¡Un proceso que deberíamos adorar, en vez de temer!

Harry reconoció de inmediato el modo de hablar, así como el mensaje.

¡Era el misionero skiano! El que predicaba en la calle, pues no podía costearse ni siquiera un pulpito en la acera. Dado a metáforas extravagantes, había asociado la naturaleza «lobezna» de la humanidad, que presuntamente había alcanzado la

sapiencia sin la intervención de una raza instructora, con leyendas de «concepción virginal». Harry recordaba la gran cabeza con pares gemelos de ojos relampagueantes, y la estremecedora profecía de que la Tierra sufriría una especie de crucifixión, muriendo gloriosamente por los demás, antes de volver a elevarse en espíritu.

Ahora entendía por qué la muchedumbre le cedía el paso a un terrícola, aunque fuera un mero chimpancé. ¡Un chimpancé con una cola que temblaba nerviosamente!

Pero ese conocimiento era un magro consuelo. El skiano cabalgaba en una ola de histeria pública. Harry había tropezado con el acto público de una de las herejías más extravagantes de las Cinco Galaxias.

Cautivada y divertida, Kiwei Ha'aoulin encabezó la marcha con entusiasmo, como para compensar la renuencia de Harry, actuando como un altanero mayordomo, alertando a los demás que un terrícola se aproximaba.

En un aparte, le susurró que disfrutara del tratamiento especial mientras durase.

—Vaya, vaya. Trata de pasarlo bien, amigo velludo. Mientras el cosmos se hace pedazos, ¿por qué no divertirse un poco?

No era una típica actitud synthia, pero el fatalismo puede ser un fuerte antídoto contra la cobardía.

Harry decidió aceptar el razonamiento de Kiwei. Irguió los hombros, buscando la dignidad bípeda que los instructores humanos habían inculcado a sus ancestros mientras les brindaban los dones del habla y la sapiencia.

Se alisó los rizos de la pelambre, e incluso permitió que la anómala cola se irguiera con orgullo.

De pronto la multitud terminó. Él y Kiwei se encontraron en una plataforma elevada donde los dignatarios visitantes podían sentarse a observar cómodamente el espectáculo.

Harry sólo quería largarse y reanudar la búsqueda de los irruptores. Pero el único camino disponible llevaba por una rampa a la zona reservada. Mientras él subía junto a Kiwei, el misionero skiano continuaba su prédica.

—¿Por qué las poderosas alianzas y los Antiguos se oponen tanto a la idea de un Dios que ama a cada persona, que no encuentra importancia en la raza o el clan, sino en cada individuo que es consciente y capaz de compasión?

»¿Porque temen que dicha idea traiga un final a la Elevación o el mejoramiento de las especies?

»¡Pamplinas! Esas cosas aún podrían ocurrir, realizadas por individuos libres. Por almas soberanas que tuvieran fe en sí mismas y en una redención personal, cuando cada sapiente honorable se reúna con el Creador de todo, encontrando plenitud en el Punto Omega.

Harry lo había oído antes, una extraña mezcla de antiguas creencias terrícolas,

muchas de ellas incompatibles, actualizadas para apelar a los temores colectivos de una civilización galáctica donde las creencias habituales se estaban disolviendo. El brillante detalle del skiano —el planeta lobezno en el papel de mártir glorioso y redentor— aprovechaba el mal trance de la Tierra, aunque hacía poco para rescatarla de las flotas de combate.

Si Harry consideraba que este sermón era extravagante, algo más interesante lo aguardaba entre los diversos dignatarios, nada menos que su viejo antagonista, el inspector del puerto, que se agazapó, deseando estar en otra parte.

Harry saludó al hoon, llamándolo por su nombre.

—¡Twaphu-anuph! ¿Eres tú? ¿Has venido a expandir tus horizontes? ¿Decidiste que era hora de ver la luz?

Al ver a Harry, Twaphu-anuph se empequeñeció. Agitando desdichadamente el saco laríngeo, señaló a una joven hoon sentada junto a él.

—Mi presencia aquí no es voluntaria. Mi... hrrrm... hija me hizo venir.

Harry apenas pudo contener la risotada. Si los hoons tenían un rasgo conmovedor, era el afecto que sentían por sus vástagos. Harry aún no entendía por qué este atributo encantador producía una raza de agrios, mojigatos e inflexibles burócratas.

Mientras saboreaba la incomodidad de Twaphu-anuph, el skiano seguía predicando.

—Las grandes potencias procuran suprimir la verdad mientras llevan la ruina a una Tierra bendita. ¿Por qué? Porque se preocupan por el Gran Error.

»Hace mucho tiempo, una presunta herejía fue aplastada. Pero la verdad puede ocultarse, nunca destruirse.

»Ahora temen que todos los sabientes la vean al fin.

»¡El presunto Abrazo de las Mareas es sólo un abrazo de mentiras!

La muchedumbre ya debía de conocer la esencia de este mensaje. Pero un gemido recorrió el vasto recinto cuando se dijo en voz alta.

Le dio a Harry la oportunidad de atormentar un poco más al funcionario.

—¿Qué dices, viejo? —murmuró—. Una generación tras otra, trabajando y deslomándose sin divertirse, para que tus distantes y listos descendientes logren saltar al paraíso por un agujero negro. ¿Y si no hay nada allá, en el otro extremo de la singularidad? ¿Y si todo es en vano?

Mientras Twaphu-anuph se acurrucaba, su hija se estiró ávidamente, mirando con entusiasmo la tarima donde el skiano caminaba de aquí para allá a la luz de las candilejas.

—¡Pero hay otra clase de salvación! Una salvación que no se encuentra en lejanos horizontes de espacio y tiempo. Una salvación que llega a cada uno de nosotros, si nos abrimos.

La hija de Twaphu-anuph se volvió hacia su otro compañero, un robusto joven

hoon cuyo brazo sostenía con evidente afecto. Un esbelto rousit se posaba en el hombro de la muchacha, mirando a una criatura negra y semejante a un hurón que descansaba en la espalda del joven.

Otra inexplicable ironía era que los animales gustaban de los hoons, cosa rara en los seres sapientes.

Ambos jóvenes estaban obviamente embarcados en un ciclo de vinculación, lo cual habría sido enternecedor, salvo que el inevitable resultado sería otra generación de huraños opresores.

¿Por qué los hoons asisten a esta exótica reunión? ¿Es contraria a todas sus creencias!

Harry tembló por reflejo cuando su acompañante synthia le asestó un codazo.

—¡Por allá! —Kiwei Ha'aoulin señaló—. ¿Es uno de los terrícolas que buscas?

Harry miró hacia un extremo del iluminado escenario, donde los asistentes del skiano revoloteaban en túnicas azules y doradas. En el medio había una pequeña figura humana, vestida con el mismo atuendo, que hacía gestos autoritarios, ordenando a los acólitos que caminaran en medio de la congregación, premunidos con limosneras.

Harry pestañeó sorprendido.

¡Rety!

Un baño habría bastado para transformar a la muchacha irruptora. Su espléndido atuendo llevaba las cosas más lejos. Pero Harry vio que su cara también había cambiado. En vez de tejido cicatricial, tenía en la mejilla y la mandíbula una piel lisa y reluciente.

El cliente de la tienda no fue Dwer, después de todo. Debí adivinarlo.

Rety debía haber buscado en todo Kazzkark hasta encontrar un grupo que la considerase invaluable, un culto cuyo icono era el planeta lobezno. A juzgar por las apariencias, había alcanzado cierta prominencia. Una superviviente nata.

—Y ahora —murmuró Kiwei Ha'aoulin—, completamos el círculo. Todos estáis por reencontraros, y yo me despediré.

Harry intentó detenerla, pero notó que el público se ondulaba una vez más, abriéndose como el mar Rojo. En medio de ese caos de seres que reptaban, patinaban, aleteaban o caminaban para apartarse, apareció una figura delgada vestida con ropa parda y opaca. Con la capucha de su prenda casera echada hacia atrás, el cabello desaliñado de Dwer Koolhan parecía relucir en contraste, como sus ojos oscuros.

Bien, debe de haber gastado algunas de esas setenta y cinco monedas, pensó Harry, notando que el joven llevaba una tablilla electrónica y la usaba tal como los nativos de Horst sostenían una varilla de zahori cuando buscaban agua. En un brazo, Dwer también llevaba un improvisado armazón de tubos de metal curvos y bandas elásticas que ningún galáctico vería como arma, aunque Harry reconoció una

insidiosa catapulta de muñeca, más útil que un arco en esa zona urbana. En su cintura, el humano llevaba una vaina con un largo cuchillo.

Para cualquiera que no fuese terrícola, parecía totalmente calmo, indiferente a la multitud. Pero Harry veía tensión en los hombros de Dwer mientras el pasillo viviente lo conducía hacia la rampa de los dignatarios. Kiwei había empezado a alejarse de nuevo, pero decidió abandonar su cautela y se quedó a mirar la llegada del joven irruptor.

—Vaya, vaya —repetía Kiwei, lamiéndose nerviosamente las patillas.

Dwer saludó a Kiwei con un cabeceo, sin demostrar rencor por haber sido engañado, para gran alivio de la synthia.

Acercándose a Harry, apagó la pequeña herramienta de detección.

—Fuiste listo al instalar una señal personal, capitán Harms. Compré algunas lecciones para sintonizar este rastreador en tu señal. En casa usamos abejas olfateadoras con el mismo propósito.

Harry se encogió de hombros. No había esperado que funcionara. Pero era obvio que la educación de los irruptores incluía cierta flexibilidad.

—Sólo me alegra que ambos estéis bien —respondió hurañamente, señalando a Rety.

Dwer miró el escenario, donde Rety, con el loro del skiano en el hombro, dirigía al público en un salmo conmovedor que mezclaba aportaciones de media docena de dialectos galácticos con el lento y sonoro ánglico. Aunque dilató las pupilas, Dwer no dio otra muestra de sorpresa.

—Debí imaginármelo —comentó, sacudiendo la cabeza—. ¿Y cómo sugieres que la saquemos de ahí sin iniciar un disturbio entre éstos...?

El joven calló de golpe, boquiabierto.

—No puedo creerlo —murmuró. Luego, con un aire de sombría determinación, añadió—: Excúsame, capitán Harms. Hay algo que debo hacer.

Harry parpadeó.

—Pero... qué...

Dwer pasó junto a él, quitándose rápidamente la túnica. Con movimientos ágiles, sujetó los brazos y la capucha, creando un saco improvisado que cogió en la mano izquierda. Acercándose a la primera fila de dignatarios, Dwer ignoró las protestas de los que estaban en la segunda fila. El canto de la multitud tapaba todas las quejas mientras se aproximaba a Twaphu-anuph y a la hija del inspector, dirigiéndose al joven tercer hoon, cuya mascota semejante a un hurón parecía haber detectado algo. Aunque miraba al otro lado, los erizos del cuello se erguían en la masa de pelo negro. Comenzó a voltearse, mostrando sus ojos relucientes. Ojos que destellaron de sorpresa en cuanto Dwer se lanzó sobre él.

Que me rasuren, pensó Harry mientras la criatura se contorsionaba en el apretón

de Dwer, lanzando dentelladas y protestando hasta que fue devorada por el improvisado saco. El saco se agitaba mientras la bestia luchaba contra el encierro.

¡Era un tytlal! Había notado algo familiar en la criatura, pero el tamaño parecía erróneo. ¡Un tytlal en miniatura, posado en el hombro de un hoon!

Con razón tardó en reconocerlo. Normalmente los tytlals tenían la masa de un chimpancé. Lejos de ser mascotas, eran navegantes estelares inteligentes, conocidos y admirados en la Tierra. También, como sus instructores tymbrimis, sentían gran disgusto por los hoons.

Harry pensó en posibles explicaciones. ¿Dwer estaba rescatando a un niño tytlal del cautiverio?

Olvidó esa teoría cuando el tercer hoon se dio la vuelta, vio a Dwer y lanzó un gutureo de complacida sorpresa. Mientras el saco seguía agitándose, los presentes presenciaron un espectáculo sin precedentes en los anales de la Civilización de las Cinco Galaxias, un humano y un hoon que se abrazaban jubilosamente, como primos perdidos del mismo pueblo natal.

Se reunieron para hablar bajo la plataforma de los dignatarios. Harry comprobó con asombro que el corpulento amigo de Dwer hablaba inglés coloquial a la perfección, aunque con acento arcaico.

«Alvin» también manifestaba un entusiasmo que parecía totalmente natural, aunque Harry nunca había visto nada semejante en un hoon.

—Hrrrm. La última vez que te vi, Dwer, estabas colgado de un globo de aire caliente, dispuesto a enfrentarte a un acorazado jophur por tu cuenta. ¿Cómo terminaste aquí?

—Es una larga historia, Alvin. Y nunca lo habríamos logrado sin la ayuda del capitán Harms. ¿Pero qué hay de ti? ¿Esto significa que la nave St...?

Dwer calló de golpe y sacudió la cabeza, corrigiendo lo que iba a decir.

—¿Esto significa que nuestros amigos pudieron llegar al punto de transferencia?

Por primera vez en su vida, Harry vio que un hoon se encogía de hombros, un gesto asombrosamente grácil y expresivo en una especie tan envarada.

—Sí, llegaron. En cierto modo. —Alvin agitó el saco laríngeo tatuado—. Por ahora sólo digamos que también es una larga historia.

Kiwei la synthia hizo una sugerencia.

—Conozco un bonito establecimiento donde ofrecen comida y bebida gratis a los que cuentan buenas historias, por largas que sean. ¿Vamos...?

Dwer ignoró a Kiwei.

—¿Y tus compañeros? ¿Ur-ronn? ¿Huck? ¿Pinzón? ¿Tyug?

—Están bien, junto con el amigo que nos trajo aquí. Te imaginarás que algunos pueden estar en público más fácilmente que otros.

Dwer asintió, y Harry notó que había un sentido oculto en lo que decían.

Un minuto, pensó. Si Dwer y Rety son irruptores de un mundo oculto, pero conocen a este hoon, eso debe significar...

Perdió la ilación mientras Alvin respondía a algo que decía Dwer, gutureando con tonos joviales que se parecían a la risa.

—Conque al fin lograste atrapar a Pies de Barro.

El joven humano alzó el saco, ahora quieto.

—En efecto. Y no saldrá hasta que me dé ciertas respuestas.

Alvin rió de nuevo, haciendo que Twaphu-anuph temblara de confusión.

Pero la hija del burócrata parecía adorar ese sonido. Con una segunda muestra de atípico entusiasmo, se presentó como Dor-hinuf, y sorprendió a ambos terrícolas al estrecharles la mano.

—Desde que llegó, Alvin nos ha contado todo sobre vuestro maravilloso mundo de Shangri-la —le dijo a Dwer—. Donde tantas razas viven juntas y en paz, y donde los hoons han aprendido a navegar.

Su contagioso entusiasmo parecía tan extraño como la imagen exótica que se presentó en la mente de Harry: hoons enfrentándose al mar y la espuma en frágiles embarcaciones.

¿Shangri-la?, se preguntó Harry. Claro que ocultaría el verdadero nombre del planeta irruptor. ¿Pero por qué ese nombre? ¿Por qué una referencia literaria terrícola? Y además, ¿por qué un hoon se llama Alvin?

A juzgar por el ruido, la reunión de herejes del skiano comenzaba a disgregarse. Harry se lo señaló a los demás.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Kiwei. Deberíamos ir a un sitio discreto y hablar más, antes de que me presente en la jefatura. Pero primero busquemos a Rety...

Calló, intuyendo que algo estaba cambiando. A través de las plantas de los pies, Harry sintió otro de los temblores que sacudían Kazzkark hacía varios jaduras. Sólo que esta vez había un nuevo ritmo.

Una creciente intensidad.

Otros también lo captaron. Los hoons extendieron sus piernas velludas y un maullido suave escapó del saco donde Dwer tenía a su prisionero tytlal. La rampa crepitaba turbadoramente, y caía polvo del techo de piedra, la única barrera entre las criaturas vivientes y el vacío exterior.

Las cosas están empeorando, pensó Harry.

Cuando una fisura agrietó la pared cercana y empezó a extenderse, revisó de nuevo su estimación.

Esto es malo. Realmente malo.

KAA

—¡Piloto, despierta! ¡Ven pronto, te necesitan!

Como un pez con un anzuelo en la boca, arrancado del mar por una línea cruel, Kaa se sintió brutalmente sacudido cuando estas palabras invadieron su sueño y despedazaron un fantasma sónico de Peepoe.

Ella nadaba junto a él. Mejor dicho, un patrón de ecos y sombras de sonar, que se reflejaban en su cabina, había cobrado esa forma grácil, ondulando felizmente, casi tan cerca que podía tocarla. El suave mar de Jijo rodeaba sus cuerpos mientras se zambullían, desnudos y libres.

Los delfines duermen un hemisferio por vez. Pero este episodio poseía el poder del Sueño de las Ballenas, envolviéndolo en la presencia de su amada y del planeta donde esperaban pasar juntos su vida.

Cuando la voz irrumpió, despedazando esa jubilosa ilusión, sintió de nuevo la pérdida de Peepoe, y se encontró nuevamente encerrado en un purgatorio de metal, a megaparsecs de ella.

El frustrado Kaa agitó la cola en la cama de flotación de su unidad ambulatoria. Enturbiado por un sueño inquieto, su ojo derecho enfocó al fin la extraña figura de Huck, una criatura cuya forma física parecía una improbable combinación de partes orgánicas y mecánicas. Rodando sobre ruedas gemelas, la joven g'Kek movía los cuatro ojos en frenética agitación, parlotando sobre algo que la tenía muy alterada.

Un neodelfín recién despierto tardaba en entender el inglés, sobre todo al emerger del Sueño de las Ballenas, pero esta vez la furia de Kaa provocó una acalorada respuesta.

—D-dije que no quería que me molestaran... sssalvo en una emergencia.

Las frenéticas palabras de Huck llegaron al fin.

—¡Es una emergencia! —gimió—. Acabo de despertarme y encontré a Pinzón...

—¿Sssí? —preguntó Kaa, enviando una señal por su conexión neural para activar la unidad ambulatoria—. ¿Qué pasa con él?

La g'Kek ya salía rodando de la cabina, dos ojos hacia adelante y dos hacia Kaa.

—¡Ven pronto! ¡Pinzón se muere!

El qheuen rojo estaba cerca de la cámara de presión, una figura semejante a un cangrejo con cinco patas estiradas simétricamente, como una estrella de mar enferma. Agitaba varias pinzas por reflejo, pero no había otro movimiento. Cuando Kaa se le acercó con su unidad, apuntándole la cámara delantera para mirarlo mejor, vio gotas de una sustancia desagradable, como ícor, bajo el caparazón quitinoso.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

—¿Cómo puedo saberlo? —respondió Huck—. Te lo dije... estaba en ese armario

que me diste como escondrijo, tratando de dormir, ya que no me permites abandonar la nave. Cuando salí, él estaba así.

—¿Pero no sabes qué le pasa? ¿Puedes hacer algo?

—Oye, el que sea g'Kek no significa que sea médica, así como no todos los delfines son pilotos. ¡Tenemos que pedir ayuda!

Kaa escuchó la respiración entrecortada del qheuen enfermo. La sustancia nauseabunda salía de las cinco axilas, donde se encontraban los delicados conductos de respiración. La pobre criatura se aproximaba a un colapso total.

—No... —sacudió la cabeza gris—. No podemos.

—¿Qué? —Huck se echó hacia atrás con tanta fuerza que ambas ruedas botaron en el piso. Sus rayos zumbaron y ella le clavó los cuatro ojos—. Ya no estamos en el desierto, cabeza de pez. ¡Estamos en la civilización! Tienen toda clase de cosas más allá de esa puerta. Cosas que los jijoanos sólo conocemos por los libros, como hospitales y auto-docs. ¡Podrían salvarlo!

Kaa sentía la exasperación de la joven g'Kek. La calidez de la devoción por su amigo. Comprendía, pero sólo podía haber una respuesta.

—No podemos llamar la atención. Lo sabes. Si alguien sospechara que hay un delfín en esta nave, la despedazarían hasta encontrarme. Y lo mismo vale para una g'Kek. Tendremos que esperar a Alvin y Ur-ronn. Ellos pueden desplazarse sin llamar la atención. Mejor aún, cuando Tyug regrese, el alquimista puede tratar...

—¡Eso podría tardar miduras! Sabes que Alvin tiene una novia hoon. Tyug está espionando a los jophurs, y Ur-ronn se queda más tiempo cada vez, hablando con ingenieros.

El plan era que los tres actuaran como espías y emisarios, tratando de averiguar cómo eran las cosas en Kazzkark y en las Cinco Galaxias. De ser posible, establecerían contacto con aliados de la Tierra, o buscarían un modo de comprar un pasaje a la Galaxia Dos. Mientras trataban de llevar el mensaje de Gillian Baskin al Consejo de los Terrágenos, también tratarían de aprender cosas sobre su especie, encontrando un modo de asegurarse el sustento en el futuro, para ellos y sus amigos.

Huck tenía razón. Alvin y Ur-ronn podían tardar horas. Pinzón no duraría tanto.

—Lo lamento —dijo Kaa—. No podemos arriesgarnos a perderlo todo sólo por una leve probabilidad...

—No me importa que sea leve, ni el riesgo. ¡No me importa!

Agitó los ojos con furia. Pero Kaa sabía que debía ser firme, por el bien de Huck, aún más que por el suyo. Ahora que los g'Kek de Jijo corrían peligro de genocidio —la extinción deliberada por obra de los airados jophurs, empeñados en satisfacer una antigua venganza—, esta hembra podía ser la única esperanza de su especie. Junto con un tubo de plasma seminal, almacenado en el refrigerador de la nave, ella podría restablecer su posteridad en un escondrijo seguro, protegida por guardianes

protectores.

Aunque a la aventurera Huck no le gustara ese papel, alegaba entender su importancia. Pero ahora estaba dispuesta a perderlo todo por amistad.

Lealtad personal. Amor. Se supone que estas cosas pesan más que otras consideraciones, pensó Kaa, regodeándose en su desdicha mientras la joven g'Kek lo insultaba, exigiendo que le abriera la puerta. Educada con novelas de la Tierra, siente lo mismo que yo. Que sólo una mala persona pondría el crudo pragmatismo por encima de la devoción íntima, librando a un ser querido a una muerte segura o algo peor... aunque la lógica indique que es lo «correcto».

Así reflexionaba Kaa en silencio mientras Huck protestaba en voz alta, con gemidos que resonaban en la pequeña sala de mando.

Pero no cedería.

De todos modos, el problema se resolvió pronto. Pocos duras después, Pinzón había muerto.

Huck carecía de fuerza y voluntad para ayudar a trasladar el cuerpo. Kaa debió encargarse de ello, usando los brazos mecánicos de su unidad para llevar al enorme qheuen hacia el reciclador. Huck apartó tres ojos de la estremecedora escena, pero el pedúnculo restante temblaba y miraba, como hipnotizado.

¿Cómo pudo suceder?, se preguntó Kaa mientras enviaba mensajes de control por su conexión neural, haciendo que la máquina se moviera como una extensión de su cuerpo. ¿Alguien atacó la nave? ¿O esto fue causado por la enfermedad que oímos mencionar, la que exterminó tantos qheuens en Jijo? En tal caso, ¿cómo se contagió Pinzón?

De pronto Huck lanzó un grito. Kaa regresó de prisa, olvidando su fúnebre tarea. Miró hacia donde ella señalaba, la ensangrentada cubierta donde antes yacía Pinzón.

Había una talla en el piso de metal.

—Él... él... —tartamudeó Huck—. Él debió tallarlo con los dientes, mientras agonizaba. El pobre Pinzón no podía caminar ni hablar, pero aún podía mover la boca, tendido en el piso.

Kaa miró, asombrado del poder de las mandíbulas qheuens, y del artístico garabato que había sido el último acto de la pobre criatura.

Mostraba una cara humanoide y primitiva de mejillas enjutas y boca pequeña. Reconoció la forma de inmediato.

—¡Un rothen!

Esa raza de criminales arteros y traidores mezquinos, que había convencido a sus seguidores de que ellos eran los instructores del Clan Terrícola, dioses que merecían su devoción.

Recordó. Había una criatura así a bordo del Streaker. Un prisionero que había subido en secreto en Puerto de Wuphon. Un señor rothen llamado Ro-kenn, autor

intelectual de muchos delitos contra las Seis Razas de Jijo.

—¡Debió de venir como polizón a bordo de esta nave! —exclamó Huck—. Permaneció oculto hasta que atracamos, luego salió y mató a Pinzón para llegar a la puerta.

Kaa pensó en las desastrosas implicaciones. Por capaz que fuera, Ro-kenn no podría haber escapado por su cuenta. Alguien lo había ayudado a bordo del Streaker. Más aún, si este rothen iba a Kazzkark, todos sus planes peligrarían.

Conserva la calma, se dijo. Ro-kenn no puede acudir a las autoridades. Los crímenes que cometió en Jijo son peores que los de los irruptores.

Sí, pero quizás acudiera a uno de los grandes clanes o alianzas de fanáticos e intentara venderles información sobre el Streaker y Jijo. Al menos enviaría información a los otros rothens.

—Tratemos de comunicarnos con Alvin y Ur-ronn —dijo Kaa. Y esta vez notó que Huck estaba de acuerdo.

Pero no sería fácil. Parecía que todas las líneas de comunicaciones estaban atoradas con frenético tráfico.

Y las cosas sólo empeoraron cuando otra oleada de convulsiones subespaciales sacudió el planetoide, que resonó como una gran campana hueca.

DIARIO DE GILLIAN BASKIN

El universo está envuelto en tragedia. No obstante, sólo ahora, cuando parece caerse en pedazos, he comenzado a ver parte de la irónica y apabullante belleza de su diseño.

Como sucedió en el Mundo Fractal, nos encontramos rodeados por una súbita devastación, mucho mayor de lo que jamás imaginé.

Debajo de nosotros, girando cerca del núcleo condensado de una antigua y masiva estrella, vemos vastos habitats con forma de aguja, cada cual con una longitud superior al diámetro de la Luna, fabricados con materia deífica superfuerte, para resistir enormes tensiones. Sólo ahora esos hábitats del Orden Trascendente muestran signos de tensión terminal, y derraman su piel externa como frágiles escamas, temblando mientras las convulsiones espaciales sacuden este sector de la Galaxia Cuatro. Según Sara y la máquina Niss, éstos son síntomas de una ruptura colosal, algo que no se ha visto en doscientos cincuenta millones de años.

Los efectos han sido aún peores para la vasta flota de naves de candidatos que acompaña al Streaker y desciende en espiral hacia esos monolitos. Lo que había sido una majestuosa procesión, triunfal y esperanzada, las nupcias de dos grandes órdenes de la vida en una unión imponente y gloriosa, se disuelve rápidamente en el caos y la conflagración.

Tan cerca estaban las arcas gigantescas y los glóbulos que cada oleada de retroceso hipergeométrico arroja una fila contra la otra. Las colisiones producen explosiones cegadoras que exterminan millones y desvían aún más naves.

A pesar de esta calamidad, pocas naves se han unido al Streaker en su intento de escapar, trepando trabajosamente por el laberinto, buscando un refugio relativo en el espacio profundo. Parece que la adicción de las mareas es difícil de superar, una vez que los sapientes han saboreado sus placeres. Como bestias en celo dirigiéndose hacia un rito de apareamiento en un territorio incendiado, la mayoría continúa su curso, cayendo en el embudo, dirigiéndose al Abrazo que tanto anhelan.

¿Es éste el destino final de la vida inteligente? Después de luchar durante milenios para volverse cerebrales, contemplativas, sabias y demás, ¿todas las razas terminan impulsadas por un instinto inefable, por un afán tan incontenible que deben zambullirse, aunque su destino sea la destrucción?

Por primera vez en largos años, comienzo a entender la persecución que ha sufrido el Streaker, y también la Tierra. Pues nuestro descubrimiento de la flota fantasma representa un desafío, una chocante herejía que atenta contra el corazón de las creencias galácticas.

La mayoría de ellos, así como los respiradores de hidrógeno, sostienen que la

trascendencia es el destino final de quienes se fusionan en el Abrazo de las Mareas. Debe de haber algo más allá, han razonado durante millones de años. ¿Por qué otra razón el universo habría desarrollado un modo tan elegante de concentración, congregación y destilación de lo mejor de ambos órdenes de la vida?

Éste debe ser el camino que mencionaban los Progenitores, cuando partieron hace dos mil millones de años.

¿Pero entonces qué era la flota fantasma, con sus símbolos seductores y sus resplandecientes indicios de una antigua verdad?

¿Dónde la encontramos?

En un sombrío cúmulo estelar, casi sin metal, a la deriva en el borde de la Galaxia Dos. Un lugar donde el espacio-tiempo es tan chato que aun las razas jóvenes experimentan cierta repulsión nerviosa. Una especie de escalofriante agorafobia. Esos ámbitos rara vez se visitan, pues no contienen nada de interés para ningún orden de la vida, ni siquiera para las máquinas.

(En cuyo caso, ¿qué pista, qué corazonada llevó allí a Creideiki? ¿Condujo el Streaker hacia el Cúmulo Superficial porque parecía olvidado por la Gran Biblioteca, con una nota tan escueta como la que había sobre la Tierra? ¿O la decisión implicaba algo más? La elección pareció extraña en ese momento.)

Ahora veo por qué nuestros enemigos —los tandus, los soros, los jophurs y los demás— se contrariaron tanto cuando el Streaker irradió esas primeras imágenes de la flota fantasma, y de Herbie y el resto.

Si realmente son reliquias de los Progenitores, encerradas en naves con protección de campo durante millones de años, ¿qué implica sobre el Abrazo de las Mareas? ¿La raza fundadora —la primera y la más sabia de todas— buscaba desesperadamente eludir la atracción? ¿Evitaba los lugares profundos? Y en tal caso, ¿lo hacía porque sabía algo terrible sobre ellos?

Tal vez ellos veían el Abrazo como algo totalmente distinto. No un camino hacia la trascendencia, sino un sistema de eliminación de residuos. Un medio para reciclar la escoria, como el Gran Sumidero de Jijo.

El recurso de la naturaleza para deshacerse de lo viejo y dejar lugar para lo nuevo.

Erguido en su vitrina, Herbie sonrío frente a mi escritorio. El rictus humanoide de la momia ha sido mi compañía más íntima desde que Tom se fue. A veces me sorprende hablando con ella.

¿Y bien, viejo amigo? ¿Ésta es la gran broma? ¿Al fin he deducido por qué sonreías?

¿O todavía hay que descubrir más capas?

Más sorpresas terribles.

No es fácil eludir esta trampa cuando se han ido dos de nuestros mejores pilotos. El enjambre de arcas y glóbulos se extiende sin cesar encima de nosotros, llegando

más allá del alcance de cualquier sistema solar. La mera cantidad de masa alcanza escalas macroplanetarias. Como el disco de acreción que rodea una estrella recién nacida.

¿De dónde han venido todos estos «candidatos»?

¿Sucederá lo mismo en otras partes? ¿En muchas otras partes? Aunque sólo una pequeña cantidad de viejas enanas blancas sea escenario de estas convergencias, ello significaría que hay millones de lugares como éste, rodeados por viajeros ávidos de entrar en el paraíso, a pesar de los choques y explosiones.

En la práctica, el Streaker no puede intentar ningún salto hiperespacial hasta que nos hayamos alejado de estas enormes naves y los efectos ondulatorios de sus potentes motores.

Pero si logramos salir, el acorazado jophur aún nos aguarda. Lo detectamos de vez en cuando, siguiéndonos como un depredador tenaz, lisiado y moribundo, sin otra razón para vivir que la de terminar la cacería. Si llegamos al espacio abierto, deberemos enfrentarnos a ese peligro.

Ojalá pudiéramos liberarnos de este revestimiento mortífero y devolver al Streaker su vieja agilidad.

Hannes ha estado trabajando en una nueva idea, junto con Emerson d'Anite. Algo relacionado con el gran láser de comunicaciones.

El pobre Emerson procura explicarnos algo, tarareando melodías y dibujando imágenes, pero lo único que podemos entender hasta ahora es que logró frustrar otro ataque memético contra el Streaker hace un rato, y de paso destruyó a la renegada Tsh't.

No puedo evitarlo. Lloro por mi amiga. La dulce camarada que me acompañó en sucesivas crisis. La pobre Tsh't pensaba que hacía lo correcto, buscando la ayuda de sus dioses.

Ahora otro espectro nos sigue por la noche, saltando como una marsopa en mis inquietos sueños.

La gran noticia es que la máquina Niss hizo un descubrimiento. Al fin logró conectarse con una red de comunicaciones de los Trascendentes.

Como era de esperar, es un sistema denso y complejo, tan alejado de la tecnología galáctica como un ordenador manual de un ábaco. Permaneció invisible tanto tiempo porque sólo pequeñas porciones de los bordes usan la electrónica o la fotónica clásica. La técnica central parece ser la informática cuántica en una escala tan vasta que requiere campos gravitatorios altamente comprimidos.

—Esos campos no están disponibles aquí —comentó la Niss—. Aun entre esos hábitats que giran sobre el núcleo estelar, los potenciales son demasiado pequeños, en varios órdenes de magnitud. Debemos estar detectando los márgenes de algo mucho mayor. Algo cuyo centro está muy lejos de aquí.

Pensamos que era nuestra oportunidad. Nuestra esperanza de comunicarnos con «autoridades superiores», como lo ordenó el Consejo de los Terrágenos. Las criaturas que nos traicionaron en el Mundo fractal —los Antiguos— quizá fueran como bebés en comparación con las mentes que usan esta red. En verdad, todos los indicios sugieren que representan el pináculo de la vida.

Aun así, soy reacia a entregar nuestros datos del Cúmulo Superficial. Nos han defraudado muchas veces. Quizá los Trascendentes también teman que una trampa mortal aceche en el Abrazo de las Mareas.

Si decidieran ser vengativos con nosotros, tendríamos tantas probabilidades como un hámster contra un tanque de guerra.

—Primero hagamos preguntas simples —dije—. ¿Alguna sugerencia?

—¡Preguntemos por los buyurs! —estalló Sara Koolhan—. ¿Están ahí? ¿Han trascendido los buyurs?

Últimamente se ha obsesionado con la última especie que dominó Jijo. Una raza de manipuladores genéticos que parecía saber de antemano que unos salvajes invadirían su mundo y que habría un Tiempo de Cambios.

—Aun una pregunta tan sencilla sería difícil de traducir —dijo la Niss—. Quizá sea imposible introducirse en la matriz de tal modo que alguien lo note, o se moleste en responder. Pero lo intentaré.

Corremos el riesgo de llamar la atención de enemigos aún más poderosos. Pero teniendo tantas cosas en contra, el esfuerzo merece la pena.

Entretanto, nuestro astrónomo delfín, Zub'daki, tiene más malas noticias acerca del enjambre de naves de candidatos.

No sabe mucho sobre las convulsiones hiperespaciales que rasgan la trama de la realidad. Ésa es la especialidad de Sara. Zub'daki se interesa en la enana blanca y la cantidad de materia que se aproxima a ella como residuos en un desagüe.

—¿Y si la mayoría de las arcas no aciertan en el blanco? —preguntó—. ¿Y si no logran entrar en los portales de los hábitats? ¿Y si las agujas ya no están ahí para recogerlas?

Me temo que mi respuesta inicial fue cruel, y pregunté por qué nos interesaría que una estampida de gigantes caiga en una tumba que ellos mismos se han fabricado. Como meras hormigas, nosotros tenemos el deber de escapar. De sobrevivir.

Pero iré a oír lo que tiene que decir.

¿Importará una preocupación más? Ya he llegado al extremo en que dejé de contarlas.

LARK

El reencuentro fue extraño, feliz e inquietante.

Tras soñar tanto tiempo con el momento de reunirse con su amante, Lark miraba ahora a Ling a través de un abismo mucho más vasto que los escasos metros que los separaban.

Ella flotaba en un caldo grumoso, un denso enjambre de objetos pulsátiles que se movían lánguidamente dentro de una vasta membrana transparente, una masa hinchada que llenaba la mayor parte de esta vasta cámara y se prolongaba por varias escotillas hacia el resto de la nave.

Además de la forma humana de Ling, vio varias larvas qheuens, además de animales de Jijo y otros mundos. Reconoció anillos traekis, además de un sinfín de cosas verdes y entrelazadas que en un tiempo habrían sido plantas.

También había burbujas en ese caldo de vida, ondeando como amebas o globos gelatinosos. Aunque con color y textura diferente del zang que él llevaba como un traje, Lark notó que estaban emparentados.

A pesar de la semejanza, su pasajero reaccionó violentamente al ver a estos «primos». El zang trató de hacerlo huir. Pero Lark fue terminante e hizo que ambas piernas caminaran hacia Ling.

Su silueta desnuda estaba cubierta con criaturas palpitantes. Simbiontes, pensó Lark. Algunos le cubrían la boca y la nariz, mientras que otros penetraban en la corriente sanguínea. Semanas atrás, ese espectáculo le habría causado escalofríos, pero ahora el concepto era tan familiar como la respiración. Sólo una versión más extensa del convenio que había hecho con los zangs.

Acercándose, buscó los ojos de Ling, tratando de comunicarse. ¿Esa vasta célula la había incorporado con un tosco propósito biológico, como un órgano que cumpliera una función menor, o ella conservaba su esencia?

El pasajero de Lark extendió un pseudópodo sobre su ojo izquierdo, creando una cavidad frente al campo de visión. Dentro de ese pequeño espacio, cientos de diminutos «ayudantes» florecieron y giraron, remedando formas y representando la sugerencia de que Lark se largara de allí.

—Oh, deja de quejarte, cobarde —respondió con disgusto—. En Jijo aprendimos que podemos trabar amistad con viejos enemigos. Además, ¿tienes algo mejor que hacer?

Logró hacerse entender, logrando que el zang reabsorbiera a sus ayudantes.

No regresarían a la base de la criatura, en el lado opuesto del acorazado. Entre ellos se extendía un vasto desierto. En el Polkjhy pululaban cosas que reptaban por los pasillos, mordiendo compartimientos y paredes, transformándolos en formas grotescas y excéntricas. Hasta ahora, los sistemas esenciales habían sido perdonados.

Todavía estaban bajo el control de los tripulantes jophurs, que expresaban creciente pánico en sus comunicaciones. ¿Pero por cuánto tiempo más?

Sintió que una gran presencia se acercaba. El tercer miembro de la partida.

—Tienes razón, Lark —murmuró la pila de relucientes anillos, cuya masa palpitante temblaba mientras sus componentes debatían entre sí—. Esta vasta macroentidad parece tener órdenes de expandirse hasta llenar el Polkjhy por completo. Podríamos huir, ¿pero con qué fin? Nuestro rastro nos ha traído aquí. Es evidente que mi/nuestro destino se encuentra aquí dentro. Averigüemos qué desea. Cuáles son sus metas. Para qué vino aquí.

Dentro de la masa gelatinosa, Lark vio signos de cambio. Los ojos de Ling, que estaban turbadoramente vacíos, ahora se aclaraban y lo enfocaban.

De pronto brilló una luz de reconocimiento. Aunque Ling tenía la boca cubierta por un simbiote, la sonrisa era inequívoca. Extendió los brazos. Feliz de verle. Dándole la bienvenida.

—Mira el lado positivo —comentó Lark, aunque el pasajero zang tiritaba con temerosa resignación—. Esto parece interesante. Quizás aprendamos mucho, ¿eh?

La membrana gigantesca no intentó capturarlos cuando se acercaron. En cambio, retrocedió y los olió cautamente, como dignándose ser cortejada. Lark extendió el brazo y acarició la superficie. Era helada, pero eléctricamente agradable de un modo que no sabía definir.

El zang tembló, pero pareció cambiar de opinión. Lark se sorprendió. Éste no era el enemigo mortífero que había esperado, sino un pariente lejano, más grande y más amable.

Tomó una decisión. Una cavidad con forma de túnel, o una puerta, se abrió ante él.

Lark no titubeó. Caminó hacia su amada.

No se había equivocado. Había algo profundamente natural en esa fusión.

Teóricamente los órdenes hidro y oxi eran incompatibles, y usaban una química dispar, diferentes energías, y existían en distintas temperaturas. Pero la vida es muy buena para resolver problemas. La simbiosis permite que dos o más organismos junten sus aptitudes, logrando lo que uno solo jamás lograría. Sucedió cuando las primeras células se unieron en los mares de la Tierra, creando uniones que eran más competentes que sus partes separadas.

Lark se acostumbró pronto a la idea de que esto pudiera ocurrir en un nivel mucho más sofisticado, especialmente con la guía de una inteligencia sagaz.

Mientras un enjambre de organismos pequeños lo rodeaba, él se interesaba en uno solo, cuyas caricias lo hicieron sentir más a sus anchas en ese lugar extraño que nunca en su cama de Jijo.

Me alegra que aún podamos funcionar en todos los sentidos que realmente

importan, comentó.

Ling se arqueó, aumentando el contacto entre sus cuerpos flotantes. Su respuesta no llegó como sonido, pero era directa, como transportada por el entorno fluido.

Típicamente masculino. Nada importa mientras tus órganos sexuales estén satisfechos.

Él parpadeó.

¿Los tuyos no lo están?

Ella respondió con un apretón lánguido, evidentemente satisfecha. Su piel aún temblaba levemente con el ritmo de su intenso acto de amor.

Una parte de Lark —el pensador infatigable— se preguntaba qué posible uso podía hacer este macroser de la pasión sexual humana. No sentía ingratitud por esta nueva fase de su existencia, pero una vez que sus pensamientos comenzaron a expandirse, no pudo detenerlos.

¿Qué le pasó a Rann?, preguntó.

El guerrero danik había dedicado su talento a ayudar a los jophurs. Lark no estaba tranquilo sabiendo que el enemigo estaba cerca.

No te preocupes por Rann. No nos molestará.

Ling se encogió de hombros, provocando un borbotón de burbujas.

Él también fue absorbido. A Madre no debió gustarle su sabor, pero ella no desperdicia buen material, así que lo puso a trabajar de otra manera. Vi un par de componentes de Rann hace un rato, creo que una pierna y un pulmón, incorporados a algún órgano.

Lark tiritó, agradeciendo que la macroentidad aprobara su «sabor».

¿La llamas Madre?

Ella asintió, sin tener que explicarse. Ese nombre tenía tanto sentido como cualquier otro. La bondad nutriente era sólo uno de los aspectos de su naturaleza. También había un aspecto brutalmente pragmático.

Él detectó la aprobación del zang, su compañero, que ahora existía como un glóbulo compacto que flotaba en las cercanías. El único lazo que les quedaba era un tubo estrecho conectado con el flanco izquierdo de Lark, e incluso eso podía disolverse pronto, cuando aprendieran sus papeles en este nuevo mundo. El zang aún estaba inseguro, aunque se esperaba que él se sintiera más cómodo en ese mundo de formas cambiantes, donde ayudantes bulbosos nadaban de aquí para allá, realizando simulaciones.

En la turbia distancia, vio que alguien tenía menos dificultades para adaptarse. La pila de anillos traekis —que habían sido Asx, y luego el jophur llamado Ewasx— estaba en el suelo, rodeada por cúmulos de burbujas, membranas y simbioses. Por las ondas de color que le recorrían los flancos, Lark notó que la criatura compuesta lo estaba pasando muy bien. ¿Qué podía ser más traeki que formar parte de algo más

amplio y más complejo, una empresa cooperativa donde cada anillo y partícula cumplieran una función?

Lark aún no entendía la organización general. ¿Existía una mente que lo controlaba todo, como un anillo maestro jophur? ¿O cada componente tenía derecho a un voto? Ambos modelos de simbiosis existían: en la naturaleza y en la política.

Intuía que esos detalles aún debían refinarse. «Madre» aún no había terminado de cobrar forma.

Ven, urgió Ling, cogiéndole la mano. Quiero mostrarte algo.

Lark necesitó un rato para habituarse a la locomoción en ese nuevo medio. En general se trataba de movimientos similares a la natación, pero en otros entornos la densidad cambiaba y sus pies tocaban el suelo, permitiendo un modo más humano de desplazarse. No había transiciones claras, como entre el mar y la costa. Todo se mezclaba y fusionaba, como los pensamientos que compartían Ling y él.

Guiándolo, ella señaló un vasto nido de tentáculos ondulantes que se expandían desde un punto central. Muchos estaban conectados con formas vibrantes: Lark vio otra larva qheuen, un par de pilas traeki y una forma que parecía una urs centauroide, acurrucada en posición fetal, protegida por algo semejante al saco de un embrión. No reconoció a la criatura, aunque los jophurs habían tomado «muestras» urs en Jijo. Sus flancos palpitaban como si respirase serenamente, y Lark vio la luz de la inteligencia en los ojos triples.

Había otras criaturas oxis. Identificó algunas por los textos de papel que había hojeado tiempo atrás en el archivo de Biblos, pero no reconoció otras. Todas estaban enlazadas con simbioses que las unían a hidroglobulos y otras criaturas viscosas. Lo más turbador era que ninguna de ellas parecía molesta.

Aquí Madre consulta la red de datos, explicó Ling, señalando la convergencia de los tentáculos. Lark distinguió un panel del ordenador central del Polkjhy.

Ling cogió tres tentáculos ondeantes, ofreciéndole uno a Lark y otro al zang.

Echemos un vistazo a lo que sucede en otras partes.

Era un extraño modo de recibir información. En parte neuronal y en parte visual, también implicaba partes de la mente que Lark habitualmente usaba para imaginar, describiendo un suceso con ese aire especulativo que siempre acompañaba las ensoñaciones.

Eso tenía sentido. Para los hidros, el pensamiento era un proceso de simulación, se desprendían de partes de sí mismos para que desempeñaran papeles y representaran las conclusiones lógicas de una tendencia. Ayudado por su experiencia con los zangs, Lark aprendió pronto, y supo cómo fingir que él era el otro objeto.

Soy Polkjhy, orgulloso acorazado de la altiva nación jophur.

Ahora estoy dividido en muchas partes. Mis tripulantes jophurs —valerosos pero angustiados— han cerrado astutamente lo que consideran las partes más esenciales:

máquinas, armamentos, soporte vital.

Impulsados por anillos maestros de gran resolución, se preparan para su enfrentamiento final con odiosos invasores, mientras continúan su empecinada cacería. Siguiendo la nave terrícola, sin importarles si la persecución los lleva al cielo o al infierno.

Lark sintió una extraña emoción: renuente respeto por los temerarios jophurs. Su flexibilidad frente a las catástrofes mostraba por qué su especie había ganado poder e influencia entre los vigorosos clanes de las estrellas. El hecho de que lograran burlar poderes mucho más antiguos y fuertes que ellos, aun provisionalmente, era un logro admirable.

Aun así, Lark esperaba que fracasaran pronto.

Ling guió su atención hacia lo que había en el exterior.

Lark trastabilló al ver algo que parecía un inmenso tornado.

Los rodeaba un ciclón gigantesco, un remolino de enormes objetos que parpadeaban mientras caían en espiral por un embudo, hacia el fuego blanco de una estrella diminuta.

Lark pronto descubrió que sus conocimientos no se limitaban a la estrecha educación de un irruptor jijoano, un tosco biólogo formado con libros de papel.

Sólo necesitó un leve esfuerzo de voluntad para deslizarse en la mente de Ling y percibir hechos, correlaciones, hipótesis que explicaban lo que ahora veían. Más allá de Ling había otros archivos, menos familiares, pero igualmente accesibles.

Se extendió hacia el ciclón de naves descendentes, identificándose con ellas.

Soy el Enjambre de los Candidatos, el éxodo de los elegidos, escogidos entre los retirados de las civilizaciones oxi e hidro.

Feliz de estar aquí, al fin.

Fatigado por las insensatas luchas e interrogantes del espacio chato y el tiempo real.

Tentado y seducido por los encantos del Abrazo de las Mareas.

Consciente de las convulsiones que ahora sacuden las Cinco Galaxias.

Conocedor de los peligros que me aguardan.

No obstante, sigo adelante. Fusionando mis muchas subunidades. Creando mezclas singulares con lo que era prometedora materia prima. Integrando lo mejor del hidrógeno y el oxígeno.

Esperando con intriga lo que vendrá a continuación.

Lark veía ahora en contexto lo que había ocurrido con la Polkjhy. Formaba parte de un proceso mucho más amplio. La misma fusión de formas de vida debía estar ocurriendo en cada uno de los millones de naves, aunque quizá más apaciblemente, con menos resistencia por parte de sus ocupantes, que estarían mejor preparados para ello que los pobres jophurs.

Aun así, detectaba un matiz de desesperada preocupación. Esta majestuosa reunión de candidatos a la trascendencia tendría que haber sido serena y ordenada, pero era más caótica con cada dura que pasaba. Las chispas que antes parecían tan alegres se revelaban ahora como destructivos impactos. La muerte violenta se expandía con creciente celeridad entre las naves convergentes.

Una vez más, Ling señaló y su mente la siguió. En vez de dirigir su atención compartida hacia afuera, la dirigieron hacia abajo, hacia la fuente de gravedad y luz, donde inmensos y esbeltos edificios giraban en la órbita de una estrella compacta.

En apariencia, esos hábitats con forma de aguja también sufrían tremendas tensiones, Fragmentos más grandes que montañas se astillaban o se desprendían, disolviéndose bajo la desgarradora fuerza de intensas mareas.

Pero Lark no sentía angustia, preocupación ni temor a un peligro inminente.

¡Desde luego!, comprendió. Esas agujas no son hábitats. ¡Son portales que llevan a otro lugar!

Ling asintió.

En realidad, es predecible, cuando se piensa en ello.

La mente de Lark voló como un halcón hacia una de esas agujas giratorias. Aunque partes de su piel se estaban desmenuzando, desgarradas por caóticas perturbaciones de hiperonda, Lark supo que esas partes no tenían importancia. Eran sólo moradas provisionarias, estructuras de soporte. Al desprenderse, revelaban un núcleo palpitante, luminoso y esquivo.

Su autoimagen llegó justo cuando uno de los «candidatos» —un arca-glóbulo totalmente transformada— concluía su descenso en espiral y se aproximaba a la aguja a gran velocidad, rozando el fuego de plasma de la enana blanca. La gran nave híbrida —ahora una mezcla total de las civilizaciones hidro y oxi— caía hacia el portal expuesto, acelerando mientras era atrapada en un fuerte campo de atracción.

El arca se ladeó, entrando por una incisión angosta abierta en el espacio-tiempo.

La abertura duró sólo unos instantes. Pero fue suficiente para que Lark viera.

El otro lado era una densa negrura giratoria. Una esfera oscura que titilaba con súbitos resplandores. De algún modo sintió la torsión del vacío mientras el espacio se curvaba alrededor de esa cosa, deformando las constelaciones que había detrás.

Es una estrella de neutrones, comentó Ling. Hace tiempo que agotó o expulsó el combustible que le quedaba. Ahora se ha comprimido hasta alcanzar un tamaño mucho menor que el de una enana blanca... menos de diez kilómetros de diámetro. La presión gravitatoria bajo la superficie es tan grande que los núcleos atómicos se fusionan con las nubes de electrones circundantes, formando «materia degenerada».

Las chispas que ves abajo son relámpagos de rayos gamma; la Red Trascendente los traduce al espectro visible para nuestra comodidad. Cada relámpago representa una partícula pequeña como una bacteria, que se aceleró hasta alcanzar casi la

velocidad de la luz antes de chocar contra la superficie.

Hay quinientos millones de estas densas reliquias en cualquier galaxia, y se produce una nueva cada treinta años. Pero sólo algunas estrellas de neutrones tienen las características necesarias para el Orden Trascendente. Buena conducta. Rotación rápida, pero con campos magnéticos bajos.

Lark se sobrepuso a su sorpresa.

Entiendo lo que sucede. ¡El proceso continúa! ¿Cómo podía una mera enana blanca satisfacer la apetencia de mareas? Desde luego, migrarán a un lugar donde los campos son aún más intensos. La miríada de naves que rodea el Polkjhy sólo está en tránsito. Usa la enana blanca como zona de reunión, un lugar para fusionarse y transformarse... prepararse para la próxima fase.

La próxima vez que se abrió otro pasaje, Lark volvió a proyectar sus pensamientos, cabalgando en las ondas de un vasto sistema de manipulación de datos, como una pulga marina surfeando en un maremoto, procurando aprender qué clase de vida se preparaban los seres trascendentes en ese extraño lugar.

Una niebla aureolaba la estrella de neutrones, una bruma densa que giraba sobre la superficie.

Hábitats, explicó Ling.

Lark trató de mirar con mayor atención, pero lo confundía la celeridad de esos objetos que flotaban sobre la superficie negra. Cada órbita demoraba fracciones de segundo, en un curso donde la gravedad era tan intensa que la fuerza de las mareas desgarraría cualquier objeto físico que tuviera más de unos metros de diámetro.

Aunque Madre realizaba sus percepciones, la capacidad de captación de su cerebro orgánico tenía un límite.

Pero... tartamudeó mentalmente. Cuando se fusionan los hidros y los oxis, el resultado sigue siendo orgánico... basado en el agua. Cuerpos con química líquida. ¿Cómo pueden sobrevivir allí seres como nosotros?

Como si su pregunta fuera una orden, su atención se desplazó hacia el exterior, a las regiones del espacio circundante, a más distancia de la estrella de neutrones, donde una multitud de objetos oscuros y delgados formaba majestuosas hileras.

Lark detectó presencias metálicas, esperando su turno con un paciente silencio que sólo se podía originar en las honduras de un vacío interestelar.

Comprendió.

¡Máquinas!

Un tercer orden de vida había llegado. Respondiendo a una llamada urgente, los mejores de su clase se congregaban para participar en una nueva unión.

Una nueva boda.

Una ranura apareció en el espacio, permitiendo la entrada desde una enana blanca. Otra arca-glóbulo penetró en el cielo deforme, llevando su cargamento de

criaturas orgánicas fusionadas.

Varias docenas de mecánicos expectantes se le acercaron, tejiendo un capullo de luz fibrosa.

No había resistencia. La empatía de Lark detectó que no había temor ni resignación, sólo preparación para la metamorfosis.

Como biólogo, reconocía cierta elegancia y naturalidad en el proceso, aunque pronto los detalles se volvieron demasiado complejos y confusos aun para su percepción agudizada.

En medio de un estallido actínico, todo se transformó. Se consumió.

Lo que surgió de ese relámpago parecía una lluvia de motas relucientes que se precipitaban hacia el confortante apretón —el intenso abrazo— de los campos gravitatorios que había encima de la estrella de neutrones.

Lark sintió vértigo. Se replegó, buscando apoyo en el mundo real, en los ojos castaños de Ling.

¿Eso es todo? ¿Allí es donde culmina todo? ¿Con la fusión de hidros, oxis y mees, que luego giran eternamente en órbita de un denso sol negro?

Ling sacudió la cabeza.

Hasta aquí he podido llegar. Pero la lógica indica lo contrario. Piensa en ello, Lark. Tres órdenes de vida se fusionan. Los tres conocidos como los más vigorosos. Los más potentes en la manipulación de la materia y la energía. Al fin sabemos por qué los hidros, los oxis y los mees han podido coexistir tanto tiempo. Comparten un destino común, y ninguno puede medrar sin el otro. Pero hay más órdenes. Más estilos sapientes aparte de esos tres. Los cuánticos y los metamemes, por ejemplo. Y hay rumores sobre otros que no se mencionan en la Gran Biblioteca. La simple lógica, y la estética, me inducen a pensar que el proceso continúa. Otros deben sumarse también. En algún nivel que está más allá del que acabamos de ver.

Lark parpadeó.

¿Otro nivel? ¿Pero qué puede haber más allá...?

Y de pronto lo supo.

Compartiendo esa comprensión, el zang que tenía al lado exhaló burbujas malolientes —el equivalente de un gemido de consternación— y se encogió. Pero Lark sólo asintió.

Estás hablando de agujeros negros.

Un torrente de información inundó sus pensamientos, revelando muchos tipos de agujeros conocidos para la ciencia, lugares donde la densidad de la materia pasaba un punto de no retorno, curvando tanto la gravedad que ninguna luz, ni información de ningún tipo, podía escapar. Sólo algunas de esas profundas singularidades servirían para el propósito que describía Ling: las más pequeñas, con una masa equivalente a pocas veces un sol típico. Abismos sin fondo cuyos empinados bordes tendrían las

mayores mareas, y donde el tiempo casi se detendría.

En una zona tan angosta, en el linde del horizonte de sucesos del agujero negro, no habría distinción entre materia y energía. La causalidad se escabulliría del abrazo de Ifni. En las condiciones adecuadas, todos los órdenes de vida se fusionarían, creando un caldo de sapiencia pura. Inteligencia en su forma más esencial.

Si todo funcionaba.

Si tienes razón, es lógico y estético. Incluso bello, a su manera. Pero tengo una pregunta, Ling. ¿Cómo encajamos nosotros en este gran plan? Me refiero a ti y a mí. Todos los seres de las arcas y los glóbulos que nos rodean pueden estar preparados para este destino, suponiendo que sobrevivan al tumultuoso caos para llegar al próximo nivel. A fin de cuentas, se han pasado milenios refinando sus almas, preparándose para esta transformación. Pero tú y yo estamos aquí por accidente, porque estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¡No nos corresponde estar aquí!

Ling le cogió la mano, y Lark sintió su cálida sonrisa en la mente.

¿No te gusta nuestro nido, amor?

Él le apretó la mano.

Sabes que sí. Pero no aguardo con ansiedad el próximo paso... «fusionarme» con mecanoides estelares, ser reducido al tamaño de un guisante, al fin...

Ella lo detuvo con un leve toque mental, una caricia tranquilizadora que ahuyentó el pánico.

Está bien, Lark. No te preocupes. Dudo que sigamos mucho tiempo por este camino. No si los jophurs tienen algo que decir al respecto.

SARA

La obtención de una respuesta no aplacó las preocupaciones de Sara.

Mientras el holograma Niss giraba cerca de ella, arrugó la frente con preocupación.

—¡Demonios! Esperaba enterarme de que esos bastardos habían trascendido.

La voz del ordenador respondió con desconcierto.

—¿Puedo preguntar por qué te preocupa el destino de una raza mayor?

Sara frunció el ceño.

—Los buyurs no eran una raza cualquiera. Cuando estaban en Jijo, eran célebres por su inteligencia e ingenio. Podrías decir que eran los tymbrimis de sus tiempos, sólo que mucho más sutiles para los juegos de política y poder. Y tenían una visión más amplia de lo que se necesitaba para hacer una buena broma.

—En nombre de mis fabricantes tymbrimis, gracias por el cumplido —respondió sarcásticamente la Niss.

Pero Sara había aprendido a ignorar esas salidas, destinadas a irritar a la gente. Le preocupaba una raza de bufones que podía tomarse un millón de años para redondear una broma. Comediantes pacientes cuyas víctimas podían incluir a su propia gente y las Seis Razas de la Comuna de Jijo.

—¿Es seguro de que los Trascendentes tienen datos tan precisos? —preguntó—. Quizá los buyurs atravesaron otra enana blanca, otro embudo de fusión, cuando se elevaron al siguiente nivel.

—No entiendes la naturaleza de la informática cuántica —comentó secamente la Niss—. Cada parte de la Red Trascendente está en contacto local con todas las demás. No hay distinciones de espacio ni de tiempo. Todos los Trascendentes saben lo que saben los demás. Hablamos de lo más parecido a aquello que los humanos llamabais Deidad Omnisciente... de este lado del Punto Omega.

Sara gruñó, adoptando el grueso acento de un granjero de Dolo.

—Hasta ahora he visto muchas deidades estelares y ninguna me ha impresionado. La mezquindad parece formar parte de la vida, por mucho que ascienda.

—Demasiado joven para ser tan cínica —suspiró la Niss—. Sea como fuere, la pregunta que enviaste a la Red recibió una respuesta. Si los Trascendentes no mienten, podemos estar bastante seguros de que los buyurs aún no se han unido a ellos.

La noticia era irritante para Sara. Le había parecido la mejor solución posible para un problema que la tenía a mal traer. Cuanto más analizaba las ecuaciones que describían las violentas convulsiones que assolaban el cosmos, más se aclaraba un hecho.

La matemática era demasiado elegante, demasiado bella para que toda la sociedad

galáctica hubiera pasado por alto las correlaciones. Aunque la mayoría adoleciera de estrechez mental, otros tenían que haber hallado atajos similares y reveladores. Modos similares de leer entre líneas.

Alguien que lo hubiera logrado habría atravesado el velo del secreto, sabiendo de antemano que se aproximaba una crisis espaciotemporal. Un momento en que las sendas hiperespaciales sufrirían una conmoción, y reinaría la confusión.

La acumulación de pruebas convencía a Sara de que los buyurs lo habían sabido. Habían planeado las cosas para que los irruptores fueran al sistema de Jijo cuando la Galaxia Cuatro se declarase en barbecho y fuera evacuada. Habían dispuesto que un punto de transferencia cercano quedara latente, y que Izmunuti entrase en una etapa explosiva, creando la botella perfecta para encerrar a los especímenes que se aproximaran a olfatear la trampa.

Y hay más coincidencias, pensó. Por ejemplo, por qué todos los grupos de irruptores se instalaron en la Cuesta, a pesar de nuestra naturaleza belicosa. Presuntamente era por los Rollos Sagrados, pero creo que había otra fuerza en acción. El Huevo. Influyendo en silencio sobre nuestros ancestros, aun dos milenios antes de aparecer en la superficie.

¿Pero por qué parar ahí? Quizá los buyurs hubieran decidido qué razas enviarían naves-furtivas a Jijo, sembrando la colonia ilegal con la mezcla adecuada.

¿Manipularon a los g'Keks, por ejemplo, lanzando a esos felices y prósperos habitantes del espacio a un desesperado conflicto con los jophurs, para que el resto tuviera que huir y buscar refugio bajo el ojo inmutable de Izmunuti? ¿Luego liberaron a algunos jophurs de sus anillos maestros, creando una partida de traekis restaurados que debían refugiarse en Jijo y entablar amistad con los g'Keks?

El problema de pensar en posibles conspiraciones era que la mente pronto se atosigaba de correlaciones, transformándolas en probabilidades... era posible culpar a los buyurs de todo lo que había sucedido en la Tierra durante los últimos miles de años. Porque la oscuridad, la ignorancia, el dolor y el aislamiento ayudaban a hacer de los humanos lo que eran, y al fin los habían obligado a despachar naves-furtivas hacia rincones alejados del espacio... naves como el Tabernáculo, con la esperanza de preservar pequeñas muestras de humanidad en el inminente diluvio.

¿Organizaron todo eso los buyurs para tener los ingredientes adecuados para su obra maestra de Jijo?

Sara sacudió la cabeza. Si seguía por ese camino, llevando su teoría mucho más allá de las pruebas disponibles, terminaría paranoica.

—Hemos aprendido otra cosa, al consultar la Red Trascendente —explicó la Niss—. Se ha librado una titánica batalla espacial durante semanas en los confines del Sistema Solar. A pesar de los nuevos aliados, las defensas de la Tierra están apunto de derrumbarse. Pronto los fanáticos tendrán vía libre. Cuando al fin invadan el mundo

azul de tu raza, Sara, sería poco realista esperar misericordia.

Mientras ella buscaba respuestas, el intento de escape continuaba lentamente. Con sus rebabas externas aún cubiertas por ese revestimiento «mágico», el Streaker no era tan ágil como antes. Sin Kaa el Afortunado al timón, Akeakemai y los demás delfines debían hacer grandes esfuerzos para pilotar la nave y alejarse de la enana blanca.

Alrededor de ellos se extendía el atasco de tránsito más grande de todos los tiempos, un vórtice de confusión salpicado con los desechos de violentas explosiones. Mientras la mayoría de los candidatos trataba de mantener el curso, siguiendo tozudamente su descenso en espiral, a pesar de las colisiones y las ondas de caos, una minoría intentaba escapar, como el Streaker. Suficientes como para desordenar las filas, eliminando toda semblanza de orden. Atravesar esa turbulencia requeriría más que la suerte de Ifni. Requeriría un milagro.

Aunque el Streaker llegara al espacio abierto, tendría que vérselas con la nave jophur. Y el viejo problema de encontrar un lugar seguro en el universo.

Sara miró a Gillian Baskin, que estaba en conferencia con una figura lustrosa y gris que flotaba más allá de una barrera de vidrio, en la parte inundada de la cámara. Era Zub'daki, el astrónomo delfín, que le explicaba algo en un dialecto ánglico demasiado agudo para que Sara entendiera. Pero por el gesto de Gillian, no podía ser una buena noticia. Tenía la cara larga y pálida.

Estos pueden ser nuestros últimos momentos, pensó Sara. Debería pasarlos con Emerson, no indagando teorías sobre antiguos crímenes, ni analizando calamidades cósmicas sobre las que no podemos hacer nada.

Pero Emerson nunca estaba a la vista. A pesar de su lesión cerebral, el ingeniero había reunido a todos los técnicos que Hannes Suessi podía prestarle. Habían desistido de tratar de eliminar la peligrosa capa externa del Streaker, y trabajaban en el láser de comunicaciones. Aunque la mayoría aún no entendía la idea de Emerson, Gillian había aprobado el proyecto, en parte para dar un quehacer que distrajera al personal en su tiempo libre.

Ojalá yo tuviera ese refugio, un modo de mantenerme ocupada, fingiendo que puedo cambiar las cosas. Pero la única tecnología que conozco es la que sirve para fabricar papel con toscas prensas y la energía del molino de agua de Nelo. Aparte de eso, soy sólo un chamán. Una hechicera. Una practicante del pintoresco arte terrícola del cálculo.

Prity se le acercó con varias hojas cubiertas de dibujos en perspectiva. Representaban sendas hiperespaciales, estiradas casi hasta el punto de ruptura. Notando el ánimo de su ama, la chimpancé dejó los papeles y se subió al regazo de Sara.

Dulce Prity, pensó Sara mientras la acariciaba. Eres muda, mientras los chimpancés terrícolas han logrado hablar y pilotar naves estelares. ¡Pero cómo me

habría gustado exhibirte con orgullo! Los asombrarías, si alguna vez llegáramos a la Tierra.

Continuando su conversación con Zub'daki, Gillian usó rápidos gestos para activar la imagen holográfica de otros delfines, entre ellos Akeakemai y el astronavegante Olelo, que escucharon unos instantes y luego protestaron, en voz tan alta que Sara oyó jirones de trinario ánglico.

—Estamosss avanzando a toda la velocidad prudente, dadas las circunstanciasss. Sería temerario acelerar másss en este caótico atasco.

No distinguió la respuesta de la doctora Baskin, pero tuvo un efecto considerable en Akeakemai, cuyos ojos se hincharon con un aire de sorpresa casi humana. Un aire de tristeza recubrió la «sonrisa» perpetua que era típica de los neodelfines.

Sara alzó a Prity suavemente y la apoyó en la cubierta. Se levantó y se dirigió hacia Gillian. La conversación era más acalorada.

—Pero... —protestó Akeakemai—. ¿Qué hay de los Trascendentesss? ¡Ellos no permitirían que sucediera semejante cosssa!

Sara, preguntándose a qué se refería, se acercó.

La máquina Niss se manifestó en su forma holográfica, girando cerca de Gillian Baskin.

—Tengo malas noticias —anunció—. Los portales se han cerrado. Ya no aceptan más candidatos de este enjambre.

—Me lo temía —dijo Gillian—. Las convulsiones del subespacio han superado la capacidad de funcionamiento de los portales. Ahora las arcas no tendrán adonde ir y se acumularán sobre la superficie de la enana.

—La acumulación ya se está produciendo, a medida que nuevas naves candidatas terminan su transformación y se instalan en esa atestada órbita baja. Sin embargo...

—El holograma giró y se inclinó—. Te equivocas en cuanto a los portales. Siguen operando. Es verdad que parecen haber dejado de enviar candidatos a los reinos que están mas allá. Pero ello es porque tienen otras tareas en mente.

—¡Muéstranoslo! —exigió Sara, soslayando la autoridad de Gillian.

La doctora asintió, y surgió una imagen multidimensional. Todos los objetos estaban representados en una escala logarítmica que permitía que los sucesos se vieran en vivido detalle.

Cerca de la enana blanca, naves gigantescas se apiñaban como un rebaño de bestias inquietas, acercándose al fuego abrasador. Otras se aproximaban, contribuyendo a formar un disco cada vez más grueso. Cada recién llegado venía buscando el tránsito al siguiente nivel. A un lugar fabuloso, cerca de una distante estrella de neutrones, donde volverían a transformarse para disfrutar del abrazo de potentes mareas.

Pero los conductos habían desaparecido.

Las estructuras ahusadas estaban muy ocupadas instantes atrás, trasladando a los candidatos hacia su meta. Pero ahora esos inmensos artefactos abandonaban sus puestos y ascendían, librando a los recién llegados a su suerte.

Los portales titilaban con colores inconstantes y esquivos, recordando a Sara el Flujo Espectral —ese desierto de piedra psi, en Jijo— donde una sola mirada podía causar vértigo.

Elevándose de la estrella enana, cada aguja subía por el embudo de arcas descendientes, obligando a muchas a apartarse violentamente, dejando torbellinos de confusión.

El escaso orden que aún quedaba en esa peregrinación pronto se esfumó. Grandes explosiones resplandecían detrás de cada coloso, como diatomeas fosforescentes agitándose en un mar oscuro cuando embiste una gran bestia.

—¡Una de esas cosas se dirige hacia nosotros! —exclamó el astronavegante.

Gillian rugió una orden.

—¡Sácanos de aquí, y al demonio con la prudencia! ¡Máxima velocidad inercial!

Akeakemai respondió con un enfático coletazo:

—¡A la orden!

Los motores del Streaker gruñeron. Sara sintió ominosas vibraciones en los pies, junto con una extraña tensión en la espalda mientras los campos procuraban compensar la aceleración.

—Sabesss que essto es inútil —comentó Zub'daki—. Aunque eludamos las colisiones y a los jophurs, no lo l-lograremos. El Streaker tendría que estar a varios años-luz de distancia para escapar de la inminente calamidad.

—¿De qué hablas? —preguntó Sara—. ¿Qué calamidad?

Antes de que el astrónomo delfín pudiera responder, Sara retrocedió con un jadeo.

En la holopantalla, uno de los enormes portales ascendía velozmente, sembrando el caos a su paso, en un curso que parecía destinado a pasar cerca de ellos. Mientras billones morían en los choques y detonaciones, el «portal» continuaba su ascenso.

Y Sara vio algo más.

—¡Está disparando contra algunas naves!

El artefacto ahusado no se contentaba con sembrar el caos entre los candidatos. También disparaba rayos de fuerza, semejantes a lazos relucientes, apuntando a blancos específicos.

Esto no era una anomalía. Los demás portales se portaban del mismo modo mientras escapaban de la enana blanca.

Sara sintió que Prity le cogía la mano derecha. Pasmada ante esa orgía de destrucción —mucho más cruenta y devastadora que la catástrofe del Mundo Fractal— sólo podía mirar maravillada.

Ojalá Emerson estuviera aquí, así podríamos mirar juntos.

En medio de esa oleada de disparos y detonaciones, tuvo tiempo para otro pensamiento antes de que el monstruo resplandeciente disparase una vez más, buscando al Streaker con rayos deslumbrantes.

Perdón por pensarlo... pero, por Dios, es bellissimo.

DIARIO DE ALVIN

¿Cómo expresar la alegría que siento? ¿O la pena que simultáneamente llena mis tensas y palpitantes vértebras?

A veces la vida parece demasiado irónica. Es posible que el universo se esté desmoronando, pero yo cuento con la bendición de Ifni, pues he encontrado una cálida aceptación entre los de mi propia especie. Entretanto el pobre Pinzón, que tuvo la idea de emprender la aventura que nos trajo aquí desde nuestro mundo agreste, encontró una muerte prematura en el umbral de la civilización, porque estaba en un mal lugar en el peor momento.

El mayor Harry Harms quería enviar un alerta policíaco para apresar al asesino, pero el piloto Kaa le rogó que no lo hiciera. Una investigación nos pondría al descubierto, revelando la presencia de delfines e irruptores en Kazzkark. Ante todo, debemos proteger a Huck, como única sobreviviente g'Kek fuera de Jijo, aunque le irrita estar en semejante posición. Huck es la más furiosa de nosotros, y ansía vengar a Pinzón a cualquier precio.

Tuve que darle la razón a Kaa. Cuando el imperio de la ley empieza a derrumbarse, es dudoso que una investigación sirva de mucho, de todos modos.

—Veré qué puedo averiguar —nos aseguró el mayor Harms—. Y lanzaré programas de búsqueda para hallar imágenes rothens en los monitores, por si Ro-kenn comete la imprudencia de caminar abiertamente por las avenidas. Pero apuesto a que se ha ocultado. Los rothens son muy astutos para los disfraces y esas cosas.

—Quizás haya buscado la protección de uno de los grandes clanes —añadió Kaa—. Quizás esté negociando con ellos ahora mismo, para vender al Streaker y Jijo.

Para impedirlo, Harry le pidió a Kaa que llevara nuestra pequeña nave estelar a los muelles del Instituto de Navegación, ocultándola detrás de su extraña nave.

—Debéis entender, nunca lo haría en circunstancias normales —explicó—. He prestado un juramento de lealtad al Instituto y a la Civilización de las Cinco Galaxias. —Se encogió de hombros expresivamente—. Pero ahora no está claro qué significa eso.

Confieso que al principio me costaba mirarle hablar sin guturear en voz alta. Sé que no debería sorprenderme que un chimpancé hable con elocuencia. Sobre todo uno que se mantenía tan erguido, con su elegante pelo blanco y su envidiable y ágil cola. Es evidente que su raza se ha beneficiado con varios siglos más de Elevación genética desde que el Tabernáculo partió de la Tierra, llevando sus primos mudos a Jijo.

—En todo caso —continuó el mayor Harms—, tenéis un conjunto de bioidentificaciones de Ro-kenn en ese informe que lleváis al Consejo de los Terrágenos. Tal vez pongan a alguno de sus célebres agentes interestelares a buscarlo.

Estoy seguro de que ese canalla pagará por lo que hizo. No os preocupéis.

Vaya afirmación. Hasta Huck pareció calmarse un poco.

Aun así, dado lo que hemos oído sobre el Sitio de la Tierra, ¿cómo es posible que esto suceda?

Incluso antes de la muerte de Pinzón, nuestra gloriosa cofradía se estaba disgregando.

La semana pasada Ur-ronn se reunió con los propietarios p'un m'ang de un carguero, criaturas semejantes a aves, con cerdas en vez de alas y sin órganos manipuladores, salvo los picos. Esta gente estaba en apuros. Sus peones los habían abandonado para volver a casa durante la crisis. Parecían encantados con la posibilidad de contratar a una reemplazante urs, aunque Ur-ronn les dijo que su educación técnica dejaba que desear.

Como el pilotaje es automático en las principales rutas comerciales, y los robots se encargan de la mayoría de las tareas, la tripulación sólo necesita a alguien con inteligencia y agilidad táctil, para recoger cosas, mover palancas y demás cuando las máquinas resultan poco flexibles. Eso parece fácil para una trabajadora infatigable como Ur-ronn, cuyas ágiles manos pueden realizar cualquier tarea. Le parecerá un juego de niños, después de haberse deslomado para Uriel en la forja del monte Guenn.

Le pedí a Twaphu-anuph que revisara el contrato con su ojo de burócrata, y lo consideró satisfactorio. Los p'un m'ang dejarán a Ur-ronn después de su tercera escala, en un puerto donde suelen detenerse muchas naves urs, y podrá establecer contacto con su propia gente. A lo largo del camino adquirirá experiencia mientras se gana unos créditos para sus gastos.

Espero que no abrume a sus pobres patrones con sus preguntas.

—For lo menos la nave es cálida y seca —dijo Ur-ronn, después de visitarla—. No tiene esa maldita humedad que tuve que soportar mientras veníamos aquí. Y los f'un m'ang no huelen tan mal como los terrícolas...

Kaa contestó con un sonido irónico y afablemente despectivo. Los dos habían pasado mucho tiempo juntos durante el viaje desde la Galaxia Cuatro, hablando de tecnología, cada cual distraído al otro. Dudo que alguna vez vea una amistad más extraña que esta relación entre un delfín amante del agua y una urs hidrófoba.

—Mantendré los tres ojos abiertos, en busca de una nave terrícola o tymbrimi fara farsarle esto —continuó, palmeándose el morral que llevaba bajo el brazo izquierdo. En su interior había una copia del informe de Gillian Baskin, codificado para el Consejo de los Terrágenos.

(Yo tengo otro duplicado oculto. Quién sabe cuál de nosotros llegará el primero. Suponiendo que el cosmos colabore, y la Tierra sobreviva.)

Me sentí triste cuando Ur-ronn partió con los p'un m'ang. Despidiendo a nuestra

querida camarada, quise alzarla hasta que elevara sus cuatro cascos del piso, y estrujarla en un abrazo hoon. Pero sé que nuestras razas ven estas cosas de otra manera. Las urs no son nostálgicas ni sentimentales.

Claro que Ur-ronn nos ama a Huck y a mí, al estilo de su raza.

Tal vez piense en nosotros de vez en cuando, con fugaz afecto.

Pero su vida pronto estará llena de actividad.

No nos extrañará tanto como nosotros ya la extrañamos a ella.

Así es el mundo.

Mientras Ur-ronn partía, otro compañero regresó a mí.

Después de duras e intensas preguntas, Dwer al fin obtuvo lo que quería de Pies de Barro. El pequeño noor habló, confesando la verdad que habíamos sospechado: siglos atrás algunos tymbrimis instalaron una colonia ilícita de sus amados pupilos en Jijo. Aunque la mayoría de los noors nacen mudos y parcialmente involucionados, un grupo secreto conservaba sus poderes mentales Elevados. Son tytlals.

Pies de Barro convino en revelar a Dwer palabras clave y frases que sacarán a los demás de su escondrijo. Éste fue el precio que Dwer le exigió a cambio de su libertad. El propósito de Pies de Barro es hacer contacto con los tymbrimis e informarles sobre lo que sucedió en Jijo. Como ese objetivo es compatible con el mío, la criaturilla me acompañará cuando yo emprenda el viaje.

Dwer parece satisfecho. Creo que su principal objetivo era ganarle la partida a Pies de Barro, por una vez, antes de que él y Kaa inicien su largo viaje de regreso a Jijo.

Antes de que todo se desmorone.

Las Cinco Galaxias tiemblan mientras se aproxima el momento de la escisión.

Mientras los espaciomotos se intensifican y las fisuras rajan las paredes del antiguo planeta, es manifiesto que aun la aislada Kazzkark no será un resguardo contra las convulsiones venideras. El flujo de refugiados se ha invertido, y ahora parten más naves de las que llegan. Con la mitad de las rutas espaciales descalabradas, muchos usan las pocas rutas estables para volver a casa mientras hay tiempo.

Entre los que parten, los más pintorescos son los predicadores de túnica azul y dorada, que propagan un evangelio extravagante que se concentra en la salvación de los individuos, no de las razas. Un credo donde la Tierra tiene el papel protagonista de planeta mártir.

Una secta que proclama su amor por la Tierra mientras se regocija en su crucifixión.

No sé si el mismo mensaje se predica en un millón de mundos, o si el skiano es su único apóstol. De cualquier modo, el culto parece haber tocado una cuerda sensible

en estos tiempos turbulentos. Desperdigándose por el espacio para difundir la nueva, los misioneros parecían ávidos de aprovechar el caos y la fragilidad de credos más antiguos.

En el centro de todo esto, actuando como principal asistente del skiano, está Rety, la joven humana que una vez parecía una salvaje indómita, aun en el remoto Jijo. Transformada por la cirugía y su nueva indumentaria, encabeza a los conversos — aun a sofisticados viajeros estelares— como si fuera una altiva representante de un antiguo clan de instructores.

¡Y ellos lo aceptan! Se inclinan respetuosamente, aun cuando el loro que ella lleva en el hombro hace comentarios irreverentes.

Nunca he visto un humano que actuara con mayor aplomo ni arrogancia.

Entretanto, el skiano camina despacio, con una luz siniestra en un conjunto de ojos, mientras el otro par parece otear lejanos horizontes.

Naturalmente, Dwer no ha podido convencer a Rety de abandonar este grupo de fanáticos. No demostró el menor interés cuando Harry Harms le ofreció un pase para su mundo natal, una colonia situada lejos de los actuales problemas, donde quizás encontrara seguridad y confort entre su propia gente.

Harry y Dwer expresan frustración. Pero la firme decisión de Rety me parece comprensible. Ha aprendido que es agradable sentirse importante entre personas que la valoran.

A mí me sucede lo mismo.

Es hora de dejar mi diario. Dor-hinuf me espera en la morada de sus padres, donde los miembros de la comunidad hoon se volverán a reunir para una velada de cena y poesía. Un acontecimiento normal en Jijo, pero muy atrevido e innovador entre mis parientes de las estrellas.

Debo hurgar en la caja de libros que traje de Jijo y seleccionar la lectura de esta noche. La última vez leímos un poco de Melville y Cousteau, pero parece que los autores humanos son difíciles para muchos de estos hoons civilizados. Supongo que tardaré un poco en enseñarles los méritos de Jules Verne y Mark Twain.

Prefieren que guturee las odas de Chuph-wnph'iwo y Phovhoon-dau, que cantan melodramáticamente sobre velas que se tensan sobre robustos mástiles, desafiando el viento y la espuma salobre mientras una filosa proa hiende gallardamente un mar tormentoso. Mi padre se enorgullecería de saber que el renacimiento literario hoon de Jijo, tanto tiempo eclipsado por los autores terrícolas, al fin encuentra un público ávido entre nuestros primos lejanos de las estrellas.

Es muy gratificante. Pero me intriga.

¿Cómo es posible?

¡Considerad la ironía! Huck y yo siempre soñábamos con lo romántico y maravilloso que sería viajar en naves espaciales. Pero estos hoons civilizados sólo

ven las naves estelares como mecanismos —obtusos implementos para ir de un puesto a otro— mientras cumplen el destino rutinario impuesto a nuestra especie por los instructores guthatsas.

¿Qué los hace receptivos, ahora, a los gutureos de esperanza y alegría? ¿El creciente caos externo? ¿O había algo latente bajo esa oscura capa de opresiva y burocrática infelicidad?

¿Será que la sencilla imagen de un velero provoca un despertar, una conmoción interior?

En tal caso, esa euforia pudo permanecer sepultada para siempre. Ningún hoon civilizado arriesgaría voluntariamente la vida en el mar. La mera idea le parecería absurda. Las cuentas no cerrarían. Enemigos del riesgo, nunca lo intentarían.

Además, los hoons no saben nadar. En nuestro árbol genealógico, nada parece anunciar el modo en que las vértebras hoons castañetean ante un paisaje de témpanos en un horizonte borrascoso, ni las notas musicales que entonan la cuerda y la lona, como una madre gutureándole al hijo.

Esto sólo se descubrió en Jijo, una vez que nuestros ancestros abandonaron sus herramientas deíficas, junto con todos los deberes y expectativas impuestos por los guthatsas.

Es justo decir que quizá nuestros instructores tenían buenas intenciones. A fin de cuentas, les debemos nuestra mente sapiente. La sociedad galáctica fija pautas severas que la mayoría de las razas antiguas respeta, cuando Elevan a sus pupilos hacia una adultez serena y confiable. Los guthatsas tomaron nuestros rasgos raciales más fuertes —lealtad, deber, devoción a la familia— y los usaron para impulsarnos por un camino estrecho. Hacia una responsabilidad prudente y obsesiva.

Pero ahora Dor-hinuf y su gente están aprendiendo que nuestros instructores nos privaron de algo. Nos robaron nuestro mayor tesoro.

Un tesoro que sólo recobramos cuando decidimos hacer novillos, escapar de la clase para ir al río.

A Jijo, donde los hoons reclamaron lo que les habían robado.

Nuestra infancia.

LARK

Los portales de la trascendencia parecían haber concluido su migración, subiendo desde la posición que ocupaban cerca de la superficie de la enana blanca. Ahora esos enormes ingenios relucían en órbitas mucho más altas, más allá de los bordes externos del enjambre de los candidatos.

La distancia recorrida era corta, según las pautas del vuelo espacial. Pero al cruzarla, crearon un caos homicida.

Debajo se extendía un caldero de fuego y confusión donde millones de vastas naves luchaban desesperadamente por la supervivencia. Ya desordenados por ondas de caos, los carriles de tráfico estaban completamente desquiciados y se dividían en mil remolinos turbulentos. La resonancia de los motores provocaba interferencias, creando campos de atracción mutua, arrojando unas naves contra otras. Cuando un arca gigante viraba para eludir a otra, una tercera era víctima de un impacto explosivo.

Las erupciones proliferaban en ese atestado embudo, convirtiendo lo que había sido materia consciente en llamas de plasma blanco. Para colmo, cada aguja titánica efectuaba disparos durante su breve trayecto, usando rayos de feroz fulgor para capturar docenas de naves, al parecer escogidas al azar, arrastrándolas como novillos con un lazo.

Entre los no elegidos, los que rozaban accidentalmente esos tentáculos se vaporizaban al instante.

¿Por qué?, preguntó Lark, pasmado por el espectáculo. ¿Por qué lo hicieron?

Contaba con que Ling le diera una explicación, pues había sido una viajera de las estrellas y había pasado más tiempo explorando la Red Trascendente. Pero en esta ocasión estaba igualmente desconcertada.

No lo entiendo... a menos que ya tuvieran su cupo de candidatos, y hayan decidido que no necesitaban más. O quizá las ondas de caos se están volviendo muy fuertes, y tuvieron que dejar de enviar candidatos al próximo nivel.

Él sacudió la cabeza, desalojando a uno de los simbioses que se había instalado allí recientemente, devorando sus últimos folículos de pelo.

Pero eso no explica ese cruel desprecio por la vida. ¡Se trata de seres sapientes! ¡Billones de ellos! Miembros de antiguas razas que habían estudiado y se habían mejorado durante millones de años para llegar aquí...

Ling le cogió el brazo y se lo acarició, apretándose contra él en busca de consuelo.

Aun así, Lark, todavía eran animales en comparación con los trascendentes. Prescindibles. Sobre todo si su destrucción podía servir a un propósito más alto.

Él pestañeó varias veces.

¿Propósito más alto? ¿Qué propósito podría justificar...?

Se interrumpió al sentir que una nueva presencia avanzaba hacia ellos por los pasadizos mentales de la Red. Lark la reconoció: su ex maestro, su ex enemigo, ahora simplemente un amigo.

X, el traeki modificado, había hecho algunas exploraciones independientes y quería comunicar sus hallazgos.

Los jophurs han desesperado de regresar a su clan o cumplir con su misión. Más aún, comprenden que les queda muy poco tiempo. Pronto la macroentidad de la que ahora formamos parte, lo que llamáis Madre, terminará su conquista del Polkjhy irrumpiendo en el sector de máquinas, donde los tripulantes han emplazado su último baluarte. Entonces dejarán de ser jophurs, al menos según su estrecha definición. Antes que eso ocurra, realizarán un acto dramático y concluyente. Un último acto de venganza.

Lark proyectó su mente, visualizando el acorazado y su entorno. Por obra de la suerte o la temeridad, el Polkjhy había logrado escapar del enjambre de los candidatos. Sólo deshilachados bordes del disco giratorio se interponían entre ellos y el espacio profundo, un estrellado cielo nocturno que en ocasiones ondulaba con oleadas de caos. La perspectiva de la fuga era tentadora, ahora que el camino parecía despejado. Pero los tripulantes del Polkjhy sabían que era imposible. Madre los integraría a su nueva existencia híbrida mucho antes que llegaran al primer punto de transferencia. Suponiendo que el punto T aún fuera utilizable. Ruidos de motores resonaban en el ámbito líquido, comunicando una profunda resolución. Lark vio la trayectoria del Polkjhy, y comprendió que se dirigía hacia uno de los portales.

En medio de esta lucha y confusión, los jophurs se han atenido tenazmente a su propósito original. Nunca perdieron el rastro de la nave terrícola. Está adelante, atrapada por los Trascendentes en una telaraña de luz.

Proyectando su punto de vista, Lark comprobó que cada gran aguja estaba rodeada por racimos de naves cautivas. Indagando en la Red, no encontraron ninguna razón ni propósito para esta extraña actividad, pero pronto Lark notó que una débil resonancia reverberaba en una de esas naves.

Algo familiar.

Ling se sumó a sus esfuerzos y buscaron juntos, hasta que oyeron un chasquido y los circuitos se llenaron de patrones sonoros.

Una voz humana, sombría pero resuelta.

—Repetimos. Éste no es un destino de nuestra elección. No somos miembros legítimos del enjambre de candidatos, ni formamos parte del orden de los retirados. No tenemos por qué estar en el Abrazo de las Mareas, ni deseamos experimentar aún ningún tipo de trascendencia. El deber nos reclama en la Galaxia Dos. ¡Dejadnos ir,

por favor! Requerimos humildemente que nos dejéis escapar de este lugar condenado, mientras hay tiempo. Repetimos. Este no es un destino de nuestra elección...

Interesante. Al parecer los terrícolas fueron escogidos para realizar una tarea honorable. Una misión o servicio que las supermentes consideran digna. Pero ellos rechazan esta distinción y prefieren regresar a sus problemas anteriores en un mundo de peligro y pena.

Entretanto, los jophurs restantes embisten con un solo propósito en mente, negar a los terrícolas el sabor de una trascendencia que no se han ganado. Se aproxima una confrontación que será digna de observar.

Lark apreciaba el distanciamiento del traeki, aunque el resultado más probable era que el Polkjhy fuera vaporizado como un mosquito molesto por poderes inimaginablemente más potentes.

Pensó en maneras de eludir este fin indeseable.

Me pregunto si podremos comunicarnos con el Streaker a través de la Red.

Ling asintió.

No veo por qué no. Aunque sea por unos instantes.

Su amigo traeki también accedió.

Yo/nosotros tenemos mis/nuestros propios motivos para desearlo. Trabajemos juntos y procuremos lograr esa conexión.

HARRY

Cuando una de las galerías del polo Sur se derrumbó, arrojando varios miles de ocupantes al vacío mortífero, los altos funcionarios de Kazzkark cedieron al fin a lo inevitable. Impartieron la esperada orden.

¡Evacuar!

—He registrado los archivos más antiguos y mejor protegidos de la Gran Biblioteca, y mi investigación indica que las condiciones quizá fueran similares durante el Colapso de Gronin —explicó Wer'Q'quinn cuando Harry se presentó.

Desde un alto balcón de la jefatura del Instituto de Navegación, contemplaron las multitudes que se dirigían a diversos puertos de salida por las galerías principales, procurando reclamar las naves estelares que los habían llevado allí. Wer'Q'quinn agitó un lánguidoseudópodo y siguió hablando del pasado.

—Entonces, como ahora, los Institutos lo negaron todo. Luego, siguiendo instrucciones de órdenes de vida más altos, ocultaron la verdad a la mayor parte de nuestra civilización hasta que fue demasiado tarde para los preparativos concertados. Una situación idéntica se habría repetido esta vez, de no ser por la reciente advertencia que se irradió desde la Tierra. Sin ella, la mayoría de las razas de las Cinco Galaxias no habrían tenido la menor oportunidad de prepararse.

—Muchos clanes optan por ignorar la advertencia —respondió Harry—. Algunos no escuchan porque están demasiado ocupados atacando la Tierra. —Al cabo de un sombrío silencio, continuó—: Supongo que estos disturbios espaciales no afectarán el Sitio de la Tierra, ¿verdad?

Wer'Q'quinn escrutó al chimpancé como temiendo que perdiera su lealtad.

—Parece improbable. Estimamos que hasta un treinta por ciento de los puntos T de la Galaxia Dos permanecerán en operaciones. Desde luego, durante la peor parte de la crisis, los ramalazos métricos afectarán todos los niveles del hiperespacio. ¡Ay de la nave que intente pseudoacelerar mientras eso ocurre! Pero eso no presentará un inconveniente para los grandes acorazados que actualmente rodean el sistema solar de tus ancestros. Estarán a salvo, mientras permanezcan en el espacio normal y se abstengan de usar armas probabilísticas hasta que termine la ruptura. Naturalmente, esperamos efectos mucho más graves en la Galaxia Cuatro.

Harry asintió.

—Que es precisamente adonde me envías.

—¿Te rehusas? Puedo enviar a otro.

—¿Sí? ¿A quién encontrarás que esté dispuesto a entrar en el Espacio E en un momento así?

La respuesta de Wer'Q'quinn fue un elocuente silencio. En el personal restante,

sólo Harry tenía la experiencia y el talento necesarios para brindar alguna esperanza de éxito en ese estrambótico ámbito de ideas vivientes.

—Bien —gruñó Harry—. ¿Por qué no? Dices que tendré tiempo suficiente para dejar nuevos paquetes de instrumentos en la Avenida, de aquí a la Galaxia Cuatro, y regresar antes de que estalle la crisis.

—Será arriesgado —le confió Wer'Q'quinn—. Pero hemos completado nuestros cálculos tradicionales con nuevas estimaciones, utilizando técnicas lobeznas de encantamiento matemático que estaban contenidas en el mensaje de la Tierra. Ambos métodos parecen concordar. La ruptura principal no ocurrirá hasta después de tu regreso.

El silencio se prolongó.

—De todos modos habría ido —dijo al fin Harry, con voz áspera.

Un suspiro. Una ondulación de tentáculos.

—Sabía que lo harías.

—Por las Cinco Galaxias —añadió Harry.

—Sí. —La voz de Wer'Q'quinn tembló—. Por la Civilización de... las Cinco Galaxias.

En los bulevares de Kazzkark, lo peor del éxodo parecía haber terminado. Mientras los recolectores juntaban los residuos que habían dejado los apresurados visitantes, Harry caminaba con robots flotantes que llevaban las cápsulas con los instrumentos de Wer'Q'quinn. Los telémetros de estos paquetes aportarían revelaciones sobre las tensiones que desgarraban la trama del espacio. Quizá la próxima vez —dentro de cien millones de años— la gente pudiera comprender las cosas un poco mejor.

Y habría una próxima vez. Mientras el universo se expandía, más de los antiguos «fallos» que enlazaban una galaxia con otra se estirarían hasta romperse. Después de cada destructiva transición, la cantidad de puntos T sería menor, sus conexiones más débiles y los carriles rápidos del hiperespacio resultarían más inaccesibles.

Al envejecer, el cosmos se convierte en un lugar menos interesante y más peligroso. Todo debe de haber parecido cercano y fácil en tiempos de los Progenitores, pensó. Un tiempo mágico, cuando era una trivialidad abrir un camino entre dos puntos de diecisiete galaxias enlazadas.

Irguió los hombros.

En fin. Al menos participo en algo importante. Aunque Wer'Q'quinn exagere mis probabilidades de regresar a casa.

Kazzkark le había parecido un sitio inmaculado cuando llegó allí desde la escuela de entrenamiento. Ahora flotaba una polvareda en los corredores, arrancada de las paredes por los terremotos y ondas de caos que sacudían el sector a cada instante. Se habían vuelto tan frecuentes que ya casi ni reparaba en ellos.

Esto sólo demuestra que incluso lo anormal puede parecer normal, al cabo de un tiempo.

Aproximándose a los muelles, vio un numeroso grupo de hoons con sus familias, llevando equipaje y empujando carros flotantes, disponiéndose a abordar un transporte hacia uno de sus mundos natales. La fila era ordenada, como cabía esperar en una procesión hoon. Pero el grupo tenía algo diferente. Parecían menos hoscos, más animados, que otros de su especie.

Su ropa, comprendió Harry. ¡Alvin les hace usar camisas hawaianas!

Un tercio de esos enormes bípedos había dejado sus aburridas túnicas blancas y plateadas, y usaban en cambio túnicas estampadas con flores y heléchos tropicales, partidas en la espalda para dejar espacio para sus vértebras. Gutureando mientras esperaba en fila, el grupo hacía reverberar los corredores con melodías que parecían mucho más vivaces que las tristes endechas que normalmente entonaban los hoons.

Una frase en gal-seis llamó la atención de Harry.

Si no lo supiera, juraría que eso puede traducirse al inglés como «¡Adelante, compañeros!».

Algunos hoons más viejos miraban todo esto con expresión perpleja y rencorosa. Pero en el frente había un grupo de jóvenes —adolescentes, notó Harry— que entonaban el refrán con entusiastas bramidos de sus sacos laríngeos.

Una alegre balada sobre la transición y el afán de ver nuevos paisajes.

En un rincón, detrás de los hoons, había una extraña figura que parecía un pequeño y desaliñado jophur. Era Tyug, el alquimista traeki de Jijo, acompañando a Alvin en la próxima fase de su aventura.

Harry trató de mirar a Alvin mientras pasaba, pero el joven estaba totalmente distraído, disfrutando de su papel de chico forastero que había ido a agitar las cosas. Con Dor-hinuf al lado, y un par de tytlals en sus anchos hombros, Alvin se apoyaba contra una caja de embalaje, fingiendo displicencia mientras vigilaba atentamente su contenido.

Un borde de la lona se movió. Desde la oscuridad de adentro, un ojo se elevó en el extremo de un pedúnculo ondulante. Otro trató de seguirlo, procurando mirar el entorno.

Sin una pausa en sus gutureos, Alvin usó su manaza para coger ambos ojos y meterlos adentro. Luego sujetó la lona con firmeza. La caja tembló, como si adentro alguien se sacudiera en una protesta. Pero Alvin se apoyó con más firmeza hasta que todo terminó.

—Adelante —gritó un hoon del frente de la fila, cuando al fin se abrió el portal que conducía a la nave—. Atención allá atrás, allá vamos.

Harry trató de contenerse. Hizo un gran esfuerzo, y logró caminar cincuenta metros hasta que ya no pudo resistirse. Se ocultó en un rincón, se apoyó contra la

pared y lanzó una carcajada.

El embarcadero oficial estaba casi desierto. Los dignatarios de los Institutos de la Biblioteca, Migraciones, Comercio y Guerra ya se habían ido, dejando muelles vacíos. Sólo los equipos de Wer'Q'quinn permanecían en su puesto, lanzándose en misiones de rescate o usando faros para guiar el tráfico en las zonas peligrosas. Un trabajo noble. Harry habría preferido realizar esas tareas, ayudando a salvar vidas y remendar la deshilachada trama de la sociedad galáctica. Después de la ruptura principal, el Instituto de Navegación debía promover la recuperación volviendo a impulsar el comercio.

Pero Wer'Q'quinn me reservó para esta misión. Supongo que el viejo pulpo sabe lo que hace.

Adelante aguardaba la plataforma de observación, diseñada para recorrer las junglas meméticas del Espacio E. Aunque esta misión sería la más peligrosa que había realizado, Harry apuró el paso, impulsado por una extraña avidez.

Tarareando, reconoció la misma melodía que los nuevos parientes de Alvin gutureaban mientras se disponían a partir.

Era una melodía pegadiza.

Apropiada para el viaje.

Una canción expectante.

Más ondas de caos sacudieron el planetoide mientras cargaba los instrumentos de Wer'Q'quinn en la bodega. Antiguas paredes de piedra gruñían con vibraciones resonantes, sacudiendo violentamente las cubiertas y los mamparos de la nave. Harry tuvo que apartarse cuando una caja mal sujeta cayó de un estante superior. Gracias a la leve pseudogravedad de Kazzkark, logró salvarse de ser aplastado, pero la caja chocó con fuerza, derramando delicados repuestos en el piso.

Mientras se levantaba, temió que una sirena anunciara una irrupción del vacío, y sólo se tranquilizó al cabo de varios duras. Al parecer los sellos aún resistían.

Harry bajó para visitar el crucero thenniano que estaba aparcado detrás de su estación. Pasando por la cámara de presión, llamó al piloto.

—¡Kaa! ¿Estás preparado para partir? Yo me iré en menos de un midura, si aún piensas en seguirme.

El gris delfín salió del cubículo de mando en una máquina de seis patas. Kaa empezaba a parecer cansado. Hacía semanas que no nadaba. Aparte de sus períodos de descanso en un estrecho tanque de agua, había pasado casi todo el tiempo en la cama de flotación de una unidad ambulatoria.

—Cuanto antesss mejor —jadeó—. Pero debo esssperar el reg-greso de Dwer.

Harry miró en torno.

—Demonios —gruñó—. ¿Y adónde se ha ido ahora?

Otra voz habló desde una puerta trasera, pronunciando palabras ánglicas con un

tono melifluo, casi seductor.

—Vaya, vaya. Supongo que el joven humano está tratando, una vez más, de convencer a su compañera Rety de venir. ¿No te parece?

Kiwei Ha'aoulin salió de una de las pequeñas cabinas, abriéndose paso entre provisiones atadas con redes. La synthia había querido acompañar a Kaa, a pesar de la advertencia de que quizá sólo fuera un viaje de ida. Cada admonición sólo reforzaba su decisión. Kiwei se ofreció incluso a financiar la comida y otros artículos necesarios para el viaje. No creía que una «gran ruptura» fuera inminente.

—Estas perturbaciones pasarán —había asegurado—. No digo que todo volverá a la normalidad. Mientras los Institutos y los grandes clanes se pasan siglos ordenando las cosas, serán laxos en sus regulaciones contra las colonias irruptoras y el contrabando. ¿No hueles oportunidades de negocios en esto? Yo serviré como agente comercial de Jijo, sí. En secreto y de forma confidencial, como enlace en el extranjero de las Seis o Siete Razas, comercializaré implementos primitivos autóctonos en el mercado de los coleccionistas, y todos nos haremos ricos.

Harry había sido testigo de la batalla entre la codicia y la prudencia típica de los synthios. Al fin Kiwei resolvió el conflicto entrando en un estado de pura negación, rechazando alegremente toda noción de que los disturbios pudieran modificar el cosmos de modo fundamental. Harry se sentía culpable por ceder a su requerimiento. Pero la tenacidad de un mercader synthio podía erosionar toda oposición. Además, Kaa necesitaba las provisiones.

Kiwei pisó el tosco dibujo que Pinzón había tallado en la cubierta, una escalofriante imagen del asesino del qheuen, que quizá ya hubiera partido de Kazzkark, planeando más maldades.

—En efecto, Dwer fue a buscar a Rety. Yo estaba monitoreando los canales de comunicaciones, hace un instante, cuando envié un mensaje urgente.

Kaa agitó la cola.

—¡No me lo dijiste!

—Piloto, parecías ocupado con los chequeos previos al despegue. Además pensaba ir a ayudarlo. ¿Generosa, sí? ¿Quieres venir, mayor Harms?

Harry vaciló. Su ventana de lanzamiento sería óptima en un midura. Aun así, si el joven estaba en apuros...

—¿Dijo Dwer de qué se trataba?

La synthia se frotó el vientre con nerviosismo.

—El mensaje no era claro. Al parecer, entiende que se requiere una acción urgente, o la muchacha no sobrevivirá.

Encontraron al joven jijoano en un almacén cercano, agazapado detrás de un montón de cajas abandonadas. Con su capa oscura y su expresión frustrada, contemplaba una reunión de sapientes que se celebraba a cuarenta metros.

Los contenedores vacíos estaban festoneados con colgaduras azules y doradas, un trasfondo cordial para el gran misionero skiano, que estaba rodeado por dos docenas de acólitos de diversas razas.

La cabeza del skiano sobresalía como la proa de una gran nave. Un par de ojos relucía sin cesar, como alumbrando el camino hacia una cálida noche.

La mayoría de los prosélitos ya se había dispersado por el espacio civilizado, llevando su excepcional mensaje de salvación personal, pero este grupo permanecía junto a su líder, entonando himnos que producían escalofríos en Harry.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Dwer, pasando junto a él. Pronto avistó a Rety, que estaba aparte de los demás, la cara iluminada por el fulgor de un ordenador portátil.

—¡Cuidado! —protestó Dwer, cogiéndole el cuello y tirándolo hacia atrás.

—¡Oye! —se quejó Harry, hasta que varios proyectiles tamborilearon contra una caja, haciendo volar astillas.

Harry parpadeó de asombro.

—¡Alguien nos está disparando!

Dwer se asomó con prudencia e indicó a Harry y Kiwei que se acercaran. Señaló a un par de acólitos vestidos de azul —un gello y un paha— que estaban cerca de la tarima, con expresión huraña. Ambas razas habían sido Elevadas para ser guerreras, con un talento innato para el conflicto violento. Aunque ahora estaban consagrados a una religión de paz, les habían asignado una tarea digna de su aptitud. Mientras el gello blandía una vara con punta de metal, el paha lucía un simple dispositivo en un brazo, una catapulta de muñeca, como la que Dwer usaba antes.

—Interesante —dijo Kiwei—. Al no permitirse armamento más sofisticado, pronto entendieron las ventajas de las artes lobeznas. Sin duda Rety se lo enseñó. Tal vez su nueva fe los predisponga a ser más abiertos que los demás.

Harry desechó ese tonto comentario con un gesto.

—No quieren que nos acerquemos. ¿Por qué? —le preguntó a Dwer.

—Me advirtieron que no molestara a Rety. Dicen que la distraigo. No se deciden a matar a un terrícola sagrado. Pero, dado que «el destino terrícola es sufrir por todos los demás», no les importará partirme un par de huesos. Yo que tú me andarías con cuidado.

Harry demostró su frustración.

—Mira, Dwer, no tenemos mucho tiempo. Rety ha decidido quedarse con gente que la amará y la cuidará. Es más de lo que muchos tienen en este universo, y tendrá mejores probabilidades que si viene con nosotros. Es hora de dejar que tome sus propias decisiones.

Dwer asintió.

—Normalmente estaría de acuerdo. Rety ha sido un fastidio. Nada me gustaría

más que separarme de ella. Hay un solo problema. Quizá las cosas no sean tal como las describes.

Harry enarcó las cejas.

—¿Porqué?

Por toda respuesta, Dwer señaló:

—Mira a la derecha, más allá de la plataforma. ¿Ves algo allá? ¿Detrás de esa cortina?

Suspirando, Harry miró un velo de tela colorida entre dos macizas columnas, detrás de los acólitos del skiano.

—¿De qué hablas? No entiendo...

Se interrumpió. Algo se movía allí. Al principio, el contorno le recordó una máquina angulosa, con bordes filosos y cortantes. Una ráfaga agitó la cortina, revelando un perfil similar a una mantis.

—Por Ifni —murmuró Harry—. ¿Qué hace ahí un tandu?

Estaba seguro de una cosa. Ningún tandu se uniría jamás a la herejía del skiano. La inmortalidad de un «alma» abstracta no tenía la misma atracción que la oportunidad de aplastar a sus enemigos e imponer su voluntad racial en un cosmos recalitrante. Hasta ahora, las restricciones del rito y la ley habían contenido esos impulsos. Los tandus rara vez mataban abiertamente sin una pátina de legalidad. ¿Pero qué ocurriría si la civilización se desmoronaba? Se rumoreaba que había bases secretas llenas de huevos de guerreros, listos para empollar en cualquier momento.

—¿Por qué el paha y el gelo se quedan ahí? —preguntó—. No deben darse cuenta...

—Se dan cuenta —interrumpió Kiwei—. Fíjate que se mantienen de espaldas a la cortina, como para ignorar lo que hay allí. Obviamente tienen órdenes. Los tandus están aquí con un propósito aprobado.

¿Propósito? Harry se estiró nerviosamente los pulgares, hasta que se le ocurrió una idea.

—Kiwei, dame tu placa de datos. Quiero intentar algo.

La synthia obedeció, y Harry empezó a murmurar algo a la unidad manual. Valiéndose de su autoridad, ordenó que los programas de búsqueda hallaran las transmisiones que salían del ordenador de Rety. Con suerte, pronto...

—¡Lo tengo! —anunció, mientras sus compañeros se acercaban. En una pantalla dividida, el lado izquierdo mostraba a la joven jijoana, con su rostro alisado por la cirugía reciente. A la derecha, vieron copias de los mapas que cautivaban su atención.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dwer—. ¿Usarás este enlace para hablarle? Te garantizo que se enfurecerá y cortará.

Harry se encogió de hombros.

—Primero quería espiar un poco. —Estudió la imagen de la derecha—. Parece

una lista de planetas adonde esta secta envió misioneros recientemente. La mayoría son mundos comerciales con buenos contactos espaciales y culturas cosmopolitas que no reprimen a los disidentes. Estos tíos son listos. Pero no entiendo qué tiene que ver con...

Se interrumpió cuando una expresión de complacencia cruzó la cara de Rety. Ella habló con clara satisfacción.

—¡Este es perfecto!

La imagen bailó mientras ella se levantaba con el ordenador bajo un brazo. Harry entrevió cortinas azules, y la cara de acólitos acuclillados que miraban un horizonte lejano. La escena se estabilizó cuando Rety se detuvo y habló en voz alta, para que le oyeran por encima de los cánticos.

—Maestro, he escogido mi lugar. ¿Lo ves? ¡Lo tengo aquí, en la lista!

La cámara se volvió hacia arriba, captando brevemente la imagen de un colorido loro terrícola que se paseaba por un hombro macizo. Entonces Rety corrigió su puntería, mostrando la imponente cabeza del skiano. Debajo de la barbilla, semejante a un espolón, los ojos superiores brillaban como faros, escrutando la posteridad, mientras que el par inferior buscaba la verdad definitiva.

—Es Z'ornup —continuó Rety—. Sin duda has oído hablar de ese sitio. Tiene la atmósfera indicada y demás, así podré permanecer saludable. También hay un puesto comercial humano, por si necesito a otros de mi especie... lo cual es improbable, pero es mejor no cerrarme las opciones, ¿verdad? De todos modos ya enviaste una pequeña misión allí, pero veo que el planeta está bien situado, con muchas rutas estelares en todas las direcciones, adonde podemos enviar nuevos conversos. Con tantas ventanas, me imagino que Z'ornup necesita un apóstol de nivel más elevado, ¿verdad? ¡Alguien como yo! Abordaré la última lanzadera comercial para la Galaxia Tres. Parte en medio midura, así que con tu permiso...

La brillante mirada del skiano se enturbió. Los ojos inferiores miraron a Rety.

—Ese puesto no está a tu altura, querida niña lobeza. No dejaré que seas humillada con tareas mundanas, haciendo proselitismo mientras respiras el mismo aire que los infieles...

—Pero yo...

—Una recompensa aguarda a los justos —continuó el misionero con voz remota y pontificia—. Hace mucho tiempo fue mencionada por tus propios santos y profetas. Por Jesús, Isaías, Mahoma y Buda... por todos los grandes sabios de tu raza bendita y maldita, cuyo sufrimiento en las tinieblas les permitió ver lo que permanecía oculto para todos los que vivían en la luz.

—Lo sé, maestro. Déjame ir a difundir la nueva entre...

—Pero esos profetas cometieron errores al consignar lo que veían. ¿Cómo podían registrar semejante gloria con tosca tinta y papel, usando idiomas que eran apenas

gruñidos animales? Empero, el destino ha hablado. La luz que encendieron inflamará otras iras, irradiando el calor de la verdad por doquier, mientras las ruinas caen alrededor.

—¡Así es! Entonces déjame...

—Pero, ay, yo no veré esa tierra prometida, esa apoteosis. Como Moisés, debo detenerme antes de entrar en un mero Valhalla temporal. Mis trabajos han agotado esta pobre carne. Es hora de buscar la recompensa que se me ofreció en un sueño. Sortear el purgatorio y pasar directamente al paraíso.

La respuesta de Rety fue rápida y nerviosa.

—Magnífico. Buen viaje. Ahora bien, en cuanto a Z'ornup...

—Nuestra recompensa nos llama —continuó el skiano gravemente—. Una salvación personal mucho mejor que el Abrazo de las Mareas. Aun así, no puedo liberarme de una inquieta premonición. ¿Hice todo lo que se requería? ¿Y si al llegar noto que los custodios de las puertas celestiales no reconocen mi extraña cara y mi cuerpo? Después de haber consagrado tanto tiempo sólo a los terrícolas, ¿estarán dispuestos a recibir almas no humanas en el cielo?

La cara filosa se meció de derecha a izquierda.

—Entiendo que los custodios serán más cordiales si llego escoltado por un séquito de testigos favorables.

La imagen de la pantalla osciló, como si las manos que la sostenían temblaran súbitamente, mientras el canto rítmico alcanzaba su culminación y se disolvía en ecos.

—Este viaje del que hablas... —dijo Rety con voz ronca y nerviosa—. No es otra misión de prédica, ¿verdad? ¡Estás pensando en morir!

La respuesta estremeció a Harry.

—Abandonaré este hollejo, sí. Acompañado por conversos, para demostrar mi valía... además de un humano, un auténtico lobezno del mundo mártir que interceda por mí frente a los ángeles y santos.

Harry sintió un tirón tan fuerte que casi se cayó. Dwer le aferró el brazo, apretando con fuerza. Señaló.

—La cortina...

Kiwei gimió mientras las cortinas caían, revelando a un guerrero tandu, pintado y acicalado para la matanza ritual. Avanzó hacia los acólitos con los seis brazos levantados, blandiendo cuchillos relucientes.

En vez de saltar en su defensa, los dos discípulos soldados —el gello y el paha— se reunieron con los demás conversos en una formación de media luna, esperando a que su líder ocupara el centro.

Rety, que ahora forcejeaba en el vigoroso abrazo del skiano, se puso rígida y lanzó un grito, mirando arriba con pasmo mientras el loro graznaba, agitando las alas.

—¡Llamad a los robots policíacos! —exclamó Kiwei—. Esta ceremonia no es del todo voluntaria. ¡Yo daré testimonio!

Como si eso sirviera de algo, pensó Harry mientras echaba a correr, siguiendo los pasos de Dwer. La ley se está desmoronando. De todos modos, la ayuda nunca llegaría a tiempo.

También se preguntó qué lograrían Dwer y él corriendo hacia la escena, salvo ser víctimas del tandu.

El joven jijoano se detuvo a veinte metros de los conversos. Quitándose la capa, Dwer alzó el arco que había llevado de su lejano hogar, con una flecha preparada.

—¡Eso es mío! —gritó la synthia desde atrás, más ofendida por el robo que por el asesinato ritual—. Lo robaste de mi compartimiento. Exijo que me lo devuelvas de inmediato, o presentaré una denuncia.

En el tiempo que Kiwei tardó en balbucear esa absurda amenaza, el tandu terminó de aproximarse a sus víctimas, alzando varios puñales. Dwer lanzó tres flechas en rápida sucesión.

Harry alcanzó al joven cazador.

—¡No puedes dañar a un tandu así! No tiene ningún punto débil...

Se interrumpió cuando los proyectiles parecieron desviarse. En vez de acertar en el verdugo, erraron por amplio margen y en cambio le dieron al skiano.

Los ojos oscuros fueron extinguidos por astas de madera y piedra.

Una tercera flecha se hundió en la garganta del misionero, cuando la abría para gritar.

El skiano agitó los brazos blancos. Por un instante, sólo uno de los cuatro aferró a Rety, que mordió el restante para escabullirse de ese apretón espasmódico. Se agachó para esquivar al paha y se lanzó en una dirección inesperada, pasando entre las delgadas patas del tandu.

Harry agitó los brazos.

—¡Por aquí! ¡Corre!

El tandu lanzó un bramido aterrador. Contratado con ciertas condiciones, sólo había llevado armas apropiadas para un piadoso sacrificio. La resistencia no formaba parte del trato. ¡Esto era incumplimiento de contrato!

Su bramido resonó en los pasadizos de Kazzkark, pidiendo a los camaradas que acudieran a vengar el insulto. Entretanto, movió un puñal para rebanar la cabeza del paha.

El corpulento guerrero gello reaccionó impulsivamente, meciendo su vara afilada, aplastando un par de patas delanteras del tandu antes de ser ensartado. Dos acólitos más —un glonouvis volante y un zyu8 con zarpas en los pies— perdieron de vista el propósito de la reunión. Respondiendo a antiguos odios, se lanzaron contra el tandu, para picotearlo desde abajo y desde arriba mientras esquivaban sus puñales.

En medio de ese pandemonio, Dwer seguía disparando flechas, eliminando los pedúnculos sensoriales de la gigantesca mantis, uno por vez.

Harry pensó en decirle a Dwer que ahorrara municiones. Esa táctica rara vez funcionaba con los tandu. Pero Rety al fin se liberó de esa confusión y se dirigió al borde de la plataforma. Viendo la libertad a pocos pasos, dio dos zancadas, disponiéndose a brincar.

Harry sintió un nudo en la garganta cuando vio que el tandu procuraba aferrarla. El afilado puñal ya estaba bañado en sangre multicolor.

Se produjo una nueva oleada de caos. El suelo corcoveó como un animal herido. Las trémulas paredes escupieron nubes de polvo y un ventarrón agitó los alegres estandartes. A lo lejos ululó una sirena.

Harry se tambaleó, mirando con impotencia mientras Rety vacilaba en el borde de la plataforma y al fin saltaba en medio de un frenesí de brazos y piernas.

Corrió para atajarla, sabiendo que sería muy tarde.

Hasta el momento en que su cabeza chocó contra el suelo, Rety actuó con valentía. No lloraba ni gemía, negándose a dar al universo cualquier satisfacción... y mucho menos a quejarse de su mala suerte.

GILLIAN

Lucifer significa «Portador de la luz».

Ese pensamiento llegó involuntariamente, mientras la luz se derramaba por una ventana, jugando sobre su cara.

Los ángeles son brillantes, aunque no siempre buenos.

La vista le recordaba muchos espectáculos bellos y aterradores que había presenciado en los años recientes. Y muchas creencias que había tenido que revisar.

Recordaba el momento, en las honduras de un punto de transferencia, en que los terrícolas se habían enfrentado al Gran Escarificador mientras clasificaba un sinfín de naves estelares, escogiendo una fracción para impulsarla hacia la Trascendencia. Ese espectro radiante le había recordado un poderoso serafín que separase a los justos de los reprobos en el Día del Juicio. Nadie se sorprendió más que ella cuando la cegadora bola de energía eligió al Streaker en medio de una muchedumbre de naves, apartando la nave terrícola para un propósito que el Escarificador nunca se molestó en explicar.

Tal vez ahora lo averigüemos, pensó. En verdad, existía cierta semejanza entre ese primer «ángel» y el ahusado portal que ahora tenía cautivo el Streaker, extendiendo radiantes tentáculos que enlazaban varias docenas de naves selectas. Evocaba incómodamente la conducta de una araña que envolviera bocados vivientes, guardándolos para después.

Las demás naves atrapadas en las cercanías eran vastas arcas llenas de seres oxis e hidros fusionados —auténticos candidatos a la Trascendencia—, arrancadas de la turbulencia que rodeaba la enana blanca. El Streaker era minúsculo en comparación, una diminuta oruga junto a pelotas de playa. No obstante, usaba su propio manto de filamentos brillantes y ondeantes.

—El material es desconocido —comentó Hannes Suessi—. Ni siquiera obtengo una lectura decente con mis instrumentos.

La máquina Niss arriesgó una conjetura.

—Alguien pudo habernos reservado para esto desde antes. Aun en el Mundo Fractal el revestimiento que recibimos allí quizás estuviera destinado a servir como amortiguador o pegamento... entre nuestro frágil casco de metal y esta nueva sustancia, sea lo que fuere.

Gillian sacudió la cabeza.

—Tal vez sea otra clase de blindaje protector.

El silencio se prolongó mientras todos miraban la pantalla de popa. Todos compartían el mismo pensamiento amargo.

Algo pasaría pronto. Algo que requería «protección» en una escala antes inimaginable.

Al menos la anterior orgía de destrucción parecía haber terminado, allí donde millones de naves espaciales navegaban antes en ordenadas columnas y filas, como cortesos peregrinos buscando redención en un altar. Esa procesión había sido aplastada, triturada, pulverizada. Sólo algunos destellos ocasionales anunciaban que algunos «candidatos» aún sucumbían a fuerzas que ya habían despedazado a millones, dejando un turbio caldo de gas, polvo e iones.

Un embudo vibrante rodeaba ahora la antigua estrella, amortajando el pequeño disco blanco con serpentinas negras y bruma turbulenta.

Según Zub'daki, esa nube giratoria tenía propiedades dinámicas especiales. No estaría en órbita mucho tiempo, ni descendería gradualmente en espiral durante semanas o años.

—La tormenta de escombros casi no tiene momento angular —anunció el astrónomo delfín—. Al continuar las colisiones y la mezcla, las diversas velocidades tangenciales se compensarán. Cuando eso ocurra, toda esa masa colapsará al mismo tiempo.

Cuando le preguntaron cuándo sucedería, el científico delfín predijo:

—Pronto. Y cuando ocurra, estaremos en pleno centro del mayor espectáculo de todo el cosssmosss.

Mirando ese turbio tornado —las esperanzas pulverizadas de un sinfín de razas e individuos—, los tripulantes de Gillian supieron que el espectáculo comenzaría pronto. Akeakemai silbó dubitativamente, volviendo a la pregunta original de Gillian.

—¿Blindaje protector contra lo que viene?

El delfín cambió de idioma para expresar sus dudas en trinario.

Cuando los grandes dioses,
en su poder,
creen en su propia propaganda

—que su sabiduría
es omnisciente
y su poderío
invencible—,

la naturaleza,
sabia y paciente,
da a las deidades
una lección.

La naturaleza,
perspicaz y sabia,

muestra a cada dios
sus limitaciones.

¿Los grandes soñadores
deben montar la gran ola?
¿Para los Trascendentes?
¡Supernova!

Gillian cabeceó aprobatoriamente.

Eran muy buenas imágenes.

—Creideiki estaría orgulloso —dijo.

Akeakemai dio un coletazo, renuente a aceptar elogios.

La ironía facilita la poessía.

—Perdón por mi ignorancia de la astrofísica —comentó Sara Koolhan—, pero he estado estudiando, y quiero ver si tengo razón en esto. Cuando colapse esa gran nube de escoria y cadáveres, arrojará un décimo de masa solar en la caliente y densa superficie de esa enana blanca. Una enana que ya está cerca de su límite de Chandrasekhar. Gran parte del nuevo material se comprimirá hasta alcanzar una densidad increíble y sufrirá una fusión nuclear acelerada, desencadenando...

—Aquello que los terrícolas llamaban una «supernova tipo uno» —interrumpió la máquina Niss, incapaz de contenerse—. Esto sucede normalmente cuando una estrella gigante expulsa una gran cantidad de materia que cae en una enana blanca vecina. En este caso, sin embargo, el agente catalizador será la carne de ex seres vivientes. Su sustancia corporal ayudará a encender una pira cuyo resplandor cegará brevemente esta galaxia, y será visible en los confines del universo.

Gillian creyó detectar un tono histérico en la máquina tymbrimi. Aunque estaba programada para buscar sorpresa y novedad, la Niss debía de haber superado el límite de su resistencia.

—Convengo en que no hay muchas probabilidades de sobrevivir, por muy sofisticado que sea el revestimiento que nos den. Aun así, la coincidencia parece demasiado perfecta para ignorarla.

—¿Coincidencia? —preguntó Suessi.

—La cancelación del momento angular es demasiado perfecta. Los Trascendentes deben de tener la intención de que sea así. Exterminaron a los candidatos restantes con un propósito... para desencadenar la explosión venidera.

—¿Sí? Entonces la gran pregunta es por qué nosotros no estamos allá abajo, mezclando nuestros átomos con esas pobres criaturas.

Gillian se encogió de hombros.

—No lo sé, Hannes. Obviamente, debemos cumplir una función. ¿Pero cuál?
¿Quién puede decirlo?

Zub'daki calculaba que el colapso de la masa demoraría veinte horas, quizá varios días.

—La caída será frenada por la presión de la radiación externa, cuando la estrella se caliente —explicó el delfín—. El proceso de ignición podría complicarse. A menos que ellos también tengan una solución para ese problema.

No tuvo que explicar quiénes eran esos «ellos». El trémulo pórtico-aguja pulsaba muy cerca de allí, con un diámetro de luna terrícola, urdiendo telarañas de material traslúcido cerca de varias docenas de naves cautivas.

Con la certeza de que la crisis no sería inmediata, Gillian se dirigió a su cabina para descansar. Un antiguo cadáver le sonrió desde su vitrina.

—Parece que nuestro tormento no durará mucho más, Herbie. El fin se aproxima, de un modo que terminará con todos nuestros problemas.

El enjuto cadáver no respondió, por supuesto. Gillian suspiró.

—En fin, Tom tenía una expresión predilecta. Si debes irte, bien puedes irte con...

Una voz de barítono se unió a la suya.

—Bien puedes irte con un estampido.

Gillian giró sobresaltada. Había algo —o alguien— en las sombras. Era una figura alta y bípeda, con los hombros y la postura de un apuesto varón humano.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

La voz era turbadoramente familiar.

—Nadie que debas temer, doctora Baskin. Deja que me acerque a la luz.

El corazón de Gillian se aceleró. Retrocedió con la mano en el pecho. Su voz crepitó en el afilado borde que separaba la esperanza del espanto.

—¿Tom?

Ahí estaba su sonrisa, ávida y aniñada. Su postura, calma pero predispuesta. Esas manos bien conocidas, tan hábiles en mil tareas.

La cabeza —cabello negro y entrecano— se ladeó inquisitivamente, como un poco defraudada por la respuesta.

—Gill, ¿eres tan ingenua como para creer en lo que ves?

Gillian procuró reprimir sus emociones, sobre todo esa oleada de desesperada soledad que la inundaba, aplastando una fugaz esperanza. Si realmente fuera Tom ya lo sabría de varias maneras, aun sin verlo. Aun así, el preocupado rostro parecía tan real, consumido por luchas que hacían palidecer sus propias peripecias... Ansiaba abrazarlo, aplacar esas preocupaciones por un rato.

Aun sabiendo que esto era una mentira.

—No soy tan ingenua. Creo que es bastante claro quién eres. Dime, ¿tomaste la imagen de Tom de mi mente? ¿O acaso...?

Giró para mirar su escritorio, donde un holo de su esposo relucía junto a una

imagen de Creideiki y otros que ella había conocido y amado en la Tierra.

—Un poco de cada lado —fue la respuesta—. Junto con muchos otros datos. Parecía un enfoque viable, pues combinaba la familiaridad con la tensión y la congoja. Quizás un poco cruel, pero conducente a la concentración. ¿Ahora estás alerta?

—Tienes mi atención —respondió ella, enfrentándose a su visitante, y recibiendo una nueva sorpresa.

¡Tom se había desvanecido! En su lugar estaba Jacob Demwa, antiguo maestro espía del servicio de inteligencia de los terrágenos, que había impulsado el envío de una nave tripulada por delfines. El Streaker era tanto obra de Creideiki como de él. Una tez oscura y apergaminada mostraba el precio de los años de navegación por el espacio estelar, entre muchos puestos de avanzada de la Tierra, luchando para evitar el destino sufrido por la mayoría de las razas lobeznas.

—Me alegra —dijo el visitante, con una voz muy similar a la de Jacob, aunque le faltaba cierto humor—. Pues sólo puedo consagrar una parte de mi conciencia a esta conversación. Muchas otras tareas requieren una conclusión inmediata.

Gillian asintió.

—Me lo imagino. Los Trascendentes debéis de estar muy ocupados, exterminando a billones de seres sapientes para encender una fugaz antorcha cósmica. Dime, ¿con qué fin murieron todas esas pobres criaturas? ¿Fue un sacrificio religioso? ¿O algo más práctico?

—¿Debo escoger? Ambas cosas y ninguna. Los conceptos son difíciles de expresar, usando los términos disponibles en esta lengua discursivo-simbólica.

Por alguna razón, ella había esperado esa respuesta.

—Supongo que es verdad. De todos modos, gracias por no usar términos como «burdo» o «primitivo». Otros, antes que tú, se empeñaron en recordarnos el bajo nivel que ocupamos en la pirámide de la vida.

La imagen de Demwa sonrió, poblándose de arrugas.

—Estás amargada. Con lo que has sufrido en tus previos contactos con presuntos Antiguos, no puedo culparte. Esas criaturas eran apenas mayores que vosotros, y no sabían mucho más. Esas almas inmaduras suelen ser más arrogantes de lo que deben. Tratan de enfatizar cuánto han ascendido, denigrando a los que están apenas más abajo. En tu propio diario, doctora Baskin, hablas de «hormigas correteando bajo los pies de dioses que las pisotean». Lo cierto es que cualquier mente realmente avanzada debe de ser capaz de sentir empatía, incluso por las hormigas. Al separar una parte de mí mismo, puedo hablarte de esta manera. Poco cuesta ser amable cuando el esfuerzo lo merece.

Gillian pestañeó, sin saber si sentirse agradecida u ofendida.

—Tu idea de la amabilidad selectiva... me aterra.

La imagen de Demwa se encogió de hombros.

—Algunas cosas no pueden evitarse. Esos seres compuestos que murieron recientemente, cuya masa encrespada y otros atributos forman ahora una densa nube que revolotea al borde del olvido, cumplirán funciones vitales con su muerte, mucho más que como jóvenes Trascendentes. Aquí y en muchos otros sitios del cosmos conocido, encenderán faros en el momento adecuado, cuando el destino abra una fugaz ventana que permitirá el diálogo de los cielos.

Ella frunció el entrecejo, concentrándose.

—¿Faros? ¿Apuntados adónde? Los Trascendentes ya sois amos de todo dentro de las Cinco...

Gillian arriesgó una conjetura.

—¿Afuera? Queréis establecer contacto con otros, más allá de las Cinco Galaxias. Demwa murmuró aprobatoriamente.

—¿Lo ves? Razonar no es tan difícil, ni siquiera para una hormiga. Un objetivo de esta vasta empresa es irradiar breves mensajes de un punto celestial al otro. Un saludo cabalgará sobre la rugiente erupción de luz que pronto estallará en este lugar, alcanzando fugazmente más brillo que una galaxia entera.

—Pero...

—¡Objetarás que podemos hacerlo en cualquier momento! Es trivial que seres como nosotros activemos supernovas para agitarlas como luces de señales. Es verdad. Más aún, ese método es demasiado lento y genera demasiado ruido para permitir una conversación compleja. Equivale a gritarle al universo «¡Aquí estoy!». De todos modos, la gran mayoría de los nexos galácticos parece guardar un misterioso silencio, o bien irradia vibraciones que son demasiado crípticas o extravagantes para nuestro análisis, aun con nuestras mejores simulaciones. El acertijo no se puede resolver mediante el análisis remoto de lentos haces de luz.

Eludiendo los ojos penetrantes del falso Demwa, Gillian contempló una pared, sumida en sus pensamientos. Al fin murmuró:

—Apuesto a que todo esto tiene que ver con la gran ruptura que predijo Sara. Muchos de los viejos enlaces, los canales subespaciales y las hebras de transferencia, se están rompiendo. Es posible que la Galaxia Cuatro se aisle por completo. —Entrelazó las manos—. Debe de existir alguna oportunidad, una que sólo se presenta durante una ruptura, cuando todos los niveles del hiperespacio están conmocionados. Una ventana de tiempo en que...

Miró de vuelta a su visitante, y se estremeció al descubrir que volvía a transformarse. Jacob Demwa fue reemplazado por la imagen de la madre de Tom.

May Orley le sonrió, envuelta en ropa de abrigo para protegerse de un invierno de Minnesota, con un bastón de esquí en cada mano.

—Continúa, querida. ¿Qué más crees?

Esas rápidas transfiguraciones habrían sacado de quicio a Gillian tiempo atrás, antes de este viaje lleno de peripecias. Pero después de pasar años con la máquina Niss, había aprendido a ignorar las interrupciones groseras.

—¡Una ventana de tiempo en que los enlaces espaciales son mayores de lo normal! —Apuntó un dedo hacia el Trascendente—. En que los objetos físicos pueden atravesar el infranqueable abismo que separa los cúmulos galácticos a una velocidad superior a la de la luz. Es como arrojar un mensaje en una botella, aprovechando una marea alta.

—Una metáfora encantadora —aprobó su falsa suegra—. La ruptura es como una ola potente y voraz que puede atravesar rápidamente megaparsecs de un solo salto. La supernova que desencadenamos será el brazo que arroje botellas a esa onda.

Gillian inhaló profundamente al comprender la implicación.

—Quieres que el Streaker sea una de esas botellas.

—¡Bravo! —el Trascendente aplaudió con admiración—. Validas nuestras simulaciones y modelaciones, que últimamente sugirieron un cambio de procedimiento. Al añadir lobeznos a la mezcla, podemos aportar un ingrediente muy necesario, esta vez. Quizás impida los fracasos que frustraron nuestros esfuerzos pasados, en esas otras ocasiones en que intentamos enviar mensajes por el vasto desierto de monotonía que se extiende entre nuestro nexo de galaxias y esos cielos en espiral que están fuera de nuestro alcance.

Gillian ya no pudo soportar la meliflua amabilidad de May Orley. Se cubrió los ojos, para permitir que el Trascendente cambiara de nuevo, pero también porque se sentía débil. Una languidez le aflojó las rodillas.

En vez de una muerte inminente por feroz inmolación, le prometían una aventura, un viaje de exploración excepcional, y Gillian se sintió como si le hubieran pegado en el estómago.

—Hace tiempo que lo intentáis, ¿verdad?

—Desde que nos recobramos de la primera crisis documentada, poco después de la partida de los Progenitores, cuando nuestra feliz comunidad de diecisiete galaxias fue destruida. Desde entonces, a través de las eras, hemos anhelado restablecer contacto con los hermanos perdidos.

La voz estaba cambiando, volviéndose más áspera y grave.

—Es una pérdida dolorosa. Por esta razón, ante todo, nos cercioramos de que los viajeros estelares abandonaran la Galaxia Cuatro, para que esta vez el daño fuera menos traumático.

Destapándose los ojos, Gillian vio que el Trascendente se parecía ahora a Charles Dart, el científico chimp que se había perdido en Kithrup, junto con Tom, Hikahi y muchos más.

—¿De veras podéis recordar algo que pasó tanto tiempo atrás?

—Habitando en las honduras del Abrazo de las Mareas, en órbita cercana de lo que vosotros llamáis agujeros negros, cumplimos varios fines. En ese entorno tensado por la gravedad, podemos realizar cálculos cuánticos en una escala inconmensurable, combinando las intuiciones de cada orden de vida. Con amoroso cuidado simulamos hechos pasados, realidades alternativas, incluso destinos cósmicos enteros.

Gillian sofocó una risotada histérica. Era un lenguaje extremadamente refinado en labios de un chimpancé.

Procuró dominarse, pero el Trascendente ni siquiera lo notó, y continuó con su explicación.

—Existe otro efecto de vivir cerca de un horizonte de sucesos, donde el espacio-tiempo se curva tanto que la luz apenas puede liberarse. El tiempo es más lento, mientras que el resto del universo gira alocadamente. Otros se zambullen en las singularidades, internándose en reinos invisibles, persiguiendo sus propias visiones del destino, pero nosotros permanecemos aquí, montando guardia, inmunes a la entropía, esperando, observando, experimentando.

—Otros se zambullen... —repitió Gillian, parpadeando—. ¿En los agujeros negros? ¿Pero quiénes...?

Sonrió amargamente al comprender.

—¡Hablas de otros Trascendentes! Por Dios, no sois los únicos seres superiores, ¿verdad? Todos los órdenes de la vida se fusionan cerca de los agujeros negros, hidros y oxis y máquinas y demás, reuniéndose cerca de las mayores mareas. Pero allí no termina la historia para la mayoría de ellos. ¡Siguen viaje, internándose en las singularidades! Quizá los lleven a un universo mejor, o quizá los eliminen como escoria, pero optan por seguir mientras que vosotros os quedáis aquí. ¿Por qué?

¿Porque tenéis miedo? ¿Porque no tenéis agallas para enfrentaros a lo desconocido?

Esta vez la transformación ocurrió ante sus ojos. Un remolino de color hiriente que parecía expresar ofensa. Un instante después cobró la forma del padre de Gillian, muerto tiempo atrás; tenía el mismo semblante demacrado que cuando agonizaba en una cama de hospital, y la miraba con hosca reprobación.

—No creo, doctora Baskin, que sea sabio ni justificado provocar a seres poderosos cuyos motivos apenas comprendes.

Ella asintió.

—Concedido. Y me disculpo humildemente. Ahora hazme el favor de adoptar otra forma. Ésta es...

En otra pirueta deslumbrante, el visitante cobró forma de rothen, los canallas que afirmaban ser la raza instructora de la Tierra y habían creado un séquito de ladrones humanos. Gillian hizo una mueca. Le sirvió como recordatorio de la confusa situación a la que se enfrentaban los suyos en la Tierra, donde las amenazas y

peligros se acumulaban a cada instante.

—Ahora que he explicado vuestro papel, debemos comentar otros asuntos —continuó el falso rothen—. Se han copiado algunos detalles en vuestro ordenador... algunas precauciones que debéis tomar durante la transición. Pero el nuevo revestimiento que estamos poniendo alrededor de vuestra nave es muy inteligente y capaz. Os protegerá cuando explote la estrella, amortiguando el calor y el impacto mientras la corriente gravitatoria os arroja a un hipernivel que esta mucho mas allá...

—¿Y si no queremos ir? —interrumpió Gillian.

El rothen sonrió, un gesto amigable que le provocó escalofríos.

—¿La gloria y la aventura no son motivación suficiente? Entonces busquemos otra. En este momento, las defensas que rodean la Tierra se están desmoronando. Pronto los enemigos se adueñarán de vuestro mundo natal, luego de sus colonias, e incluso de los reductos secretos donde los terrícolas construyeron pequeños y desesperados refugios. Sólo los ocupantes del Streaker tienen la oportunidad de llevar la semilla de vuestra especie, vuestra cultura, más allá del alcance de estos matones que están dispuestos a exterminar o esclavizar a los humanos y delfines. ¿No debéis a vuestros ancestros y descendientes la oportunidad de garantizar la supervivencia de vuestro linaje, lejos de un riesgo conocido?

—¿De qué oportunidad me hablas? —preguntó ella—. Tú admites que esto nunca ha funcionado.

—Las simulaciones muestran mejores probabilidades ahora que hemos añadido los lobeznos a la receta. Ya te lo he dicho.

Gillian sacudió la cabeza.

—Lo lamento. Es tentador, pero tengo órdenes. Un deber para con el Consejo de los Terrágenos.

El Trascendente pareció dudar.

—Y también para con mi civilización. La Civilización de las Cinco Galaxias. Para vosotros será un hormiguero, y en este momento pasa por una fase desagradable, dominada por esos matones que mencionaste. Pero los tymbrimis y otros piensan que eso puede cambiar, si se aplica el estímulo indicado.

Señaló a Herbie, la antigua reliquia adquirida en el Cúmulo Superficial.

—La verdad puede tener un efecto tonificante, aun en aquellos que atacan acuciados por el miedo.

El rothen asintió mientras sus rasgos se disolvían en otra transformación.

—Una posición loable en una raza joven y noble. Pero nuestras necesidades, desde luego, tienen prioridad sobre una civilización de facciosos primitivos que viajan por las estrellas. En todo caso, el momento se aproxima... como pronto descubrirás.

Los rasgos del visitante permanecieron borrosos, mientras Gillian se preguntaba

sobre el sentido de este último comentario.

De pronto la línea de comunicaciones de su escritorio sonó. Una holoimagen se activó. Era Zub'daki. El delfín demostraba preocupación. No pareció notar que Gillian tenía compañía.

—Doctora Baskin.

—Sí. ¿Qué ocurre, Zub'daki?

—Los hechoss se aceleran de un modo que yo no había previsto. Tal vez deseesss venir a echar una ojeada.

Gillian sintió un nudo en el estómago. Normalmente respondía rápidamente a esas llamadas. Pero en ese momento era difícil imaginar algo más importante que su conversación con una deidad trascendente que controlaba sus vidas.

—¿No puedes esperar? Estoy ocupada.

El oscuro ojo del astrónomo delfín se ensanchó como si no creyera lo que oía.

—Doctora, me explicaré. Antesss dije que la caída de la nube de escombros podía demorarse por la presión de la luz. Cuando la enana blanca se caliente, su creciente resplandor empujará el disco que se co-lapsa, frenando la llegada de más materia. Sería una supernova poco elegante. ¡Pero algo está cambiando! ¡El gas y el polvo están formando grumos! Toda la masa se está consolidando en esferas densas, trillones de ellas al mismo tiempo.

—¿Y qué? —Gillian se encogió de hombros. La distrajo la presencia de su visitante, que ahora estaba frente a la vitrina, mirando a Herbie. El contorno del Trascendente ondulaba mientras procuraba ajustar su forma. Ella comprendió que trataba de imitar la apariencia original de Herbie, antes que la momia pasara mil millones de años en el Cúmulo Superficial.

—¿Y qué? —repitió Zub'daki, pasmado—. Essto significa que la nube de escombros resultará transparente para la presión de la luz. Mientras se precipita en la estrella, nada detiene la aceleración. ¡Toda esa masa cae al mismo tiempo con tremenda velocidad!

Gillian asintió.

—Así que la supernova estallará pronto.

—¡Y con poder inaudito!

Mientras ella hablaba con Zub'daki, su visitante parecía tener problemas para encontrar la forma apropiada, como si hubiera algo escurridizo en la figura de Herbie. O quizá los Trascendentes estaban demasiado ocupados con otros asuntos como para aplicar demasiada potencia informática a una tarea tan poco importante.

Gillian sacudió la cabeza.

—Creo que sólo estamos presenciando nuevas operaciones super-tecnológicas, Zub'daki. Todo esto está preparado, quizá desde antes de nuestro nacimiento. Dime, ¿tienes una nueva estimación de cuándo comenzará la caída y colapso?

La frustración llenó la voz del delfín.

—No me entiende, doctora. La caída ya ha...

Un estridente clamor de campanillas de alarma silenció la voz del delfín. La imagen del delfín osciló mientras unas sombras corrían detrás de él, hacia los puestos de emergencia. La imagen de Zub'daki se disipó por completo.

Fue reemplazada por la imagen de la máquina Niss.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gillian—. ¿Qué sucede ahora?

La Niss se inclinó, como si reparase en la presencia del visitante. Luego el holograma tembló y pareció olvidarse del Trascendente.

—Debo informar que estamos nuevamente bajo ataque.

Gillian pestañeó.

—¿Ataque? ¿De quién?

—¿De quién crees? Nuestra vieja némesis, el acorazado jophur, Polkjhy. Aunque está transformado, se aproxima rápidamente, y ha comenzado a irradiar vibraciones en frecuencias de resonancia del Espacio D, transformando nuevamente nuestro casco en antena receptora de flujos masivos de calor...

—¿Es una locura! —exclamó Gillian, agitando ambas manos—. ¿Saben los jophurs lo que sucede aquí? ¿O quién nos protege?

La Niss hizo su viejo gesto de indiferencia.

—Ignoro qué saben los jophurs. Semejante insistencia, ante un poder abrumador, parece rayar en la locura. Pero lo cierto es que la temperatura del casco se está elevando.

Gillian se volvió hacia su visitante, cuyo rostro estaba adquiriendo una apariencia de belleza humanoide y anfibia, casi luminosa en color y textura. En cualquier otro momento, habría sido una de las visiones más fascinantes de la vida de Gillian, pero ella apenas se dignó mirarla.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Y bien qué, doctora Baskin? —preguntó el Trascendente, volviéndose hacia ella. Aún había cierta incertidumbre en la reconstrucción, la resurrección de ese viejo compañero, el cadáver antediluviano.

—¿Nos protegeréis?

—¿Estás pidiendo protección?

Gillian apenas podía hablar en su asombro.

—He pensado... dedicasteis tanto esfuerzo a elegirnos y prepararnos...

La máquina Niss giró con perplejidad.

—¿Hablas conmigo? ¿Hay alguien allí? Mis sensores detectan...

Con un gesto colérico, Gillian ordenó a su asistente artificial que se fuera. Miraba maravillada al Trascendente, que parecía cobrar brillo.

—Semejante inversión requiere confianza, doctora Baskin. ¿Pueden los lobeznos

sobrevivir al vasto abismo que separa los cielos? ¿Tienen la fortaleza para resistir los enigmáticos desafíos que les aguardan, enfrentarse a las criaturas que encontrarán al llegar a un distante reino galáctico?

Su invitado resplandecía; ya no parecía una momia sino un dios.

—Quizá se requiera una prueba final. Para probar vuestro templo.

Gillian se tapó los ojos, pero aun así el resplandor pronto resultó insoportable, y le mostró los huesos de su mano. Las palabras del visitante le atravesaban la piel, haciéndole vibrar el alma.

—Una prueba final, en los pocos instantes que quedan... antes que nuestro universo cambie.

LARK

A pesar de las pausas ocasionales, una voz distante resonaba con claridad en su mente.

Debemos comentar otros asuntos... precauciones que debemos tomar durante la transición... el nuevo revestimiento... os protegerá mientras la corriente gravitatoria os arroja a un hipernivel que está mucho más allá del que usan comúnmente los viajeros estelares.

Trabajando con Ling y otros miembros del Consorcio de Madre, había logrado internarse en la complejidad de la Red Trascendente en busca de algo que las meras formas de vida orgánica pudieran comprender.

Éste era el mejor resultado hasta ahora. Una explicación en inglés de aquello que los Trascendentes esperaban obtener de la violencia y los tumultos recientes.

Al parecer, aprovecharían raras condiciones cósmicas para lanzar naves especialmente modificadas, despachando emisarios en viajes de ida únicamente por el inmenso abismo que separaba las galaxias.

Al añadir lobeznos a la mezcla, podemos aportar un ingrediente muy necesario... Quizás impida los fracasos que frustraron nuestros esfuerzos pasados, en esas otras ocasiones en que intentamos enviar mensajes por el vasto desierto de monotonía que se extiende entre nuestro nexo de galaxias y esos cielos en espiral que están fuera de nuestro alcance.

Lark sentía una creciente agitación en ese medio acuoso donde flotaba con Ling en medio de una multitud de organismos simbióticos.

Era obvio que Madre estaba tan preocupada como entusiasmada con esta noticia.

Lark lo sabía porque sus propias aprensiones contribuían a modelar el estado de ánimo general.

La presencia de Ling se dio a conocer. Volviéndose, la vio nadar hacia él por ese limo viviente, tratando de cogerle la mano. En el instante del contacto, sintió que la mente de ella traía malas noticias.

Lark, ¿lo sientes? Los anillos maestros han decidido atacar y destruir el Streaker, al margen de las repercusiones.

Lark parpadeó sorprendido. Extendiendo sus sensores mentales para sondear la red de datos del Polkjhy, se conectó con las frecuencias de mando jophur y confirmó lo peor.

La pila sacerdotal y el nuevo líder capitán estaban en total acuerdo. Con implacable decisión, habían puesto el Polkjhy en un nuevo curso mortífero.

Atacarían sin pensar en las consecuencias.

¿Qué pueden lograr? Si interfieren con los Trascendentes, éstos aplastarán la nave con todos sus tripulantes, como si fuéramos insectos molestos.

Ling asintió, y Lark vio que acababa de responder su propia pregunta. Desde el punto de vista jophur, esto ofrecía una última oportunidad de exterminar el superorganismo híbrido que se había adueñado de la mayor parte de la nave. Los jophurs preferían extinguirse en una llamarada de gloria antes que rendirse.

Esa decisión suicida lo entristeció. ¡Si tan sólo esperasen la supernova! Ansiaba presenciar la conclusión de ese deslumbrante acontecimiento. Sentir el primer flujo hiperdenso de neutrinos como una granizada en el cuerpo, anunciando una crujiente alborada que iluminaría la noche de miles de mundos.

Desde luego, Madre no estaba dispuesta a aceptarlo. Con la aprobación de todos los miembros sapientes, la comunidad lanzó un asalto inmediato y devastador contra los últimos baluartes jophurs. Pronto Lark comenzó a detectar el furor del combate, mientras ambos bandos arrojaban rayos mortíferos por corredores maltrechos, deformando aún más las torturadas paredes del Polkjhy. Los terminales nerviosos de Lark respondían, convirtiendo cada herida o muerte en un aguijónazo, físicamente doloroso, personalmente intenso.

Madre está por irrumpir en la sala de máquinas, notó Ling. Pero quizá no podamos bajar la potencia a tiempo para salvar a los terrícolas, ni para impedir que hagamos enfadar a los Trascendentes.

La resistencia era enconada. Las pilas de anillos y los robots defendían tercamente el terreno. Pero los glóbulos zangs y otros miembros del Consorcio de Madre seguían atacando, derrochando coraje al barrer con las defensas jophurs.

Será mejor que vayamos a ayudar, pensó Lark, y Ling asintió. Ambos sabían que las reservas de Madre estaban agotadas. No era momento para regatear esfuerzos.

Aun así, mientras se disponían a unirse a la refriega, algo los contuvo. Una resistencia que paró a Lark en seco.

No una orden, sino una decisión consensual, un sentimiento generalizado entre otros componentes de la simbiosis, el acuerdo de que los dos humanos no debían correr riesgos en ese momento.

Servirían mejor a la totalidad con su inteligencia y su conocimiento, indagando en la Red, tratando de comunicarse una vez más.

Con cierta renuencia, Lark aceptó la sabiduría de esta decisión. Junto con Ling, volvió al trabajo, reabriendo los canales que habían descubierto antes.

Quizá se requiera una prueba final. Para probar vuestro temple. Una prueba final, en los pocos instantes que quedan... antes de que nuestro universo cambie.

Lark exhaló un suspiro que burbujeó en el medio acuoso.

Los Trascendentes todavía estaban improvisando, tratando de mejorar su experimento hasta último momento. O bien los «dioses» se divertían a costa de esos pobres terrícolas. De cualquier modo, no defenderían el Streaker con poder omnipotente. Dejarían que el Polkjhy atacara y evaluarían los resultados.

No quedaba mucho tiempo para explorar. Con una parte de su mente, Lark siguió la caída de los escombros.

La enana blanca hervía a medida que los bordes de la nube rozaban la superficie a alta velocidad. Ondas concéntricas de actínico fuego azul barrían la antigua y torturada superficie, escupiendo llamaradas de plasma al espacio, anunciando fuegos de artificio aún más espectaculares.

Entretanto, el puente del Polkjhy emitía insultos no codificados, burlándose de la tripulación del Streaker mientras su casco se transformaba en una traicionera antena, obligada a absorber calor de otras capas del espacio.

En ese punto apareció una voz familiar.

Era el viejo amigo de Lark, el traeki de Jijo que había sido Asx y luego Ewasx y ahora era un ser múltiple y sabio, llamado X.

He establecido pleno contacto con el ordenador de los terrícolas, anunció la criatura.

Felicitaciones, respondió Lark. ¿Has transmitido la información que deseábamos que enviaras?

Con satisfacción, X confirmó que lo había hecho. Todo lo que había aprendido sobre los anillos maestros jophurs estaba ahora copiado en el sistema de almacenamiento del Streaker, incluida la capacidad para desarrollar toroides rojos, como el que había demostrado ser tan potente contra la dominación egocéntrica.

¿Pero de qué serviría esa información? Aunque el Streaker sobreviviera al ataque y la explosión estelar, los Trascendentes lo enviarían lejos de las Cinco Galaxias, a caballo de una marejada cósmica, rumbo a paisajes estelares donde no vivía ningún jophur.

X no manifestaba reconocer ninguna incongruencia.

Quizá te interese otra cosa que he aprendido. Hay un pasajero a bordo de la nave terrícola. Alguien que ahora se cuenta entre sus honorables líderes. Una persona humana que ambos conocemos.

Lark detectó una angustiada ironía en esas palabras. Dirigiendo su voluntad a la senda indicada, ganó acceso a los archivos del Streaker y descubrió el dato a que X se refería.

¡Sara!

Un espasmo de sorpresa lo estremeció. Sintió vértigo mientras Ling le cogía el brazo derecho para ayudarlo a sobreponerse.

¿Qué hace ahí mi hermana... tan lejos de Jijo? ¿Cómo terminó metida en semejante embrollo?

El golpe se agravó cuando Madre presentó una estimación del coeficiente de calentamiento a bordo del Streaker. A ese ritmo, alcanzaría niveles críticos en menos

de medio midura.

Poco después, toda el agua que había a bordo de la nave de los delfines empezaría a hervir.

EMERSON

La alarma parecía haber cogido por sorpresa a todo el centro de mando del Streaker. Estaban tan preocupados por la rebotante y furibunda estrella, y los misteriosos actos del portal cercano, que parecían haber olvidado a sus enemigos.

Pero él no los había olvidado.

Emerson había tratado antes con los jophurs y comprendía su tenacidad, un empecinamiento injertado en su raza por instructores descuidados que no habían captado el valor de la moderación. Cuando llegó el ataque, él estaba preparado.

Careciendo del habla y del lenguaje, Emerson no podía leer las pantallas ni deducir la naturaleza exacta del armamento. Los detalles no importaban. Comprendía que se trataba de recalentar el Streaker. Las paredes y el suelo ya irradiaban un incómodo calor. Penetraban grandes cantidades de energía, aunque el pequeño sol todavía no estaba preparado para explotar.

Sara le cogió la mano, y él se sintió culpable de conformarla con un mero estrujón, antes de largarse. Pero Emerson pensó que salvarle la vida era más valioso que permanecer a su lado para que se asaran juntos.

Corriendo por un tórrido pasaje, gritó con la esperanza de que los interfonos automáticos pasaran su sencillo mensaje.

—¡Suessi...! ¡Karkaett! ¡Ahora, ahora, ahora!

¿Vendrían? Les había costado transformar esta idea en realidad, aplicando una tecnología de dos siglos a nuevos problemas de supervivencia. Estaba preocupado. Ellos sólo lo habían complacido, colaborando con él como un modo de permanecer juntos hasta el final.

Trepando por un tubo de mantenimiento, Emerson llegó a la pequeña cámara donde había tenido su último y triunfal enfrentamiento con los Antiguos. Sintió alivio al ver que Hannes y un par de delfines ya estaban allí, alrededor del gran láser. Parloteaban en el dulce dialecto de los ingenieros. Emerson ya no entendía las acepciones, pero la conversación era música para sus oídos.

La grácil melodía de la eficiencia.

Hannes hizo girar su domo para hacerle una pregunta. Una pregunta tan simple que aun sus frágiles centros de lenguaje podían comprenderla.

—Sí, hazlo —respondió Emerson.

Hannes movió un interruptor y el láser vibró sobre su soporte, jadeando como una gran bestia, resoplando mientras entraba en acción.

Emerson cambió de posición para apuntar el cañón, sintiendo curiosidad por ver adonde se dirigían esas vastas cantidades de energía.

No vio nada más que estrellas.

Una pantalla cercana mostraba un punto rojo que representaba al Polkjhi, que se

acercaba al Streaker del otro lado.

Había tenido suerte con los Antiguos; habría sido un exceso de suerte que este enemigo estuviera a su alcance. De todos modos, las defensas de un acorazado podrían desviar un haz de esa potencia.

Se encogió de hombros. No importaba. Él y los otros no tenían que destruir a los jophurs para derrotarlos.

Emerson sintió una corriente fría. Tiritó, y pronto notó que se formaba una niebla sobre el orificio nasal de cada delfín. Su propio aliento también comenzó a condensarse. En instantes, la pequeña cámara se enfrió, y Hannes les gritó que la evacuaran. Era hora de partir, dejando que la máquina trabajara según sus planes.

Emerson siguió todavía allí, disfrutando de una ráfaga de aire helado que llegaba por los conductos hasta rincones alejados de la nave. Imaginó el haz láser actuando como una gran bomba, sorbiendo calor a medida que otras fuerzas lo atraían, y disparándolo hacia el cosmos. Le satisfacía que esta antigua tecnología terrícola burlara a sus enemigos galácticos, como lo había hecho mucho tiempo atrás en las fauces de un sol tórrido.

Todavía tengo el don, pensó, mirándose las manos.

Cuando su sonrisa se hizo ruidosa —castañeteo de dientes—, Emerson se dejó llevar por los demás hacia una zona habitable.

Sara lo estaba esperando.

Al menos ahora podrían compartir unos momentos.

Hasta que la estrella explotara.

GILLIAN

—Nunca pediste voluntarios —le dijo acusadora a su visitante.

El Trascendente regresó a su oficina, formándose a partir de motas y partículas de aire, quizá para reanudar la conversación, o bien para felicitar a Gillian por la astuta estratagema del personal de máquinas, que había creado un láser de refrigeración, un dispositivo para echar el calor por la borda, expulsándolo al cielo mientras la energía llegaba a la nave desde el Espacio D. Pocos galácticos habían necesitado un dispositivo tan tosco y lobezno. Parecería ridículamente primitivo, como los cohetes o los aviones de hélice. Pero cuando los humanos comenzaron a explorar las honduras de su propio sol dos siglos atrás —yendo allí por pura curiosidad—, el enfriamiento por láser había sido tan útil como fatal en varios sentidos.

Poco después de reaparecer, el visitante pareció flotar delante de Gillian, una entidad de brillante piel gris y cola corta y potente que creaba una brisa, formando remolinos, agitando los papeles del escritorio. Comenzó a parecerse a la querida amiga delfín de Gillian, la teniente Hikahi, que se había quedado en Kithrup junto con Tom y Charles Dart.

Antes de que el Trascendente pudiera hablar, Gillian terminó su acusación.

—Dices que necesitas lobeznos para añadirlos como ingredientes en tus mensajes a las demás galaxias. ¿Alguna vez se te ocurrió preguntar? Conozco a mis congéneres. ¡Habrías tenido miles, millones de voluntarios para el viaje! Aun sabiendo de antemano que implicaría fusionarse con hidros, máquinas y otras criaturas escalofriantes. Siempre hubo raros y aventureros. Gente que pagaría cualquier precio con tal de ver un horizonte lejano.

El falso delfín rodó de costado con languidez, como si disfrutara de una nueva experiencia.

—Lo tendremos en cuenta —dijo una imitación de la voz de Hikahi, causándole a Gillian un aguijonazo de nostalgia—. Tal vez sigamos tu consejo... la próxima vez que se presente esta situación.

Ella soltó una risa seca.

—Exacto. Cuando se produzca otra ruptura, dentro de cien millones de años.

—No es tanto tiempo para quienes moramos cerca de las singularidades. Aunque nos llamaste cobardes por observar desde los límites de un agujero negro, en vez de zambullirnos en lo desconocido.

—Mira —dijo Gillian, alzando una mano—, ya me disculpé por eso. Será mejor que vayamos...

—¿Al grano? —Su visitante hizo rodar su cuerpo simulado.

Gillian enarcó las cejas.

—¿Ya sabes...?

—¿Lo que vas a decir? Es trivial leer tus pensamientos de superficie. Pero aun sin usar psi, podemos hacer buenas estimaciones, basadas en evaluaciones de vuestra conducta pasada en varias circunstancias. Esos modelos fueron revisados recientemente. ¿Quieres saber qué predican nuestras últimas simulaciones?

—Escucho —respondió Gillian, cautamente.

La falsa Hikahi la miró con un ojo oscuro.

—Estabas por rechazar el honor de ser nuestra emisaria. Alegaste urgentes obligaciones en otras partes. Obligaciones que no puedes ignorar.

Gillian se encogió de hombros.

—Cualquiera pudo haberlo adivinado, después de nuestra última conversación. Suponiendo que me negara, ¿qué responderías?

—Que no tienes alternativa. Ya hemos tejido un dispositivo de transporte y un escudo alrededor de tu nave, a la espera de la oportunidad en que se abra una grieta en el espacio-tiempo cercano. Con suerte, quizá te lleve a salvo más allá de los límites de la civilización conocida. Esa clase de inversión no se hace a la ligera. Tu requerimiento sería rechazado.

Con su próximo aliento, Gillian exhaló un amargo suspiro.

—Supongo que esa respuesta es inevitable. Bien. ¿Cómo predice tu simulación que respondería a continuación?

El delfín lanzó una carcajada.

—¡Con amenazas! Dirías que estás dispuesta a volar tu nave, o interferir con la misión de algún otro modo.

Gillian se ruborizó. Era realmente lo que pensaba decir. Una treta desesperada. Pero no se le ocurría ninguna otra táctica en el breve tiempo disponible.

—Supongo que es un cliché.

—Naturalmente, se han tomado en cuenta todas estas posibilidades. En este caso, nuestros análisis indican que sería un alarde. Ante una tajante opción entre la aventura y la extinción, sin duda escogerías la aventura.

Gillian aflojó los hombros. Los Trascendentes aprendían rápidamente, y con su pasmosa potencia informática podían simular realidades alternativas enteras.

No era de extrañar que se adelantaran a cualquier plan que ella concibiera con su limitado cerebro humano.

—¿Entonces eso es todo? —preguntó—. No tenemos alternativa. Nos dirigimos a una galaxia lejana, nos guste o no.

—Tu conjetura lineal es sólo parcialmente correcta. En realidad no tenéis alternativa. En eso no te equivocas, doctora Baskin. Podemos obligarte a partir, y ahí terminaría todo.

El visitante sacudió la lustrosa cabeza gris mientras iniciaba otra transfiguración. Los contornos de Hikahi se volvieron borrosos. Su cuerpo simulado empezó a

estirarse.

—Pero nuestras simulaciones no se detuvieron en tu conducta. Estudiaron lo que harías después... durante las semanas, meses y años que se extienden hasta que tu gente llegue a un reino distante.

Gillian pestañeó.

—¿Tan lejos habéis llegado?

—Con un alto grado de probabilidad. Y ahí empieza a aparecer un problema en nuestros modelos. Dado el tiempo suficiente, se te ocurrirá otra cosa. Comprenderás que es posible tener tu aventura, y también tu venganza. Un modo de visitar reinos lejanos, y también de tomar represalias contra quienes te confían un viaje tan importante contra tu voluntad.

Ella miró confundida al Trascendente, que acababa de cobrar la forma de otro delfín, un poco más largo y más fuerte que Hikahi, con tejido cicatricial sobre una gran herida cerca del ojo izquierdo.

Creideiki, comprendió con un temblor.

—No sé a qué te refieres... A menos...

Gillian tragó saliva y trató de concentrarse. Era difícil, bajo la potente mirada del cetáceo.

—A menos que os preocupe lo que digamos sobre vosotros a las altas mentes que encontremos del otro lado.

Esta vez el visitante no respondió en inglés.

La imitación del viejo comandante del Streaker irguió la mutilada cabeza y arrojó un chorro de chasquidos, llenando la oficina con versos trinaros.

¿Qué venganza es
más duradera
que la crueldad
de la calumnia,
dicha por ultrajados
descendientes,
que difaman a sus
distantes padres?

¿Cómo escapar
de la sentencia de muerte del tiempo
o la cruel erosión
de la entropía?
Nosotros sólo conocemos
un método seguro
para triunfar

y ser inmortales.

Si quieres vivir
para siempre,
conquista el amor
y la ferviente devoción
de quienes desean
seguir adelante.
Ellos harán resonar
tu nombre
aun cuando las estrellas se enfríen.

Gillian lo miró con ojos entornados.

El capitán delfín parecía tan genuino, tan tangible, como si ella pudiera extender los brazos para tocarle el cálido flanco, maltrecho pero firme.

—Es la primera cosa sabia que oigo de vosotros, los dioses. Es casi como si realmente fueras...

El Trascendente la interrumpió. Su forma brillante comenzó a disolverse, plegándose en una esfera de luz.

—¿Estás segura de que no lo soy?

Ella parpadeó, sin saber cómo interpretar ese salto.

—¡Espera! —exclamó—. ¿Qué sucederá? ¿Qué pensáis...?

El visitante se desvaneció en silencio. Pero una suave presencia se demoró en la mente de Gillian, susurrando:

Tenemos mucho que hacer, y muy poco tiempo.

Un silbido áspero llenó el aire, la holoimagen de Akeakemai llamando desde el puente.

—¡Gillian! Zub'daki dice que la caída de masa se está acelerando. ¡Faltan minutos para la explosión!

Ella asintió, sintiéndose cansada, poco preparada para presenciar el fin del universo.

O de una parte.

—Iré enseguida —dijo, volviéndose hacia la puerta, pero el piloto la detuvo.

—¡Eso no es todo! —añadió frenéticamente—. El portal... se está...

Siguió un tamborileo. Gillian vio un borrón de movimiento en el puente, mientras los oficiales corrían hacia todas partes, impulsados por sus coletazos.

—¡Niss! —llamó—. ¡Muéstrame lo que sucede ahí!

Una nueva holopantalla se activó, mostrándole el espacio cercano.

La aguja de los Trascendentes ocupaba casi toda la escena. Uno de sus flancos era

tan brillante que resultaba imposible mirarlo, pues reflejaba la luz de la estrella enana, una humeante conflagración que se recalentaba deprisa.

Gillian pronto vio lo que contrariaba a Akeakemai. La aguja se estaba abriendo, y extendía haces de luz para capturar tres objetos cercanos.

Rótulos radiantes identificaron los blancos.

El Streaker era el primero. Gillian sintió que el casco temblaba al ser tocado por el rayo. Le siguió el acorazado jophur.

Al fin, una de las naves globulares ahora envuelta en una masa de tela especial.

Las tres fueron arrastradas hacia el interior.

Luego, como la delicada lanceta de un cirujano, los haces de luz empezaron a separar las tres naves.

«X»

¿Podéis sentirlo, anillos míos, mis pequeños otros yoes?

¿Y tú, Lark?

¿Y tú, Ling?

¿Podéis sentir cómo Madre —la macroentidad a la que todos nos hemos unido— se contorsiona de temor mientras los haces de fuerza atraviesan el casco del Polkjhy? ¿Detectáis cómo se separan los mamparos y paredes, derramando aire, líquido y criaturas en el vacío? Parece que nuestro tiempo de destrucción ha llegado.

Mi/nuestro/vuestro final ha llegado.

¡PERO NOTAD! ¿Reparáis en ese cambio?

Madre se regocija, mientras yo/nosotros comprendemos la verdad.

Son rayos cortantes, que operan selectiva y rápidamente. Sólo algunos segmentos son extirpados del Polkjhy.

Asimismo, nuestros instrumentos nos dicen que sólo un par de agujeros se han abierto en la nave Streaker.

¡Pero la tercera víctima parece menos afortunada!

La poderosa nave globular —una gigantesca nave de candidatos, ya preparada para su épico viaje— ha sido desgarrada y eviscerada. Horrorizados y deslumbrados, nuestros anillos y segmentos presencian el sacrificio... miles de seres híbridos sabientes, arrojados como las entrañas de un pez recién pescado.

Sólo dejan una pegajosa capa de vibrantes tentáculos. Una capa viviente que ahora se mueve rápidamente hacia el Polkjhy.

Y AHORA PRESTAMOS ATENCIÓN AL LÍVIDO SOL.

¿Cuánto tiempo giró en paz? Vestigio de los primeros días de esta galaxia, la estrella enana había concluido su breve juventud y se preparaba para un plácido retiro. Librada a su suerte, habría pasado otros veinte mil millones de años encogiéndose lentamente mientras irradiaba una fluctuante llama blanca. Al no tener una compañera cercana, nunca recibiría la súbita inyección de masa requerida para una muerte más extática.

¡Pero ahora llega esa inyección de masa!

Como peregrinos, millones de naves estelares respondieron recientemente a la convocatoria del Gran Escarificador, vinieron a este lugar en ordenadas filas, buscando la redención y el esclarecimiento, y sólo encontraron la muerte en el umbral mismo de la Trascendencia. Sus cadáveres, comprimidos en bolas compactas, caen ahora sobre la estrella, provocando una nueva fermentación, llevando su equilibrio materia-energía a un valor específico.

Un punto de no retorno.

ANILLOS MÍOS, MUCHOS DE VOSOTROS FUISTEIS MIEMBROS DE ASX, EL SABIO TRAEKI.

En Jijo no teníais que pensar en estas cosas. En vez de calcular límites de Chandrasekhar y opacidades relativas, yo/nosotros zanjábamos disputas entre aldeas y tribus. Ofrecíamos consejo matrimonial a familias urs, humanas y qheuens. Permanecíamos días en una pila aromática de desechos, discutiendo felizmente con nosotros mismos.

Ahora Madre pone a nuestra disposición vastos depósitos de información, ofreciendo libre acceso a la Biblioteca del Polkjhy, capturada a los jophurs.

Ahora yo/nosotros sabemos todo acerca de umbrales críticos y el colapso catastrófico que pronto ocurrirá, seguido por un tremendo rebote que expulsará gran parte de la pobre estrella a elevadas fracciones de la velocidad de la luz.

Primero habrá un estallido de neutrinos. No tantos como en una supernova «tipo dos». Pero suficientes para que esas partículas fantasmagóricas impriman calor y velocidad a cualquier cuerpo que esté en un radio de diez órbitas jijoanas. (¡Y estamos mucho más cerca!) Seguirán los rayos X y gamma, y luego otras formas de luz. Los frentes ondulatorios llevarán consigo sus propios campos gravitatorios mientras atraviesan este punto del espacio con el resplandor de un billón de soles. Al fin, si algo queda del pobre Polkjhy, será abofeteado por la onda de choque de protones, neutrones, electrones e iones que imprimirán aceleraciones de cien mil gravedades.

Con razón los Trascendentes piensan que este acontecimiento abrirá agujeros en el ylem cósmico. Aparentemente, es su deseo. Encender una pira. Tan brillante como para impulsar semillas por el desierto más grande de todos.

¿HABÉIS OÍDO LO ÚLTIMO, ANILLOS MÍOS?

Lark y Ling informan de lo que han aprendido en la Red Trascendente.

Una explicación de la violenta cirugía practicada con rayos semejantes a escalpelos.

Al parecer, estos seres superiores han hecho un cambio de último momento en sus planes.

La improvisación no es su hábito, pero ahora trabajan frenéticamente, volviendo a diseñar y configurar.

¡Y NOSOTROS SOMOS EL OBJETO DE ESTE SÚBITO CAMBIO!

Fascinados, observamos mientras dos fragmentos de materia salen de la nave terrícola y se dirigen hacia aquí, dejando agujeros que se cierran rápidamente. Estos delgados tubos vuelan hacia el Polkjhy, mientras el casco eviscerado de la tercera nave se nos aproxima del otro lado, palpitante y vivo.

Delfines, dice Ling, identificando el contenido de los cilindros del Streaker. Una

docena de ellos. Voluntarios que vienen a reunirse con nosotros, con depósitos de genes y archivos culturales.

Con velocidad rasante, los tubos se insertan en las ranuras preparadas para ellos. Justo a tiempo, cuando la cascara ondulante envuelve al Polkjhy y lo sella con una llamarada de unión energética.

Todos los componentes de Madre —incluidos los oficiales jophurs recién capturados— sienten el shock psíquico cuando esa masa de tentáculos luminosos se adueña de nuestra nave transformada, convirtiéndola en una totalidad vibrante.

Una cosa ávida. Tensa y dispuesta para el próximo paso.

¿DETECTÁIS LA AGONÍA DE DIOSES MORIBUNDOS?

El portal se contorsiona mientras atrae al Streaker. Reluciendo y derrumbándose en sí mismo, el nexo trascendente se flexiona, creando potentes campos, haciendo que el espacio se distorsione en sus entrañas, generando un túnel. Un delgado pasaje.

Una improvisada ruta de escape hacia donde huyen los terrícolas.

¿Llegarán a tiempo?

Y AHORA SE PRODUCE LA DETONACIÓN COMPACTA MÁS BRILLANTE DEL UNIVERSO.

Quizá no sea nuestra hora de la extinción, después de todo.

Se ha realizado una encuesta entre los muchos miembros de Madre. Casi todos concuerdan.

Esto es lo que habríamos elegido si los Trascendentes lo hubieran pedido. (Y, con sus potentes simulaciones, quizá lo hicieron.)

Nuestra unión es una destilación. Una combinación de órdenes de vida. Una mezcla llena de vigor híbrido. Salpimentada con sabores especiales de Jijo y la Tierra, nuestra comunidad puede tener la mezcla adecuada para triunfar al fin, donde tantos otros fracasaron.

Para franquear lo infranqueable.

Para unir lo separado.

Para llevar al cosmos más diversidad... y hacerlo uno.

Sentimos que los nuevos tentáculos del Polkjhy se tensan, agarrándose a la urdimbre del espacio, en espera de que llegue la próxima ola de caos.

La mayor de todas.

La Gran Ruptura.

¿Los Trascendentes han coordinado bien las cosas? ¿Realmente tienen la capacidad para desencadenar la explosión en el momento preciso, para que el Polkjhy pueda montar la ola?

Sí, mis anillos y otros yoes.

Yo/nosotros/vosotros no vemos el momento de averiguarlo.

LA ENANA BLANCA TIEMBLA.

Tiene sólo diez mil kilómetros de diámetro. La ignición fluirá a la velocidad del sonido, pocos miles de kilómetros por segundo. Es decir, debería tomar menos de un dura.

EL STREAKER PROCURA LLEGAR AL TÚNEL DE ESCAPE. ¡Vamos, Sara! Puedes lograrlo. ¡Adelante!

Cada segundo parece una eternidad, mientras la nave terrícola se dirige a ese refugio fluctuante.

NUESTROS SENSORES DETECTAN UNA LUZ BRILLANTE. Una llamarada cegadora que barre con loca velocidad la atormentada superficie estelar, como si hubieran encendido una cerilla. Luego...

¿PODÉIS SENTIRLO, ANILLOS MÍOS?

Neutrinos en la cera.

¡Qué extraña sensación! Como recordar el mañana.

Y ahora, aquí vamos.

QUINTA PARTE

TIEMPO DE CAMBIOS

ALGUNOS ÓRDENES DE LA VIDA son más comunicativos que otros.

LOS MIEMBROS de la Orden Cuántica no tienen sentido del lugar ni del tiempo. Al menos ninguno que se corresponda con el modo en que nosotros encaramos estas propiedades. Aunque están dispuestos a intercambiar información, no entienden nuestras preguntas y nosotros no entendemos sus respuestas. Tiene que existir algún contexto común para que la palabra «sentido» signifique algo. En comparación con la Orden Cuántica, es casi trivial conversar con los respiradores de hidrógeno, las máquinas o incluso los memes sapientes más coherentes.

Una vez, sin embargo, un miembro de la raza pupila touvint interrumpió presuntuosamente a sus mayores en una reunión en el Espacio D interpeló a uno de los cuánticos con una pregunta ingenuamente sencilla.

—¿Qué podemos esperar?

La respuesta ha desconcertado a los eruditos durante un millón de años. Sin titubear, el extraño ser respondió:

—TODO.

GALAXIAS

El frente fotónico de la supernova azotó al Streaker a poca distancia de un túnel negro, la senda de escape prometida por los Trascendentes.

Las alarmas gemían y los delfines chillaban mientras oleadas de energía abrasadora atacaban desde atrás, aplastando los campos protectores, machacando cada metro cuadrado con más calor del que tendría un sol normal en el curso de su vida. El torrente habría evaporado instantáneamente el viejo Streaker.

Pero la nave terrícola era como una ballena cuya piel estuviera revestida con percebes de costra dura. El Streaker trajinaba bajo capas de material extraño que titilaban en el calor, como devorando esa luz destructiva.

Sara abrazaba a Prity y Emerson. Una vibración tonante les hacía castañetear los huesos. Un resplandor tumultuoso cegaba las cámaras externas, pero los sensores hablaban de arrasadores flujos de fotones y neutrinos mientras la estrella pasaba sus límites de tolerancia, o quizás éxtasis. En tiempo real, la erupción duró milisegundos, pero el campo de duración estirada del Streaker dejó que la tripulación presenciara sucesivas etapas en cámara lenta.

—Nuestro revestimiento mágico es impresionante —comentó Suessi—. Pero éstos son sólo fotones. No hay modo de que pueda resistir lo que viene a continuación. Más de una masa solar de materia real... protones y núcleos pesados... saltando hacia aquí casi a la velocidad de la luz.

Sara había aprendido suficiente física práctica para saber qué puñetazo estaban por recibir.

Cada átomo de oxígeno y carbono de mi cuerpo pasó por una convulsión como ésta... cocinado en un sol, luego escupido en grandes nubes, antes de condensarse para formar planetas, criaturas, gente.

Ahora su propio polvo estelar podía regresar al cuenco cósmico, quizá para sumarse al ciclo vital de un nuevo mundo que aún no había nacido. Era un magro consuelo. Pero tenía otro.

Lark.

Recibí su mensaje, justo cuando ese hollejo cubría el Polkjhy, extendiendo sus tentáculos, preparándose para atajar ondas de hiperrealidad, en el momento en que las galaxias se separaron para siempre. Su nave ya debe de estar sufriendo el embate de una gran marejada de métrica en retroceso. Dirigiéndose a una gran aventura.

La ironía la hizo sonreír. Entre los tres hijos de Nelo, Lark era el único que no soñaba con abandonar Jijo. Pero ahora vería más parajes del cosmos que los grandes Trascendentes. Este célibe recalcitrante engendraría con su pareja toda una nación humana en una galaxia remota.

Adiós, hermano. Que Ifni te cuide.

Diviértete.

El túnel de escape que mostraba la simulación informática era una caverna llena de espirales inquietantes. Miró a Emerson. Momentos atrás, mientras una granizada final de Antiguos triturados caía en la atormentada superficie de la enana blanca, él había ladrado una sola palabra.

—¡Escoria!

Sonrió, como viendo el fracaso de un enemigo mortal.

Alguien contaba los segundos subjetivos que faltaban para que la onda de materia los golpeará.

—Catorce... trece... doce...

—Ya casi estamoss —decía entretanto Akeakemai, dando coletazos, conduciendo el Streaker hacia el refugio—. Cassi...

La espera era tan abrumadora que la mente de Sara huyó por reflejo a un dominio donde ejercía cierto control. A la matemática. A un problema que había descubierto recientemente, mientras Gillian regateaba con los Trascendentes para que se llevaran el Polkjhy y dejaran libre el Streaker.

En medio de un laberinto de tensores transfinitos, Sara había encontrado un problema de renormalización que se le resistía. Parecía esencial para describir las ondas de caos que habían visto. Pero de acuerdo con los modelos de los Trascendentes, no tenía sentido.

Pensé que conocía toda la verdad cuando preví la ruptura galáctica, surgida de la expansión del universo. Pero ahora veo que una fuerza adicional acelera las cosas.

Sólo tenía sentido si hacía una conjetura peculiar.

Algo se aproxima. Algo titánico.

Los detalles eran vagos, pero ella sabía una cosa sobre esa presencia invasora.

No se encontrará en un pozo de gravedad. Debemos buscar en otra parte, en el espacio plano. Lejos del Abrazo de las...

El Streaker se estremeció. Las vibraciones aumentaron en fuerza y volumen, sacudiéndole el espinazo. Alguien gritó:

—¡Onda de materia!

Por un instante, el tiempo parpadeó.

Luego, en un abrir y cerrar de ojos, Sara fue rodeada por figuras que gritaban y aullaban. Emerson la estrechó como si fuera el fin del mundo. Y por un momento pensó que lo era.

Luego conoció el complacido grito de Prity, los hurras de alegría de los delfines y la risa jadeante de su amante. En medio del tumulto y la confusión, Sara notó que los ominosos truenos habían callado. Los reemplazaba el feliz rugido de los motores.

Las pantallas se habían encendido, mostrando paisajes de ylem distorsionado, las murallas de un túnel benéfico que los impulsaba.

—¡Lo hemos logrado! —exclamó Suessi.

¿De veras?

Sara comprendió compungida que su trance matemático le había impedido presenciar el momento de triunfo y salvación.

Maldita sea por ser tan despistada, pensó, y se dedicó a besar a Emerson con todas sus fuerzas.

ESPACIO E

Harry tenía una profesión solitaria.

Ahora sé por qué Wer'Q'quinn enviaba un solo explorador en cada viaje al Espacio E. Aquí muchas mentes pueden ser peligrosas. Y embarazosas.

Durante sus viajes anteriores al reino de las ideas vivientes, a veces había entrado en un territorio nuevo sólo para descubrir la matriz local, cristalizada alrededor de símbolos que surgían de su propia mente. Como nunca había nadie más, salvo rebaños de memoides locales, importaba poco lo que esas formas revelaran sobre su subconsciente.

Esta vez la estación llevaba cinco personalidades fuertes de cuatro razas diferentes. Harry se preocupó desde el momento en que su nave atravesó una niebla púrpura, avanzando sobre largas patas de araña.

La niebla se deshilachó, como rasgada por la curiosidad de los pasajeros. Dwer, Kaa y Kiwei Ha'aoulin se apoyaban en las ventanas de la cámara de mando. Dwer ya había estado en el Espacio E. Los demás estaban fascinados por su primera visita a este ámbito famoso y mítico.

No miraríais tanto si hubierais visto lo que he visto yo.

Pero Harry se abstuvo de cerrar las persianas. Sería la última oportunidad que tendrían de ver el Espacio E.

Y quizá también sea mi último viaje.

Pronto la niebla se despejó, revelando un vasto paisaje de cubos, pirámides, planos inclinados y formas geométricas más complejas. Al menos, así empezaban los objetos.

La primera vez que miró atentamente uno de ellos, comenzó a derretirse y cobrar nuevos contornos. Pronto vio protuberancias en ambos lados, que parecían... ¡orejas! Luego una nariz con aletas. Poco después, le sonrió una boca llena de dientes amarillos, tan desagradable como familiar.

Chequeó los instrumentos. El monolito memético estaba a treintaseudokilómetros. Al parecer había activado la manifestación de una gigantesca escultura que representaba su propia cabeza, más alta que las estructuras más grandes de la Tierra. Mirando a izquierda y derecha, vio por doquier estatuas de forma familiar. Las réplicas de Kaa, Dwer y Kiwei pronto se extendieron hasta el horizonte.

—Vaya, vaya —comentó la deleitada mercader synthia, con ambas manos sobre el vientre—. ¿No deberíamos despertar a Rety, para que comparta esta oportunidad de una inmortalización en megaescala?

Harry sacudió la cabeza mientras una enorme escultura imitaba su expresión de fastidio.

—La pobre muchacha está durmiendo después de una conmoción, en nombre de

Ifni. Además estas cosas no duran. La mayoría de esos memes vuelven a disolverse en el ylem, en cuanto se va la mente que los origina.

—¿Pero en ocasiones permanecen? ¿Hay una probabilidad de que esto sea permanente?

Harry se encogió de hombros, preguntándose por qué le importaba a Kiwei.

—He visto cosas, criptoformas e imágenes petrificadas del pasado distante. Wer'Q'quinn dice que la sustancia memética reificada a veces puede ponerse más rígida que cualquier cosa hecha de materia real, como las ideas que se fijan para siempre en algunos cerebros vivientes. Supongo que hay objetos conceptuales del Espacio E que pueden durar más que los protones y los quarks, y que todo el universo sideral.

Kiwei miró una hilera de cerros y montañas, la mayoría de los cuales usaban su rostro astuto y redondo.

—¿De veras? —suspiró con esperanza.

Dwer y Kaa rieron. Pero Harry sacudió la cabeza.

—Sigamos nuestro camino —dijo—. Antes de que algo salga mal.

Hasta ahora, pocas cosas habían salido según lo planeado.

Mientras Dwer cubría la retirada con una granizada de flechas, Harry y Kiwei habían logrado aferrar a la inconsciente Rety y llevársela sin que el airado guerrero tundu los despedazara. Los pasillos cercanos resonaban con el ruido de los refuerzos —más de esas malignas criaturas— que acometían para ayudar a su camarada a sembrar estragos mientras las ondas de caos sacudían el planetaide.

Mirando hacia atrás, Harry vio los momentos finales del misionero skiano, arrojado contra un icono explosivo de la Tierra, el «planeta mártir».

Los problemas los siguieron a los muelles del instituto, donde trozos de pared se desmoronaban aplastando los vehículos amarrados. Las alarmas anunciaban que una filtración de vacío era inminente. Harry llevó a todos a bordo y se puso en marcha, remolcando el pequeño crucero de Kaa, poco antes que el techo se derrumbara. Cuando llegó a la cámara de presión, no tenía mucho sentido pasar por Migraciones. La pared se disolvió, revelando campos de estrellas de extraño brillo.

Pasó un rato esquivando andanadas de escombros, hasta que pudo efectuar un hipersalto de corto alcance. Entretanto las ondas de caos sacudían el planetaide.

Si regreso de esta misión, no tendrá sentido presentarse aquí. Hay otras bases del Instituto. De todos modos, dicen que últimamente es más seguro estar en un planeta.

Al fin las ondas de caos se calmaron, aunque sabía que vendrían otras peores. Mientras Kazzkark se perdía de vista, Harry esperó que Wer'Q'quinn, el viejo calamar, pudiera salvarse.

Luego el paisaje se volvió borroso. Le dio las coordenadas a Kaa y dejó que el veterano piloto espacial los llevara por una docena de saltos Nivel B, y luego a un

punto T que ya se había declarado peligrosamente inestable. Las originales maniobras de Kaa los salvaron de ser desgarrados, cortados, asados o vaporizados. Aun así fue un viaje estremecedor. Harry pasó la mitad del tiempo maldiciendo a los cetáceos y sus ancestros hasta el Mioceno.

Al fin llegaron al punto de entrada, un lugar muy tenebroso donde las paredes entre los niveles de realidad eran tan delgadas que se podían perforar. Allí Harry tomó el mando. Pronto la materialidad titiló y pasaron a un reino donde la física permitía que las ideas tuvieran vida propia.

Harry se alegró de alejarse de ese paraje de estatuas gigantescas, entrando en un terreno cubierto por retazos de «hierba» anaranjada y ondulante. Cada hoja consistía en un concepto básico que se había liberado del lenguaje o de la mente.

La pradera se veía erosionada y descolorida. Grandes fragmentos parecían resquebrajados o quemados, como asolados por un terremoto o un incendio. Al parecer el Espacio E no era inmune al tumulto que sacudía las Cinco Galaxias. Incluso los rebaños de memoides eran afectados. Vio varias manadas que corrían de aquí para allá en estampida, mientras el suelo y el cielo se desgarraban amenazadoramente.

Mientras sus pasajeros miraban maravillados, Harry puso rumbo a la Avenida Cósmica. Debía encontrar un tramo que se asomara a la Galaxia Cuatro y colocar sus instrumentos cuanto antes. Afortunadamente, estos nuevos dispositivos eran desechables. Podía dejarlos en su sitio hasta que fueran destruidos. Sus gritos de agonía brindarían a Wer'Q'quinn y su gente datos vitales sobre la Gran Ruptura. Esta vez, prometía su jefe, la información sería emitida a todas partes, no guardada en archivos secretos para uso de razas antiguas y dioses estelares.

Por eso Harry había aceptado la misión. Parecía extraño preocuparse por acontecimientos que sucederían dentro de cien millones de años. Pero por algún motivo se identificaba con las gentes de esa era lejana. Quizá sus esfuerzos les evitaran el terror ignorante que ahora barría las Cinco Galaxias. Aunque para entonces los «dioses» fueran herederos distantes de los chimpancés, y el Instituto de Navegación de esa época futura estuviera operado por descendientes de los piojos de hoy. Como los que infestaban su piel en ese momento, dándole ganas de rascarse el...

—Capitán Harms —dijo una forma giratoria que apareció incómodamente cerca de su nariz—. ¡Tengo noticias! El objetivo ya debe de estar a la vista. ¡Felicitaciones! Y debo agregar que fue un verdadero...

Harry desactivó el holo de la modalidad observador con un gesto drástico. Dirigiéndose a las ventanas, escrutó la bruma del Espacio E y avistó un fulgor sinuoso en la campiña.

—Algo sale bien, para variar —murmuró.

Mientras instalaba sus instrumentos, encontraría un sitio apropiado a lo largo de

la Avenida, pondría a Kaa y los demás en el cruce y los empujaría al espacio normal, a poca distancia de su destino. Harry apenas tendría tiempo para regresar a la civilización antes de que todo el lugar se sacudiera terriblemente.

Rety fue contundente.

Desde el momento en que se levantó —tambaleando en la cámara de mando con una mano en la cabeza, acariciando con la otra a su «esposo» urs—, aclaró una cosa en forma terminante.

No regresaría a Jijo con Dwer y los demás.

—Tal vez tú eches de menos la mugre y esos bárbaros sin tecnología, pero no quiero oír hablar más de ese lugar. Regresaré con Harry.

Eso fue todo. Ningún agradecimiento por salvarle la vida. Ninguna mención de su religión, ni preguntas sobre su gurú. Sólo una fiera determinación que desafiaba las objeciones.

Aun siendo tan joven, es formidable. He conocido algunos humanos con personalidades tan fuertes. Todos se iban de su mundo, para bien o para mal.

Pero la mayoría tenían un rasgo del que Rety carecía. Conocían el valor pragmático del tacto. Claro que ella se había criado entre salvajes. En la civilización quizás aprendiera modales, forjara alianzas y cumpliera sus aspiraciones; quizás hasta lograra ser simpática.

Había un solo problema con su plan.

—Seré franco, Rety. Es muy probable que os pueda dejar a todos en el cuadrante correcto de la Galaxia Cuatro. Tal vez incluso el sector. Pero mis probabilidades de supervivencia después de...

Rety rió.

—¡No me hables de probabilidades! Eso no me preocupa desde que me atacó un gallaiter y mi propia tribu me dio por muerta. Yi y yo nos quedaremos junto a ti, si no te molesta. Y aunque te moleste.

Los demás no ayudaron. Kaa usaba un analizador espectral para estudiar la Avenida —llena de nebulosas oscuras y relucientes cúmulos estelares—, buscando el color específico de una estrella tormentosa. Kiwei se dedicaba a mirar la llanura de memes, tratando de imponer su voluntad para que aparecieran más formas. Dwer se limitó a revolver los ojos. No tenía intenciones de intervenir de nuevo en la vida de Rety.

—De acuerdo —suspiró Harry—. Sólo promete que no te entrometerás. Y no quiero quejas por el lugar donde aparezcas.

Rety asintió.

—Mientras no sea Jijo.

Una chicharra anunció que habían arrojado otro paquete de instrumentos junto a la Avenida. Con suerte, los dispositivos de Wer'Q'quinn estarían colocados antes de la

mayor onda de caos. Luego sería cuestión de dejar a Kaa y los demás cerca de un punto T y desearles suerte.

Le ofreció a Kiwei la oportunidad de retirarse.

—No tienes que entrar en la Galaxia Cuatro. Cuando se rompan los enlaces, no habrá más viajes entre...

Ella alzó una mano carnososa, riendo.

—¡Basta de cuentos de hadas sobre una ruptura permanente, por favor! Mayor, estás equivocado. Las Cinco Galaxias siempre estuvieron...

La estación se detuvo abruptamente. Un chillido hizo que todos se voltearan mientras Kaa daba coletazos en su unidad ambulatoria.

—¡Venid! —gritó el delfín—. ¡Venid a ver!

Harry y Kiwei se apresuraron a reunirse con él frente a las ventanas. Kaa usó su enlace neural para crear un rayo señalador y lo apuntó hacia la fulgurante Avenida.

—¡Ahí esstá! —gritó el piloto con satisfacción—. ¡La encontré!

—¿Izmunuti? —preguntó Dwer.

—Sí. Másss allá de esa nube oblonga de hidrógeno ionizado. La coincidencia espectral esss perfecta. También las formaciones estelares circundantesss.

—Vaya —dijo Dwer—. Creo que incluso puedo distinguir un par de constelaciones. Todas distorsionadas, desde luego.

Kaa irguió la cabeza y recitó alegremente. Y aunque hacía tiempo que Harry no practicaba el trinario, entendió la esencia.

Sería suficiente cumplir mi deber,
habiendo apoyado la causa del Clan Terrícola.

Sería suficiente rescatar a Peepoe,
y pasar una vida con ella.

Sería suficiente salvar Jijo,
y saborear esas aguas sedosas.

Todas estas cosas y muchas más
me habrían permitido encarar la muerte con júbilo.

Pero, entre dichos placeres,
¡éste significa que recobro mi apodo!

Kiwei miró la vasta extensión de puntos brillantes.

—¿Entonces el sol de Jijo...?

—¡Está ahí! —Kaa volvió un ojo oscuro hacia Harry—. Mayor Harms, si nos

dejas aquí, ¿a cuántos paktaars estaríamos de...?

Un golpe en el hombro desvió la atención de Harry. Giró para ver a Rety, que sostenía a su compañero urs en el brazo. La pequeña criatura estiraba el pescuezo mirando la Avenida.

—Mayor Harms, ¿podemos hacerte una pregunta?

—No en este momento, Rety. Estamos tomando una decisión importante.

Ella asintió.

—Lo sé. Pero Yi acaba de ver algo que deberías mirar —Rety señaló el sinuoso tubo—. Allí sucede algo.

Harry se tensó.

—¿A qué te refieres?

—En los últimos duras hubo tres o cuatro... ¡Allí hay otro! —pestañeó ante el resplandor—. ¿Eso es normal? ¿Pueden las estrellas ponerse tan brillantes...?

—¡Modalidad observador! —gritó Harry—. Busca explosiones estelares en la Avenida. ¿Son ilusiones del Espacio E o está pasando algo real en la Galaxia Cuatro?

El símbolo giró sólo un instante.

—Las explosiones tienen espectros y brillos de inusitada energía, tipo supernova. Esas explosiones afectan la membrana de interfaz que llamáis la Avenida.

—¡Ya lo estoy viendo! —protestó Harry.

El gigantesco tubo empezaba a moverse. Titilaba y jadeaba cerca de cada punto de hiriente resplandor.

—Los parámetros de seguridad sugieren que es prudente retirarse ahora del límite —dijo el ordenador.

Kiwei protestó.

—¡Pero las supernovas no estallan así! ¡Cada cual es un suceso astrofísico aislado!

—Esto no me gusta —añadió Dwer.

—Tal vez debemos hacer lo que dice la voz —sugirió Rety—. Retroceder. Dirigirnos al espacio civilizado. Refugiarnos en algún planeta hasta que esto estalle...

—¡Olvídalo! —chilló Kaa—. Harms, cumple tu palabra.

Harry asintió.

—De acuerdo. Los que deseen ir a Jijo deben pasar a la otra nave por la cámara de presión. Necesitaremos algunos duras...

Se interrumpió cuando otra estrella azul estalló, esta vez a la izquierda, cerca del límite, expandiendo su fulgor mil millones de veces, llenando la cabina con un brillo cegador.

La velocidad de la luz no fue impedimento para la disgregación de causalidad que siguió. Una onda métrica martilleó la carnosa superficie interior de la Avenida, haciéndola rodar como una serpiente torturada. El perímetro se distorsionaba en el

Espacio E, perdiendo el color mientras se formaban nuevos bultos que se agitaban como seudópodos sufrientes. Varios de ellos se rizaron espasmódicamente alrededor de la estación.

Parecía un modo personal de ser atacado por una supernova. Pero Harry no tenía tiempo para pensar en las ironías de escala.

—¡Prepararse para transición! —graznó con voz aterrorizada.

De pronto la Avenida parpadeó, y Harry supo que las estimaciones eran erróneas.

Se aproxima la ruptura.

Sus pasajeros apenas tuvieron instantes para aferrarse de algún objeto cercano antes que el universo sideral apresara la nave de Harry con un horrible gemido, arrojándolos de vuelta a un reino de átomos.

SISTEMA SOLAR

Gillian sólo conocía a dos pilotos vivientes que pudieran maniobrar deprisa en condiciones espaciales como éstas.

Keepiru y Kaa. Ambos habían empezado tres años atrás con la selecta tripulación de Creideiki.

Ahora ambos se habían ido. Cada cual donde más lo necesitaban.

Cada cual al sitio que le correspondía.

Vuela bien, Keepiru. Proyectó ese deseo hacia las brillantes estrellas. Dondequiera Tom y Creideiki decidan ir, por favor llévalos a puertos seguros.

En cuanto a Kaa, se había sentido culpable desde que se lo había llevado de Jijo, donde Peepoe lo necesitaba. Según los cálculos de Sara, la ruta de regreso a la Galaxia Cuatro sería peligrosa, exigiendo toda su habilidad, así como una generosa ayuda de su famosa suerte.

Sé que lo lograrás, Kaa. Ojalá pronto nades con Peepoe, y siempre seas el favorito de Ifni.

En otras partes la situación no era tan mala como en la Galaxia Cuatro. Pero el resto del espacio civilizado estaba tenso y arremolinado. El Instituto de Navegación mantuvo puestos de desvío hasta que se quedó sin boyas, luego apostó valientes voluntarios que gritaban hasta enronquecer en las frecuencias subespaciales, desviando el tráfico a sendas seguras. Las flotas enviadas a un sinfín de planetas en audaces misiones de rescate, enfrentándose a las turbulencias para rescatar naves perdidas y tripulaciones varadas.

Era la Civilización Galáctica en su mejor expresión, la razón por la cual sobreviviría al caos y quizá resurgiera con más fuerza que nunca. Cuando las cosas se asentaran. Dentro de unos milenios.

Entretanto, las cuatro galaxias restantes eran un desquicio. Aunque muchos clanes y razas abandonaron sus pleitos para ayudar, otros aprovecharon el desorden para rapiñar, extorsionar o zanjar viejas disputas.

Los cismas religiosos se difundían como ondas ponzoñosas, ampliando antiguas reyertas.

¿Y adónde se dirige ahora el Streaker? Hacia la guerra más cruenta, rogando llegar allí antes de que la lucha haya terminado. Salimos de la sartén para caer en el fuego.

Al menos Gillian no tenía quejas sobre la velocidad. En ese momento quizá tuviera la nave más rápida de la civilización oxi.

No es por despreciar a Akeakemai, pero sin Keepiru ni Kaa, este viaje habría tardado meses, siguiendo los desvíos marcados. Llegaríamos a destino sólo para

encontrar cenizas. Así que es bueno contar con ayuda externa.

Esa «ayuda» envolvía la nave como una segunda piel, un manto de tentáculos rutilantes que se extendían para acariciar diversas texturas métricas del continuo cósmico, verificando el curso, la velocidad y el nivel de subespacio para encontrar el mejor camino posible. Sin prestar atención a las boyas de advertencia ni las señales de peligro, el revestimiento semisapiente guiaba al Streaker por rutas donde soplaban tempestades de hipergeometría irresuelta, haciendo bruscas transiciones que habrían sido imposibles aun para Keepiru.

Quizá los Trascendentes odiaran abandonar el Abrazo de las Mareas, aventurándose rara vez fuera del horizonte de sucesos de su agujero negro para intervenir en el destino de razas menores, pero sus sirvientes sin duda sabían volar. Tal vez este trato especial compensara parte de la espantosa suerte del Streaker durante los últimos tres años. Pero después de escapar a duras penas de una explosión de supernova, Gillian consideraba completa su cuota de milagros... buenos, malos o simplemente extraños.

Sólo llévanos a casa a tiempo, pensó.

Cuando el Streaker pasó los triples faros de Tanith, Gillian supo que lo imposible estaba por suceder.

Veremos de nuevo la Tierra, aunque quizá sólo de lejos.

Cuando el dorado sol llenó la pantalla, comenzaron a encontrar nuevas boyas de advertencia, puestas por otra burocracia.

ATENCIÓN VIAJEROS.

ESTÁN ENTRANDO EN UNA ZONA DE CONFLICTO DEBIDAMENTE REGISTRADO SEGÚN LAS NORMAS DE LA GUERRA. ESTÁIS AVISADOS: REGRESAD DE INMEDIATO A TANITH. SI TENÉIS ALGO QUE HACER AQUÍ, SOLICITAD UN SALVOCONDUCTO A LOS REPRESENTANTES DEL INSTITUTO DE GUERRA CIVILIZADA, O BIEN REGISTRADOS COMO PARTE BELIGERANTE, A FAVOR O EN CONTRA DE LOS DEFENSORES TERRÍCOLAS.

LAS SIGUIENTES RAZAS/NACIONES/CLANES/ALIANZAS HAN DECLARADO CAMPAÑAS DE VENGANZA/RECTIFICACIÓN CONTRA EL LINAJE OXI CONOCIDO COMO CLAN TERRÍCOLA...

Y enumeraba algunas de las facciones que habían puesto sitio al mundo natal de Gillian, una lista intimidatoria. Al parecer, al cabo de años de reñir por el privilegio

de conquistar la Tierra, los soros, los tandus, los jophurs y otros habían unido sus fuerzas para dividirse los despojos.

Del lado de los defensores, los aliados de la humanidad eran lamentablemente escasos. Los tymbrimis aún eran leales, con gran coste. Y los valerosos thennanios. Los p'ort'ls, zuhgs y synthios, así como una facción de la Alianza Expectante, habían enviado ayuda material: armas, pero no combatientes. Y un nuevo grupo, los Acólitos, había enviado naves de voluntarios.

El mensaje del Instituto de Guerra pasaba a describir una larga lista de denuncias, presentadas por los soros y otros, acerca de «trucos lobeznos» que habían frustrado sucesivos intentos de aproximar sus naves a la Tierra, provocando gran cantidad de bajas y la pérdida de muchas naves importantes, todo causado por armas y tácticas que no figuraban en la Biblioteca Galáctica, siendo así modos sospechosamente indecorosos de matar a quienes deseaban matarlos.

Gillian rió con orgullo, aunque parecía que el Consejo de los Terrágenos se estaba quedando sin «trucos». Sus fuerzas se reducían ahora a un tenaz anillo marcado por la órbita lunar.

La boya del Instituto terminaba con la declaración oficial de que las reglas de la guerra se habían respetado en general, mientras este conflicto se aproximaba a su inevitable conclusión.

—¡Vaya reglas! —resopló Suessi.

En otras épocas, el Instituto de Guerra había formalizado el combate hasta reducirlo a un deporte relativamente inofensivo, enfrentando a campeones profesionales por el privilegio o el honor. Pero bajo la estructura actual —casi imposible de imponer en el caos reciente— las flotas que atacaban la Tierra podían hacer cualquier cosa. Gasear ciudades. Capturar y «adoptar» ciudadanos. Cualquier cosa excepto dañar la frágil biosfera del planeta. E incluso eso podía pasarse por alto mientras la sociedad se desintegraba.

Había una buena noticia. Parecía que la Coalición de Razas Moderadas al fin había declarado su abierta oposición al sitio, uniendo fuerzas para imponer un cese del fuego. Las primeras unidades llegarían en pocas semanas, si no eran demoradas por los problemas de tránsito.

Ya hemos oído antes esas promesas, pensó amargamente Gillian.

La Niss informó que los corredores de apuestas (que nunca interrumpían su negocio, a pesar de la Gran Ruptura) daban a los terrícolas pocas probabilidades de durar tanto.

—Bien, muchas cosas han cambiado últimamente —le dijo Gillian a la tripulación del Streaker mientras se dirigían hacia la batalla que arreciaba alrededor de su estrella natal—. Veamos si podemos cambiar las cosas.

Sus planes eran flexibles, y dependían de las condiciones que reinaran cerca de la

Tierra.

Quizá fuera posible romper el cerco con una distracción. A fin de cuentas, su nave era el gran trofeo que todos habían buscado tanto tiempo. La noticia de los descubrimientos del Streaker en el Cúmulo Superficial había causado todo este frenesí. Y esa pasión no se habría enfriado, con la Gran Ruptura todavía fresca en la memoria y las profecías apocalípticas cruzaban la civilización, más disgregadoras que ondas de caos. Mientras el tumulto aún conmocionara cada sector y cuadrante, cada alianza dogmática se sentiría más ansiosa que nunca de resolver el Acertijo de los Progenitores antes que sus rivales.

¿Y si el Streaker aparecía súbitamente ante las fuerzas sitiadoras, provocándolas y huyendo por una galaxia turbulenta? ¿Podría llamar la atención de esas flotas y permitir que la Tierra ganara el tiempo que necesitaba? Con suerte, podría desencadenar nuevas luchas entre los tandus y otras facciones radicales, podando sus filas para que los tímidos «moderados» intervinieran al fin.

Esa maniobra parecía estar reñida con las órdenes que le había dado el Consejo de los Terrágenos, que le exigían que se ocultara. Ante todo, que no permitiera que los datos de Creideiki cayeran en malas manos. El Streaker debía entregar la información sólo a organismos imparciales y calificados, o bien cuando la gente de las Cinco Galaxias —mejor dicho, Cuatro Galaxias— acordara cómo compartirlos.

Bien, eso he hecho. ¿Qué organismo sería más calificado y neutral que la comunidad fusionada que se hizo cargo del ex acorazado jophur, el Polkjhy? Un consorcio de emisarios de varios órdenes de la vida, escogido por los Trascendentes para representar nuestra macrocultura ante un reino muy distante.

Todas las muestras de la flota fantasma, incluido Herbie, el cadáver enigmático, estaban a bordo de esa nave estelar, fuera del alcance de los fanáticos más tenaces. Tal vez una distante civilización alienígena se impresionara como correspondía, o incluso pudiera responder preguntas sobre ese enigma.

Lo único que queda del Cúmulo Superficial es un conjunto de coordenadas. Y están en lugar seguro.

Una sensación vertiginosa llenó el pecho de Gillian. Reconoció su origen.

Libertad.

Junto con el resto de la tripulación del Streaker, ahora se sentía liberada de un peso aplastante. Un peso que los rodeaba como una mortaja, obligándolos a ocultarse como presas. Demasiado valioso para permitirles dar la cara.

Pero eso había cambiado.

Ahora somos soldados, nada más.

Soldados del Clan Terrícola.

HIPERESPACIO

Todo se desquició después de la Gran Ruptura. Toda esa maravillosa estructura — las muchas capas y texturas del espacio-tiempo— comenzó a desmoronarse.

Los expertos de Wer'Q'quinn habían prevenido a Harry. Los efectos de retroceso serían mucho peores en la Galaxia Cuatro, cuando se quebraran los antiguos lazos con otras espirales y se derrumbara la mayor parte de los puntos de transferencia. Además, todos los niveles conocidos del hiperespacio —de A a E— se desprenderían como pieles de serpiente y seguirían su propio camino.

No sólo he perdido la esperanza de regresar a casa, pensó durante el turbulento viaje que siguió. Quizá nos quedemos varados para siempre en un patético rincón de un brazo en espiral. ¡Tal vez incluso de un sistema solar!

Siempre que llegaran a salvo al espacio normal.

La estación de Harry crujía y gemía. Las persianas tamborileaban en sus marcos, mientras fisuras inquietantes rasgaban los gruesos paneles de cristal. Afuera, las hebras de transferencia se agitaban como gusanos torturados, contorsionándose en dolores agónicos. Los lazos espaciales y geométricos, privados de sus amarras, se cortaban violentamente, despedazándose entre sí.

Parecía un momento pésimo para tratar de evadir la velocidad de la luz con atajos que habían sido rutinarios durante milenios. Engañar a Einstein se había convertido en un crimen peligroso.

Quizá fuera más seguro pasar al espacio normal y afrontar la conmoción cerca de una estrella que tuviera un planeta habitable en barbecho. En el peor de los casos, si el viaje ultralumínico se hacía imposible, al menos tendrían un sitio donde aterrizar. Pero Kaa no quería saber nada de eso. Desde el momento en que salieron del Espacio E, el delfín tomó el control, abandonando su inservible crucero, y lanzó la estación por un punto de transferencia, buscando desesperadamente una ruta hacia el único sitio que llamaba hogar.

Harry nunca había visto un piloto tan brillante, ni tan lunático. Su rechoncha estación no era una nave deportiva, pero Kaa la arrojaba en giros abruptos, brincando entre las radiantes hebras como un mono drogado en una selva en llamas, arrojándose de una liana candente a la otra. Kaa golpeaba la almohadilla de flotación con la cola. Los ojos del delfín tenían un aspecto vidrioso mientras torrentes de información se derramaban en su enlace neural. Su cráneo emitía un coro de chasquidos de sonar que a veces se fusionaban para formar palabras.

Peepoe era una de las más frecuentes. Habiendo cumplido su deber con el Streaker y la Tierra, Kaa sólo tenía una prioridad: regresar a su amada.

Harry lo comprendía. Pero ojalá me hubiera preguntado, antes de llevarnos en este viaje demente.

Nadie se atrevía a romper la concentración de Kaa. Incluso Rety guardaba silencio, acariciando nerviosamente a su esposo urs. Kiwei Ha'aoulin estaba agazapada, mascullando en dialecto synthio, quizá lamentando que la codicia hubiera prevalecido sobre la cautela.

Sólo Dwer parecía indiferente al miedo. El joven cazador apretaba la espalda contra la consola de mandos con un pie en una ventana, dejando ambas manos libres para pulir su arco mientras un nudo gordiano de cordeles cósmicos se desmadejaba en el exterior.

Bien, supongo que ya no hay de qué asombrarse, pensó Harry. Después de ver toda una cadena de supernovas al mismo tiempo, y de que la Avenida nos atrapara como un monstruo agónico, qué importa algo tan vulgar como una conflagración en el hiperespacio.

Kaa soltó un grito, lanzando la estación hacia una enorme hebra cuyo extremo suelto oscilaba, temblando y lanzando torrentes de chispas. Rety gritó. Sintieron vértigo. Harry tuvo ganas de vomitar. Se taparon los ojos, preparándose para el impacto. Se recobraron cuando nada pasó.

Ni siquiera una vibración. Alrededor sólo se oía el pistoneo de los suaves motores.

Con temor y curiosidad, Harry bajó las manos.

Más allá del vidrio rajado brillaban las estrellas. Luces tenues. Estables. Permanentes.

Bien, casi. Un retazo titilaba extrañamente, mientras pasaba una oleada de métrica distorsionada. Ahusadas perturbaciones aún estremecían el vacío. Aun así, era mucho mejor que ese espantoso nido de serpientes chispeantes.

Detrás de la estación menguaba el punto de transferencia por donde acababan de salir, marcado por relampagueantes símbolos rojos.

NO ENTRAR, advertía un icono generado por ordenador. LOS NEXOS ESTÁN INUTILIZADOS. LAS CONDICIONES SON LETALES EN EL INTERIOR.

Me lo creo, pensó Harry, jurando abrazar a Kaa en cuanto pudiera... y dispararle si intentaba entrar en otro punto T como ése.

En la dirección opuesta crecía el disco rojo de una estrella gigante.

—¿Izmunuti? —preguntó Harry.

Kaa aún parloteaba consigo mismo. Pero Dwer asintió enfáticamente.

—La reconocería en cualquier parte. Aunque las tormentas parecen haber amainado desde la última vez que pasamos por aquí.

Rety reaccionó mal ante esta noticia.

—¡No! —se volvió hacia Harry apretando los puños—. ¡Me prometiste que no tendría que regresar! Haz virar esta nave. ¡Llévame de vuelta a la civilización!

—Creo que no entiendes el problema —respondió Harry—. Como están las

cosas, tendremos suerte si llegamos a cualquier mundo habitable. Y sin duda, el más cercano es...

La joven se tapó los oídos.

—Me niego a escuchar.

Miró a Dwer, quien se encogió de hombros. Ese rechazo de la realidad le recordó a Harry la raza de los episiarcas, pupilos de los poderosos tandus, que podían usar la fuerza psi —más la fuerza del ego— para cambiar partes del universo circundante, transformando las condiciones a su gusto. Algunos expertos teorizaban que sólo se necesitaba una voluntad fuerte, más una alta opinión de sí mismo. En tal caso, Rety los habría lanzado a megaparsecs de ese lugar, tan desesperada estaba por no ver su mundo natal. Kaa irguió la cabeza. El ojo negro del piloto se aclaró cuando hizo un anuncio.

—No podemos quedarnos aquí. Jijo todavía está a un año-luz. Eso requerirá una docena de saltos por el espacio A. O cincuenta... si usamos el nivel B.

Harry recordó las predicciones del personal del Instituto de Navegación en Kazzkark: la ruptura dificultaría el uso de los hiperniveles. En la Galaxia Cuatro, quizá se desprendieran por completo, dejando la negrura del espacio normal, un cosmos einsteiniano donde la causa y el efecto se regían estrictamente por la lenta velocidad de la luz.

Pero esa transición no sería instantánea. Quizá las capas rápidas aún pudieran usarse, al menos por un rato.

—Prueba el Espacio B —sugirió—. Tengo la corazonada de que quizá debemos bajar rápida y frecuentemente en el camino.

Kaa irguió la gran cabeza.

—De acuerdo. Esss tu nave. Entraré en el Essspacio B.

Con ese siseo final, el piloto volvió a concentrarse en su enlace neural, un reino donde su perturbador talento cetáceo quizá fuera su única esperanza.

Harry notó que la estación se preparaba para el primer salto.

Rezaría, pensó, si la creación misma ya no estuviera gimiendo de dolor.

Casi desde el principio vieron ruinas perturbadoras, restos de muchas naves espaciales, destruidas mientras intentaban seguir ese curso, saltando de Izmunuti a Jijo.

—Algunos pasaron por aquí antes que nosotros —comentó Dwer.

—Y muy recientemente, a juzgar por las apariencias —añadió Kiwei con voz pasmada—. Parece que pasó toda una flota de grandes naves. Debían de estar en el hiperespacio cuando se produjo la ruptura.

Los resultados eran devastadores. Mientras Izmunuti se alejaba y el sol de Jijo crecía, los instrumentos de Harry mostraban pasmosos residuos de una flota despedazada. Algunos cascos todavía relucían por efecto del feroz desmembramiento.

—Distingo por lo menos dos tipos de nave —diagnosticó, mirando el telescopio analítico—. Una de ellas podría ser jophur. La otra... no lo sé.

Era difícil hacer precisiones, pues su propia nave seguía bamboleándose. Kaa regresaba al espacio normal cuando el instinto le indicaba que se aproximaba una nueva onda de caos, o cuando una grieta en el Nivel B amenazaba con plegarse sobre sí misma y aplastar todo lo que encontrara a su paso.

Cruzar esa inestable zona de hiperrealidad —un trayecto relativamente breve— se convirtió en una traicionera serie de brincos descabellados que empeoraban dura a dura. Cada salto requería mayor concentración que el anterior, forzando más los jadeantes motores. No obstante, no podía haber reposo. Era esencial reentrar en el hiperespacio cuanto antes, pues en cualquier momento el Nivel B podía desgajarse por completo, dejándolos varados a muchos meses-luz de cualquier refugio. La comida y el aire se acabarían antes que pudieran atravesar esa vasta distancia de métrica plana.

Lástima que los terrícolas nunca insistimos en nuestros primeros intentos de impulso por cohetes, después de establecer contacto con la Civilización de las Cinco Galaxias. Parecía la más ridícula de las tecnologías lobeznas, burdas naves que aceleraban hasta alcanzar la velocidad de la luz. Con tantos atajos baratos disponibles en la Gran Biblioteca, ¿quién necesitaba un repertorio de trucos extravagantes?

La respuesta era manifiesta.

Nosotros. Cualquiera que desee viajar por la Galaxia Cuatro puede necesitarlos, desde ahora hasta el final del tiempo.

Al menos había signos de progreso. Cada salto los acercaba más a ese cálido y robusto sol. Pero los tensos momentos pasaban con dolorosa lentitud, mientras seguían una senda cubierta de restos de naufragio.

—La nave jophur debió enviar un mensaje a su jefatura, mientras perseguía al Streaker —dedujo Dwer—. Sus refuerzos llegaron en el peor momento, a tiempo para ser triturados por la ruptura.

—Deberíamos alegrarnos —reflexionó Kiwei—. No deseo vivir en una satrapía jophur.

—Pero eso supone que toda su flota fue sorprendida en el hiperespacio en el peor momento —comentó Harry—. Por lo que sabemos, un escuadrón pudo salvarse. Quizá nos estén esperando en Jijo.

Era una perspectiva desalentadora: haber soportado tantas cosas sólo para ser capturados por pilas de implacables anillos.

—Bien —dijo Dwer, al cabo de varios saltos, cuando la estrella amarilla ya cobraba aspecto de sol—. Ahora no falta mucho.

Se acercó a la ventana delantera, tan ansioso de ver Jijo como Rety de evadir el veredicto del destino.

TIERRA

El sistema solar estaba lleno de restos de más de dos años de lucha, recordatorio de una tenaz resistencia lobezna que sin duda había desconcertado a los invasores que esperaban una conquista fácil. Los rumores acerca de esa lucha salvaje habían llegado al Streaker, incluso en el remoto Mundo Fractal. Al parecer, esa defensa ya era legendaria.

Nubes iónicas y escombros marcaban la senda del combate y la retirada: estrías vaporizadas en el cinturón de hielo cometario, cráteres aún humeantes en Tritón y Nereida, fragmentos de metal retorcido del tamaño de asteroides, girando en órbita más allá de Urano.

Debe de haber sido todo un espectáculo. Lamento habérmelo perdido.

Más escombros se habían añadido recientemente, con el ataque de la Gran Ruptura. Las naves que habían intentado una maniobra ultra-lumínica durante la tormenta de causalidad habían tenido la suerte de regresar al espacio normal con más consistencia que un trozo de hielo. La órbita de Saturno era un reluciente cementerio de chatarra que pronto se convertiría en un vasto anillo alrededor del sol.

Lamentablemente, los sensores de largo alcance mostraban que quedaban naves de sobra para completar la tarea. Veintenas de acorazados —varios de ellos titanes en comparación con la enorme Polkjhy— se reunían en formaciones marciales en el nuevo frente de batalla, demasiado cerca del fulgor azul de la Tierra.

Las primeras naves detuvieron al Streaker más allá de la órbita de Ceres. Un escuadrón mixto de corbetas y fragatas tandus, soros y gorouphs, reunidas en inestable confederación. Estaban alerta, a pesar de los estragos que las ondas de caos residuales aún manifestaban en los instrumentos. Cuando el Streaker ignoró la llamada y siguió rumbo al sol, las naves más próximas se acercaron para abrir fuego con mortífera precisión.

Punzantes andanadas embistieron la nave terrícola, rebotando en su casco transmutado. Los haces de calor eran absorbidos en silencio, sin efectos observables, disipándose inofensivamente en otro nivel del espacio-tiempo.

Si estos fracasos enfurecieron al enemigo, no lo demostró abiertamente. Acercándose, varias naves escupieron andanadas de misiles inteligentes que se lanzaron contra el Streaker a gran velocidad. Según Suessi, ésta era la peor amenaza. Las armas de energía directa surtían poco efecto en el revestimiento de los Trascendentes, pero el impacto físico podía disgregar cualquier cosa hecha de materia, si se producía con suficiente fuerza y velocidad, en una secuencia coordinada de conmociones.

Como consciente de ese peligro, la capa externa del Streaker entró en actividad.

Enjambres de objetos diminutos echaron a volar al encuentro de la andanada. En magnificación extrema, los extraños interceptores parecían bolsones de protoplasma, negros pero extrañamente vivos.

—Conceptos reificados —explicó la máquina Niss con cierta aprensión—. Programas destructivos, capaces de hacer que una máquina sea hostil a sí misma. Ni siquiera tienen que entrar en los ordenadores como datos, sino con el mero contacto físico.

—¡Estás hablando de memes autónomos! —exclamó Gillian—. Creí que no podían existir en el espacio real, sin un huésped...

—Aparentemente nos equivocábamos en cuanto a eso —respondió la Niss con indiferencia—. Recuerda que los Trascendentes son una mezcla de órdenes de vida. Ellos mismos son en parte memes.

Ella asintió, dispuesta a aceptar lo increíble.

El enjambre memético chocó con la andanada, pero los efectos no fueron evidentes al principio. La tensión llenó el puente del Streaker, mientras los misiles seguían su curso. De pronto viraron, errando al Streaker y girando maniáticamente antes de estallar en torrentes rutilantes que alumbraron el cinturón de asteroides.

Los delfines lanzaron un hurra, pero Gillian pensaba que toda celebración era prematura. Recordó una advertencia del Trascendente que había visitado su oficina.

—No te dejes engañar por una invulnerabilidad ilusoria. Has recibido ventajas, pero son limitadas. Será prudente recordar que no sois dioses. Todavía no, al menos...

Gillian no contaba con nada. Pronto el enemigo aprendería a no enviar más robots contra una nave defendida por hordas de ideas depredadoras. Quizás optara por usar fuerzas numéricamente abrumadoras.

Aun así, supongo que el fin justifica los memes, pensó con una sonrisa. A Tom le habría gustado la broma.

En ese momento, en el calor de la batalla, ella lo extrañaba con un retortijón de la carne, como si los años y los kiloparsecs no significaran nada y se hubieran despedido el día anterior.

La próxima hilera de naves —destructores— tuvo poco efecto. Algunos misiles lograron detonar en las cercanías, pero no en forma coordinada. Las capas protectoras del Streaker los resguardaron.

Cuando Akeakemai pidió permiso para responder al fuego, Gillian se negó.

—Podríamos dañar algunos —dijo—. Pero notarían que nuestra capacidad ofensiva es diminuta en comparación con la defensiva. Prefiero que sospechen que somos igualmente temibles. Tanto que podemos darnos el lujo de ignorarlos.

Todo formaba parte de una treta que había elaborado. La mayor que había concebido.

Una nueva fuerza se alzó contra el Streaker, esta vez eran unos perfectos y potentes cruceros. Entretanto, los gigantescos acorazados que rodeaban la Tierra comenzaron a cambiar la formación, configurando una cáscara hueca con la cúspide apuntada hacia la nave de Gillian. Los altavoces tronaron, gorjearon y chasquearon en varios idiomas formales, mientras los comandantes de la flota unida lanzaban una advertencia final.

IDENTIFÍQUESE O SERÁ DESTRUIDO.

Gillian se quedó intrigada.

Después de tanto tiempo de perseguirnos por cada rincón de las Cinco Galaxias, ¿hemos cambiado tanto que no reconocéis a vuestra presa, que ahora regresa a fastidiaros en vuestro cubil?

Gillian tomó una decisión.

Es hora de romper el silencio. De responder a ese desafío con otro.

Apretando una palanca, irradió su mensaje pregrabado, uno que había requerido toda su concentración desde que el Streaker se zambulló en ese túnel negro, a milisegundos del puñetazo de la supernova. Estaba inspirado en parte por su propia entrevista con el ser Trascendente.

Yo también puedo jugar a la ilusionista, había pensado. De todas las tretas de su visitante deífico, el que menos le había impresionado era el cambio de apariencia visual con que había imitado a todo el mundo, desde Tom y Jacob Demwa hasta Hikahi y Creideiki.

Los espejismos son muy baratos.

Si los terrícolas poseían algún arte similar a la mejor tecnología galáctica, consistía en la manipulación de imágenes ópticas.

La representación comenzó con uno de sus disfraces más viejos, el que usaba rutinariamente para engañar a la unidad robada de la Biblioteca.

Un severo almirante thenniano apareció en el holotank, alisándose las cerdas del codo y el hombro, hinchando la cresta, despejándose los conductos antes de interpelar a los sitiadores en majestuoso y formal galáctico seis.

—Hermanos, altos instructores de la civilización estelar y descendientes de los Grandes Progenitores. Vengo a vosotros en un momento crucial. Vosotros, junto con vuestros pupilos y compañeros de clan, podéis beneficiaros o padecer, según la decisión que toméis durante este nexo de oportunidad.

»Ha llegado el momento de mirar más allá de las falsas creencias. Vuestra presencia aquí (que mi clan tuvo la sabiduría de resistir) es anatema para el destino. Sólo os traerá un alud de desventuras, reforzado con la inagotable provisión de penurias que el universo inflige al obstinado.

Era muy buen thenniano, pomposo y creíble. Pero el punto no era la credibilidad, ni siquiera la plausibilidad.

No, lo que los irritaría era el descaro de esta treta. El falso almirante continuó:

—Considerad los hechos, errados hermanos. Primero, ¿a quiénes revelaron los Progenitores reliquias de gran y profundo valor? ¿A vosotros, o siquiera a los Antiguos que reverenciáis?

Mientras decía estas palabras, el thennanio comenzó a derretirse, adquiriendo nueva forma de modo mucho más pintoresco y perturbador que el Trascendente. (Su visitante quería que Gillian se concentrara, mientras que ella se proponía asustar y enfurecer.) El gran almirante se convirtió en un ser muy diferente, lustroso y gris, que ahora flotaba en el aire, semejante al capitán Creideiki cuando era más apuesto y carismático, antes que un accidente le abriera un boquete en la brillante cabeza.

—¡En absoluto! ¡Los progenitores no os revelaron verdades ocultas a vosotros, ni a ningún noble clan o alianza! ¡La flota fantasma fue revelada a alguien como éste!

La imagen de Creideiki agitó enfáticamente la cola.

—Un miembro de la más joven de las razas pupilas. Una raza cuyo talento habría hecho que cualquier instructor ansiara adoptarla, pero que se considera con orgullo miembro del lobezno Clan Terrícola. Y tened en cuenta otro hecho. El modo en que la nave terrícola Streaker ha burlado todas vuestras búsquedas y planes para capturarla. Aun cuando sobornasteis a los Grandes Institutos, ¿os sirvieron de algo esos actos de traicionero engaño?

La figura comenzó a cambiar de nuevo, continuando sotto voce con irónicos subtonos de gal-seis.

—Decidme, hermanos, ¿conocéis la identidad de la nave que ahora se dirige a vosotros, desafiando risueñamente vuestro presunto poder? ¿Necesitáis más claves? ¡Las tendréis!

La forma de un varón humano reemplazó a Creideiki. Había tratado de usar a Tom como modelo, pero le resultó demasiado difícil, así que se decidió por Jacob Demwa, lo cual quizá fuera buena idea. Los soros lo reconocerían al instante después de dos siglos de frustración, pues él los había exasperado en muchas ocasiones.

—Tercero, a pesar de vuestra gran riqueza y muchas vidas perdidas en el afán de conquistar el mundo natal terrícola, ¿qué habéis logrado aquí, salvo hacer crecer su leyenda? Aun al borde de la victoria, ¿podéis estar seguros de que no es otra estratagema, un truco destinado a agotar vuestras reservas, a lograr que su inesperado triunfo parezca todavía mayor a ojos de otros? Aunque ganéis, y matéis hasta el último humano, y aunque un clan obtuso adopte a los delfines y chimpancés, ¿soportaréis la venganza que otros se pueden cobrar, en nombre de la Tierra martirizada? Hacedos esta pregunta. ¿No podrán estos lobeznos fortalecerse aún más a partir de su muerte? En los hechos, o bien en nuevas ideas. Ideas que impregnarán la era venidera, llevando la cultura galáctica por sendas que no podéis imaginar.

El Streaker tembló. Las luces pestañearon. En otras pantallas, Gillian vio una

breve, violenta y unilateral batalla mientras la flota de cruceros disparaba andanadas.

O bien estaban mejorando en el uso de cerebros tontos para sus misiles, o bien esta vez eran demasiados. Una docena logró estallar incómodamente cerca.

Suessi alzó los pulgares, indicando que estaban demasiado desperdigados para ser peligrosos. Pero eso mostraba las limitaciones de la defensa.

Mientras el enemigo no se dé cuenta. Que piensen que sólo los estamos despreciando.

En el holotank, Jacob Demwa cobró otra forma, una de las razas más antiguas que el Streaker había encontrado en ese helado habitat llamado Mundo Fractal. Sin pausa, ese crudo semblante continuó su parlamento.

—Cuarto, pensad en esto. ¿Alguno de vosotros predijo la Gran Ruptura? Tan conservadores erais todos, tanto confiabais en vuestros mayores, que ignorabais que los Antiguos estaban manipulando la Gran Biblioteca y los demás Institutos. Por sus propios motivos, mantenían en la ignorancia a la Civilización de las Cinco Galaxias. No se nos anunció que nos preparásemos, ni que esta masiva ruptura espaciotemporal ya había ocurrido.

»Aun así, recibimos una advertencia. Aun sitiados por sus atacantes, los terrícolas cumplieron con su deber ciudadano, irradiando un alerta basado en su matemática alternativa.

»¿Es coincidencia que quienes ignoraron la advertencia hayan sufrido grandes daños? Los que estaban cegados por su desprecio por la ciencia lobezna, los que escogieron la obstinada ideología en vez del pragmatismo...

»¿Habéis adivinado, hermanos? ¿Habéis deducido quién se lanza hacia vosotros? Insolente. Irreverente. ¿Podéis oler/sentir/palpar aquello que codiciáis... y secretamente teméis?

Varios cruceros se apostaron detrás del Streaker, cortando la retirada. Adelante, la flota de naves capitanas abandonó el cerco para enfrentarse a este desafío, desperdigándose para rodear al impúdico recién llegado en una ineludible red de fuego.

—Están hablando entre sí —informó la máquina Niss—. De acorazado a acorazado. Muchas más discusiones de las que cabe esperar en naves de guerra aprestándose para el combate. Están en código, pero noto que son bastante acaloradas. ¿Es posible que no entiendan tus insinuaciones y claves, doctora Baskin? Quizás hayas sido demasiado esquiva. ¿Pasamos a revelar quiénes somos?

Ella negó con la cabeza.

—Calma. Tal vez sólo estén discutiendo sobre el mejor modo de matarnos.

El Streaker tenía una esperanza. Esta clase de despliegue significaba que los enemigos debían concentrar sus disparos en una zona muy estrecha, para no dañarse entre sí. Si la nave terrícola podía crear incertidumbre acerca de su posición exacta,

quizá lograra provocar una descarga que le pegara al sesgo y no recargara el revestimiento Trascendente. Luego, en medio del cegador momento posterior, el Streaker viraría y escaparía. Con un poco de suerte, esta asombrosa supervivencia haría que el enemigo quedara desconcertado el tiempo suficiente para darle una buena ventaja, antes de que toda la flota corriera detrás.

El objetivo era simple: ganar tiempo, dando a la Tierra un breve respiro, una posibilidad de rearmar rápidamente las fortalezas de la Luna, y quizás evacuar algunas madres y niños antes del final.

—¡Se preparan para disparar! —anunció el oficial de detección, que luego lanzó una advertencia en delfín primario—: ¡Aquí vienen ti-buronessss!

Gillian sintió escalofríos mientras cientos de rápidos misiles salían de los tubos de lanzamiento, armándose mientras volaban hacia el Streaker. A esa distancia, muchos llevarían ojivas psi y probabilísticas, así como cargas de aniquilación.

La capa protectora del Streaker lanzó varios enjambres meméticos, pero este recurso no serviría en esta ocasión.

—Ya sabes qué hay que hacer —Gillian le dijo a Akeakemai, confiando su vida a su destreza. No era tarea para un piloto sino para un talentoso ingeniero en geometrodinámica.

Sin otra cosa que hacer mientras esperaba la obliteración, Gillian volvió a mirar la escena del holotank, el mismo mensaje que recibían en la cubierta de mando de cada acorazado.

El último de sus simulados Antiguos empezó a disolverse. Pero la voz (imitando trucos que ella había aprendido del Trascendente) continuaba, usando tonos irritantes, condescendientes y confiados.

—¿Veis el símbolo de la proa de esta nave? ¿Es el familiar emblema de los cinco rayos en espiral? ¿O fue reemplazado por otra cosa? ¿Podéis reconocer la naturaleza de nuestro nuevo casco? Sin embargo, vuestros detectores también muestran el antiguo casco interior, la figura terrícola de nuestra tripulación. ¿Pueden vuestras mentes resolver esta anomalía, esta disonancia? ¿Hay una explicación?

La imagen del tanque reapareció, cobrando una forma que ella había grabado durante su entrevista con el Trascendente. Una forma que sin duda arruinaría la compostura del enemigo.

Si tan sólo un atisbo de Herbie —una momia de mil millones de años— había alborotado a los fanáticos de cinco galaxias, ¿qué no haría la forma reconstruida de la momia? Emulado en carne viviente, el humanoide anfibio ofrecía ahora una enigmática sonrisa que se ensanchó turbadoramente, con un matiz de cruel comprensión.

—Vamos, jóvenes necios. Sin duda tendréis una idea de lo que hay delante de vuestras...

Akeakemai interrumpió con un chillido.

—¡Impacto en noventa segundos! ¡Hagámoslo!

Gillian pestañeó mientras los motores del Streaker soltaban un gemido de cansancio, arrancando la nave del espacio normal.

Lástima, pensó, lamentando que hubiera sido tan rápido. Quería ver todo el espectáculo, hasta el final.

Teóricamente, uno podía esquivar enemigos saltando al hiperespacio.

Lamentablemente, esa idea era más vieja que muchas estrellas. Las artes de la guerra se habían adaptado tiempo atrás a esa táctica. Cuando el Streaker saltó, también saltó el enjambre de misiles, que no tuvieron problemas para detectar su rumbo.

Akeakemai manipulaba los motores rápidamente, enviando su nave exploradora clase Snark en saltos laterales entre los estratos conocidos que aún cubrían la Galaxia Dos.

A diferencia de la Galaxia Cuatro, aquí aún había acceso a los niveles del hiperespacio, aunque con más dificultad que antes. Gillian contaba con esa diferencia para romper la coordinación de la andanada. Con suerte, quizá también hubiera ondas de caos —residuos de la Gran Ruptura— que distorsionaran el espacio y confundieran a esas máquinas de muerte.

Lamentablemente pronto comprendió que había cometido el peor pecado de cualquier comandante. Suponer que sus enemigos eran estúpidos.

En el Espacio B, donde todas las estrellas se convirtieron en puntos irisados, el oficial de detección gritó de consternación.

—¡Minas! ¡Han llenado el lugar de...!

Akeakemai actuó rápidamente, haciendo un segundo salto, pero algunos objetos llegaron a detonar, sacudiendo el Streaker con ondas de choque mientras la nave pasaba al Espacio A.

Sensaciones tan extrañas como familiares asaltaron a Gillian en ese reino veloz, como si cada dirección fuera un túnel que ofrecía un atajo hacia un horizonte lejano. En cada uno de esos tubos fulguraba el disco de un sol majestuoso.

—Cincuenta segundos —murmuró Hannes Suessi.

—Más minas —fue el rápido grito.

Innecesario, pues un tamborileo de detonaciones salvajes hamacó la nave, forzando la capacidad de absorción de energía de la nueva cáscara del Streaker. El exceso de calor hizo sudar la piel de Gillian.

En nuestra vieja forma ya estaríamos vaporizados, pensó durante el agónico instante que tardaron en pasar al Espacio D.

Era un pésimo lugar para buscar atajos. Todo parecía lejano, como si mirase por el otro extremo de un telescopio.

Lamentablemente, el Espacio D también estaba habitado por integrantes del orden cuántico, semiformas relucientes cuyos contornos se hacían más vagos cuanto más se miraban. Una multitud de esos seres amorfos convergió sobre el Streaker en cuanto apareció.

—Nuestros enemigos deben de haber contratado aliados locales para resguardar esta salida. —La máquina Niss parecía admirar por este exceso de previsión.

Gillian vio que el nuevo ataque arrancaba trozos del revestimiento Trascendente.

—¡Sácanos de...!

Anticipándose a sus deseos, Akeakemai forzó nuevamente los motores del Streaker, en el mismo instante en que los misiles estallaban.

JIJO

Kaa logró realizar un último salto antes de que el Espacio B desapareciera. Ese brinco electrizante quemó cada nervio del cuerpo de Harry, arrancándole aire de los pulmones en un grito agónico.

Cuando terminó la transición y los trémulos pasajeros de la estación se encontraron milagrosamente de vuelta en el continuo normal, aún sentían en la piel el hormigueo de la irritación. Enjugándose lágrimas de los ojos con manos trémulas, Harry supo con vívida certidumbre el momento exacto en que el Espacio B terminó de desprenderse de la Galaxia Cuatro para flotar a la deriva, dejando el dominio de átomos para girar en solitario abandono.

Fue como una amputación. Durante toda su vida había sido una presencia de fondo, y ahora se había ido para siempre.

Salimos justo a tiempo, pensó al despejarse la visión. Estaba maravillado de lo que Kaa había logrado con esa última exhibición de destreza.

Delante había una esfera azul con una delgada capa de aire húmedo. Los continentes —manchas pardas y marrones— se perfilaban contra arcos de océano. A lo largo del terminador, el relámpago bailaba sobre nubes y picos montañosos.

—Jijo, supongo —murmuró Harry, añadiendo en silencio: Mi nuevo hogar.

—Sí —respondió Dwer—. Bienvenido. Es bueno estar de vuelta.

A juzgar por su postura, el joven ansiaba reclamar sus amadas sendas forestales. Al parecer, dos mujeres que se consideraban sus «esposas» lo esperaban en un bosque primitivo. Dwer era reacio a explicar la situación, pero ansiaba regresar. Eso era evidente.

¿Y qué hay de mí?, pensó Harry. Una carrera en el Instituto de Navegación no es muy prometedora ahora. Aunque la Galaxia Cuatro retenga algunos enlaces hiperespaciales, nadie querrá contratar a un explorador del Espacio E.

Miró el mundo azul, que se acercaba con lentitud, la velocidad relativa determinada sólo por el momento y la energía cinética. Sin microsaltos para mejorar la aproximación, el aterrizaje podía ser difícil y peligroso.

Tenían un excelente piloto, así que eso no preocupaba a Harry. Pero una vez que la estación estuviera abajo, quizá nunca volviera a partir. La antigravedad dependía de trucos que implicaban un equilibrio de fuerzas entre varias capas del hiperespacio. Con la mayoría de esas capas desaparecidas, los generadores de campo quizá nunca pudieran ejercer la potencia suficiente para liberarse de la gravedad de Jijo.

Lo más probable es que ahora deba vivir toda mi vida en ese planeta. Demonios, al menos es una vida.

Jijo parecía mucho mejor que el polvoriento Horst. A decir verdad, incluso más bonito que la Tierra.

Y ahí hay neochimpancés... aunque de una raza anterior que aún no podía hablar. Aparte de eso, Dwer dice que son bastante civilizados.

Suspiró.

Supongo que ser el «simio que habla» será una distinción. Eso... mi piel blanca... y mi cola.

Soltó una seca carcajada. Qué irónica inversión de su situación en la Tierra, donde los parlanchines y refinados chimpancés lo encontraban taciturno y lento. Aquí sus parejas y amigos no lo molestarían con chismes irritantes.

Para conversar, tendré otras seis razas sabias en la Comuna de Jijo. Ocho, si incluimos a los delfines y los tytlals. Y pronto los chimps serán la novena.

Miró a Kaa, cuyas brillantes maniobras los habían llevado sanos y salvos, o casi. Tan ansioso estaba el delfín de llegar a esas tibias aguas costeras —y de encontrar a Peepoe— que quizá necesitaran de la persuasión para lograr que aterrizara primero en la costa y dejara desembarcar a los demás.

—Vaya, vaya. Es un lugar bastante agradable —comentó Kiwe Ha'aoulin—. Supongo que servirá por un tiempo, mientras evalúo las posibilidades comerciales.

Harry sacudió la cabeza. La synthia se había encerrado en su locura, suponiendo que pronto todo regresaría a la normalidad. Por ella, Harry esperaba que permaneciera alegre y loca el resto de su vida, porque la pasaría allí, en un rincón de la Galaxia Cuatro.

Kaa irguió la cabeza gris, lanzando un chorro de preocupación.

—¡Detecto navesss!

Harry corrió a sus instrumentos.

—Las veo. Casi todas están detrás. El último par de saltos nos puso delante de ellas. Llegaremos a Jijo semanas antes que ellas.

Mirando más atentamente el instrumental, continuó.

—En general son naves pequeñas... salvavidas, exploradoras, lanzaderas. Sobrevivientes, supongo, de aquellos cuyas flotas fueron destruidas en el Espacio B durante la Ruptura. —Hizo una pausa, estirando nerviosamente los pulgares—. Se dirigen al único refugio visible. El mismo lugar adonde vamos nosotros.

Dwer suspiró.

—Aunque la Comuna haya logrado deshacerse de la guarnición jophur mientras estuvimos lejos, el peligro no ha terminado.

Harry asintió. Por las pautas de su civilización anterior, las fuerzas que llegaban eran patéticas y débiles. Algunos salvavidas no llegarían. Otros se quemarían en la atmósfera de Jijo. Aun así, los restantes podían ser muchos más de los que podía vencer con su pequeña estación. Pronto los jijoanos estarían en apuros.

Y, comprendió, esa confrontación tendría repercusiones duraderas.

A menos que haya otros puestos irruptores, ocultos en planetas en barbecho en

otras partes de la Galaxia Cuatro, éste puede ser el único lugar donde haya oxis con conocimiento y experiencia del viaje estelar. Aunque el hiperespacio sea totalmente inaccesible, una cultura se expandirá algún día desde Jijo. Esa cultura debe de llenar toda esta galaxia, iniciando una nueva tradición de Elevación cuando encuentre especies prometedoras en el camino.

Las implicaciones eran estremecedoras.

El que conquiste Jijo este año puede establecer la moralidad —todo el ethos social— de esa futura civilización estelar.

Harry había estado dispuesto a dar la vida por una comunidad. Ahora parecía que no habría descanso. Antes de compartir la comida y el aire de Jijo, debía decidir si formaría parte de este nuevo mundo y adoptaría sus problemas como propios.

Por lo que he oído, esta Comuna de Seis Razas era bastante interesante. Si debo juzgar por Dwer y Rety, y Alvin y Ur-ronn, los jijoanos presentarán una buena pelea.

Palmeó la consola de su confiable estación.

Tal vez podamos ayudar un poco, ¿eh?

Su espiral de aproximación los llevó sobre el lado oscuro de Jijo, bajo una gran luna que Dwer identificó como Loocen. Harry lanzó una exclamación al ver una hilera de chispas brillantes en el límite entre el día y la noche. Un arco de ciudades relucientes brillaba en la superficie. Entonces comprendió.

Reflejos. Luz solar, eso es todo, atrapada al sesgo mientras el alba llega a la superficie lunar. Las silenciosas cúpulas están muertas. Lo han estado desde que partieron los fabulosos buyurs. ¿Cuánto hace? ¿Medio millón de años? Aun así es un bonito espectáculo. Tal vez algún día...

Un grito agudo le obligó a volverse.

Rety estaba de pie junto a una ventana, negándose obstinadamente a mirar la suave belleza de su mundo natal. Ignoraba hoscamente las exclamaciones de su esposo, el urs llamado Yi. El pequeño centauroide estaba en el antepecho, saltando con sus cuatro delicados pies, estirando el pescuezo para morder el hombro de Rety y señalar el paisaje.

—¡Mira, esposa! ¡Mira esa vista!

—Ya la he visto antes —murmuró ella amargamente—. Montañas, arbustos y tierra. Mucha tierra. Sin electricidad ni ordenadores, pero toda la tierra que gustes...

—¡Eso no! —interrumpió Yi—. ¡Mira los fuegos de artificio!

Rety no se movió, pero otros se apuraron a averiguar a qué se refería la criaturilla.

—Apaga las luces interiores —ordenó Harry, para que el resplandor de la cubierta de observación no impidiera ver el exterior.

Afuera se extendía la noche de Jijo, un oscuro manto que podría llenarse de luces urbanas al cabo de unas generaciones, sin importar quién ganara la inminente batalla. Pero ahora esa extensión no mostraba ningún signo visible de sapiencia, ni siquiera

con instrumentos. Bien, las Seis Razas se han ocultado largo tiempo, pensó. Deben de ser buenas para eso.

Era interesante imaginar qué clase de civilización estelar surgiría de la Comuna Jijoana, con sus fervientes tradiciones de protección ambiental y tolerancia, y su informal individualismo en materia de iniciativa y nuevas ideas. Algo bastante interesante, siempre que sobreviviera a la crisis inminente.

Al principio Harry no vio nada que justificara el alboroto de Yi. Entonces Dwer señaló a la derecha.

—Mira. Una chispa.

—Qué bonito —comentó Kiwei.

Parecía, en efecto, una chispa que se elevaba desde la fogata de un campamento, suave y lentamente, de la delgada atmósfera al negro cielo.

—Modalidad observador —ordenó Harry—. Fíjate en la anomalía que estoy mirando, y magnífica.

El ordenador escrutó sus ojos, evaluó su foco de atención y obedeció. Apareció una holoimagen que mostraba el objeto más extraño que Harry había visto, a pesar de haber pasado años explorando los extravagantes rincones meméticos del Espacio E.

Un largo tubo se elevaba, la punta hacia arriba, y de su cola salían chorros de fuego blanco.

—Parece un árbol ardiente —murmuró Kiwei, asombrada.

—No es un árbol —corrigió Dwer—. ¡Es bu!

La curiosidad al fin venció a Rety, quien se volvió, a tiempo para ver cómo se apagaba la llama. Mientras pasaba el proyectil, los instrumentos de Harry midieron su tamaño, que era muchas veces mayor que el de su estación.

De pronto ese objeto con forma de lápiz se partió en dos. La parte trasera cayó, aún humeando, mientras la parte delantera volvía a lanzar llamas por la popa.

—¿Pero qué fenómeno natural podría...? —susurró Kiwei con perplejidad.

—No es natural, tonto mapuche —gritó Yi—. ¡Cohete de bu fabricado por urs y humanos y traekis! ¡Disparan cohete para dar la bienvenida a Rety y Yi!

Harry parpadeó, sonrió.

—Demonios. Eso es, en efecto. Un cohete de varias etapas hecho de troncos ahuecados... o como se llamen, Dwer.

Llamó de nuevo al ordenador.

—Concéntrate en el extremo frontal. La parte más alejada de las llamas.

Como la punta de una lanza, ese extremo centelleaba. Rotaba despacio, junto con el resto del tosco cohete.

Un breve relumbrón les dijo todo. Un panel de un material parecido al vidrio. Una luz pálida brillando en el interior. Y un par de siluetas. Un cuello serpentino. Una pinza de cangrejo.

La estación de Harry viró, haciendo que todos trastabillaran. Kaa informó que estaban entrando en la atmósfera del planeta.

—¡Hora de abrocharse! —ordenó el piloto. Pronto los rodeó otra clase de llama. Si sobrevivían a la zambullida, en poco tiempo pisarían tierra firme.

Aun así, Harry y los demás se quedaron un momento más, mirando el cohete el mayor tiempo posible. El ordenador calculó la trayectoria estimada, e informó que se dirigía a la mayor luna de Jijo.

Rety al fin habló. Pateó la cubierta con los pies, pero esta vez no era un berrinche, sólo una expresión de alegría.

—¡Súper! —exclamó—. ¿Sabéis que significa esto?

Harry y Dwer sacudieron la cabeza.

—¡Significa que no estoy atrapada en Jijo! Significa que hay un modo de salir de esta mísera bola de barro. Y podéis apostar el tonel de escoria de vuestro abuelo a que pienso usarlo.

Sus ojos parecieron relucir con la misma luz que ese rescoldo brillante, hasta que el descenso orbital hizo que se perdiera de vista. Cuando Harry la llevó a un asiento y le abrochó el cinturón para el aterrizaje, Rety palpitaba de entusiasmo, y de resuelta ambición.

—Haré lo que haga falta, pero me largaré nuevamente de aquí, tan lejos y tan pronto como el mugriento universo me lo permita.

Harry asintió afablemente. No tenía la menor intención de interponerse en el camino de Rety.

—Sin duda que lo harás —dijo, sin vacilación ni condescendencia.

Las ventanas se llenaron de fuego mientras Jijo les daba un abrazo de bienvenida.

HOGAR

Terribles heridas cruzaban la desvencijada nave cuando se dispuso a regresar al espacio normal. La mayor parte de las rebabas de estasis del Streaker estaban flojas o se habían vaporizado. La rueda de gravedad se había fundido con el casco.

En cuanto a la vaina protectora que había salvaguardado a la tripulación —ese regalo de los Trascendentes— ahora chispeaba y se descascaraba, como una criatura agonizante con un alma valiente.

Gillian lamentaba esa pérdida como había llorado otros infortunios. Y ahora, el fin de la esperanza.

Nuestro plan era evitar la destrucción, alejando al enemigo de la Tierra. El plan de nuestros enemigos era desviarnos y destruirnos. Parece que cada cual obtuvo la mitad de lo que quería.

Suessi estaba en la sala de máquinas, trabajando con Emerson y el resto del fatigado equipo, tratando de restaurar la potencia. Tal como estaban las cosas, la nave apenas tenía energía de reserva para llegar al único nivel del espacio donde no había minas ni otros objetos mortíferos.

No, ahora nos volvemos a enfrentar a enemigos vivientes. Seres oxis, como nosotros.

Pero al menos sería posible rendirse a los acorazados, y ver de que trataran a sus tripulantes como prisioneros de guerra. Siempre que los vencedores no se pusieran a pelear por los despojos.

Gillian no podía dejarse capturar. La información que llevaba en la cabeza no debía caer en manos enemigas.

Suspiró. La batalla de noventa segundos había sido enconada. Su táctica casi había funcionado. Cada vez que estallaba una mina, atacaba una horda cuántica o pasaba una onda de caos, dispersaba la andanada de proyectiles, destruyendo su formación, diezmándolos, hasta que la detonación, cuando se produjo, fue desfasada e ineficiente.

Aun así, nos vapuleó bastante.

Mientras el Streaker terminaba su última transición hacia el espacio normal, rodeado por nubes de escombros cegadores, sabía que la vieja nave ni siquiera podría derrotar a una corbeta o un salvavidas armado, y mucho menos a la flota que los aguardaba.

—Por favor, transmite la señal de tregua —ordenó—. Diles que discutiremos los términos de la rendición.

El oscuro embudo de la Niss se inclinó en un gesto de solemne respeto.

—Como deseas, doctora Baskin, así se hará.

Mientras la laboriosa tripulación del puente trabajaba para reemplazar los

módulos quemados, una bruma de detritos ionizados y radiación cegó los monitores. Los primeros objetos que emergieron de la niebla fueron un par de grandes pozos de gravedad, modestos hoyuelos en el espacio-tiempo.

Tierra y Luna, comprendió Gillian. Estábamos tan cerca.

Pronto aparecerían otras cosas en la pantalla de gravedad, objetos que rivalizaban con lunas, de poder majestuoso.

El tenso momento llevó a Gillian a los años del descubrimiento de la flota fantasma, cuando ella y Tom eran jóvenes y ansiaban explorar para el Clan Terrícola, en compañía de su amigo Creideiki. Había tenido este aspecto. Una bruma los rodeaba mientras el Streaker avanzaba lentamente por una nube molecular, en ese lugar lejano llamado Cúmulo Superficial.

Un rincón perdido en el espacio.

Un sitio donde no tenía que haber nada que interesara a seres estelares.

Pero el capitán tenía una premonición.

Y pronto, emergiendo de la niebla, vieron...

Nada.

Gillian parpadeó mientras la asombrosa realidad la devolvía al presente. Un nervioso murmullo cruzó el puente mientras los tripulantes miraban incrédulos el vacío.

El Streaker se alejó con esfuerzo de la nube de escoria, dejando atrás la bruma para brindar una visión más despejada.

No había rastros de ninguna formación.

Ninguna flota de acorazados.

—Pero yo...

Gillian no pudo terminar la frase. Alguien más tuvo que redondear su pensamiento.

—¿Adonde se fueron todos? —preguntó Sara Koolhan, que apretaba a Prity con una mano que lucía blanca y sudorosa.

Nadie respondió. ¿Qué podían decir?

El silencio reinó varios minutos mientras los sensores indagaban más adelante.

—Hay muchos escombros, pero no veo ninguna nave grande en un radio de un astrón cúbico —aventuró al fin el oficial de detección—. Quizá se estén ocultando detrás de la Luna, preparándose para atacar.

Gillian negó con la cabeza. Esa flota de acorazados ni siquiera podía esconderse detrás del disco de la luna. Además, ¿para qué tender una trampa a una presa indefensa? El Streaker no podía huir, y un cachorro lo derrotaría en una pelea justa.

—Detecto muchas hiperondas en el campo de fondo —añadió Akeakemai—. Ondas de motores. Algunas naves realmente grandes causaron agitación hace sólo unos instantes. Creo que se fueron de aquí a gran velocidad.

Mientras la tripulación del Streaker seguía trabajando para reparar los sensores, la máquina Niss volvió a girar cerca de Gillian.

—¿Deseas una conjetura, doctora Gillian?

—Adelante.

—Sospecho que tu pequeño mensaje holográfico pudo tener consecuencias inesperadas. Estaba destinado a enfurecer a nuestros enemigos, pero permíteme exponer otra posibilidad. Creo que les dio un susto tremendo.

Gillian resopló.

—¿Esas pamplinas que inventé? Era puro alarde y presunción. Cualquier niño podía darse cuenta. ¿Me estás diciendo que una flota de avanzados galácticos, con sus bibliotecas de a bordo y sus sofisticados sistemas de inteligencia, no pudo vislumbrar la verdad?

La espiral Niss giró, recobrando su aire despectivo.

—No, doctora Baskin, no digo eso. Estoy insinuando que una lobezna primitiva como tú, atrapada en las emociones de una crisis provisional, no pudo ver la verdad esencial que había debajo de tu alarde y presunción. No obstante, los galácticos la vieron. Quizá sólo instantes después de disparar contra el Streaker. O bien después, cuando detectaron que regresábamos, tras haber sobrevivido contra viento y marea... y comenzaste a irradiar un simple ofrecimiento para discutir la rendición.

—Pero eso fue... —tartamudeó Gillian—. Yo no quería...

—De un modo u otro, la alianza se esfumó... se disipó mientras cada escuadrón huía a casa.

Gillian se quedó boquiabierta.

—Estás especulando. No lo creo.

La Niss hizo un gesto de indiferencia.

—Afortunadamente, al universo no le importa mucho lo que creamos. La pregunta es si nuestros enemigos se aterraron tanto como para abandonar por completo sus objetivos, o si sólo se han retirado para una nueva evaluación, para consultar sus augurios y preparar nuevos embates. Francamente, sospecho lo segundo. No obstante, parece que aquí ha sucedido algo notable, doctora Baskin. Según todas las pautas, debes aceptar el veredicto de la historia. La palabra tiene un extraño sabor, dicha a bordo de esta vapuleada nave. Así que entiendo que te cueste pronunciarla en voz alta. Déjame ayudarte, pues.

»¡Victoria!

Las fuerzas de la Tierra emergieron lentamente de sus últimos reductos, como si sospecharan un truco mortal. Desde calcinados picos de montaña y arrasados cráteres lunares, robustas naves ascendieron al cielo, con las cicatrices de un sinfín de batallas. Juntas arrojaron haces inquisitivos a cada rincón del sistema solar. Inspeccionaron con recelo al único intruso restante, cuyo maltrecho perfil no

resultaba familiar.

—Conserva la distancia —le ordenó Gillian al piloto—. No hagas movimientos súbitos. Seamos pacientes. Que se acostumbren a nosotros.

Akeakemai estaba de acuerdo.

—Estamos irradiando el código de transpondedor del Streaker. Pero tardaremos un rato en enviar otros mensajes. Hasta entonces, prefiero no poner nerviosos a esos tíos.

Más les valía. Esas sufridas unidades habían logrado mantener a raya durante dos años a los aterradores tandus y muchos otros clanes guerreros. Sería una lástima que su propia gente los friera sólo porque estaba tensa.

Después de tanto tiempo, podía esperar un poco más.

Jacob Demwa no estará contento con la condición en que traigo el Streaker, pensó. Sin dos tercios de su tripulación, ni las muestras del Cúmulo Superficial. Me interrogará durante semanas, tratando de averiguar adonde fueron Creideiki y Tom, y qué extraños asuntos los mantuvieron ocupados todo este tiempo.

Por otra parte, regresaba con regalos.

El secreto para vencer a los anillos maestros jophurs, por ejemplo. E información sobre los kiqui de Kithrup, a quienes podemos reclamar como nuevos pupilos para nuestro creciente clan. Y los simbioses rewqs de Jijo, que ayudan a las especies a entenderse entre sí. Más todo aquello que la Niss y yo aprendimos al interrogar a la unidad de la Biblioteca que capturamos.

Y había más.

El Consejo de los Terrágenos querrá saber acerca de la perdida colonia de Jijo y la expedición de la Polkjhy. Ambos grupos se enfrentan a grandes peligros, pero representan algo que el Consejo quiso lograr durante largo tiempo... brotes del Clan Terrícola que puedan sobrevivir lejos de la Civilización Galáctica, aunque la Tierra caiga un día.

Había muchas cosas de que hablar, suficientes para que Gillian presentara informes durante años.

Todo lo que descubrimos sobre los otros órdenes de la vida, por ejemplo. Sobre todo los Trascendentes.

A pesar del poder y los conocimientos de esos seres deíficos, Gillian sentía algo parecido a la piedad. No eran, después de todo, los más antiguos ni los más grandes hijos de la vida, sólo los que se habían quedado atrás cuando todos los demás se zambullían en las singularidades, buscando otros reinos.

Cobardes, los había llamado en un momento de irritación. Admitía que no era una definición justa, pero tenía una pizca de verdad.

Parecen atrapados por el Abrazo de las Mareas, y sin embargo no están dispuestos a seguir su tirón hasta el fin, ya sea para viajar a un sitio superior o someterse a un

sistema universal de reciclaje. Así que se quedan sentados, pensando y planeando mientras pasa el tiempo. Salvo cuando parece conveniente sacrificar miles de formas de vida inferiores para cumplir alguna meta.

No eran gente que una invitaría a cenar.

Al despejarse la bruma de la batalla, Gillian ordenó que se deshicieran del rajado blindaje de las ventanas por primera vez desde Kithrup, y fue a mirar la reluciente Vía Láctea, sus familiares constelaciones; habrían tranquilizado incluso a una troglodita que pasara la vida entre penurias, buscando raíces, hacía sólo diez mil años.

La velocidad de la luz es lenta pero inexorable, pensó, mirando las brillantes sendas de la galaxia. Durante los próximos milenios, este paisaje estelar se llenará de extravagancias. Las supernovas cruzarán el firmamento, llevando la primera parte del mensaje de los Trascendentes.

Un mensaje sencillo pero importante, que incluso ella podía entender.

Salud. Aquí estamos. ¿Hay alguien ahí?

Gillian notó que Emerson, cuyos deberes en la sala de máquinas habían terminado al fin, se apresuraba a abrazar a Sara. La pareja estaba cerca, con su silenciosa compañera chimpancé, mirando el mismo paisaje, compartiendo pensamientos íntimos.

La joven de Jijo era otro regalo para la Tierra, un tesoro que, usando sólo perspicacia matemática, había predicho por su cuenta la Gran Ruptura. Eso era un logro admirable, pero Sara ya estaba haciendo afirmaciones sorprendentes, sugiriendo que la Ruptura era sólo un síntoma. No del universo en expansión, como sostenían los sabios de la Tierra, sino de algo más complejo y extraño. Algo «que venía de fuera de nuestro marco conceptual».

Sara creía que el misterio podía girar alrededor de una raza llamada buyur.

Gillian sacudió la cabeza. Al fin habría otros a quienes pasarles esos problemas. Profesionales expertos de toda la Tierra —y docenas de razas amigas— que podrían encarar asuntos arcanos mientras ella volvía a ser una simple doctora, una médica, el papel para el cual había estudiado.

Nunca más ordenaré que alguien vaya hacia su muerte. Jamás. No importa lo que digan que hemos logrado en esta condenada misión, no aceptaré otro comando. A partir de ahora, trabajaré para salvar vidas. Que otros se queden con el cosmos.

De hecho, ya había escogido su primer paciente.

En cuanto los de Inteligencia me dejen en paz, me concentraré en ayudar a Emerson. Trataré de devolverle la facultad del habla. Cabe esperar que los investigadores de la Tierra ya hayan hecho descubrimientos útiles, pero si no es así, bregaré para lograrlo.

¿Era la culpa quien impulsaba esta ambición? ¿Reparar parte del daño que sus

órdenes habían causado? ¿O era por tener el placer de lograr que esos dos, Sara y Emerson, se hablaran con la mente, además del corazón?

Al ver que se cogían la mano, Gillian se relajó.

El corazón puede ser suficiente. Puede sostener.

Akeakemai llamó.

—Estamos de vuelta en modalidad holo en ambos sentidos, doctora Baskin. Y está entrando una transmisión.

La pantalla se llenó de luz, mostrando la sala de mando de una nave de guerra. Tenía los perfiles romos de la manufactura thennania. La tripulación era casi toda humana, pero el rostro que estaba frente a la cámara tenía los afilados pómulos y la angulosa belleza de un tymbrimi varón, con tentáculos empáticos cerca de las orejas.

—Vuestra afirmación nos resulta dudosa. Por favor, presentad pruebas de que sois la nave Streaker. Repito...

Parecía un requerimiento simple de satisfacer. Se había pasado duros años luchando por este momento de contacto. Aun así, Gillian era reacia a obedecer.

Al cabo de un instante de reflexión, supo por qué.

Para cualquier humano, hay dos reinos, la «Tierra» y el «afuera». Mientras esté en el espacio, puedo imaginar que estoy cerca de Tom. Ambos anduvimos perdidos. Perseguidos por las Cinco Galaxias. A pesar de los megaparsecs de distancia, parecía que sólo había que esperar para que nos cruzáramos. Pero una vez que pise la Tierra, estaré en casa. La Tierra me rodeará, y el espacio exterior será otro sitio. Un vasto páramo donde él ha desaparecido, junto con Creideiki, ICAI y los demás, errando entre espantosos peligros, mientras yo procuro mantenerme ocupada para no sentirme sola.

Gillian trató de responder al tymbrimi. Ojalá pudiera hacerlo otro, quitarle esa última carga de los hombros. La ordalía de terminar ese agrídulce exilio.

Fue rescatada por una voz improbable. Emerson d'Anite, que se enfrentó al holograma con una sonrisa, y se expresó con una canción operística.

¡Saboreemos nuestra locura! ¡El hombre nació para ser feliz!

Sus vanas pretensiones, y vanas defensas,

turban sus sentidos, obnubilan su mente.

Delgados o gordos, retozamos y adulamos,

así que regocijémonos y finjamos.

¡La diversión es el triunfo de la mente sobre la materia,

y todos llegaremos a casa si reímos al final!

DESTINO

Los componentes zangs estaban mejor preparados para encarar esto filosóficamente. También las entidades maquinales que contribuían a formar la macrocomunidad llamada Madre.

En las civilizaciones basadas en el hidrógeno y el silicio, existía la difundida convicción de que la «realidad» era una ficción. Todo, desde la mayor galaxia hasta el menor microbio, formaba parte de una grandiosa simulación. Un «modelo» que se ejecutaba para resolver un gran problema o acertijo. Era natural que ambos órdenes de la vida llegaran a la misma conclusión. Los zangs habían evolucionado para realizar emulaciones analógicas orgánicamente, dentro del cuerpo. Las máquinas lo hacían con modelos de software, ejecutados con recursos digitales. Pero en definitiva, todo equivalía a lo mismo. Unidos al fin, encontraron una perspectiva común de la vida.

Nosotros —y todo lo que vemos alrededor, incluidos los poderosos Trascendentes— existimos sólo como parte de una gran probabilidad, un simulacro que se ejecuta en un ordenador de gran nivel, tal vez en otro plano de la existencia, o quizás en el Punto Omega, cuando el final del tiempo reúna todas las cosas en su realización definitiva.

De un modo u otro, no tiene mucho sentido darse demasiada importancia. Este patrón cósmico donde participamos es uno de los muchos que se ejecutan en paralelo, con minúsculas diferencias entre uno y otro, como un programa de ajedrez, delineando cada maniobra, y todas las consecuencias posibles, en extremo detalle.

Así fue como los otros componentes de Madre se lo explicaron a Lark y Ling. Tampoco los conversos jophur-traekis tenían problemas con esta idea, pues su vida intelectual suponía experimentos mentales múltiples que fluían por la cera que revestía sus núcleos interiores.

Sólo los humanos y delfines del Consorcio tenían problemas para aceptar esta imagen, por diversas razones.

¿Por qué?, preguntó Lark. ¿Por qué alguien gastaría vastos recursos para hacer semejante cosa? ¿Para calcular el mejor de los mundos posibles? Una vez que lo hallaran, ¿qué harían con el resultado? ¿Y qué harían con los miles de modelos que han creado? ¿Qué harán con nosotros?

La pregunta contrarió a los componentes zangs, pero no a las máquinas, que respondieron con fervor:

¡Los oxis están obsesionados con su propia importancia! Todos los modelos ya han sido ejecutados, evaluados y desechados. Nuestra sensación de existencia es sólo una ilusión. Una manifestación de tiempo simulado.

Esta actitud era asombrosa para Lark, pero Ling sólo rió entre dientes, de acuerdo

con los delfines que recientemente se habían sumado a la comunidad de a bordo, y que consideraban ridícula esta discusión metafísica.

Olelo, un líder entre los ex tripulantes del Streaker, sintetizó su punto de vista en un haikú trinario.

¡Escuchad el rugido
de la rompiente en el arrecife,
y decidme que no es real!

Lark se alegraba de tener a esos recién llegados a bordo. Parecían tíos interesantes, con una perspectiva refrescante. Y ayudaban a defender el lado oxi del debate. Había tiempo de sobra para discusiones de toma y daca en el curso de muchos años subjetivos, hasta que la Polkjhy transformada llegara al final del viaje.

Proyectó sus sentidos remotos por uno de los visores externos, echando otra ojeada al cosmos. O lo que parecía tal.

Era una perspectiva que pocos habían presenciado. Un vacío que era muy distinto del vívido color negro. Ninguna de las grandes galaxias en espiral o elípticas eran visibles en sus formas normales, como puñados de puntos blancos y polvorientos. Desde esta perspectiva no se veían estrellas, salvo como meras ondas, leves abolladuras que apenas podía distinguir.

Todo parecía aplanado, efímero, tentativo, como un boceto.

El Polkjhy ya no formaba parte de ese universo. Deslizándose fuera del ylem, la nave modificada viajaba sobre una hinchada ola que no estaba compuesta de materia ni de energía, ni siquiera de tosca métrica. Después de discutirlo con los demás, y consultar la Biblioteca de a bordo, suponía que el Polkjhy cabalgaba sobre un pliegue de contexto. Un trasfondo de ley básica, a partir del cual el universo se había formado tiempo atrás, cuando una perturbación del principio de incertidumbre de Heisenberg permitió la súbita erupción llamada Big Bang.

El surgimiento de Algo a partir de Nada.

Ahora no veía cosas ni objetos sino un vasto remolino de conexiones causales que enlazaban un conjunto de potencialidades con otro.

Detrás de la nave, menguando rápidamente con cada dura, se atisbaban varias de esas conexiones, alejándose de una reciente y brusca separación. Un cercenamiento de antiguos lazos.

Sintió que la mente de Ling se acercaba a la suya, compartiendo esa visión. Pero al cabo de un rato, ella lo codeó.

Todo eso está detrás. Ven, miremos delante, hacia nuestro destino.

Aunque nada tangible existía en este plano —ni materia, ni memes, ni siquiera dirección—, Lark tenía una sensación de «adelante», el rumbo al cual se dirigían.

Según los Trascendentes, era un gran cúmulo de galaxias que estaban a quinientos millones de parsecs de la Galaxia Dos. Un lugar que irradiaba señales enigmáticas que insinuaban una actividad sapiente. Quizás otra gran civilización con la cual comunicarse. Compartir. Decir hola.

Su única manifestación —para la mirada subjetiva de Lark— era un remolino de relucientes curvas y espirales. Vagas insinuaciones de que existía otro dominio donde el hiperimpulso, los puntos de transferencia y todas las comodidades del viaje espacial existirían en abundancia.

Viviremos para ver eso, reflexionó Ling. Y mucho más. ¿Te alegra haber venido?

A diferencia de los delfines, ningún Trascendente había preguntado a Lark lo que deseaba. Aun así, se sentía bastante bien.

Sí, me alegra. Extrañaré a ciertas personas. Y Jijo. ¿Pero quién rechazaría semejante oportunidad?

De hecho, algunos la habían rechazado. Gillian Baskin, procurando ser fiel a su deber. Y Sara, cuyo amor él llevaría siempre. Al enviar una docena de voluntarios delfines, Baskin había incluido otros regalos para acompañar el viaje del Polkjhy. Los archivos del Streaker, las muestras genéticas acumuladas durante una larga misión de exploración.

Y otro ítem.

Lark miró al más singular miembro del Consorcio de Madre, encapsulado en un capullo dorado de tiempo topórgico congelado. Un arcaico cadáver, quizá de mil millones de años, que había viajado con la desdichada tripulación del Streaker desde su fatídica visita a un lugar llamado Cúmulo Superficial.

Se llamaba Herbie.

La enigmática sonrisa de la momia sugería un conocimiento absoluto. Una confianza absoluta.

—¿No es vuestra reliquia más valiosa? —había preguntado Lark durante los frenéticos momentos que precedieron a la explosión de la supernova, mientras las muestras del Streaker eran almacenadas y la capa protectora del Polkjhy se cerraba.

—Herbie y yo hemos pasado mucho juntos —respondió Gillian—. Pero creo que es más importante que vaya con vosotros. Quizá para una civilización distante diga más de nosotros que una Biblioteca entera llena de registros. —La mujer terrícola parecía cansada, pero liberada, como si supiera que sus andanzas pronto terminarían—. Además, aunque el Streaker sobreviva a lo que sucederá, supongo que Herbie no es irremplazable. Sé dónde puedo encontrar muchos otros como él.

Esa críptica observación se adhirió a Lark mientras él y su compañera observaban la tenue luz que pasaba: las hebras y costuras que siempre estaban ocultas, entre los bastidores de la gran tragicomedia de la vida. Por alguna razón, parecía implicar un drama que aún continuaba. Un drama donde él seguía actuando, a pesar del colapso

de los enlaces de causalidad y comunicación.

Alguien se acercó a los dos humanos flotantes. Un delfín —largo, lustroso, con las cicatrices de muchos viajes— empujó levemente sus cuerpos con el movimiento de sus aletas, con una fuerte presencia mental, compartiendo su visión de la austera escena exterior.

Su nuevo compañero hizo un comentario cantarín:

Aun cuando hayas dejado atrás
a los Antiguos, los Trascendentes y los dioses,
¿quién puede decir realmente que están
allende los límites del cielo?

Ling suspiró aprobándolo y Lark asintió. Se volvió para felicitar al cetáceo por resumir tan bellamente las cosas. Entonces parpadeó, pues sus ojos miraban un retazo vacío en el rico caldo orgánico de Madre.

Habría jurado que una forma gris se había movido junto a él momentos antes, lustrosa, cálida, casi palpable. Un delfín que él no había conocido entre los recién llegados. Pero no había nadie. Pasarían muchos años hasta que volviera a oír esa voz.

EPÍLOGO

Entiendo que es mala práctica que un escritor se atasque en determinado «universo», escribiendo una y otra vez sobre los mismos personajes y situaciones. Para no herrumbrarme, trato de no escribir dos libros consecutivos sobre el mismo universo. Pero es evidente que esta trilogía (ARRECIFE BRILLANTE, LA COSTA DEL INFINITO y LOS LÍMITES DEL CIELO) es una excepción. No me proponía escribir una trilogía, pero esta obra cobró alas, ganando complejidad y textura. La vida puede ser así. Si arrojamos una piedra en un estanque, las ondas son fáciles de seguir. Pero si arrojamos más de una por vez, el diseño «cobra alas» de modo imprevisible. Una historia verosímil es parecida. Las implicaciones y ramificaciones se propagan por doquier.

Mucha gente ha hecho preguntas sobre mi serie de la Elevación. Esta no es la primera vez que un autor especula sobre la posibilidad de alterar genéticamente animales no sapientes. Los ejemplos incluyen La isla del doctor Moreau, El planeta de los simios y la serie de la Instrumentalidad de Cordwainer Smith. Yo crecí admirando estas obras y muchos derivados. Pero también noté que casi todos estos relatos suponen que los «amos» humanos siempre harán lo más estúpido y lo más maligno. En otras palabras, si nos inmiscuimos con los animales para elevar su inteligencia, será para esclavizarlos o abusar de ellos.

No me interpretéis mal. Esas narraciones ayudaron a impulsar nuestra conciencia colectiva hacia la empatía y la tolerancia. Pero, irónicamente, creo que es improbable que nuestra civilización se comporte de manera deliberadamente ruin hacia nuevas criaturas sapientes, precisamente porque esas narraciones cumplieron su función.

La serie de la Elevación trata de llevar las cosas al siguiente nivel. Supongamos que mejoramos genéticamente a los chimpancés, delfines y otros, con los mejores motivos, ofreciéndoles una voz y una ciudadanía en nuestra variada cultura. ¿No habrá problemas de todos modos, problemas interesantes dignos de un par de relatos? De hecho, creo que algún día recorreremos ese camino. La soledad nos asegura que alguien intentará la Elevación tarde o temprano. Y una vez que un simio hable, ¿quién se atreverá a decirnos que lo devolvamos a su estado anterior?

Es hora de ponerse a pensar en los dilemas que afrontaremos, aun si actuamos con sabiduría.

Así como TIEMPOS DE GLORIA me permitió explorar varias relaciones que podían surgir de la autoclonación, el universo de la Elevación me permite experimentar con diversas nociones acerca de una civilización que viaja por las estrellas. Y como es una space opera confesa, esas ideas se pueden usar pródigamente. Por ejemplo, ya que planteamos el viaje más rápido que la luz, concebí varias maneras de burlar a Einstein. Cuantas más, mejor.

Un problema de muchos universos de ciencia ficción es el supuesto de que el espacio se convierte en escenario para la aventura justo cuando llegamos nosotros. (Por ejemplo, los peligrosos villanos sólo se pueden vencer con cierta ayuda del valiente héroe.) De hecho, el estado normal de cualquier parte del universo, en cualquier momento dado, es el equilibrio. Las cosas son tal como han sido por mucho tiempo. Un equilibrio impuesto por la ley, quizás, o bien impuesto por la muerte. Podemos ser la primera raza, como comento en mi cuento «Esferas de cristal». O podemos ser los recién llegados, como en los libros de la Elevación. Pero es muy improbable que encontremos a los alienígenas en pie de igualdad.

Otro tema de esta serie es el ambientalismo. Lo que estamos haciendo con la Tierra me hace temer que ya haya habido holocaustos ecológicos críticos en toda la galaxia, desencadenados por razas estelares previas que usaron inescrupulosamente planetas con vida mientras su «imperio galáctico» se agotaba durante su breve reinado de diez mil años. (Notemos que muchos relatos de ciencia ficción vibran con el grito «¡Vamos a llenar la galaxia!». Si esto ya sucedió algunas veces, puede ayudar a explicar el aparente vacío de allá afuera, pues la galaxia parece tener pocas voces en este momento.)

Una galaxia puede «agotarse» fácilmente, a menos que alguien regule el tratamiento que los colonos den a sus planetas, obligándolos a pensar en el largo plazo, más allá de los miopes intereses personales. El universo de la Elevación muestra un modo en que esto podría ocurrir. A pesar de los rasgos desagradables de algunos de mis galácticos —su obsesión con el pasado y su fanatismo, por ejemplo—, dan prioridad a la preservación de planetas, hábitats y la vida sapiente potencial. El resultado es un universo ruidoso, vibrante, conflictivo. Un universo rebosante de vida.

Para que conste diré que no creo que vivamos en un lugar semejante al extravagante universo de la Elevación. Pero es un reino divertido para jugar, en los intervalos entre cosas más serias.

¡Apilad esas maravillas!

Permaneced en contacto. Todavía hay más.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a los perspicaces y francos lectores que leyeron partes de este trabajo en forma manuscrita, sobre todo Stefan Jones, Steinn Sigurdsson, Rubén Krasnopolsky, Damien Sullivan y Erich R. Schneider. También contribuyeron Kevin Lenagh, Xavier Fan, Ray Reynolds, Ed Alien, Larry Fredrickson, Martyn Fogg, Doug McEl-wain, Joseph Trela, David y Joy Crisp, Cario Gioja, Brad De Long, Lesley Mathieson, Sarah Milkovich, Gerrit Kirkwood, Anne Kelly, Anita Gould, Duncan Odom, Jim Panetta, Nancy Hayes, Robert Bolender, Kathleen Holland, Marcus Sarofim, Michael Tice, Pat Mannion, Greg Smith, Matthew Johnson, Kevin Conod, Paul Rothmund, Richard Masón, Will Smit, Grant Swenson, Roian Egnor, JasonM. Robertson, Micah Altman, Robert Hurt, Manoj Kasichainula, Andy Ashcroft, Scott Martin y Jeffrey Slostad. Los profesores Joseph Miller y Gregory Benford hicieron observaciones útiles. Robert Qualkin-bush ordenó los glosarios. La novela se enriqueció con los comentarios y la asistencia de mi agente, Ralph Vicinanza, junto con Pat Lo-Brutto y Tom Dupree de Bantam Books.

La última canción de Emerson pertenece al final de la ópera Falstaff de Giuseppe Verdi.

Algunas de estas visiones no nacieron en mi retorcida imaginación. El Mundo Fractal, esa tremenda estructura hecha de enormes espinos, que presenta más superficie (para las ventanas) que una esfera Dyson, fue descrita por el doctor David Criswell en una lúcida monografía que se encuentra en *Interstellar Migration and the Human Exponence*, compilada por Ben Finney y Erik Jones (University of California Press).

Como de costumbre, esta narración habría sido mucho más pobre sin la sabia y muy humana asistencia de mi esposa, la doctora Cheryl Brigham.

Y ahora, una «yapa».

Lo hice una vez, después del epílogo de TIERRA. Un pequeño desenlace —un relato después del relato— para aquellos lectores que siguieron leyendo hasta mis observaciones finales. Es una visita a uno de nuestros personajes un año después de la Gran Ruptura, e intenta atar algunos de los pocos (o muchos) cabos sueltos.

Que lo disfrutéis.

CIVILIZACIÓN

DESENLACE

Los mares de Hurmuphta son más salados que los de Jijo.

Los vientos no soplan de forma estable, sino en estallidos bruscos, de modo que los virajes pueden ser torpes y peligrosos.

Pero sólo se trata de encontrar la cadencia adecuada. Después de eso, uno se habitúa al ritmo y sabe muy bien cuándo arrecia o amaina el viento. ¡Con una mano en el timón, es posible hinchar las velas hasta que los mástiles rozan las olas!

La primera vez que hice eso con Dor-hinuf a bordo, chilló como si la muerte hubiera subido del abismo para rugir un Cántico de Reclamo. Cuando regresamos al nuevo muelle, empapados de la cabeza a los pies, ella temblaba tanto que pensé que había ido demasiado lejos.

¡Vaya, cómo me equivocaba! En cuanto traspusimos la puerta de nuestra khuta costera, me abrazó e hicimos el amor durante tres miduras. Me dolieron las vértebras durante varios días.

(Pronto comprendí que los hoons civilizados rara vez experimentan los estímulos que produce la euforia. En Jijo formaban parte de la vida cotidiana, y servían para equilibrar la cautela instintiva del hoon. Pero nuestros parientes estelares llevan vidas tan tranquilas, salvo por el estro anual, que rara vez piensan en el sexo. Afortunadamente, Dor-hinuf ha adoptado este nuevo enfoque, tal como una urs adopta la lava.)

Pero parece que tendremos menos tiempo para los viajes románticos. Los negocios están proliferando, al difundirse la noticia en la alta meseta, donde las colonias hoons se apiñan desde hace mil años, confinadas a pulcras y ordenadas calles, lejos de la rompiente y la marea. Después de todo ese tiempo, supongo que hay mucha frustración reprimida. O quizá se relacione con las conmociones que han sufrido últimamente las Cinco Galaxias. Mucha gente, sobre todo la generación más joven, parece dispuesta a pensar en cosas nuevas, para variar. Algo que nuestros instructores guthatsas nunca nos enseñaron.

A diario llegan grupos que vuelan a nuestro refugio costero y bajan de sus aeromóviles para contemplar la reluciente laguna, nerviosos ante la cercanía de tanta agua, teniendo en cuenta la lección que aprendieron de memoria cuando eran jóvenes: los mares son peligrosos.

Claro que cualquier contable hoon también sabe que el riesgo se puede justificar, si los beneficios son mayores que el coste potencial.

Sólo se requiere una excursión por la ventosa bahía para convencerlos.

Algunas cosas merecen un poco de riesgo.

Mi suegro se encarga de los detalles administrativos. Twaphu-anuph renunció a su puesto del Instituto de Migraciones para encargarse de nuestro pequeño hotel,

reuniéndose con inversores, tramitando permisos ambientales y alquilando la mayor cantidad de tierra costera, antes de que otros hoons comprendan su auténtico valor. Aún le parece una locura, y no se sube a un velero. Pero cada vez que el viejo revisa las cuentas oigo que guturea de felicidad.

¿Su canción favorita hoy? ¿Qué hacer con un marinero borracho?

Supongo que me molesta un poco que ni las mágicas imágenes de Melville ni la poesía marina jijoana de Phwhoon-dau entusiasmen a Twaphu-anuph tanto como algunas groseras canciones terrícolas. Las vigas resuenan cuando él llega a ese refrán donde se habla de rasurar el vientre del borracho con una navaja oxidada.

Vaya uno a saber.

Estoy tan ocupado, dando lecciones de navegación y reinventando todo a partir de cero, que no tengo tiempo para dedicarme a la literatura. Este diario permanece sin abrir durante muchos jaduras consecutivos. Supongo que mi ambición juvenil de ser un escritor famoso tendrá que esperar. Quizás en otra vida.

Lo cierto es que hallé un modo mejor de cambiar a mis congéneres. De darles un poco de felicidad. De modificar su reputación de envarados y agrios tenedores de libros. Y quizás ayudarles a ser mejores vecinos.

En Jijo las demás razas gustaban de los hoons. Espero que eso ocurra también aquí. En las sendas estelares de la civilización.

De cualquier modo, el renacimiento literario ya está en buenas manos. Mejor dicho, en buenos ojos.

Huck se adaptó a la mitad del papel que le habían asignado.

—Tendré hijos —anunció—. Si vosotros disponéis que nanas hoons ayuden a criarlos. A fin de cuentas, yo fui criada por hoons, y mirad cómo he salido.

En los viejos tiempos le habría respondido con una ironía. Pero sin Pinzón ni Urronn, ya no es lo mismo. Además, ahora soy un hombre casado, y pronto seré padre. Es hora de que aprenda a tener tacto.

Quizás Huck se resigne a quedar encinta, pues es la única que puede traer la raza g'Kek de vuelta a la vida en las Cuatro Galaxias. Pero rechazó totalmente la otra mitad del plan original, vivir en secreto y reclusión, ocultándose de los antiguos enemigos de su especie.

—¡Que vengan! —grita, haciendo girar sus ruedas y moviendo sus ojos, como si estuviera dispuesta a vérselas con todo el Imperio Jophur, y con otros que ayudaron a extinguir a su gente. No sé. Tal vez sea por su creciente prominencia, o por la libertad de movimientos que siente corriendo por las lisas aceras de Ciudad Hurmuphta, o por los alumnos que asisten a sus tertulias para estudiar literatura terrícola y jijoana. Pero rara vez viene a la caleta, y cuando viene, termino escuchándola durante varios miduras consecutivos, respondiendo poco.

Tal vez ella tenga razón. Tal vez me esté convirtiendo en otro hoon viejo y

aburrido.

O bien el problema es que los g'Keks no tienen términos medios, y Huck menos que nadie. No entiende que a veces hay que ceder un poco. Por cada cambio que logras imponer en el universo, a la vez eres transformado.

Yo llevé regalos de Jijo a mis primos del espacio, la aventura y la infancia.

Ellos, a su vez, me enseñaron la serenidad que puede hallarse en el hogar y los discretos y melódicos ritos heredados de un pasado brumoso, antes de que nuestra raza hollara el camino de la Elevación o se interesara en las estrellas lejanas.

Esas estrellas están más lejos que antes. Desde que las Cinco Galaxias se convirtieron abruptamente en cuatro, la mitad de los puntos de transferencia y sendas interesaciales se hicieron inestables, y quizá permanezcan así el resto de nuestra vida. Hubo muchas naves perdidas, contactos comerciales arruinados y mundos forzados a vivir de sus propios recursos.

Supongo que esto significa que tardaremos en recibir una carta de Ur-ronn. Sin duda lo está pasando muy bien, dialogando con ingenieros de todas las razas, hundida hasta el largo pescuezo en problemas pragmáticos para resolver.

Aunque las urs no son sentimentales, espero que nos recuerde de vez en cuando.

En cuanto al pobre Pinzón, sólo puedo decir que lo extraño muchísimo.

A veces es preciso olvidar.

La muerte siempre ha sido el abismo infranqueable. Ahora hay otro. Cuando la Galaxia Cuatro se desprendió, parece que cada ser sapiente lo sintió en un profundo nivel orgánico. Aun en la superficie de un planeta, muchos trastabillaron. Durante días, la gente caminó en una especie de aturdimiento.

Los científicos creen que los efectos de retroceso deben de haber sido mucho peores en la Galaxia Cuatro, pero nunca lo sabremos con certeza, porque ahora toda esa gigantesca rueda de estrellas se encuentra para siempre fuera de nuestro alcance. Y con ella, Jijo, mis padres, mi hogar.

Hay ciertos consuelos. Es grato imaginar a los delfines nadando extasiados en las sedosas aguas de Wuphon, jugando al escondite con el transporte de escoria de mi padre, regresando todas las noches a la costa para hablar de poesía bajo la luz opalina de Loocen.

Desde luego, la Comuna de las Seis Razas ya puede destruir los Rollos Sagrados y dejar de ocultarse. Las leyes de la Civilización de las Cinco Galaxias ya no se les aplican. Tal vez la gente de Jijo ya se haya encargado de los invasores jophurs. O quizá se enfrente a crisis aún peores. De un modo u otro, tal vez podamos liberarnos al fin del peso de la culpa que heredamos de nuestros antepasados. Las gentes de la Cuesta han dejado de ser intrusos, irruptores.

Jijo les pertenece, y deben cuidarlo y defenderlo.

Tengo fe en que lo harán bien. Con una pequeña ayuda de los dados de Ifni.

Hablando de colonos extraños, ahora me fastidia una criatura semejante a una nutria que pide otro favor.

Desde que confesó que puede hablar, Pies de Barro ha sido realmente parlanchín, y pregunta constantemente si han llegado naves tymbrimis al puerto de Hurmuphta, o si alguna nave se dirige al frente de guerra de la Galaxia Dos. La impaciencia de Pies de Barro es característica. Aunque se hace llamar tytlal, para mí siempre será un noor. Se lo demuestro hinchando el saco laríngeo y gutureando una canción favorita. Él se junta con mi mascota Huphu sobre mi hombro, y pronto se abrazan y se olvidan del mundo externo.

—No se irá nunca —predice Dor-hinuf. Pies de Barro parece disfrutar de su trabajo en el yate, correteando entre velas y travesaños, mascando golosinas y mascullando observaciones cáusticas sobre los pasajeros que desconocen el mar.

Pero no estoy tan seguro. Una llama arde dentro de la pequeña criatura, como cuando un humano defiende una causa o una urs desea probar un artefacto. Pies de Barro no descansará hasta haberse encargado de los asuntos inconclusos.

Sabiendo lo que sé sobre los tytlals, quizá tenga que ver con una broma. Que sin duda será para desternillarse de risa... a menos que uno sea la víctima.

Supongo que un día despertaremos y él se habrá ido, tras anudar todos nuestros acolladores a modo de despedida.

Pies de Barro lee sobre mi hombro mientras escribo esto, jadeando y sonriendo enigmáticamente, disfrutando de mis especulaciones sin ofrecer ni una pista.

Suficiente. Vamos, pequeño bribón. Los clientes esperan. La brisa está agradable, y regimientos de nubes marchan en pulcras filas sobre un horizonte de plata.

Vamos a dar a esos aburridos hoons la emoción de su vida.

GLOSARIO

ESPECIES SAPIENTES

g'Kek: Miembro de la primera raza irruptora que llegó a Jijo, hace dos mil años. Elevados por los droolis, los g'Keks tienen ruedas impulsadas biomagnéticamente y tallos oculares en vez de cabeza. Durante casi todo su período de sapiencia, no vivieron en planetas. Los g'Keks están extinguidos en las Cinco Galaxias, excepto en Jijo.

gláver: Miembro de la tercera raza irruptora que llegó a Jijo. Pupilos de los tunuctyurs, que a la vez fueron pupilos de los buyurs, los gláveres son bípedos de piel opalina y ojos grandes. De un metro de altura, tienen una cola bifurcada prensil para ayudar a sus ineficientes manos. Desde que colonizaron Jijo ilegalmente, involucionaron hasta un estado de presapiencia. Para algunos, son un ejemplo cabal que señala la Senda de la Redención.

hoon: Miembro de la quinta raza que colonizó Jijo. Los hoons son omnívoros bípedos, de piel pálida y escamosa y pelambre blanca y lanuda. Su columna vertebral es una estructura maciza y hueca que forma parte de su sistema circulatorio. Los sacos laríngeos inflables de los hoons, originalmente destinados a ceremonias de cortejo, ahora se usan para «gurgurear». Desde que fueron pupilos de los guthatsas, los miembros de esta raza han servido como adustos y oficiosos burócratas de la cultura galáctica.

humano: Miembro de la raza irruptora más joven. Los humanos llegaron a Jijo hace menos de trescientos años. Los «lobeznos» humanos evolucionaron en la Tierra, quizás alcanzando una civilización tecnológica y un tosco viaje interestelar por su cuenta. Su mayor logro: la Elevación de neochimpancés y neodelfines.

jophur: Organismo semejante a un cono de anillos apilados; como sus primos traekis, los jophurs consisten en «anillos de savia» intercambiables y esponjosos, cada cual de inteligencia limitada, pero que se combinan para formar un ser sapiente comunitario. Los anillos especializados dan a la pila sus sentidos, sus órganos manipuladores y a veces aptitudes quimiosintéticas exóticas. Como los traekis, esta singular especie era afable y poco ambiciosa cuando fue pupila de los poas. Los celosos oailies los reinventaron con «anillos maestros», transformando a los traekis

en jophurs, seres tercos y profundamente ambiciosos.

qheuen: Miembro de la cuarta raza irruptora de Jijo. Pupilos de los zhoshs, los qheuens son seres exoesqueléticos, radialmente simétricos, con cinco patas y pinzas. Su cerebro está parcialmente contenido en un domo central retráctil llamado «cúpula». Rebeldes qheuens colonizaron Jijo en un intento de conservar su antiguo sistema de castas, donde la variedad gris brindaba las matriarcas reales mientras las especies roja y azul eran criadores y artesanos. Las condiciones de Jijo —y la intervención humana— provocaron el colapso de este sistema.

rothen: Misteriosa raza galáctica. Un grupo humano (los dakkins o daniks) cree que los rothens son los instructores perdidos de los terrícolas. Los rothens son bípedos, un poco más grandes que los humanos, pero con proporciones similares. Se cree que son carnívoros.

traeki: Segunda raza ilegal de colonizadores que llegó a Jijo. Los traekis son una variante retrógrada de los jophurs que huyó de la imposición de anillos maestros.

tytlal: Especie que se consideraba imposible de elevar; fue elevada por los tymbrimis.

tymbrimi: Especie humanoide aliada con el Clan Terrícola. Los tymbrimis son conocidos por su inteligencia y su diabólico sentido del humor.

urs: Miembro de la sexta raza irruptora de Jijo. Habitantes de las praderas, carnívoros y centauroides, tienen pescuezo largo y flexible, cabeza angosta y brazos sin hombros que terminan en manos diestras. Los urs inician su vida como larvas de seis patas, expulsadas del marsupio materno para apañárselas por su cuenta. Los que sobreviven a la «infancia» pueden ser aceptados en una banda urs. Las hembras urs alcanzan el tamaño de un venado grande, y poseen marsupios gemelos de procreación donde guardan parejas de escaso tamaño, menores que el gato doméstico. Una hembra con jóvenes prelarvales expulsa a uno o dos machos para dejar sitio para su prole. Los urs aborrecen el agua en su forma pura.

NOMENCLATURA

Abrazo de las Mareas: Cuasiadicción que impulsa a los Antiguos a buscar las mareas gravitatorias, cerca de estrellas muy densas.

aláfora: Interpretación metafórica de ciertos rasgos del hiperespacio Nivel E, realizada por las mentes inteligentes.

ánglico: Idioma humano creado en el siglo XXI, que usaba muchas palabras inglesas pero recibió influencia de otras lenguas anteriores al Contacto y se modificó según nuevos enfoques de la teoría lingüística.

atavismo por estrés: Un estado que afecta a las especies recién Elevadas, cuando los individuos pierden sus funciones cognoscitivas superiores bajo estrés.

Biblioteca Galáctica: Una prodigiosa compilación de conocimientos acopiada durante el curso de cientos de millones de años. En la mayoría de las naves estelares y colonias galácticas hay «bibliotecas subsidiarias» cuasisapientes.

buyur: Ex ocupantes legales de Jijo, con apariencia de ranas, conocidos por su ingenio, previsión y manipulación de genes para creación de herramientas animales especializadas. Partieron cuando Jijo se declaró en barbecho, hace casi medio millón de años.

chimpancé o «chimp»: Simio que sufrió una Elevación parcial y acompañó a los humanos a Jijo, incapaz de articular palabras pero capaz de comunicarse por medio de signos.

Clan Terrícola: Una pequeña y excéntrica «familia» galáctica de razas sapientes que consiste en pupilos neochimpancés y neodelfines y sus instructores humanos.

Colapso de Gronin: Nombre del último episodio de la historia galáctica en que la expansión del universo hizo que los puntos de Transferencia se distanciaran, fragmentando así la sociedad galáctica.

Colonia de NuDawn: Mundo colonizado por los Terrágenos antes de establecer contacto con la civilización galáctica, violando inadvertidamente leyes de migración. Los habitantes fueron violentamente expulsados por burócratas hoons, respaldados por los jophurs y otros que tomaron la ley en sus manos.

Consejo de los Terrágenos: Cuerpo gobernante del gobierno interestelar de la humanidad, a cargo de los asuntos que afectan las relaciones entre el Clan Terrícola y la sociedad galáctica.

danik (también dakkins): Término vulgar equivalente a «danikenista», un movimiento cultural que data de las postrimerías del primer contacto de la humanidad con la civilización galáctica. Los dakkins creen que los terrícolas fueron pupilos de una raza galáctica que optó por permanecer oculta por razones desconocidas. Un culto derivado cree que los rothens son esta raza de guías sabios y enigmáticos.

delfín primario: La semilengua usada por los delfines naturales, no Elevados, de

la Tierra.

dura: Unidad de tiempo. Aproximadamente un tercio de minuto.

Elevación: Proceso por el cual una especie animal presapiente se convierte en una raza plenamente sapiente y capaz de sumarse a la sociedad galáctica. Es guiado por una raza «instructora».

Espacio E: Peligrosa región hiperespacial donde se difuminan las diferencias entre conciencia y realidad. Los conceptos coherentes pueden existir sin un cerebro u ordenador que los contenga o los genere. Véase aláfora.

estructuras Criswell: Hábitats fractales que giran alrededor de pequeños soles rojos, utilizando la energía de la luz. La forma fractal, a diferencia de la sencilla esfera Dyson, permite una máxima «superficie de ventana».

Exilio: Época que comenzó cuando la primera raza intrusa llegó a Jijo.

Festival de Asamblea: Celebración y feria anual que celebra y refuerza la Gran Paz entre las razas irruptoras de Jijo. Incluye una peregrinación al Huevo Sagrado.

fourns: Otro término para qheuen.

galáctico, a: Persona, raza, concepto o tecnología que deriva de la antigua Civilización de las Cinco Galaxias.

Huevo Sagrado: Misteriosa masa de piedra psiactiva que surgió hace un siglo de un volcán, acompañada por visiones y sueños.

humitador: Término coloquial para designar a alguien que imita a los humanos, porque los textos terrícolas todavía dominan la vida literaria de Jijo, mucho después de la Gran Edición.

Ifni: Probablemente una vulgarización de «Infinitud». En la tradición del espacio, nombre dado a la diosa de la suerte. Personificación del Azar o la Ley de Murphy.

Institutos Galácticos: Vastas y poderosas academias, presuntamente neutrales y por encima de las políticas de clan. Los Institutos manejan o regulan varios aspectos de la civilización galáctica. Algunos tienen más de mil millones de años.

instructor, a: Raza galáctica que ha tenido por pupila al menos una especie animal, llevándola a la sapiencia plena.

irruptor: Renegado que intenta colonizar mundos que el Instituto Galáctico de Migraciones ha puesto en barbecho. En Jijo, el término alude a los que tratan de fundar nuevas colonias ilegales fuera de la Cuesta.

Izmunuti: Estrella gigante roja, incómodamente cercana al sol de Jijo; emite un viento de carbono que oculta a Jijo de la supervisión del Instituto de Migraciones.

jadura: Unidad de tiempo. Aproximadamente 43 horas.

Jijo: Planeta de la Galaxia Cuatro. Hogar de siete razas irruptoras: humanos, hoons, qheuens, urs, g'Keks, los involucionados glávvers y los jophurs «retrógrados» conocidos como traekis.

Jophekka: Mundo natal de los jophurs.

Kazzkark: Base espacial operada por los principales Institutos Galácticos, entre ellos el Instituto de Navegación.

kidura: Unidad de tiempo. Aproximadamente medio segundo.

kiqui: Raza presapiente, nativa de Kithrup.

Kithrup: Mundo acuático rico en metales pesados, donde el Streaker perdió al capitán Creideiki y muchos otros al escapar de una emboscada.

lobezno: Término galáctico despectivo para designar una raza que parece haber alcanzado el viaje espacial sin asistencia de instructores.

midura: Unidad de tiempo. Aproximadamente 71 minutos.

Mundo Fractal o Sistema Fractal: Un lugar de retiro para las razas que casi han trascendido la Civilización de las Cinco Galaxias. (Véase Estructura Criswell.)

Morgran: Punto de transferencia donde el Streaker fue atacado por naves de guerra de los clanes religiosos fanáticos.

neochimpancé: Un chimpancé Elevado; los neochimpancés son los primeros pupilos de la humanidad; los neochimpancés totalmente Elevados hablan; la variedad «inconclusa» que acompañó a los humanos a Jijo es muda.

neodelfín: Un delfín Elevado; los neodelfines son pupilos de la humanidad.

noor: Criatura astuta, diestra y traviesa, semejante a la nutria. Los noors no se pueden domesticar, pero los pacientes y afables hoons emplean noors en sus naves. Las otras razas irruptoras los consideran una plaga.

oailie: Especie que coparticipó en la tercera etapa de Elevación de los jophurs, miembros fanáticos de la Alianza de Obedientes. Expertos en manipulación genética, los oailie modificaron la biología y psicología traekis mediante la adición de anillos maestros, transformándolos en jophurs.

Oakka: Planeta que contiene la Jefatura Regional del Instituto de Migraciones, donde el Streaker apenas logró escapar de la trampa y la traición.

Órdenes de la vida: Los siete tipos de vida inteligente conocidos en las Cinco Galaxias.

Oxis o respiradores de oxígeno, que incluyen a los humanos;

Hidros o respiradores de hidrógeno, que utilizan atmósferas «reductoras», pues poseen un metabolismo más lento; la mayoría habita gigantes gaseosos y flota entre las nubes, realizando simulaciones internas de ese mundo;

Orden Retirado: ex razas instructoras que han alcanzado la senectud y se han retirado de los asuntos galácticos;

Orden Maquinal: máquinas inteligentes autorreplicantes; en general habitan zonas de alta radiación o regiones del espacio profundo no deseadas por las civilizaciones hidro y oxi, aunque algunas máquinas son toleradas por su utilidad;

Trascendentes: razas que han ascendido a un plano superior; los galácticos tienen muchas creencias acerca de esta etapa de la vida, y se cree que los primeros en trascender fueron los Progenitores;

meméticos: extravagantes organismos «mentales» que residen principalmente en el Espacio E;

organismos cuánticos: descubiertos sólo durante los últimos cien millones de años, existen en los intersticios del universo, estableciendo escaso contacto con la sociedad galáctica; su modo de vida parece depender de la macroincertidumbre cuántica.

Algunos sostienen que hay ocho órdenes de la vida, y se sospecha que existen más. El contacto entre los órdenes de la vida es peligroso, y se desalienta activamente.

pidura: Unidad de tiempo. Equivale a seis duras a la séptima potencia, aproximadamente 4 días.

Polkjhy: Nombre de la nave jophur que descendió en Jijo en busca del Streaker.

Progenitores: Primera raza legendaria de viajeros espaciales, que inició el ciclo de Elevación hace dos mil millones de años.

pupilo, a: Raza que trabaja durante un período de servidumbre para los instructores que la sacaron del estado animal presapiente mediante la Elevación.

punto de transferencia: Zona de espacio-tiempo débil que permite el viaje más rápido que la luz a las naves que entran en determinadas condiciones.

rewq: Criatura simbiótica cuasifungosa que ayuda a las Seis Razas a «interpretar» las emociones y gestos de las demás.

Rollos Sagrados: Textos de origen enigmático, el único material escrito en Jijo entre la partida de los buyurs y la introducción de libros de papel por parte de los humanos. Los Rollos instruían a los g'-Keks y colonos posteriores acerca de la necesidad de ocultamiento, cuidado planetario y «redención».

Senda de la Redención: Meta de las facciones religiosas ortodoxas de Jijo, que creen que las razas irruptoras deben involucionar hacia la presapiencia. Sólo así podrán escapar del castigo por haber colonizado un mundo en barbecho, obteniendo una segunda oportunidad de Elevación. Los glávvers ya han emprendido ese camino.

sept: Raza o clan sapiente de Jijo, es decir, los g'Keks, glávvers, hoons, urs, traekis, qheuens y humanos.

Sistema Fractal: (véase Mundo Fractal).

Streaker: Nave estelar terrícola tripulada por neodelfines. Los descubrimientos del Streaker provocaron una persecución sin precedentes por parte de varias facciones galácticas que ansiaban adueñarse de sus secretos.

Sueño de Wuphon: Batiscafo construido por Pinzón, con ayuda de Alvin, Huck

y Ur-ronn. Provisto por Uriel la herrera.

Sumidero: Vasta grieta submarina, o zona de subducción, formada por placas tectónicas, que está a lo largo de la Cuesta. Toda la escoria generada por las razas moradoras —desde restos de esqueletos hasta cascos de naves espaciales— se debe arrojar allí para que las fuerzas naturales la derritan bajo la corteza de Jijo.

Tabernáculo: Nave-furtiva que llevó irruptores humanos a Jijo hace doscientos años.

Topórgico: Un sustrato pseudomaterial constituido por tiempo plegado orgánicamente.

Torgen: Una de las lunas de Jijo.

ylem: La urdimbre subyacente de la realidad.

zang: Miembro de una raza respiradora de hidrógeno, semejante a un calamar; los zangs viven en la atmósfera de los gigantes gaseosos. El Instituto de Migraciones cedió la región galáctica de Jijo a respiradores de hidrógeno; los sabios respiradores de oxígeno deben permanecer alejados durante un largo período de barbecho. Los globos de patrulla zangs son un raro pero temido visitante en Jijo.



David Brin. Nacido en 1950, es uno de los nombres más destacados de la ciencia ficción moderna. Posee una sólida formación científica tras una licenciatura en física y un doctorado en astrofísica. Ha trabajado como investigador y docente en la Universidad de California en San Diego y ha sido consultor de la NASA. Brin domina también el arte literario y narrativo como pocos. A finales de los años ochenta fue elegido por los lectores de la influyente revista LOCUS como el autor de ciencia ficción favorito de los años ochenta, incluso por encima del popular Orson Scott Card. En Estados Unidos, Brin, junto con otros autores como Benford y Bear, representa hoy el punto álgido de la madurez narrativa y estilística de una ciencia ficción sólidamente inspirada en la ciencia.

Su obra más conocida y famosa es la serie de la Elevación de los Pupilos que le ha reportado repetidos premios Hugo, Nébula y Locus. En la primera trilogía de la serie, tras MAREA ESTELAR (1983) y LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS (1987), ambas publicadas en Acervo, apareció por fin en España el primer título de dicha serie: NAVEGANTE SOLAR (1980, en NOVA, éxito, número 2). Recientemente Brin ha abordado una nueva entrega ambientada en el mismo universo de ficción. La nueva trilogía se inicia con ARRECIFE BRILLANTE (1995, NOVA, número 103), continúa con LA COSTA DEL INFINITO (1996, NOVA, número 126), y finaliza con LOS LÍMITES DEL CIELO (1998, NOVA, número 131).

En las obras citadas domina la habilidad narrativa y la especulación de ámbito galáctico con nuevas razas y especies, pero la sólida formación científica de Brin se

aprecia incluso en obras presuntamente «menores» como EL EFECTO PRÁCTICA (1984, NOVA, número 92), en la que un profesor universitario es transportado a un mundo alternativo donde el segundo principio de la termodinámica está invertido y los objetos mejoran con su uso en lugar de deteriorarse. Una idea brillante servida con una técnica narrativa que recuerda explícita y voluntariamente la ciencia ficción de los años cuarenta y cincuenta a la que Brin rinde homenaje.

EL CARTERO (1985, NOVA, número 105 con el título MENSAJERO DEL FUTURO) es una emotiva y brillante aventura post-holocausto nuclear que constituye una de las mejores novelas aparecidas en la ciencia ficción de la década de los ochenta. Ha sido llevada al cine en un ambicioso proyecto liderado por Kevin Costner quien la convirtió en una especie de western nacionalista del futuro.

Junto con su amigo Benford, Brin publicó también EL CORAZÓN DEL COMETA (1985) al amparo de la moda surgida a raíz del paso del famoso cometa Halley cerca de la Tierra.

En los últimos años, Brin ha abordado novelas francamente ambiciosas que parecen destinadas a dejar huella en la historia de la ciencia ficción. TIERRA (1990, NOVA éxito, número 6) es una larga novela sobre el futuro cercano en nuestro planeta, y TIEMPOS DE GLORIA (1993, NOVA éxito, número 9) incluye una inteligente y cuidada especulación en torno a una forma distinta de organizar la relación entre los sexos. En este último caso, la originalidad estriba en que Brin ha osado aportar la especulación de un varón a una temática reservada tradicionalmente a autoras femeninas como Le Guin, Russ, Tepper o Atwood, por citar sólo algunos casos ejemplares.

Brin ha obtenido también varios premios con sus relatos cortos como el Hugo por «The Crystal Spheres» (1984) y por «Thor meets Captain America» (1987). Sus primeros relatos están recogidos en la antología THE RIVER OF TIME (1986), y existe también otra selección más reciente, OTHERNESS (1994).

Recientemente, junto con Gregory Benford y Greg Bear, David Brin ha aceptado el difícil encargo de continuar la famosa saga de la Fundación de Asimov para componer una nueva trilogía llamada tal vez a hacer historia en el género. Los títulos que la forman son EL TEMOR DE LA FUNDACIÓN de Gregory Benford (1997, NOVA, número 113), FUNDACIÓN Y CAOS de Greg Bear (1998, NOVA, número 124) y EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN de David Brin (1999, prevista en NOVA, con el número 136).